



Graham

HANCOCK

*Las huellas
de los dioses*

Graham

HANCOCK

Las huellas de los dioses

Título original: Fingerprints of the Gods Traducción: Camila Batlles

1.a edición en esta colección: octubre 1999

© Graham Hancock 1995 © Ediciones B, S.A., 1999

Bailen, 84 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.es

Printed in Spain ISBN: 84-406-9379-6 Depósito legal: NA. 2.255-1999

Impreso por GraphyCems Polígono Industrial San Miguel 31132 Villatuerta (Navarra)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Graham

HANCOCK

Las huellas

de los dioses

Para Santha... por haber estado allí.

Con todo mi amor.

AGRADECIMIENTOS

Las huellas de los dioses no podría haberse escrito sin el generoso, cálido y estimulante amor de mi compañera Santha Faiia, quien siempre me da más de lo que recibe y enriquece las vidas de todos los que la rodean con su creatividad, bondad e imaginación. Todas las fotografías que contiene el libro son obra suya.

Asimismo, estoy agradecido por la ayuda y el aliento que me han dado nuestros seis hijos —Gabrielle, Leila, Lu-ke, Ravi, Sean y Shanti—, de los cuales me siento orgulloso.

Mis padres, Donald y Muriel Hancock, me han prestado una ayuda increíble, apoyándome de forma activa en este y otros muchos proyectos y en tiempos difíciles. Junto con mi tío James Macaulay han leído pacientemente los borradores del manuscrito y me han ofrecido gran cantidad de valiosas sugerencias. Gracias, también, a mi viejo y mejor amigo, Pe-ter Marshall, junto al cual he capeado muchos temporales, así como a Rob Gardner, Joseph y Sherry Jahoda, Roel Oostra, Joseph y Laura Schor, Niven Sinclair, Colin Skinner y Clem Vallance; todos ellos me han dado buenos consejos.

En 1992 descubrí de forma inesperada que tenía un amigo en Lansing, Michigan. Se llama Ed Ponist y se puso en contacto conmigo poco después de la publicación de mi anterior libro, *Símbolo y señal*. Como un ángel tutelar, puso a mi disposición buena parte de su tiempo libre para ayudarme desde Estados Unidos mediante tareas de investigación, contactos y la recopilación de fuentes documentales relevantes para *Las huellas de los dioses*. Hizo un trabajo brillante, pues me envió siempre los libros adecuados justo cuando los necesitaba y halló referencias que yo ni siquiera sabía que existieran. Asimismo, su juicio, que valoro y respeto, constituyó una rigurosa veleta respecto a la calidad de mi trabajo. Por si fuera poco, cuando Santha y yo fuimos a Arizona, a la Nación Hopi, fue Ed quien nos acompañó y abrió el camino...

La carta inicial de Ed forma parte de una abrumadora avalancha de correspondencia que recibí de todos los rincones del mundo después de escribir *Símbolo y señal*. Durante un tiempo traté de responder a todas las cartas que recibía, pero al fin me vi desbordado por mi nuevo libro, *Las huellas de los dioses*, y tuve que renunciar a ello. Lo lamento de veras, y me gustaría aprovechar esta oportunidad para expresar mi gratitud a todas las personas que me

escribieron y a las que me fue imposible responder. En el futuro intentaré ser más sistemático, pues valoro enormemente esta correspondencia y agradezco la importante información que contienen muchas de las cartas.

Entre otros investigadores que me han ayudado a escribir *Las huellas de los dioses*, cabe destacar a Martin Slavin, David Mestecky y Jonathan Derrick. También deseo dar las gracias a mis editores anglófonos de ambos lados del Atlántico, Tom Weldon, de Heinemann, Jim Wade, de Crown y John Pearse, de Doubleday Cañada, así como a mis agentes literarios Bill Hamilton y Sara Fisher, por su entrega, solidaridad y sabios consejos.

Mi más profundo agradecimiento también a aquellos estudiosos y colegas que se han convertido en amigos míos durante el curso de esta investigación: Robert Bauval en Gran Bretaña (con quien escribiré otros dos libros sobre temas similares), Colin Wilson, John Anthony West y Lew Jenkins en Estados Unidos, Rand y Rose Flem-Ath y Paul William Roberts en Canadá.

Por último, deseo rendir homenaje a Ignatius Donnelly, Arthur Posnansky, R. A. Schwaller de Lubicz, Charles Hapgood y Giorgio de Santillana, unos investigadores que comprendieron que la historia de la humanidad contenía graves errores, que tuvieron el valor de criticar nuestros prejuicios intelectuales e impulsaron el trascendental e irrevocable cambio paradigmático que se ha iniciado.

PARTE I

INTRODUCCIÓN

El misterio de los mapas

UN MAPA DE LUGARES OCULTOS

OCTAVO ESCUADRÓN TÉCNICO DE RECONOCIMIENTO (SAC)

FUERZAS AÉREAS ESTADOUNIDENSES

Base Aérea de Westover

Massachusetts

6 de julio de 1960

TEMA: Mapamundi del almirante Piri Reís Destinatario: Profesor Charles H. Hapgood.

Keene College,

Keene, New Hampshire.

Estimado profesor Hapgood:

Su solicitud de que esta organización analizara ciertos rasgos insólitos del mapamundi Piri Reis de 1513 ha sido atendida.

Su afirmación de que la parte inferior del mapa representa la Costa de la Princesa Marta de la Tierra de la Reina Maud en la Antártida y la península de Palmer es razonable. Entendemos que ésta es la interpretación más lógica y probablemente más verosímil del mapa. El detalle geográfico que figura en la parte inferior del mapa coincide de modo asombroso con los resultados del perfil sísmico que fue trazado en la parte superior de la capa helada por la expedición sueco-británica a la Antártida en 1949. Ello indica que se había trazado el mapa de la costa antes de que ésta quedara cubierta por la capa de hielo. La capa de hielo en esta región presenta en la actualidad un espesor de aproximadamente 1,6 kilómetros.

No tenemos ni idea de cómo pueden concillarse los datos de este mapa con

el supuesto nivel de conocimientos geográficos en 1513.

Harold Z. Ohlmeyer

Teniente coronel, Fuerzas Aéreas de EE.UU.

Comandante

La carta de Ohlmeyer¹, pese al escueto lenguaje, constituye un bombazo. Si se trazó el mapa de la Tierra de la Reina Maud antes de que ésta quedara cubierta de hielo, la cartografía original debió de realizarse hace muchísimo tiempo.

¿Cuánto exactamente?

Según la opinión convencional, la capa de hielo de la Antártida, en su presente extensión y forma, posee una antigüedad de millones de años. Sin embargo, al examinarla con mayor detenimiento, esta noción presenta graves inexactitudes; tanto es así que no tenemos por qué suponer que el mapa trazado por el almirante Piri Reis presenta la Tierra de la Reina Maud según aparecía hace millones de años. Las pruebas recientes más sólidas indican que la Tierra de la Reina Maud, y las regiones vecinas que figuran en el mapa, se mantuvo desprovista de hielo durante un largo período, que posiblemente no finalizó hasta hace unos seis mil años². Esta evidencia, que comentaremos en el próximo capítulo, nos exige de la gravosa tarea de explicar quiénes (o qué) poseían la tecnología para llevar a cabo una rigurosa exploración geográfica de la Antártida en, pongamos, dos millones de años antes de nuestra era, mucho antes de que apareciera nuestra especie sobre la Tierra. Por otra parte, dado que la elaboración de mapas constituye una actividad compleja y civilizada, nos obliga a explicar cómo pudo realizarse esa labor hace seis mil años, mucho antes del desarrollo de las primeras auténticas civilizaciones que son reconocidas por los historiadores.

Fuentes antiguas

Al tratar de explicarlo, conviene recordar los datos históricos y geológicos básicos:

1. El mapa Piri Reis, que es un documento genuino, no un fraude, fue realizado en Constantinopla en el año 1513 de nuestra era³.
2. Se centra en la costa occidental de África, en la costa oriental de Sudamérica y en la costa septentrional de la Antártida.
3. Es imposible que Piri Reis adquiriera información sobre esta última región de un explorador coetáneo, porque la Antártida no se descubrió hasta el año 1818 de nuestra era⁴, más de trescientos años después de que Piri Reis hubiera trazado el mapa.
4. La costa sin hielo de la Tierra de la Reina Maud que muestra el mapa constituye un galimatías colosal, pues la evidencia geológica confirma que la última fecha en que pudo haber sido explorada y cartografiada desprovista de hielo es el 4000 a. C.⁵
5. Resulta imposible determinar la fecha más temprana en que esa tarea pudo realizarse, pero todo indica que el litoral de la Tierra de la Reina Maud permaneció en una condición estable, no helada, durante al menos nueve mil años antes de que la extensa capa de hielo lo cubriera por completo⁶.
6. En la historia no existe constancia de una civilización que tuviera la capacidad ni la necesidad de explorar ese litoral en el período comprendido entre trece mil y cuatro mil años antes de nuestra era⁷.

En resumen, el verdadero enigma del mapa de 1513 no radica en la inclusión de un continente que no fue descubierto hasta el año 1818, sino en la representación del litoral de ese continente en unas condiciones sin glaciación que concluyeron hace seis mil años y no han vuelto a producirse.

¿Cómo se explica esto? Piri Reis nos proporciona una respuesta en una serie de notas que aparecen escritas de su puño y letra en el mismo mapa. Nos dice que no fue el responsable de la exploración y cartografía original y reconoce que su papel fue sólo el de compilador y copista, pues el mapa se derivó de un gran número de mapas originales⁸. Algunos de estos mapas habían sido trazados por exploradores contemporáneos o casi contemporáneos, entre ellos Cristóbal Colón, quien en aquellas fechas había llegado a Sudamérica y el Caribe, pero otros eran unos documentos que se remontaban al siglo IV a. C. o antes⁹.

Piri Reis no ofreció ninguna indicación respecto a los cartógrafos que habían realizado los mapas anteriores.

En 1963, sin embargo, el profesor Hapgood propuso una nueva e interesante solución al problema.

Adujo que algunos de los mapas primitivos que el almirante había utilizado, en especial los que se remontan al siglo IV a. C., tomaban como referencia unos mapas incluso más antiguos, los cuales a su vez se basaban en unas fuentes cuyo origen era aún más remoto. Según afirmó, existían pruebas irrefutables de que la Tierra había sido cartografiada de modo exhaustivo antes del 4000 a. C. por una civilización desconocida y no descubierta, que había alcanzado un alto nivel de desarrollo tecnológico¹⁰:

Todo parece indicar [concluyó el profesor] que una información rigurosa fue transmitida de un pueblo a otro. Al parecer, los primeros mapas fueron trazados por un pueblo desconocido y transmitidos a otros pueblos, quizá por los minoicos y los fenicios, quienes, por espacio de mil años o más, fueron los más notables navegantes del mundo antiguo. Tenemos pruebas de que los mapas se guardaron y estudiaron en la gran biblioteca de Alejandría (Egipto), y que los geógrafos que trabajaban allí realizaron unas compilaciones de los mismos¹¹.

Desde Alejandría, según la reconstrucción de Hapgood, unas copias de esas compilaciones y algunos de los mapas primitivos fueron trasladados a otros centros de erudición, en concreto a Constantinopla.

Por fin, cuando Constantinopla fue ocupada por los venecianos durante la cuarta Cruzada, en 1204, los mapas acabaron en manos de marinos y aventureros europeos.

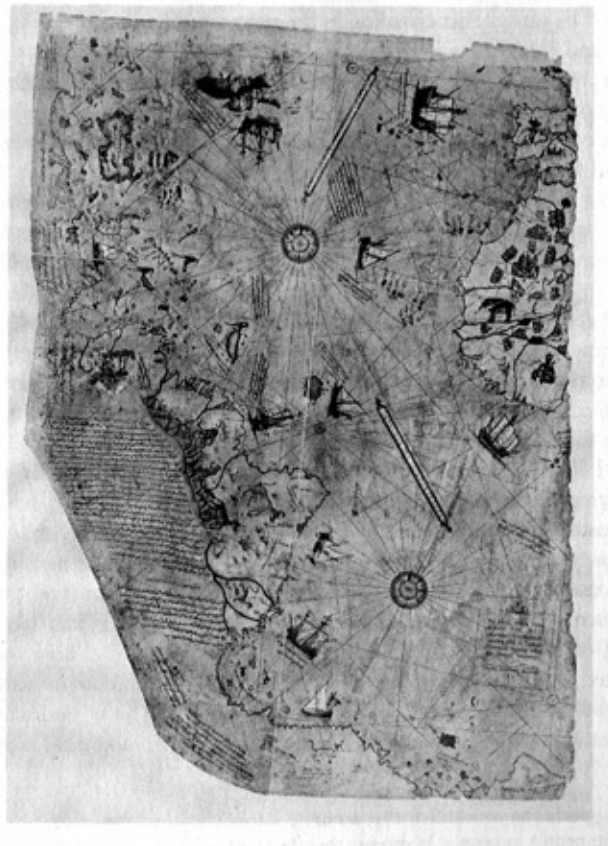
La mayoría de estos mapas correspondía al Mediterráneo y al mar Negro. Sin embargo sobrevivieron unos mapas de otras zonas, entre los cuales se contaban unos de las Américas y de los océanos Ártico y Antártico. Es evidente que los antiguos exploradores viajaron de polo a polo. Por increíble que parezca, la evidencia indica no obstante que un pueblo primitivo exploró la Antártida cuando sus costas estaban desprovistas de hielo.

Asimismo, también resulta evidente que poseían un instrumento de navegación para calcular las longitudes con una precisión muy superior a

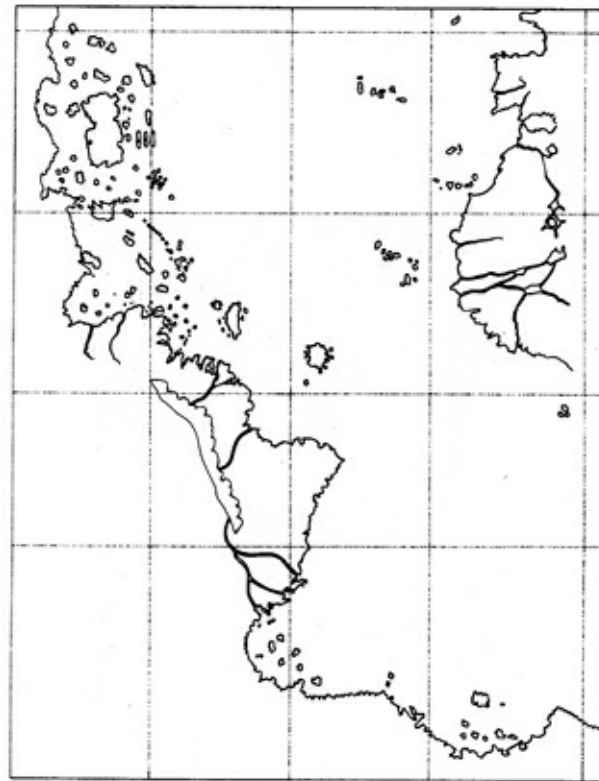
cualquier instrumento que poseyeran pueblos de épocas antiguas, medievales o modernas hasta la segunda mitad del siglo XVIII.

Esta evidencia de una tecnología desconocida apoya y da crédito a muchas otras hipótesis referentes a una civilización perdida en tiempos remotos. Los eruditos han desechado buena parte de esa evidencia como simple mito, pero aquí poseemos unas pruebas que no es posible rechazar. Ello requiere que todas las otras pruebas que se han presentado con anterioridad sean revisadas con un talante abierto¹².

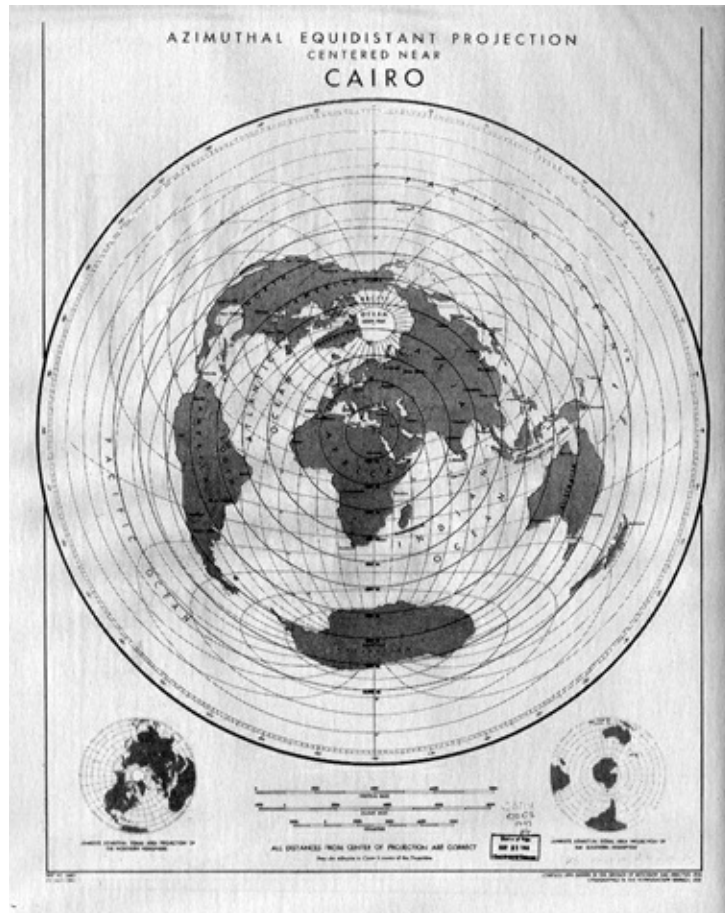
Pese al firme apoyo prestado a estas teorías por parte de Albert Einstein (véase más adelante), y a que con posterioridad John Wright, presidente de la Sociedad Geográfica Americana, reconoció que Hapgood «había planteado unas hipótesis que exigían ser tomadas en cuenta y estudiadas», no se han llevado a cabo otras investigaciones respecto a estos anómalos mapas primitivos. Por otra parte, lejos de ser aplaudido por la importante aportación al debate sobre la antigüedad de la civilización humana, Hapgood, hasta su muerte, fue desdeñado por la mayoría de sus colegas de profesión, quienes fundaban el rechazo a su trabajo en lo que ha sido descrito como «un descarado e injustificado sarcasmo, que hace hincapié en datos insignificantes y factores no susceptibles de ser verificados, rehuendo de esta forma los temas básicos»¹³.



El mapa original de Piri Reis



Representación del mapa en donde se aprecian los detalles



El mapa de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos muestra la proyección que es probable marcará la disposición del antiguo mapa de Piri Reis

Un hombre adelantado a su época

El difunto Charles Hapgood impartía Historia de la Ciencia en el Keen College de New Hampshire, Estados Unidos. No era un geólogo ni un especialista en historia antigua. Sin embargo, es posible que las futuras generaciones lo recuerden como el hombre cuya labor socavó los fundamentos de la historia del mundo, así como buena parte de la geología del mundo.

Albert Einstein fue uno de los primeros en darse cuenta de ello al dar un paso sin precedentes y prologar un libro que escribió Hapgood en 1953, unos años antes de iniciar su investigación del mapa Piri Reis:

Con frecuencia recibo cartas de personas que desean consultarme sobre ideas inéditas [observó Einstein]. Huelga decir que esas ideas rara vez contienen una validez científica. La primera comunicación que recibí del señor Hapgood, sin embargo, me fascinó. Su idea es original, de una gran sencillez y, si demuestra ser cierta, de gran importancia a todo lo relativo a la historia de la superficie de la Tierra¹⁴.

La «idea» que aparece expresada en el libro que escribió Hapgood en 1953 es una teoría geológica global que explica de forma elegante cómo y por qué grandes zonas de la Antártida se habrían mantenido desprovistas de hielo hasta el 4000 a. C., junto con muchas otras anomalías de la ciencia de la Tierra. En resumen, su argumento es el siguiente:

1. La Antártida no estuvo siempre cubierta de hielo y antiguamente su clima era más cálido que en la actualidad.
2. Tenía un clima más cálido porque en aquel período no estaba situada físicamente junto al polo Sur, sino aproximadamente tres mil doscientos kilómetros más al norte. Esto «la habría colocado fuera del círculo antártico en un clima frío o templado»¹⁵.
3. El continente alcanzó su actual posición dentro del círculo antártico como consecuencia de un mecanismo que recibe el nombre de «desplazamiento de la corteza terrestre». Este mecanismo, que en ningún caso debe confundirse con fallas tectónicas o «deriva de los continentes», consiste en que la litosfera, la corteza exterior de la Tierra, «en ocasiones se mueve y desplaza

el cuerpo interior blando, al igual que la corteza de una naranja, si estuviera desprendida, desplazaría la parte interior de la naranja en una sola pieza»¹⁶.

4. Durante el supuesto movimiento de la Antártida hacia el sur que se produjo por el desplazamiento de la corteza terrestre, el continente se habría ido enfriando poco a poco, formándose la capa de hielo que se fue expandiendo de forma inexorable a lo largo de miles de años hasta adquirir sus actuales dimensiones¹⁷.

En la parte VIII de este libro ofrecemos más detalles sobre la evidencia que apoya estas revolucionarias teorías. Los geólogos ortodoxos, no obstante, siguen negándose a aceptar la teoría de Hapgood (aunque nadie ha logrado demostrar que sea incorrecta), lo cual plantea numerosos interrogantes.

Entre ellos, el más importante es el siguiente: ¿Qué mecanismo sería capaz de ejercer suficiente presión sobre la litosfera para precipitar un fenómeno de tal magnitud como un desplazamiento de la corteza terrestre?

No disponemos de mejor guía que Einstein para resumir los hallazgos de Hapgood:

En una región polar se producen continuos depósitos de hielo, los cuales no son distribuidos de forma simétrica alrededor del polo. La rotación de la Tierra incide sobre esas masas depositadas de modo no simétrico y produce un movimiento centrífugo que es transmitido a la rígida corteza terrestre. Cuando alcanza un cierto punto, ese creciente movimiento centrífugo provoca un desplazamiento de la corteza terrestre sobre el resto del cuerpo de la Tierra...¹⁸

El mapa Piri Reis¹⁹ parece contener sorprendentes pruebas colaterales que apoyan la tesis de una glaciación geológica reciente en algunas zonas de la Antártida debido a un repentino desplazamiento hacia el sur de la corteza terrestre. Por otra parte, puesto que ese mapa sólo es posible que se trazara con anterioridad al 4000 a. C., sus implicaciones respecto a la historia de la civilización humana son impresionantes. Antes del 4000 a. C. se supone que no existía ninguna civilización.

Pese a cierto riesgo de una simplificación, el consenso académico es, a grandes rasgos, el siguiente:

- La civilización se desarrolló en primer lugar en el Creciente Fértil de Oriente Medio.
- Este desarrollo comenzó con posterioridad al 4000 a. C. y culminó con la aparición de las primeras auténticas civilizaciones en Sumer y Egipto hacia el 3000 a. C., seguida poco después por las del valle del Indo y China.
- Aproximadamente mil quinientos años más tarde, la civilización surgió de forma espontánea e independiente en las Américas.
- A partir del 3000 a. C. en el Viejo Mundo (y aproximadamente en el 1500 a. C. en el Nuevo), la civilización fue «evolucionando» de modo sistemático hacia unas formas cada vez más refinadas, complejas y productivas.
- En consecuencia, y sobre todo en comparación con nosotros, todas las antiguas civilizaciones, y con ellas sus obras, deben entenderse como esencialmente primitivas (los astrónomos sumerios consideraban el cielo con una mezcla de asombro y respeto poco científica, e incluso las pirámides de Egipto fueron construidas con medios «tecnológicos primitivos»).

La evidencia del mapa Piri Reis parece contradecir todos esos argumentos.

Piri Reis y sus fuentes

En su época Piri Reis fue un conocido personaje, cuya identidad histórica está hoy bien establecida. En calidad de almirante de la marina de los turcos otomanos, participó, a menudo en el bando victorioso, en numerosas batallas marítimas que se libraron en torno al siglo XVI. Asimismo, era considerado un experto en los territorios del Mediterráneo, además de ser el autor del célebre libro sobre navegación titulado *Kitabi Bahriye*, en el cual ofrecía una exhaustiva descripción de las costas, puertos, corrientes, bajíos, lugares de desembarco, bahías y estrechos de los mares Egeo y Mediterráneo. Pese a su ilustre carrera, cayó en desgracia ante sus superiores y fue decapitado en 1554 o 1555.

Las fuentes de Piri Reis, es decir, los mapas en los que éste se basó para trazar su mapa en 1513, probablemente se guardaban en la Biblioteca Imperial de Constantinopla, a la que el almirante gozaba de acceso. Dichos mapas (que podrían haber sido trasladados o copiados en unos centros de erudición aún más antiguos) ya no existen, o, en cualquier caso, no han sido hallados. No obstante, fue en la biblioteca del viejo Palacio Imperial de Constantinopla donde se halló el mapa Piri Reis, pintado sobre un pellejo de gacela y enrollado en un polvoriento estante, en fecha tan reciente como el año 1929²⁰.

¿Legado de una civilización perdida?

Tal como un perplejo Ohlmeyer reconoció en su carta a Hapgood en 1960, el mapa Piri Reis describe la topografía subglacial, el perfil auténtico de la Tierra de la Reina Maud en la Antártida debajo del hielo. Este perfil permaneció por completo oculto a la vista del público desde el 4000 a. C. (cuando estaba cubierto por la capa de hielo que se iba extendiendo) hasta que fue revelado de nuevo a resultas de un exhaustivo estudio sísmico de la Tierra de la Reina Maud que realizó en 1949 un equipo científico de reconocimiento sueco-británico²¹.

De haber sido Piri Reis el único cartógrafo con acceso a esa anómala información, sería un error conceder excesivo crédito a su mapa. Como mucho, podríamos decir: «Quizá sea importante, pero a lo mejor no es más que una coincidencia.» No obstante, el almirante turco no fue el único que se hallaba en posesión de esa información geográfica en apariencia increíble e inexplicable. Sería inútil especular más de lo que lo ha hecho Hapgood sobre qué «corriente subterránea» habría transportado y preservado dicha información a lo largo de los siglos, transmitiendo fragmentos de la misma de cultura en cultura y de una época a otra. Sea cual fuere el mecanismo de transmisión, el hecho es que muchos otros cartógrafos conocían estos curiosos secretos. ¿Es posible que esos cartógrafos, acaso sin saberlo, hubieran participado en el valioso legado científico de una civilización desaparecida?

NOTAS

1. Carta reproducida en el libro de Charles H. Hapgood, miembro de la Royal Geographical Society: *Maps of the Ancient Sea Kings*, Chilton Books, Filadelfia y Nueva York, 1966, p. 243.
2. *Ibíd.*, pp. 93-98, 235. El período duró desde aproximadamente el 13000 a. C. hasta el 4000 a. C., según, por ejemplo, los hallazgos del doctor Jack Hough de la Universidad de Illinois, apoyados por expertos de la Carnegie Institution, Washington D.C. John G. Weipaupt, un especialista en sismología y gravedad y geología planetaria de la Universidad de Colorado,

sostiene también la tesis de un período relativamente desprovisto de hielo al menos en ciertas zonas de la Antártida. Junto con otros geólogos, Weiphaupt sitúa este período en una franja más estrecha que Hough y los demás, entre el 7000 a. C. y el 4000 a. C.

3. *Ibíd.*, prefacio, pp. 1,209-211.
4. *Encyclopaedia Britannica*, 1991,1: 440.
5. *Maps of The Ancient Sea Kings*, p. 235.
6. *Ibíd.*
7. Los historiadores no reconocen ninguna «civilización» anterior al 4000 a. C.
8. *Maps of the Ancient Sea Kings*, pp. 220-224.
9. *Ibíd.*, p. 222.
10. *Ibíd.*, p. 193.
11. *Maps of the Ancient Sea Kings* (edición revisada), Turn-stone Books, Londres, 1979, prefacio.
12. *Ibíd.*
13. *Ibíd.*, prólogo. Véase también F. N. Earll, prólogo a la obra de C. H. Hapgood: *Path of the Pole*, Chilton Books, Nueva York, 1970, p. VIII.
14. Del prólogo de Einstein (escrito en 1953) al libro de Charles H. Hapgood: *Earths's Shifting Crust: A Key to Some Basic Prohlems of Earth Science*, Pantheon Books, Nueva York, 1958, pp. 1-2.
15. *Maps of the Ancient Sea Kings*, edición de 1966, p. 189.
16. *Ibíd.*, p. 187.
17. *Ibíd.*, p. 189.
18. Prólogo a *Earth's Shifting Crust*, p. 1.
19. *Maps of the Ancient Sea Kings*, pp. 209-211.
20. *Ibíd.*,p. 1.
21. *Ibíd.*, pp. 76-77 y 231-232.

RÍOS EN EL CONTINENTE AUSTRAL

Durante las vacaciones navideñas de 1959-1960, Charles Hapgood buscó la Antártida en la sala de referencias de la Biblioteca del Congreso, en Washington. Durante varias semanas consecutivas trabajó allí, inmerso en sus investigaciones, rodeado literalmente de cientos de mapas y cartas de navegación medievales.

He hallado [informó Hapgood] unos datos fascinantes que no esperaba encontrar, y varios mapas que muestran el continente sur. Un día, al pasar una página me quedé atónito. Cuando mis ojos se posaron sobre el hemisferio austral de un mapamundi trazado por Oronteus Finaeus en el año 1531, tuve de inmediato el convencimiento de que había hallado el mapa auténtico de la verdadera Antártida.

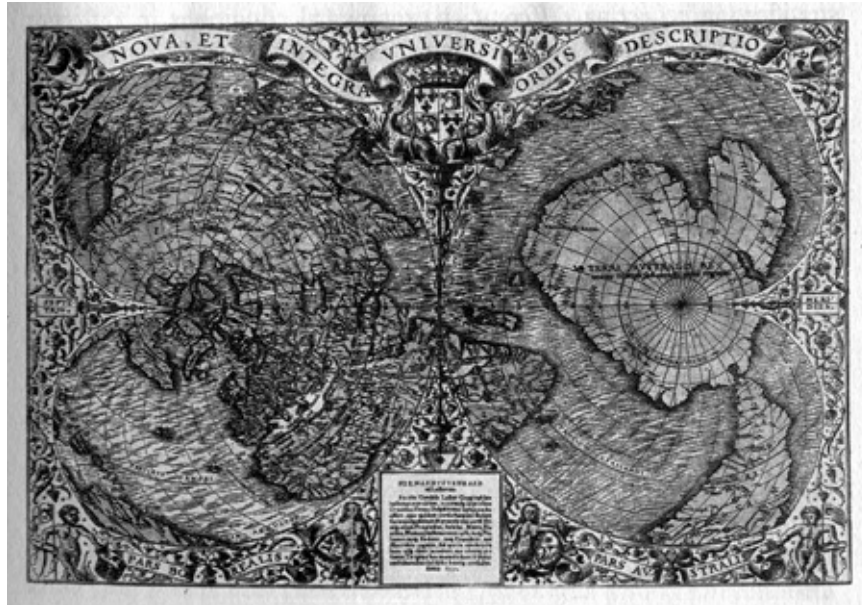
La forma general del continente guardaba un parecido asombroso con la silueta del continente que vemos en nuestros mapas modernos. La ubicación del polo sur, casi en el centro del continente, parecía ser correcta. Las montañas que bordeaban las costas indicaban que en los últimos años se habían descubierto numerosas cordilleras en la Antártida. Asimismo, resultaba evidente que esto no era el absurdo producto de la imaginación de alguien. Las cordilleras aparecían individualizadas; algunas eran costeras y otras no. De la mayoría de ellas fluían unos ríos hacia el mar, siguiendo unos esquemas de drenaje muy naturales y convincentes. Ello indicaba lógicamente, que las costas podrían haber estado libres de hielo cuando fue trazado el mapa original. El profundo interior, sin embargo, no contenía ríos ni montañas, lo cual sugería la posible presencia de hielo¹.

Un examen más detenido del mapa Oronteus Finaeus por Hapgood, y por el doctor Richard Strachan del Instituto de Tecnología de Massachusetts, confirmó lo siguiente:

1. El mapa había sido copiado y compilado a partir de varios mapas anteriores trazados según diferentes proyecciones².
2. Mostraba, en efecto, unas condiciones no glaciales de las regiones costeras de la Antártida, en concreto de la Tierra de la Reina Maud, la Tierra Enderby,

la Tierra de Wilkes, la Tierra de Victoria (la costa este del mar de Ross), y la Tierra de María Byrd³.

3. Como en el caso del mapa Piri Reis, el perfil general del terreno y las características físicas visibles, guardaban gran semejanza con los mapas de exploración sísmica de las superficies terrestres de la Antártida subglacial⁴.



Mapa Oronteus Finaeus, el cual muestra la Antártida con sus costas, montañas y ríos desprovistos de hielo.

El mapa Oronteus Finaeus, según la conclusión a la que llegó Hapgood, parecía documentar «la insólita tesis de que la Antártida fue visitada y tal vez colonizada por unos individuos cuando en su mayor parte no era glacial. Ni que decir tiene que esto presupone una gran antigüedad... En efecto, el mapa Oronteus Finaeus sitúa la civilización de los cartógrafos originales en una época contemporánea del fin del último período glacial en el hemisferio norte»⁵.

El mar de Ross

Otra evidencia que sustenta esta tesis es la forma en que aparecía representado el mar de Ross en el Oronteus Finaeus. En los lugares en que los grandes glaciares como el Beardmore y el Scott descargan en el mar, el mapa de 1531 muestra estuarios, unas grandes calas e indicaciones de ríos. Todo ello sugiere de forma inequívoca que no había hielo en el mar de Ross ni en sus costas cuando fueron trazados los mapas originales en los que se basó el Oronteus Finaeus: «Debía de existir también una amplia zona interior libre de hielo que alimentaba a los ríos. En la actualidad todas esas costas y sus regiones interiores se hallan profundamente sumergidas en una capa de hielo de 1,6 kilómetros de espesor,

mientras que el mar de Ross está cubierto por una *ice-shelf* flotante de varios centenares de metros de espesor»⁶.

La evidencia del mar de Ross corrobora la opinión de que la Antártida debió de ser explorada y cartografiada por una civilización desconocida durante el prolongado período en que permaneció desprovista de hielo, el cual finalizó hacia el 4000 a. C. Ello queda demostrado por los tubos de extracción que utilizó en 1949 una de las expediciones Byrd a la Antártida para tomar unas muestras de sedimento del fondo del mar de Ross.

Los sedimentos mostraron numerosas capas de estratificación, claramente delimitadas, que reflejaban distintas condiciones ambientales en diversas épocas: «sedimento marino glaciario grueso», «sedimento marino glaciario mediano», «sedimento marino glaciario fino», etcétera. El hallazgo más sorprendente, sin embargo, «fue que varios estratos se componían de unos sedimentos de grano fino, diferenciados, como los que arrastran los ríos que fluyen de tierras templadas (es decir, sin hielos) hacia el mar...»⁷.

Mediante el método de datación por iones que desarrolló el doctor W. D. Ürry, en el que intervienen los tres elementos radiactivos que se hallan en el agua de mar⁸, los investigadores del Instituto Carnegie de Washington consiguieron establecer más allá de una duda razonable que unos grandes ríos que contenían sedimentos de grano fino, diferenciados, habían estado fluyendo hacia la Antártida hasta hace unos seis mil años, tal como muestra el mapa Oronteus Finaeus. Fue después de esta fecha, hacia el 4000 a. C., «cuando empezó a depositarse en el fondo del mar de Ross el sedimento glaciario... Las muestras extraídas indican que con anterioridad habían prevalecido unas condiciones templadas durante un prolongado período»⁹.



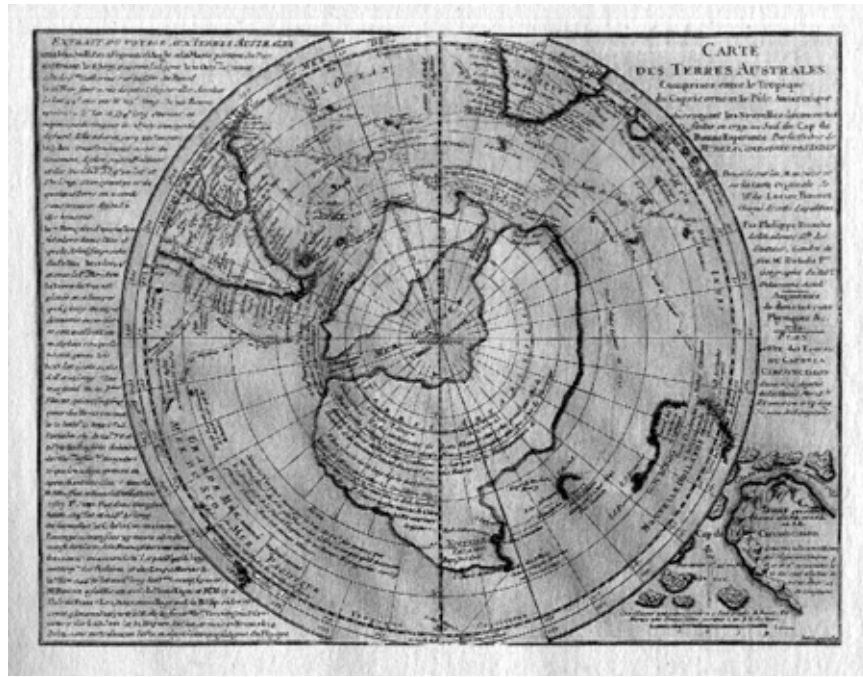
Mapa Mercator, donde se aprecian las montañas y ríos de la Antártida cubiertos de hielo

Mercator y Buache

Los mapas Piri Reis y Oronteus Finaeus nos ofrecen, por tanto, una imagen de la Antártida que ningún cartógrafo en tiempos históricos había visto. Por sí solas, naturalmente, esas dos pruebas no bastarían para convencernos de que quizá nos hallemos ante las huellas de una civilización perdida. Pero ¿es posible desechar con esa misma justificación tres, cuatro o seis mapas similares?

¿Sería prudente, o siquiera razonable, seguir haciendo caso omiso de las implicaciones históricas que poseen algunos de los mapas elaborados por el cartógrafo más famoso del siglo XVI, Gerard Kremer, conocido como Mercator? Célebre por la proyección Mercator, que todavía se utiliza en los mapas actuales, este enigmático personaje, que en 1563 realizó una inexplicada visita a la Gran Pirámide de Egipto¹⁰, según dicen era «un infatigable estudioso de la Antigüedad», y dedicó muchos años a elaborar diligentemente una vasta y ecléctica biblioteca de referencia que estaba compuesta por mapas antiguos¹¹.

De forma significativa, Mercator incluyó el mapa Oronteus Finaeus en su Atlas de 1569, y también representó la Antártida en varios mapas que él mismo trazó aquel año. Las partes identificables en esos mapas del continente austral, que entonces aún estaba por descubrir, son: el cabo Dart y el cabo Herlacher en la Tierra de María Byrd, el mar de Amundsen, la isla Thurston en la Tierra de Ellsworth, las islas Fletcher en el mar de Bellinghausen, la isla de Alejandro I, la península Antártica (Palmer), el mar de Weddell, el cabo Norvegia, la cordillera Regula en la Tierra de la Reina Maud (como islas), las montañas Muhlig-Hoffman (como islas), la costa del Príncipe Harald, el glaciar Shirase (como un estuario en la costa del Príncipe Harald), la isla Padda en la bahía de Lutzow-Holm y la costa del Príncipe Olaf en la Tierra Enderby. «En algunos casos esas zonas son más reconocibles que en el mapa Oronteus Finaeus —observó Hapgood— y parece evidente, en general, que Mercator tuvo a su disposición unos mapas en los que basarse, distintos de los que utilizó Oronteus Finaeus.»¹²



Mapa Buache, con unas masas de tierra firme que muestran la Antártida tal como debía de aparecer antes de estar cubierta de hielo.

Esto fue así no sólo en el caso de Mercator.

Philippe Buache, el geógrafo francés del siglo XVIII, logró también publicar un mapa de la Antártida mucho antes de que el continente sur fuera «descubierto» de forma oficial. Lo más extraordinario del mapa de Buache es que parece basarse en unos mapas que fueron trazados con anterioridad, quizá miles de años antes, a los que utilizaron Oronteus Finaeus y Mercator. Lo que nos ofrece Buache es una representación precisa de la Antártida, tal como ésta debía de aparecer cuando no se hallaba cubierta por el hielo¹³. Su mapa revela la topografía subglacial de todo el continente, que ni siquiera, nosotros conocimos por completo hasta 1958, el Año Geofísico Internacional, cuando se llevó a cabo una exhaustiva exploración sísmica. La exploración confirmó lo que Buache ya había proclamado en 1737. Basando su cartografía en antiguas fuentes que se han perdido, el académico francés trazó una clara vía marítima a través del continente austral, que lo dividía en dos grandes masas de tierra firme ubicadas hacia el este y el oeste de la línea que en la actualidad marcan las montañas transantárticas.

Dicha vía marítima, que conectaba los mares de Ross, Weddell y Bellinghausen, existiría efectivamente si la Antártida estuviera desprovista de hielo. Tal como muestran los estudios del Año Geofísico Internacional de 1958, el continente (que en los mapas modernos aparece como una masa de tierra firme ininterrumpida)

consiste en un archipiélago de grandes islas que están separadas por bloques de hielo de varios centenares de metros de espesor y se alzan sobre el nivel del mar.

La época de los creadores de mapas

Tal como hemos visto, muchos geólogos ortodoxos opinan que la última vez que existió una vía marítima en esas cuencas repletas de hielo fue hace millones de años. Desde el punto de vista académico, sin embargo, es igualmente ortodoxo afirmar que en aquellos tiempos remotos no existían seres humanos en la Tierra, y mucho menos unos seres humanos capaces de plasmar con precisión sobre un mapa las masas de tierra firme de la Antártida. El gran problema que plantean las pruebas que aportan el mapa Buache y los estudios del Año Geofísico Internacional es que esas masas de tierra firme parecen en efecto haber sido exploradas y cartografiadas cuando se hallaban libres de hielo. Esto presenta a los expertos dos propuestas que se contradicen.

¿Cuál de ellas es la correcta?

Si aceptamos la tesis de los geólogos ortodoxos de que han transcurrido millones de años desde que en la Antártida no existían hielos, toda la evidencia de la evolución humana, laboriosamente desarrollada por eminentes científicos a partir de Darwin, ha de ser incorrecta. Ello parece inconcebible: las pruebas fósiles atestiguan que hace millones de años sólo existían los antepasados no evolucionados de la humanidad, unos homínidos de frente estrecha y abultada y larguísimas extremidades que eran incapaces de realizar tareas intelectuales como trazar mapas.

¿Debemos, por tanto, suponer la intervención de unos cartógrafos alienígenas que viajaban en naves espaciales para explicar la existencia de sofisticados mapas de una Antártida libre de hielo? ¿O debemos tener en cuenta las implicaciones de la tesis que sostiene Hapgood de un desplazamiento de la corteza terrestre que permitió que el continente austral presentara el estado libre de hielo descrito por Buache hace tan sólo quince mil años?¹⁴

¿Es posible que en el 13000 a. C existiera una civilización lo suficientemente avanzada para haber trazado el mapa de la Antártida, y haber desaparecido más tarde? En tal caso, ¿cuándo desapareció?

Los mapas Piri Reis, Oronteus Finaeus, Mercator y Buache transmiten con fuerza

la inquietante impresión de que la Antártida tal vez fuera explorada de forma continua durante un período de varios miles de años mientras la capa de hielo avanzaba de modo progresivo hacia fuera desde el interior, aumentando su agarre con cada milenio que transcurría, aunque sin cubrir todas las costas del continente austral hasta aproximadamente el 4000 a. C. Los primitivos mapas en los que se basaron Piri Reis y Mercator debieron de trazarse hacia el fin de ese período, cuando tan sólo las costas de la Antártida quedaban libres de hielo; la fuente en la que se inspiró el mapa de Oronteus Finaeus, por otro lado, parece datar de una época más antigua, cuando la capa de hielo se hallaba presente sólo en el profundo interior del continente; y la fuente en la que se basa el mapa Buache parece ser aún más primitiva (de aproximadamente el 13000 a. C.), cuando es probable que no existieran hielos en la Antártida.

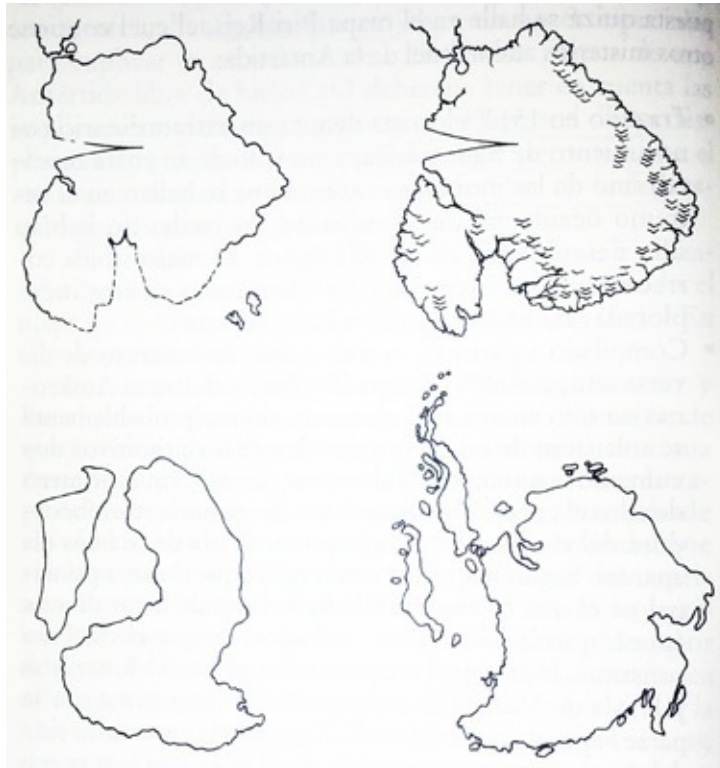
Sudamérica

¿Fueron exploradas y cartografiadas otras zonas del mundo en diversas ocasiones durante esa misma época, aproximadamente entre el 13000 a. C. y el 4000 a. C.? La respuesta quizá se halle en el mapa Piri Reis, el cual contiene otros misterios además del de la Antártida:

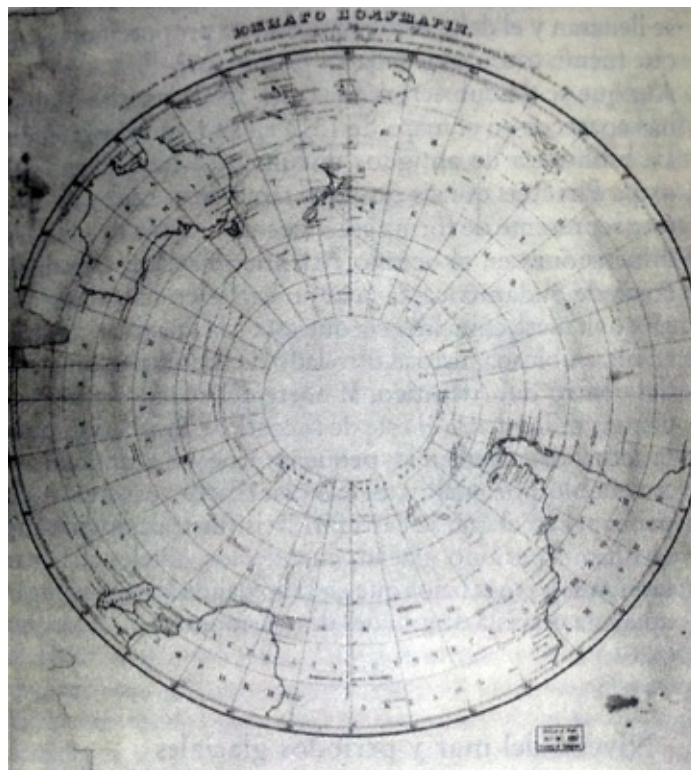
- Trazado en 1513, el mapa denota un extraordinario conocimiento de Sudamérica; y no sólo de su costa oriental, sino de las montañas andinas que se hallan en el extremo occidental del continente, las cuales no habían sido descubiertas en aquella época. El mapa ubica correctamente el nacimiento del Amazonas en esas inexploradas montañas y su curso hacia el este¹⁵.
- Compilado a partir de más de veinte documentos de diversa antigüedad¹⁶, el mapa Piri Reis muestra el Amazonas no sólo en una sino en dos ocasiones (probablemente se solaparan de modo fortuito dos de los primitivos documentos que empleó el almirante turco)¹⁷. En el primero de ellos el curso del Amazonas se dirige hacia su embocadura del río Para, pero la importante isla de Marajo no aparece. Según Hapgood, esto sugiere que el mapa principal en el que se inspiró Piri Reis debía de datar de una época, quizás hace quince mil años, en que el río Para constituía la principal o única embocadura del Amazonas y la isla de Marajo formaba parte de tierra firme por la parte septentrional del río¹⁸. La segunda representación del Amazonas muestra la isla de Marajo con una precisión insólita, pese al hecho de que esa isla no se descubrió hasta 1543¹⁹. De nuevo se plantea la posibilidad de que una civilización desconocida emprendiera sistemáticas expediciones a fin de

explorar y trazar el mapa de la cambiante faz de la Tierra durante un período de muchos miles de años, y que Piri Reis utilizara los mapas primitivos y posteriores que legó esta civilización.

- Ni el río Orinoco ni su actual delta aparecen representados en el mapa Piri Reis. En su lugar, tal como demostró Hapgood, «figuran dos estuarios que se extienden hacia el interior (a lo largo de un recorrido de unos ciento sesenta kilómetros) y se hallan situados junto a la ubicación del presente río. La longitud que muestra el mapa sería la correcta en caso de tratarse del Orinoco, y la latitud también se ajusta al mismo. ¿Es posible que esos estuarios se llenaran y el delta aumentara en esta proporción, desde que fueran trazados los mapas primitivos ?»²⁰.
- Aunque se descubrieron en el año 1592, las islas Malvinas aparecen en el mapa de 1513 en su latitud correcta²¹.
- La biblioteca de antiguos documentos incorporada al mapa Piri Reis quizás explique también el hecho de que éste represente de forma convincente una isla de grandes dimensiones en el océano Atlántico hacia el este de la costa de Sudamérica, la cual no existe en la actualidad. ¿Es una mera coincidencia que esta isla imaginaria se encuentre ubicada justo al otro lado de la dorsal submarina del centro del Atlántico, al norte del ecuador y a setecientas millas hacia el este de la costa de Brasil, donde en la actualidad asoman las pequeñas Rocas de San Pedro y San Pablo por encima de las olas?²² ¿O acaso el mapa principal en el que se basó Piri Reis fue trazado durante el último período glacial, cuando los niveles del mar eran mucho más bajos que en la actualidad y en ese lugar aparecía una isla de grandes dimensiones?



Arriba a la izquierda y la derecha: Representaciones de los mapas Mercator y Oronteus Finaeus, donde se muestra la progresiva glaciación de la Antártida. *Abajo a la izquierda:* Representación del mapa Buache. *Abajo a la derecha:* La topografía subglacial de la Antártida, según unos estudios sísmicos modernos.



Un mapa ruso de principios del siglo XIX demuestra que en aquellos tiempos se desconocía la existencia de la Antártida. El continente no fue «descubierto» hasta 1818. Pero ¿acaso fue explorado miles de años antes por los cartógrafos de una civilización superior de la prehistoria que aún no ha sido identificada?

Niveles del mar y períodos glaciales

Todo indica que otros mapas del siglo XVI debieron de basarse también en las minuciosas exploraciones del mundo que se emprendieron durante el último período glacial. Uno de ellos fue compilado por el turco Hadji Ahmed en 1559; este cartógrafo, según afirma Hapgood, debió de tener acceso a «algunos de los mapas primitivos más extraordinarios»²³.

Lo que resulta más extraño y desconcertante de la compilación de Hadji Ahmed es el hecho de que muestra con toda claridad un territorio de casi mil seiscientos kilómetros de anchura que conecta Alaska con Siberia. Este «puente terrestre», como se refieren a él los geólogos, existió efectivamente (en la actualidad es donde se halla el estrecho de Bering), pero quedó sumergido bajo las olas debido a la subida de los niveles del mar que se produjo a finales del último período glacial²⁴.

La subida de los niveles del mar fue causada por el tumultuoso derretimiento del bloque de hielo, que hacia el 10000 a. C. empezó a retroceder rápidamente en todas las zonas del hemisferio austral²⁵. No deja de ser interesante que al menos uno de los mapas primitivos muestre Suecia cubierta por los residuos de unos glaciares como los que debían de existir en esas latitudes. Esos residuos de glaciares aparecen en el célebre mapa del Norte de Claudio Tolomeo. Compilado originalmente en el siglo II de nuestra era, esta extraordinaria obra del último gran geógrafo de la antigüedad clásica se perdió durante cientos de años y fue redescubierta en el siglo XV²⁶.

Tolomeo era el conservador de la Biblioteca de Alejandría, la cual contenía la mayor colección de manuscritos de la Antigüedad²⁷, y fue allí donde él consultó los arcaicos documentos que le permitieron compilar su mapa²⁸. La aceptación de la posibilidad de que la versión original de al menos uno de los mapas que consultó Tolomeo fuera trazada hacia el 10000 a. C., contribuye a explicar por qué el geógrafo muestra esos glaciares, característicos de esa época concreta, junto con «unos lagos... que sugieren las formas de los lagos actuales, y unos ríos muy semejantes a ríos glaciares... que fluyen de los glaciares hacia los lagos»²⁹.

Huelga decir que no existía nadie en tiempos de los romanos, cuando Tolomeo trazó su mapa, que tuviera la menor sospecha de que en el norte de Europa hubieran existido unos períodos glaciales. Como tampoco existía nadie en el siglo XV —cuando el mapa fue redescubierto— que poseyera tales conocimientos. De hecho, es imposible entender cómo esos residuos de glaciares y otros datos que figuran en el mapa de Tolomeo fueron descubiertos, imaginados o inventados por una civilización conocida anterior a la nuestra.

Las implicaciones de todo ello son obvias, así como las de otro mapa, el «Portolano» de Iehudi Ibn Ben Zara, trazado en 1487³⁰. Este mapa de Europa y el norte de África pudo basarse en una fuente incluso anterior a la de Tolomeo, pues muestra unos glaciares situados bastante más al sur que Suecia (aproximadamente en la misma latitud que Inglaterra)³¹ y representa los mares Mediterráneo, Adriático y Egeo tal como debieron de aparecer antes de que se fundiera el bloque de hielo europeo³². El nivel del mar debió de ser notablemente más bajo que hoy en día. Así, en el caso de la zona del Egeo que aparece en el mapa, por ejemplo, es interesante observar que figuran muchas más islas de las que existen en el presente³³. A primera vista esto resulta desconcertante y, sin embargo, si han transcurrido diez o doce mil años desde la elaboración del mapa en el cual se basó Ibn Ben Zara, la discrepancia tiene una explicación bien sencilla: las islas que faltan debieron de sumergirse bajo las olas debido al aumento del nivel del mar que se produjo hacia finales del último período glacial.

De nuevo tenemos la impresión de hallarnos ante las huellas de una civilización desaparecida, una civilización capaz de trazar unos mapas en extremo precisos de diversas zonas del mundo.

¿Qué clase de tecnología y qué estadio de ciencia y cultura requerían esas gentes para llevar a cabo semejante tarea?

NOTAS

1. 1. Maps of the Ancient Sea Kings (en lo sucesivo Maps), p. 79.
2. *Ibíd.*, p. 233.
3. *Ibíd.*, p. 89.
4. *Ibíd.*, p. 90. Esos mapas fueron trazados en 1958, con motivo del Año Geofísico Internacional, por unas expediciones de distintos países.

5. *Ibid.*, p. 149.
6. *Ibid.*, pp. 93-96.
7. *Ibid.*, p. 97.
8. Para una detallada descripción del proceso, véase *Maps*, p. 96.
9. *Ibid.*, p. 98.
10. Dejó su rúbrica allí. Véase Peter Tompkins: *Secrets of the Great Pyramid*, Harper & Row Publishers, Nueva York, pp. 38, 285.
11. *Maps*, p. 102.
12. *Ibid.*, pp. 103-104.
13. *Ibid.*, p. 93.
14. Para un debate más amplio sobre la evidencia que respalda esta teoría, véase «Parte VIII» de este libro y *Earth's Shifting Crust*, de Hapgood.
15. *Maps*, p. 68.
16. *Ibid.*, p. 222.
17. *Ibid.*, pp. 64-65.
18. *Ibid.*, p. 64.
19. *Ibid.*, p. 65.
20. *Ibid.*, p. 69.
21. *Ibid.*, p. 72.
22. *Ibid.*, p. 65.
23. *Ibid.*, p. 99.
24. *Ibid.*
25. *Ibid.*, p. 164.
26. *Ibid.*, p. 159.
27. *Ibid.*; véase Luciano Canfora: *The Vanished Library*, Hutchinson Radius, Londres, 1989.
28. *Maps*, p. 159.
29. *Ibid.*, p. 164.
30. *Ibid.*, p. 171.
31. *Ibid.*, pp. 171-172.
32. *Ibid.*
33. *Ibid.*, pp. 176-177.

HUELLAS DE UNA CIENCIA PERDIDA

Hemos visto que el mapamundi Mercator de 1569 contenía una descripción precisa de las costas de la Antártida, tal como éstas aparecían hace miles de años, cuando no estaban cubiertas de hielo.

Curiosamente, este mismo mapa es mucho menos preciso en su representación de otra región, la de la costa occidental de Sudamérica, que el primer mapa (1538) dibujado también por Mercator¹.

La razón de ello estriba en que el geógrafo del siglo XVI basó su primer mapa en unos antiguos documentos que sabemos tenía a su disposición, mientras que para trazar el mapa posterior se dejó guiar por las observaciones y medidas de los primeros exploradores españoles que visitaron la costa occidental de Sudamérica. Dado que esos exploradores al regresar a Europa traían consigo los últimos datos, no podemos censurar a Mercator por haber seguido sus indicaciones. Esto actuó en perjuicio de la precisión de su trabajo: en 1569 no existían unos instrumentos capaces de calcular la longitud, pero parece que habían sido utilizados para preparar los antiguos documentos que consultó Mercator con el fin de trazar su mapa en 1538².

Los misterios de la longitud

Examinemos el problema de la longitud, definida ésta como la distancia en grados hacia el este u oeste del primer meridiano. El primer meridiano aceptado internacionalmente en la actualidad es una curva imaginaria trazada desde el polo norte hasta el polo sur, que pasa por el Observatorio Real de Greenwich, en Londres. Por consiguiente, Greenwich se halla situado en la longitud 0o, mientras que Nueva York, por ejemplo, está situada aproximadamente a 74° al oeste, y Canberra, en Australia, a unos 150° al este.

Se podría escribir un voluminoso tratado sobre la longitud y lo que debe hacerse para situarla con precisión respecto a cualquier punto de la superficie de la Tierra, pero lo que nos ocupa aquí no es tanto el detalle técnico como los datos históricos aceptados sobre los crecientes conocimientos de la humanidad acerca de los misterios de la longitud. Entre estos datos, el más importante es el siguiente: hasta que no se produjo un revolucionario invento en el siglo XVIII, los cartógrafos y navegantes eran incapaces de fijar con precisión la longitud. Sólo eran capaces de hacerlo de modo aproximado, por lo general equivocándose en varios centenares de millas, puesto que aún no existía la tecnología que les

permitiera realizar bien su trabajo.

La latitud al norte o al sur del ecuador no presentaba ese problema: era posible calcularla mediante las medidas angulares del sol y las estrellas tomadas con unos instrumentos relativamente sencillos. Sin embargo, para hallar la longitud se requerían unos instrumentos de un calibre superior que pudieran combinar cálculos de posición con cálculos de tiempo. A lo largo de la historia conocida, los científicos no habían sido capaces de inventar esos instrumentos, pero a principios del siglo XVIII, debido al incremento del tráfico marítimo, los navegantes y exploradores comenzaron a impacientarse. Según una autoridad de aquella época: «La búsqueda de la longitud presidía la vida de todo navegante, y la seguridad de cada buque y cargamento. El cálculo preciso parecía un sueño imposible y el “descubrimiento de la longitud” se convirtió en una frase hecha en la prensa semejante a “los elefantes vuelan”.»³

Lo que se requería, en primer lugar, era un instrumento que permitiera calcular el tiempo (en el lugar de partida) con perfecta precisión durante las largas travesías pese al movimiento del barco y a las circunstancias meteorológicas adversas, al pasar bruscamente del calor al frío y de la lluvia al tiempo seco. «Ese reloj — según dijo Isaac Newton en 1714 a los miembros del Consejo de la Longitud, un órgano oficial del gobierno británico— no se ha inventado todavía.»⁴

En efecto, los relojes de los siglos XVII y principios del XVIII consistían en unos toscos artilugios que perdían o ganaban hasta un cuarto de hora al día. Por el contrario, un cronómetro marino de alta precisión sólo podía permitirse perder o ganar esa cantidad de tiempo en el transcurso de varios años⁵.

No fue hasta 1720 que el hábil relojero inglés John Harrison comenzó a trabajar en el primero de una serie de bocetos destinados a lograr un cronómetro fiable. Su propósito era ganar el premio de veinte mil libras esterlinas que ofrecía el Consejo de la Longitud «al inventor de cualquier sistema capaz de determinar la longitud de un barco dentro de un margen de treinta millas náuticas al término de una travesía de seis semanas»⁶. El cronómetro capaz de cumplir este requisito no podía perder o ganar más de tres segundos al día. Harrison tardó casi cuarenta años, durante los cuales completó y ensayó varios prototipos, en culminar su proyecto. Por fin, en 1761, su elegante Cronómetro Número 4 partió de Gran Bretaña a bordo del Deptford un barco que se dirigía a Jamaica, acompañado por el hijo de Harrison, William. Al cabo de nueve días de haber zarpado, basándose en los cálculos de longitud que realizó con el cronómetro, William comunicó al capitán que a la mañana siguiente avistarían las islas de Madeira. El capitán

apostó cinco libras contra una a que William estaba equivocado, pero accedió a mantener el rumbo. William ganó la apuesta. Dos meses más tarde, en Jamaica, constataron que el instrumento había perdido tan sólo cinco segundos⁷.

Harrison había incluso superado las condiciones impuestas por el Consejo de la Longitud. Gracias a los lentos trámites burocráticos del gobierno inglés, sin embargo, no obtuvo sus veinte mil libras hasta tres años antes de su muerte, hecho que sucedió en 1776. Lógicamente, Harrison no divulgó los secretos de su invento hasta que tuvo el dinero en su poder. Debido a este retraso, el capitán James Cook no pudo beneficiarse de las cualidades del cronómetro al emprender su primera expedición en 1768⁸. No obstante, cuando emprendió su tercera travesía (1778-1779) logró trazar el mapa del Pacífico con extraordinaria precisión, fijando no sólo la latitud sino la longitud correcta de cada isla y litoral⁹. A partir de aquel momento, «gracias a la destreza de Cook y al cronómetro de Harrison... ningún navegante tenía excusa cuando no hallaba una isla en el Pacífico... o naufragaba en una costa que apareciera de forma imprevista»¹⁰.

Los mapas de Cook, con sus correctas longitudes, constituyen los primeros ejemplos de la cartografía precisa de nuestra era moderna. Asimismo, nos recuerdan que la elaboración de buenos mapas requiere al menos tres ingredientes clave: expediciones bien organizadas, conocimientos matemáticos y cartográficos de primer orden, y unos cronómetros de alta precisión. No fue hasta que el cronómetro de Harrison estuvo al alcance de cualquier navegante, en la década de 1770, que se cumplió el tercero de estos requisitos. Este brillante invento permitió que los cartógrafos fijaran la longitud con exactitud, algo que los sumenos, los antiguos egipcios, los griegos, los romanos o cualquier otra civilización conocida que fuera anterior al siglo XVIII no habían conseguido. Por tanto, resulta sorprendente y a la vez inquietante toparse con unos mapas mucho más antiguos que ofrecen unas latitudes y longitudes con la moderna precisión.

Instrumentos de precisión

Esas latitudes y longitudes inexplicablemente precisas se hallan dentro de la misma categoría de documentos que contienen los avanzados datos geográficos a los que me he referido.

El mapa Piri Reis de 1513, por ejemplo, sitúa Sudamérica y África en las longitudes correctas relativas¹¹, lo cual en teoría representa una hazaña imposible para la ciencia de aquellos tiempos. Sin embargo, Piri Reis reconoció abiertamente que su mapa se basaba en unos documentos mucho más antiguos. ¿Es posible que el almirante turco obtuviera sus precisas longitudes de uno de

esos documentos?

No menos interesante es el llamado Dulcert Portolano de 1339, el cual se centra en Europa y el norte de África. Este mapa presenta una latitud perfecta a través de grandes distancias y la longitud total del Mediterráneo y el mar Negro es correcta dentro de un margen de medio grado¹².

El profesor Hapgood comentó que quien había trazado el mapa original del que fue copiado el Dulcert Portolano «había alcanzado una elevada precisión científica al hallar la relación entre la latitud y la longitud. Esto sólo se podía conseguir en el caso de disponer de una información precisa sobre las longitudes relativas de numerosos lugares repartidos por el mundo, desde Galway, en Irlanda, hasta el extremo oriental del Don en Rusia»¹³.

El mapa Zeno¹⁴ de 1380 constituye otro enigma. Cubriendo una vasta área del norte hasta Groenlandia, sitúa un gran número de lugares que se ubican en distintas latitudes y longitudes con «asombrosa precisión»¹⁵. «Resulta increíble —afirma Hapgood— que un individuo del siglo XIV lograra hallar las latitudes correctas de esos lugares, además de las longitudes.»¹⁶

El mapamundi Oronteus Finaeus también es digno de atención: sitúa correctamente las costas de la Antártida en las latitudes precisas y las longitudes relativas, y presenta un área asombrosamente exacta del continente en términos generales. Ello demuestra un nivel de conocimientos geográficos que no existía con anterioridad al siglo XX¹⁷. El Portolano de Iehudi Ibn Ben Zara es otro mapa notable, debido a su precisión respecto a las latitudes y longitudes relativas¹⁸.

La longitud total entre Gibraltar y el mar de Azov es correcta dentro de un margen de medio grado, mientras que el promedio de errores de longitud que presenta el mapa en su totalidad es inferior a un grado¹⁹. Estos ejemplos representan sólo una ínfima parte del voluminoso e interesante dossier de pruebas que presentó Hapgood.

El efecto acumulativo de su concienzudo y detallado análisis sugiere que nos engañábamos al suponer que hasta el siglo XVIII no se habían inventado unos instrumentos precisos para calcular la longitud. Por el contrario, el Piri Reis y otros mapas parecen demostrar claramente que esos instrumentos fueron «redescubiertos» en el siglo XVIII, que habían existido mucho antes y que habían sido utilizados por un pueblo civilizado, desconocido en la Historia, que había explorado y trazado el mapa de toda la Tierra. Por lo demás, todo indica que esas gentes eran capaces no sólo de diseñar y fabricar unos instrumentos mecánicos

precisos Y técnicamente avanzados, sino que dominaban una ciencia matemática precoz.

Los matemáticos desconocidos

A fin de comprender el porqué, en primer lugar debemos tener en cuenta lo evidente: la Tierra es una esfera. Cuando se trata de trazar el mapa de la superficie terrestre, por consiguiente, sólo un globo puede representarla en sus proporciones correctas. El hecho de trasladar los datos cartográficos de un globo a unas hojas de papel implica, de forma inevitable, ciertas distorsiones, y sólo es posible hacerlo mediante un artificial y complejo sistema mecánico que recibe el nombre de proyección cartográfica.

Existen varios tipos de proyección. La de Mercator, que se sigue utilizando en los atlas actuales, quizá sea la más conocida. Entre otras, cabe citar la proyección acimutal, la estereográfica, la gnomónica, la acimutal equidistante, la cordiforme, etcétera, pero no es necesario entrar en más detalles. Tan sólo haremos hincapié en que toda proyección eficaz requiere el empleo de unas sofisticadas técnicas matemáticas presuntamente desconocidas en el mundo antiguo²⁰ (en especial durante el período anterior al 4000 a. C., cuando supuestamente no existía ninguna civilización humana, y mucho menos una civilización capaz de desarrollar y aplicar los conocimientos de las matemáticas y la geometría avanzadas).

Charles Hapgood entregó su colección de mapas antiguos al Instituto Tecnológico de Massachusetts para que fueran estudiados por el profesor Richard Strachan. Las conclusiones generales eran obvias, pero Hapgood deseaba saber con exactitud qué nivel de conocimientos matemáticos se requería para trazar los antiguos documentos sobre los que se basaban sus mapas. El 18 de abril de 1965, Strachan respondió que se requería un nivel de conocimientos matemáticos muy elevado.

Algunos mapas, por ejemplo, parecían expresar «una proyección similar a la Mercator» en una época muy anterior a la del propio Mercator. La relativa complejidad de esta proyección (que implica expansión latitudinal) significa que debió de emplearse un método de transformación de coordenadas trigonométrico. Otras razones para deducir que los antiguos cartógrafos fueron unos hábiles matemáticos son las siguientes:

1. Determinar la situación de hechos geográficos en un continente requiere cuando menos unos métodos geométricos de triangulación. A lo largo de grandes distancias (del orden de mil seiscientos kilómetros) deben realizarse unas correcciones para compensar la curvatura de la Tierra, lo cual requiere

poseer conocimientos de trigonometría esférica.

2. La ubicación de un continente con respecto a los otros requiere unos conocimientos de la esfericidad de la Tierra, y la utilización de la trigonometría esférica.
3. Las culturas que poseyeran esos conocimientos, además de los instrumentos de precisión con los que realizar los cálculos necesarios para situar los hechos geográficos, sin duda utilizaron su tecnología en materia de matemáticas para crear mapas y cartas de navegación²¹.

La impresión de Strachan de que los mapas, a través de varias generaciones de copistas, revelaban la habilidad de una antigua civilización, misteriosa y tecnológicamente avanzada, era compartida por los expertos en reconocimiento de las Fuerzas Aéreas estadounidenses a quienes Hapgood había enviado las pruebas. Lorenzo Burroughs, jefe del Octavo Escuadrón Técnico de Reconocimiento de la Sección Cartográfica de la Base Aérea de Westover, estudió detenidamente el mapa Oronteus Finaeus y llegó a la conclusión de que algunos de los documentos sobre los que se basaba debieron de trazarse mediante una proyección semejante a la proyección cordiforme moderna. Según palabras de Burroughs:

[Esto] indica la utilización de conocimientos matemáticos avanzados. Por otra parte, la forma dada al continente antártico sugiere la posibilidad, cuando no la probabilidad, de que los antiguos mapas en que se basa el Oronteus Finaeus fueron compilados sobre un tipo de proyección estereográfica o gnomónica, las cuales requieren el empleo de la trigonometría esférica.

Estamos convencidos de que los hallazgos realizados por usted y sus colaboradores son válidos, y que plantean unos interrogantes de gran importancia respecto a la geología y la Historia antigua...²²

Hapgood hizo otro importante descubrimiento: un mapa chino copiado de un documento más antiguo sobre un pilar de piedra en el 1137²³. Este mapa incorpora precisamente la misma información de alta calidad sobre longitudes que los otros, presenta una cuadrícula semejante y fue trazado por alguien que poseía conocimientos de trigonometría esférica. De hecho, al examinarlo con atención se observa que guarda tantas similitudes con los mapas europeos y de Oriente Medio que sólo cabe una explicación: tanto este mapa chino como los otros debieron de basarse en una misma fuente²⁴.

Una vez más nos hallamos ante un fragmento de los conocimientos científicos de

una civilización perdida. Pero, además, todo parece indicar que esa civilización debió de ser tan avanzada, al menos en ciertos aspectos, como la nuestra, y que sus cartógrafos «trazaron prácticamente el mapa de todo el globo terráqueo con un nivel general uniforme de tecnología, empleando unos métodos similares, con idénticos conocimientos matemáticos y probablemente el mismo tipo de instrumentos»²⁵. El mapa chino indica también otra cosa: la existencia de un legado global que debió de ser transmitido de un pueblo a otro, un legado de inestimable valor que es probable incluyera mucho más que unos sofisticados conocimientos geográficos.

¿Es posible que una parte de este legado hubiera sido extendida en el Perú prehistórico por los viracochas, unos misteriosos extranjeros barbudos que se decía provenían de allende los mares, en «una época de tinieblas», para restaurar la civilización después de que se hubiera producido un grave levantamiento en la Tierra?

Decidí ir a Perú con el fin de investigar el asunto.

NOTAS

1. Maps, p. 107.
2. Ibid.
3. Simon Bethon y Andrew Robinson: The Shape of the World: The Mapping and Discovery of the Earth, Guild Publishing, Londres, 1991. p. 117.
4. Ibid, p. 121.
5. Ibid, p. 120.
6. Encyclopaedia Britannica, 1991, 3: 289.
7. Shape of the World, pp. 123-124.
8. Ibid, p. 125.
9. Ibid, p. 131.
10. Ibid.
11. Maps, pp. 1,41.
12. Ibid, p. 116.
13. Ibid.
14. Ibid, pp. 149-158.
15. Ibid, p. 152.
16. Ibid.
17. Ibid, p. 98.

18. Ibid, p. 170.
19. Ibid, p. 173.
20. Ibid, p. 225 y sigs.
21. Ibid, p. 228.
22. Ibid, pp. 244-245.
23. Ibid, p. 135.
24. Ibid, p. 139.
25. Ibid, pp. 139,145.

PARTE II

LA ESPUMA DEL MAR

Perú y Bolivia

EL VUELO DEL CÓNDOR

Me encuentro en el sur de Perú, volando sobre las líneas de Nazca.

A mis pies, después de la ballena y el mono, aparece el colibrí, que agita y abre sus alas y alarga su delicado pico hacia una flor imaginaria. Luego torcemos hacia la derecha, perseguidos por nuestra diminuta sombra mientras atravesamos la sombría cicatriz de la autopista panamericana, y seguimos una trayectoria que nos conduce hacia el fabuloso Alcatraz con cuello de serpiente: un colibrí de doscientos setenta metros de longitud concebido por la mente de un maestro geómetra. La avioneta sobrevuela la zona describiendo unos círculos, atravesamos la autopista por segunda vez, pasamos sobre unos asombrosos diseños de peces y triángulos dispuestos junto a un pelícano, giramos a la izquierda y nos hallamos flotando sobre la sublime imagen de un gigantesco cóndor con el plumaje extendido en un airoso vuelo.

Apenas salgo de mi estupor cuando aparece de pronto otro cóndor, éste auténtico, tan próximo a nosotros que casi lo toco, altivo como un ángel caído que regresa al cielo impelido por una corriente térmica. El piloto suelta una exclamación de asombro e intenta seguirlo. Durante unos momentos contemplo los refulgentes ojos del animal, de mirada desapasionada, el cual parece observarnos con cierto desdén. Luego, como una visión surgida de un mito antiguo, el ave se inclina y remonta el vuelo en dirección al sol, dejando a nuestro pequeño Cessna suspendido en la baja atmósfera.

Más abajo observo un par de líneas paralelas de aproximadamente un kilómetro y medio de longitud, que se extienden hasta desvanecerse. Y más allá, a la derecha, aparece una serie de figuras abstractas de proporciones tan colosales —aunque diseñadas con gran precisión— que resulta inconcebible que sean obra del hombre.

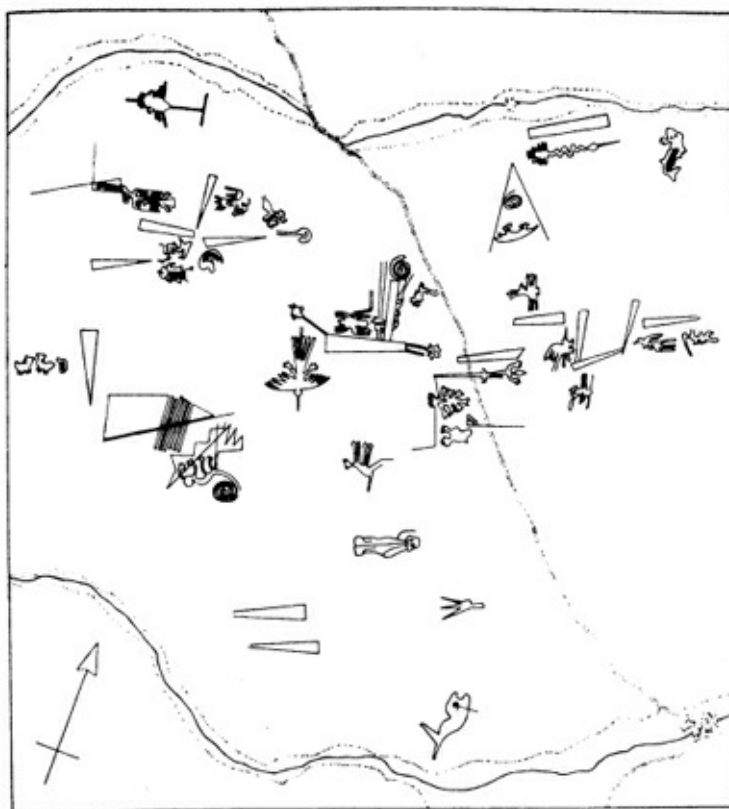
Las gentes de la localidad aseguran que son obra de unos semidioses, los viracochas¹, quienes también dejaron sus huellas en otros lugares de la región andina hace muchos miles de años.

El enigma de las líneas

La planicie de Nazca en el sur de Perú es un lugar desolado, seco, yermo e improductivo. Nunca se han concentrado aquí poblaciones humanas, ni lo harán en el futuro; la superficie de la luna parece menos inhóspita que este lugar.

Sin embargo, si es usted un pintor con grandes aspiraciones estas elevadas llanuras se revelan como un lienzo muy prometedor, pues le ofrecen más de quinientos kilómetros cuadrados de ininterrumpida meseta y la certeza de que su obra maestra no será borrada por la brisa del desierto ni sepultada por la arena.

Es cierto que aquí suelen soplar unos vientos recios, pero por una feliz circunstancia física al nivel del suelo pierden su aspereza: los guijarros que cubren toda la pampa absorben y retienen el calor del sol, creando así un envolvente campo de fuerzas de aire caliente. Además, el suelo contiene suficiente yeso para fijar los guijarros en el subsuelo, un adhesivo que se renueva de forma periódica por el efecto humedecedor del rocío matutino. Una vez dibujada una figura en este lugar, nada ni nadie es capaz de borrarla. Apenas llueve. Nazca, donde cada diez años cae una mísera llovizna que dura media hora, es uno de los lugares más secos de la Tierra.



Las figuras principales de la planicie de Nazca.

Por tanto, si es usted un artista, si tiene algo grande e importante que expresar, si desea que su obra perdure por la eternidad, estas extrañas y desiertas llanuras podrían ser la respuesta a sus deseos.

Los expertos ya se han pronunciado respecto a la antigüedad de Nazca, basando sus opiniones en los fragmentos de cerámica que aparecen incrustados en las líneas y en los resultados de la datación por radiocarbono de numerosos restos orgánicos que se han descubierto aquí. Los resultados de las investigaciones arrojan unas fechas que abarcan desde el 350 a. C. hasta el 600 de nuestra era². Desde una perspectiva realista, no nos dicen nada sobre la edad de las propias líneas, que por naturaleza resultan tan imposibles de atar como las piedras que fueron utilizadas para crearlas. Lo único que podemos afirmar es que las más recientes poseen una antigüedad de al menos mil cuatrocientos años, aunque en teoría es posible que sean anteriores, por la sencilla razón de que los artefactos de los que se derivan esas fechas pudieron haber sido transportados a Nazca por unas culturas posteriores.

La mayoría de los dibujos ocupan un área claramente definida en la región meridional de Perú, que está limitada por el río Ingenio hacia el norte y por el río Nazca hacia el sur, un lienzo más o menos cuadrado de desierto en color pardo que es atravesado en sentido oblicuo, desde la parte superior central hasta la parte inferior a la derecha, por cuarenta y seis kilómetros de autopista panamericana. Aquí, en apariencia diseminadas al azar, se observan centenares de figuras diversas, algunas de las cuales representan animales y aves (un total de dieciocho aves distintas), aunque en su mayoría adoptan formas geométricas de trapezoides, rectángulos, triángulos y líneas rectas. Vistas desde el aire, estas últimas se muestran al ojo moderno cual maraña de campos de aterrizaje, como si un ingeniero civil hubiera sido autorizado a plasmar sus más extravagantes fantasías respecto al diseño de un campo de aviación.

Por tanto, no es de extrañar, dado que los humanos no adquirimos la capacidad de volar hasta principios del siglo XX, que las líneas de Nazca hayan sido identificadas por numerosos observadores como campos de aterrizaje para naves alienígenas. Aunque no deja de ser una tesis interesante, tal vez Nazca no sea el lugar más adecuado para buscar pruebas de la existencia de extraterrestres. Por

ejemplo, es difícil comprender por qué unos extraterrestres lo bastante avanzados para haber atravesado centenares de años luz de espacio interestelar necesitaban disponer de unos campos de aterrizaje. Por lógica, se supone que esos seres poseían una tecnología que les permitía aterrizar verticalmente en sus platillos volantes.

Por otra parte, no existe evidencia alguna de que las líneas de Nazca se utilizaran como campos de aterrizaje —ni por platillos volantes ni por ningún otro tipo de naves—, aunque algunas lo parezcan vistas desde el aire. Al contemplarlas desde el suelo, sin embargo, parecen unos simples arañazos producidos en la superficie al retirar miles de toneladas de guijarros negros volcánicos para revelar la pálida base del desierto formada por arena amarilla y arcilla. Ninguna de las áreas que están ocupadas por las líneas posee una profundidad de más de unos centímetros, y son demasiado blandas para permitir el aterrizaje de unos vehículos voladores que estuvieran dotados de ruedas. María Reiche, la matemática alemana que dedicó medio siglo al estudio de las líneas, descartó de forma lógica la tesis de los extraterrestres con una sola pero contundente frase que pronunció hace unos años: «Me temo que los alienígenas habrían tenido serios problemas.»

Si las líneas de Nazca no son unas pistas de aterrizaje para «dioses» del espacio, ¿qué son entonces? Lo cierto es que nadie conoce su propósito, al igual que nadie conoce su edad con exactitud; constituyen un auténtico misterio del pasado, y cuanto más las observamos más enigmáticas nos parecen.

Está claro, por ejemplo, que los animales y las aves son anteriores a las figuras geométricas de esas «pistas de aterrizaje», puesto que muchos de los trapecios, rectángulos y líneas rectas seccionan y borran en parte las figuras más complejas. La deducción obvia es que los dibujos del desierto tal como los contemplamos hoy en día debieron de realizarse en dos fases. Por otra parte, aunque parezca contrario a las leyes naturales del progreso técnico, todo indica que la primera de las dos fases fue la más avanzada. La ejecución de las figuras zoomórficas requiere un nivel superior de habilidad y tecnología que el trazado de las líneas rectas. Pero ¿cuánto tiempo medió entre la primera y la segunda fase?

Los expertos no se pronuncian sobre esta cuestión, sino que meten ambas culturas en el mismo saco bajo el rótulo de «los nazcas», describiéndolos como una primitiva tribu que, de modo inexplicable, desarrolló unas sofisticadas técnicas de expresión artística y desapareció de la escena peruana cientos de años antes de la aparición de sus célebres sucesores, los incas.

¿Hasta qué punto estaban avanzados esos «primitivos» de Nazca? ¿Qué clase de conocimientos poseían para grabar sus gigantescas firmas en la planicie? Para empezar, da la impresión de que eran unos buenos astrónomos observacionales; al menos, eso afirma la doctora Phillis Pitluga, una astrónoma del Adler Planetarium de Chicago. Después de realizar un intensivo estudio de las alineaciones estelares en Nazca, con ayuda del ordenador, la doctora Pitluga llegó a la conclusión de que la famosa figura de la araña fue concebida como un diagrama terrestre de la gigantesca constelación de Orion, y que las líneas rectas ligadas a la figura parecen haber sido trazadas con objeto de estudiar la evolución a través de los siglos de las cambiantes declinaciones de las tres estrellas del Cinturón de Orion³.

El futuro se encargará de revelar la importancia del hallazgo de la doctora Pitluga. Entre tanto, conviene señalar que la araña de Nazca representa asimismo a un miembro de la conocida especie de arañas llamada Ricinulei⁴. Se trata de una de las especies de arañas más raras del mundo, de tal forma que sólo se halla en zonas remotas e inaccesibles de la selva tropical del Amazonas⁵. ¿Cómo es posible que los primitivos artistas de Nazca se trasladaran tan lejos, atravesando la impresionante barrera de los Andes, para obtener un ejemplar de dicha especie? ¿Qué les impulsó a hacerlo y cómo lograron copiar hasta los más ínfimos detalles de la anatomía de una Ricinulei, por lo general sólo visibles bajo un microscopio⁶, y en concreto el órgano reproductor situado en el extremo de su pata derecha, que aparece extendida?

Esos misterios se multiplican en Nazca y ninguno de los dibujos, excepto quizás el cóndor, parece hallarse en el lugar que le corresponde. La ballena y el mono se encuentran tan fuera de lugar en este ambiente desértico como la araña amazónica. Una curiosa figura de un hombre, con el brazo derecho alzado como si saludara, calzado con unas gruesas botas, sus ojos redondos fijos en el infinito, no puede decirse que pertenezca a esta u otra cultura. El resto de dibujos que representan a seres humanos no son menos singulares: con sus cabezas rodeadas por unos radiantes halos, parecen en efecto los visitantes de otros planetas. Las dimensiones de las figuras resultan asombrosas y chocantes. El colibrí mide cincuenta metros de longitud, la araña cuarenta y cinco, el cóndor casi ciento veinte metros desde el pico hasta las plumas de la cola (al igual que el pelícano), y un lagarto, cuya cola ha quedado dividida por la autopista panamericana, mide

ciento ochenta y cinco metros. Casi todos los dibujos están realizados a una escala descomunal y mediante el complicado sistema de ir dando forma y perfilando una línea continua.

Las figuras geométricas revelan una gran atención al detalle. Algunas asumen la forma de unas líneas rectas que poseen más de ocho kilómetros de longitud, marchando como carreteras romanas a través del desierto, sumergiéndose en lechos de ríos secos, superando rocosos montículos, sin desviarse jamás de su rumbo.

Resulta difícil, aunque no imposible, explicar esta precisión en términos razonables y convencionales. Mucho más enigmáticas son las figuras zoomórficas. ¿Cómo lograron dibujarlas con tal perfección cuando, al no disponer de aviones ni helicópteros, sus creadores no podían controlar el resultado de su obra observándola con la debida perspectiva? Ninguno de los dibujos es lo bastante pequeño como para contemplarlo desde el suelo, donde parecen simplemente una serie de hoyos informes excavados en el desierto. Sólo revelan su auténtica forma al ser observados desde una altura de varios centenares de metros y, sin embargo, no existe ninguna elevación en la zona que permita obtener esta perspectiva.

Creadores de líneas, creadores de mapas

Mientras volamos sobre las líneas, intento descifrar el misterio.

Mi piloto se llama Rodolfo Arias, y pertenece a las Fuerzas Aéreas peruanas. Después de una carrera como piloto de reactores de combate el pequeño Cessna se le antoja un tanto torpe y lento y lo trata como si fuera un taxi con alas. Hemos tenido que regresar al campo de aviación de Nazca para retirar una ventanilla a fin de que mi compañera Santha enfocara sus cámaras verticalmente sobre estos sugerentes jeroglíficos. Ahora experimentamos tomando fotografías de la zona desde distintas altitudes. A unos se-senta metros del suelo, la Ricinueli, la araña amazónica, parece que fuera a alzar la cabeza y atraparnos en sus fauces...

A una altura de cuatrocientos cincuenta metros, las figuras zoomórficas, hasta ahora predominantes, se revelan como unas pequeñas unidades dispersas que estuvieran rodeadas por una asombrosa mezcla de vastas formas geométricas; desde esta altura, esas formas no parecen tanto unas pistas de aterrizaje como unos caminos que hubieran sido trazados por gigantes, unos senderos que atraviesan la planicie en zigzag a modo de una curiosa maraña de formas, ángulos y tamaños.

Pero a medida que nos alejamos del suelo, nuestra perspectiva se amplía y nos

permite contemplar las líneas en su conjunto; entonces empiezo a preguntarme si esos cortes y arañazos cuneiformes que observo a mis pies no obedecerán a algún método. Recuerdo una observación hecha por María Reiche, la matemática que ha vivido en Nazca y ha estudiado las líneas desde 1946:

Los dibujos geométricos dan la impresión de ser un mensaje cifrado en el que las mismas palabras están a veces escritas en letras gigantescas y otras en caracteres minúsculos. Las líneas se hallan dispuestas en una gran diversidad de tamaños junto con unas formas muy similares. Todos los dibujos se componen de cierto número de elementos básicos ...⁷

Mientras el Cessna se desliza de forma más o menos brusca a través del cielo, recuerdo que no es casual que las líneas de Nazca no fueran identificadas debidamente hasta el siglo XX, después de haberse inaugurado la era de la aviación. A finales del siglo XVI, un magistrado llamado Luis de Monzón fue el primer viajero español que a su regreso a Europa informó sobre esas misteriosas «marcas en el desierto» y refirió las singulares tradiciones locales que las ligaban a los viracochas⁸. Sin embargo, hasta fines de 1930, cuando las líneas aéreas comerciales empezaron a volar con cierta regularidad entre Lima y Arequipa, nadie había reparado en que el más gigantesco ejemplo de arte gráfico que existía en el mundo se hallaba aquí, en el sur de Perú. Fue el desarrollo de la aviación lo que concedió a los hombres y a las mujeres la divina facultad de volar y contemplar unas cosas extrañas y maravillosas que hasta entonces habían permanecido ocultas a sus ojos.

Rodolfo pilota el Cessna describiendo un suave círculo sobre la figura del mono, un enorme animal que aparece envuelto en un amasijo de formas geométricas. No es fácil describir la extraña e hipnótica sensación que me produce ese dibujo: es muy complicado y al mismo tiempo interesante, aparte de un tanto siniestro en un sentido abstracto e indefinible. El cuerpo del mono está perfilado por una línea continua, sin fisuras. Esta línea ininterrumpida asciende unas escaleras y trepa por unas pirámides en una serie de zigzags, atraviesa un laberinto en espiral (la cola) y retrocede describiendo unas pronunciadas curvas en forma de estrellas. Sobre una hoja de papel, constituiría un auténtico tour de force y demostraría una extraordinaria habilidad artística, pero esto es el desierto de Nazca (donde hacen las cosas a gran escala) y el mono mide unos ciento veinte metros de longitud por noventa de anchura.

¿Es posible que esos creadores de líneas se dedicaran también a confeccionar mapas?

Y ¿por qué los llamaban «viracochas»?

NOTAS

1. Tony Morrison con el profesor Gerald S. Hawkins: *Pathways to the Gods*, Book Club Associates, Londres, 1979, p. 21. Véase también: *The Atlas of the Mysterious Places*, (ed. Jennifer Westwood), Guild Publishing, Londres, 1987, p. 100.
2. *Pathways to the Gods*, p. 21.
3. Comunicaciones personales con la doctora Pitluga.
4. El primero en identificar en firme la araña de Nazca como la *Ricinulei* fue el profesor Gerald S. Hawkins. Véase Gerald S. Hawkins: *Beyond Stonehenge*, Arrow Books, Londres, 1977, pp. 143-144.
5. *Ibid.*
6. *Ibid.*, p. 144.
7. Maria Reiche: *Mystery on the Desert, Nazca, Perú*, 1989, p. 58.
8. Luis de Monzón fue el corregidor de Rucanas y Soras, cerca de Nazca, en 1686. *Pathways to the Gods*, p. 36; *Atlas of Mysterious Places*, p. 100.

EL RASTRO DE LOS INCAS HACIA EL PASADO

Ningún artefacto ni monumento, ni ciudades ni templos, han perdurado en una forma reconocible más tiempo que las tradiciones religiosas más resistentes. Ya se hallen expresadas en los Textos de las Pirámides del Antiguo Egipto, en la Biblia hebrea o en el Veda, esas tradiciones figuran entre las creaciones más imperecederas de la humanidad: constituyen los vehículos de conocimiento que viajan a través del tiempo.

Los últimos guardianes del antiguo legado religioso de Perú fueron los incas, cuyas creencias e «idolatría» fueron «extirpadas» y cuyos tesoros fueron robados durante los treinta trágicos años que siguieron a la conquista española en 1532 de nuestra era¹. De forma providencial, sin embargo, algunos de los primeros viajeros españoles realizaron sinceros esfuerzos por documentar las tradiciones incas antes de que éstas cayeran en el olvido.

Aunque en aquella época se prestó escasa atención a este hecho, algunas de esas tradiciones manifiestan la existencia de una extraordinaria civilización que, por lo visto, existió en Perú muchos miles de años antes². Se conservan significativos recuerdos de esta civilización, al parecer fundada por los viracochas, los mismos seres misteriosos a quienes se atribuye la creación de las líneas de Nazca.

«La espuma del mar»

Cuando llegaron los conquistadores españoles, el imperio inca se extendía a lo largo de la costa del Pacífico y las mesetas andinas de Sudamérica desde el límite septentrional del Ecuador moderno, atravesando Perú, hasta el río Maulé en la región central de Chile, en el sur del continente. Un vasto y complejo sistema de carreteras comunicaba los remotos extremos de este imperio: dos carreteras paralelas norte-sur, por ejemplo, una de las cuales se extendía a lo largo de tres mil seiscientos kilómetros por la costa y la otra a lo largo de una distancia similar a través de los Andes. Estas dos grandes carreteras estaban pavimentadas y comunicadas por medio de frecuentes enlaces. Por otra parte, mostraban interesantes detalles en materia de diseño e ingeniería, tales como puentes colgantes y túneles excavados en la roca. Es evidente que son obra de una sociedad evolucionada, disciplinada y ambiciosa. Paradójicamente, estos elementos desempeñaron un importante papel en su caída: las fuerzas españolas,

acaudilladas por Francisco Pizarro, las utilizaron con gran eficacia para acelerar su inexorable marcha hacia el corazón del imperio inca³.

La capital del imperio inca era la ciudad de Cuzco, cuyo nombre significa «el ombligo de la Tierra» en lengua quechua⁴. Según la leyenda, fue establecida por Manco Cápac y Mama Ocllo, dos hijos del sol. Aquí, aunque los incas adoraban al dios del sol, a quien llamaban Inti, era venerada otra divinidad que se consideraba la más sagrada de todas ellas. Se trata de Viracocha, cuyos homónimos crearon presuntamente las líneas de Nazca, y cuyo nombre significa «espuma de mar»⁵.

Sin duda, es una simple coincidencia el hecho de que la diosa griega Afrodita, nacida del mar, recibiera su nombre debido a «la espuma» [*aphros*] de la que se formó⁶. Por otra parte, Viracocha era representado invariablemente en forma de varón por los pueblos de los Andes. Esto es todo cuanto sabemos de él con certeza. Ningún historiador ha sido capaz de determinar la antigüedad del culto a esta divinidad antes de que los españoles pusieran fin al mismo. Ello es debido a que el culto, según todos los indicios, siempre estuvo presente; de hecho, mucho antes de que los incas lo incorporaran a su cosmogonía y construyeran un magnífico templo para él en Cuzco, la evidencia indica que el dios superior Viracocha había sido venerado por todas las civilizaciones que existieron en la larga historia de Perú.

La ciudadela de Viracocha

Unos días después de abandonar Nazca, Santha y yo llegamos a Cuzco y nos dirigimos al yacimiento de Coricancha, el gran templo consagrado a Viracocha en la era precolombina. El templo de Coricancha había desaparecido hacía tiempo o, para ser más precisos, había quedado sepultado bajo una construcción posterior. Los españoles habían conservado sus magníficos cimientos incas, así como la parte inferior de sus fabulosos y resistentes muros, y habían erigido sobre el templo una grandiosa catedral colonial.

Al caminar hacia la entrada principal de esta catedral, recordé que el templo inca que se había erguido en este lugar había estado cubierto por más de setecientas láminas de oro puro (cada una de las cuales pesaba aproximadamente dos kilos) y

que su espacioso patio contenía unos «campos» de espigas de maíz que estaban confeccionadas con oro⁷. No pude por menos que recordar el templo de Salomón en la lejana Jerusalén, el cual según se decía también estaba adornado con láminas de oro y unos maravillosos árboles frutales de oro⁸.

Los terremotos que se produjeron en 1650 y 1950 habían destruido gran parte de la catedral española de Santo Domingo, la cual se alzaba en el yacimiento del templo de Viracocha, haciendo que fuera necesario reconstruirla en ambas ocasiones. Sus cimientos incas y la parte inferior de los muros habían sobrevivido intactos a estos desastres naturales, gracias a su característico diseño basado en un elegante sistema de bloques poligonales que encajaban unos en otros. Esos bloques, así como la disposición general del lugar, era prácticamente todo cuanto quedaba de la estructura original, aparte de una plataforma octagonal de piedra gris que se hallaba en el centro del vasto patio rectangular y que antiguamente había estado revestida de cincuenta y cinco kilos de oro puro⁹. A ambos lados del patio había unas antecámaras, que también pertenecían al templo inca, las cuales ostentaban detalles arquitectónicos tan refinados como muros de anchura decreciente y unos nichos maravillosamente tallados en granito.

Santha y yo fuimos a dar un paseo a través de las callejuelas adoquinadas de Cuzco. Al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que no sólo la catedral reflejaba la dominación española sobre una cultura anterior, sino que toda la ciudad tenía un aire levemente esquizofrénico. Ante nosotros se erguían espaciosas casas con terrazas que estaban pintadas en tonos pastel y grandes palacios, pero casi todas estas edificaciones se sostenían sobre unos cimientos incas o incorporaban unas estructuras incas completas según el hermoso estilo arquitectónico poligonal utilizado en el Coricancha. En un callejón llamado Hatunrumiyoc, me detuve a examinar un muro que se parecía a un complicado rompecabezas confeccionado con innumerables bloques de piedra secos perfectamente encajados, todos ellos de distintos tamaños y formas, ofreciendo una asombrosa variedad de ángulos. La talla de los bloques, así como su disposición en una estructura tan complicada, sólo pudo haber sido realizada por unos maestros artesanos que estuvieran dotados de extraordinaria habilidad y llevaran numerosos siglos de experimentación arquitectónica a sus espaldas. En uno de los bloques contabilicé doce ángulos y facetas en un solo plano, y no fui capaz de introducir el borde de una hoja de papel entre las juntas que lo unían a los bloques que lo rodeaban.

El extraño barbudo

Según parece, a principios del siglo XVI, antes de que los españoles empezaran a demoler la cultura peruana, en el templo de Coricancha se erguía un ídolo de Viracocha. Según el texto contemporáneo, la *Relación anonyma de los costumbres antiguos de los naturales del Piru*, este ídolo asumió la forma de una estatua de mármol del dios, que es descrita «con respecto al cabello, color de la tez, facciones, vestimenta y sandalias, tal como los pintores representan al apóstol san Bartolomé»¹⁰. Otros relatos sobre Viracocha aseguran que se parecía a santo Tomás¹¹. Yo examiné varios manuscritos eclesiásticos ilustrados en los que aparecían ambos santos, quienes siempre aparecían descritos como unos individuos blancos, delgados y barbudos, de mediana edad, calzados con sandalias y ataviados con largas y vaporosas túnicas. Como veremos, los documentos históricos confirman que éste era el aspecto que presentaba Viracocha, según descripción de quienes lo veneraban. Quienquiera que fuese, por tanto, no podía ser un indio americano, pues éstos son gentes de piel relativamente oscura y escaso vello facial¹². La poblada barba de Viracocha y su pálida tez indicaban que se trataba de un individuo de raza caucásica.

En el siglo XVI, los incas coincidían con esa opinión. De hecho, sus leyendas y creencias religiosas hicieron que estuvieran tan convencidos del tipo físico de Viracocha que en un principio confundieron a los españoles blancos y barbudos que desembarcaron en sus costas con Viracocha y sus semidioses¹³, pues su regreso había sido profetizado hacía mucho tiempo y el propio Viracocha, según todas las leyendas, había prometido volver. Esta feliz casualidad proporcionó a los conquistadores de Pizarro la ventaja estratégica y psicológica que necesitaban para dominar a las fuerzas incas, numéricamente superiores, en las batallas sucesivas.

¿En qué modelo se inspiraban los viracochas?

NOTAS

1. Véase, por ejemplo, el padre Pablo José de Arriaga: *Extirpación de la idolatría del Perú*.
2. Esta es la opinión que defiende Fernando Montesinos en sus *Memorias Antiguas Historiales del Perú*, que fueron escritas en el siglo XVII. Edición inglesa traducida y editada por P. A. Means, Hakluyt Society, Londres, 1920.
3. *Encyclopaedia Britannica*, 1991, 6: 276-277.

4. Paul Devereux: *Secrets of Ancient and Sacred Places*, Blandford Books, Londres, 1992, p. 76. Véase también: *Peru*, Lonely Planet Publications, Hawthorne, Australia, 1991, p. 168.
5. *The Facts on File Encyclopaedia of World Mythology and Legend*, Londres y Oxford, 1988, p. 657.
6. Macrobius, citado en Giorgio de Santillana y Hertha von Dechend, *Hamlet's Mill*, David R. Godine, editor, Boston, 1992, p. 134. Véase también A. R. Hope Moncreiff: *The Illustrated Guide to Classical Mythology*, BCA, Londres, 1992, p. 153.
7. *Pern*, p. 181.
8. *Tan. Terumah*, XI; también, con ligeras variaciones: *Yo-ma 39b*. Citado en *The Jewish Encyclopaedia*, Funk and Wagnell, Nueva York, 1925, vol. II, p. 105.
9. *Peru*, p. 182.
10. *The Facts on File Encyclopaedia...*, p. 658.
11. Véase, por ejemplo, H. Osborne: *South American Mythology*, Paul Hamlyn, Londres, 1968, p. 81.
12. Para más pruebas y argumentos a este respecto, véase Constance Irwin: *Fair Gods and Stone Faces*, W. H. Allen, Londres, 1964, pp. 31-32.
13. J. Alden Mason: *The Ancient Civilizations of Peru*, Penguin Books, Londres, 1991, p. 135. Véase también Garcilaso de la Vega: *The Royal Commentaries of the Incas*, Orion Press, Nueva York, 1961, pp. 132-133, 147-148.

LLEGÓ EN LOS TIEMPOS DEL CAOS

En todas las antiguas leyendas de los pueblos de los Andes aparece un individuo alto, barbudo, de tez pálida, envuelto en un halo de misterio. Aunque era conocido por distintos nombres en diversos lugares, se trata siempre de la misma figura: Viracocha, Espuma del Mar, maestro de la ciencia y la magia, el cual esgrimía terribles armas mortíferas y llegó en los tiempos del caos para restaurar la paz en el mundo.

La misma historia era compartida con numerosas variantes por todos los pueblos de la región andina. Comienza con una vivida descripción de una pavorosa época en que la Tierra padeció una gran inundación que la sumió en las tinieblas debido a la desaparición del sol. La sociedad fue víctima del caos, y las gentes sufrían indecibles desgracias. Entonces

apareció de forma inesperada un hombre blanco que procedía del sur, de gran estatura y talante autoritario. Este hombre poseía tal poder que transformó las colinas en valles y con éstos formó grandes colinas, haciendo que los ríos fluyeran de la piedra viva...¹

El primitivo cronista que refirió esta tradición explicó que le había sido relatada por los indios que lo habían acompañado en sus viajes por los Andes:

Y ellos la habían escuchado de labios de sus padres, quienes a su vez la conocían a través de las viejas canciones que habían sido transmitidas de generación en generación desde tiempos muy remotos... Según dicen, este hombre corrió la ruta de la altiplanicie hacia el norte, obrando milagros a su paso, y jamás volvieron a verlo. Dicen que en muchos lugares explicó a los hombres cómo debían vivir hablándoles con gran amor y ternura y exhortándolos a ser buenos y a no hacer daño ni perjudicarse unos a otros, sino que debían amarse y mostrar caridad hacia todos sus semejantes. En la mayoría de lugares lo llamaban Ticci Viracocha...²

Entre otros nombres que se asignan a esta figura cabe citar el de Huaracocha, Con, Con Ticci o Kon Tiki, Thunupa, Taapac, Tupaca e Illa³. Se trataba de un científico, un arquitecto de extraordinaria habilidad, escultor e ingeniero. «Hizo que se formaran terraplenes y campos en escarpados barrancos, y muros de contención para sostenerlos. También creó canales de regadío... y recorrió diversos caminos, arreglando muchas cosas.»⁴

Viracocha era también un maestro y curandero que ayudaba a las personas necesitadas. Decían que «por donde pasaba, curaba a los enfermos y restituía la vista a los ciegos»⁵.

Este bondadoso samaritano «superhumano» poseía, sin embargo, otra faceta. Cuando su vida corría peligro, como ocurrió en algunas ocasiones, tenía a su disposición el arma del fuego celestial:

Mientras proseguía su camino y obraba grandes milagros por medio de la palabra, llegó al distrito de Canas y allí, cerca de una aldea llamada Cacha... las gentes se sublevaron contra él y amenazaron con lapidarlo. Lo vieron caer de rodillas y alzar las manos como implorando ayuda. Los indios afirman que vieron fuego en el cielo, un fuego gigantesco que los rodeaba. Aterrorizados, se acercaron a quien pretendían matar y le rogaron que los perdonara... Al cabo de unos momentos vieron que el fuego se extinguía por orden de él, pero las piedras fueron devoradas por las llamas de tal modo que se formaron unos grandes bloques que podían ser alzados con la mano como si fueran de corcho. Los indios relatan que, tras abandonar el lugar donde acaeció este episodio, el extraño llegó a la costa y allí, arremangándose la túnica, se adentró en el mar y no volvieron a verlo. Tras su desaparición le impusieron el nombre de Viracocha, que significa «espuma de mar»...⁶

Las diversas leyendas coinciden en la descripción física de Viracocha. En su *Suma y narración* de los incas, por ejemplo, Juan de Betanzos, un cronista español del siglo XVI, declaraba que, según los indios, se trataba de un «individuo barbudo de elevada estatura, vestido con una túnica blanca que le llegaba a los pies y que sujetaba a la cintura con un cinturón»⁷.

Otras descripciones, recogidas de numerosos pueblos andinos que se hallan separados en el tiempo por miles de años, identificaban al mismo enigmático individuo.

Según una de ellas, era

... un hombre barbudo de estatura mediana que lucía una larga capa... Era de mediana edad, con el pelo canoso, y delgado. Caminaba apoyado en un bastón y se dirigía a los nativos con amor, llamándolos hijos e hijas. Mientras recorría el país obraba grandes milagros. Curaba a los enfermos sólo con tocarlos. Hablaba todas las lenguas mejor que los nativos. Le llamaban Thunupa o Tarpaca, Viracocha-Rapacha o Pachaccan...⁸

Según una leyenda, Thunupa-Viracocha era un «hombre blanco de gran estatura, cuyo aire y personalidad suscitaban gran respeto y veneración»⁹. En otra es descrito como un hombre blanco de augusta apariencia, con ojos azules y barba, que llevaba la cabeza descubierta y vestía una *cusma*, un jubón o camisa sin mangas que le alcanzaba las rodillas. Otra leyenda, la cual parece referirse a una etapa posterior de su vida, afirma que Viracocha era «un sabio consejero en asuntos de estado», y lo describe como «un anciano barbudo de cabello largo que vestía una larga túnica»¹⁰.

Una misión civilizadora

Por encima de todo, Viracocha es recordado en las leyendas como un maestro. Antes de que apareciera, según dicen, «los hombres vivían sumidos en el desorden, y muchos andaban desnudos como salvajes; no tenían casas y sus únicas moradas eran cuevas, las cuales abandonaban para ir a los campos en busca de algo que comer»¹¹.

Viracocha, según afirman, transformó esta situación e inició una época dorada que las generaciones posteriores recordarían con nostalgia. Todas las leyendas coinciden en afirmar que Viracocha cumplió su misión civilizadora con gran bondad, abjurando, en la medida de lo posible, del uso de la fuerza, y utilizando como métodos de instrucción el ejemplo personal y sus enseñanzas para dotar a las gentes de las técnicas y conocimientos necesarios que les proporcionarían una vida culta y productiva. Sobre todo, era recordado por haber llevado a Perú los conocimientos de la medicina, la metalurgia, el cultivo de los campos, el apareo de animales, el arte de la escritura (que, según los incas, fue introducida por Viracocha y después olvidada), así como sólidos principios de ingeniería y arquitectura.

Me sentí impresionado por la calidad de la obra de manipostería inca que existe en Cuzco. Mientras proseguía mis investigaciones en la vieja ciudad, me sorprendió constatar que no toda la obra de manipostería presuntamente inca podía atribuirse con rigor arqueológico a los incas. Si bien es cierto que dominaban el arte de manipular la piedra, y que muchos monumentos del área de Cuzco son sin duda obra de ellos, algunas de las extraordinarias estructuras que suelen atribuirse a los incas podrían haber sido erigidas por unas civilizaciones anteriores; la evidencia indica que los incas habían actuado a menudo como restauradores de esas estructuras, pero no que las hubieran construido ellos.

Esto también se puede aplicar al sofisticado sistema de carreteras que comunicaba incluso las zonas más remotas del país. El lector recordará que esos caminos presentaban la forma de unas carreteras paralelas que se extendían de norte a sur, una a lo largo de la costa y la otra a través de los Andes. En total, antes de la conquista española existían más de veinticinco mil kilómetros de caminos pavimentados en excelente uso. Yo había supuesto que eran obra de los incas, pero descubrí que lo más probable es que éstos hubieran heredado ese sistema de carreteras. Su papel había sido el de reparar, mantener y unificar dicho sistema. De hecho, aunque no siempre se reconoce, ningún experto es capaz de calcular con precisión la antigüedad de esas increíbles carreteras ni determinar quiénes las construyeron¹².

El misterio se ha visto alimentado por las tradiciones locales, las cuales afirmaban no sólo que el sistema de carreteras y la sofisticada arquitectura eran «antiguos en tiempos de los incas», sino que ambos eran «obra de unos hombres blancos de pelo castaño» que habían vivido miles de años antes¹³.

Una leyenda describe a Viracocha acompañado por unos «mensajeros» de dos tipos: unos «soldados leales» (huaminca) y unos «seres refulgentes» (hayhuaypanti). Su papel consistía en llevar el mensaje de su amo «a todos los confines del mundo»¹⁴.

En otros lugares aparecen frases como: «Con Ticci regresó... acompañado de varios ayudantes»; «Con Ticci convocó a sus seguidores, los cuales se llamaban viracochas»; «Con Ticci ordenó a los viracochas, salvo dos, que se dirigieran al este...»¹⁵; «Del lago surgió un Señor llamado Con Ticci Viracocha, que trajo consigo unos individuos»¹⁶; «Estos viracochas partieron hacia las regiones que les indicó Viracocha»¹⁷...

¿Obra de unos demonios?

La antigua ciudadela de Sacsayhuamán se halla justo al norte de Cuzco. Llegamos a ella un día al atardecer, bajo un cielo encapotado por unas densas nubes plateadas. Una fría y desapacible brisa soplaba a través de la tundra, que estaba situada a gran altura, mientras yo ascendía por unas escaleras, traspasaba unas puertas con dinteles de piedra construidas para gigantes, y avanzaba junto a unas

hileras de muros descomunales dispuestas en zigzag.

Alcé la cabeza para contemplar una enorme piedra de granito bajo la cual discurría mi itinerario. De más de tres metros de altura, dos de ancho y con un peso de más de cien toneladas, era obra del hombre, no de la naturaleza.

Había sido tallada en una sinfónica armonía de ángulos, manipulada con aparente facilidad, como si estuviera hecha de cera o barro, y estaba colocada sobre un muro formado por otros inmensos y problemáticos bloques poligonales, algunos de ellos situados sobre el mismo, otros debajo, algunos a ambos lados, pero todos en una yuxtaposición perfectamente equilibrada y ordenada.

Puesto que uno de esos asombrosos bloques de piedra hábilmente tallada presentaba una altura de ocho metros y se calculaba que pesaba trescientas sesenta y una toneladas¹⁸ (aproximadamente el equivalente de quinientos automóviles de capacidad familiar), era obvio que había varias preguntas fundamentales que exigían respuesta.

¿Cómo habían conseguido los incas, o sus predecesores, trabajar la piedra a esa descomunal escala? ¿Cómo habían tallado y dado una forma tan precisa a esos inmensos bloques? ¿Cómo los habían transportado decenas de kilómetros desde la lejanas canteras? ¿Qué medios habían utilizado para formar con ellos unos muros, moviendo cada uno de los pesados bloques y alzándolos del suelo con esa aparente facilidad? Se supone que esas gentes ni siquiera disponían de la rueda, y mucho menos de la maquinaria capaz de elevar, manipular docenas de bloques de forma irregular y cien toneladas de peso y disponerlos en unos rompecabezas tridimensionales.

Sabía que los cronistas del primer período colonial habían sentido la misma perplejidad que yo ante este enigma. Respetaban a Garcilaso de la Vega, por ejemplo, quien había llegado aquí en el siglo XVI y se había referido con admiración a la fortaleza de Sacsayhuamán:

Sus proporciones resultan inconcebibles cuando uno no la ha visto; y cuando uno la examina de forma detenida y minuciosa, sus dimensiones parecen tan extraordinarias que da la impresión de que algo mágico ha dirigido su

construcción; que debe de ser obra de unos demonios en lugar de seres humanos. Está construida con unos bloques de piedra tan gigantescos, y tan numerosos, que uno se pregunta cómo los indios lograron extraerlos de las canteras, transportarlos, tallarlos y colocarlos unos sobre otros con tal precisión, pues no disponían de instrumentos de hierro ni acero con los que taladrar la roca y tallar y pulir las piedras; tampoco poseían carretas ni bueyes para transportarlos y, de hecho, no existían suficientes carretas ni bueyes en el mundo para llevar a cabo esta tarea, dado el inmenso tamaño de las piedras y los escabrosos caminos de montaña por los que éstas fueron transportadas...¹⁹

Garcilaso relató un interesante episodio. En sus Comentarios reales explicó cómo, en tiempos históricos, un rey inca había intentado emular los logros de sus predecesores que habían construido Sacsayhuamán. El rey se había propuesto transportar una de esas inmensas piedras desde la cantera, que se hallaba a varios kilómetros de distancia del yacimiento, para añadirla a las fortificaciones que ya existían: «La piedra fue transportada por más de veinte mil indios a través de las montañas, trepando y descendiendo por escarpadas pendientes... En cierto momento la piedra se les escurrió de las manos y cayó por un precipicio, aplastando a más de tres mil hombres.»²⁰ De todos los documentos históricos que revisé, éste era el único que describía los esfuerzos de los incas para construir, o intentarlo, un edificio por medio de unos bloques gigantescos como los que se emplearon en Sacsayhuamán. El informe sugiere que no conocían las técnicas necesarias y que su intento fracasó de forma estrepitosa.

Esto, por supuesto, no constituye ninguna prueba de nada. Sin embargo, el relato de Garcilaso incrementó mis dudas sobre las grandes fortificaciones que se erguían ante mí. Al contemplarlas presentí que podían haber sido construidas antes de la época de los incas por una raza infinitamente más antigua y técnicamente avanzada.

Entonces, y no por primera vez, recordé la dificultad que afrontaban los arqueólogos a la hora de establecer unas fechas precisas respecto a obras de ingeniería como carreteras y paredes secas, que no contenían elementos orgánicos. El método del radiocarbono se revelaba inútil en estas circunstancias, al igual que la termoluminiscencia, y aunque se habían empezado a experimentar nuevos y prometedores métodos de datación de construcciones de piedra, como el Cloro-

36, todavía no se utilizaban de forma sistemática. Por tanto, hasta que no se perfeccionaran esas técnicas, la cronología de los «expertos» seguía basándose por lo general en deducciones y suposiciones subjetivas. Puesto que se sabía que los incas habían hecho amplio uso de Sacsayhuamán, era lógico que los expertos dedujeran que ellos la habían construido. Pero no existía una evidente ni necesaria relación entre esas dos suposiciones. Los incas podrían haber hallado las estructuras ya erigidas y haberlas ocupado.

En tal caso, ¿quién las había construido?

Los viracochas, según afirman los antiguos mitos, los extraños de piel blanca, barbudos, los «seres refulgentes», los «soldados leales».

Mientras proseguíamos nuestro viaje seguí estudiando las crónicas de los aventureros y etnógrafos españoles de los siglos XVI y XVII, quienes habían documentado de forma rigurosa las antiguas tradiciones de los indios peruanos antes de haber establecido contacto con ellos. Lo más llamativo de esas tradiciones era la insistencia en que la llegada de los viracochas había coincidido con un terrible diluvio que había anegado la Tierra y destruido buena parte de la humanidad.

NOTAS

1. South American Mythology, p. 74.
2. Ibid.
3. Arthur Cotterell: The Illustrated Encyclopaedia of Myths and Legends, Guild Publishing, Londres, 1989, p. 174. Véase también South American Mythology, pp. 69-88.
4. Francisco de Avila: «A Narrative of the Errors, False Gods, and other Superstitions and Diabolical Rites in Which the Indians of the Province of Huarochiri Lived in Ancient Times», en Narratives of the Rites and Laws of the Yncas (trad, y ed. Clemens R. Markhem), Hakluyt Society, Londres, 1873, vol. XL-VIII, p. 124.
5. South American Mythology, p. 74.
6. Ibid., pp. 74-76.
7. Ibid., p. 78.
8. Ibid., p. 81.

9. John Hemming: *The Conquest of the Incas*, Macmillan, Londres, 1993, p. 97.
10. *South American Mythology*, p. 87.
11. *Ibid.*, p. 72.
12. *Encyclopaedia Britannica*, 1991,264,26: 42.
13. Ignatius Donnelly: *Atlantis: The Antediluvian World*, Harper & Brothers, Nueva York, 1882, p. 394.
14. De la «Relación anonyma de los costumbres antiguos de los naturales del Piru», citado en *The Facts on File Encyclopaedia.....*,p. 657.
15. *Pears Encyclopaedia of Myths and Legends: Oceania, Australia and the Americas*, (ed. Sheila Savill), Pelham Books, Londres, 1978, pp. 179-180.
16. *South American Mythology*, p. 76.
17. *Ibid.*
18. *The Conquest of the Incas*, p. 191.
19. *Royal Commentaries of the Incas*, p. 233.
20. *Ibid.*, p. 237.

¿EXISTÍAN GIGANTES EN AQUELLOS DÍAS?

Pocos minutos después de las seis de la mañana, el pequeño ferrocarril de vía estrecha arrancó y comenzó a trepar por las escarpadas laderas del valle de Cuzco. Las vías discurrían en una serie de zigzags. Traqueteamos a lo largo de la línea horizontal inferior de la primera Z, luego cambiamos de vía y ascendimos de espaldas por la línea oblicua, cambiamos de nuevo de vía y avanzamos por la línea horizontal superior, y así sucesivamente, con numerosas paradas y arrancadas, siguiendo una ruta que nos conduciría a muchos metros de altura sobre la antigua ciudad. Los muros de los palacios coloniales incas, las estrechas callejuelas y la Catedral de Santo Domingo, que se erguía sobre las ruinas del templo de Viracocha, presentaban un aire espectral e irreal bajo la luz gris perla del cielo al amanecer. La luz de las pintorescas farolas todavía alumbraba las calles, una ligera bruma se cernía sobre el valle y el humo de las chimeneas domésticas se alzaba sobre los rústicos tejados de un sinfín de casitas.

Por fin el tren se situó de espaldas a Cuzco y avanzamos durante un rato sin desviarnos, en dirección noroeste, hacia nuestro destino: Machu Picchu, la ciudad perdida de los incas, distante unas tres horas y ciento treinta kilómetros de Cuzco. Yo me había propuesto leer, pero el traqueteo del tren hizo que me quedara adormilado. Al cabo de cincuenta minutos me desperté y comprobé que circulábamos a través de un lienzo pintado. El primer término, iluminado por el sol, consistía en unos verdes prados salpicados por minúsculos fragmentos de hielo derretido, que estaban distribuidos a ambos lados de un río que cruzaba un valle largo y ancho. En medio de aquel paisaje, tachonado de arbustos, se extendía un campo en el que pastaba un rebaño de vacas lecheras que estaban moteadas con manchas negras y blancas. Junto al campo había un grupo de casitas y frente a ellas vi a unos indios quechua de pequeña estatura y piel tostada, que vestían unos ponchos, unas bufandas y unos pintorescos gorros de lana. A lo lejos se alzaban unas colinas que estaban cubiertas de abetos y exóticos eucaliptos. Mis ojos recorrieron la silueta de dos elevadas montañas que aparecían tapizadas de verde, las cuales se separaban para revelar unas elevadas mesetas. Sobre éstas se extendía un horizonte cubierto por una cordillera irregular de radiantes y nevadas cumbres.

Aniquilar a los gigantes

De mala gana, me puse a leer las notas que había llevado conmigo. Quería examinar con más detenimiento algunos de los curiosos vínculos que creía haber identificado entre la repentina aparición de Viracocha y las leyendas de los incas y otros pueblos andinos sobre el diluvio. Ante mis ojos tenía un párrafo de la obra de fray José de Acosta titulada Historia natural y moral de las Indias, en el que el erudito sacerdote relata «lo que los mismos indios narraron sobre sus orígenes»:

Los indios se refieren con insistencia a un diluvio... que se produjo en su país... Dicen que todos los hombres murieron ahogados en el diluvio, y aseguran que del lago Titicaca surgió un individuo llamado Viracocha, que permaneció en Tiahuanaco, donde hoy en día se ven las ruinas de antiguos y extraños edificios, y de allí vino a Cuzco, y la humanidad comenzó a multiplicarse...¹

Después de hacerme el propósito de averiguar más detalles sobre el lago Titicaca y la misteriosa Tiahuanaco, leí el siguiente párrafo, que resumía una leyenda de la zona de Cuzco:

Debido a un crimen que ignoramos, los pueblos que existían en épocas remotas fueron destruidos por el creador... a través de un diluvio. Después del diluvio el creador surgió del lago Titicaca con forma humana. Luego creó el sol y la luna y las estrellas, y a continuación renovó la población humana en la Tierra...²

Según otro mito:

El gran dios creador, Viracocha, decidió crear un mundo en el que vivieran los hombres. Primero creó la tierra y el cielo. Luego creó a seres humanos para que habitaran en el mundo, tallando grandes figuras en piedra de gigantes a quienes infundió vida. Al principio todo fue bien, pero al cabo de un tiempo los gigantes comenzaron a pelearse y se negaron a trabajar. Entonces Viracocha decidió destruirlos. A algunos gigantes los convirtió de nuevo en piedra... y al resto lo aniquiló mediante un gran diluvio³.

Otras fuentes muy distintas, tales como el Antiguo Testamento judío, contienen unas nociones similares. En el capítulo seis del Génesis, por ejemplo, donde se describe la ira del dios hebreo contra su creación y su decisión de destruirla, me había sentido intrigado por uno de los escasos comentarios descriptivos que hacían referencia a la olvidada era anterior al diluvio. Según el enigmático

lenguaje del comentario: «Había gigantes en la Tierra por aquellos días...»⁴ ¿Era posible que los «gigantes» sepultados en las arenas bíblicas de Oriente Medio guardaran algún tipo de relación con esos otros introducidos en el tejido de las leyendas precolombinas de los indios americanos? El hecho de que las fuentes hebreas y peruanas procedieran, con numerosos detalles en común, a describir la furiosa deidad desencadenando un diluvio de catastróficas consecuencias sobre un mundo malvado y rebelde no hacía sino aumentar el misterio.

En la página siguiente del montón de documentos que había reunido hallé una descripción inca sobre el diluvio referida por un tal padre Molina en su Fábulas y mitos de los incas:

En vida de Manco Cápac, que fue el primer inca, cuyos descendientes empezaron a llamarse hijos del Sol y de quien heredaron la afición a venerar al Sol, los indios conocían los pormenores referentes al diluvio. Dicen que en él perecieron todas las razas de los hombres y todas las cosas que habían sido creadas, hasta el extremo de que las aguas se alzaron por encima de los picos de las montañas más altas del mundo. Ningún ser vivo sobrevivió, salvo un hombre y una mujer que se ocultaron en un arca, y cuando las aguas se aplacaron el viento los transportó... a Tiahuanaco [donde] el creador comenzó a crear a las gentes y las naciones que existen en esa región...⁵

Yo ya estaba familiarizado con la figura de Garcilaso de la Vega, hijo de un noble español y una inca de sangre real, por haber leído sus Comentarios reales. Garcilaso era considerado uno de los cronistas más fidedignos de las tradiciones del pueblo de su madre y había escrito su obra en el siglo XVI, poco después de la conquista, cuando esas tradiciones aún no se habían visto contaminadas por influencias extranjeras.

Garcilaso venía a confirmar una creencia universal y profundamente arraigada: «Después de que las aguas del diluvio se aplacaran, apareció un hombre en Tiahuanaco...»⁶

Ese hombre era Viracocha. Envuelto en su capa, era fuerte, «de talante augusto» y caminaba con gran seguridad en sí mismo a través de los parajes más inhóspitos y peligrosos. Realizaba toda clase de milagros, curando a la gente e invocando el fuego divino. Los indios creían que había surgido de la nada.

Antiguas tradiciones

Hacía dos horas que habíamos partido hacia el Machu Picchu, y el panorama se había modificado. El sol arrancaba reflejos a unas inmensas montañas negras, sobre las que no quedaban restos de nieve, que se erguían ante nosotros mientras

circulábamos a través de un rocoso desfiladero que discurría por el extremo de un estrecho valle repleto de sombras siniestras. Hacía frío y yo tenía los pies helados. Tiritando, reanudé mi lectura.

Una cosa resultaba obvia entre aquella maraña de leyendas que yo había revisado, unas leyendas que coincidían en numerosos aspectos pero que a veces se contradecían. Todos los expertos estaban de acuerdo en que los incas habían aceptado, asimilado y transmitido las tradiciones de muchos otros pueblos civilizados sobre los cuales habían impuesto su dominio durante los siglos de expansión de su vasto imperio. En ese sentido, al margen del resultado del debate histórico sobre la antigüedad de los propios incas, nadie podía cuestionar de forma seria su papel como transmisores de las antiguas tradiciones y creencias de las grandes culturas arcaicas —costeras y de las regiones montañosas, conocidas y desconocidas— que les habían precedido en esta tierra.

¿Quién es capaz de establecer qué civilización existía en Perú en las inexploradas regiones del pasado? Cada año los arqueólogos presentan nuevos hallazgos que hacen retroceder aún más los horizontes del tiempo. Por tanto, ¿cómo es posible negar la posibilidad de que un día se descubran pruebas de la penetración en los Andes, en la antigüedad remota, de una raza de civilizadores que procediera de allende los mares y, una vez cumplida su misión, desapareciera?

Eso es lo que las leyendas parecen sugerir; unas leyendas que, en su mayoría y con toda nitidez, han inmortalizado la imagen del hombre/dios Viracocha recorriendo los elevados caminos de los Andes barridos por el viento mientras obraba milagros a su paso:

El propio Viracocha, con sus dos ayudantes, se dirigió hacia el norte... Atravesó la cordillera mientras uno de sus ayudantes recorría la costa y el otro las lindes de los bosques del este... El creador se dirigió hacia Urcos, cerca de Cuzco, donde ordenó a la futura población que emergiera de una montaña. Visitó Cuzco, y luego prosiguió hacia el norte, hacia Ecuador. Allí, en el estado costero de Manta, abandonó a su pueblo y, adentrándose en el mar, desapareció entre las olas⁷.

Siempre aparece el conmovedor momento de la despedida al final de los relatos populares sobre el extraordinario forastero cuyo nombre significa «espuma de mar»:

Viracocha prosiguió su camino, invocando las razas de los hombres... Cuando llegó a la región de Puerto Viejo se unieron a él sus seguidores, a

quienes había enviado a otras regiones, y una vez allí reunidos, Viracocha se adentró con ellos en el mar y dicen que él y sus gentes caminaron a través de las aguas con la misma facilidad con que habían recorrido tierra firme⁸.

Siempre aparece esta conmovedora despedida... a veces teñida de un toque de ciencia o magia.

La cápsula del tiempo

A través de la ventanilla del tren observé que el paisaje había experimentado un cambio. A mi izquierda vi las caudalosas y turbias aguas del Urubamba, un tributario del Amazonas y un río sagrado para los incas. La temperatura de la atmósfera se había caldeado de forma notable; habíamos descendido a un valle que estaba situado a una altura relativamente baja y poseía su propio microclima tropical. Las laderas de las montañas que se alzaban a ambos lados del ferrocarril estaban cubiertas por bosques verdes y frondosos que me recordaron que esta región se hallaba plagada de inmensos e insuperables obstáculos. Quienesquiera que hubieran llegado hasta este remoto lugar para construir Machu Picchu debían tener un motivo muy poderoso para hacerlo.

Sea cual fuere el motivo, la elección de este remoto emplazamiento presentaba sus ventajas: Machu Picchu no fue descubierto por los conquistadores y los frailes durante los tiempos de su destructivo celo. De hecho, no fue hasta 1911, cuando el fabuloso legado de las razas primitivas comenzaba a ser tratado con mayor respeto, que un joven explorador norteamericano, Hiram Bingham, reveló el Machu Picchu al mundo. El hallazgo de este maravilloso yacimiento abrió una nueva ventana sobre la civilización precolombina; a resultas de ello, las ruinas fueron protegidas de los saqueadores y cazadores de souvenirs, y una parte trascendental del enigmático pasado fue preservada para asombro de las futuras generaciones.

Después de atravesar un villorrio llamado Agua Caliente, donde unos pocos y destartalados restaurantes y bares que se hallan emplazados junto a la vía férrea tratan inútilmente de captar la atención de los turistas, llegamos a la estación de Puntas Ruinas a las nueve y diez minutos de la mañana. Desde allí recorrimos un trayecto de media hora en un autocar que nos condujo por un camino de tierra que ascendía serpenteante por la ladera de una escarpada montaña hasta depositarnos en las mismas ruinas de Machu Picchu, en un hotel de mala muerte donde nos cobraron una absurda cantidad de dinero por una habitación poco aseada. Santha y yo éramos los únicos huéspedes. Aunque habían pasado varios años desde que

el movimiento guerrillero local bombardeara el tren del Machu Picchu, pocos extranjeros se atrevían a ir hasta allí.

Un lugar de ensueño

Eran las dos de la tarde. Me hallaba en uno de los puntos más elevados en el extremo sur del yacimiento. Las ruinas se extendían ante mí hacia el norte, sobre unos terraplenes que estaban cubiertos de líquenes. Las densas nubes formaban un anillo en torno a los picos de las montañas, aunque a través de ellas conseguían filtrarse algunos rayos de sol.

A mis pies, en el fondo del valle, contemplé el sagrado río, el cual describía un pronunciado recodo en torno a la formación central sobre la que se fundaba el Machu Pic-chu, como un foso que rodeara un castillo gigantesco. Desde aquí las aguas del río resultaban de un profundo color verde, y reflejaban el verdor de las escarpadas y frondosas laderas. También observé aquí y allá restos de agua blanquecina y unos maravillosos destellos de luz.

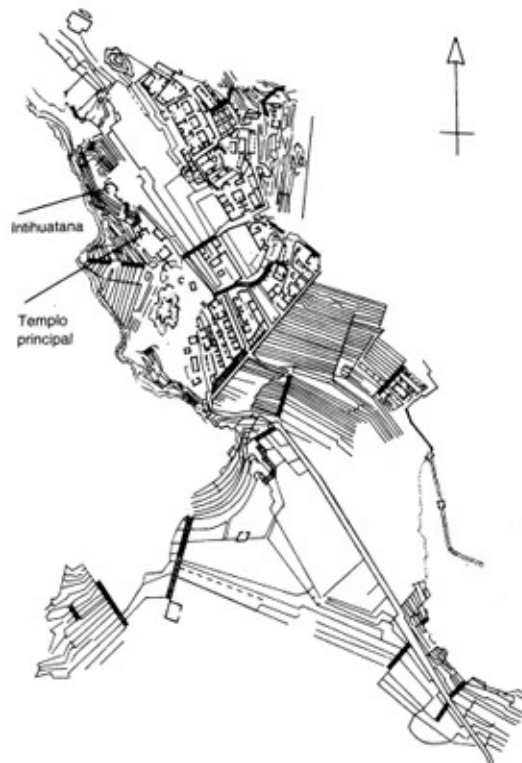
Alcé la vista y contemplé el pico que dominaba las ruinas. Se llama Huana Picchu y su imagen solía adornar todos los folletos turísticos de este lugar. Asombrado, observé que la zona que se extendía unos cien metros más abajo de la cima había sido pulcramente terraplenada y esculpida: alguien había llegado hasta aquí para crear un airoso i jardín colgante entre los abruptos riscos, en el que quizás antiguamente crecían vistosas flores.

Tuve la impresión de que el conjunto del yacimiento, junto con su emplazamiento, era una escultura monumental que estaba compuesta en parte de montañas, en parte de rocas, en parte de árboles, en parte de piedras y en parte de agua. Era un lugar increíblemente hermoso; sin duda, uno de los lugares más bellos que había visto jamás.

Pese a su luminoso resplandor, sin embargo, me pareció estar contemplando una ciudad habitada por fantasmas. Era como los restos del naufragio del Marie Celeste, desiertos e inquietantes. Las casas se hallaban dispuestas sobre unos largos terraplenes. Todas eran de tamaño reducido y consistían en una sola habitación que daba a la angosta calle; la arquitectura ofrecía un aire sólido y funcional, sin ornamentos. Por el contrario, algunas áreas ceremoniales presentaban un estilo arquitectónico muchísimo más depurado e incorporaban unos bloques gigantesco como los que había visto en Sacsayhuamán. Uno de los

suaves y pulidos monolitos medía más o menos cuatro metros de longitud por uno y medio de ancho y uno y medio de grosor, y no debía de pesar menos de doscientas toneladas. ¿Cómo habían logrado los primitivos constructores de este lugar transportarlo hasta aquí?

Había docenas de monolitos semejantes a éste, todos dispuestos en unos muros que formaban el acostumbrado rompecabezas de ángulos encajados unos en otros a la perfección. En un bloque contabilicé hasta treinta y tres ángulos, cada uno de los cuales se hallaba sólidamente unido a uno de los ángulos del bloque contiguo. Había inmensos polígonos y sillares perfectamente tallados que mostraban unos bordes afilados como cuchillas. Vi también unas piedras naturales, sin tallar, integradas en varios puntos de las edificaciones, así como unas extrañas estructuras semejantes al Intihuatana, «el punto de sujeción del sol». Este insólito artefacto consiste en una tosca base de roca, gris y cristalina, tallada en una compleja forma geométrica que está compuesta por curvas y ángulos, huecos y salientes, y que aparece coronada en el centro por un pequeño bloque vertical.



Machu Picchu.

Un auténtico rompecabezas

¿Qué antigüedad tiene Machu Picchu? Según el consenso académico la ciudad no

fue construida mucho antes del siglo XV de nuestra era⁹. No obstante, de vez en cuando se han alzado algunas voces disidentes que pertenecen a ciertos eruditos más audaces, aunque no por ello menos respetables. Durante la década de 1930, por ejemplo, Rolf Muller, profesor de Astronomía en la Universidad de Potsdam, halló suficientes y convincentes pruebas para afirmar que las estructuras más importantes de Machu Picchu poseían unas alineaciones astronómicas muy significativas. A partir de las mismas, mediante la utilización de detallados y complicados cálculos sobre la posición de las estrellas en el cielo en milenios anteriores (que alteran paulatinamente las épocas debido a un fenómeno denominado precesión de los equinoccios), Muller llegó a la conclusión de que el proyecto original del yacimiento sólo pudo ser realizado durante «la era comprendida entre el 4000 a. C. y el 2000 a. C.»¹⁰.

En términos de historia ortodoxa, esta afirmación constituía una herejía de audaces proporciones. Si Muller estaba en lo cierto, la antigüedad de Machu Picchu se remontaba no ya quinientos sino seis mil años atrás. En tal caso, se trataba de un yacimiento más antiguo que la Gran Pirámide de Egipto (en el supuesto, claro está, de que uno acepte la datación ortodoxa de la Gran Pirámide, fijada hacia el 2500 a. C.).

Hubo otros expertos que discrepaban respecto a la antigüedad de Machu Picchu; en su mayoría estaban convencidos, como Muller, de que algunas partes del yacimiento eran miles de años más antiguas que la fecha propuesta por los historiadores ortodoxos¹¹.

Al igual que los grandes bloques poligonales que forman los muros, ésta era una noción que parecía encajar con las otras piezas del rompecabezas, en este caso el de un pasado plagado de misterios, y Viracocha formaba parte de ese rompecabezas. Todas las leyendas afirmaban que su capital había sido Tiahuanaco. Las ruinas de esta importante y antigua ciudad yacían en la frontera con Bolivia, en una zona llamada el Collao, a veinte kilómetros al sur del lago Titicaca.

Calculé que podíamos llegar allí en un par de días, pasando por Lima y La Paz.

NOTAS

1. José de Acosta: *The Natural and Moral History of the Indies*, Libro I, capítulo cuatro, en *South American Mythology*, p. 61.
2. *Ibid.*, p. 82.
3. D. Gifford y J. Sibbick: *Warriors, Gods and Spirits from South American Mythology*, Eurobook Limited, 1983, p. 54.
4. Génesis 6:4
5. Fray Molina: «Relación de las fábulas y ritos de los Y gas», en *South American Mythology*, p. 61. n'
6. *Royal Commentaries of the Incas*.
7. *The Ancient Civilizations of Perú*, p. 163.
8. Juan de Batanzos: «Suma y narración de los Incas», en *South American Mythology*, p. 79.
9. *The Ancient Civilizations of Perú*, p. 163.
10. Citado en Zecharia Sitchin, *The Lost Realms*, Avon Books, Nueva York, 1990, p. 164.
11. Otra experta, María Schulten de D'Ebneth, también trabajó con unos métodos matemáticos (en contraposición a los métodos históricos, en extremo especulativos e interpretativos). Su propósito era redescubrir el antiguo plano que se utilizó para determinar la disposición de Machu Picchu en relación con los puntos cardinales. D'Ebneth consiguió su propósito después de establecer la existencia de una línea central de 45° . Durante sus investigaciones, tropezó con otro dato interesante: «Los subángulos que D'Ebneth calculó entre la línea central de 45° y los yacimientos que se hallaban emplazados lejos de ésta... indicaban que la inclinación de la Tierra ("oblicuidad") en la época en que fue trazado este plano se aproximaba a $24^\circ 0'$. Esto significa que el plano fue trazado (según D'Ebneth) 5.125 años antes de que ella realizara sus cálculos en 1953; es decir, en el 3172 a. C.» *The Lost Realms*, pp. 204-205.

EL LAGO DEL TECHO DEL MUNDO

La Paz, capital de Bolivia, yace en el fondo irregular de una espectacular fosa que se encuentra a más de tres mil metros sobre el nivel del mar. Este escarpado barranco, de miles de metros de profundidad, fue excavado en tiempos remotos por un torrente de agua que transportaba una abrasiva corriente de rocas y guijarros.

La Paz, situada por la naturaleza en este apocalíptico paisaje, posee un encanto singular, aunque un tanto decadente. Con sus estrechas callejuelas, sus casas de fachadas oscuras, sus imponentes catedrales, sus viejos cines y sus hamburgueserías iluminadas por chillones carteles de neón que permanecen abiertas hasta altas horas de la madrugada, genera una intrigante atmósfera que resulta muy atractiva. Sin embargo, es una ciudad dura para los peatones, a menos que estén dotados de unos pulmones como fuelles, porque todo el distrito del centro comercial está construido sobre unas cuevas muy empinadas.

El aeropuerto de La Paz está situado a casi mil quinientos metros sobre la ciudad, en el borde del Altiplano, las frías, onduladas y elevadas tierras que constituyen el rasgo topográfico más característico de esta región. Santha y yo aterrizamos allí pasada la medianoche en un avión que había partido con retraso de Lima. En la sala de llegadas, inundada por una gélida corriente de aire, nos ofrecieron té de coca en unos vasitos de plástico como medida profiláctica contra el mareo causado por la altitud. Después de una larga demora y no pocos esfuerzos, retiramos nuestro equipaje de la aduana, cogimos un viejo taxi de producción norteamericana y partimos en medio de violentos traqueteos y bocinazos hacia las débiles luces amarillas de la ciudad que se extendía más abajo.

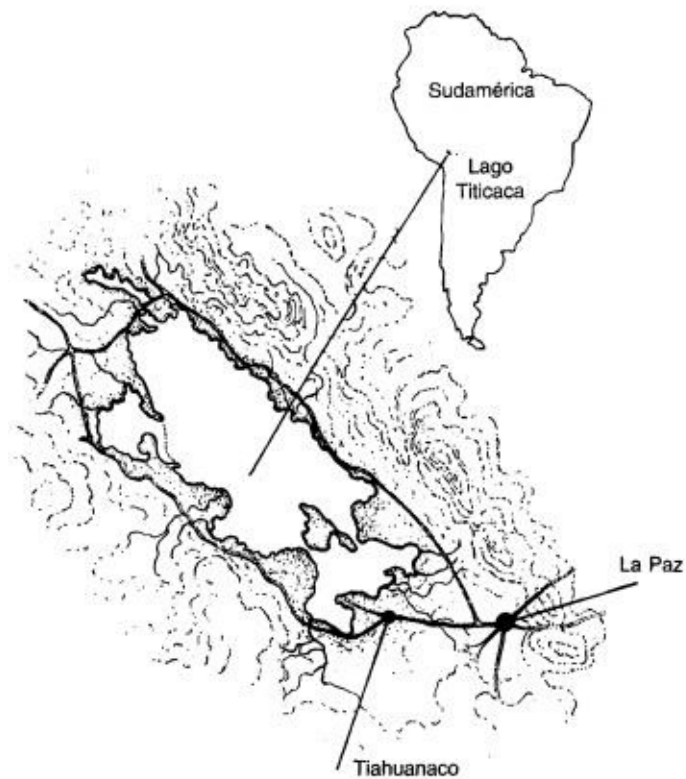
Rumores de un cataclismo

Hacia las cuatro de la tarde del día siguiente partimos hacia el lago Titicaca en un todo terreno de alquiler, nos abrimos paso como pudimos a través de los incomprensibles y permanentes atascos de la ciudad, dejamos atrás los rascacielos y los míseros barrios y enfilamos una carretera que atravesaba los amplios y transparentes horizontes del Altiplano.

Al principio, todavía cerca de la ciudad, nuestra ruta nos condujo por una zona de destartalados suburbios y barriadas pobres donde las aceras aparecían bordeadas

de talleres de reparación y almacenes de desguace, pero a medida que nos alejábamos de La Paz las viviendas de la periferia fueron desapareciendo y cesaron casi todos los signos de población humana. Las desiertas sabanas, ondulantes y desprovistas de árboles, que estaban dominadas por las cimas coronadas de nieve de la Cordillera Real, creaban un inolvidable espectáculo de poder y belleza natural. Sin embargo, todo ello confería también una sensación de irrealidad a este lugar, que parecía flotar sobre las nubes como si fuera un reino encantado.

Aunque nuestro destino último era Tiahuanaco, decidimos pasar la noche en la ciudad de Copacabana, que está ubicada en un promontorio junto al extremo meridional del lago Titicaca. Para llegar a ella tuvimos que atravesar un pequeño río a bordo de un improvisado ferry en la aldea de pescadores de Tiquine. Luego, al anochecer, enfilamos la carretera principal, que consistía en un camino estrecho y accidentado, salvamos una serie de pronunciadas curvas y doblamos por un camino de tierra que ascendía por la ladera. Desde allí contemplamos un panorama rico en contrastes: las sombrías aguas del lago que se extendían a nuestros pies parecían yacer en el borde de un océano infinito que estuviera oculto por las sombras, mientras que los abruptos picos de las montañas coronadas de nieve que se alzaban a lo lejos aparecían envueltos en la resplandeciente luz del sol.



Lago Titicaca

Desde el primer momento, el lago Titicaca me dio la impresión de ser un lugar especial. Sabía que se hallaba a unos tres mil setecientos cincuenta metros sobre el nivel del mar, que lo atravesaba la frontera entre Perú y Bolivia que ocupaba un área de ocho mil doscientos cincuenta y seis kilómetros cuadrados y que medía doscientos veinte kilómetros de longitud y unos ciento doce de anchura. También sabía que su profundidad alcanzaba en algunos puntos los trescientos metros, y que tenía una curiosa historia geológica.

He aquí los misterios, y algunas de las soluciones propuestas:

1. Aunque en la actualidad está situada a más de tres mil metros sobre el nivel del mar, el área que rodea el lago Titicaca está sembrada de millones de conchas marinas fosilizadas. Esto sugiere que en cierto momento todo el Altiplano fue impelido hacia arriba desde el lecho marino, quizá formando parte de una elevación terrestre general que configuró el continente sudamericano en su totalidad. Durante dicho proceso se elevaron grandes cantidades de agua del mar, junto con infinidad de animales marinos vivos, los cuales quedaron suspendidos entre las cordilleras andinas¹. Los expertos

creen que este fenómeno se produjo hace unos cien millones de años².

2. Paradójicamente, pese a la gran antigüedad de este acontecimiento, el lago Titicaca ha conservado, hasta el presente, «una ictiofauna marina»³. Es decir, aunque en la actualidad está situado a centenares de kilómetros del océano más próximo, entre sus peces y crustáceos se hallan numerosos tipos oceánicos (en lugar de peces de agua dulce). Entre las sorprendentes variedades capturadas por las redes de los pescadores se incluyen ejemplares del *Hippocampus* (caballito de mar)⁴. Asimismo, tal como ha apuntado una autoridad en la materia, «las distintas especies de *Állorquestes (hyaella inermis, etcétera)* y otros ejemplos de la fauna marina confirman que este lago, en otros períodos, era mucho más salado que hoy en día o, para ser más exactos, que el agua que lo formó procedía del mar y quedó represada y atrapada en los Andes cuando se elevó el continente⁵.
3. Éstos son, a grandes rasgos, los hechos que conformaron el lago Titicaca. Desde su formación, este inmenso mar interior y el propio Altiplano han experimentado varios cambios drásticos y dramáticos. Entre ellos, el más importante es que el lago parece haber fluctuado de forma notable, como indica la existencia de una antigua línea de costa visible en buena parte del terreno que lo circunda. Curiosamente, esta línea de costa no está nivelada, sino que se inclina de modo significativo de norte a sur a lo largo de una prolongada distancia horizontal. En el punto más septentrional que ha sido explorado es casi noventa metros más alta que el Titicaca; a unos seiscientos cuarenta kilómetros más al sur, es ochenta y dos metros más baja que el actual nivel del lago⁶. A partir de esta evidencia, y de otras muchas pruebas, los geólogos han concluido que el Altiplano sigue elevándose, pero de forma desequilibrada, alcanzándose grandes altitudes en la parte norte y unas altitudes menores en la región del sur. Este proceso al parecer tiene menos que ver con cambios ocurridos en el nivel de las aguas del Titicaca (aunque se han producido ese tipo de cambios) que con las alteraciones en el nivel del terreno en el que se encuentra el lago⁷.
4. Más difícil de explicar en estos términos, dado los prolongados períodos que precisan las grandes transformaciones geológicas, es la evidencia irrefutable de que la ciudad de Tiahuanaco fue antiguamente un puerto que estaba provisto de grandes diques y situado en la orilla del lago Titicaca⁸. El problema es que las ruinas de Tiahuanaco se hallan actualmente a unos

veinte kilómetros al sur del lago y a una altura de más de treinta metros de la presente línea costera⁹, por lo que se deduce que en el período a partir del cual fue construida la ciudad debió de ocurrir uno de estos dos fenómenos: o bien el nivel del lago descendió de forma notable o el terreno en el que se halla Tiahuanaco ha ascendido de manera no menos significativa.

5. En cualquier caso, es evidente que se han producido grandes y traumáticos cambios físicos. Algunos, como la elevación del Altiplano desde el fondo del océano, debieron de producirse en una remota época geológica antes de la aparición de la civilización humana. Otros cambios no son tan antiguos y debieron de ocurrir después de la construcción de Tiahuanaco¹⁰. La pregunta que cabe formular, por tanto, es la siguiente: ¿Cuándo fue construida Tiahuanaco?

La tesis histórica ortodoxa sostiene que las ruinas no datan de mucho antes del 500 de nuestra era¹¹. Sin embargo existe una cronología alternativa, la cual, aunque no es aceptada por la mayoría de los expertos, parece encajar mejor con la escala de las transformaciones geológicas que ocurrieron en esta región. Basándose en unos cálculos matemáticos/astronómicos, el profesor Arthur Posnansky, de la Universidad de La Paz, y el profesor Rolf Muller (quien también discrepa respecto a la datación oficial de Machu Picchu) sitúan la fase principal de la construcción de Tiahuanaco en el 15000 a. C. Esta cronología indica asimismo que la ciudad sufrió con posterioridad las grandes consecuencias de una catástrofe natural de grandes proporciones que ocurrió hacia el undécimo milenio antes de nuestra era, y a partir de entonces comenzó a separarse cada vez de forma más acelerada de las orillas del lago¹².

En el capítulo 11 revisaremos los hallazgos de Posnansky y de Muller, los cuales sugieren que la gran ciudad andina de Tiahuanaco prosperó durante el último período glacial en la profunda y oscura noche de la prehistoria.

NOTAS

1. Profesor Arthur Posnansky: Tiahuanacu: The Cradle of American Man, Ministerio de Educación, La Paz, Bolivia, 1957, volumen III, p. 192. Véase también Immanuel Velikovsky: Earth in Upheaval, Pocket Books, Nueva York, 1977, pp. 77-78: «Las investigaciones de la topografía de los Andes y

de la fauna del lago Titicaca, junto con un análisis químico de este lago y otros que hay en esa meseta, han determinado que la meseta estaba situada antiguamente a nivel del mar, 3.750 metros más abajo que hoy en día... y que sus lagos formaban parte en su origen de un golfo marino... En cierto momento, en el pasado, todo el Altiplano, con sus lagos, se elevó desde el fondo del mar...»

2. Comunicación personal con Richard Ellison del British Geological Survey, 17 de septiembre de 1993. Ellison es el autor del Overseas Geology and Mineral Resources Paper (número 65), titulado The Geology of the Western Corriera and Altiplano.
3. Tiahuanacu, III, p. 192.
4. Tiahuanacu, J. J. Augustin, Nueva York, 1945, volumen I, p. 28.
5. *Ibíd.*
6. Véase, por ejemplo, H. S. Bellamy: Built Before the Flood: The Problem of the Tiahuanaco Ruins, Faber & Faber, Londres, 1943, p. 57.
7. *Ibíd.*, p. 59.
8. Tiahuanacu, III, pp. 192-196. Véase también Bolivia, Lonely Planet Publications, Hawthorne, Australia, 1992, p. 156.
9. *Ibíd.*, véase también Harold Osborne: Indianas of the Andes: Aymaras and Quechuas, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1952, p. 55.
10. Earth in Upheaval, p. 76: «La opinión conservadora entre los evolucionistas y geólogos sostiene que la formación de montañas constituye un proceso muy lento, observable en cambios mínimos, y puesto que se trata de un proceso continuo no es posible que se produjera una elevación espontánea a gran escala. No obstante, en el caso de Tiahuanaco el cambio de altitud parece ser que ocurrió después de que se construyera la ciudad, por lo que es imposible que fuera el resultado de un proceso lento...»
11. Véase, por ejemplo, Ian Cameron, Kingdom of the Sun God: A History of the Andes and Their People, Guild Publishing, Londres, 1990, pp. 48-49.
12. Tiahuanacu 11, p.91,y1,p. 39.

UN ANTIGUO Y FUTURO REY

Durante mis viajes por los Andes, en varias ocasiones leí una curiosa versión de la tradición popular de Viracocha. Según esta versión, que procede de la zona que rodea el lago Titicaca denominada el Collao, la deidad y héroe civilizador se llamaba Thunupa:

Thunupa apareció en el Altiplano en tiempos remotos, procedente del norte, con cinco discípulos. Un hombre blanco de augusta presencia, ojos azules y barba, mostraba un talante sobrio y puritano y predicaba contra el vicio de emborracharse, contra la poligamia y la guerra¹.

Después de recorrer grandes distancias a través de los Andes, donde creó un reinado pacífico y enseñó a los hombres todas las artes de la civilización², Thunupa fue atacado y herido gravemente por un grupo de conspiradores envidiosos:

Colocaron su sagrado cuerpo en un bote confeccionado con cañas y lo arrojaron al lago Titicaca. Allí... el bote se deslizó sobre las aguas a tal velocidad que quienes habían tratado cruelmente de matarlo contemplaron la escena aterrorizados y perplejos, pues en este lago no existía una corriente... El bote arribó a la costa de Cochamarca, donde hoy se halla el río Desguardero. La tradición india afirma que el bote chocó con tal violencia contra la orilla que creó el río Desguardero, el cual no existía con anterioridad. Y el cuerpo sagrado se deslizó por el agua a lo largo de muchas leguas, hacia la costa marítima de Arica...³

Embarcaciones, agua y salvación

Existen unos curiosos paralelismos entre esos relatos y la historia de Osiris, el antiguo dios egipcio de la muerte y la resurrección. La descripción más detallada del mito original que define a esta misteriosa figura es ofrecida por Plutarco⁴, quien afirma que después de llevar los dones de la civilización a su pueblo y enseñarle toda suerte de conocimientos prácticos, abolir el canibalismo y el sacrificio humano, y proporcionarle su primer código legal, Osiris abandonó Egipto y recorrió el mundo para difundir las bondades de la civilización a otras naciones. Jamás obligó a los bárbaros con quienes se tropezó a aceptar sus leyes,

sino que prefería razonar con ellos y tratar de convencerlos. Asimismo, se dice que Osiris transmitió sus conocimientos mediante himnos y canciones que acompañaba con instrumentos musicales.

Durante su ausencia, setenta y dos miembros de su corte organizaron un complot contra él, encabezados por su cuñado Set. A su regreso, los conspiradores le invitaron a un banquete donde ofrecieron una espléndida arca de madera y oro en premio al convidado que consiguiera introducirse en él. Osiris ignoraba que el arca había sido construida según las medidas de su cuerpo. En consecuencia, todos los convidados trataron de introducirse en el arca, sin éxito, y Osiris fue el único que consiguió tenderse en el interior del arca. Antes de que lograra salir, los conspiradores se apresuraron a cerrar la tapa y a sellarla con plomo fundido para impedir que el aire penetrara en ella y luego la arrojaron al Nilo. Todos pensaron que se hundiría, pero el arca se mantuvo a flote y recorrió una gran distancia, hasta alcanzar la costa marítima.

A continuación intervino la diosa Isis, esposa de Osiris. Desplegando los poderes mágicos por los que era célebre, halló el arca y la ocultó en un lugar secreto. Pero su perverso hermano Set, un día que fue a cazar en las marismas descubrió el escondite del arca y, furioso, desmembró el cadáver regio en catorce pedazos, los cuales diseminó a lo largo y ancho del país.

Isis se dispuso una vez más a salvar a su marido: confeccionó un pequeño bote con cañas de papiros, lo recubrió con brea y recorrió el Nilo en busca de los restos de su esposo. En cuanto los hubo hallado, consiguió por medio de un sortilegio unir los pedazos del cuerpo para que éste recuperara su antigua forma. A continuación Osiris, intacto y en perfecto estado, experimentó un renacimiento estelar para convertirse en el dios de los muertos y el rey del mundo de las tinieblas, de donde, según afirma la leyenda, emergía de vez en cuando para regresar a la Tierra bajo la guisa de un ser mortal⁵.

Aunque existen considerables diferencias entre ambas tradiciones, no deja de ser

interesante que Osiris en Egipto y Thunupa-Viracocha en Sudamérica presenten los siguientes puntos en común:

- ambos eran grandes civilizadores;
- ambos fueron víctimas de una conspiración;
- ambos resultaron malheridos;
- los cuerpos de ambos fueron depositados en un receptáculo;
- ambos fueron arrojados al agua;
- ambos se deslizaron por un río;
- ambos alcanzaron el mar.

¿Debemos despachar esos paralelismos como meras coincidencias? ¿O acaso existe alguna misteriosa relación entre ambas historias?

Botes confeccionados con cañas de Suriqui

Hacía un frío intenso y me encontraba sentado en la parte posterior del fuera borda en el que atravesaba las heladas aguas del lago Titicaca a unos veinte nudos de velocidad. El cielo estaba despejado y emitía unos destellos de color aguamarina y turquesa, y el vasto lago, que exhibía unos tonos cobrizos y plateados, parecía extenderse hasta el infinito... Los pasajes en las leyendas que se referían a embarcaciones confeccionadas con cañas debían ser investigados, porque yo sabía que los botes de juncos de totora eran un medio de transporte tradicional en este lago. No obstante, las antiguas artes que se requerían para construir este tipo de embarcación se habían ido perdiendo de un tiempo a esta parte y ahora nos dirigíamos hacia Suriqui, el único lugar donde todavía los construían como es debido.

En la isla de Suriqui, en una pequeña aldea que había junto a las orillas del lago, encontré a dos indios ancianos que construían un bote con manojos de juncos de totora. La elegante embarcación, que estaba casi terminada, medía aproximadamente cuatro metros y medio de longitud. El bote era ancho en el centro, pero estrecho en ambos extremos, y estaba provisto de una proa y popa curvadas.

Me senté para observar la escena un rato. El indio más anciano, que lucía un sombrero de fieltro marrón sobre un curioso gorro de lana con un pico, apoyaba repetidamente el pie izquierdo contra el costado del bote para sostenerse mientras tiraba de las cuerdas que sujetaban los manojos de juncos. Observé que de vez en

cuando restregaba una de las cuerdas contra su sudorosa frente con el fin de humedecerla y aumentar así la capacidad de adhesión de la cuerda.

El bote, alrededor del cual merodeaban algunos pollos y de vez en cuando una tímida alpaca, yacía rodeado de juncos desechados en el jardín trasero de una destartada granja. En las horas siguientes tuve oportunidad de examinar otras granjas semejantes a aquélla, y aunque el paisaje era inconfundiblemente andino, tuve la sensación de haberlo contemplado en otro lugar y otra época. El motivo residía en que los botes de juncos de Suriqui eran casi idénticos, tanto por lo que se refería al método de construcción como al aspecto que ofrecían una vez terminados, a las hermosas barcas confeccionadas con cañas de papiro en las que los faraones habían navegado por el Nilo hacía miles de años. Durante mis viajes por Egipto había examinado las imágenes de muchas de esas embarcaciones que aparecían pintadas en los muros de antiguas tumbas, y ahora sentí un escalofrío al contemplarlas en todo su detalle en una remota isla del lago Titicaca, aunque mis investigaciones me habían preparado en parte para esta coincidencia. Sabía que nunca se había ofrecido una explicación convincente sobre las sorprendentes similitudes que guardaban los diseños de esos dos tipos de embarcaciones que se localizaban en dos lugares tan dispares. No obstante, según una autoridad en antiguos medios de navegación que había intentado descifrar este enigma:

Ambas presentaban la misma forma compacta, curvadas en ambos extremos y sujetas con unas cuerdas que se extendían desde cubierta hasta el fondo del bote en una sola pieza... Cada caña estaba colocada con la máxima precisión a fin de mostrar una simetría perfecta y una elegante línea, mientras que los manojos de cañas se hallaban unidos de modo tan compacto que parecían... unos troncos dorados que presentaban la forma de un zueco con los extremos curvados⁶.

Los botes de juncos del antiguo Nilo y los botes de juncos del lago Titicaca (cuyo diseño original, según insistían los indios de la localidad, les había sido transmitido por «el pueblo de Viracocha»⁷) tenían otros puntos en común. Ambos, por ejemplo, estaban equipados con unas velas que se hallaban instaladas en unos curiosos mástiles de dos patas⁸, y también ambos habían sido utilizados para el transporte a través de largas distancias de pesados materiales de construcción: obeliscos y gigantescos bloques de piedra destinados a los templos de Gizeh, Luxor y Abidos por un lado, y a los misteriosos edificios de Tiahuanaco por el otro.

En aquellos tiempos remotos, antes de que el nivel del lago Titicaca descendiera

en más de treinta metros, Tiahuanaco estaba situada al borde del agua, rodeada por un panorama de impresionante y sagrada belleza. Ahora el gran puerto, la capital del propio Viracocha, yacía abandonado entre unas colinas erosionadas y unas planicies desiertas y barridas por el viento.

El camino hacia Tiahuanaco...

Cuando regresamos de Suriqui a tierra firme, recorrimos esas planicies en el todo terreno que habíamos alquilado, dejando a nuestro paso una densa nube de polvo. Nuestro itinerario nos llevó a través de las ciudades de Pucarani y Laha, pobladas por los indios aymaras, unos individuos bajos y gruesos que caminaban despacio por las callejuelas adoquinadas o se sentaban en las pequeñas plazas iluminadas por el sol.

¿Descendían esas gentes de los constructores de Tiahuanaco, tal como insistían en afirmar los eruditos? ¿O acaso tenían razón las leyendas al decir que la antigua ciudad era obra de unos extranjeros dotados de poderes divinos que se habían asentado en este lugar hacía miles de años?

NOTAS

1. South American Mythology, p. 87.
2. *Ibíd.*, p. 44.
3. Antonio de la Calancha: Crónica Moralizada de la Orden de San Agustín en el Perú, 1638, en South American Mythology > p. 87.
4. Unos excelentes resúmenes del relato de Plutarco se hallan en M. V. Seton-Williams: Egyptian Legends and Stories, Rubicon Press, Londres, 1990, pp. 24-29; y en E. A. Wallis Budge: From Fetish to God in Ancient Egypt, Oxford University Press, 1934, pp. 178-183.
5. From Fetish to God in Ancient Egypt, p. 180.
6. Thor Heyerdahl: The Ra Expeditions, Book Club Associates, Londres, 1972, pp. 43,295.
7. *Ibíd.*, p. 43.
8. *Ibíd.*, p. 295.

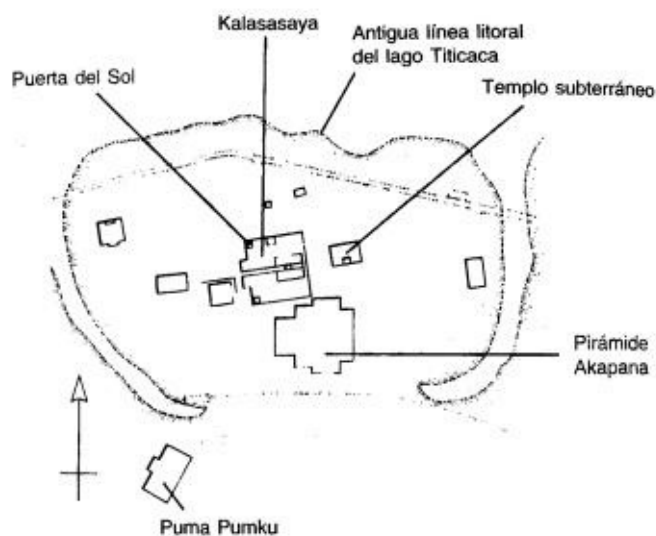
LA CIUDAD DE LA PUERTA DEL SOL

Los primeros viajeros españoles que visitaron la ciudad boliviana en ruinas de Tiahuanaco en tiempos de la conquista quedaron impresionados ante el gigantesco tamaño de los edificios y la atmósfera de misterio que los rodeaba. «Pregunté a los nativos si esos edificios se habían construido en la época de los incas — escribió el cronista Pedro Cie-za de León—. Se echaron a reír ante mi pregunta, afirmando que habían sido construidos mucho antes del reinado inca y que... según los relatos transmitidos por sus antepasados, todo cuanto se veía allí había aparecido súbitamente de la noche a la mañana...»¹ Otro visitante español del mismo período narró una tradición según la cual las piedras habían sido alzadas de forma misteriosa del suelo: «Fueron transportadas por el aire a los sonidos de una trompeta.»²

Poco después de la conquista, el historiador Garcilaso de la Vega escribió una detallada descripción.

En aquella época no se habían producido pillajes ni robos de tesoros o materiales de construcción y, aunque deteriorado por el paso del tiempo, el yacimiento presentaba un aspecto tan magnífico que cortaba la respiración:

Debemos decir algo sobre los edificios inmensos y casi increíbles de Tiahuanaco. Hay una colina artificial, de gran altura, que está construida sobre unos cimientos de piedra a fin de que la tierra no se desplace. Hay unas figuras gigantes talladas en piedra... Están muy erosionadas y demuestran una gran antigüedad. Hay unos muros, cuyas piedras son tan enormes que cuesta imaginar qué fuerza humana las colocó allí. Y hay restos de edificios muy extraños, en especial unos portales de piedra tallados en roca, los cuales se alzan sobre unas bases de hasta diez metros de altura, cinco de anchura y dos de grosor; las bases y los portales forman una sola pieza... Las preguntas que nos hacemos, y que nadie es capaz de responder, es cómo y con qué herramientas o instrumentos consiguieron construir esas obras descomunales.... Tampoco alcanzamos a imaginar por qué medios lograron transportar esas inmensas piedras hasta aquí...³



Tiahuanaco

Eso ocurrió en el siglo XVI. Más de cuatrocientos años después, a fines del siglo XX, compartí la perplejidad de Garcilaso. Desperdigados alrededor de Tiahuanaco, desafiando a los saqueadores que habían sustraído del yacimiento gran parte de su material, había unos monolitos tan inmensos y pesados, aunque tallados con gran precisión, que aquello casi parecía obra de unos seres humanos superiores.

El templo enterrado

Como un discípulo a los pies de su maestro, me senté en el suelo del templo enterrado y contemplé el enigmático rostro que todos los estudiosos de Tiahuanaco creen que representa a Viracocha. Hace muchos siglos, unas manos desconocidas habían tallado esa figura en un elevado pilar de roca roja. Aunque estaba muy erosionado, era el semblante de un hombre en paz consigo mismo; el semblante de un hombre poderoso...

Tenía la frente despejada y unos ojos grandes y redondos. La nariz era recta y estrecha hasta la punta, con los orificios nasales dilatados. El rasgo más distintivo era su elegante e impresionante barba, que hacía que la parte inferior del rostro, o sea, la mandíbula, pareciera más ancha que las sienas. Al observarlo más de cerca, advertí que el escultor había tallado el rostro de un individuo cuya piel estaba afeitada alrededor de los labios, de forma que el bigote arrancaba de lo alto de las mejillas, aproximadamente a la altura de la punta de la nariz; desde allí dibujaba una amplia curva hacia abajo, hasta las comisuras de los labios, para formar una exagerada perilla en la barbilla y extenderse a lo largo de la mandíbula en dirección a las orejas.

Encima y debajo de las orejas, en la parte lateral de la cabeza, el escultor había tallado unas curiosas representaciones de animales. O quizá sería más exacto describir esos dibujos como las representaciones de unos extraños animales, pues parecían unos enormes y torpes mamíferos prehistóricos que estuvieran dotados de colas gruesas y patas deformes.

Había otros detalles no menos interesantes. Por ejemplo, la figura en piedra de Viracocha aparecía esculpida con las manos y los brazos cruzados, uno debajo del otro, sobre la pechera de una túnica larga y vaporosa. A ambos lados de la túnica se apreciaba la sinuosa forma de una serpiente que se alzaba del suelo hasta alcanzar el nivel del hombro. Mientras contemplaba este hermoso diseño (acaso el original había sido bordado sobre un fino tejido) imaginé a Viracocha como un brujo o mago, un personaje barbudo semejante a Merlín, ataviado con unos singulares y maravillosos ropajes mientras invocaba el fuego divino.

El «templo» en el que se alzaba el pilar de Viracocha se abría al cielo y consistía en un hoyo de grandes dimensiones, rectangular, semejante a una piscina, que estaba excavado a unos dos metros bajo el nivel del suelo. El fondo, que medía unos doce metros de largo por diez de ancho, estaba formado por grava dura y lisa. Sus sólidos muros verticales se componían de unos sillares de diferentes tamaños, perfectamente tallados y ensamblados con gran precisión sin el uso de mortero, los cuales se alternaban con unas estelas más altas y toscas. En el muro que se encontraba al sur se hallaban los escalones por los que yo había descendido para penetrar en esta estructura.

Di varias vueltas alrededor de la figura de Viracocha y apoyé los dedos sobre el pilar de piedra caliente por el sol, en un intento de adivinar su significado. Medía aproximadamente dos metros de altura y estaba orientada hacia el sur, de espaldas a la antigua línea de costa del lago Titicaca (originalmente situada a una distancia de unos ciento ochenta metros)⁴. Detrás de este obelisco central había otros dos, de tamaño más reducido, posiblemente destinados a representar a los legendarios compañeros de Viracocha. Las tres figuras, de una verticalidad severa y funcional, proyectaban unas nítidas sombras, pues el sol había comenzado a declinar.

Me senté de nuevo en el suelo y contemplé detenidamente el templo. Viracocha

presidía el conjunto arquitectónico, como un director de orquesta, pero el detalle que me llamó más la atención fue otro: sobre los muros, en diversos puntos y a diferente altura, había decenas de cabezas de animales esculpidas en piedra. Eran unas cabezas complejas, tridimensionales. Sobre su función, los expertos han emitido diversas (y contradictorias) opiniones.

La pirámide

Desde el suelo del templo enterrado, mirando al oeste, veía un muro gigantesco que formaba una impresionante puerta geométrica compuesta por grandes bloques de piedra. El sol ponía de relieve la figura del gigante que aparecía esculpido en la puerta. Yo sabía que el muro rodeaba un recinto del tamaño de un estadio, que se llamaba el Kalasasaya (palabra que en la lengua de los aymaras significa «lugar de las piedras verticales»⁵), y que el gigante era una de las inmensas piezas esculpidas, erosionadas por el paso del tiempo, a las que se refería Garcilaso de la Vega.

Estaba impaciente por examinarla, pero de momento mi atención se centraba en el sur, donde se elevaba la colina artificial de quince metros de altura casi directamente frente a mí mientras subía los escalones del templo enterrado. La colina, a la que también se había referido Garcilaso, era conocida como la pirámide Akapana. Al igual que las pirámides de Gi-zeh, en Egipto, se hallaba orientada con asombrosa precisión hacia los puntos cardinales, pero, a diferencia de éstas, el plano horizontal aquí era algo irregular. No obstante, medía aproximadamente doscientos diez metros en cada lado, lo que significaba que era una gigantesca pieza de arquitectura y constituía el edificio que dominaba Tiahuanaco.

Me dirigí hacia ella y estuve un buen rato paseando a su alrededor y trepando por ella. En su origen constituía una pirámide escalonada de caras lisas que estaba formada de tierra cubierta por grandes bloques de andesita. Durante los siglos posteriores a la conquista, había sido utilizada a modo de cantera por los constructores de La Paz, por lo que ahora sólo quedaba un diez por ciento de sus soberbios bloques de piedra.

¿Cuáles eran las pistas, y las pruebas que habían sustraído esos anónimos ladrones? Mientras trepaba por los maltrechos costados y profundos hoyos

cubiertos de hierba que se hallaban en la cima de la Akapana, comprendí que era muy probable que jamás lográramos averiguar la auténtica función de la pirámide. Lo único que sabíamos con certeza es que no se trataba de una simple pieza decorativa o ceremonial; por el contrario, daba la impresión de haber constituido un arcano «artilugio» o aparato. En sus entrañas, los arqueólogos habían descubierto una compleja red de canales de piedra zigzagueantes, que estaban revestidos de hermosos sillares. Por estos canales, dispuestos y ensamblados de forma meticulosa (con una tolerancia de la quincuagésima parte de una pulgada), se deslizaba el agua que caía del gran depósito que había en la cima de la pirámide, a través de varios niveles decrecientes, hasta alcanzar un foso que circundaba todo el yacimiento, bañando la base de la pirámide por su cara meridional⁶.

Los constructores habían puesto tanto empeño en la creación de este sistema hidráulico y le habían dedicado tantas horas de paciente y esmerada labor, que el Akapana no tenía sentido a menos que se le hubiera otorgado una finalidad de orden práctico. Varios arqueólogos sostenían que dicha finalidad podía estar relacionada con el culto a la lluvia o a los ríos, una primitiva veneración de los poderes y atributos del agua que discurre con fuerza.

Una siniestra sugerencia, que apunta a que la desconocida «tecnología» de la pirámide tal vez tuviera un propósito mortífero, se derivaba del significado de las palabras ha-ke y apaña de la antigua lengua aymara que todavía se habla en esta región: «Hake significa “gente” u “hombres”; apaña significa “perecer” (probablemente ahogado). Así, el akapana sería un lugar donde la gente moría...»⁷ Otro experto, tras examinar detenidamente las características del sistema hidráulico, propuso una solución distinta, en concreto que el agua que caía por la pirámide probablemente formara parte de «una técnica que comprendía la utilización del agua para lavar minerales»⁸.

La Puerta del Sol

Tras abandonar el lado occidental de la enigmática pirámide, me dirigí hacia el ángulo que se hallaba al suroeste del recinto conocido como el Kalasasaya. Ahora comprendí por qué se le denominaba Lugar de las Piedras Verticales, pues eso era precisamente. En un muro que estaba compuesto por grandes bloques trapezoidales, unos inmensos monolitos afilados como dagas de casi cuatro metros de altura se habían encajado por la empuñadura en la tierra roja del Altiplano.

La estructura producía el efecto de una gigantesca empalizada, de casi ciento

cincuenta metros de lado, que se elevaba sobre el suelo a una altura dos veces superior a la del templo enterrado en él.

¿Había sido el Kalasasaya quizás una fortaleza? Parece ser que no. La mayoría de eruditos acepta que fuera un sofisticado observatorio celestial. Su propósito, más que impedir un ataque enemigo, habría sido el de fijar los equinoccios y solsticios y establecer, con precisión matemática, las diversas estaciones del año. Ciertas estructuras dentro de esos muros, así como los propios muros, parecían estar alineadas con ciertos grupos de estrellas con el fin de facilitar los cálculos de la amplitud del sol en verano, invierno, otoño y primavera⁹.

Por lo demás, la famosa Puerta del Sol, que se hallaba en el ángulo noroeste del recinto, no sólo era una obra maestra de primera magnitud, sino que quienes la habían estudiado sostenían que se trataba de un complejo y preciso calendario tallado en piedra:

Cuanto más examinamos la escultura, más convencidos estamos de que el peculiar diseño y la pictografía de este calendario no puede ser simplemente el resultado de un extraño capricho del artista, sino que sus jeroglíficos, llenos de sentido, constituyen el elocuente documento de las observaciones y cálculos de un científico... Es imposible que el calendario fuera diseñado y construido de otro modo¹⁰.

Las investigaciones que había realizado con anterioridad habían despertado mi curiosidad respecto a la Puerta del Sol y, por supuesto, al Kalasasaya en general. Ello se debía a que ciertas alineaciones astronómicas y solares, que examinaremos en el próximo capítulo, habían permitido un cálculo del periodo aproximado en que se construyó el Kalasasaya. Dichas alineaciones sugerían la polémica fecha del 15000 a. C., hace unos diecisiete mil años.

NOTAS

1. Pedro Cieza de León: Chronicle of Perú, Hakluyt Societv, Londres, 1864 y 1883, Pane I, Capítulo 87.
2. Indians of the Andes: Aymaras and Quechuas, p. 64. Véase también: Feats and Wisdom of the Ancients, Time-Life Books, Alexandria, Virginia, 1990, p. 55.

3. Royal Commentaires of the incas, libro III, capítulo I. Véase, por ejemplo, la versión publicada por Orion Press, Nueva York, 1961 (traducción de María Jolas de la edición crítica anotada francesa de Alain Gheerbram), pp. 49-50.
4. Bolivia, p. 156 (mapa).
5. H. S. Bellamy y P. Allan: The Calendar of Tiahuanaco: the Mesoamerican System of the Oldest Civilization, Faber & Faber, Londres, 1956, p. 16.
6. Para una descripción pormenorizada del sistema hidráulico de Akapana, véase: Tiahuanaco, II, pp. 69-79.
7. *Ibid.*, I, p. 78.
8. The Lost Realms, p. 215.
9. Tiahuanaco, II, pp. 44-105.
10. The Calendar of Tiahuanaco, pp. 17-18.

INDICIOS DE ANTIGÜEDAD

En su voluminosa obra *Tiahuanacu: the Cradle of American Man*, el difunto profesor Arthur Posnansky, un destacado experto germano-boliviano cuyas investigaciones de las ruinas se prolongaron durante casi cincuenta años, explica los cálculos arqueológico-astronómicos que lo condujeron a su polémica redatación de Tiahuanaco. Éstos, según afirmó el profesor, se basaban «exclusivamente en la diferencia en la oblicuidad de la eclíptica en el período en el que fue construido el Kalasasaya y el actual»¹.

¿Qué significa exactamente «la oblicuidad de la eclíptica», y por qué demuestra que Tiahuanaco posee una antigüedad de diecisiete mil años?

Según la definición del diccionario, «es el ángulo entre el plano de la órbita de la Tierra y del ecuador celeste, equivalente aproximadamente a 23° 27' en la actualidad»².

A fin de clarificar este complicado concepto astronómico, conviene imaginar la Tierra como un barco que surca el vasto océano del firmamento. Como todas las naves (ya sean planetas o goletas), se bambolea ligeramente debido a la corriente que fluye debajo de ella. Imagínese el lector a bordo de un barco que se bambolea, de pie en cubierta, mientras contempla el mar. Cuando el barco se alza sobre la cresta de una ola, su horizonte visible aumenta; cuando el barco desciende, su horizonte disminuye. Se trata de un proceso regular, matemático, como el tictac de un buen metrónomo: un movimiento constante, casi imperceptible, que modifica continuamente el ángulo entre usted y el horizonte.

Ahora imagine de nuevo la Tierra. Flotando en el espacio, como sabe cualquier escolar, el eje de rotación diaria de nuestro hermoso planeta azul yace ligeramente inclinado respecto a la vertical en su órbita alrededor del Sol. De esto se deduce que el ecuador terrestre, y por ende «el ecuador celeste» (que no es sino una extensión imaginaria del ecuador terrestre en la esfera celeste), debe formar también un ángulo con respecto al plano orbital. Este ángulo constituye, en cualquier época histórica, la oblicuidad de la eclíptica. Pero puesto que la Tierra

es un barco que se bambolea, su oblicuidad cambia de forma cíclica a lo largo de prolongados períodos. Durante cada ciclo de cuarenta y un mil años la oblicuidad varía, con la precisión y fiabilidad de un cronógrafo suizo, entre $22,1^\circ$ y $24,5^\circ$ ³. La secuencia en que un ángulo sigue a otro, así como la secuencia de todos los ángulos anteriores (en cualquier período de la historia) puede calcularse mediante unas sencillas ecuaciones. Éstas han sido expresadas como una curva sobre un gráfico (originalmente elaborado en París en 1911 por la Conferencia Internacional de Efemérides), y a partir de ese gráfico es posible contrastar ángulos y datos históricos concretos con fiabilidad y precisión.

Posnansky consiguió datar el Kalasasaya debido a que el ciclo de oblicuidad modifica paulatinamente la posición acimutal del amanecer y el ocaso de un siglo a otro⁴. Al establecer las alineaciones solares de ciertas estructuras clave que ahora aparecían «desalineadas», el profesor demostró de forma convincente que la oblicuidad de la eclíptica en la época en que se construyó el Kalasasaya era $23^\circ 8' 48''$. Cuando ese ángulo se calculó sobre el gráfico que elaboró la Conferencia Internacional de Efemérides, se comprobó que correspondía a la fecha del 15000 a. C.⁵

Por supuesto, ningún historiador ni arqueólogo ortodoxo estaba dispuesto a aceptar esos orígenes tan antiguos respecto a Tiahuanaco, prefiriendo, según hemos comentado en el capítulo 8, situar la fecha hacia el año 500 de nuestra era. Durante los años 1927-1930, sin embargo, varios científicos de otras disciplinas revisaron minuciosamente las «investigaciones arqueológico-astronómicas de Posnansky». Estos científicos, miembros de un poderoso grupo que estudió también muchos otros yacimientos arqueológicos en los Andes, eran el doctor Hans Luden-dorff, a la sazón director del Observatorio Astronómico de Potsdam, el doctor Friedrich Becker, del Specula Vaticana, y otros dos astrónomos: el profesor Arnold Kohl-schutter, de la Universidad de Bonn, y el doctor Rolf Muller, del Instituto Astrofísico de Potsdam⁶.

Al cabo de tres años de minuciosos trabajos, los científicos llegaron a la conclusión de que Posnansky tenía básicamente razón. Sin importarles las implicaciones de sus hallazgos en relación a la tesis histórica imperante, se limitaron a exponer los datos observables sobre las alineaciones astronómicas de varias estructuras en Tiahuanaco. Entre éstos, era sin duda el más importante el hecho de que el Kalasasaya había sido proyectado de forma que concordaba con

las observaciones celestes realizadas hacía mucho tiempo, en una época mucho más antigua que el año 500 de nuestra era. Según declararon los científicos, la fecha del 15000 a. C. propuesta por Posnansky se hallaba dentro de los límites de lo posible⁷.

Si Tiahuanaco había prosperado en una fecha tan anterior a los albores de la Historia, ¿qué tipo de gentes la habían construido, y con qué fin?

Figuras cubiertas con escamas de pez

Había dos gigantescas estatuas dentro del Kalasasaya. Una de ellas, una figura denominada El Fraile, se alzaba en el ángulo del suroeste; la otra, que se hallaba hacia el centro del extremo oriental del recinto, era el gigante que yo había observado desde el templo enterrado.

Tallada en arenisca roja, antiquísima y deteriorada hasta resultar irreconocible, la estatua de El Fraile medía unos dos metros de altura y representaba a un humanoide andrógino que estaba dotado de unos ojos y labios inmensos. En la mano derecha sostenía algo semejante a un cuchillo que ostentaba una hoja ondulada como un kris indonesio. En la mano izquierda sostenía un objeto semejante a un libro encuadernado con cartivanas; sin embargo, de la parte superior de ese libro sobresalía un artilugio que había sido introducido en él como si se tratara de una funda.

De cintura para abajo la figura parecía ir vestida con una prenda que estaba confeccionada con escamas de pez y, como para confirmar esta percepción, las escamas brotaban de múltiples hileras de cabecitas de peces. Posnansky había interpretado de modo convincente este signo como un significado del pez en general⁸. Por tanto, todo parecía indicar que El Fraile era la representación de un «hombre pez» imaginario o simbólico. La figura exhibía también un cinturón en el que aparecían grabados unos grandes crustáceos, lo cual venía a reforzar esta tesis. ¿Cuál había sido el propósito del escultor?

Yo conocía una tradición local que supuse arrojaría luz sobre la cuestión. Era muy antigua y se refería a los «dioses del lago, que estaban provistos de colas de pez, llamados Chullua y Umantua»⁹. En ella, y en las figuras vestidas con escamas de pez, existía un curioso eco de los lejanos mitos mesopotámicos, los cuales se referían extrañamente y con todo detalle a unos seres anfibios «dotados de razón» que habían visitado la tierra de Sumer en la remota prehistoria. El jefe de esos seres se llamaba Oannes (o Uan)¹⁰. Según Beroso, el escriba caldeo:

Todo el cuerpo de [Oannes] se asemejaba a un pez; debajo de la cabeza de pez tenía otra cabeza, y unos pies parecidos a los de un hombre, unidos a la cola de pez. Su voz, y el lenguaje que empleaba, era articulada y humana; y hasta el día de hoy se conserva una representación suya... Cuando se ponía el sol, ese ser tenía la costumbre de sumergirse de nuevo en el mar, y pasaba toda la noche en las profundidades marinas, pues era anfibio¹¹.



Relieve asirio de una figura que viste unas prendas cubiertas con escamas de pez. Según las tradiciones narradas por Beroso, Oannes era, por encima de todo, un civilizador:

De día solía conversar con hombres. Durante esa época no probaba ningún alimento, pero les transmitía conocimientos de letras y ciencias y todas las artes. Les enseñó a construir casas, a fundar templos, a compilar leyes, y les explicó los principios de la geometría. Les enseñó a distinguir las semillas de la tierra y les mostró cómo coger frutos; en suma, les enseñó toda suerte de conocimientos que tendían a suavizar las maneras y a humanizar a la humanidad. A partir de entonces, debido a que las enseñanzas que impartía eran universales, no se ha producido ninguna mejora en el sentido material...¹²

Las imágenes supervivientes de seres como Oannes que yo había visto en relieves

babilónicos y asirios mostraban claramente unos hombres cubiertos con escamas de pez. Las escamas constituían el motivo dominante de sus vestiduras, al igual que las ropas de El Fraile. Otra coincidencia era que las figuras babilónicas sostenían unos objetos no identificados en las manos. Si la memoria no me fallaba (más tarde comprobé que estaba en lo cierto), esos objetos no eran idénticos a los que sostenía El Fraile, aunque eran lo suficientemente parecidos como para constituir un dato interesante¹³.

El otro gran ídolo del Kalasasaya se hallaba orientado hacia el extremo oriental de la plataforma, frente a la puerta principal, y consistía en un imponente monolito de andesita gris, de considerable grosor y unos dos metros y medio de altura. Su amplia cabeza se erguía sobre sus inmensos hombros, y su rostro, plano como una losa, mostraba una expresión ausente. Lucía una corona, o algún tipo de diadema, y su cabello estaba peinado en pulcros tirabuzones, cuyo detalle se apreciaba con toda claridad en la parte posterior de la cabeza.

La figura estaba minuciosamente tallada y buena parte de su superficie se hallaba decorada de forma que recordaba un tatuaje. Al igual que El Fraile, de cintura para abajo llevaba una prenda compuesta por escamas y símbolos de pez. Asimismo, al igual que El Fraile, sostenía dos objetos no identificables en las manos: en la izquierda se apreciaba un objeto más parecido a una funda que a un libro encuadernado, a través de la cual asomaba un mango ahorquillado; el objeto que sostenía en la mano derecha poseía una forma más o menos cilíndrica, era estrecho en el centro, por donde lo sujetaba, más amplio en la parte superior e inferior y afilado hacia la punta, y se parecía a un conjunto de piezas que estuvieran encajadas unas en otras, aunque era imposible adivinar lo que representaba.

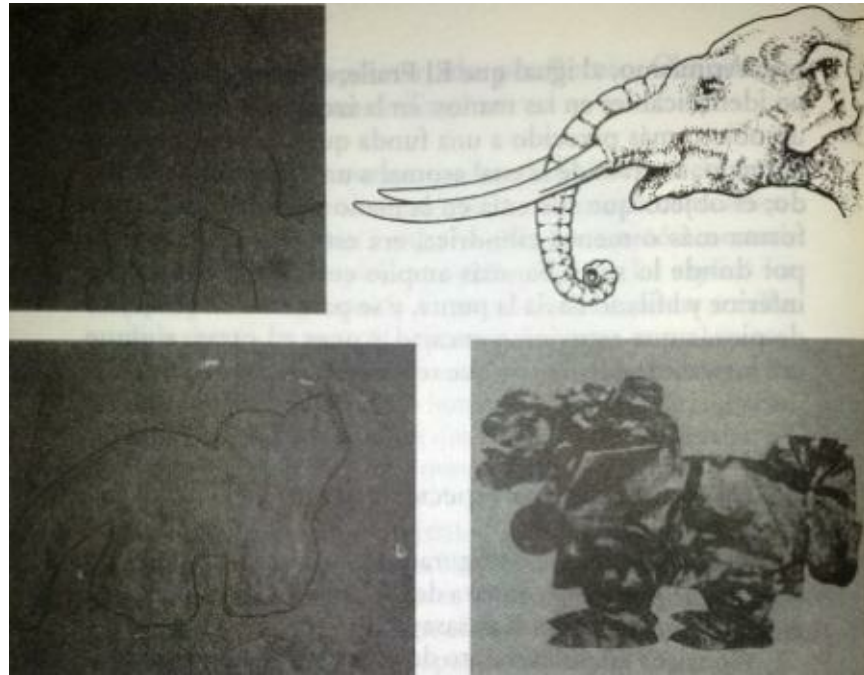
Imágenes de una especie extinta

Tras abandonar esas figuras cubiertas con escamas de pez, llegué por fin a la Puerta del Sol, que estaba ubicada en el ángulo noroeste del Kalasasaya.

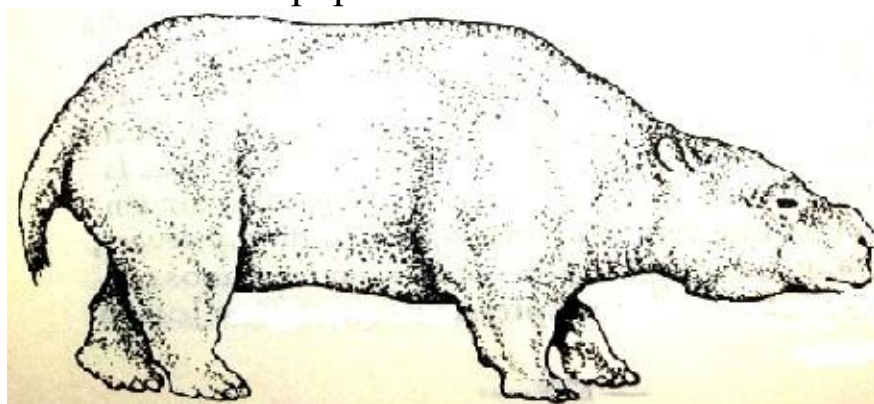
Consistía en un monolito de andesita de color gris-verdoso de unos cuatro metros de ancho, tres de alto y cinco de grosor, cuyo peso se calcula en diez toneladas¹⁴. Similar a una especie de arco de triunfo, aunque a menor escala, en aquel paisaje daba la impresión de ser una puerta que uniera dos dimensiones invisibles, una

puerta entre ninguna parte y la nada. La obra de sillería era de extraordinaria calidad y las autoridades en la materia coinciden en que «es uno de los prodigios arqueológicos de las Américas»¹⁵. Su rasgo más enigmático era el llamado Friso de Calendario que aparece esculpido en su fachada oriental, en la parte superior de la puerta.

En el centro, en una posición elevada, el friso estaba presidido por lo que los expertos consideran otra representación de Viracocha¹⁶, que en este caso muestra su terrible faz de rey-dios capaz de invocar el fuego divino. Su faceta más bondadosa y paternal aparecía expresada por unas lágrimas de compasión que rodaban por sus mejillas. Sin embargo, su semblante reflejaba una expresión dura y severa, su tiara tenía un aire regio e imponente y en las manos sostenía un rayo¹⁷.



Parte superior, izquierda: Detalle de la Puerta del Sol, en Tiahuanaco, donde aparece un proboscídeo, un animal dotado de colmillos cuyo aspecto recuerda al de un elefante. *Parte superior, derecha:* Dibujo-reconstrucción biológico del *Cuvieronius*, un proboscídeo sudamericano, antiguamente muy común en la zona de Tiahuanaco, que se extinguió hacia el 10000 a. C. *Arriba, izquierda:* Animal no identificado, posiblemente del género *Toxodon*, que aparece esculpido junto a la figura de Viracocha en el templo subterráneo. *Arriba, derecha:* Otra posible representación del género *Toxodon*, en Tiahuanaco. Los elevados orificios nasales indican que era un animal semiacuático, parecido en sus costumbres a un hipopótamo moderno.



Arriba: Dibujo reconstrucción de *Toxodon*, una especie sudamericana que se extinguió en el undécimo milenio antes de nuestra era.

Según la interpretación que ofrece Joseph Campbell, uno de los estudiosos de mitos más conocidos del siglo XX: «El significado es que la gracia que se derrama sobre el universo a través de la Puerta del Sol equivale a la energía del rayo que aniquila y es indestructible...»¹⁸

Volví la cabeza a derecha e izquierda mientras examinaba cada detalle del resto del friso. Se trataba de una pieza escultórica que poseía un maravilloso equilibrio, con tres hileras compuestas por ocho figuras, en total veinticuatro, que estaban situadas a ambos lados de la elevada imagen central. Se han realizado varios intentos, no muy convincentes, de explicar la supuesta función de calendario de estas figuras¹⁹, pero lo único que es posible afirmar con certeza es que poseían una extraña cualidad, exánime, como si fueran de cartón, y que su postura, como si marcharan en fila hacia Viracocha, resultaba de una frialdad matemática, casi mecánica. Algunas lucían una especie de máscara de pájaro, otras tenían la nariz larga y afilada, y todas sostenían en la mano un objeto similar al que sostenía el dios supremo.

La base del friso mostraba un diseño conocido como el «meandro», una serie geométrica de pirámides escalonadas que se hallaban dispuestas en una línea continua y estaban colocadas alternativamente boca arriba y boca abajo, las cuales se suponía que también cumplían una función de calendario. En la tercera columna de la parte derecha (y, de forma menos nítida, en la tercera columna de la parte izquierda), observé la cabeza de un elefante que estaba provista de orejas, colmillos y trompa. Esto me sorprendió, puesto que no existen elefantes en el Nuevo Mundo, aunque sí habían existido en tiempos prehistóricos, según pude confirmar más tarde. Los miembros de una especie llamada Cuvieronius, un proboscídeo parecido a un elefante que estaba dotado de colmillos y trompa, de aspecto extraordinariamente similar a los «elefantes» de la Puerta del Sol²⁰, habían abundado en la zona meridional de los Andes, hasta su repentina extinción hacia el 10000 a. C.²¹.

Me acerqué para contemplar más detenidamente estos elefantes. Cada uno de ellos se componía de las cabezas de dos cóndores penachudos que se hallaban colocados garganta contra garganta (los penachos constituían las «orejas» y la parte superior de los cuellos, los «colmillos»). extrañas criaturas seguían pareciéndome unos elefante quizá debido a un característico truco visual que solían emplear los escultores de Tiahuanaco según su sutil e irreal estilo artístico:

en concreto, la costumbre de utilizar una cosa para representar otra. Así, una oreja de apariencia humana en un rostro aparentemente humano podía ser el ala de un pájaro; una complicada corona podía estar formada por cabezas de peces y cóndores, una ceja podía constituir el cuello y la cabeza de un ave, la punta de una zapatilla, la cabeza de un animal, etcétera. Los miembros de la familia de elefantes formados por cabezas de cóndores, por tanto, no obedecían necesariamente a unos efectos ópticos; antes bien, esos imaginativos diseños se hallaban en perfecta armonía con el carácter artístico del friso.

Entre la multitud de figuras de animales esculpidas en la Puerta del Sol había también varias especies extintas. Yo sabía por mis investigaciones que una de ellas había sido identificada con acierto por numerosos observadores como una representación del género *Toxodon*²², un mamífero anfibio bajo y grueso, dotado de tres dedos, que medía casi tres metros de largo y uno y medio de altura, parecido a un cruce entre un rinoceronte y un hipopótamo²³. Al igual que el *Cuvieronius*, estos mamíferos habían prosperado en Sudamérica en el plioceno tardío (hace 1,6 millones de años) y se habían extinguido a fines del pleistoceno, hace unos doce mil años²⁴.

En mi opinión, esto venía a corroborar las pruebas astro-arqueológicas que databan Tiahuanaco hacia finales del pleistoceno, desmintiendo la cronología histórica ortodoxa que afirmaba que la ciudad sólo tenía mil quinientos años de antigüedad, puesto que el mamífero del género *Toxodon*, supuestamente, sólo pudo haber sido copiado de un ejemplar vivo. Por consiguiente, el hecho de que en el friso de la Puerta del Sol aparecieran esculpidas nada menos que cuarenta y seis cabezas de toxodontos era un dato de gran trascendencia²⁵. La fea caricatura de este animal no aparecía tan sólo en la Puerta del Sol, pues también se había identificado en numerosos fragmentos de cerámica de Tiahuanaco. Lo que resultaba aún más convincente es que había sido representado en varias esculturas que lo mostraban en todo su esplendor tridimensional²⁶. Por otra parte, se habían hallado unas representaciones de otras especies extintas, entre ellas la *Shelidoterium*, un cuadrúpedo diurno, y la *Macrauchenia*, un animal de mayor tamaño que el caballo moderno que estaba dotado de unas características patas con tres dedos²⁷.

Tales imágenes significaban que Tiahuanaco era como un libro ilustrado del

pasado, un documento de extrañas especies de animales, todas ellas extintas, las cuales aparecían plasmadas para siempre en piedra.

Sin embargo, ese caudal de documentación se había interrumpido un día bruscamente, envolviendo a Tiahuanaco en el misterio. Eso también aparecía plasmado en piedra: la Puerta del Sol, esta insuperable obra de arte no se había completado.

Ciertos aspectos inacabados del friso indicaban la posibilidad de que hubiera sucedido algo trágico e inesperado que habría obligado al escultor, según Posnansky, a «soltar su cincel para siempre en el momento en que se disponía a dar los últimos toques a su obra»²⁸.

NOTAS

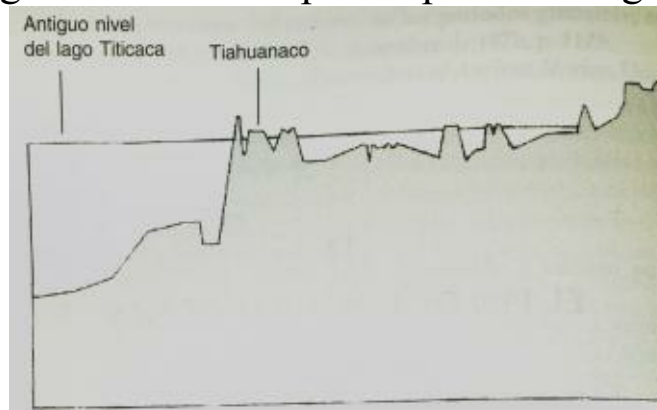
1. Tiahuanacu, II, p. 89.
2. Collins English Dictionary, Londres, 1982, p. 1015. Por otra parte, el doctor John Masón, de la Asociación Británica de Astronomía, definió la oblicuidad de la eclíptica en una entrevista por teléfono que se realizó el 7 de octubre de 1993 del siguiente modo: «La Tierra gira sobre un eje que atraviesa su centro y sus polos norte y sur. Este eje está inclinado con respecto al plano de la órbita de la Tierra alrededor del Sol. Esta inclinación constituye la oblicuidad de la eclíptica. El valor actual de la oblicuidad de la eclíptica es 23,44o.»
3. J. D. Hays, John Imbrie, N. J. Shackleton: «Variaciones en la órbita terrestre: indicadores de los períodos glaciales», en Science, vol. 194, n.º. 4270, 10 de diciembre de 1976, p. 1125.
4. Anthony F. Aveni: Skywatchers of Ancient México, Univ. versity of Texas Press, Iago, p. 103.
5. Tiahuanacu, II, pp. 90-91.
6. Tiahuanacu, II, p. 47.
7. Ibíd., p. 91.
8. Ibíd., I, p. 119.
9. Ibíd., II, p. 183.
10. Myths from Mesopotamia, (traducido y editado por Stephanie Dalley), Oxford University Press, 1990, p. 326.

11. Fragmentos de Beroso, de Alexander Polyhistor, reimpresso como Apéndice 2 en Robert K. G. Temple: The Sirius Mys-tery, Destiny Books, Rochester, Vermont, 1987, pp. 250-251.
12. Ibíd.
13. Jeremy Black y Anthony Green: Gods, Demons and Symbols of Ancient Mesopotamia, British Museum Press, 1992, pp.46,82-83.
14. Figuras y medidas de The Ancient Civilizations of Pem, p.92.
15. Ibíd.
16. Ibíd.
17. Véase Joseph Campbell: The Hero with a Thousand Faces, Paladín Books, Londres, 1988, p. 145.
18. Ibíd., p. 146.
19. La función de calendario de la Puerta del Sol ha sido exhaustivamente descrita y analizada por Posnansky en: Tiahuanacu: The Cradle of American Man, volúmenes I-IV.
20. Quaternary Extinctions: A Prehistoric Revolution, Paul S. Martin, Richard G. Klein, editores. The University of Arizona Press, 1984, p. 85.
21. Ibíd.
22. Véase The Calendar of Tiahuanaco, p. 47. La obra de Posnansky está también repleta de referencias al género Toxodon.
23. Encyclopaedia Britannica, 1991,11: 878.
24. Ibíd., 9: 516. Véase también Quaternary Extinctions pp.64-65.
25. The Calendar of Tiahuanaco, pp. 47-48.
26. Tiahuanacu, III, pp. 57,133-134, y lámina XCII.
27. Ibíd., í, pp. 137-139; Quaternary Extinctions, pp' 6
28. Tiahuanacu, II, p. 4.

EL FIN DE LOS VIRACOCHAS

En el capítulo 10 vimos que Tiahuanaco fue construida originalmente como un puerto en las costas del Titicaca, cuando el lago era mucho más ancho y medía treinta metros más de profundidad que en la actualidad. Las vastas construcciones de muelles, desembarcaderos y diques, así como los cargamentos de piedra arrojados en varios puntos debajo de la antigua línea de costa, confirman este dato sin ningún género de duda¹. De hecho, según los cálculos no ortodoxos del profesor Posnansky, Tiahuanaco fue una ciudad portuaria activa en el 15000 a. C., la fecha propuesta por el profesor respecto a la construcción del Kalasasaya, y continuó siéndolo durante más o menos otros cinco mil años, a lo largo de los cuales su posición en relación a las costas del lago Titicaca apenas varió².

Durante esa época, el muelle principal de la ciudad portuaria se hallaba ubicado a varios centenares de metros al suroeste del Kalasasaya, en un lugar llamado actualmente Puma Punku, «puerta del puma». Las excavaciones de Posnansky han revelado dos dársenas dragadas de forma artificial que se hallaban a ambos lados de un «auténtico y magnífico desembarcadero o muelle... donde centenares de barcos podían descargar al mismo tiempo sus pesados cargamentos»³.



Hace doce mil años, cuando el lago Titicaca tenía una profundidad de treinta metros más que en la actualidad, Tiahuanaco era una isla, tal como aparece más arriba.

Uno de los bloques de piedra que fueron empleados en la construcción del muelle se encontraba todavía en el yacimiento y pesaba aproximadamente cuatrocientas cuarenta toneladas⁴. Había muchos otros bloques, los cuales pesaban entre cien y ciento cincuenta toneladas⁵. Por otra parte, muchos de los monolitos de mayor tamaño aparecían ensamblados entre sí mediante unas abrazaderas metálicas en forma de T. Yo sabía que el único lugar del continente sudamericano donde se observaba esta técnica de construcción era en las estructuras de Tiahuanaco⁶. La última vez que había observado las características muescas en la piedra que confirmaban su empleo fue en las ruinas de la isla Elefantina en el Nilo, en el Alto Egipto⁷.

No menos intrigante resultaba la presencia del símbolo de la cruz en muchos de estos antiguos bloques. Este símbolo, que aparecía una y otra vez, sobre todo en el acceso septentrional a Puma Punku, presentaba siempre la misma forma: un crucifijo doble de líneas depuradas, perfectamente equilibrado y armonioso, que se hallaba profundamente grabado en la dura piedra gris. Incluso según la cronología histórica ortodoxa esas cruces tenían una antigüedad de no menos de mil quinientos años. Dicho de otro modo, habían sido esculpidas en este lugar por unas gentes que desconocían el cristianismo, un milenio antes de la llegada de los primeros misioneros españoles al Altiplano.

A todo esto, ¿de dónde habían obtenido los cristianos sus cruces? Según mis deducciones, no sólo de la forma de la estructura sobre la que fue clavado Jesucristo, sino de una fuente mucho más antigua. ¿Acaso no habían utilizado los antiguos egipcios un jeroglífico semejante a una cruz (el ankh, o crux ansata) para simbolizar la vida... el soplo de la vida... la vida eterna?⁸ ¿Se había originado el símbolo en Egipto, o tal vez en otro lugar, en una fecha aún más temprana?

Mientras se agolpaban esas ideas en mi mente, paseé despacio alrededor de Puma Punku. El extenso perímetro, que formaba un rectángulo de varios centenares de metros de longitud, ponía de relieve un pequeño montículo piramidal que estaba cubierto de alta hierba. Por doquier yacían docenas de inmensos bloques, derribados como si fueran cerillas, según Posnansky, por el terrible desastre natural que había asolado Tiahuanaco durante el undécimo milenio antes de nuestra era:

Esta catástrofe fue causada por unos movimientos sísmicos que hicieron que

se desbordaran las aguas del lago Titicaca y provocaron erupciones volcánicas... Asimismo, es posible que el aumento temporal del nivel del lago se debiera en parte a la rotura de los malecones que rodeaban unos lagos que se hallaban más al norte y a una mayor altitud... liberando las aguas que descendieron hacia el lago Titicaca en violentos e incontenibles torrentes⁹.

Entre las pruebas presentadas por Posnansky de que el agente destructor de Tiahuanaco había sido una inundación, cabe citar:

El hallazgo de flora lacustre, *Palustrina culminea*, y *Palustrina andecola*, *Ancylus titicacensis*, *Planorbis titicacensis*, etcétera, que aparece mezclada en el aluvión con los esqueletos de seres humanos que habían perecido en el cataclismo... y el hallazgo de varios esqueletos de *Orestias*, unos peces pertenecientes a la familia de los actuales bogas, en el mismo aluvión que contiene los restos humanos...¹⁰

Además, se habían hallado unos fragmentos humanos y esqueletos de animales que yacían

en caótico desorden entre piedras, utensilios, herramientas e infinidad de objetos. Todo se había desplazado, roto y acumulado en un confuso montón. Cualquiera que cavara una fosa de dos metros de profundidad no podía negar que la fuerza destructora del agua, en combinación con bruscos movimientos de tierra, había arrastrado y formado ese amasijo de huesos, fragmentos de cerámica, joyas, herramientas y utensilios... Las capas aluviales cubren todo el campo de ruinas, y en los lugares que están rodeados por muros se ha acumulado arena lacustre mezclada con conchas del Titicaca, feldespato descompuesto y cenizas volcánicas...¹¹

Fue realmente una terrible catástrofe la que asoló Tiahuanaco y, si Posnansky estaba en lo cierto, se produjo hace más de doce mil años. A partir de entonces, aunque la inundación remitió, «la cultura del Altiplano no volvió a alcanzar un elevado nivel de desarrollo, sino que cayó en una absoluta y definitiva decadencia»¹².

Lucha y abandono

Este proceso se vio acelerado por el hecho de que los terremotos que habían

hecho que el lago Titicaca inundara Tiahuanaco fueran sólo los primeros de una serie de desastres que acaecieron en esa zona. Aunque en un principio éstos hicieron que las aguas del lago se desbordaran, al cabo de cierto tiempo provocaron el efecto contrario, reduciendo de forma progresiva la profundidad y el área de superficie del Titicaca. A medida que transcurrían los años, el nivel del lago continuó descendiendo centímetro a centímetro, aislando así a la gran ciudad, alejándola implacablemente de las aguas que antaño habían desempeñado un papel decisivo en su vida económica.

Al mismo tiempo, existen pruebas de que el clima de la zona de Tiahuanaco se volvió más frío y desfavorable para el cultivo de unas cosechas que con anterioridad se habían desarrollado sin problemas¹³, hasta el extremo de que hoy en día algunos productos como el maíz no maduran como es debido e incluso las patatas resultan defectuosas¹⁴.

Aunque era complicado unir los distintos elementos de la compleja cadena de acontecimientos que se habían producido, todo apuntaba a que «un período de calma siguió al momento crítico de disturbios sísmicos» que habían inundado por un tiempo Tiahuanaco¹⁵. Luego, de forma lenta pero inexorable, «el clima empeoró y se hizo inclemente. Como consecuencia de ello, se produjeron unas emigraciones masivas de gentes de los Andes hacia emplazamientos donde la lucha por la subsistencia no resultara tan ardua»¹⁶.

Según parece, los habitantes de Tiahuanaco, integrantes de una civilización muy avanzada y recordados en las tradiciones locales como «los viracochas», habían tenido que luchar para sobrevivir. En todo el Altiplano se hallaron curiosas pruebas que indicaban que habían llevado a cabo experimentos agrícolas de carácter científico, con gran ingenio y dedicación, para tratar de compensar el deterioro climático. Por ejemplo, unos estudios recientes han demostrado que «alguien» de esta región perteneciente a la más remota Antigüedad había realizado sofisticados análisis de la composición química de muchas plantas y tubérculos venenosos que crecen en altitudes elevadas. Esos análisis, por otra parte, habían ido parejos al invento de unas técnicas de eliminación de la toxicidad que habían convertido esos vegetales en nutrientes inofensivos y comestibles¹⁷. Todavía no existe «una explicación satisfactoria del desarrollo de esos procesos de eliminación de la toxicidad», según reconoció David Browman,

profesor adjunto de Antropología en la Universidad de Washington¹⁸.

Por otra parte, durante el mismo período de la Antigüedad, «alguien» todavía no identificado por los eruditos se esforzó en crear unos campos elevados sobre las tierras que durante un tiempo habían permanecido sepultadas bajo las aguas del lago, un proceso que originó unas franjas onduladas de tierra alternativamente altas y bajas. No fue hasta 1960 que se descubrió la función original de ese diseño ondulado de plataformas de tierra y canales poco profundos. Todavía visibles en la actualidad, y denominados waru waru por los indios locales, resultaron formar parte de un complejo proyecto agrícola, que había sido perfeccionado en tiempos prehistóricos, el cual tenía la virtud de «superar las técnicas agrícolas modernas»¹⁹.

Durante los últimos años algunos arqueólogos y agrónomos han reconstruido esos campos elevados. Estos sembrados experimentales proporcionaban una cosecha de patatas tres veces superior a la de los campos convencionales más productivos. Asimismo, durante un año particularmente frío, la severa helada que se produjo «ocasionó escasos daños en los campos experimentales». Al año siguiente las cosechas que se habían plantado en estas plataformas elevadas sobrevivieron también a una ruinoso sequía, «y más tarde a una inundación que destruyó los sembrados circundantes». De hecho, esta técnica sencilla pero válida, inventada por una cultura tan antigua que nadie recuerda hoy en día su nombre, se reveló tan eficaz en las zonas rurales de Bolivia que atrajo la atención de organismos gubernamentales e internacionales y ha sido aplicada de forma experimental en otros lugares del mundo²⁰.

Una lengua artificial

Otro posible legado de Tiahuanaco, y de los viracochas, reside en la lengua que hablaban los indios aymaras locales, una lengua que algunos especialistas consideran la más antigua del mundo²¹.

En la década de 1980, Iván Guzmán de Rojas, un científico boliviano especializado en informática, demostró de modo casual que la lengua aymara no sólo era muy antigua, sino que se trataba de un «invento», que había sido creada de forma intencionada y muy hábil. Uno de sus rasgos más interesantes es el carácter artificial de su sintaxis, rígidamente estructurada y poco ambigua, hasta el extremo de resultar inconcebible en una lengua «orgánica» normal²². Esta

estructura sintética y en extremo organizada significaba que el aymara podía transformarse sin dificultad en un algoritmo informático destinado a ser utilizado para traducir de un idioma a otro. «El algoritmo aymara se emplea como un idioma intermediario. El idioma de un documento original es traducido al aymara y luego a otras lenguas.»²³

¿Es una mera coincidencia el hecho de que una lengua en apariencia artificial, que está regida por una sintaxis que la hace fácilmente comprensible para un ordenador, se hable hoy en día en las inmediaciones de Tiahuanaco? ¿O acaso es el aymara un legado de los sofisticados conocimientos que la leyenda atribuye a los viracochas? En tal caso, ¿qué otros legados existen? ¿Qué otros fragmentos incompletos de antiguas y olvidadas ciencias se hallan diseminados por esta región? ¿Dónde se encuentran esos fragmentos que tal vez contribuyeron a la riqueza y diversidad de muchas de las culturas que se desarrollaron en esta región durante los diez mil años anteriores a la conquista? Quizá fuera la posesión de estos fragmentos lo que posibilitó la creación de las líneas de Nazca y permitió a los predecesores de los incas construir los «increíbles» muros de piedra de Machu Picchu y Sacsayhuamán.

México

La imagen que no conseguía borrar de mi mente era la de los viracochas «caminando sobre las aguas» del océano Pacífico, o «surcando milagrosamente» el mar, según afirmaban tantas leyendas.

¿Adonde se dirigían estos navegantes? ¿Cuál era su propósito? ¿Y por qué se habían esforzado de aquel modo para permanecer en Tiahuanaco durante tanto tiempo antes de reconocer su derrota y partir hacia otros lugares? ¿Qué era eso tan importante que trataban de conseguir?

Tras varias semanas de trabajos relacionados con el Altiplano, durante las que no cesé de viajar entre La Paz y Tiahuanaco, comprendí que ni las asombrosas ruinas ni las librerías y bibliotecas de la capital iban a proporcionarme las respuestas que yo andaba buscando. El rastro, al menos en Bolivia, se había perdido.

No fue hasta que llegué a México, situado a tres mil doscientos kilómetros al norte, que lo hallé de nuevo.

NOTAS

1. Tiahuanacu, II, p. 156 y sigs; III, p. 196.
2. *Ibíd.*, I, p. 39: «Un amplio sistema de canales y sistemas hidráulicos, actualmente secos, los cuales se comunican con el antiguo lecho del lago, constituyen una prueba evidente de que durante ese período la extensión del lago alcanzaba a Tiahuanaco.»
3. *Ibíd.*, II, p. 156.
4. Bolivia, p. 158.
5. The Ancient Civilizations of Perú, p. 93.
6. *Ibíd.*
7. Por ejemplo en los adoquines sobre el nilómetro en la Isla Elefantina, en Asuán.
8. The Encyclopaedia of Ancient Egypt (ed. Margaret Burson), Facts on File, Nueva York y Oxford, 1991, p. 23.
9. Tiahuanacu, I, p. 55.
10. *Ibíd.*, I, p. 39.
11. *Ibíd.*, III, pp. 142-143.
12. *Ibíd.*, I, p. 57.
13. *Ibíd.*, I, p. 56, y II, p. 96.
14. Reproducido en Earth in Upheaval, citando a sir Clemens Markham, pp. 75-76.
15. Tiahuanacu, III, p. 147.
16. *Ibíd.*
17. David L. Browman: «Nueva luz sobre la ciudad andina de Tiahuanaco», en American Scientist, volumen 69, 1981, pp. 410-412.
18. *Ibíd.*, p. 410. Según Browman: «La domesticación de plantas en el Altiplano requería el desarrollo simultáneo de técnicas de eliminación de la toxicidad. La mayoría de las plantas [las cuales eran de uso común en la antigua Tiahuanaco] contienen, antes de ser tratadas, elevados niveles de toxinas. Por ejemplo, las especies de patatas más resistentes al hielo y que crecen con mayor facilidad en altitudes elevadas contienen un inhibidor de numerosas enzimas digestivas que son necesarias para la descomposición de las proteínas, una característica perjudicial en altitudes elevadas, donde la presión de oxígeno diferencial parcial altera la química de la descomposición de las proteínas...
La técnica desarrollada en Tiahuanaco para hacer que esas patatas fueran comestibles tenía también un efecto profiláctico. Cada una de esas dos

importantes cualidades era producto de la otra. «Los agricultores del Altiplano —explica Browman— vienen cosechando desde hace miles de años la patata deshidratada por congelación, llamada ch'uno, mediante un proceso de congelación, lixiviación y secado al sol. La explicación inicial del desarrollo de este proceso era que creaba un producto que podía conservarse durante largo tiempo..., seis años o más... Pero en la actualidad podemos ofrecer otra explicación. Los procesos de lixiviación y secado al sol son necesarios para eliminar la mayor parte de solanina y reducir los niveles excesivos de nitrato, y la cocción de productos deshidratados por congelación destruye los inhibidores de enzimas digestivas. En lugar de afirmar que la des-hidratación por congelación estaba motivada sólo por el deseo de producir una base segura de alimentos, podría aducirse que esta tecnología era imprescindible para convertir la patata en una fuente nutritiva utilizable. Ambos factores se hallan claramente presentes.

Las otras plantas identificadas como plantas primitivas domesticadas en los yacimientos del Titicaca contienen unos niveles de toxinas similares, y todas ellas requieren el uso de diversas técnicas con el fin de hacerlas aptas para el consumo humano. El oca contiene una notable cantidad de oxalatos; la quinoa y la canihua contienen unos elevados niveles de ácido cianhídrico y el alcaloide saponina; el amaranth es un acumulador de nitrato y contiene elevados niveles de oxalatos; el tarwi contiene lupinina, un alcaloide venenoso; las judías contienen diversos niveles del glucósido cianogenético phaseolunatin, etcétera... En algunos casos, los procedimientos de eliminación de las toxinas dan como resultado un producto con excelentes propiedades de conservación, lo que multiplica los efectos benéficos de la tecnología. En los casos en que la tecnología depurativa no produce ese efecto añadido —por ejemplo, en el caso de la quinoa, el amaranth y el tarwi— las plantas poseen en general unas excelentes propiedades de conservación. Todavía no se ha ofrecido una explicación satisfactoria respecto al desarrollo de esos procesos de eliminación de la toxicidad...» De: «Nueva luz sobre la ciudad andina de Tiahuanaco.»

19. Mi núcleo del sistema consistía en «das plataformas de tierra que medían cerca de un metro de altura, entre nueve y noventa metros de longitud y entre tres y nueve metros de anchura. Estos elevados terrenos se hallaban separados por unos canales de similares dimensiones que estaban construidos en terreno excavado. Las plataformas eran abonadas periódicamente con légamo orgánico y algas ricas en nitrógeno que se extraían del fondo de los

canales durante la estación seca. Incluso hoy en día... el sedimento en los viejos canales es mucho más rico en nutrientes que la tierra de las planicies circundantes.

Pero el sistema de plataformas-canales no constituía tan sólo un medio de enriquecer los terrenos estériles. Al parecer, creaba un clima que prolongaba la época de desarrollo de las cosechas en esta región que se hallaba a elevada altitud, y las ayudaba a sobrevivir en circunstancias adversas.

Durante las frecuentes sequías que se producían en la zona, por ejemplo, los canales proporcionaban una humedad vital, mientras que los niveles elevados de las plataformas ayudaban a las plantas a resistir las frecuentes inundaciones de la región. Por otra parte, el agua de los canales constituía una especie de batería termal de conservación, al absorber el calor del sol durante el día y emitirlo de nuevo durante las gélidas noches, a fin de crear una capa de aire relativamente cálido sobre las plantas». Le: Feats and Wisdom of the Anáents, pp. 56-57.

20. *Ibíd.*

21. Kvan f ladingham: *Lines to the Monntam Gods*, Harrap, Londres, 1987, p. 34.

22. "El aymara es una lengua simple y rigurosa, lo cual significa que sus reglas sintácticas son facilísimas, y puede escribirse

23. de forma concisa en una especie de taquigrafía algebraica que los ordenadores comprenden. De hecho, posee tal pureza que algunos historiadores sostienen que no evolucionó a partir de otras lenguas, como otros idiomas, sino que fue creada de modo intencionado." *Sunday Times*, Londres, 4 de noviembre de 1984.

24. M. Betts: «Una antigua lengua puede convertirse en un elemento clave para el sistema de traducción», *Computerworld*, vol. IX, n.º. 8, 25 de febrero de 1985, p. 30.

PARTE III

LA SERPIENTE EMPLUMADA

Centroamérica

SANGRE Y TIEMPO EN EL FIN DEL MUNDO

Chichén Itzá, en el norte de Yucatán, México

A mis espaldas, elevándose casi treinta metros del suelo, había un zigurat perfecto, el templo de Kukulcán. Cada una de sus cuatro escalinatas constaba de noventa y un peldaños. Junto con la plataforma superior, que constituía un cuarto peldaño, sumaban en total trescientos sesenta y cinco peldaños, el número de los días de un año solar. Por otra parte, el dibujo geométrico y la orientación del monumento habían sido calibrados con la precisión de un reloj suizo para alcanzar un objetivo tan impactante como esotérico: en los equinoccios de primavera y otoño, unos esquemas triangulares de luz y sombra, regulares como el mecanismo de un reloj, se combinaban para crear la figura de una gigantesca y ondulante serpiente sobre la escalinata del norte. En cada ocasión, ese efecto óptico duraba exactamente tres horas y veintidós minutos¹.

Me alejé del templo de Kukulcán y eché a andar hacia el este. Ante mí, desmintiendo la repetida falacia de que los pueblos de Centroamérica nunca habían conseguido desarrollar la columna como elemento arquitectónico, se alzaba un bosque de columnas blancas de piedra que antiguamente habían sostenido un inmenso techo. El sol brillaba con fuerza a través del translúcido azul de un cielo despejado y las frescas y densas sombras que ofrecía esta zona resultaban muy atractivas. A continuación me encaminé hacia el pie de la escalinata que conducía al templo de los Guerreros, contiguo al de Kukulcán.



Chichén Itzá.

En la cima de la escalinata, sólo completamente visible después de que hubiera comenzado a ascender por ella, había una gigantesca figura. Se trataba del ídolo

Chacmool. La figura aparecía en extraña y rígida postura, medio tumbada y medio sentada, con las rodillas apuntando hacia arriba, las gruesas pantorrillas encogidas y rozando los muslos, los tobillos tocando las nalgas, los codos apoyados en el suelo, las manos cruzadas sobre el vientre rodeando una bandeja vacía, y la espalda formando un curioso ángulo, como si se dispusiera a incorporarse. De haberlo hecho, calculé que mediría unos dos metros y medio de alto. Incluso medio tumbada, apoyada en los talones y a punto de incorporarse, demostraba una desbordante y feroz energía. Sus rasgos cuadrados y sus labios finos eran implacables, duros e indiferentes como la piedra en la que estaban tallados, y sus ojos miraban hacia el oeste, tradicionalmente la dirección de la oscuridad, la muerte y el color negro².

Sobrecogido, continué subiendo los peldaños del templo de los Guerreros. No dejaba de pensar en los sacrificios humanos rituales que se practicaban periódicamente en este lugar en tiempos precolombinos. La bandeja vacía que sostenía Chacmool sobre su vientre servía antiguamente de receptáculo para el corazón recién extraído de las víctimas. Según un observador español del siglo XVI:

Cuando era preciso extraer el corazón de la víctima, la conducían hasta aquí con gran ceremonia y la colocaban sobre la piedra sacrificial con los brazos y las piernas extendidas mientras cuatro individuos la sujetaban. Entonces aparecía el verdugo y, con gran rapidez y destreza, practicaba una incisión con su cuchillo entre las costillas de la víctima, en el costado izquierdo, debajo del pezón; luego, con la voracidad de un tigre, introducía la mano y le arrancaba el corazón aún palpitante, que depositaba sobre la bandeja...³

¿Qué clase de cultura fue capaz de concebir y celebrar una ceremonia tan diabólica? Aquí, en Chichén Itzá, entre unas ruinas cuya antigüedad se remonta a más de mil doscientos años, se había formado una sociedad híbrida que estaba compuesta por elementos mayas y toltecas. Esta sociedad no era en modo alguno excepcional en su afición a las ceremonias crueles y bárbaras. Por el contrario, todas las grandes civilizaciones indígenas que habían prosperado en México habían practicado ritos de sacrificios humanos.

Mataderos

Villahermosa, estado de Tabasco

Me detuve ante el Altar del Sacrificio de Infantes. Era creación de los olmecas, la denominada «cultura madre» de Centroamérica, de más de tres mil años de antigüedad. Se trataba de un enorme bloque de granito, de un grosor aproximado

de metro y medio, cuyos costados mostraban las figuras talladas en relieve de cuatro hombres que lucían un curioso tocado. Cada hombre sostenía un niño rollizo y saludable que se debatía en sus brazos, cuyo pavor era patente. La parte posterior del altar carecía de motivos decorativos; en la parte frontal se apreciaba otra figura, que sostenía en brazos a modo de ofrenda el cuerpo inerme de un niño sacrificado.

Los olmecas constituyen la primera civilización superior que se conoce del antiguo México, y practicaban con frecuencia sacrificios humanos. Dos mil quinientos años más tarde, hacia la época de la conquista española, los aztecas fueron los últimos habitantes de la región (aunque no los menos importantes) que mantenían esta tradición antiquísima y profundamente enraizada, y la ejecutaban con fanático celo.

Según consta en los anales históricos, Ahuitzotl, el octavo emperador de la dinastía real azteca y el más poderoso, «celebró la dedicación del templo de Huitzilopochtli en Tenochitlán haciendo desfilar a unos prisioneros colocados en cuatro hileras frente a unos sacerdotes que trabajaron durante cuatro días para rematarlos. En esta ocasión, fueron sacrificadas ochenta mil víctimas durante el rito ceremonial»⁴.

A los aztecas les gustaba vestirse con las pieles que arrancaban a las víctimas sacrificadas. Bernardino de Saha-gún, un misionero español, asistió a una de esas ceremonias poco después de la conquista:

Los participantes desollaron y desmembraron a los cautivos; luego se untaron sus cuerpos desnudos con grasa y se enfundaron las pieles de las víctimas... Vestidos de esa siniestra guisa, recorrieron la ciudad dejando un rastro de sangre y grasa, aterrorizando a quienes perseguían... El rito que se celebró el segundo día comprendía también una fiesta caníbal en la que participaron las familias de los guerreros⁵.

Diego de Durán, un cronista español, presencié otro sacrificio multitudinario. En este caso las víctimas eran tan numerosas que cuando los riachuelos de sangre que se deslizaban por los escalones «llegaron a los pies de la escalinata del templo y se enfriaron, formaron unos grumos de grasa capaces de aterrorizar a cualquiera»⁶. En general, se calcula que a comienzos del siglo XVI las víctimas

sacrificadas durante el imperio azteca habían alcanzado la cifra de doscientas cincuenta mil al año⁷. ¿Qué objeto tenía esa pavorosa destrucción de vida humana? Según los propios aztecas, lo hacían para retrasar la llegada del fin del mundo⁸.

Hijos del Quinto Sol

Al igual que muchos otros pueblos y culturas que les habían precedido en México, los aztecas creían que el universo funcionaba en grandes ciclos. Los sacerdotes afirmaban de forma categórica que habían existido cuatro ciclos, o «soles», desde la creación de la raza humana. En tiempos de la conquista prevalecía el Quinto Sol; y es dentro de ese Quinto Sol, o época, que la humanidad vive hoy en día. La siguiente descripción ha sido extraída de una rara colección de documentos aztecas conocidos como Vaticano-Latín Codex:

Primer Sol, *Matlactli Atl*: duración 4.008 años. Aquellos que vivían en aquella época comían un maíz llamado atzit-zintli. En esos tiempos vivían gigantes... El Primer Sol fue destruido por el agua en el signo de *Matlactli Atl* (Diez Aguas). Se llamaba Apachiohualiztli (inundación, diluvio), el arte hechicero de las lluvias permanentes. Los hombres se transformaban en peces. Algunos afirman que sólo una pareja consiguió salvarse, protegida por un vetusto árbol que habitaba cerca del agua. Otros sostienen que fueron siete las parejas que se ocultaron en una cueva hasta que cesó el diluvio y las aguas se aplacaron. Éstas repoblaron la Tierra y fueron veneradas como dioses...

Segundo Sol, *Ebecoatli*: duración 4.010 años. Quienes vivían en aquellos tiempos comían unos frutos silvestres llamados acotzintli. El Sol fue destruido por *Ehecoatli* (Serpiente de Viento) y los hombres se transformaron en monos. hombre y una mujer, que se hallaban sobre una roca, logran salvarse de la destrucción...

Tercer Sol, *Tleyquiyahuillo*: duración 4.081 años. Los hombres, descendientes de la pareja que se salvó del Segundo Sol, comían una fruta llamada tzincoacoc. Este Tercer Sol fue destruido por el fuego...

Cuarto Sol, *Tzontlilic*: duración 5.026 años... Los hombres murieron de hambre a raíz de un diluvio de sangre y fuego...⁹

Otro «documento cultural» de los aztecas que sobrevivió a los estragos de la conquista es la Piedra del Sol de Axayacatl, el sexto emperador de la dinastía

real. Este inmenso monolito fue tallado en basalto en el año 1479 de nuestra era. Pesa 24,5 toneladas y consiste en una serie de círculos concéntricos en los que aparecen inscritas unas complejas frases simbólicas. Como en el caso del códice, dichas frases se centran en la creencia de que el mundo ha atravesado por cuatro épocas, o soles. El primero y más remoto de éstos viene representado por Ocelotonatiuh, el dios jaguar: «Durante ese Sol vivían unos gigantes que habían sido creados por los dioses, pero que fueron atacados y devorados por jaguares.» El Segundo Sol está representado por la cabeza de serpiente de Ehecoatl, el dios del aire: «Durante ese período la raza humana fue destruida por vientos feroces y huracanes y los hombres se convirtieron en monos.» El símbolo del Tercer Sol es un torrente de lluvia y fuego celestial: «En esa época todo quedó destruido por una lluvia de fuego que procedía del cielo y la formación de lava. Todas las viviendas se quemaron, y los hombres se transformaron en aves a fin de sobrevivir a la catástrofe.» El Cuarto Sol está representado por la cabeza de la diosa del agua, Chalchiuhtlicue: «La destrucción se produjo en forma de lluvias torrenciales e inundaciones. Las montañas desaparecieron y los hombres se transformaron en peces.»¹⁰

El símbolo del Quinto Sol, o época actual, es el rostro de Tonatiuh, el dios del sol. Su lengua, justamente descrita como un cuchillo de obsidiana, asoma voraz, confirmando su necesidad de alimentarse de sangre y corazones humanos. Sus facciones están surcadas de arrugas, en señal de su avanzada edad, y aparece dentro del símbolo Ollin, que significa «movimiento»¹¹.

¿Por qué el Quinto Sol recibe el nombre de «Sol del Movimiento»? Porque, «según dicen los mayores: en él se producirá un movimiento de la Tierra, a consecuencia del cual pereceremos todos»¹².

¿Y cuándo ocurrirá esa catástrofe? Pronto, según los sacerdotes aztecas. Estos creían que el Quinto Sol era muy viejo y se aproximaba al fin de su ciclo (de ahí las arrugas que surcan el rostro de Tonatiuh). Las antiguas tradiciones mesoamericanas fijaban el inicio de esa época en un remoto período que correspondía al cuarto milenio antes de nuestra era del calendario cristiano¹³. El método de calcular su fin, sin embargo, había sido olvidado en la época de los aztecas¹⁴. En ausencia de esta información esencial, al parecer los aztecas llevaban a cabo sacrificios humanos con la esperanza de demorar la inminente

catástrofe. De hecho, los aztecas se consideraban un pueblo elegido; estaban convencidos de que les había sido confiada la misión divina de declarar la guerra y ofrecer la sangre de sus cautivos para alimentar a Tonatiuh, preservando así la vida del Quinto Sol¹⁵.

Stuart Fiedel, una autoridad en la prehistoria de las Américas, resumió la cuestión con estas palabras: «Los aztecas creían que a fin de impedir la destrucción del universo, que ya había ocurrido cuatro veces en el pasado, debían procurar a los dioses una dieta constante de sangre y corazones humanos.»¹⁶ Esa misma creencia, con escasas variantes, era compartida por todas las grandes civilizaciones centroamericanas. No obstante, a diferencia de los aztecas, algunos pueblos primitivos habían calculado con exactitud cuándo se produciría un gran movimiento terrestre que provocaría el fin del Quinto Sol.

Portador de Luz

No poseemos documentos de la era olmeca, tan sólo unas oscuras y siniestras esculturas. Pero los mayas, a quienes con justicia se considera la mayor civilización antigua del Nuevo Mundo, dejaron abundantes documentos datados. Si las expresamos en términos del sistema moderno de datación, esas enigmáticas inscripciones transmiten un mensaje singular: El Quinto Sol, según parece, tocará a su fin el 23 de diciembre del 2012 de nuestra era¹⁷.

En el clima racional e intelectual de fines del siglo XX no está bien visto tomar en serio las profecías que anuncian el fin del mundo. La inmensa mayoría de la gente las considera producto de unas mentes supersticiosas y por ello no les hace el menor caso. Durante mi periplo por México, sin embargo, de vez en cuando tuve la incómoda sensación de que las voces de los antiguos sabios merecían ser escuchadas. Supongamos que por una extraña casualidad éstos no hubieran sido los salvajes supersticiosos que siempre hemos creído que eran; supongamos que conocían cosas que nosotros ignoramos; y lo que es más importante, que la fecha que han apuntado respecto al fin del Quinto Sol fuera correcta. Supongamos, en definitiva, que se estuviera gestando una espantosa catástrofe geológica en las profundidades de la Tierra, tal como pronosticaron los mayas.

En Perú y Bolivia me percaté de la obsesiva preocupación por los cálculos del tiempo que demostraron los incas y sus predecesores. Una vez en México, comprobé que los mayas, quienes creían haber descubierto la fecha del fin del mundo, habían caído en la misma obsesión. De hecho, para esas gentes todo se

reducía a números, el paso de los años y la manifestación de acontecimientos; estaban convencidas de que si llegaban a comprender con precisión los números que yacían bajo las manifestaciones, lograrían predecir con éxito la fecha de los propios acontecimientos¹⁸. No me pareció oportuno hacer caso omiso de las obvias implicaciones que encerraba el tema de las destrucciones de la humanidad descritas con tanto detalle en las tradiciones centroamericanas. Estas tradiciones, que comprenden gigantes y diluvios, guardan un curioso parecido con las de la lejana región andina.

No obstante, entre tanto decidí seguir otra línea de investigación, que guardaba relación con el tema. Ésta se refería a la deidad barbuda, de piel blanca, llamada Quetzalcóatl, de quien se dice que viajó por mar hasta México en la remota Antigüedad. A Quetzalcóatl se le atribuye el invento de las matemáticas avanzadas y las fórmulas de datación que después utilizaron los mayas para calcular la fecha del fin del mundo¹⁹.

Por otra parte, Quetzalcóatl ofrecía un insólito parecido con Viracocha, el pálido dios de los Andes que llegó a Tiahuanaco «en una época de tinieblas» portando los dones de la luz y la civilización.

NOTAS

1. México, Lonely Planet Publications, Hawthorne, Australia, 1992, p. 839.
2. Ronald Wright: *Time Among the Maya*, Futura Publications, Londres, 1991, p. 343.
3. Fray Diego de Landa: *Yucatan before and after the Con-quest* (traducido con notas por William Gates), Producción Editorial Dante, Mérida, México, 1990, p. 71.
4. Joyce Milton, Robert A. Orsi y Norman Harrison: *The Feathered Serpent and the Cross: The PreColombian God-Kings and the Papal States*, Cassell, Londres, 1980, p. 64.
5. Descrito en *Aztecs: Reign of Blood and Splendour*, Time-Life Books, Alexandria, Virginia, 1992, p. 105.
6. *Ibíd.*, p. 103.
7. *The Feathered Serpent and the Cross*, p. 55.
8. Mary Miller y Karl Taube: *The Gods and Symhols of An-cient México and the Maya*, Thames & Hudson, Londres, 1993, p. 96.

9. Del Vaticano-Latin Codex 3738, citado por Adela Fernández: Pre-Hispanic Gods of México, Panorama Editorial, Ciudad de México, 1992, pp. 21-22.
10. Eric S. Thompson: Maya History and Religión, University of Oklahoma Press, 1990, p. 332. Véase también: Aztec Calendar: History and Symbolism, García y Valadés Editores, Ciudad de México, 1992.
11. *Ibíd.*
12. Pre-Hispanic Gods of México, p. 24.
13. Peter Tompkins: Mysteries of the Mexican Pyramids, Thames & Hudson, Londres, 1987, p. 286.
14. John Bierhorst: The Mythology of México and Central America, William Morrow & Co., Nueva York, 1990, p. 134.
15. World Mythology, ed. Roy Willis, BCA, Londres, 1993, p. 243.
16. Stuart J. Fiedel: The Prehistory of the Américas, (segunda edición), Cambridge University Press, 1992, pp. 312-313.
17. Profesor Michael D. Coe: Breaking the Maya Code, Thames & Hudson, Londres, 1992, pp. 275-276. La correlación de Herbert Joseph Spinden ofrece la fecha anterior de 24 de diciembre del 2011 de nuestra era. Véase: Mysteries of the Mexican Pyramids, p. 286.
18. Mysteries of the Mexican Pyramids, p. 286.
19. World Mythology, p. 240. Véase también: Encyclopaedia Britannica, 1991, 9:855, y Lewis Spence, The Magic and Mysteries of México, Rider, Londres, 1922, pp. 49-50.

EL PUEBLO DE LA SERPIENTE

Después de pasar tanto tiempo inmerso en las tradiciones de Viracocha, el gigante barbudo de los lejanos Andes, me intrigó profundamente descubrir que Quetzalcóatl, la principal divinidad del antiguo panteón mexicano, era descrito en unos términos que me resultaban familiares.

Por ejemplo, uno de los mitos precolombinos recogido en México por el cronista español del siglo XVI Juan de Torquemada, afirmaba que Quetzalcóatl era un «un hombre rubio de complexión robusta y una larga barba».

Algunos se referían a él como «el hombre blanco»; un hombre corpulento, de frente ancha, con los ojos enormes, el pelo largo y «la barba espesa y redonda»¹. Otros lo describían como

una persona misteriosa... un hombre blanco de cuerpo robusto, la frente ancha, ojos grandes y una barba larga. Vestía una larga túnica blanca que le llegaba a los pies. Condenaba los sacrificios, excepto las ofrendas de frutas y flores, y era conocido como el dios de la paz... Cuando oía hablar de la guerra se tapaba los oídos con las manos².

Según una curiosa tradición centroamericana, este «sabio maestro»

llegó de allende los mares a bordo de un barco que se movía sin remos. Era un hombre blanco, alto y con barba, que enseñó a la gente a utilizar el fuego para cocinar. Asimismo, construyó casas y dijo a las parejas que podían cohabitar como marido y mujer, y puesto que las personas solían pelearse con frecuencia en aquellos tiempos, él les enseñó a vivir en paz³.

El gemelo mexicano de Viracocha

El lector recordará que Viracocha, en sus viajes por los Andes, era conocido con nombres diversos. Éste también es el caso de Quetzalcóatl. En algunas partes de Centroamérica (en especial entre los mayas quiché) era llamado Gucumatz. En otros lugares, por ejemplo en Chichén Itzá, era conocido como Kukulcán. Cuando estas dos palabras fueron traducidas al inglés, se comprobó que significaban lo mismo: «serpiente emplumada» (o dotada de plumas). Éste era también el significado de Quetzalcóatl⁴.

Existían otras divinidades, en concreto entre los mayas, cuyas identidades eran

muy semejantes a las de Quetzalcóatl. Una de ellas era Votan, promotor de la civilización, al que también se describía como un individuo de tez pálida, barbudo y vestido con una larga túnica. Los eruditos no han conseguido ofrecer una traducción de su nombre, pero su símbolo principal, al igual que el de Quetzalcóatl, era una serpiente⁵. Otra figura que guarda un estrecho parecido con aquél era Itzamana, el dios maya de la sanación, un individuo que vestía una túnica y era barbudo; su símbolo era asimismo la serpiente de cascabel⁶.

Lo que se deduce de todo ello, según reconocen las principales autoridades en la materia, es que las leyendas mexicanas que han sido recogidas y transmitidas por los cronistas españoles de la época de la conquista, a menudo son el resultado confuso y exagerado de unas tradiciones orales que se remontan a tiempos inmemoriales. Detrás de ellas, sin embargo, se halla una sólida realidad histórica. En opinión de Sylvanus Griswold Morley, el decano de los estudiosos sobre la civilización maya:

El gran dios Kukulkán, o la Serpiente Emplumada, era el homólogo maya del azteca Quetzalcóatl, el dios de la luz, la sabiduría y la cultura. En el panteón maya se le consideraba un gran organizador, fundador de ciudades, legislador y maestro de la ciencia del calendario. Sus atributos y biografía son tan humanos que no es improbable que fuera un personaje histórico real, gran legislador y organizador, cuyas buenas obras permanecieron vivas mucho después de su muerte, y cuya personalidad fue con posterioridad divinizada⁷.

Todas las leyendas afirmaban sin ambages que Quetzalcóatl/Kukulkán/Gucumatz/Votan/Itzamana había llegado a Centroamérica desde un remoto país (a través del «mar oriental») y que al cabo de un tiempo regresó de nuevo al lugar del que procedía, dejando a las gentes sumidas en la tristeza⁸. Las leyendas añadían que había prometido solemnemente regresar un día⁹, en un claro eco de Viracocha que sería casi perverso atribuir a la casualidad. Por lo demás, el lector recordará que la partida de Viracocha a través del océano Pacífico se describía en las tradiciones andinas como un acontecimiento portentoso. La partida de Quetzalcóatl de México también tuvo una cualidad sobrenatural: según dicen, partió a bordo de «una balsa que estaba confeccionada con serpientes»¹⁰.

En términos generales, creo que Morley tiene razón al buscar un trasfondo de

datos históricos en los mitos mayas y mexicanos. Lo que las tradiciones parecen indicar es que el barbado extranjero de tez pálida llamado Quetzalcóatl (o Kukulkán, o lo que sea) no era un solo individuo, sino que probablemente se trataba de varias personas que procedían del mismo lugar y pertenecían a un mismo tipo étnico no indio (barbudo, de tez pálida, etcétera). Esto no sólo lo demuestra la existencia de una «familia» de dioses que están obviamente relacionados¹¹, aunque son distintos, los cuales compartían el símbolo de la serpiente. Quetzalcóatl/Kukulkán/Itzamana, según numerosos y explícitos relatos mexicanos y mayas, iba acompañado de «asistentes» o «ayudantes». Ciertos mitos que se incluyen en antiguos textos religiosos mayas conocidos como los Libros de Chilam Balam, por ejemplo, afirman que «los primeros habitantes de Yucatán fueron los del “pueblo de la serpiente”. Estas gentes llegaron del este en unas embarcaciones acompañando a su líder Itzamana, “la serpiente del Este”, un sanador capaz de curar mediante la imposición de manos y de resucitar a los muertos»¹².

«Kukulkán —según otra tradición— desembarcó junto con diecinueve acompañantes, dos de ellos dioses de los peces, otros dos dioses de la agricultura y un dios del trueno... Permanecieron diez años en Yucatán. Kukulkán instauró unas leyes muy sabias y luego partió rumbo al sol naciente...»¹³

Según el cronista español Las Casas: «Los nativos afirmaron que antiguamente arribaron a México veinte hombres, cuyo líder se llamaba Kukulkán... Vestían largas túnicas y calzaban unas sandalias, lucían pobladas barbas y llevaban la cabeza descubierta... Kukulkán instruyó a las gentes en las artes de la paz, e hizo que se construyeran varios edificios importantes...»¹⁴

Entre tanto, Juan de Torquemada relató esta específica tradición, anterior a la conquista, referente a los extranjeros de imponente presencia que habían llegado a México con Quetzalcóatl:

Eran unos individuos de gran empaque, bien vestidos, con unas largas túnicas de lino negro que iban abiertas por delante, sin capas, escotadas y con unas mangas que no alcanzaban los codos... Estos seguidores de Quetzalcóatl eran hombres de gran sabiduría, y excelentes artistas en toda clase de oficios y trabajos¹⁵.

Al igual que un hermano gemelo de Viracocha, la divinidad pálida y barbuda, se decía que Quetzalcóatl había llevado a México las artes y ciencias necesarias para crear una vida civilizada, inaugurando así una época dorada¹⁶. Según afirma

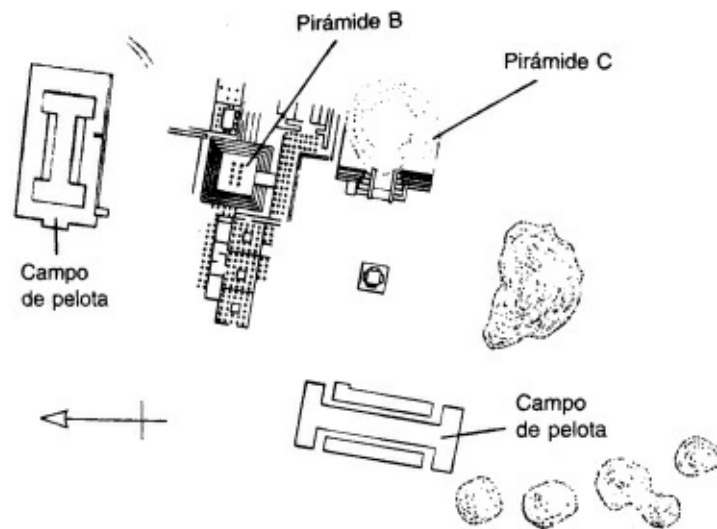
la tradición, había introducido los conocimientos de la escritura en Centroamérica, había inventado el calendario y había sido un maestro constructor que enseñaba a la gente los secretos de la albañilería y la arquitectura. Era el padre de las matemáticas, la metalurgia y la astronomía, y afirmaba haber «medido la Tierra». Asimismo, fundó la agricultura productiva y según dicen descubrió e introdujo el maíz, el elemento principal en estas antiguas tierras. Como eminente doctor y conocedor de la medicina, era el santo patrón de los sanadores y adivinadores «y reveló a las gentes los misterios de las propiedades de las plantas». Además, era un respetado legislador, protector de los artesanos y promotor de todas las artes. Como cabe esperar de un individuo tan refinado y culto, Quetzalcóatl prohibió la macabra práctica del sacrificio humano durante el período de su ascendencia en México. Después de su partida se reanudaron los rituales cruentos, pero los aztecas, el pueblo más aficionado a la práctica de los sacrificios humanos en la larga historia de Centroamérica, recordaban «la época de Quetzalcóatl» con cierta nostalgia. «Era un maestro —dice una leyenda— que enseñó a las gentes que no debían lastimar a ningún ser vivo y que en lugar de seres humanos debían utilizar en los sacrificios pájaros y mariposas.»¹⁷

Lucha cósmica

¿Por qué se marchó Quetzalcóatl? ¿Qué le obligó a partir?

Las leyendas mexicanas ofrecen varias respuestas a estas preguntas. Afirman que el ilustrado y benevolente reinado de la Serpiente Emplumada llegó a su fin debido a Tezcatilpoca, un dios malévolo cuyo nombre significa «Espejo Humeante», y cuyo culto exigía sacrificios humanos. Todo parece indicar que en el antiguo México se libró una especie de lucha cósmica entre las fuerzas de la luz y la oscuridad, y que estas últimas triunfaron...

El presunto escenario de dichos acontecimientos, conocido como Tula, no es excesivamente antiguo —en todo caso, no más de mil años—, pero las leyendas que lo rodean lo vinculan a una época infinitamente más remota. En aquellos tiempos, fuera de la historia, se llamaba Tollán. Todas las tradiciones convienen en que fue en To-llán donde Tezcatilpoca venció a Quetzalcóatl y lo obligó a abandonar México.



Tula

Serpientes de fuego

Tula, estado de Hidalgo

Me encontraba en la cima lisa y cuadrada de una estructura que ostenta el poco imaginativo nombre de Pirámide B. El sol del atardecer se filtraba a través de un cielo despejado, y yo estaba sentado cara al sur, observando a mi alrededor.

En la base de la pirámide, hacia el norte y hacia el este, había unos murales que mostraban unos jaguares y unas águilas que devoraban corazones humanos. Detrás de mí había cuatro pilares y cuatro siniestros ídolos de granito que medían casi tres metros de altura. Ante mí, a mi izquierda, yacía la Pirámide C, parcialmente excavada, un montículo cubierto de cactus de unos doce metros de altura, y más allá observé otros montículos que aún no habían sido investigados por los científicos. A mi derecha había un campo de pelota; en esa arena de planta alargada, en forma de I, se habían desarrollado antiguamente terribles juegos de gladiadores: unos equipos, o a veces dos individuos, luchaban entre sí para apoderarse de una pelota de caucho; los perdedores eran decapitados.

Los ídolos de la plataforma que había a mis espaldas tenían un aire solemne e imponente. Me levanté para examinarlos más de cerca. El escultor los había dotado de unos rostros duros e implacables, una nariz ganchuda y unos ojos hundidos que no transmitían dulzura ni emoción. Lo que más me interesó, sin embargo, no fue tanto su aspecto feroz como los objetos que sostenían en las manos. Los arqueólogos, aun reconociendo que no sabían de qué objetos se trataba, han intentado identificarlos. Esta identificación ha sido aceptada y los expertos afirman que los ídolos sostienen en la mano derecha lo que los

lanzadores de jabalinas denominaban atl-atls, y unas «lanzas o flechas y bolsas de incienso» en la izquierda¹⁸. Al parecer, no importaba que los objetos no guardaran ninguna semejanza con atl-atls, lanzas, flechas o bolsas de incienso.

Las fotografías que hizo Santha Faiia ayudarán al lector a formarse su propia opinión sobre estos curiosos objetos. Mientras los estudiaba, tuve la sensación de que estaban destinados a representar unos artilugios que habían sido fabricados en metal. El objeto que sostienen los ídolos en la mano derecha, que parece asomar a través de una funda o un protector de manos, presenta la forma de un rombo con el borde inferior curvado; el instrumento de la mano izquierda podría ser algún tipo de arma. Recordé unas leyendas que afirmaban que los dioses del antiguo México se habían armado con *xiuhcoatl*, «serpientes de fuego»¹⁹. Al parecer, éstas emitían unos rayos abrasadores que eran capaces de traspasar y despedazar un cuerpo humano²⁰. ¿Eran entonces «serpientes de fuego» lo que sostenían los ídolos de Tula? Pero ¿en qué consistían esas serpientes de fuego?

Sea como fuere, ambos artilugios parecen ser obra de la tecnología, y ambos se asemejaban en cierto modo a los objetos no menos misteriosos que sostenían los ídolos del Kalasasava, en Tiahuanaco.

Santuario de serpientes

Santha y yo habíamos ido a Tula/Tollán porque ésta había estado estrechamente vinculada a Quetzalcóatl y su enemigo acérrimo, Tezcatilpoca, el Espejo Humeante²¹. Eternamente joven, omnipotente, omnipresente y omnisciente, Tezcatilpoca se vinculaba a las leyendas de la noche, de la oscuridad y del jaguar sagrado²². Era «invisible, implacable, se aparecía a veces a los hombres como una sombra danzante, a veces como un terrible monstruo»²³. Representado a menudo como un toro feroz, se dice que era dueño de un misterioso objeto, el espejo humeante, el cual utilizaba para espiar desde lejos las actividades de los hombres y los dioses. Los eruditos suponen lógicamente que dicho espejo estaba hecho de obsidiana: «La obsidiana poseía una cualidad sagrada especial para los mexicanos, puesto que los cuchillos que empleaban los sacerdotes en los sacrificios eran de este material... Bernal Díaz, un cronista español, dice que llamaban a esta piedra tezcacat. También la utilizaban para fabricar los espejos como instrumentos de adivinación de los hechiceros.»²⁴

Según las leyendas, Tezcatilpoca, el cual representaba a las fuerzas tenebrosas y

al mal, sostuvo una pelea con Quetzalcóatl que se prolongó por un inmenso período de tiempo²⁵. En ciertos momentos parecía que ganaba uno, y en otros, su rival. Por fin la lucha cósmica tocó a su fin cuando el bien fue derrotado por el mal y Quetzalcóatl fue obligado a abandonar Tollán²⁶. A partir de entonces, bajo la influencia del diabólico culto de Tezcatilpoca, los sacrificios humanos comenzaron a practicarse de nuevo en Centroamérica.

Tal como hemos visto, se dice que «Quetzalcóatl huyó a la costa y partió en una balsa que estaba confeccionada con serpientes». Según una leyenda: «Quemó sus casas, construidas con plata y conchas, enterró su tesoro y zarpó hacia el mar oriental precedido por sus ayudantes, quienes se habían transformado en aves de brillante colorido.»²⁷

El triste momento de su partida se produjo en un lugar llamado Coatzacoalcos, que significa «santuario de serpientes»²⁸. Allí, antes de partir, Quetzalcóatl prometió a sus seguidores que regresaría un día para derrocar el culto de Tezcatilpoca e instaurar una era en la que los dioses «aceptarían de nuevo sacrificios de flores» y cesarían de exigir sangre humana²⁹.

NOTAS

1. Juan de Torquemada: *Monarquía, indiana*, volumen I, citado en *Fair Gods and Stone Faces*, pp. 37-38.
2. *North America of Antiquity*, p. 268, citado en *Atlantis-, The Antideluvian World*, p. 165.
3. *The Mithology of Mexico and Central America*, p. 161.
4. Véanse Nigel Davis: *The Ancient Kingdoms of Mexico*, Penguin Books, Londres, 1990, p. 152; *The Gods and Symbols of Ancient Mexico and the Maya*, pp. 141-142.
5. *Fair Gods and Stone Faces*, pp. 98-99.
6. *Ibid.*, p. 100.
7. Sylvanus Griswold Morley: *An Introduction to the Study of Maya Hieroglyphs* (introducción por Eric S. Thompson), Dover Publications Inc., Nueva York, 1975, pp. 16-17.
8. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, Paul Hamlyn, Londres, 1989, pp. 437,439.
9. *Ibid.*, p. 437.
10. *Fair Gods and Stone Faces*, p. 62.
11. No sólo se hallan relacionados de forma obvia, sino también específica:

Votan, por ejemplo, era nombrado a menudo como nieto de Quetzalcóatl. Itzamana y Kukulkán eran a veces confundidos por los indios que transmitieron sus leyendas a los cronistas españoles poco después de la conquista. Véase: *Fair Gods and Stone Faces*, p. 100.

12. *Mysteries of the Mexican Pyramids*, p. 347.
13. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p. 439.
14. James Bailey: *The God-Kings and the Titans*, Hodder and Stoughton, Londres, 1972, p. 206.
15. *Fair Gods and Stone Faces*, pp. 37-38.
16. Según Bernardino de Sahagún, un cronista del siglo XVI: «Quetzalcóatl era un gran civilizador que entró en México capitaneando una banda de extranjeros. Importó las artes en el país y fomentó de modo especial la agricultura. En su época, las mazorcas de maíz eran tan grandes que un hombre era incapaz de transportar más de un tallo al mismo tiempo, y el algodón crecía de todos los colores sin tener que ser teñido. Quetzalcóatl construyó casas espaciosas y elegantes, e inculcó a las gentes un tipo de religión que fomentaba la paz.»
17. *The God-Kings and the Titans*, p. 57.
18. *Mexico*, pp. 194-195.
19. *The Gods and Symbols of Ancient Mexico and the Maya*, pp. 185, 188-189.
20. *Ibid.*
21. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p. 437.
22. *The Feathered Serpent and the Cross*, pp. 52-53.
23. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p. 436.
24. *The Magic and the Mysteries of Mexico*, p. 51.
25. *World Mythology*, p. 237.
26. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p-437.
27. *Ibid.*
28. *Fair Gods and Stone Faces*, pp. 139-140.
29. *The Feathered Serpent and the Cross*, pp. 35, 66.

LA TORRE DE BABEL MEXICANA

Desde Tula nos trasladamos hacia el sureste, dejando a un lado la Ciudad de México, por una anárquica serie de autopistas que discurrían paralelas a la capital, cuya contaminación produce escozor de ojos y dificulta la respiración. Nuestra ruta nos llevó por unas montañas que estaban cubiertas de pinos, frente al nevado pico de Popocatepetl, y por unas carreteras que avanzaban bordeadas de árboles entre campos y granjas.

Hacia el atardecer llegamos a Cholula, una pequeña población que cuenta con once mil habitantes y una amplia plaza mayor. Después de doblar hacia el este a través de toscas callejuelas, atravesamos un paso a nivel y nos detuvimos a la sombra de la Tlahchialtépetl, la «montaña creada por el hombre» que habíamos venido a ver.

Este inmenso edificio, antiguamente consagrado al pacífico culto de Quetzalcóatl y ahora coronado por una barroca iglesia católica, se cuenta entre los proyectos más descomunales y ambiciosos que fueron acometidos en el mundo antiguo. Con un área basal de dieciocho hectáreas y una altura de sesenta y cinco metros, es cuatro veces más grande que la Gran Pirámide de Egipto¹. Aunque su contorno había quedado desdibujado por el paso del tiempo y sus costados estaban cubiertos de matojos, aún era posible reconocer que en otros tiempos había constituido un imponente zigurat que se elevaba hacia el cielo en cuatro «escalones» de ángulos limpios. Con una longitud de casi medio kilómetro a lo largo de cada lado de su base, había conseguido preservar una belleza digna aunque mancillada.

El pasado, aunque a menudo se muestre seco y polvoriento, rara vez es mudo. A veces se expresa incluso con pasión. Este lugar hablaba con elocuencia de la degradación física y psicológica a la que habían sido sometidos muchos pueblos nativos de México cuando Hernán Cortés, el conquistador español, «decapitó una cultura con la indiferencia con que un paseante arranca la cabeza de un girasol»². En Cholula, un gran centro de peregrinaje que contaba con una población de unos

cien mil habitantes en los tiempos de la conquista, esta decapitación de las antiguas tradiciones y costumbres exigía infligir una grave humillación a la montaña de Quetzalcóatl creada por el hombre. La solución era destruir y profanar el templo que antiguamente se erguía en la cima del zigurat y sustituirlo por una iglesia.

Cortés y sus hombres eran pocos, en tanto que los cholulos constituían una población numerosa. Cuando marcharon sobre la ciudad, sin embargo, los españoles disponían de una importante ventaja: pálidos de tez y luciendo pobladas barbas, ataviados con sus relucientes armaduras, parecían la viva encarnación de una profecía. ¿Acaso no se les había prometido que Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, regresaría un día «a través del mar oriental» con su banda de acólitos?³

De esta forma, los nativos e ingenuos cholulos permitieron a los conquistadores ascender los escalones del zigurat y penetrar en el gran patio del templo. Allí fueron recibidos por unas jóvenes vestidas con ropas de alegres colores que bailaban, cantaban y tocaban diversos instrumentos, mientras unos sirvientes iban de un lado a otro portando bandejas repletas de pan y carnes delicadamente cocinadas.

Uno de los cronistas españoles, testigo de los acontecimientos que ocurrieron a continuación, relató que las gentes de la ciudad de todos los estratos sociales, en actitud reverente ante los extranjeros, «no armados, sonriendo de gozo, se agolparon alrededor de los hombres blancos para oír el mensaje que éstos les traían». Al comprender, por esta increíble recepción, que los cholulos no sospechaban de sus intenciones, los españoles cerraron y custodiaron todas las entradas, desenvainaron sus armas de acero y asesinaron a sus anfitriones⁴. Seis mil personas murieron en esta salvaje matanza⁵, cuya ferocidad fue comparable al más sangriento de los rituales aztecas: «Los cholulos cayeron en una trampa. Salieron a recibir a los españoles desprovistos de flechas y escudos y fueron vilmente asesinados.»⁶

No deja de ser curioso, sin embargo, que los conquistadores, tanto en Perú como en México, se beneficiaran de las leyendas locales que profetizaban el regreso de un dios de tez pálida y barbudo. Si ese dios era un humano divinizado, como todo parece indicar, debió de ser una persona que pertenecía a una civilización superior, y un personaje ejemplar, o más probablemente dos individuos con unos antecedentes similares: uno en México, que representó el modelo de Quetzalcóatl; el otro en Perú, que vino a representar el modelo de Viracocha. El parecido

superficial que guardaban los españoles con esos extranjeros de tez pálida les abrió unas puertas que, de otro modo, habrían permanecido cerradas. Sin embargo, a diferencia de sus sabios y benevolentes predecesores, Pizarro en los Andes y Cortés en Centroamérica se comportaron como depredadores: arrasaron las tierras y los pueblos y las culturas que habían conquistado, destruyéndolo casi todo...

Lágrimas por el pasado

Con los ojos nublados por la ignorancia, el fanatismo y la codicia, a su llegada a México, los españoles destruyeron un valioso patrimonio de la humanidad, y privaron así a las futuras generaciones de importantes datos y pormenores referentes a las brillantes y extraordinarias civilizaciones que habían prosperado en Centroamérica.

¿Cuál es, por ejemplo, la verdadera historia del refulgente ídolo que descansa en un santuario sagrado en la capital mixteca de Achiotlán? Conocemos la existencia de ese singular objeto por los escritos de un testigo del siglo XVI, el padre Burgos:

El material era de un valor maravilloso, pues se trataba de una esmeralda del tamaño de un grueso grano de pimienta [capsicum], en la cual aparecía tallado un pájaro con gran maestría, y, con idéntica maestría, una pequeña serpiente enrollada y dispuesta a atacar. La piedra era tan transparente que brillaba desde su interior con el fulgor de la llama de una vela. Era una gema muy rara, y no existía tradición alguna referente al origen de su veneración y adoración⁷.

¿Qué datos nos aportaría esta extraordinaria gema si fuera posible examinarla hoy en día? Nunca lo sabremos, porque fray Benito, el primer misionero de Achiotlán, arrebató la piedra a los indios: «Mandó que la trituraran, aunque un español le ofreció tres mil ducados por ella, diluyó el polvo en agua, lo derramó sobre la tierra y lo pisoteó...»⁸

No menos típica que el lamentable despilfarro de la riqueza intelectual oculta en el pasado mexicano fue la suerte que corrieron dos de los regalos que Montezuma, el emperador azteca, ofreció a Cortés. Se trataba de unos calendarios circulares, grandes como ruedas de carretas, uno de plata maciza y el otro de oro

puro. En ambos aparecían grabados unos hermosos jeroglíficos que, sin duda, contenían un material de gran interés. Cortés hizo que los fundieran y convirtieran en lingotes⁹.

En toda Centroamérica, vastos depósitos de conocimientos acumulados desde épocas remotas fueron sistemáticamente amontonados y quemados por frailes que se dejaron llevar por su fanatismo. En julio de 1562, en la plaza mayor de Mani (al sur de la moderna Mérida, en el estado de Yucatán), fray Diego de Landa quemó miles de códices mayas, pinturas y jeroglíficos que estaban escritos sobre pieles enrolladas de ciervos. Asimismo, destruyó innumerables ídolos y altares, los cuales calificó como «obra del diablo, concebidos por el maligno para engañar a los indios e impedir que éstos abrazaran la fe cristiana...»¹⁰. En otros relatos, Diego de Landa insiste en el mismo tema:

Hallamos gran número de libros [escritos en los caracteres de los indios], pero como no contenían sino supersticiones y falsedades inspiradas por el diablo nos apresuramos a quemarlos, lo cual apenó mucho a los nativos y les causó un profundo dolor¹¹.

No sólo los «nativos» debieron de sentirse apenados, sino todo el mundo, entonces y ahora, pues nos gustaría conocer la verdad sobre el pasado.

Muchos otros «hombres de Dios», algunos incluso de una eficiencia más implacable que la de Diego de Landa, participaron en la satánica misión española de borrar los bancos de datos sobre el pasado de Centroamérica. Entre ellos cabe destacar a Juan de Zumárraga, obispo de México, quien se jactaba de haber destruido veinte mil ídolos y quinientos templos indios. En noviembre de 1530 mandó quemar en la pira a un aristócrata azteca que se había convertido al cristianismo, supuestamente por haber adorado de nuevo al «dios de la lluvia», y después, en la plaza del mercado de Texcoco, encendió una gran hoguera en la que quemó multitud de documentos astronómicos, pinturas, manuscritos y textos inscritos con jeroglíficos que los conquistadores habían arrebatado por la fuerza a los aztecas a lo largo de once años¹². Al tiempo que este irremplazable cúmulo de conocimientos e historia era devorado por las llamas, la humanidad perdió para siempre la oportunidad de eliminar parte de la amnesia colectiva que nubla nuestros conocimientos.

¿Qué nos queda de los documentos escritos de los antiguos pueblos de Centroamérica? La respuesta, gracias a los españoles, arroja la cifra de menos de

veinte códices y pergaminos originales¹³.

Sabemos que muchos de los documentos que los frailes redujeron a cenizas contenían «relatos de épocas remotas»¹⁴. ¿Qué decían esos documentos? ¿Qué secretos encerraban?

Hombres gigantes de estatura deforme

Mientras proseguía la orgía de la quema de libros, algunos españoles empezaron a darse cuenta de que «en México había existido una gran civilización anterior a los aztecas»¹⁵. Paradójicamente, uno de los primeros en darse cuenta fue Diego de Landa. Según parece, éste tuvo una «experiencia análoga a la del camino de Damasco» tras haber llevado a cabo su primer auto de fe en Mani. Más tarde, resuelto a salvar lo que pudiera de los textos antiguos que antes se había empeñado en destruir, se convirtió en un asiduo coleccionista de tradiciones e historias orales de los pueblos nativos de Yucatán¹⁶.

Bernardino de Sahagún, un fraile franciscano, era un cronista con quien estamos en deuda. Sahagún, que fue un gran lingüista, «buscó a los nativos más sabios y a menudo más ancianos y pidió a cada uno de ellos que pintara un cuadro para describir, a la manera azteca, todo cuanto recordara sobre la historia, religión y leyendas aztecas»¹⁷. De este modo, Sahagún logró acumular una detallada información sobre la antropología, mitología e historia social del antiguo México, que más tarde compiló en una rigurosa obra compuesta por doce volúmenes, la cual fue censurada por las autoridades españolas. Por fortuna, ha sobrevivido, aunque incompleto, un ejemplar de dicha obra.

Diego de Durán, un concienzudo y valeroso coleccionista de tradiciones indígenas, fue otro franciscano que se esforzó en recuperar los relatos y leyendas perdidas del pasado. Visitó Cholula en 1585, una época de rápidos y catastróficos cambios. Allí se entrevistó con un venerable anciano de la población, de quien se decía que tenía más de cien años, el cual le relató la siguiente historia sobre la construcción del gran zigurat:

En el principio, antes de que fuera creada la luz del sol, este lugar, Cholula, permanecía en la oscuridad; el terreno era completamente liso, sin una colina ni elevación, estaba circundado por agua y no existía árbol ni ser vivo alguno.

Inmediatamente después de que la luz del sol despuntara por el este, aparecieron unos hombres gigantescos de estatura deforme que se apoderaron de esta tierra. Enamorados de la luz y la belleza del sol, decidieron construir una torre tan alta que su cima rozara el cielo. Tras reunir los materiales pertinentes, hallaron betún y una arcilla de propiedades muy adherentes y se apresuraron a emprender su tarea... En cuanto hubieron construido la torre que alcanzaba el firmamento, el Señor, enfurecido, preguntó a los habitantes del cielo: «¿Habéis observado que los seres de la Tierra, enamorados de la luz del sol, han erigido una torre tan descomunal que llega hasta aquí? Id y maldecidlos, pues no es justo que los seres mortales de la Tierra se mezclen con nosotros.» Al instante, los habitantes del cielo se lanzaron como relámpagos y destruyeron el edificio y separaron a los constructores y los dispersaron por toda la Tierra¹⁸.

Fue esta historia, tan parecida al relato bíblico de la Torre de Babel (que a su vez es casi idéntico a una tradición mesopotámica mucho más antigua), lo que me llevó hasta Cholula.

Es evidente que las historias de Centroamérica y Oriente Medio guardaban una estrecha relación. De hecho, las semejanzas eran indudables, pero a la vez existían unas diferencias demasiado significativas para pasarlas por alto. Por supuesto, las semejanzas tal vez se debieran a unos contactos precolombinos, de los que no tenemos constancia, entre las culturas de Oriente Medio y el Nuevo Mundo, pero podemos utilizar una sola teoría para explicar al mismo tiempo las semejanzas y las diferencias. Supongamos que las dos versiones de la leyenda evolucionaran por separado durante varios miles de años, pero que antes de eso ambas arrancaran de un tronco común.

Restos

He aquí los que dice el Génesis sobre «la torre que llegaba hasta el cielo»:

Toda la Tierra tenía un solo lenguaje y unas mismas palabras. Pero los hombres, cuando se desplazaron desde oriente, encontraron una llanura en la tierra de Sinar y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: ¡Ea! Vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos al fuego. Y el ladrillo les sirvió de piedra y el betún de argamasa. Dijeron después: Vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue hasta el cielo, y hagámonos un nombre famoso, para no ser dispersados sobre la faz de toda la Tierra. Bajó Yahvéh a ver la ciudad y la torre que estaban construyendo los hijos de los hombres, y dijo

Yahvéh: He aquí que todos ellos forman un solo pueblo y hablan un solo lenguaje; si éste es el comienzo de su empresa, ya nada los detendrá de cuanto han decidido hacer. ¡Ea! Bajemos y confundamos allí su habla, de modo que unos no comprendan el lenguaje de los otros. Y de allí los dispersó Yahvéh por toda la faz de la Tierra, y cesaron de: edificar la ciudad. Por esto se la llamó Babel, porque allí confundió Yahvéh el habla de toda la Tierra, y de allí los dispersó por la superficie de toda la Tierra¹⁹.

El versículo que encuentro más interesante es el que indica de forma clara que los antiguos constructores de la Torre de Babel se habían propuesto crear un monumento que perdurara eternamente en honor a ellos mismos para no ser olvidados jamás, aunque su civilización y su lengua cayeran en el olvido. ¿Era posible que esas mismas consideraciones fueran aplicables a Cholula? Según los arqueólogos, sólo un puñado de monumentos en México poseen una antigüedad de más de dos mil años, y Cholula es uno de ellos. De hecho, nadie puede afirmar con certeza en qué remota época comenzaron a erigirse sus muros. Da la impresión de que durante miles de años antes de que se iniciara el desarrollo y ampliación del yacimiento, hacia el 300 a. C., otra estructura, más antigua, hubiera ocupado el lugar sobre el que en la actualidad se alza el gran zigurat de Quetzalcóatl.

Existe un precedente que refuerza la interesante posibilidad de que en Centroamérica existieran los restos de una antiquísima civilización que aguardaran a ser reconocidos. Al sur del campus de la Universidad de Ciudad de México, cerca de la carretera principal que comunica la capital con Cuernavaca, se alza una pirámide circular escalonada de gran complejidad (con cuatro galerías y una escalinata central). En la segunda década de este siglo fue parcialmente excavada y debajo se halló un manto de lava. Se invitó a un grupo de geólogos a que examinaran minuciosamente el lugar y contribuyeran a datar la lava y, para sorpresa de todos, éstos llegaron a la conclusión de que la erupción volcánica que había sepultado tres costados de la pirámide (y había cubierto unos ciento cincuenta y cinco kilómetros cuadrados de terreno circundante) debió de producirse como mínimo hacía siete mil años²⁰.

Los historiadores y arqueólogos parecen haber hecho caso omiso de esta evidencia geológica, pues no creen que en aquellas fechas existiera en México una civilización capaz de construir una pirámide. Cabe resaltar, sin embargo, que

Byron Cummings, el arqueólogo norteamericano que realizó la primera excavación del yacimiento por encargo de la National Geographical Society, quedó convencido, debido a las capas de estratificación claramente demarcadas que halló encima y debajo de la pirámide (las cuales se habían depositado antes y después de la erupción volcánica), de que se trataba «del templo más antiguo y desconocido del continente americano». Cummings fue más lejos que los geólogos y afirmó de modo categórico que el templo «cayó en ruinas hace unos ocho mil quinientos años»²¹.

Pirámides sobre pirámides

Al entrar en la pirámide de Cholula, en efecto se tiene la sensación de penetrar en una montaña que hubiera sido creada por el hombre. Los túneles (los cuales se extendían a lo largo de más de diez kilómetros) no eran viejos: habían sido construidos por el equipo de arqueólogos que había excavado diligentemente este lugar entre 1931 y 1966, fecha en que se agotaron los fondos. De algún modo, estos estrechos pasillos de techo bajo poseían la misma atmósfera de antigüedad que la vasta estructura que se erguía a su alrededor. Húmedos y frescos, ofrecían una oscuridad atrayente y misteriosa.

Siguiendo el haz de luz de las linternas, nos adentramos más en el interior de la pirámide. Las excavaciones arqueológicas habían revelado que ésta no era otra de una dinastía (como en el caso de las pirámides de Gizeh, en Egipto), sino que su construcción se había prolongado durante un período como mínimo de dos mil años, según cálculos de los expertos. Dicho de otro modo, se trataba de un proyecto colectivo, creado por una fuerza laboral intergeneracional que comprendía diversas culturas —olmeca, tehotihuacana, tolteca, zapoteca, mixteca, cholula y azteca—, las cuales habían pasado por Cholula desde los albores de la civilización en México²².

Aunque se ignora quiénes habían sido los primeros constructores, en la medida de lo posible ha logrado establecerse que el principal edificio del yacimiento consistía en una elevada pirámide cónica, cuya forma se asemeja a la de un cubo boca arriba, con una plataforma superior lisa sobre la que se había alzado un templo. Sobre este primer montículo se levantó mucho más tarde una segunda estructura, es decir, un segundo cubo de arcilla invertido, y se colocaron unas piedras compactas directamente sobre las primeras, elevando así la plataforma del templo a más de sesenta metros sobre la planicie circundante. A partir de ahí,

durante aproximadamente mil quinientos años, otras cuatro o cinco culturas contribuyeron a dar al monumento su aspecto definitivo al ampliar su base en diversas etapas, aunque sin aumentar su altura máxima. De esta forma, casi como si se llevara a cabo un plan maestro, la montaña creada por el hombre de Cholula fue adquiriendo su rasgo característico: la forma de un zigurat que poseía cuatro niveles. Hoy en día, sus lados miden en la base casi cuatrocientos cincuenta metros de longitud —aproximadamente el doble que los lados de la Gran Pirámide de Gizeh y se calcula que su volumen total asciende a tres millones de metros cúbicos²³. Esto la convierte, según afirma sucintamente un experto, en «el mayor edificio que se ha erigido en la Tierra»²⁴.

Pero ¿por qué?

¿Para qué edificar un monumento de estas descomunales proporciones?

¿Qué pretendían conseguir con ello los pueblos de Centroamérica?

Al recorrer el laberinto de túneles y pasadizos, mientras aspiraba el aire fresco y húmedo experimenté con inquietud la presión que la pirámide ejercía sobre mí, su gran peso y masa.

Era el mayor edificio del mundo y había sido ubicado aquí en honor de una divinidad centroamericana desconocida para la mayoría de la gente.

Podemos dar las gracias a los conquistadores y a la Iglesia católica por habernos dejado sumidos en la ignorancia durante mucho tiempo respecto a la verdadera historia de Quetzalcóatl y sus seguidores. La demolición y profanación de su antiguo templo en Cholula, la destrucción de ídolos, altares y calendarios, y las grandes hogueras alimentadas con códices, pinturas y pergaminos que contenían valiosos jeroglíficos habían conseguido silenciar casi por completo las voces del pasado. Sin embargo las leyendas nos han ofrecido una imagen gráfica y poderosa: el recuerdo de «hombres gigantes de estatura deforme» que, según se dice, fueron los auténticos constructores del monumento.

NOTAS

1. Cifras extraídas de Fair Gods and Stone Faces, p. 56.

2. Ibid., p. 12.
3. Ibid., pp. 3-4.
4. *Mysteries of the Mexican Pyramids*, p. 6.
5. *Mexico*, p. 224.
6. Relato contemporáneo, que aparece citado en *Mysteries of the Mexican Pyramids*, p. 6.
7. *The Magic and Mysteries of Mexico*, p. 7.
8. Ibid.
9. *Mysteries of the Mexican Pyramids*, p. 7.
10. *Yucatan before and after the Conquest*, p. 9. Véase también: *Mysteries of the Mexican Pyramids*, p. 20.
11. *Yucatan before and after the Conquest*, p. 104.
12. *Mysteries of the Mexican Pyramids*, p. 21.
13. *iw Gods and Stone Faces*, p. 34.
14. Ibid.
15. *Mysteries of the Mexican Pyramids*, p. 23.
16. *Yucatan before and after the Conquest*.
17. *Mysteries of the Mexican Pyramids*, p. 24.
18. Diego de Durán: «*Historia antiqua de la Nueva España*», (1585), en Ignatius Donnelly: *Atlantis: The Antediluvian World*, p. 200.
19. Génesis, 11:1-9.
20. Descrito en *Maps of the Ancient Sea Kings*, p. 199. Véanse también: *The God-Kings and the Titans*, p. 54, y *Mysteries of the Mexican Pyramids*, p. 207.
21. Byron S. Cummings: «*Cuicuilco and the Archaic Culture of Mexico*», *University of Arizona Bulletin*, volumen IV: 8, 15 de noviembre de 1933.
22. *Mexico*, p. 223. Véase también, Kurt Mendelssohn: *The Riddle of the Pyramids*, Thames & Hudson, Londres, 1986, p. 190.
23. *The Riddle of the Pyramids*, p. 190.
24. Ibid.

SANTUARIO DE SERPIENTES

Desde Cholula nos dirigimos hacia el este, a través de las prósperas poblaciones de Puebla, Orizaba y Córdoba, hacia Veracruz y el Golfo de México. Atravesamos las cimas envueltas en la bruma de la Sierra Madre Oriental, donde el aire era límpido y frío, y descendimos hacia el nivel del mar hasta llegar a unas llanuras tropicales que estaban cubiertas de frondosas plantaciones de palmeras y plátanos. Nos dirigíamos al corazón de la civilización más antigua y misteriosa de México: la de los olmecas, cuyo nombre significa «gentes de caucho».

Los olmecas, una civilización que se remonta al segundo milenio antes de nuestra era, habían dejado de existir antes del desarrollo del imperio azteca. No obstante, los aztecas conservaron sus tradiciones de caza y les impusieron el nombre de olmecas por la zona productora de caucho de la costa del Golfo de México donde se cree que éstos vivieron¹. Dicha zona se halla ubicada entre la moderna Veracruz, al oeste, y la Ciudad del Carmen, en el este. En ella los aztecas hallaron numerosos objetos rituales que procedían de los olmecas y, por motivos que se desconocen, los recogieron y les adjudicaron un lugar de honor en sus propios templos².

Al examinar mi mapa, vi la línea azul del río Coatzacoalcos que penetra en el Golfo de México más o menos en el centro del legendario territorio de los olmecas. En la actualidad, en esa zona, donde antiguamente proliferaban los árboles del caucho, existe una importante industria petrolífera que ha transformado un paraíso tropical en algo semejante al círculo inferior del infierno de Dante. Desde el auge del petróleo en 1973, la ciudad de Coatzacoalcos, antaño una población tranquila y agradable pero no muy próspera, se había transformado en un centro de transporte y refinado con hoteles que estaban dotados de aire acondicionado y una población de medio millón de habitantes. Yacía junto al corazón negro de un gran erial industrial en el que prácticamente todo lo que ofrecía algún interés arqueológico y había escapado a la acción depredadora de los españoles en la época de la conquista había sido destruido por la voraz expansión de la industria petrolífera. Por tanto, ya no era posible, basándonos en la evidencia, confirmar o negar las interesantes sugerencias que apuntan las leyendas: que algo de gran importancia había ocurrido antiguamente aquí.

Recordé que Coatzacoalcos significaba «santuario de serpientes». Fue aquí, en la remota Antigüedad, que Quetzalcóatl y sus acompañantes desembarcaron a su llegada a México tras surcar el mar en unas embarcaciones «cuyos costados brillaban como las escamas de las serpientes»³. Y fue también en este lugar donde zarpó Quetzalcóatl (a bordo de su balsa confeccionada de serpientes) al abandonar Centroamérica. El Santuario de Serpientes, por lo demás, comenzaba a parecer el nombre del territorio de los olmecas, el cual comprendía además de Coatzacoalcos otros lugares que estaban situados en unas áreas menos afectadas por el desarrollo industrial.

Primero en Tres Zapotes, al oeste de Coatzacoalcos, y luego en San Lorenzo y en La Venta, al sur y al este de aquél, habían sido desenterrados numerosos fragmentos de esculturas típicamente olmecas. Se trataba de unos monolitos que habían sido tallados en basalto y otros materiales de gran resistencia. Algunos mostraban la forma de unas cabezas gigantescas que pesaban hasta treinta toneladas; otros eran unas inmensas estelas en las que aparecían grabadas unas escenas del encuentro entre dos razas de la humanidad, ninguna de las cuales era indio-americana. Quienquiera que hubiera creado estas extraordinarias obras de arte pertenecía sin duda a una civilización refinada, bien organizada, próspera y tecnológicamente avanzada. El problema residía en que no quedaba nada en absoluto, salvo las obras de arte, de lo que pudiera deducirse algún dato sobre la personalidad y los orígenes de esta civilización. Lo único que parecía claro era que «los olmecas» (los arqueólogos han aceptado la designación impuesta por los aztecas) habían aparecido en Centroamérica hacia el 1500 a. C., con una cultura sofisticada y plenamente desarrollada.

Santiago Tuxtla

Pernoctamos en el puerto pesquero de Alvarado y a la mañana siguiente proseguimos nuestro viaje hacia el este. La carretera que tomamos serpenteaba entre unas fértiles colinas y valles, ofreciéndonos de vez en cuando una vista del Golfo de México antes de doblar hacia el interior. Atravesamos unos prados que estaban llenos de árboles de flores rojas y brillantes y pequeñas aldeas que yacían en frondosas hondonadas. Vimos unos jardines particulares en los que unos cerdos husmeaban entre montones de basura. Luego ascendimos hasta la cima de una colina y contemplamos un gigantesco panorama de campos y bosques enmarcados por la bruma matutina y la vaga silueta de las montañas que se alzaban a lo lejos.

Al cabo de varios kilómetros llegamos a una hondonada, en el fondo de la cual yacía la vieja ciudad colonial de Santiago Tuxtla. Era un lugar pintoresco y lleno de colorido: fachadas y tejados rojos, sombreros de paja amarillos, cocoteros, plátanos, niños vestidos con ropas de brillantes colores. En algunos comercios y cafés sonaba música a través de unos altavoces. En el Zócalo, la plaza mayor, la atmósfera estaba impregnada de humedad y el sonido del aleteo y el canto de vistosos pájaros tropicales. Un pequeño parque lleno de árboles y plantas ocupaba el centro de la plaza, y en el centro del parque, como un talismán mágico, se alzaba una inmensa piedra de color gris, de casi tres metros de altura, que aparecía tallada en forma de una cabeza africana cubierta con un casco. La cabeza, de labios gruesos y nariz prominente, con los ojos cerrados en actitud serena y el maxilar apoyado firmemente en el suelo, mostraba un aire sombrío y paciente.

Nos encontrábamos ante el primer misterio de los olmecas: una monumental escultura, de más de dos mil años de antigüedad, que representaba a un sujeto de rasgos indudablemente negroides. Como sabemos, hace dos mil años no existían africanos negros en el Nuevo Mundo, pues las gentes de esa raza no llegaron hasta que se inició el comercio de esclavos, mucho después de la conquista. No obstante, existen pruebas paleontológicas que indican que una de las numerosas y diversas migraciones hacia las Américas que se produjeron durante el último período glacial la habían protagonizado gentes de raza negroide. Esta migración se produjo hacia el 15000 a. C...⁴

Conocida como la cabeza «Cobata» por la hacienda en la que fue hallada, el inmenso monolito del Zócalo constituye la mayor de otras dieciséis esculturas olmecas que han sido desenterradas hasta la fecha en México. Según los expertos, fue tallada poco antes de la era cristiana y pesa más de treinta toneladas.

Tres Zapotes

Desde Santiago Tuxtla nos dirigimos a lo largo de veinticinco kilómetros hacia el suroeste, a través de un paisaje agreste y exuberante, hasta llegar a Tres Zapotes, un importante centro olmeca que se cree que prosperó entre el 500 a.C y el 100 d.C.

Reducido en la actualidad a una serie de montículos que aparecen diseminados por los campos de maíz, este yacimiento había sido ampliamente excavado en 1939-1940 por el arqueólogo norteamericano Matthew Stirling.

Recordé que los historiadores más dogmáticos en materia de ese período habían sostenido de forma insistente que la civilización maya era la más antigua de Centroamérica. Su convencimiento se basaba, según decían, en que el sistema del

calendario maya de barra y punto (que había sido recientemente descifrado) permitía la datación precisa de enormes cantidades de inscripciones ceremoniales. La fecha más antigua hallada en un yacimiento maya correspondía al año 228 de nuestra era del calendario cristiano⁵. Por tanto la comunidad académica se llevó una gran sorpresa cuando Stirling descubrió en Tres Zapotes una estela que ostentaba una fecha más antigua. Escrita según el código de barra y punto que utilizaban los mayas, ésta correspondía al 3 de septiembre del 32 a. C.⁶

Lo más sorprendente no era el hecho de que Tres Zapotes no fuera un yacimiento maya, sino que éste fuera por entero, en exclusiva y de modo inconfundible olmeca. Ello indicaba que fueron los olmecas, no los mayas, quienes inventaron el calendario, y que fueron aquéllos y no éstos los que debían ser reconocidos como «la madre de la cultura» de Centroamérica. Pese a cierta oposición por parte de unos grupos de fervientes seguidores de los mayas, la verdad que la pala de Stirling había desenterrado en Tres Zapotes acabó por imponerse. Los olmecas eran mucho más antiguos que los mayas; constituían un pueblo inteligente, en extremo civilizado y tecnológicamente avanzado, que según las pruebas arqueológicas había inventado el sistema de calendario de barra y punto, comenzando con la enigmática fecha de 13 de agosto del 3114 a. C., para acabar estableciendo el fin del mundo en el año 2012 de nuestra era.

Junto a la estela del calendario en Tres Zapotes, Stirling desenterró también una cabeza gigantesca. Me senté frente a esta cabeza para examinarla con detenimiento. Datada en torno al 100 a. C.⁷, medía aproximadamente dos metros de altura, cinco metros y medio de circunferencia y pesaba más de diez toneladas. Al igual que la cabeza que fue descubierta en Santiago Tuxtla, sin duda pertenecía a un africano que lucía un casco sujeto con unas largas tiras en la barbilla. Los lóbulos de las orejas estaban traspasados por unos aretes; los pronunciados rasgos negroides aparecían ceñudos, con dos profundas arrugas junto a la nariz, y la tensión del rostro se proyectaba hacia delante, sobre los gruesos labios que aparecían curvados hacia abajo. Los ojos, abiertos y de mirada alerta, eran rasgados y fríos. Debajo del curioso casco, mostraba una frente abultada y unas enmarañadas cejas que le daban una expresión de enojo.

Asombrado ante ese hallazgo, Stirling escribió el siguiente informe:

La cabeza era simplemente una cabeza, tallada en un gigantesco bloque de basalto, y descansaba sobre un pedestal que consistía en unas toscas losas de

piedra... Una vez retirada la tierra que la cubría, se ofrecía ante la vista un espectáculo impresionante. Pese a su gran tamaño, el trabajo era delicado y preciso, las proporciones perfectas. De unas cualidades únicas entre las esculturas americanas aborígenes, resulta extraordinaria debido a su tratamiento realista. Los rasgos son marcados y típicamente negroides...⁸

Poco después, el arqueólogo americano hizo un segundo y asombroso hallazgo en Tres Zapotes: unos juguetes infantiles que consistían en unos perritos dotados de ruedas⁹. Estos sugerentes artefactos venían a desmentir la opinión de la comunidad arqueológica, que sostenía que la rueda no se descubrió en Centroamérica hasta los tiempos de la conquista.

Los «perrosmóviles» demostraban, como mínimo, que el principio de la rueda era conocido por los olmecas, la civilización centroamericana más antigua. Y si un pueblo tan inteligente como el de los olmecas había descubierto el principio de la rueda, no parece muy probable que la utilizaran sólo en la construcción de juguetes infantiles.

NOTAS

1. The Gods and Symbols of Ancient México and the Maya, p. 126.
2. Aztecs: Reign of Blood and Splendour, p. 50.
3. Fair Gods and Stone Faces, pp. 139-140.
4. *Ibíd.*, p. 125.
5. México, p. 637. Véase también: The Ancient Kingdoms of México, p. 24.
6. *Ibíd.*
7. México, p. 638.
8. Matthew W. Stirling: «Discovering the New World's Oldest Dated Work of Man», National Geographic Magazine, volumen 76, agosto de 1939, pp. 183-218 *pássim*.
9. Matthew W. Stirling: «Great Stones Faces of the Mexican Jungle», National Geographic Magazine, volumen 78, septiembre de 1940, pp. 314, 310.

EL ENIGMA DE LOS OLMECAS

Después de Tres Zapotes nos dirigimos a San Lorenzo, un enclave arqueológico olmeca que está situado al suroeste de Coatzacoalcos, en el corazón del «santuario de serpientes» al que hacen referencia las leyendas de Quetzalcóatl. Fue en San Lorenzo donde los arqueólogos dataron mediante el sistema de carbono el yacimiento olmeca más antiguo (hacia el 1500 a. C.)¹. No obstante, la cultura olmeca parecía haber evolucionado plenamente por esa época y no existía evidencia de que dicha evolución se hubiera producido en las inmediaciones de San Lorenzo².

Esto entrañaba un misterio.

Los olmecas, a fin de cuentas, habían construido una importante civilización que había llevado a cabo unas portentosas obras de ingeniería, y habían desarrollado la habilidad de tallar y manipular pesados bloques de piedra (varias de las inmensas cabezas monolíticas, las cuales pesan más de veinte toneladas, habían sido transportadas por tierra a lo largo de cien kilómetros después de ser desenterradas en las montañas de Tula)³. Por tanto, si no había sido en San Lorenzo, ¿dónde habían obtenido los olmecas sus conocimientos tecnológicos? ¿Dónde habían puesto a prueba, desarrollado y perfeccionado su sofisticada organización?

Curiosamente, pese a los denodados esfuerzos de los arqueólogos, en ningún lugar de México (ni del Nuevo Mundo) se había hallado el menor indicio de algo capaz de ser descrito como «la fase de desarrollo» de la sociedad olmeca. Este pueblo, cuya característica forma de expresión artística consistía en la talla de inmensas cabezas de sujetos negroides, parecía haber surgido de la nada⁴.

San Lorenzo

Llegamos a San Lorenzo hacia el atardecer. Aquí, en los albores de la historia de Centroamérica, los olmecas habían alzado un montículo artificial de más de treinta metros de altura que formaba parte de una descomunal estructura de aproximadamente mil doscientos metros de longitud y seiscientos metros de

anchura. Ascendimos por el montículo dominante, que estaba cubierto de frondosa vegetación tropical, y desde la cima contemplamos el vasto paisaje que lo rodeaba. Distinguimos otros montículos de menor tamaño y varias zanjas que el arqueólogo Michael Colé había excavado al explorar el yacimiento en 1966.

El equipo de Colé hizo varios hallazgos en este lugar, entre los cuales cabe destacar más de veinte embalses artificiales, unidos por un sofisticado sistema de conductos que estaban revestidos de basalto. Parte de este sistema atravesaba un cerro; cuando fue redescubierto todavía manaba agua durante las lluvias torrenciales, tal como venía haciendo desde hacía más de tres mil años. El canal principal de drenaje se extendía de este a oeste, y de él partían tres canales subsidiarios que estaban unidos por unas juntas de avanzado diseño⁵. Después de examinar minuciosamente el yacimiento, los arqueólogos reconocieron su incapacidad para comprender el propósito de ese elaborado sistema de embalses y canales⁶.

Del mismo modo, tampoco fueron capaces de ofrecer una explicación a otro enigma: unas sepulturas que se hallaban dispuestas a lo largo de unas alineaciones especiales, donde habían sido enterradas cinco esculturas inmensas que mostraban unos rasgos negroides, las cuales habían sido identificadas como «cabezas olmecas». En otras sepulturas, en apariencia de carácter ritual, se habían hallado más de sesenta objetos y artefactos de gran valor, incluidos unos hermosos instrumentos de jade y unas estatuillas exquisitamente talladas. Algunas de esas estatuillas habían sido sistemáticamente mutiladas antes de enterrarlas.

La forma en que las esculturas de San Lorenzo habían sido enterradas hacía muy difícil fijar su edad con precisión, aunque se hallaron unos fragmentos de carbón en los mismos estratos en que se habían enterrado dichos objetos. A diferencia de las esculturas, los pedazos de carbón pudieron ser datados y ofrecieron unas lecturas en torno al 1200 a. C.⁷ Esto, sin embargo, no significaba que las esculturas fueran talladas en el 1200 a. C., aunque era posible. Pero también cabía que se hubieran originado en un período cientos o miles de años más antiguo. No era imposible que esas gigantescas obras de arte, con su intrínseca belleza e indefinible y misterioso poder, fueran preservadas y veneradas por muchas otras culturas antes de ser enterradas en San Lorenzo. El carbón asociado

con ellas sólo demostraba que las esculturas databan como mínimo del 1200 a. C., sin establecer ningún límite superior sobre su antigüedad.

La Venta

Partimos de San Lorenzo al anochecer y nos dirigimos hacia la ciudad de Villahermosa, que se hallaba más de ciento cincuenta kilómetros al este, en el estado de Tabasco. Para llegar a ella tomamos la carretera principal, que discurre desde Acayucán hasta Villahermosa, y dejamos atrás el puerto de Coatzacoalcos, que está situado en una zona plagada de refinerías petrolíferas, gigantescas torres metálicas y puentes colgantes ultramodernos. La diferencia entre la apacible zona rural donde se halla ubicada San Lorenzo y el paisaje industrial que rodea Coatzacoalcos era más que notable. La única razón de que todavía fuera posible contemplar las ruinas del yacimiento olmeca en San Lorenzo se debía a que aún no se había descubierto petróleo en aquel lugar.

En cambio, para desespero de los arqueólogos, sí se había descubierto petróleo en La Venta... Nos estábamos aproximando a La Venta.

Hacia el norte, junto a un camino vecinal que partía de la autovía, esta ciudad petrolífera iluminada por luces de neón resplandecía en la oscuridad como si se tratara de la visión de un desastre nuclear. A partir de 1940, La Venta había experimentado un intenso «desarrollo» debido a la industria petrolífera: una pista de aterrizaje atravesaba el lugar donde en otros tiempos se alzaba una singular pirámide, y el humo que desprendían las chimeneas ennegrecía el cielo que los astrólogos olmecas sin duda escrutaban para observar la salida de un astro. Por desgracia, las apisonadoras habían arrasado todo cuanto ofrecía interés antes de que se hubieran realizado unas minuciosas excavaciones, impidiendo así la exploración de muchas estructuras antiguas⁸. Jamás sabremos qué información nos habrían procurado sobre el pueblo que las había construido y utilizado.

Matthew Stirling, que había realizado unas excavaciones en Tres Zapotes, dirigió los trabajos arqueológicos de mayor envergadura en La Venta antes de que el progreso y el dinero del petróleo destruyera el yacimiento. La datación por carbono indicaba que los olmecas se habían afincado aquí entre el 1500 y el 1100 a. C. y habían seguido ocupando este lugar —que consistía en una isla situada entre las marismas al este del río Tonalá— hasta aproximadamente el 400 a. C.⁹ A partir de esta fecha se interrumpieron los trabajos de construcción, todos los edificios existentes fueron demolidos y varias cabezas de piedra de inmensas

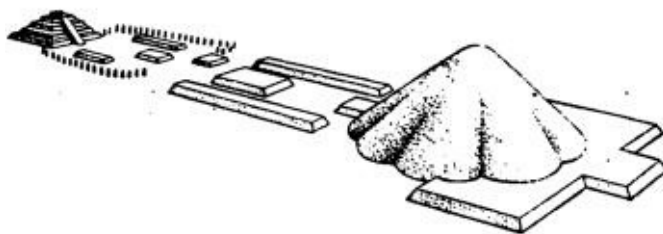
proporciones y otras esculturas de menor tamaño fueron enterradas ceremonialmente en unas curiosas fosas, al igual que había ocurrido en San Lorenzo. Las sepulturas de La Venta habían sido preparadas con gran esmero y aparecían revestidas con miles de diminutas losetas azules y rellenas con numerosas capas de arcilla multicolor¹⁰. En un determinado lugar, habían excavado trescientos metros cúbicos de tierra para construir una fosa de gran profundidad; tras cubrir el suelo de ésta con unos bloques de serpentina, habían vuelto a colocar la tierra. También se hallaron tres pavimentos de mosaico, que estaban enterrados bajo varias capas de arcilla y adobe¹¹.

La pirámide principal de La Venta se alza en el extremo sur del yacimiento. Más o menos circular a nivel del suelo, asume la forma de un cono ondulado y sus lados redondeados consisten en diez salientes verticales que están separados por unas depresiones. La pirámide mide treinta metros de altura, casi sesenta de diámetro y su volumen general se cifra en torno a los seis mil metros cúbicos. Se trata de un monumento realmente impresionante. El resto del yacimiento se extiende a lo largo de casi medio kilómetro sobre un eje que apunta precisamente 80 al noroeste. Centradas sobre este eje, con las demás estructuras situadas en una impecable alineación, hay otras pirámides y plazas más pequeñas, plataformas y montículos, que ocupan un área de más de siete kilómetros cuadrados.

Había algo remoto y extraño en La Venta que transmitía la impresión de que su función original en realidad no había sido comprendida. Los arqueólogos se refieren a ella como un «centro ceremonial», y probablemente eso es lo que era. A fuer de ser sinceros, sin embargo, debemos reconocer que también podía constituir otras cosas. Lo cierto es que no se sabe nada sobre la organización social, las ceremonias y las creencias de los olmecas. Ignoramos qué lengua hablaban o qué tradiciones transmitieron a sus hijos. Ni siquiera sabemos a qué grupo étnico pertenecían. Las condiciones excepcionalmente húmedas del Golfo de México han impedido que sobreviviera un solo esqueleto olmeca¹². En realidad, pese a los nombres que les hemos dado y las opiniones que nos hemos formado sobre ellos, esas gentes constituyen un enigma para nosotros.

Incluso es posible que las misteriosas esculturas que «ellos» nos han legado, y que supuestamente los representan, no fueran obra de los olmecas, sino de un pueblo mucho más antiguo y olvidado. Se me ocurrió por enésima vez que quizás algunas de las gigantescas cabezas y otros extraordinarios artefactos que se

atribuyen a los olmecas fueron transmitidos, a modo de reliquias y quizás a lo largo de muchos milenios, a las culturas que comenzaron a construir los montículos y pirámides en San Lorenzo y La Venta.



Reconstrucción de La Venta. El yacimiento está presidido por una curiosa pirámide en forma de cono ondulado.

En tal caso, ¿de quiénes hablamos al referirnos a los olmecas? ¿A los constructores de los montículos? ¿O a los poderosos e imponentes individuos de rasgos negroides que constituyeron el modelo de las cabezas monolíticas?

Por fortuna, unas cincuenta esculturas monumentales «olmecas», incluidas tres de las cabezas gigantescas, fueron rescatadas de La Venta por Carlos Pellicer Cámara, un poeta e historiador local que intervino de forma decisiva cuando comprobó que los trabajos de perforación que realizaba la compañía petrolífera Pemex ponían en peligro las ruinas. Una vez que consiguió convencer a los políticos de Tabasco (en cuyo estado se halla La Venta), Pellicer logró que los importantes hallazgos se trasladaran a un parque que se hallaba en las afueras de Villahermosa, la capital regional.

Dichos hallazgos constituyen en su totalidad el valioso e irremplazable documento cultural —o, mejor dicho, una biblioteca entera de documentos culturales— que nos ha legado una antiquísima civilización. Sin embargo, nadie es capaz de interpretar el lenguaje de esos documentos.

Deus ex machina

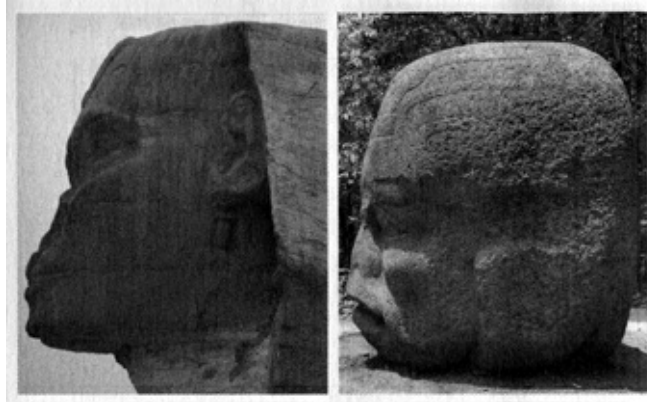
Villahermosa, estado de Tabasco

Me detuve a contemplar un hermoso relieve llamado «hombre dentro de una serpiente» por los arqueólogos que lo habían encontrado en La Venta. Según opinión de los expertos, mostraba a «un olmeca que lucía un tocado y sostenía una bolsa de incienso, envuelto en una serpiente emplumada»¹³.

El relieve estaba tallado en una pieza sólida de granito que medía algo más de un metro de ancho por uno y medio de alto, y mostraba a un hombre sentado que mantenía las piernas extendidas ante él, como si tratara de alcanzar unos pedales.

En la mano derecha sostenía un pequeño objeto que se asemejaba a un cubo, mientras que con la izquierda parecía estar accionando una palanca. El tocado que lucía era una extraña y complicada prenda que se me antojó más funcional que ceremonial, aunque me resultó imposible imaginar cuál sería su función. Sobre ella, o tal vez sobre una consola encima de ella, aparecían dos cruces en forma de X. A continuación me fijé en el otro elemento principal de la escultura, la «serpiente emplumada». En cierto aspecto representaba exactamente eso: una serpiente emplumada, el antiguo símbolo de Quetzalcóatl, a quien los olmecas, por tanto, debían de haber adorado o, cuando menos, reconocido. Los expertos no rechazan esta interpretación¹⁴. En general se acepta que el culto de Quetzalcóatl es inmensamente antiguo, habiéndose originado en tiempos prehistóricos en Centroamérica para recibir más tarde la devoción de muchas culturas durante el período histórico.

La serpiente emplumada de esta escultura, sin embargo, poseía ciertas características que la diferenciaban de otras. Parecía constituir algo más que un símbolo religioso; tenía un carácter rígido y estructurado que la hacía semejante a una pieza de maquinaria.



Arriba, izquierda: Vista de perfil de la cabeza de la Esfinge de Gizeh, en Egipto.

Arriba, derecha: Perfil de una cabeza olmeca que se halla en La Venta, México.

Abajo, izquierda: Vista frontal de la cabeza de la Esfinge. *Abajo, derecha:* Vista

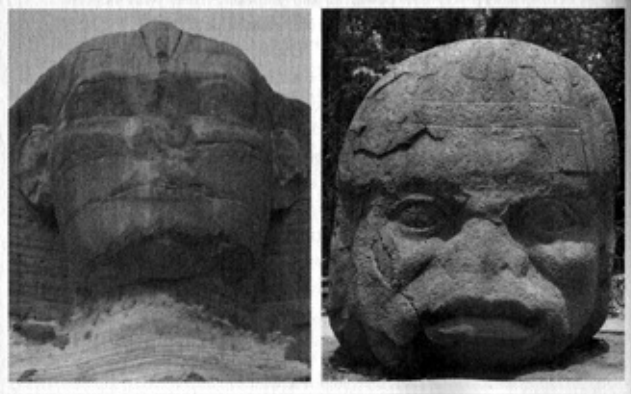
frontal de la cabeza olmeca. Compárese también con la escultura olmeca

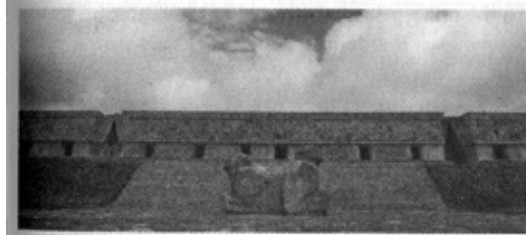
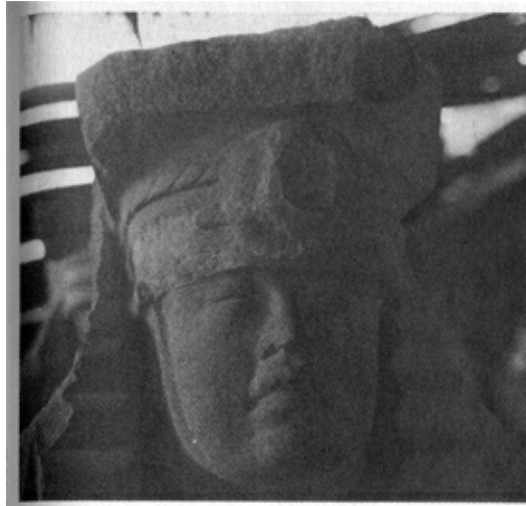
semejante a una esfinge que aparece en la página contigua, arriba a la izquierda,

que se encuentra en San Lorenzo, México. ¿Es posible que muchas de las


similitudes entre las culturas de la Centroamérica precolombina y el Antiguo Egipto brotaran de una «tercera civilización» todavía sin identificar, que influyó

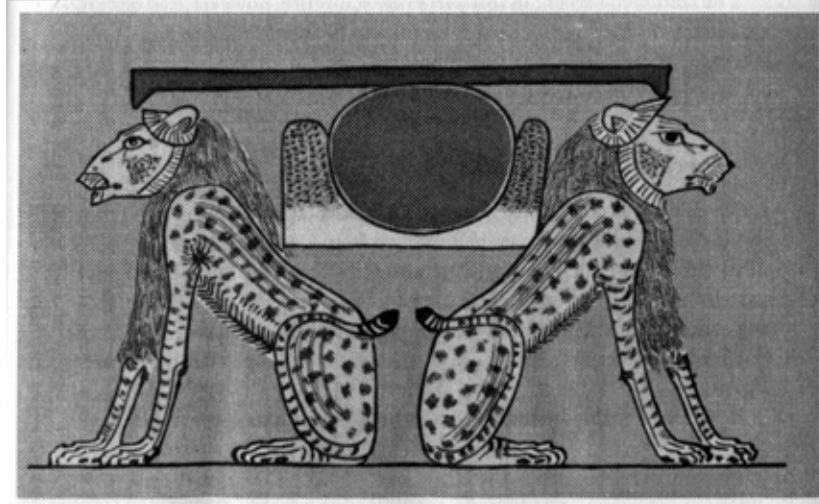
de modo decisivo en dos regiones tan distantes y en época tan remota?





Centro: Estatua de un doble puma en Uxmal, México.

Abajo: El simbolismo del doble león del Antiguo Egipto, mostrando a *Akeru*, dios-león de ayer y hoy (*Akeru* fue representado en jeroglíficos como ) Las religiones de ambas regiones comparten muchas otras imágenes y conceptos. Asimismo, cabe destacar el hecho de que *p'acbi*, la palabra que se emplea en Centroamérica para indicar el «sacrificio humano», significa, literalmente, «abrir la boca», lo cual recuerda el extraño ritual funerario del Antiguo Egipto conocido como «apertura de la boca». Por otra parte, ambas religiones creían que las almas de los reyes muertos renacían en forma de estrellas.



Murmullos de antiguos secretos

Más tarde, aquel mismo día, me refugié en la gigantesca sombra que proyectaba una de las cabezas olmecas que Carlos Pellicer Cámara había rescatado de La Venta. Era la cabeza de un anciano con una nariz aplastada y labios gruesos: la boca entreabierta dejaba ver unos dientes fuertes y cuadrados. La expresión de su rostro sugería una antigua y paciente sabiduría, y los ojos parecían contemplar sin temor la eternidad, como los de la Gran Esfinge de Gi-zeh, en el Bajo Egipto.

Pensé que era prácticamente imposible que un escultor hubiera inventado todas las características que componen un auténtico tipo racial. Por consiguiente, la representación de una combinación auténtica de características raciales indicaba que se había empleado a un modelo humano.

Me paseé un par de veces en torno a la gigantesca cabeza. Medía unos siete metros de circunferencia, pesaba 19,8 toneladas, se alzaba unos dos metros y medio del suelo y estaba tallada en basalto, exhibiendo claramente «una combinación auténtica de características raciales». De hecho, al igual que las otras piezas que había visto en Santiago Tuxtla y en Tres Zapotes, representaba de modo inconfundible a un sujeto de raza negra.

El lector se formará su propia opinión después de examinar las fotografías pertinentes que se incluyen en este libro. Mi opinión es que las cabezas olmecas nos presentan unas imágenes fisiológicamente precisas de unos individuos reales de raza negra, unos africanos carismáticos y poderosos cuya presencia en Centroamérica hace tres mil años aún no ha sido explicada por los expertos. Del mismo modo, tampoco tenemos la certeza de que las cabezas fueran talladas en esa época. La datación por carbono de unos fragmentos de carbón hallados en las mismas fosas sólo indica la edad del carbón. Calcular la verdadera antigüedad de las cabezas es un asunto mucho más complicado.

Mientras reflexionaba sobre esos pormenores continué mi lenta caminata entre los extraños y maravillosos monumentos de La Venta. Éstos murmuraban antiguos secretos... y, por fin, secreto de una leyenda que había cobrado vida. Parecía que los míticos huesos de Quetzalcóatl se hubieran recubierto de carne cuando comprobé que varias esculturas de La Venta mostraban una auténtica semejanza no sólo con los negros, sino con unos hombres altos, de rasgos poco pronunciados y nariz larga, en apariencia caucásicos, que tenían el cabello largo y lacio y unas

pobladas barbas e iban ataviados con largas y vaporosas túnicas...

NOTAS

1. The Prehistory of the Américas, pp. 268-271. Véase también, Jeremy A. Sabloff: The Cities of Ancient México: Reconstructing a Lost World, Thames and Hudson, Londres, 1990, p. 35. Breaking the Maya Code, p. 61.
2. The Prehistory of the Américas, p. 268.
3. Aztecs: Reign of Blood and Splendour, p. 158.
4. The Gods and Symbols of Ancient México and the Maya, p. 15: «Las esculturas en piedra olmecas alcanzaron una notable plasticidad de carácter naturalista; sin embargo, no existen prototipos vivos de las mismas, como si esta poderosa facultad de representar tanto la naturaleza como unos conceptos abstractos fuera un invento de los nativos de esta primitiva civilización.» The Ancient Kingdoms of México, p. 55: «La fase proto-olmeca es un enigma... No se sabe realmente en qué momento, o en qué lugar, la cultura olmeca adquirió su característica forma.»
5. The Ancient Kingdoms of México, p. 36.
6. The Prehistory of the Américas, p. 268.
7. *Ibíd.*, pp. 267-268. The Ancient Kingdoms, p. 55.
8. The Ancient Kingdoms of México, p. 30.
9. *Ibíd.*, p. 31.
10. The Prehistory of the Américas, pp. 268-269.
11. *Ibíd.*, p. 269.
12. The Ancient Kingdoms of México, p. 28.
13. The Cities of Ancient México, p. 37.
14. The Prehistory of the Américas, p. 270.

UNOS CONSPICUOS EXTRAÑOS

Matthew Stirling, el arqueólogo americano que excavó La Venta en la década de 1940, realizó allí numerosos y espectaculares hallazgos. El más espectacular fue la estela del Hombre Barbudo.

El plano del antiguo yacimiento olmeca, como he dicho, estaba dispuesto sobre un eje que señalaba 80 al noroeste. En el extremo sur de este eje se erguía el cono ondulado de la gran pirámide, de treinta metros de altura. Junto a ella, a nivel del suelo, se extendía un bordillo de aproximadamente treinta centímetros de altura que rodeaba un área rectangular del tamaño de una manzana urbana. Cuando los arqueólogos empezaron a desenterrar el bordillo comprobaron, ante su sorpresa, que consistía en las paredes superiores de un muro de columnas. Las excavaciones realizadas a través de unas capas de estratificación intactas que se habían ido acumulado revelaron que las columnas medían tres metros de altura. Había más de seiscientas columnas, dispuestas tan cerca unas de otras que formaban una empalizada casi inexpugnable. Talladas en basalto y transportadas a La Venta desde unas canteras situadas a más de cien kilómetros de distancia, cada columna pesaba aproximadamente dos toneladas.

¿Cuál era el objeto de esa ardua empresa? ¿Qué era lo que protegía esa empalizada?

Antes de que se iniciaran las excavaciones, era visible la punta de una inmensa roca que asomaba a través del suelo en el centro del recinto, la cual era aproximadamente un metro y medio más alta que el «bordillo» y estaba inclinada hacia delante. Aparecía cubierta de figuras grabadas que se extendían hacia abajo, hasta desaparecer debajo de las capas de tierra que cubrían la antigua empalizada hasta una altura de unos dos metros y medio.

Stirling y su equipo trabajaron durante dos días para liberar la inmensa roca. Cuando consiguieron retirar toda la tierra que la cubría, se encontraron ante una imponente estela de más de cuatro metros de altura, dos de anchura y casi un metro de grosor. Los grabados mostraban un encuentro entre dos individuos altos, ambos vestidos con vistosos ropajes y calzados con unos elegantes zapatos de

punta curvada hacia arriba. La erosión o una deliberada mutilación (practicada con frecuencia sobre los monumentos olmecas) había deformado por completo una de las figuras. La otra estaba intacta. Representaba a un varón caucásico de nariz aguileña y larga barba que los arqueólogos bautizaron como «Tío Sam»¹.

Caminé despacio alrededor de la estela de veinte toneladas, recordando que había permanecido sepultada bajo tierra durante más de tres mil años; no había vuelto a ver la luz del día hasta que Stirling emprendió sus excavaciones, hacía aproximadamente medio siglo. ¿Cuál sería su suerte? ¿Permanecería en este lugar durante otros treinta siglos como un símbolo de esplendor que despertaría el asombro y la admiración de las futuras generaciones? ¿O era posible que durante este gran lapso de tiempo cambiaran las circunstancias, de forma que la estela quedara de nuevo sepultada y oculta?

Quizá no ocurriese ni lo uno ni lo otro. Recordé el antiguo sistema de datación centroamericano que inventaron los olmecas. Según ellos, y sus célebres sucesores, los mayas, no quedaba un gran lapso de tiempo, y mucho menos tres milenios. El Quinto Sol tocaba a su fin y se estaba formando un tremendo terremoto que destruiría a la humanidad dos días antes de la Navidad del 2012.

Examiné de nuevo la estela. Había dos cosas que parecían estar claras: la escena del encuentro grabada en ella debía de haber tenido una gran importancia para los olmecas, dadas las inmensas proporciones de la estela y la asombrosa empalizada de columnas que habían erigido para protegerla. Además, como en el caso de las cabezas de negros, era evidente que el rostro del individuo caucásico con barba sólo podía haber sido esculpido a partir de la imagen de un modelo humano. La verosimilitud racial era demasiado perfecta para ser producto de la inventiva de un artista.

Lo mismo era aplicable a las otras dos figuras caucásicas que logré identificar entre los monumentos que habían sobrevivido en La Venta. Una estaba tallada en bajorrelieve sobre una pesada losa de piedra más o menos circular, de un metro de diámetro. Ataviada en una prenda que recordaba a unas ceñidas mallas, presentaba los rasgos de un anglosajón. Lucía una frondosa barba recortada en punta y una curiosa gorra flexible. En su mano izquierda sostenía una bandera, o tal vez un arma. Su mano derecha, que tenía apoyada en el pecho, parecía estar

vacía. Alrededor de su delgada muñeca llevaba una vistosa cinta. La otra figura caucásica, que aparecía esculpida en el costado de una estrecha columna, también exhibía una barba e iba vestida de forma similar.

¿Quiénes eran estos conspicuos extraños? ¿Qué hacían en Centroamérica? ¿Cuándo llegaron aquí? ¿Y qué relación guardaban con los otros extraños que se habían establecido en esta húmeda jungla de caucho, esos que habían actuado como los modelos de las gigantescas cabezas de negros?

Algunos investigadores radicales, que rechazan el dogma referente al aislamiento del Nuevo Mundo con anterioridad a 1492, propusieron lo que parecía ser una solución viable al problema: los individuos barbudos, de rasgos delicados, tal vez fueran unos fenicios del Mediterráneo que habían navegado a través de las Columnas de Hércules y el océano Atlántico en el segundo milenio antes de nuestra era. Los defensores de esta tesis sugerían que los negros que aparecen en estos yacimientos eran unos «esclavos» de los fenicios, que éstos habían recogido en la costa de África occidental antes de emprender la travesía transatlántica².

Cuanto más pensaba en el extraño carácter de las esculturas de La Venta, menos me satisfacía esa tesis. Es probable que los fenicios u otros pueblos del Viejo Mundo hubieran atravesado el Atlántico mucho tiempo antes de Colón. Existen sólidas pruebas que lo confirman, aunque no disponemos de espacio suficiente en este libro para enumerarlas³. El problema era que los fenicios, que habían dejado unos ejemplos inconfundibles de su arte en muchos lugares del mundo antiguo⁴, no lo habían hecho en los yacimientos olmecas de Centroamérica. Ni las cabezas de negros ni los relieves que representan a unos hombres caucásicos con barba mostraban el menor rastro del estilo, arte o carácter fenicio⁵. De hecho, desde un punto de vista estilístico, estas magníficas obras de arte parecían corresponder a una cultura, tradición o raza desconocida, sin antecedentes en el Nuevo ni en el Viejo Mundo.

Parecían no tener raíces... Esto, por supuesto, era imposible, puesto que todas las formas de expresión artística poseen unas raíces.

Una hipotética tercera fuente

Se me ocurrió que tal vez encontrara una posible explicación en una variante de la

tesis del «hipotético tercero» propuesta por varios destacados egiptólogos para explicar uno de los grandes enigmas de la historia y cronología egipcia.

La evidencia arqueológica indica que en lugar de desarrollarse de forma lenta y costosa, como suele suceder en todas las sociedades humanas, la civilización del Antiguo Egipto, al igual que la de los olmecas, apareció de repente y plenamente formada. De hecho, el período de transición de una sociedad primitiva a una sociedad avanzada parece haber sido tan breve que no tiene ningún sentido histórico. Las capacidades tecnológicas que, por lógica, debieron de precisar cientos o miles de años para desarrollarse se aplicaron casi de la noche a la mañana, y sin que al parecer existiera antecedente alguno.

Por ejemplo, los restos arqueológicos del período predinástico hacia el 3500 a. C. no contienen ningún rastro de escrituras. Poco después de esa fecha, de repente e inexplicablemente, los jeroglíficos que hemos contemplado en tantas ruinas del Antiguo Egipto comenzaron a aparecer en un estado completo y perfecto. Lejos de constituir meras ilustraciones de objetos o acciones, este lenguaje escrito era desde el principio en extremo complejo y estructurado, dotado de unos signos que representaban sólo sonidos y de un detallado sistema de símbolos numéricos. Incluso los jeroglíficos más antiguos poseían un claro estilo convencional; y es evidente que en los albores de la primera dinastía se utilizaba de modo habitual una avanzada escritura cursiva⁶.

Lo más asombroso es que no hay rastro de una evolución desde lo simple a lo sofisticado, al igual que en el caso de las matemáticas, la medicina, la astronomía, la arquitectura y el extraordinariamente rico y complicado sistema religioso-mitológico egipcio (incluso el contenido central de obras tan refinadas como el Libro de los Muertos existía desde el comienzo del período dinástico)⁷.

La mayoría de egiptólogos se niega a tener en cuenta las implicaciones de la primitiva sofisticación de Egipto, unas implicaciones, según varios pensadores más audaces, que son en extremo interesantes. John Anthony West, un experto en el primer período dinástico, formula la siguiente pregunta:

¿Cómo es posible que una compleja civilización brote de repente y plenamente formada? Observen un automóvil de 1905 y compárenlo con un coche moderno. Existe un evidente proceso de «desarrollo». Sin embargo, en

Egipto no es así. Todo se halla presente desde el comienzo.

La respuesta al misterio es obvia, pero puesto que repele al pensamiento moderno imperante, no es tenida en cuenta. La civilización egipcia no fue un «desarrollo», sino un legado⁸.

West ha constituido durante muchos años una espina clavada en la carne del establishment egiptológico. Sin embargo, otros personajes menos destacados han confesado también su perplejidad ante el carácter repentino de la aparición de la civilización egipcia. Walter Emery, el difunto egiptólogo de la Universidad de Londres, resumió así el problema:

En un período de aproximadamente tres mil cuatrocientos años antes de Cristo, se produjo un gran cambio en Egipto, y el país pasó rápidamente de un estado de cultura neolítica, con un complejo carácter tribal, a un estado de monarquía bien organizada... Al mismo tiempo que aparece el arte de la escritura, la arquitectura monumental y la artesanía se desarrollan en un grado extraordinario, y toda la evidencia señala la existencia de una fastuosa civilización. Todo ello se alcanzó dentro de un lapso relativamente breve, pues parecen existir escasos o nulos antecedentes de estos desarrollos fundamentales en la escritura y la arquitectura⁹.

Una explicación podría ser simplemente que Egipto recibió su repentino y decisivo auge cultural de otra civilización conocida del mundo antiguo. Probablemente se trate de Sumer, junto al bajo Éufrates, en Mesopotamia. Pese a numerosas diferencias básicas, las similitudes en las técnicas de construcción y estilos arquitectónicos¹⁰ sugieren un vínculo entre ambas regiones. Pero ninguna de esas semejanzas es lo bastante fuerte para demostrar que la relación pudo haber sido causal, influyendo una sociedad directamente en la otra. Antes bien, según apunta el profesor Emery:

La impresión que tenemos es de una relación indirecta, y acaso la existencia de una tercera civilización, cuya influencia se extendió hasta el Éufrates y hasta el Nilo... Los expertos modernos tienden a pasar por alto la posibilidad de una inmigración de ambas regiones de una zona hipotética y todavía sin descubrir. No obstante, la tesis de una tercera fuente cuyos logros culturales fueron transmitidos independientemente a Egipto y a Mesopotamia explicaría de modo satisfactorio las características comunes y las diferencias fundamentales que existen entre ambas civilizaciones¹¹.

Entre otras cosas, esta teoría arroja luz sobre el misterioso hecho de que los egipcios y los sumerios de Mesopotamia venerasen unas divinidades lunares prácticamente idénticas, las cuales se contaban entre las más antiguas en sus respectivos panteones. (Thoth en el caso de los egipcios, Sin en el caso de los sumerios.)¹² Según el eminente egiptólogo sir E. A. Wallis Budge: «La semejanza entre ambos dioses es demasiado acusada para ser fortuita... Sería un error afirmar que los egipcios lo tomaron prestado de los sumerios o los sumerios de los egipcios, pero puede decirse que los literatos de ambos pueblos tomaron prestados sus sistemas teológicos de una tercera fuente común pero extremadamente antigua.»¹³

La cuestión, por tanto, es la siguiente: ¿Cuál era esa «fuente común pero extremadamente antigua», esa «zona hipotética y todavía sin descubrir», esa «avanzada civilización» a la que tanto Budge como Emery se refieren? Y si dejó un legado de una cultura superior en Egipto y Mesopotamia, ¿por qué no habría de hacerlo en Centroamérica?

No basta aducir que la civilización arrancó en México en una fecha mucho más tardía que en Oriente Medio. Es posible que el impulso inicial se hubiera dejado sentir al mismo tiempo en ambos lugares, pero el resultado fuera por completo distinto.

Sobre este escenario, los civilizadores habrían tenido un gran éxito tanto en Egipto como en Sumer, creando en ambos lugares unas culturas duraderas y extraordinarias. En México, por otra parte (como, al parecer, también en Perú), sufrieron serios contratiempos, partiendo seguramente con buen pie cuando fueron creadas las gigantescas cabezas de piedra y relieves de individuos barbudos, pero iniciando luego un rápido y marcado declive. La luz de la civilización no llegó a extinguirse, pero es posible que la situación no mejorara hasta aproximadamente el 1500 a. C., el denominado «horizonte olmeca». Para entonces, las grandes esculturas habrían envejecido con el paso del tiempo, convertidas en unas reliquias antiguas de inmenso poder espiritual, sus olvidados orígenes envueltos en mitos de gigantes y civilizadores barbudos.

En tal caso, es posible que al contemplar los rostros de una de las cabezas de negros o las delicadas facciones caucásicas del «Tío Sam» estemos contemplando los rostros de un pasado mucho más remoto de lo que habíamos imaginado. No es imposible que esas grandes obras de arte preserven las imágenes de unos pueblos

pertenecientes a una civilización desaparecida que comprendía varios grupos étnicos.

Ésta, básicamente, es la teoría de «la hipotética tercera fuente» aplicada a Centroamérica: la civilización del Antiguo México no emergió sin una influencia externa, ni tampoco lo hizo como resultado de la influencia del Viejo Mundo; ciertas culturas del Viejo Mundo y del Nuevo Mundo pudieron haber recibido un legado de influencia e ideas de una tercera fuente en una fecha extremadamente remota.

De Villahermosa a Oaxaca

Antes de abandonar Villahermosa, visité el CICOM, el Centro de Investigación de las Culturas Olmeca y Maya. Deseaba preguntar a los expertos de dicho centro si existían otros importantes yacimientos olmecas en aquella región. Ante mi sorpresa, me aconsejaron que explorara otras regiones. En Monte Albán, estado de Oaxaca, a cientos de kilómetros hacia el suroeste, unos arqueólogos habían descubierto unos artefactos de inspiración olmeca y varios relieves que se creía representaban a los propios olmecas.

Santha y yo habíamos pensado conducir directamente desde Villahermosa hasta la península de Yucatán, situada al nordeste. El viaje a Monte Albán suponía desviarnos de nuestra ruta, pero decidimos ir allí, confiando en hallar algo que arrojara más luz sobre los olmecas. Por otra parte, prometía ser un itinerario espectacular, a través de inmensas montañas hasta el corazón del valle oculto donde yace Oaxaca.

Nos dirigimos hacia el oeste, pasando frente al yacimiento de La Venta y también frente a Coatzacoalcos, Sa-yula y Loma Bonita; después tomamos un desvío que nos llevó a la población de Tuxtepec. Poco a poco fuimos dejando atrás un paisaje deteriorado y ennegrecido por la industria petrolífera, atravesamos largas y ondulantes colinas que aparecían tapizadas de hierba y pasamos entre fértiles campos cubiertos de cosechas.

En Tuxtepec, donde comienzan las sierras, doblamos hacia el sur y enfilamos la nacional 175, que conduce a Oaxaca. Sobre el mapa parecía la mitad de distancia

que habíamos recorrido desde Villahermosa. La carretera, sin embargo, resultó ser muy accidentada y puso a prueba nuestros nervios y mis músculos, pues consistía en una interminable serie de curvas estrechas, cerradas y escarpadas, que ascendía hacia las nubes como una escalera que condujera al cielo. Observamos numerosos y diversos tipos de vegetación alpina, cada uno de los cuales correspondía a un determinado ambiente climatológico, hasta que llegamos a un lugar donde florecían unas plantas gigantescas, como los trífidos de John Wyndham, creando un paisaje surrealista y extraordinario. Tardamos doce horas en recorrer en coche los setecientos kilómetros que separaban Villahermosa de Oaxaca. Cuando llegamos, tenía las manos llagadas debido a la presión que había ejercido sobre el volante para dominarlo e impedir que el coche derrapara en las curvas. Tenía la vista nublada y no cesaba de pensar en los vertiginosos barrancos que habíamos bordeado en la nacional 175, en las montañas, donde crecen los trífidos.

La ciudad de Oaxaca es célebre por sus champiñones mágicos, la marihuana y D. H. Lawrence, quien escribió y situó parte de su novela *La serpiente emplumada* aquí, en la década de 1920. El lugar tiene todavía un aire bohemio y hasta altas horas de la madrugada reina una gran animación en los bares y cafés, las estrechas calles adoquinadas, los viejos edificios y las amplias plazas.

Santha y yo ocupamos una habitación que daba a uno de los tres patios abiertos del hotel Las Golondrinas. El lecho era confortable. El cielo estaba tachonado de estrellas. Sin embargo, pese al cansancio, no logré conciliar el sueño. Lo que me impedía dormir era aquella obsesiva idea de los civilizadores... los dioses barbudos y sus acompañantes. En México, al igual que en Perú, parecían haber fracasado. Eso era lo que insinuaban las leyendas, y no sólo las leyendas, según comprobé cuando llegamos a la mañana siguiente a Monte Albán.

NOTAS

1. *Fair Gods and Stone Faces*, p. 144.
2. *Ibíd.*, pp. 141-142.
3. *Fair Gods and Stone Faces*, *pássim*. Véase también: Cyrus H. Gordon: *Before Columbus: Links Between the Old World and Ancient America*, Crown Publishers Inc., Nueva York, 1971.
4. Véanse, por ejemplo; a) María Eugenia Aubet: *The Phoenicians and the West*, Cambridge University Press, 1993; b) Gerhard Herm: *The Phoenicians*, BCA,

Londres, 1975; c) Sabatino Moscati: *The World of the Phoenicians*, Cardinal, Londres, 1973.

5. Este dato puede confirmarse en cualquiera de las obras que se citan en la nota 4.
6. W. B. Emery: *Archaic Egypt*, Penguin Books, Londres, 1987, p. 192.
7. *Ibíd.*, p. 38. Véase también: *The Egyptian Book of the Dead* (traduc., E. A. Wallis Budge), British Museum, 1895, Introducción, pp. XII, XIII.
8. John Anthony West: *Serpent in the Sky*, Harper and Row, Nueva York, 1979, p. 13.
9. *Archaic Egypt*, p. 38.
10. *Ibíd.*, pp. 175-191.
11. *Ibíd.*, pp. 31,177.
12. *Ibíd.*, p. 126.
13. E. A. Wallis Budge: *From Fetish to God in Ancient Egypt*, Oxford University Press, 1934, p. 155.

AVENTURAS EN EL MÁS ALLÁ: VIAJE A LAS ESTRELLAS

La teoría de la «hipotética tercera fuente» explica las similitudes y diferencias fundamentales entre el Antiguo Egipto y la Antigua Mesopotamia aduciendo que ambas recibieron un legado de civilización común de un remoto antepasado. No se han hecho sugerencias serias respecto al emplazamiento de esta civilización ancestral, su naturaleza y cuándo prosperó. Al igual que un agujero negro en el espacio, es invisible. No obstante, su presencia puede deducirse de su influencia sobre cosas que sí se ven, en este caso las civilizaciones de Sumer y Egipto.

¿Es posible que ese misterioso antepasado, esa fuente invisible de influencia, hubiera dejado también su impronta en México? En tal caso, sería lógico hallar ciertos paralelismos culturales entre las antiguas civilizaciones mexicanas y las de Sumer y Egipto. También sería lógico descubrir inmensas diferencias atribuibles al prolongado período de evolución divergente que separó a esas áreas en tiempos históricos. Lógicamente, sin embargo, las diferencias entre Sumer y Egipto, serían menores que entre las culturas de Oriente Medio y las de la lejana Centroamérica, las cuales sostuvieron como mucho unas relaciones superficiales y esporádicas con anterioridad al «descubrimiento» del Nuevo Mundo por Colón, en 1492.

Devoradores de muertos, monstruos terrenales reyes estelares, enanos y demás parentela

Por alguna curiosa razón que no ha sido explicada el Antiguo Egipto sentía una especial afición y reverencia hacia los enanos¹, al igual que los pueblos civilizados de la antigua Centroamérica, incluidos los olmecas². En ambos casos se creía que los enanos guardaban una relación directa con los dioses³, y en ambos casos solían tratarse de bailarines y como tales se representaban en las obras de arte⁴.

Durante el primer período dinástico de Egipto, hace más de cuatro mil quinientos años, los sacerdotes de Heliópolis sentían especial veneración por un conjunto de nueve divinidades⁵. Asimismo, en Centroamérica, tanto los aztecas como los

mayas creían en un poderoso sistema de nueve divinidades⁶.

El Popol Vuh, el libro sagrado de los antiguos mayas quiché de México y Guatemala, contiene varios párrafos que indican de forma clara una creencia en el «renacer estelar», la reencarnación de las estrellas muertas.

Después de ser asesinados, por ejemplo, los héroes gemelos, Hunahpu y Xbalanque, «se alzaron en medio de la luz, y ascendieron al instante a los cielos... A continuación el arco del cielo y la faz de la Tierra se iluminaron. Y ambos habitaron en el cielo»⁷. Al mismo tiempo ascendieron los cuatrocientos compañeros de los gemelos que también habían sido asesinados, «y se convirtieron de nuevo en compañeros de Hunahpu y Xbalanque, y se transformaron en unas estrellas que brillaban en el cielo»⁸.

La mayoría de las tradiciones del dios-rey Quetzalcóatl, como hemos visto, se centran en sus logros y enseñanzas como civilizador. Sus seguidores en el antiguo México, sin embargo, creían también que su manifestación humana había experimentado la muerte y que después había renacido bajo la forma de una estrella⁹.

Por tanto, no deja de ser curioso descubrir que en Egipto, durante la era de las pirámides, hace más de cuatro mil años, la religión estatal giraba en torno a la creencia de que el faraón, al morir, renacía como una estrella¹⁰. Recitaban sortilegios rituales, cuyo propósito era facilitar la rápida reencarnación del monarca en el cielo: «Oh, rey, eres la Gran Estrella, el Compañero de Orion, el que surca los cielos con Orion... asciendes desde el este del cielo, renaciendo en el momento oportuno, rejuveneciéndote en el momento oportuno...»¹¹ Hemos tropezado con la constelación de Orion anteriormente, en las llanuras de Nazca, y volveremos a tropezamos con ella...

Entre tanto, examinemos el Libro de los Muertos del Antiguo Egipto. Algunas partes del mismo son tan antiguas como la propia civilización egipcia y sirven como una especie de Baedeker para la transmigración del alma.

En él se enseña al difunto cómo superar los peligros del más allá, permitiéndole

asumir la forma de varias criaturas míticas, y se le procura el santo y seña para penetrar en los diversos estadios, o niveles, del más allá¹².

¿Es una coincidencia que los pueblos de la antigua Centroamérica conservaran una visión paralela de los peligros del más allá? Aquellas gentes estaban convencidas de que el más allá consistía en nueve estratos a través de los cuales el difunto viajaba durante cuatro años, superando los obstáculos y peligros que encontraba a su paso¹³. Los estratos ostentaban nombres tan elocuentes como «el lugar donde las montañas chocan», «el lugar donde se disparan flechas», «la montaña de los cuchillos», etcétera. Tanto en Centroamérica como en el Antiguo Egipto, se creía que el difunto realizaba el viaje a través del más allá a bordo de un barco, acompañado por unos «dioses remeros» que lo conducían de un estadio al otro¹⁴. En la tumba de Doble Cresta, un gobernante del siglo VIII de la ciudad maya de Tikal, se encontró una representación de esta escena¹⁵. Unas imágenes similares aparecen en el Valle de los Reyes, en el Alto Egipto, concretamente en la tumba de Tutmo-sis III, un faraón de la decimoctava dinastía¹⁶. ¿Es una coincidencia que los pasajeros del barco del difunto faraón y la canoa en la que Doble Cresta emprende su último viaje incluyan un perro o una divinidad con cabeza de perro, un ave o una divinidad con cabeza de ave, y un mono o una divinidad con cabeza de mono?¹⁷

El séptimo estrato del más allá en el antiguo México recibía el nombre de *Teocoyolcualloya*, «lugar donde unas bestias devoran corazones»¹⁸.

¿Es una coincidencia que uno de los estadios del más allá en el antiguo México, la Sala de Juicios, conformara una serie casi idéntica de símbolos? En este momento crucial el corazón del difunto era contrapesado con una pluma. Si el corazón estaba lleno de pecado, el peso hacía inclinar el platillo de la balanza. El dios Thoth anotaba el resultado en su paleta y el corazón era devorado al instante por una temible bestia, mezcla de cocodrilo, hipopótamo y león, que recibía el nombre de «la Devoradora de Muertos»¹⁹.

Por último, regresemos de nuevo al Egipto de la era de las pirámides y al privilegiado estatus de faraón, el cual permitía a éste soslayar los obstáculos y peligros del más allá y renacer en forma de estrella. Los encantamientos rituales formaban parte del proceso. No menos importante era una misteriosa ceremonia

llamada la apertura de la boca, que se realizaba siempre después de la muerte del faraón y que, según los arqueólogos, se remonta a los tiempos predinásticos²⁰. En ella participaban el sumo sacerdote y cuatro ayudantes, que blandían el *peshenkhef*, un instrumento cortante ceremonial. Éste era utilizado para «abrir la boca» del difunto dios-rey, en un acto que juzgaban necesario para garantizar su resurrección en el cielo. Varios relieves e ilustraciones que han sobrevivido al paso del tiempo y muestran esta ceremonia confirman que los sacerdotes asestaban al cadáver momificado un golpe con el *peshenkhef*²¹. Por otra parte, recientemente se han descubierto nuevas pruebas que indican que una de las cámaras que contiene la Gran Pirámide de Gizeh pudo haber constituido el lugar donde se desarrollaba dicha ceremonia²².

Todo esto halla un extraño y distorsionado equivalente en México. Hemos visto allí la frecuencia con que se practicaban sacrificios humanos durante los tiempos anteriores a la conquista. ¿Es una coincidencia el hecho de que el lugar donde se realizaban los sacrificios fuera una pirámide, que la ceremonia fuera oficiada por un sumo sacerdote y cuatro ayudantes, que se utilizara un instrumento cortante, el cuchillo del sacrificio, para asestar un violento golpe al cadáver de la víctima, y que se creyera que el alma de la víctima ascendía directamente al cielo, soslayando los peligros del más allá?²³

A medida que se van multiplicando esas coincidencias, es razonable preguntarnos si no existirá alguna relación, como cuando averiguamos que el término que se empleaba en toda Centroamérica para referirse al «sacrificio» era *p'achi*, que significa «abrir la boca»²⁴.

¿Es posible, por tanto, que la cuestión que se plantea aquí, en unas zonas geográficas que se hallan separadas por miles de kilómetros y pertenecen a distintas épocas históricas, no responda simplemente a una serie de asombrosas coincidencias sino a una vaga y confusa memoria colectiva que se originó en la Antigüedad más remota? No parece que la ceremonia egipcia de abrir la boca influyera de forma directa en la ceremonia mexicana que lleva el mismo nombre (ni a la inversa). Las diferencias fundamentales entre ambos casos excluyen esta posibilidad. Lo que sí parece posible, sin embargo, es que sus similitudes fueran los residuos de un legado que ambas culturas recibieron de un antepasado común. Los pueblos de Centroamérica hicieron una cosa con ese legado y los egipcios otra, pero ambos mantuvieron cierta simbología y una nomenclatura común.

Si bien éste no es el lugar para abundar en el sentido de una antigua y huidiza relación que brota de la evidencia egipcia y centroamericana, antes de proseguir merece la pena destacar que existe una relación similar entre los sistemas de creencias del México precolombino y de Sumer, en Mesopotamia. De nuevo, la evidencia sugiere más bien la existencia de un antepasado común que una influencia directa.

Examinemos, por ejemplo, el caso de Oannes.

Oannes es el término griego que equivale al «Uan» sumerio, el nombre de un ser anfibio que aparece descrito en la parte II de este libro y, según se cree, llevó las artes y los conocimientos de la civilización a Mesopotamia²⁵. Unas leyendas que datan de hace cinco mil años como mínimo afirman que Uan vivió bajo el mar, emergiendo de las aguas del Golfo de México cada mañana para civilizar e instruir a la humanidad²⁶. ¿Es una coincidencia que uaana, en la lengua de los mayas, signifique «aquel que reside en el agua»?²⁷

Examinemos también el caso de Tiamat, la diosa sumeria que surge de los mares y de las fuerzas del caos primitivo, y es representada siempre como un monstruo furioso. Según la tradición mesopotámica, Tiamat se volvió contra otras divinidades y desencadenó un holocausto de destrucción antes de ser destruida por el héroe celestial Marduk:

Tiamat abrió la boca para devorarlo.

Él invocó el viento maléfico para impedir que ella cerrara la boca.

Los terribles vientos llenaron el vientre de Tiamat, oprimiéndole el corazón.

Tiamat mantuvo la boca abierta, él disparó una flecha y le atravesó el vientre.

Le destrozó las entrañas, le rajó el corazón.

Tras dejarla impotente, destruyó su vida.

Luego derribó el cuerpo de Tiamat y se subió sobre él²⁸.

No contento con semejante hazaña, Marduk, al contemplar el monstruoso cadáver de su adversario, «concibió unas obras de arte»²⁹, y en su mente empezó a formarse un inmenso plan de creación del mundo. Lo primero que hizo fue partir el cráneo de Tiamat y extraerle las arterias. Luego dividió su cuerpo en dos «como si se tratara de pescado seco», y utilizó una mitad para techar el cielo y la otra para dotar a la Tierra de una superficie. De los pechos de Tiamat creó las montañas, de su saliva las nubes, e hizo que los ríos Tigris y Éufrates manaran de sus ojos³⁰.

Se trata de una leyenda extraña y violenta, y muy antigua.

Las antiguas civilizaciones de Centroamérica poseen una versión propia de esta historia: aquí Quetzalcóatl, en su encarnación como divinidad creadora, asume el papel de Marduk, mientras que el de Tiamat lo representa Cipactli, el «Gran Monstruo de la Tierra». Quetzalcóatl agarró las extremidades de Cipactli «mientras ésta nadaba en las primitivas aguas del océano, y le partió el cuerpo en dos, utilizando una parte para formar el cielo y la otra para formar la Tierra». Con su cabello y su piel creó la hierba, las flores y las especias; «con sus ojos, fuentes y manantiales, con sus hombros, las montañas»³¹.

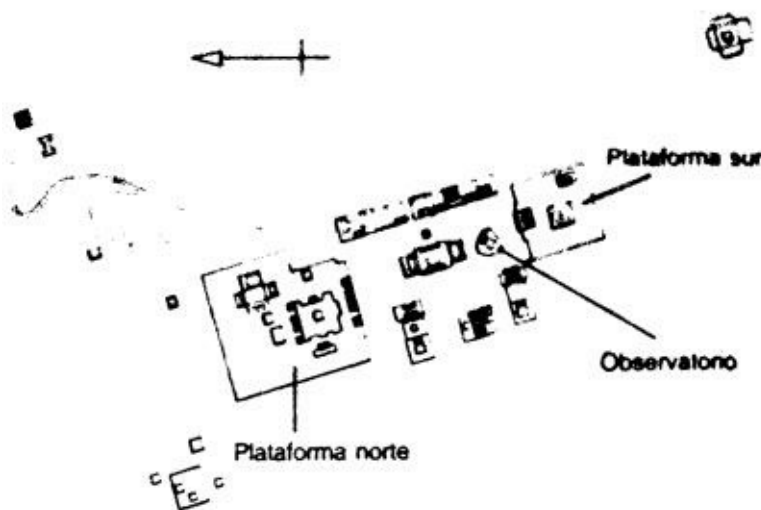
¿Estos paralelismos que se observan entre los mitos sumerio y mexicano son pura coincidencia o vienen ambos marcados por las huellas culturales de una civilización perdida? En tal caso, los rostros de los héroes de esa cultura ancestral pudieron haber sido tallados en piedra y transmitidos como reliquias a lo largo de miles de años, a veces a la vista, otras sepultados, hasta ser desenterrados por última vez por arqueólogos de nuestra era, quienes les impusieron las etiquetas de «cabeza olmeca» y «Tío Sam».

Los rostros de estos héroes aparecen también en Monte Albán, donde nos hablan de una triste historia.

Monte Albán: la caída de unos hombres extraordinarios

Monte Albán, un yacimiento que según los expertos data de hace tres mil años³², está situado en la cima de una gran colina aplanada artificialmente que domina Oaxaca. Consiste en una gigantesca área rectangular, la Gran Plaza, circundada por grupos de pirámides y otros edificios que aparecen dispuestos con una precisión geométrica. La sensación que produce el lugar es de armonía y equilibrio, fruto de un plano perfectamente ordenado y simétrico.

Siguiendo el consejo de los expertos del CICOM, con los cuales había conversado antes de abandonar Villaher mosa, me dirigí en primer lugar al extremo suroeste del yacimiento de Monte Albán. Allí, amontonados junto a una pequeña pirámide, yacían los objetos que había venido a ver: varias docenas de estelas sobre las que aparecían grabadas unas figuras de negros y caucásicos... iguales en vida... iguales en la muerte.



Monte Alban

Si es cierto que había existido una gran civilización que se ha perdido para la historia, y si esas esculturas relataban parte de esa historia, el mensaje que transmitían era de igualdad racial. Nadie que haya contemplado el orgullo o haya sentido el carisma de las grandes cabezas de negros de La Venta se atreverá a imaginar que los individuos que sirvieron de modelos a esas magistrales esculturas fueran unos esclavos; tampoco los hombres de rostro enjuto, con barba, tienen aspecto de haberse sometido a nadie, pues muestran un grave aire aristocrático.

No obstante, en Monte Albán parecía estar tallado en piedra un relato sobre la caída de estos extraordinarios individuos. Aunque no daba la impresión de ser obra de las mismas gentes que crearon las esculturas de La Venta, pues el nivel del trabajo era muy inferior, no cabía duda de que los artistas en cuestión habían intentado describir los mismos individuos negroides y los mismos tipos

caucásicos con perilla que yo había visto en La Venta- Pero si las esculturas de La Venta reflejaban fuerza, poder y vitalidad, aquí, en Monte Albán, los asombrosos extraños eran unos cadáveres. Todos estaban desnudos, la mayoría castrados, algunos yacían en posición fetal, como para evitar una lluvia de golpes, y otros aparecían en posturas desgarradas.

Los arqueólogos afirman que las esculturas muestran «los cadáveres de unos prisioneros capturados en una batalla»³³.
¿Quiénes eran esos prisioneros? ¿De dónde provenían?

El lugar de los hechos era Centroamérica, el Nuevo Mundo, miles de años antes de la llegada de Colón. Así pues, ¿no resulta extraño que entre estas imágenes de víctimas de una batalla no haya un sólo nativo americano, sino única y exclusivamente unos tipos raciales correspondientes al Viejo Mundo?

Por algún motivo, a los académicos más ortodoxos no les chocó este dato, aunque, según sus cálculos, las esculturas eran muy antiguas (aproximadamente de entre el 1000 y el 600 a. C.)³⁴. En otros yacimientos, este margen de tiempo se había deducido de unas pruebas realizadas sobre material orgánico, y no sobre las mismas figuras talladas, que estaban esculpidas en unas estelas de granito y por tanto resultaban difíciles de datar con objetividad.

El legado

En Monte Albán se hallaron unos complicados jeroglíficos que todavía no han sido descifrados³⁵, en su mayoría grabados en las mismas estelas que las toscas figuras negras y caucásicas.

Los expertos coinciden en que se trata de «las escrituras más antiguas descubiertas en México»³⁶. También es evidente que las gentes que vivieron aquí eran unos consumados constructores que tenían un profundo interés por la astronomía. Un observatorio, que consiste en una extraña figura con forma de cabeza de lanza, yace a un ángulo de 45° con respecto al eje principal (situado deliberadamente a varios grados del norte-sur)³⁷. Al penetrar en este observatorio, comprobé que se trataba de una madriguera compuesta por pequeños y estrechos túneles y empinadas escaleras interiores, desde la cual se contemplaban distintas regiones del cielo³⁸.

Las gentes de Monte Alban. al igual que las de Tres Zapotes, dejaron prueba de sus conocimientos en materia de matemáticas en forma de unos cálculos que se hallaban en el sistema de barra y punto³⁹. Asimismo, utilizaban el extraordinario calendario⁴⁰, introducido por los olmecas y asociado después a los mayas⁴¹, que establecía el fin del mundo en el 23 de diciembre del 2012 de nuestra era.

Si el calendario y la preocupación por el tiempo formaban parte del legado de una antigua civilización perdida, los mayas debían de ser considerados los más fieles e inspirados herederos de este legado. El tiempo, según apuntó el arqueólogo Eric Thompson en 1950, «constituía el supremo misterio de la religión maya, un tema que preocupaba a los mayas hasta extremos sin precedentes en la historia de la humanidad»⁴².

A medida que proseguía mi viaje a través de Centroamérica, me sentía cada vez más atraído por los laberintos de ese extraño y sugerente enigma.

NOTAS

1. Véase, por ejemplo: *The Encyclopaedia of Ancient Egypt*, pp. 69-70; también, Jean-Pierre Hallet: *Pygmy Kitabu*, BCA, Londres, 1974, pp. 84-106.
2. *The Gods and Symbol of Ancient México and the Maya*, p. 81
3. *Ibíd.*, *The Encyclopaedia of Ancient Egypt*, pp. 69-70, y *Pygmy Kitabu*, pp. 84-106.
4. *Ibíd.*
5. *The Encyclopaedia of Ancient Egypt*, p. 85.
6. *The Mythology of México and Central America*, p. 148.
7. *Popol Vuh: The Sacred Book of the Ancient Quiche Maya*, (versión inglesa por Delia Goetz y Sylvanus G. Morley a partir de la traducción de Adrián Recinos), University of Oklahoma Press, 1991, p. 163.
8. *Ibíd.*, 164.
9. *Ibíd.*, p. 181; *The Mythology of México and Central America*, p. 147.
10. *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, (traduc., R. O. Faulkner), Oxford University Press, 1996. Numerosas frases hacen referencia directa al renacimiento estelar del rey, por ejemplo, en las páginas 248, 264, 265, 268 y 570 («soy una estrella que ilumina el cielo», etcétera).

11. *Ibíd.*, Utt. 466, p. 155.
12. *The Ancient Egyptian Book of the Dead*, (traduc., R. O. Faulkner), British Museum Publications, 1989.
13. *Pre-Hispanic Gods of México*, p. 37.
14. *The Gods and Symbols of Ancient México and the Maya*, pp. 128-129.
15. Reproducido en *National Geographic Magazine*, volumen 176, número 4, Washington D.C., octubre de 1989, p. 468: «Doble Cresta es transportado al más allá en una canoa que tripulan los gemelos remeros, unos dioses que aparecen con frecuencia en la mitología maya. Otras figuras —una iguana, un mono, un loro y un perro— acompañan al difunto gobernante.» En la parte V del presente libro averiguaremos más datos sobre el significado mitológico de los perros.
16. Los detalles aparecen reproducidos en John Romer: *Valley of the Kings*, Michael O'Mara Books Limited, Londres, 1988, p. 167, y en J. A. West: *The Traveller's Key to Ancient Egypt*, Harrap Columbus, Londres, 1989, pp. 282-297.
17. En el caso del Antiguo Egipto el perro representa a Upuaut, «el que abre el camino», el ave (un halcón) a Horus, y el mono a Thoth. Véanse: *The Traveller's Key to Ancient Egypt*, p. 284, y *The Ancient Egyptian Book of the Dead*, pp. 116-130. Para la antigua Centroamérica, véase nota 15.
18. *Pre-Hispanic Gods of México*, p. 40.
19. *The Egyptian Book of the Dead* (traduc., E. A. Wallis Budge), Arkana, Londres y Nueva York, 1986, p. 21.
20. Véase, por ejemplo: R. T. Rundle-Clark: *Myth and Symbol in Ancient Egypt*, Thames & Hudson, Londres, 1991, p. 29.
21. Henri Frankfort: *Kingship and the Gods*, University of Chicago Press, 1978, p. 134; *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, Utts, 20,21.
22. Robert Bauval y Adrián Gilbert: *The Orion Mystery* Wm. Heinemann, Londres, 1994, pp. 208-210,270.
23. *The Gods and Symbols of Ancient México and the Maya* pp. 40,177.
24. *Maya History and Religión*, p. 175.
25. Stephanie Dalley: *Myths from Mesopotamia*, Oxford University Press, 1990, p. 326; Jeremy Black y Anthony Green: *Gods, Demons and Symbols of Ancient Mesopotamia*, British Museum Press, 1992, pp. 163-164.
26. *Gods, Demons and Symbols of Ancient Mesopotamia*, p. 41.
27. *Mysteries of the Mexican Pyramids*, p. 169; *The God-Kings and the Titans*, p. 234.

28. New Larousse Encyclopaedia of Mythology, pp. 53-54.
29. *Ibíd.*, p. 54.
30. *Ibíd.*, Véase también: Gods, Demons and Symbols of Ancient Mesopotamia, p. 177.
31. Pre-Hispanic Gods of México, p. 59; Inga Glendinnen: Aztecs, Cambridge University Press, 1991, p. 177. Véase también: The Gods and Symbols of Ancient México and the Maya, p. 144.
32. México, p. 669.
33. The Cities of Ancient México, p. 53.
34. The Ancient Kingdoms of México, p. 53; México, p. 671.
35. The Ancient Kingdoms of México, pp. 53-54; The Cities of Ancient México, p. 50.
36. The Ancient Kingdoms of México, p. 54.
37. México, pp. 669-671.
38. Para más detalles, véase: The Gods and Symbols of Ancient México and the Maya, p. 17: «Estos edificios probablemente confirman los extensos conocimientos de carácter popular sobre las estrellas.»
39. The Ancient Kingdoms of México, p. 53.
40. Mysteries of the Mexican Pyramids, p. 350.
41. The Ancient Kingdoms of México, pp. 44-45.
42. J. Eric Thompson: Maya Hieroglyphic Writing, Carnegie Institution, Washington D.C., 1950, p. 155.

HIJOS DE LOS PRIMEROS HOMBRES

Palenque, estado de Chiapas

Empezaba a caer la tarde. Yo estaba sentado en el ángulo nordeste del templo de las Inscripciones maya, y contemplaba la oscura selva que daba paso al terreno aluvial de Usumacinta.

El templo consistía en tres cámaras y reposaba sobre una pirámide que se componía de nueve terrazas de casi treinta metros de altura. Las líneas depuradas y armoniosas de esta estructura le conferían un aire delicado, pero no frágil. Daba la impresión de ser fuerte y resistente, bien implantado en la tierra, una obra de pura geometría e imaginación. Al volverme hacia la derecha distinguí el palacio, un edificio rectangular de grandes proporciones que se alzaba sobre una base piramidal y estaba presidido por una estrecha torre de cuatro pisos, que según los expertos era utilizada como observatorio por los sacerdotes mayas.

A mi alrededor, observados por unos loros y guacamayos de brillante plumaje que se hallaban sobre las ramas de los árboles, otros edificios no menos espectaculares yacían medio sepultados por la selva que los circundaba. Éstos eran el templo de la Cruz Exfoliada, el templo del Sol, el templo del Conde y el templo del León, cuyos nombres les habían sido impuestos por los arqueólogos. Buena parte de lo que la cultura maya representaba, amaba, creía y recordaba de tiempos pretéritos se había perdido para siempre.



Aunque ya hacía tiempo que habíamos aprendido a leer sus fechas, no hacía mucho que habíamos empezado a descifrar sus complicados jeroglíficos.

Me levanté, subí los últimos escalones y penetré en la cámara central del templo. Adosadas al muro posterior había dos grandes losas grises sobre las que aparecían inscritas, en unas ordenadas hileras como piezas sobre un ajedrez, seiscientos veinte jeroglíficos separados mayas que asumían la forma de rostros, monstruosos y humanos, junto con un temible bestiario de criaturas míticas.

¿Qué era lo que decía allí? Nadie lo sabía con certeza porque las inscripciones, una suerte de ilustraciones que combinaban palabras y símbolos fonéticos, aún no se habían descifrado por completo. No obstante, era evidente que muchos de aquellos jeroglíficos se referían a épocas que databan de miles de años atrás, y a pueblos y dioses que habían desempeñado un importante papel en acontecimientos prehistóricos¹.

La tumba de Pacal

A la izquierda de los jeroglíficos había una empinada escalera interior que arrancaba desde el suelo del templo y conducía a un aposento oculto en las entrañas de la pirámide, donde se encontraba la tumba de Pacal. La escalera, formada por unos relucientes bloques de piedra caliza, era muy angosta y sorprendentemente húmeda y resbaladiza. Tras colocarme de lado, como los cangrejos, encendí mi linterna y descendí hacia la penumbra, apoyándome en la pared sur.

Esta húmeda escalera había sido un lugar secreto desde la fecha en que fue sellada por primera vez, en el año 683 de nuestra era, hasta junio de 1952, cuando el arqueólogo mexicano Alberto Ruz levantó las losas del suelo del templo. Aunque en 1994 se halló una segunda tumba de estas características en Palenque², Ruz tuvo el honor de ser el primer hombre que realizó un hallazgo semejante en una pirámide del Nuevo Mundo. La escalera había sido rellena con guijarros por sus constructores, y pasaron otros cuatro años hasta que los arqueólogos consiguieron limpiarla por completo y alcanzar el fondo de la escalera.

Una vez llegaron abajo, penetraron en un estrecho aposento que exhibía una bóveda de saledizo o falsa. En el suelo yacían unos esqueletos pulverizados de

cinco o seis jóvenes que habían sido víctimas de sacrificios humanos. Al fondo del aposento había una inmensa losa triangular. Al retirarla, Ruz había contemplado una asombrosa tumba que describió como «una enorme habitación que parecía grabada en hielo, una especie de gruta cuyas paredes y techo constituían unas superficies perfectamente lisas, o bien una capilla abandonada cuya cúpula estaba cubierta por unas cortinas de estalactitas, y de cuyo suelo brotaban unas gruesas estalagmitas semejantes a las gotas de cera que caen de una vela³.

La cámara, dotada también de una bóveda falsa, medía nueve metros de longitud y siete de altura. En las paredes, en relieve de estuco, aparecían unas figuras que representaban a los Señores de la Noche, el conjunto de nueve divinidades que regían las tinieblas. En el centro, presidido por estas figuras, había un inmenso y monolítico sarcófago que estaba cubierto con una losa de piedra de cinco toneladas exquisitamente tallada. En el interior del sarcófago había un esqueleto adornado con numerosos y valiosos objetos de jade. La parte frontal del cráneo estaba cubierta con una máscara mortuoria que se componía de doscientos fragmentos de jade. Ahí yacían supuestamente los restos de Pacal, un rey de Palenque del siglo VII de nuestra era. Las inscripciones indicaban que el monarca había muerto a los ochenta años, pero el esqueleto adornado con jade que los arqueólogos hallaron en el sarcófago parecía pertenecer a un hombre que tuviera la mitad de esa edad⁴.

Tras alcanzar el pie de la escalera, a unos veinticinco metros debajo del suelo del templo, atravesé el aposento donde las víctimas sacrificiales habían yacido de frente a la tumba de Pacal. La atmósfera era acre, estaba impregnada de moho y humedad y resultaba sorprendentemente fría. El sarcófago, instalado en el suelo de la tumba, presentaba una forma curiosa, más ancho en la parte inferior que en la superior, como los ataúdes de las momias egipcias; éstos eran de madera y poseían una base amplia debido a que solían estar colocados de pie. Sin embargo, el ataúd de Pacal era de piedra y yacía en posición horizontal. ¿Por qué se habían molestado los artesanos mayas en construir una base ancha, dado que ello no tenía ninguna finalidad de orden práctico? ¿Es posible que hubieran copiado el diseño de un antiguo modelo de ataúd egipcio mucho después de que la razón de ser de dicho diseño hubiera caído en el olvido?⁵ Al igual que las creencias respecto a los peligros del más allá, ¿es posible que el sarcófago de Pacal fuera la

expresión de un legado común que vinculaba al Antiguo Egipto con las primitivas culturas de Centroamérica?

De forma rectangular, la pesada tapa de piedra del sarcófago medía veinticinco centímetros de grosor, un metro de ancho y tres y medio de largo. También parecía estar copiado de los originales y magníficos bloques que los antiguos egipcios habían utilizado con este mismo propósito. De hecho, no habría parecido hallarse fuera de lugar en el Valle de los Reyes.

Pero existía una importante diferencia: la escena tallada sobre la tapa del sarcófago no guardaba ninguna semejanza con una obra egipcia. Iluminada por el haz de luz de mi linterna, mostraba a un hombre rasurado que vestía un traje ceñido al cuerpo y en las muñecas y tobillos lucía unos decorativos puños o brazaletes. El hombre yacía semirreclinado en un asiento que sostenía la parte inferior de su espalda y muslos, con el pescuezo apoyado cómodamente en una especie de respaldo, mirando al frente. Las manos parecían tener movimiento, como si accionaran una especie de palancas, y el sujeto, que iba descalzo, mantenía los pies extendidos ante él.

¿Era este hombre Pacal, el rey maya?

En tal caso, ¿por qué parecía estar manipulando una especie de mecanismo? Los mayas no disponían de aparatos. Se suponía que aún no habían inventado siquiera la rueda. Sin embargo, la estructura sobre la que yacía Pacal, con sus paneles laterales, remaches, tubos y demás curiosos elementos, parecía representar más bien un artilugio tecnológico que «la transición del alma viviente de un individuo a los dominios de los muertos»⁶, según declaró un experto en el tema, o bien «el rey atrapado por las fauces descarnadas de un monstruo terrestre»⁷, según palabras de otro estudioso.

Recordé el «hombre dentro de una serpiente», un relieve olmeca que aparece descrito en el capítulo 17. Éste también parecía la ingenua representación de un artilugio tecnológico. Por otra parte, el «hombre dentro de una serpiente» provenía de La Venta, donde se le había asociado con varias figuras barbudas, en apariencia caucásicas. La tumba de Pacal era como mínimo mil años más moderna que todos los tesoros de La Venta. No obstante, junto al esqueleto que yacía en el sarcófago se había encontrado una estatuilla de jade que parecía

mucho más antigua que el resto de dioses que ocupaban también la tumba. La estatuilla representaba a un sujeto caucásico de edad avanzada, que vestía largos ropajes y lucía una perilla⁸.

La pirámide del Adivino

Uxmal, Yucatán

En una tarde que amenazaba tormenta, a setecientos kilómetros al norte de Palenque, empecé a trepar por los escalones de otra pirámide. Era una estructura escarpada, de planta más bien ovalada que cuadrada, la cual medía setenta y dos metros de longitud en la base y treinta y cinco de ancho. Era, asimismo, muy elevada, pues se alzaba a treinta y cinco metros del suelo de la llanura que la rodeaba.

Desde tiempos inmemoriales este edificio, que parecía el castillo de un nigromante, era conocido como la pirámide del Adivino, y también como la Casa del Enano. Estos nombres derivaban de una leyenda maya que afirmaba que un enano dotado de poderes sobrenaturales había construido el edificio entero en una sola noche⁹.

Los escalones, a medida que ascendía por ellos, parecían irse estrechando. Mi instinto me aconsejaba inclinarme hacia delante al tiempo que me apretaba contra la superficie de la pirámide para no caerme. Pero, en lugar de ello, alcé la vista y contemplé el cielo encapotado. Sobre mi cabeza volaban unas bandadas de pájaros que chillaban como si trataran de escapar a la inminente catástrofe, y las espesas nubes que donde hacía unas horas tapaban el sol se desplazaban ahora a merced de un fuerte viento.

La pirámide del Adivino no era la única que se asociaba con los poderes sobrenaturales de enanos, cuya magnífica arquitectura y obra de mampostería eran célebres en toda Centroamérica. «Los trabajos de construcción les resultaban muy fáciles —afirmaba una típica leyenda maya—; no tenían más que silbar y al instante aparecían unas pesadas piedras que se colocaban en el lugar que les correspondía.»¹⁰

Una tradición muy similar, como sin duda recordará el lector, aseguraba que los gigantes bloques de piedra de la misteriosa ciudad andina de Tiahuanaco habían sido «transportados a través del aire a los sonos de una trompeta»¹¹. Tanto en Centroamérica como en las lejanas regiones de los Andes, unos extraños sonidos habían sido asociados con la milagrosa levitación de rocas descomunales.

¿Qué significado tenía eso? Quizá, por casualidad, habían sido inventadas dos «fantasías» casi idénticas en esas dos zonas geográficamente tan distantes una de otra, aunque no parecía muy probable. Asimismo, cabía la posibilidad de que unos recuerdos comunes de una antigua tecnología de construcción hubieran sido preservados en estas historias, una tecnología capaz de alzar gigantescos bloques de piedra con una facilidad milagrosa. ¿Era posible que en el Antiguo Egipto se conservaran recuerdos de unos milagros casi idénticos? Allí, según una típica tradición, un mago había logrado alzar del suelo «un inmenso bloque de piedra que medía doscientos codos de longitud y cincuenta codos de anchura»¹²

Los lados de la escalera por la que ascendía estaban decorados con lo que John Lloyd Stephens, el explorador del siglo XIX, describió como «una especie de mosaico esculpido»¹³. Curiosamente, aunque la pirámide del Adivino había sido construida varios siglos antes de la conquista, el símbolo que aparecía con más frecuencia en estos mosaicos era un elemento muy similar a la cruz cristiana.

Existían dos tipos de cruces «cristianas»: una con la croix-patte de patas anchas, que utilizaron los templarios y otras órdenes de las Cruzadas en los siglos XII y XIII; la otra, la cruz de san Andrés, en forma de X.

Después de ascender otro tramo corto de escalones alcancé el templo situado en la cima de la pirámide del Adivino. Éste consistía en una sola habitación con una bóveda falsa, de cuyo techo pendían unos murciélagos. Al igual que los pájaros y las nubes, esos animales se mostraban visiblemente nerviosos ante la tormenta que iba a desencadenarse; suspendidos boca abajo, no cesaban de moverse, desplegando y plegando sus pequeñas y correosas alas.



Me senté a descansar en la elevada plataforma que rodeaba el aposento. Desde allí, al mirar hacia abajo distinguí muchas otras cruces. Se hallaban por doquier en esta extraña y antigua estructura. Recordé la ciudad andina de Tiahuanaco y las cruces que había visto allí, talladas en tiempos precolombinos sobre algunos de los grandes bloques de piedra que yacían diseminados alrededor de un edificio llamado Puma Punku¹⁴. En el «hombre dentro de la serpiente», otra escultura olmeca de La Venta, también habían sido grabadas dos cruces de san Andrés mucho antes de que naciera Jesucristo. Y ahora, aquí, en la pirámide del Adivino, en el yacimiento maya de Uxmal, me hallaba rodeado de cruces.

Individuos barbudos...

Serpientes...

Cruces...

¿Era una coincidencia el hecho de que unos símbolos tan antiguos como éstos se repitieran con frecuencia en unas culturas tan distantes en el espacio y el tiempo?
¿Por qué aparecían tan a menudo en sofisticadas obras de arte y arquitectura?

La ciencia de una profecía

Por enésima vez sospeché que me hallaba ante unos signos e iconos legados por un culto o una sociedad secreta que había tratado de mantener viva la llama de la civilización en Centroamérica (y quizás en otros lugares) durante la larga época de las tinieblas. No dejaba de resultar interesante el hecho de que los motivos del hombre barbudo, la serpiente emplumada y la cruz aparecieran siempre que existían indicios de que una civilización tecnológicamente avanzada, aunque sin identificar, hubiera tenido contacto con las culturas nativas. Un contacto que daba la impresión de una gran antigüedad, como si se hubiera producido tanto tiempo atrás que casi había caído en el olvido.

Pensé de nuevo en la repentina aparición de los olmecas, hacia la mitad del segundo milenio antes de nuestra era, como surgidos de entre la bruma de la opaca prehistoria. Todas las pruebas arqueológicas indicaban que desde el principio habían venerado inmensas cabezas de piedra y estelas que mostraban a hombres barbudos. Me sentí inclinado a pensar que algunas de esas extraordinarias esculturas tal vez formaron parte de una vasta herencia de civilización que fue legada por los pueblos de Centroamérica muchos miles de años antes del segundo milenio antes de nuestra era, y posteriormente fueron confiadas a un culto secreto de gran sabiduría, quizás el culto a Quetzalcóatl.

Era mucho lo que se había perdido. No obstante, las tribus de esta región —en especial los mayas, los constructores de Palenque y Uxmal— habían conseguido preservar algo más misterioso y maravilloso que los enigmáticos monolitos, algo que se proclamaba aún con mayor insistencia como el legado de una civilización más antigua y superior. En el próximo capítulo veremos que fue a través de la mística de unas gentes aficionadas a observar los astros, una ciencia de tiempo y medidas y predicciones —incluso la ciencia de una profecía—, que los mayas lograron preservar a la perfección el pasado. Junto con ella habían heredado recuerdos de una terrible inundación que había destruido la Tierra y un legado idiosincrático de conocimientos empíricos, unos conocimientos superiores que en realidad no debían de poseer, unos conocimientos que nosotros hemos adquirido recientemente...

NOTAS

1. The Atlas of Mysterious Places (ed., Jennifer Westwood), Guild Publishing, Londres, 1987, p. 70.
2. The Times, Londres, 4 de junio de 1994.

3. La cita procede de: The Atlas of Mysterious Places, pp. 68-69.
4. Ibíd. Michael D. Coe: The Maya, Thames & Hudson, Londres, 1991. pp. 108-109.
5. Fair Gods and Stone Faces, pp. 94-95.
6. The Atlas of Mysterious Places, p. 70.
7. Time Among the Maya, p. 298.
8. Fair Gods and Stone Faces, pp. 95-96.
9. México: Rough Guide, Harrap-Columbus, Londres, 1989, p. 354.
10. The Mythology of México and Central America, p. 8; Maya History and Religión, p. 340.
11. Véase el capítulo 10.
12. E. A. Wallis Budge: Osiris and the Egyptian Resurrec-tion, the Medici Society Ltd., 1911, vol II, p. 180.
13. John L. Stephen: Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan, Harper and Brothers, Nueva York, 1841, vol. II, p. 422.
14. Véase el capítulo 12.

UNA COMPUTADORA PARA CALCULAR EL FIN DEL MUNDO

Los mayas sabían dónde se habían originado los avanzados conocimientos que poseían. Estos les habían sido transmitidos, según decían, por los Primeros Hombres, los hijos de Quetzalcóatl, los cuales se llamaban Balam-Quit-zé (jaguar de dulce sonrisa), Balam-Acaba (jaguar de la noche), Mahucutah (el nombre distinguido) e Iquid-Balam (jaguar de la Luna)¹. Según el *Popol Vuh*, estos ancestros

estaban dotados de inteligencia; veían y eran capaces de ver a lo lejos; consiguieron ver y conocer todo cuanto existe en el mundo. Veían cosas ocultas a lo lejos sin moverse... Poseían una gran sabiduría; su vista alcanzaba los bosques, las rocas, los lagos, los mares, las montañas y los valles. En verdad, eran unos hombres admirables... Eran capaces de conocerlo todo, y exploraron las cuatro esquinas, los cuatro puntos de la bóveda celeste, y la faz redonda de la Tierra².

Las proezas de esta raza suscitaron la envidia entre las divinidades más poderosas. «No es justo que nuestros hijos lo sepan todo», opinaban esos dioses. «¿Acaso pretenden ser igual que nosotros, sus creadores, quienes somos capaces de ver a lo lejos, quienes lo sabemos y vemos todo...? ¿Acaso pretenden convertirse en dioses como nosotros?»³

Evidentemente, las cosas no podían continuar así. Después de numerosas deliberaciones se lanzó una orden, que fue puesta en práctica:

Sólo debían ver lo que estaba cerca de ellos; sólo debían ver una parte de la faz de la Tierra... A continuación, el cielo les arrojó bruma a los ojos para que su vista se nublara, como cuando alguien sopla sobre un espejo y lo empaña con su aliento. Tenían los ojos nublados y sólo alcanzaban a ver lo que estaba cerca; era lo único que distinguían con claridad... De este modo, la sabiduría y los conocimientos de los Primeros Hombres fueron destruidos⁴.

Cualquiera que haya leído el Antiguo Testamento recordará que la razón de que Adán y Eva fueran expulsados del Paraíso respondía a unas inquietudes divinas similares. Después de que el Primer Hombre comiera la fruta del árbol de los conocimientos del bien y del mal:

El Señor dijo: «El hombre se ha convertido en uno de nosotros, conocedor del

bien y del mal. A fin de impedir que tienda la mano y coma también los frutos del árbol de la vida y viva eternamente, debemos arrojarlo del jardín del Edén...»⁵

El *Popol Vuh* es aceptado por los expertos como un gran depósito de tradiciones precolombinas no contaminadas⁶. Por tanto, resulta curioso hallar semejantes similitudes entre esas tradiciones y las que recoge el Génesis. Por otra parte, al igual que muchos otros vínculos entre el Viejo y el Nuevo Mundo que hemos identificado, el carácter de esas similitudes no sugiere ninguna influencia directa de una región sobre otra, sino dos interpretaciones distintas de los mismos hechos. He aquí un ejemplo:

- El jardín bíblico del Edén parece una metáfora del estado de sapiencia feliz, casi «divina», que gozaban los Primeros Hombres del *Popol Vuh*.
- La esencia de esa sapiencia era la habilidad de «verlo todo» y «conocerlo todo». ¿No era ésta justamente la habilidad que habían adquirido Adán y Eva después de comer la fruta prohibida, que crecía en las ramas del «árbol del conocimiento del bien y del mal»?
- Por último, al igual que Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, los cuatro Primeros Hombres del *Popol Vuh* fueron privados de su habilidad de «ver a lo lejos». A partir de ese momento, «sus ojos estaban nublados y sólo alcanzaban a ver lo que estaba cerca...»

Tanto el *Popol Vuh* como el Génesis narran la historia de la pérdida de la gracia divina de la humanidad. En ambos casos, ese estado de gracia estaba íntimamente relacionado con el conocimiento, y al lector no le cabe la menor duda de que dicho conocimiento era tan extraordinario que confería poderes divinos a aquellos que lo poseían.

La Biblia, asumiendo un tono siniestro y misterioso, lo denomina «el conocimiento del bien y del mal», sin añadir más datos. El *Popol Vuh* es mucho más ilustrativo. Nos dice que el conocimiento que poseían los Primeros Hombres consistía en la capacidad de «ver cosas ocultas a lo lejos», que eran unos astrónomos que «examinaban las cuatro esquinas, los cuatro puntos de la bóveda celeste», y que eran unos geógrafos que consiguieron medir «la faz redonda de la Tierra»⁷.

La geografía versa sobre mapas. En la parte I de este libro hemos visto unas pruebas que sugieren la posibilidad de que los cartógrafos de una civilización muy antigua y que aún no ha sido identificada hubieran explorado y trazado el mapa del planeta con gran precisión. ¿Es posible que el *Popol Vuh* transmita una

vaga memoria de esa misma civilización cuando habla con nostalgia de los Primeros Hombres y los portentosos conocimientos geográficos que éstos poseían?

Si bien la geografía versa sobre mapas y la astronomía sobre las estrellas, a menudo ambas disciplinas van unidas debido a que el conocimiento de las estrellas forma parte esencial de la navegación en largas travesías de exploración (y las largas travesías de exploración son esenciales para elaborar unos mapas rigurosos).

¿Es una coincidencia que los Primeros Hombres del Popol Vuh fueran recordados no sólo por haber estudiado «la faz redonda de la Tierra», sino también por haber examinado «la bóveda celeste»?⁸ ¿Es otra coincidencia que el logro más extraordinario de la sociedad maya fuera su astronomía observacional, sobre la que, mediante avanzados cálculos matemáticos, se basaba un sofisticado, complejo y preciso calendario?

Unos conocimientos fuera de lugar

En 1954, J. Eric Thompson, una destacada autoridad en la arqueología de Centroamérica, confesó una profunda perplejidad ante numerosas disparidades que había identificado entre los logros poco notables de los mayas, en términos generales, y sus avanzados conocimientos astronómicos y de datación. Thompson se pregunta: «¿Qué extraña mentalidad impulsó a la intelligentsia maya a observar el cielo, y en cambio no ser capaz de descubrir el principio de la rueda; visualizar la eternidad, como no lo ha hecho ningún otro pueblo semicivilizado, y sin embargo no salvar el breve paso entre la bóveda falsa y la auténtica; contar en millones, pero no saber pesar un saco de maíz?»⁹

Quizá la respuesta a estas preguntas sea más sencilla de lo que suponía Thompson. Tal vez la astronomía, el profundo conocimiento del tiempo y los avanzados cálculos matemáticos no se debieran a una «extraña mentalidad» y formaran parte de un coherente y muy específico cuerpo teórico que los mayas habían heredado, más o menos intacto, de una civilización más antigua y sabia que la suya. Ese legado explicaría las contradicciones observadas por Thompson, que son incuestionables. Sabemos que los mayas recibieron el calendario como legado de los olmecas (mil años antes, los olmecas utilizaban exactamente el mismo sistema). La cuestión es ¿de dónde lo obtuvieron los olmecas? ¿Qué nivel de desarrollo tecnológico y científico debía poseer esa civilización para concebir un calendario tan riguroso como el suyo?

Examinemos el caso del año solar. En la sociedad occidental todavía utilizamos

un calendario solar que se introdujo en Europa en 1582 y que se basa en los conocimientos científicos más avanzados que poseían en aquella época: el famoso calendario gregoriano. El calendario juliano, que vino a sustituir a aquél, computaba el período de la órbita de la Tierra alrededor del Sol en 365,25 días. La reforma instaurada por el papa Gregorio XIII sustituyó dicho cómputo por uno más afinado y preciso: 365,2425 días. Gracias a los progresos científicos que se han ido desarrollando desde 1582, en la actualidad sabemos que la duración exacta del año solar es de 365,2422 días. El calendario gregoriano, por tanto, incorpora un pequeño error de más, tan sólo 0,0003 de un día, una precisión increíble tratándose del siglo XVI.

Curiosamente, aunque sus orígenes están envueltos en la bruma de una antigüedad más profunda que el siglo XVI, el calendario maya alcanzó una precisión aún mayor. Calculaba el año solar en 365,2420 días, un error en menos de sólo 0,0002 de un día¹⁰.

Asimismo, los mayas sabían el tiempo que tardaba la Luna en dar la vuelta a la Tierra. Calculaban que tardaba 29,528395 días, una cifra en extremo similar a la cifra auténtica de 29,530588 días computada por los métodos modernos más avanzados¹¹. Los sacerdotes mayas poseían también unas tablas muy precisas para predecir los eclipses solares y lunares y sabían que éstos podían producirse sólo dentro de dieciocho días más menos del nodo (cuando la trayectoria de la Luna atraviesa la aparente trayectoria del Sol)¹². Por último, los mayas eran unos magníficos matemáticos. Poseían una avanzada técnica de cálculo métrico por medio de un instrumento similar a un tablero de ajedrez que nosotros hemos descubierto (¿o redescubierto?) en el siglo pasado¹³. Asimismo, comprendían perfectamente la utilización del concepto abstracto del cero¹⁴ y tenían nociones del valor de la posición de las cifras.

Se trata de unos campos esotéricos. Según observó Thompson:

El cero y el valor de la posición de las cifras forman parte de nuestro patrimonio cultural y son unos conocimientos tan útiles que cuesta comprender por qué se tardó tanto en inventarlos. Sin embargo, ni la antigua Grecia con sus grandes matemáticos ni tampoco la antigua Roma conocían el

cero o el valor de la posición de las cifras. El escribir 1848 en cifras romanas requiere once letras: MDCCCXLVIII. Sin embargo los mayas disponían de un sistema de numeración muy semejante al nuestro cuando los romanos utilizaban todavía su engorroso método¹⁵.

¿No resulta un poco raro que esta tribu mesoamericana, por lo demás común y corriente, diera en aquella remota época con algo que según Otto Neugebauer, el historiador de la ciencia, constituye «uno de los inventos más fértiles de la humanidad»¹⁶?

¿La ciencia de otra cultura?

Consideremos ahora la cuestión de Venus, el planeta que poseía una inmensa importancia simbólica para todos los antiguos pueblos de Centroamérica, quienes la identificaban con Quetzalcóatl (o Gucumatz o Kukulcán, como era conocida la Serpiente Emplumada en los dialectos mayas)¹⁷.

A diferencia de los antiguos griegos, pero igual que los antiguos egipcios, los mayas entendían que Venus era al mismo tiempo «la estrella matutina» y «la estrella vespertina»¹⁸. Entendían también otras cosas referentes a ella. La revolución sinódica de un planeta es el período de tiempo que le lleva regresar a un determinado punto en el cielo, visto desde la Tierra. Venus gira alrededor del Sol cada 224,7 días, mientras que la Tierra sigue su propia órbita, algo más amplia. El resultado conjunto de estos dos movimientos es que Venus sale exactamente por el mismo lugar en el cielo de la Tierra aproximadamente cada 584 días.

Quienquiera que inventara el sofisticado sistema de calendario heredado por los mayas era consciente de ello y encontró una ingeniosa forma de integrarlo en otros ciclos que guardaban relación entre sí. Por otra parte, los cálculos matemáticos que vincularon esos ciclos indican de forma clara que los antiguos inventores del calendario entendían que los 584 días eran sólo una aproximación y que los movimientos de Venus no eran en modo alguno regulares. Por tanto, calcularon la cifra exacta establecida por la ciencia actual de la revolución sinódica media de Venus a lo largo de inmensos períodos de tiempo¹⁹. Esa cifra es de 583,92 días y fue incorporada al calendario maya de numerosas y complicadas formas²⁰. Por

ejemplo, a fin de conciliarlo con el llamado «año sagrado» (el tzolkien de 260 días, que estaba dividido en 13 meses cada uno de los cuales constaba de 20 días) era necesario realizar en el calendario una corrección de 4 días cada 61 años de Venus. Además, durante cada quinto ciclo, se realizaba una corrección de 8 días al final de la quincuagésima séptima revolución. Una vez tomadas esas medidas, el tzolkien y la revolución sinódica de Venus quedaron tan estrechamente unidos que el grado de error a la que estaba sujeta la ecuación era asombrosamente reducido: un día en seis mil años²¹. Lo más extraordinario era que una serie de ajustes calculados con gran precisión hacían que el ciclo de Venus y el tzolkien no sólo estuvieran en armonía entre sí, sino que guardaran una relación exacta con el año solar. De nuevo, esto se consiguió de una forma que garantizaba que el calendario fuera capaz de cumplir su misión, prácticamente sin error, a lo largo de un vasto período de tiempo²².

¿Qué necesidad tenían los semicivilizados mayas de alcanzar esta elevada precisión tecnológica? ¿O acaso habían heredado, en perfecto estado, un calendario diseñado para satisfacer las necesidades de una civilización mucho más antigua y sabia?

Examinemos la joya de la corona del sistema de calendario maya, el denominado «cálculo largo». Este sistema de calcular fechas expresaba a la vez sus creencias sobre el pasado, en concreto la popular creencia de que el tiempo operaba en grandes ciclos que asistían a recurrentes creaciones y destrucciones del mundo. Según los mayas, el Gran Ciclo actual había comenzado en las tinieblas el 4 Ahau 8 Cumku, una fecha que corresponde al 13 de agosto del 3114 a. C. en nuestro calendario²³. Tal como hemos visto, también creían que el ciclo tocaría a su fin, con la destrucción global del planeta, el 4 Ahau 3 Kankin: el 23 de diciembre del 2012 de nuestra era, según nuestro calendario. La función del cálculo largo era registrar el tiempo transcurrido desde el principio del Gran Ciclo, descontando literalmente, uno por uno, los 5.125 años asignados a nuestra presente creación²⁴. Este cálculo de largo alcance debe interpretarse como una especie de calculadora celestial, que no cesa jamás de calcular la escala de nuestra creciente deuda con el universo. Cada centavo de esa deuda deberá quedar justificado cuando la cifra alcance los 5.125 en el contador.

Eso, en cualquier caso, era lo que creían los mayas. Estos cálculos de largo alcance no los realizaban, por supuesto, con las cifras que nosotros utilizamos. Los mayas empleaban su propia notación matemática, que habían derivado de los olmecas, quienes a su vez lo habían derivado de... quién sabe. Esta notación matemática constituía una j combinación de puntos (que significaban unos o unidades o múltiplos de veinte), barras (que significaban cinco o múltiplos de cinco veces veinte), y un jeroglífico de una concha que significaba cero. Los lapsos de tiempo se calculaban en días (kin), períodos de 20 días (uinal), «años de cálculo» de 360 días (tun), períodos de 20 tuns (denominados katun) y períodos de 20 katun (llamados bactun). También había períodos de 8000 tun (pictun) y períodos de 160.000 tun (ca-labtun) para realizar unos cálculos aún más largos²⁵.

Todo esto indica de modo claro que aunque los mayas creían vivir en un Gran Ciclo que un día llegaría a un violento fin, también sabían que el tiempo era infinito y que se desarrollaba con sus misteriosas revoluciones de forma independiente a las vidas de los individuos o las civilizaciones. Thompson afirmó en su gran estudio sobre este tema:

Según los mayas, el camino sobre el que había marchado el tiempo se extendía hacia un pasado tan distante que la mente del hombre no alcanza a comprender su antigüedad. Sin embargo, los mayas retrocedieron por ese camino en busca de su punto de partida. En cada etapa se desarrollaba un nuevo punto de vista, que conducía más atrás; los siglos se mezclaban con los milenios, y éstos con decenas de miles de años, a medida que esos infatigables curiosos se adentraban en la eternidad del pasado. En una estela en Quirigua, Guatemala, se ha computado una fecha de hace más de noventa millones de años; en otra aparece una fecha trescientos millones más antigua que aquélla. Son unos cómputos reales, en los que se indica correctamente la posición del día y el mes, y son comparables a los cálculos de nuestro calendario que dan las posiciones del mes en el que habría caído la Pascua en unas distancias equivalentes del pasado. La mente humana apenas es capaz de asimilar esas cifras astronómicas...²⁶

¿No resulta esto bastante revolucionario por tratarse de una civilización que en otros aspectos no se distinguió de manera especial? Es cierto que la arquitectura maya era buena dentro de sus límites, pero existía poco más en esos indios que habitaban la selva que indique que poseyeran la capacidad (o necesidad) de concebir unos períodos de tiempo extremadamente largos.

Ha pasado bastante menos de dos siglos desde que la mayoría de intelectuales occidentales abandonaran la opinión que sostenía Bishop Usher de que el mundo había sido creado en el 4004 a.C y aceptaran que debía de ser infinitamente más antiguo²⁷. Dicho de otro modo, ello significa que los antiguos mayas poseían unos conocimientos mucho más precisos sobre la verdadera inmensidad del tiempo geológico, y de la vasta antigüedad de nuestro planeta, que cualquier persona en Gran Bretaña, Europa o Norteamérica hasta que Darwin propuso su teoría de la evolución.

Así pues, ¿cómo es posible que los mayas consiguieran calcular enormes períodos de cientos de millones de años? ¿Se trató de un hecho fortuito en su desarrollo cultural? ¿O acaso heredaron unos instrumentos matemáticos y de datación que les permitieron desarrollar estos sofisticados conocimientos?

Si se trataba de una herencia, es legítimo preguntar qué se proponían hacer con ella los inventores originales de la circuitería semejante a la de una computadora del calendario maya. ¿Con qué fin la diseñaron? ¿Acaso habían concebido todas sus complejidades sólo para plantear «un reto intelectual, una especie de anagrama tremendo», según afirma una autoridad en la materia?²⁸ ¿O tenían otro propósito más pragmático e importante en mente?

Hemos comprobado que la obsesiva preocupación de la sociedad maya, y de todas las antiguas culturas centroamericanas, era calcular —y a ser posible demorar— la fecha del fin del mundo. ¿Pudo haber sido éste el propósito del misterioso calendario? ¿Es posible que se tratara de un mecanismo ideado para predecir una terrible catástrofe cósmica o geológica?

NOTAS

1. Popol Vuh, p.167.
2. *Ibíd.*, pp. 168-169.
3. *Ibíd.*, p. 169.
4. *Ibíd.*
5. Génesis, 4:22-24.
6. Popol Vuh, Introducción, p. 16. Véase también: *The Magic and Mysteries of México*, p. 250 y sigs.
7. Popol Vuh, pp. 168-169.
8. *Ibíd.*
9. J. Eric Thompson: *The Rise and Fall of Maya Civilization*, Pimlico, Londres,

1993, p. 13.

10. Notas de William Gates (p. 81) a la obra de Diego de Landa: Yucatan before and after the Conquest.
11. Esto es evidente según el Códice de Dresde. Véase por ejemplo: An Introduction to the Study of Maya Hieroglyphs, p.32.
12. The Maya, p. 176; Mysteries of the Mexican Pyramids, p. 291; The Rise and Fall of Maya Civilization, p. 173.
13. Mysteries of the Mexican Pyramids, p. 287.
14. The Maya, p. 173.
15. The Rise and Fall of Maya Civilization, pp. 178-179.
16. Citado en The Maya, p. 173.
17. World Mythology, p. 241.
18. The Maya, p. 176.
19. The Rise and Fall of Maya Civilization, p. 170; Mysteries of the Mexican Pyramids, p. 290.
20. The Rise and Fall of Maya Civilization, p. 170.
21. *Ibíd.*, pp. 170-171.
22. *Ibíd.*, p. 169.
23. Breaking the Maya Code, p. 275.
24. *Ibíd.*, p. 9,275.
25. José Argüelles: The Mayan Factor: Path Beyond Technology, Bear and Co., Santa Fe, Nuevo México, 1987, p. 26; The Gods and Symbols of Ancient México and the Maya, p. 50.
26. The Rise and Fall of Maya Civilization, pp. 13-14, 165.
27. Encyclopaedia Britannica, 12:214.
28. The Rise and Fall of Maya Civilization, p. 168.

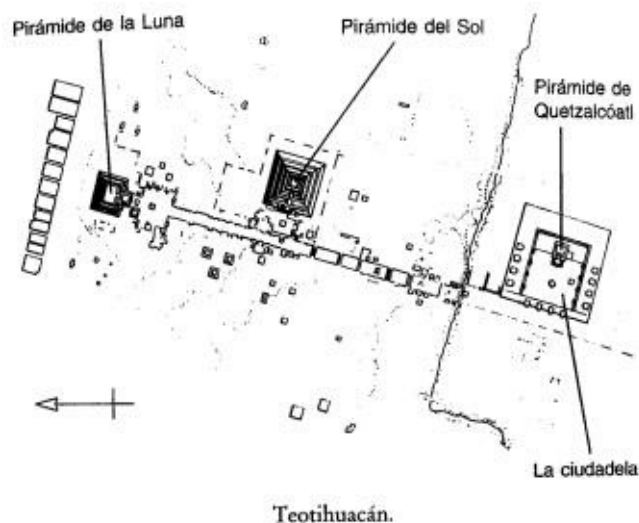
LA CIUDAD DE LOS DIOS

El mensaje que preside un gran número de leyendas centroamericanas es que la Cuarta Era del mundo acabó muy mal. Un catastrófico diluvio fue seguido por un largo período durante el cual la luz del sol desapareció del cielo y se instauró una tenebrosa oscuridad. Luego:

Los dioses se reunieron en Teotihuacán [«el lugar de los dioses»] y se preguntaron ansiosamente quién iba a ser el próximo Sol. Sólo el fuego sagrado [la representación material de Huehuateotl, el dios que dio a la vida su comienzo] era visible en la oscuridad, estremecido a causa del caos que se acababa de desatar. «Alguien tendrá que sacrificarse, arrojarse al fuego — dijeron los dioses—. Sólo entonces habrá un Sol.»¹

A continuación estalló un drama en el que dos divinidades, Nanahuatzin y Tecciztecatl, se inmolaron en aras del bien común. Una de ellas ardió rápidamente en el centro del fuego sagrado; la otra se asó poco a poco sobre las brasas que ocupaban los márgenes. «Los dioses aguardaron mucho rato hasta que por fin, al amanecer, el cielo comenzó a teñirse de rojo. Por el este apareció la gran esfera del Sol, creador de vida e incandescente...»²

Fue en este momento de renacimiento cósmico que se manifestó Quetzalcóatl. Su misión concernía a la humanidad de la Quinta Era. Por consiguiente, asumió la forma de un ser humano, de un hombre blanco con barba, como Viracocha.



En los Andes, la capital de Viracocha era Tiahuanaco. En Centroamérica, la

capital de Quetzalcóatl era el supuesto lugar de nacimiento del Quinto Sol, Teotihuacán, la ciudad de los dioses³.

La ciudadela, el templo y el mapa del cielo

Teotihuacán, a cincuenta kilómetros al noreste de Ciudad de México

De pie en medio del aireado recinto de la ciudadela, me volví hacia el norte y contemplé a través de la bruma matutina las pirámides del Sol y de la Luna. Situados en un paraje que estaba cubierto por matorrales de color verde grisáceo, y enmarcados por lejanas montañas, estos dos grandes monumentos desempeñaban sus respectivos papeles entre un conjunto de ruinas que se erguían a lo largo del eje de la llamada calle de los Muertos. La ciudadela ocupaba más o menos el centro de esta amplia avenida que discurría en línea recta durante más de cuatro kilómetros. La pirámide de la Luna se hallaba en el extremo norte, y la pirámide del Sol se encontraba ligeramente al este de la misma.

En el contexto de un yacimiento tan geométrico, cabía esperar una orientación exacta norte-sur o este-oeste. Por tanto, resultaba sorprendente que los arquitectos que proyectaron Teotihuacán eligieran deliberadamente inclinar la calle de los Muertos 15° 30' noreste. Existen varias teorías respecto a esta excéntrica orientación, pero ninguna resulta muy convincente. Un numeroso grupo de expertos, sin embargo, empezaba a preguntarse si esa orientación se debía a unas alineaciones astronómicas. Uno, por ejemplo, sugirió que la calle de los Muertos había sido «construida de cara al ocaso de las Pléyades»⁴. Otro, el profesor Gerald Hawkins, dijo que posiblemente un «eje Sirio-Pléyades» hubiera tenido algo que ver en su construcción⁵. Y Stansbury Hagar, secretario del Departamento de Etnología en el Instituto Brooklyn de las Artes y las Ciencias, apuntó la posibilidad de que la calle representara la Vía Láctea⁶.

De hecho, Hagar fue aún más lejos, y vio la representación de determinados planetas y estrellas en muchas de las pirámides, montículos y otras estructuras que gravitaban, como satélites fijos, alrededor del eje de la calle de los Muertos. Su tesis completa aducía que Teotihuacán había sido diseñada como una especie de «mapa del cielo»: «Venía a reproducir en la Tierra un supuesto plan celestial del universo del cielo, donde moraban las divinidades y espíritus de los muertos.»⁷

Durante las décadas de 1960 y 1970 las intuiciones de Hagar fueron comprobadas a pie de yacimiento por Hugh Harleston Jr., un ingeniero americano residente en México que llevó a cabo una exhaustiva investigación matemática en Teotihuacán. Harleston reveló sus hallazgos en octubre de 1974 durante el

Congreso Internacional de Americanistas⁸. Su tesis, que estaba repleta de osadas e innovadoras ideas, contenía una curiosa información sobre la ciudadela y sobre el templo de Quetzalcóatl, que estaban ubicados en el extremo oriental de este gran yacimiento de planta cuadrada.

El templo era considerado por los expertos uno de los monumentos arqueológicos mejor preservados de Centroamérica⁹. Ello se debía a que la estructura original, prehistórica, había quedado parcialmente enterrada debajo de otro montículo de aparición muy posterior que estaba situado justo frente a ella, hacia el oeste. Las excavaciones de ese montículo habían revelado la elegante pirámide formada por seis plataformas que se hallaba frente a mí. Medía 22 metros de altura y su base ocupaba un área de 7.380 metros cuadrados.

Mostrando todavía restos de las pinturas multicolores con las que había estado revestido en sus orígenes, el templo constituía un hermoso y extraño espectáculo. El motivo que predominaba en sus esculturas era una serie de inmensas cabezas de serpientes tridimensionales grabadas en los bloques de la fachada del monumento y los lados de la impresionante escalera central. Las alargadas fauces de esos reptiles de aspecto extrañamente humano estaban dotadas de afilados dientes, y sobre el labio superior aparecía un amplio bigote. Cada serpiente lucía alrededor de su grueso cuello un elaborado penacho de plumas, el símbolo inconfundible de Quetzalcóatl¹⁰.

Lo que las investigaciones de Harleston han demostrado es que al parecer existía una compleja relación matemática entre las principales estructuras que se hallaban a lo largo de la Calle de los Muertos (e incluso más allá de ésta). Esta relación sugería algo extraordinario, en concreto que Teotihuacán habría sido diseñada como un preciso modelo a escala del sistema solar. En cualquier caso, si se interpretara que la línea central del templo de Quetzalcóatl denotaba la posición del Sol, los marcadores dispuestos hacia el norte sobre el eje de la calle de los Muertos parecían indicar las distancias orbitales correctas de los planetas interiores, el cinturón asteroidal, Júpiter, Saturno (representado por la llamada Pirámide del Sol), Urano (por la Pirámide de la Luna), y Neptuno y Plutón por unos montículos que aún no han sido excavados y que se hallan unos kilómetros más al norte".

Si estas correlaciones eran algo más que fortuitas, cuando menos indicaban la presencia en Teotihuacán de una avanzada astronomía observacional, no superada por la ciencia moderna hasta una fecha relativamente reciente. Urano era desconocido para nuestros astrónomos hasta 1787, Neptuno hasta 1846 y Plutón hasta 1930. Por el contrario, incluso los cálculos más conservadores sobre la antigüedad de Teotihuacán indicaban que los elementos principales del plano del yacimiento (incluyendo la ciudadela, la calle de los Muertos y las pirámides del Sol y de la Luna) debían remontarse como mínimo a los tiempos de Cristo¹². Ninguna civilización conocida de esa época, ni en el Viejo ni en el Nuevo Mundo, se supone que tuviera conocimiento de nuestros planetas exteriores, y menos aún que poseyera una información precisa sobre sus distancias orbitales de uno respecto a otro y al Sol.

Egipto y México: ¿Más coincidencias?

Después de completar sus estudios de las pirámides y avenidas de Teotihuacán, Stansbury Hagar llegó a la siguiente conclusión: «Todavía no hemos comprendido la importancia o el refinamiento, ni la amplia difusión a través de la antigua América, del culto astronómico que formaba parte del plan celestial, y del que Teotihuacán era uno de sus centros principales.»¹³

Pero ¿se trataba sólo de un «culto» astronómico? ¿O acaso era algo más próximo a lo que podríamos denominar ciencia? Y al margen de que fuera un culto o una ciencia, ¿es lógico suponer que había gozado de una «amplia difusión» sólo en las Américas, cuando existen tantas pruebas que la relacionan con otras partes del mundo antiguo?

Por ejemplo, los arqueólogos-astrónomos que utilizan modernos programas informáticos para explorar las estrellas han demostrado recientemente que las tres célebres pirámides que se hallan sobre la meseta de Gizeh formaban un diagrama terrestre exacto de las tres estrellas del cinturón en la constelación de Orion¹⁴. Tampoco era éste el límite del mapa celestial que los sacerdotes del Antiguo Egipto habían creado en las arenas de la margen occidental del Nilo; incluido en su visión general, como veremos en la parte VI y parte VII de este libro, había un elemento natural —el río Nilo— que yacía justo donde debía de haber sido designado para representar la Vía Láctea¹⁵.

La incorporación de un «plan celestial» en ciertos puntos clave en Egipto y en México no excluía en modo alguno unas funciones religiosas. Antes bien, con

independencia del propósito con el que habían sido construidos, se sabe con certeza que los monumentos de Teotihuacán, al igual que los de la meseta de Gizeh, desempeñaron un importante papel religioso en las vidas de las comunidades a las que servían.

Así, las tradiciones centroamericanas recogidas en el siglo XVI por el padre Bernardino de Sahagún exponían de forma elocuente la extendida creencia de que Teotihuacán había cumplido al menos una específica e importante función religiosa en tiempos remotos. Según estas leyendas, la Ciudad de los Dioses era conocida por ese nombre porque «los señores que eran enterrados allí después de su muerte, parecía que se convirtieran en dioses...»¹⁶. Dicho de otro modo, era «el lugar donde los hombres se transformaban en dioses»¹⁷. También era conocido como «el lugar de aquellos que poseían el destino de los dioses»¹⁸ y «el lugar donde los dioses eran creados»¹⁹.

¿Era una coincidencia, me pregunté, el hecho de que éste parecía haber sido el propósito religioso de las tres pirámides de Gizeh? Los arcaicos jeroglíficos que aparecen en los Textos de las Pirámides, el conjunto de escritos más antiguo y coherente que existe en el mundo, dejaba pocas dudas sobre el objetivo último de los ritos que se ejecutaban dentro de esas colosales estructuras: propiciar la transfiguración del faraón, «abrir las puertas del firmamento y construir un camino de modo que el faraón ascendiera al cielo y gozara así de la compañía de los dioses»²⁰.

La noción de las pirámides como artilugios concebidos (presumiblemente en sentido metafísico) «para convertir a los hombres en dioses» era, a mi entender, demasiado idio-sincrática y singular para que se hubiera llegado a ella de forma independiente en el Antiguo Egipto y en México, al igual que la idea de utilizar el proyecto de lugares sagrados para incorporar un plan celestial.

Por otra parte, existían otras extrañas similitudes que merecían ser tomadas en consideración.

Al igual que en Gizeh, en Teotihuacán habían sido construidas tres pirámides

principales: la pirámide/templo de Quetzalcóatl, la pirámide del Sol y la pirámide de la Luna. También al igual que en Gizeh, el plano del yacimiento no era simétrico, como cabía esperar, sino que había en él dos estructuras que estaban alineadas, mientras que una tercera parecía haber sido desplazada deliberadamente hacia un lado. Por último, en Gizeh, las cimas de la Gran Pirámide y la pirámide de Kefrén se hallaban al mismo nivel, aunque la primera era un edificio más alto que la segunda. Asimismo, en Teotihuacán las cimas de las pirámides del Sol y de la Luna se hallaban al mismo nivel, aunque la primera era más elevada. La razón era la misma en ambos casos: la Gran Pirámide se construyó en un terreno más bajo que la pirámide de Kefrén, y la pirámide del Sol en un terreno más bajo que la pirámide de la Luna²¹.

¿Podía tratarse de una coincidencia? ¿No era más lógico pensar que existía una antigua conexión entre México y Egipto?

Por razones que ya he expuesto en los capítulos 18 y 19 dudo que existiera un vínculo directo y causal, al menos dentro de los tiempos históricos. De nuevo, sin embargo, como en el caso del calendario maya y en el de los antiguos mapas de la Antártida, merecía la pena mantener la mente abierta a la posibilidad de que se tratara de un legado, de que las pirámides de Egipto y las ruinas de Teotihuacán expresaran la tecnología, los conocimientos geográficos, la astronomía observacional (y quizá también la religión) de una civilización olvidada del pasado, la cual, tal como afirmaba el *Popol Vuh*, «había examinado las cuatro esquinas, los cuatro puntos de la bóveda celeste, y la faz redonda de la Tierra». Existía un consenso general entre los académicos respecto a la antigüedad de las pirámides de Gizeh, las cuales se cree que datan de hace cuatro mil quinientos años²², pero no existía tal unanimidad respecto a Teotihuacán. Ni la calle de los Muertos ni el templo de Quetzalcóatl ni las pirámides del Sol y de la Luna habían sido datadas de forma definitiva²³. La mayoría de expertos creía que la ciudad había prosperado entre el 100 a.C y el 600 d.C., aunque otros afirmaban de modo rotundo que debió de alcanzar su apogeo mucho antes, entre el 1500 y el 1000 a. C. Otros, basándose en los datos geológicos, pretendían fijar la fecha de su fundación hacia el 4000 a. C., antes de la erupción del Xitli, un volcán cercano²⁴.

Entre estas dudas e incertidumbres respecto a la edad de Teotihuacán, no me sorprendió constatar que nadie tenía la menor idea sobre la identidad de quienes habían construido la más grande y extraordinaria metrópoli que había existido en el Nuevo Mundo precolombino²⁵. Lo único que podía afirmarse con certeza era lo siguiente: cuando los aztecas, al emprender su marcha hacia el poder imperial, toparon por primera vez con la misteriosa ciudad en el siglo XII de nuestra era, sus colosales edificios y avenidas presentaban un aspecto increíble y estaban tan cubiertas de matorrales que parecían más bien unos elementos naturales que la obra del hombre²⁶. Unidas a ellas, sin embargo, había unas leyendas locales, transmitidas de generación en generación, que afirmaban que habían sido construidas por gigantes²⁷ y que su propósito era el de transformar a los hombres en dioses.

Indicios de una sabiduría olvidada

Tras dejar a mis espaldas el templo de Quetzalcóatl, atravesé la ciudadela y me dirigí hacia el oeste.

No existían pruebas arqueológicas de que este enorme recinto hubiera servido de ciudadela, ni de que tuviera ninguna función militar o defensiva. Como tantos otros elementos de Teotihuacán, había sido proyectado con gran meticulosidad y ejecutado con enorme esfuerzo, pero los expertos aún no han establecido su verdadero propósito²⁸. Incluso los aztecas, que habían impuesto a las pirámides los nombres del Sol y la Luna (una denominación que se ha mantenido vigente, aunque nadie tenga idea de cómo las llamaban sus constructores originales), no habían sido capaces de inventar un nombre para la ciudadela. Fueron los españoles quienes le impusieron esa etiqueta, puesto que el patio central del complejo, de casi quince hectáreas, estaba rodeado por unos inmensos y sólidos terraplenes de más de siete metros de altura y cuatrocientos cincuenta metros de longitud por cada lado²⁹.

Mi caminata me llevó hasta el extremo occidental del patio. Ascendí por una empinada escalera que daba acceso a la cima del terraplén y giré hacia el norte, en dirección a la calle de los Muertos. De nuevo recordé que casi con toda seguridad ése no era el nombre que los tiahuacanos (quienesquiera que fuesen) habían impuesto a esta imponente avenida.

El nombre español de calle de los Muertos tenía un origen azteca, aparentemente basado en la conjetura de que los numerosos montículos que flanqueaban la avenida eran unos túmulos funerarios (lo cual resultó no ser cierto)³⁰.

Ya hemos considerado la posibilidad de que la calle de los Muertos constituyera un homólogo terrestre de la Vía Láctea. A este respecto, es interesante destacar el trabajo de otro americano, Alfred E. Schlemmer, quien, al igual que Hugh Harleston Jr., era ingeniero.

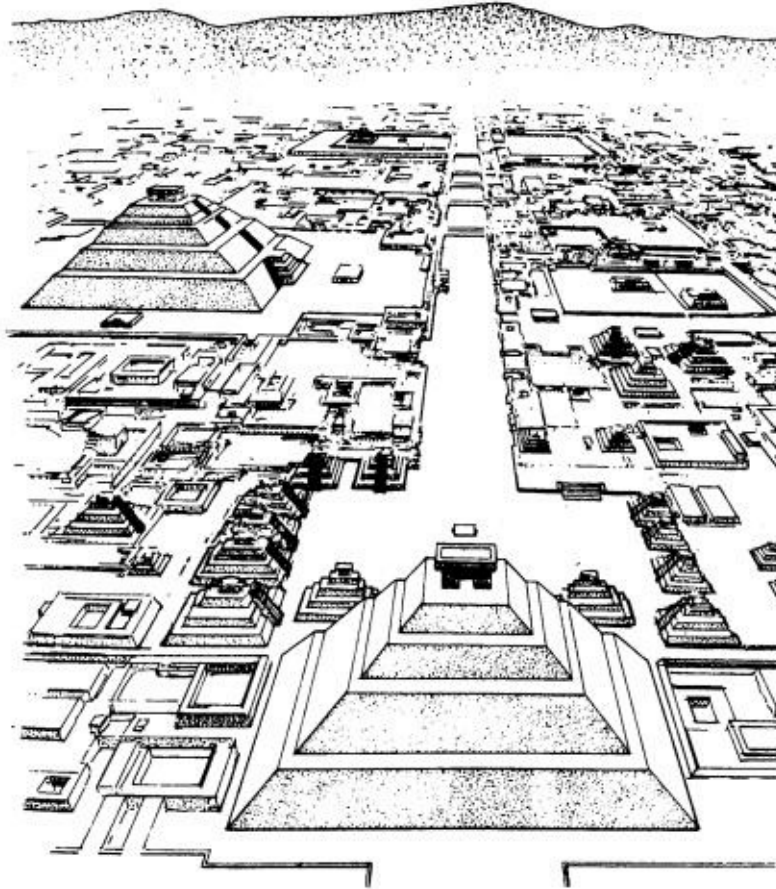
El campo de Schlemmer era el de las predicciones tecnológicas, con referencia específica a la predicción de terremotos³¹, sobre lo cual presentó una ponencia en el XI Congreso Nacional de Ingenieros Químicos que se celebró en Ciudad de México, en octubre de 1971.

Schlemmer sostenía que la calle de los Muertos no había sido en su origen una calle, sino una hilera de estanques reflectantes conectados entre sí, llenos de agua, que habían descendido a través de una serie de esclusas desde la pirámide de la Luna, en el extremo norte, hacia la ciudadela situada al sur.

Mientras me dirigía hacia el norte, en dirección a la todavía distante pirámide de la Luna, se me ocurrió que esta teoría tenía varios puntos a su favor. Para empezar, la calle era interrumpida cada varios metros por unos elevados tabiques, a los pies de los cuales se apreciaban con claridad los restos de unas esclusas. Por otra parte, la inclinación del terreno habría facilitado el flujo hidráulico, puesto que la base de la pirámide de la Luna se hallaba emplazada en un lugar aproximadamente treinta metros más elevado que el área frente a la ciudadela. Las secciones delimitadas por los tabiques podrían haber estado llenas de agua y servir como estanques reflectantes, creando una visión más especulativa incluso que la que ofrecen el Taj Mahal o los fabulosos jardines de Shalimar. Por último, el Proyecto Cartográfico (financiado por la Fundación de Ciencias Naturales de Washington y dirigido por el profesor Rene Millón de la Universidad de Rochester) había demostrado de forma concluyente que la antigua ciudad poseía «numerosos canales meticulosamente diseñados y vías fluviales ramificadas, dragados artificialmente para constituir las partes de un río, los cuales formaban una red dentro de Teotihuacán y se extendían hasta el lago Texcoco, que en la actualidad se halla a dieciséis kilómetros de distancia pero antiguamente es

probable que estuviera más cerca»³².

Los expertos no se ponían de acuerdo sobre el propósito de este vasto sistema hidráulico. Schlemmer afirmaba que la vía fluvial que él había identificado tenía la finalidad de servir a modo de «monitor sísmico de largo alcance», el cual formaba parte de «una ciencia antigua que en la actualidad se desconoce»³³. Schlemmer señaló que unos terremotos que se originaran en puntos remotos pueden «hacer que se formen olas sobre una superficie líquida en todo el planeta», y sugirió que los estanques reflectantes de la calle de los Muertos, perfectamente proyectados y espaciados, tal vez sirvieron para «que los teotihuacanos establecieran, a partir de las olas que se formaban allí, el emplazamiento y potencia de los terremotos que se producían en todo el globo terráqueo, permitiéndoles de este modo predecir tales desastres en su propia área»³⁴.



Reconstrucción de Teotihuacán, contemplando la calle de los Muertos desde detrás de la pirámide de la Luna. La pirámide del Sol está situada a la izquierda de la calle de los Muertos. A lo lejos se divisa la pirámide-templo de Quetzalcóatl, dentro del gran recinto de la ciudadela.

Por supuesto, no existían pruebas que sustentaran la teoría de Schlemmer. No obstante, al recordar la obsesión por los terremotos e inundaciones que existía en toda la mitología mexicana, así como el obsesivo afán de predecir los acontecimientos futuros en el calendario maya, me sentí menos inclinado a despachar esas, en apariencia, peregrinas conclusiones del ingeniero americano. Si Schlemmer estaba en lo cierto, es decir, si los antiguos teotihuacanos habían comprendido los principios de la vibración resonante y los habían puesto en práctica mediante predicciones sísmicas, ello significaba que poseían una avanzada ciencia. También otros, como Hagar y Harleston, tenían entonces razón, si, por ejemplo, se había incorporado un modelo a escala del sistema solar en el diseño geométrico de Teotihuacán, ello también indicaba que la ciudad había sido fundada por una civilización científicamente avanzada, aún sin identificar.

Proseguí hacia el norte por la calle de los Muertos y doblé al este, en dirección a la pirámide del Sol. Antes de alcanzar este gran monumento, me detuve a examinar un patio en ruinas, cuyo elemento principal era un antiguo «templo» que ocultaba un desconcertante misterio bajo su suelo de roca.

NOTAS

1. Pre-Hispanic Gods of México, pp. 25-26.
2. *Ibíd.*, pp. 26-27.
3. Ancient America, Time-Life International, 1970, p. 45; Aztecs: Reign of Blood and Splendour, p. 54; Pre-Hispanic Gods of México, p. 24.
4. The Ancient Kingdoms of México, p. 67.
5. Beyond Stonehenge, pp. 187-188.
6. Citado en: Mysteries of the Mexican Pyramids, pp. 220-221.
7. *Ibíd.*
8. Hugh Harleston Jr.: «A Mathematical Analysis of Teotihuacan», XLI

Congreso Internacional de Americanistas, 3 de octubre de 1974.

9. Richard Bloomgarden: *The Pyramids of Teotihuacan*, Editor S. A. México, 1993, p. 14.
10. *Mysteries of the Mexican Pyramids*, p. 215.
11. *Ibíd.*, pp. 266-269.
12. *The Ancient Kingdoms of México*, p. 67.
13. *Mysteries of the Mexican Pyramids*, p. 221.
14. *The Orion Mystery*.
15. *Ibíd.*
16. Bernardino de Sahagún, citado en: *Mysteries of the Mexican Pyramids*, p. 23.
17. *México: Rough Guide*, p. 216.
18. *The Atlas of Mysterious Places*, p. 158.
19. *Pre-Hispanic Gods of México*, p. 24.
20. *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, Utt. 667A, p. 281.
21. *The Ancient Kingdoms of México*, p. 74; *The Traveller's Key to Ancient Egypt*, pp. 110-135.
22. Véase, por ejemplo: Ahmed Fakhry: *The Pyramids*, Uni-versity of Chicago Press, 1969.
23. *Mysteries of the Mexican Pyramids*, pp. 230-233.
24. *Ibíd.*
25. *The Prehistory of the Américas*, p. 282.
26. *Mysteries of the Mexican Pyramids*, pp. 11-12.

27. *Ibíd.*
28. *Ibíd.*, p. 213.
29. *Ibíd.*
30. *The Ancient Kingdoms of México*, p. 72.
31. *Mysteries of the Mexican Pyramids*, pp. 271-272.
32. *Ibíd.*, p. 232.
33. *Ibíd.*, p. 272.
34. *Ibíd.*

EL SOL Y LA LUNA Y LA CALLE DE LOS MUERTOS

Algunos hallazgos arqueológicos son anunciados a bombo y platillo, mientras que otros, por diversas razones, no. Entre estos últimos cabe destacar el de la gruesa y amplia capa de mica laminada que se halló entre dos de los niveles superiores de la pirámide del Sol de Teotihuacán, en 1906, cuando se iniciaron unos trabajos de restauración. La falta de interés con que fue acogido ese hallazgo, así como la ausencia de unos estudios que determinaran su posible función, es comprensible porque la mica laminada, que tenía un valor comercial considerable, fue retirada y vendida en cuanto se desenterró. El culpable fue, al parecer, Leopoldo Bartres, a quien el gobierno mexicano había encargado la labor de restaurar la ruinosa pirámide¹.

Recientemente se ha encontrado en Teotihuacán más mica laminada (en el templo de Mica), un hallazgo que también pasó inadvertido. Las razones, en este caso, son más difíciles de establecer, porque la mica no ha sido sustraída del yacimiento².

El templo de Mica, que antiguamente formaba parte de un grupo de edificios, está situado alrededor de un patio que mide unos trescientos metros hacia el sur de la fachada occidental de la pirámide del Sol. Directamente debajo de un suelo pavimentado con pesadas losas de roca, los arqueólogos, financiados por la Viking Foundation, desenterraron dos inmensas hojas de mica que habían sido instaladas con esmero y de forma intencionada en una remota fecha por unas gentes que debían de dominar el arte de cortar y manipular este material. Las hojas miden ocho metros cuadrados y forman dos capas, que se hallan dispuestas una directamente sobre la otra³.

La mica no es una sustancia uniforme, sino que contiene oligoelementos de distintos metales dependiendo del tipo de formación de roca en la que se halle. Por lo general estos metales incluyen potasio y aluminio, así como hierro ferroso

y férrico, magnesio, litio, manganeso y titanio en cantidades variables. Los oligoelementos hallados en el templo de Mica de Teotihuacán indican que las capas que se encuentran debajo del suelo corresponden a un tipo que existe sólo en Brasil, a unos tres mil doscientos kilómetros de distancia⁴. Resulta evidente, por tanto, que los constructores del templo necesitaban utilizar ese tipo de mica y estaban dispuestos a obtenerla pese a las dificultades que ello representaba, ya que de lo contrario habrían utilizado la mica local, más económica y sencilla de obtener.

La mica no constituye un material que suela emplearse para revestir suelos. Su utilización para formar unas capas debajo del suelo, quedando por tanto invisible, nos parece algo especialmente curioso cuando recordamos que no existe ninguna otra estructura antigua en las Américas, ni en otro lugar del mundo, que incluya ese elemento⁵.

Es lamentable que nunca consigamos establecer la posición exacta, y mucho menos el propósito, de la amplia hoja de mica que Bartres desenterró y retiró de la pirámide del Sol en 1906. Por otra parte, las dos capas intactas del templo de Mica, que descansan en un lugar en el que no cumplían ninguna función decorativa, sugieren que estaban destinadas a otro fin muy distinto y concreto. Conviene recordar que la mica posee unas características que la hacen muy útil para diversas aplicaciones tecnológicas. En la industria moderna se emplea para la construcción de condensadores y es muy apreciada como aislante térmico y eléctrico. Asimismo, es un material opaco a los neutrones rápidos y sirve de moderador en reacciones nucleares.

Borrar mensajes del pasado

Pirámide del Sol, Teotihuacán

Tras ascender más de sesenta metros por una serie de tramos de peldaños de piedra alcancé la cima y alcé la vista para contemplar el cénit. Era el mediodía del 19 de mayo, y el sol se hallaba exactamente sobre nosotros, como volvería a estarlo el 25 de julio. En esas dos fechas, y no por casualidad, la fachada occidental de la pirámide aparecía orientada justo hacia la posición de la puesta de sol⁶.

Un efecto más intrigante, aunque no menos deliberado, se observaba en los equinoccios, el 20 de marzo y el 22 de septiembre. En esas fechas el paso de los rayos del sol de sur a norte se producía al mediodía en la progresiva obliteración

de una sombra perfectamente recta que se extendía a lo largo de uno de los niveles inferiores de la fachada occidental. El proceso, desde la más completa sombra hasta una intensa iluminación, duraba exactamente 66,6 segundos. Llevaba haciéndolo sin falta, año tras año, desde que la pirámide había sido construida, y seguiría haciéndolo hasta que el gigantesco edificio se desmoronara y quedara reducido a un montón de polvo⁷.

Esto significaba que al menos una de las numerosas funciones de la pirámide había sido la de servir como «reloj perenne», señalando con precisión los equinoccios y facilitando las correcciones de calendario como y cuando éstas fueran necesarias para un pueblo en apariencia tan obsesionado por el paso y la medición del tiempo como lo eran los mayas. Asimismo, indicaba que los constructores de Teotihuacán debían de poseer un enorme volumen de datos astronómicos y geodésicos, a los cuales se remitieron a fin de situar la pirámide del Sol en la orientación necesaria para conseguir los efectos equinocciales deseados.

Se trata de una planificación y arquitectura de primer orden. La estructura había sobrevivido al paso de milenios y a las desastrosas obras de restauración de buena parte del armazón de la pirámide que se llevaron a cabo en la primera década del siglo XX por parte del autoproclamado restaurador Leopoldo Bartres. Aparte de robar unas pruebas de gran valor que nos hubieran ayudado a comprender mejor los fines con los que había sido construido este enigmático edificio, este repulsivo lacayo del corrupto dictador de México, Porfirio Díaz, había retirado la capa externa de piedra, mortero y yeso en una profundidad de más de seis metros de las fachadas norte, este y sur. El resultado fue catastrófico: la superficie de adobe que yacía debajo empezó a disolverse bajo las fuertes lluvias y a mostrar un flujo plástico que amenazaba con destruir todo el edificio. Aunque de inmediato se tomaron medidas con objeto de evitar un desastre, nada puede alterar el hecho de que la pirámide del Sol se ha visto despojada de la mayoría de los elementos originales de su superficie.

Desde el punto de vista arqueológico, se trata de un imperdonable acto de profanación. Debido a ello, jamás averiguaremos el significado de las numerosas esculturas, inscripciones, bajorrelieves y artefactos que fueron arrancados junto

con los seis metros de armazón. Ésta no fue, sin embargo, la consecuencia más lamentable del grotesco acto de vandalismo que perpetró Bartres. Existen pruebas que indican que los desconocidos arquitectos de la pirámide del Sol pudieron incorporar de modo fortuito unos datos científicos en muchas de las dimensiones clave de la gran estructura. Estas pruebas han sido recogidas y extrapoladas de la fachada occidental que ha permanecido intacta (la cual, no por casualidad, constituye la fachada donde se observaban los intencionados efectos equinocciales), pero gracias a Bartres no obtendremos una información similar de las otras tres fachadas, debido a las arbitrarias modificaciones que éstas sufrieron. De hecho, al distorsionar drásticamente la forma y tamaño originales de una gran parte de la pirámide, el «restaurador» mexicano privó a la posteridad de algunas de las lecciones más importantes que podía habernos legado Teotihuacán.

Números eternos

El número trascendental conocido como pi es fundamental en las matemáticas avanzadas. Con un valor algo superior a 3,14, constituye la razón del diámetro de un círculo respecto a su circunferencia. Dicho de otro modo, si el diámetro de un círculo es de 30 centímetros, el círculo medirá $30 \text{ centímetros} \times 3,14 = 94,2$ centímetros. Asimismo, puesto que el diámetro de un círculo mide exactamente el doble de su radio, podemos utilizar pi para calcular la circunferencia de cualquier círculo a partir de su radio. En este caso, sin embargo, la fórmula es la longitud del radio multiplicado por 2π . A modo de ejemplo, tomemos de nuevo un círculo de 30 centímetros de diámetro. Su radio será 15 centímetros y su circunferencia puede obtenerse de este modo: $15 \text{ centímetros} \times 2 \times 3,14 = 94,2$ centímetros. Un círculo con un radio de 25 centímetros tendrá una circunferencia de 157 centímetros ($25 \text{ centímetros} \times 2 \times 3,14$) y un círculo con un radio de 17,5 centímetros tendrá una circunferencia de 109,90 centímetros).

Estas fórmulas que utilizan el valor pi para calcular la circunferencia a partir del diámetro o el radio se aplica a todos los círculos, por grandes o pequeños que éstos sean, así como a todo tipo de esferas y hemisferios. Aunque parecen relativamente sencillas, su descubrimiento, que representó un hito revolucionario en el campo de las matemáticas, se cree que ocurrió en una fecha tardía de la historia de la humanidad. La opinión más aceptada es que Arquímedes, en el siglo III a. C., fue el primer hombre que calculó el valor correcto de pi, es decir, $3,14^8$. Los expertos no aceptan que ningún matemático del Nuevo Mundo hubiera descubierto pi antes de la llegada de los europeos en el siglo XVI. Por tanto,

resulta desconcertante comprobar que tanto la Gran Pirámide de Gizeh (construida más de dos mil años antes del nacimiento de Arquímedes) y la pirámide del Sol en Teotihuacán, la cual data de mucho antes de la conquista, incorporen el valor pi. De hecho, lo incorporan de forma similar y de tal modo que no deja ninguna duda sobre el hecho de que los antiguos constructores a ambos lados del Atlántico conocían perfectamente este número trascendental.

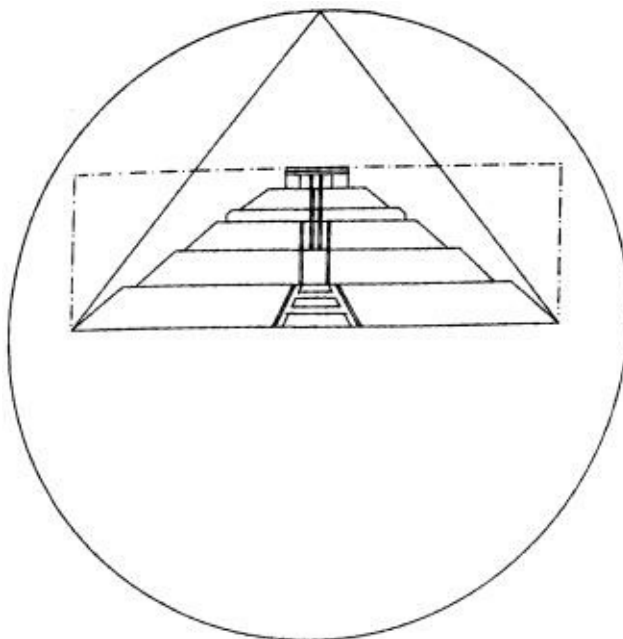
Los factores principales implicados en la geometría de una pirámide son: 1) la altura de la cima desde el suelo, y 2) el perímetro del monumento a nivel del suelo. En lo que concierne a la Gran Pirámide, la razón entre la altura original (144,4185 metros)⁹ y el perímetro (906,948 metros)¹⁰ resulta ser la misma que la razón entre el radio y la circunferencia de un círculo, es decir 2π ¹¹. Así, si tomamos la altura de la pirámide y la multiplicamos por 2π (como haríamos con el radio de un círculo para calcular su circunferencia) obtendremos el valor preciso del perímetro del monumento ($144,4185 \times 2 \times 3,14 = 906,948$ metros). Por el contrario, si damos la vuelta a la ecuación y comenzamos con la circunferencia a nivel del suelo, obtendremos una lectura igualmente precisa de la cima ($906,948$ dividido por 2 dividido por $3,14 = 144,418$ metros).

Puesto que resulta prácticamente inconcebible que una correlación matemática de tal precisión se produjera por azar, estamos obligados a deducir que los constructores de la Gran Pirámide conocían pi e incorporaron deliberadamente su valor a las dimensiones del monumento.

Ahora tomemos la pirámide del Sol en Teotihuacán. El ángulo de sus costados es $43,5^\circ$ ¹² (en el caso de la Gran Pirámide, de 52°)¹³. El monumento mexicano posee una inclinación más suave debido a que el perímetro de su base, de 879,84 metros¹⁴, no es mucho más pequeño que el de su homólogo egipcio, mientras que la cima es considerablemente más baja (aproximadamente 70,05 metros antes de la «restauración» de Bartres)¹⁵.

La fórmula pi que funciona en la Gran Pirámide no funciona con esas medidas. Es necesario aplicar una fórmula 4π . Así, si tomamos la altura de la pirámide del Sol (70,05 metros) y la multiplicamos por 4π , obtendremos de nuevo una lectura muy precisa del perímetro: $70,05 \text{ metros} \times 4 \times 3,14 = 879,828$ metros (una

discrepancia de menos de dos centímetros de la cifra real de 879,84 metros).



La altura de la pirámide del Sol $\times 4\pi$ = el perímetro de su base. La altura de la Gran Pirámide de Gizeh $\times 2\pi$ = el perímetro de su base.

Esto, sin duda, no puede ser una mera coincidencia, al igual que tampoco puede serlo la relación π extrapolada de las dimensiones del monumento egipcio. Por lo demás, el mismo hecho de que ambas estructuras incorporen unas relaciones π (cuando ninguna de las otras pirámides a ambos lados del Atlántico lo hacen) indica de forma clara no sólo la existencia de unos avanzados conocimientos matemáticos en la Antigüedad, sino también cierto misterioso propósito común.

Como hemos visto, la deseada razón altura/perímetro de la Gran Pirámide (2π) requería la especificación de un complicado e idiosincrático ángulo de inclinación en sus costados: 52° . Asimismo, la deseada razón altura/perímetro de la pirámide del Sol (4π) requería la especificación de un ángulo de inclinación igualmente excéntrico: $43,5^\circ$. Si no hubiera existido un motivo ulterior, sin duda a los antiguos arquitectos egipcios y mexicanos les habría resultado más sencillo optar por un ángulo de 45° (que habrían obtenido y verificado sin problemas dividiendo un ángulo recto).

¿Cuál debió de ser el propósito común que llevó a los constructores de las pirámides a ambos lados del Atlántico a tomarse la molestia de incorporar el valor π con tanta precisión en estos dos extraordinarios monumentos? Puesto que todo indica que no existió un contacto directo entre las civilizaciones de México y Egipto en los períodos en que se construyeron las pirámides, ¿acaso no es

razonable deducir que ambas, en una remota fecha, heredaron ciertas ideas de una fuente común?

¿Es posible que la idea compartida y expresada en la Gran Pirámide y la Pirámide del Sol tuviera algo que ver con las esferas, ya que éstas, al igual que las pirámides, son unos objetos tridimensionales (mientras que los círculos, por ejemplo, poseen sólo dos dimensiones)? El deseo de simbolizar unas esferas en unos monumentos tridimensionales que poseyeran unas superficies lisas explicaría por qué los constructores se afanaron en incorporar en ambas pirámides unas inconfundibles relaciones pi. Por otro lado, parece probable que la intención de los constructores de ambos monumentos no fuera simbolizar unas esferas en general, sino centrar la atención sobre una esfera concreta: el planeta Tierra.

Pasará mucho tiempo antes de que los arqueólogos ortodoxos estén dispuestos a aceptar que algunos pueblos del mundo antiguo eran lo bastante avanzados en materia de ciencia para haber poseído una información precisa sobre la forma y el tamaño de la Tierra. No obstante, según los cálculos de Livio Catullo Stecchini, un profesor americano de Historia de la Ciencia y un reputado experto en medidas antiguas, las pruebas que apuntan a la existencia de esos conocimientos anómalos en la Antigüedad son irrefutables¹⁶. Las conclusiones de Stecchini, que se refieren sobre todo a Egipto, resultan extraordinarias porque se han establecido a partir de unos datos matemáticos y astronómicos que, según todas las autoridades en la materia, no pueden cuestionarse¹⁷. En la parte VII del libro presentamos un examen más detallado de estas conclusiones, y de la naturaleza de los datos en los que se sustentan. Llegados a este punto, sin embargo, conviene citar unas palabras de Stecchini que es posible arrojen más luz sobre el misterio al que nos enfrentamos:

La idea básica de la Gran Pirámide era que debía ser una representación del hemisferio septentrional de la Tierra, un hemisferio proyectado sobre superficies lisas como cuando se traza un mapa... La Gran Pirámide fue una proyección sobre cuatro superficies triangulares. La cúspide representaba el polo y el perímetro el ecuador. Éste es el motivo de que el perímetro está en relación 2π con la altura. La Gran Pirámide representa el hemisferio septentrional en una escala de 1:43.200¹⁸.

En la parte VII del libro veremos por qué se eligió esta escala.

Una ciudad matemática

Ante mí, mientras me dirijo hacia el extremo norte de la calle de los Muertos, se alza la pirámide de la Luna, que por fortuna no ha sido profanada por restauradores y conserva su forma original como un zigurat de cuatro niveles. La pirámide del Sol poseía también cuatro niveles, pero Bartres tuvo la ocurrencia de esculpir un quinto nivel más entre el tercero y el cuarto.

No obstante, la pirámide del Sol poseía un elemento original que Bartres no consiguió destruir: un pasadizo subterráneo que partía de una cueva natural que se encuentra bajo la fachada occidental. Tras su fortuito hallazgo en 1971, el pasadizo fue explorado a fondo. De dos metros de altura, comprobaron que discurría a lo largo de más de noventa metros antes de alcanzar un punto cercano al geométrico centro de la pirámide¹⁹. Allí el pasadizo desembocaba en una segunda cueva, de grandes dimensiones, que había sido ampliada de modo artificial y presentaba una forma similar a un trébol de cuatro hojas. Las «hojas» constituían unas estancias, cada una de las cuales medía dieciocho metros de circunferencia; todas contenían diversos objetos, tales como unos discos de pizarra con unos hermosos grabados y unos bruñidos espejos. También descubrieron un complejo sistema de drenaje que consistía en unos segmentos de tuberías talladas en la roca que se comunicaban²⁰.

Este último hallazgo dejó perplejos a los arqueólogos, puesto que no sabían que existiera una fuente de agua dentro de la pirámide²¹. Los canales, sin embargo, no dejaban duda de que antiguamente había agua en el interior del monumento, y a buen seguro en grandes cantidades. Esto me recordó las pruebas que indicaban que antes fluía agua por la calle de los Muertos, las esclusas y los tabiques que había visto hacía poco al norte de la ciudadela, y la teoría de Schlemmer sobre los estanques reflectantes y las predicciones sísmicas.

De hecho, cuanto más pensaba en ello más convencido estaba de que el agua debió de constituir un motivo dominante en Teotihuacán. Aunque apenas había tenido tiempo de asimilarlo todo aquella mañana, el templo de Quetzalcóatl estaba decorado no sólo con efigies de la Serpiente Emplumada, sino con un inconfundible simbolismo de carácter acuático, en concreto un diseño ondulante que evocaba olas y un gran número de conchas maravillosamente esculpidas. Con estas imágenes en la mente, llegué a la amplia plaza que se hallaba al pie de la pirámide de la Luna y la imaginé llena de agua, como debió de estarlo en la Antigüedad, hasta una profundidad de aproximadamente tres metros. Debía de

ofrecer un aspecto magnífico: majestuosa, poderosa y serena.

La pirámide de Akapana, en la lejana Tiahuanaco, también se encontraba rodeada de agua, siendo ésta el motivo dominante en aquel lugar, como volvía a serlo en Teotihuacán.

Comencé a trepar por la pirámide de la Luna. Era más pequeña que la pirámide del Sol, con menos del doble del tamaño de ésta, y se calculaba que estaba formada por aproximadamente un millón de toneladas de piedra y tierra, a diferencia de los dos millones y medio de toneladas que constituían la pirámide del Sol. Es decir, el total de ambos monumentos arrojaba una cifra de tres millones y medio de toneladas. No era probable que esta cantidad de material hubiera sido manipulada por menos de quince mil hombres y se calcula que estos debieron de invertir como mínimo treinta años en completar esta gigantesca tarea²².

No había escasez de obreros en las inmediaciones de Teotihuacan; el Proyecto Cartográfico había demostrado que la población de la ciudad en su apogeo rondaba los doscientos mil habitantes, convirtiéndola en una metrópoli más grande que la Roma imperial de los Césares. Asimismo, el proyecto había confirmado que los principales monumentos visibles hoy en día ocupaban tan sólo una pequeña parte del área de la antigua Teotihuacán. En su época de máximo esplendor, la ciudad se extendía a lo largo de más de treinta kilómetros cuadrados e incorporaba unas cincuenta mil viviendas individuales dispuestas en dos mil recintos de apartamentos, seiscientas pirámides y templos subsidiarios y quinientas zonas de «manufactura» especializadas en cerámica, estatuillas, lapidaria, conchas, basalto, pizarra y trabajos con piedra triturada²³.

En el nivel superior de la pirámide de la Luna me detuve y me volví despacio. En el valle, que descendía con suavidad hacia el sur, se extendía ante mi todo Teotihuacán, una ciudad geométrica que había sido diseñada y construida por arquitectos desconocidos en tiempos anteriores al inicio de la Historia. Hacia el este, presidiendo la calle de los Muertos, recta como una flecha, se erguía la pirámide del Sol, emitiendo eternamente el mensaje matemático que se había incorporado a ella hacía miles de años, un mensaje que parecía dirigir nuestra atención a la forma de la Tierra.

Era como si la civilización que había construido Teotihuacán hubiera decidido codificar una compleja información en estos imperecederos monumentos a través de un lenguaje matemático. ¿Por qué un lenguaje matemático?

Tal vez porque, con independencia de los grandes cambios y transformaciones que experimentara la civilización humana, el radio de un círculo multiplicado por 2π (o la mitad del radio multiplicado por π) daría siempre la cifra correcta de la circunferencia del círculo. Es decir, habían elegido un lenguaje matemático por razones prácticas: a diferencia de una lengua verbal, ese código siempre podría ser descifrado, incluso por gentes de culturas distintas que aparecieran miles de años después de la construcción de estos monumentos.

Por enésima vez me hallaba ante la asombrosa posibilidad de que un episodio de la historia de la humanidad hubiera sido olvidado. Mientras contemplaba la ciudad matemática de los dioses desde la cima de la pirámide de la Luna, pensé que nuestra especie pudo verse afligida por una terrible amnesia y que el oscuro período al que nos referíamos con tanta ligereza como la «prehistoria» tal vez ocultara unas verdades inimaginables sobre nuestro pasado.

A fin de cuentas ¿qué es la prehistoria, sino un tiempo que ha caído en el olvido, un tiempo del que no tenemos constancia? ¿Qué es, sino una época de impenetrable oscuridad a través de la cual pasaron nuestros ancestros, pero sobre la que no guardamos recuerdos conscientes? Fue de esa época de oscuridad, configurada en un código matemático junto con líneas astronómicas y geodésicas, que nos fue enviado Teotihuacán con todos sus enigmas. Y fue en esa misma época cuando surgieron las grandes esculturas olmecas, el calendario inexplicablemente preciso y exacto que los mayas heredaron de sus predecesores, los inescrutables jeroglíficos de Nazca, la misteriosa ciudad andina de Tiahuanaco... y tantas otras maravillas cuyos orígenes desconocemos.

Es como si nos hubiéramos despertado a la luz de la Historia tras permanecer sumidos en un largo y agitado sueño, y continuáramos sintiéndonos turbados por los débiles pero insistentes ecos de nuestros sueños...

NOTAS

1. MYSTERIES OF THE MEXICAN PYRAMIDS, p. 202.
2. Ibíd. The Pyramids of Teotihuacan, p. 16.
3. The Pyramids of Teotihuacan, p. 16.
4. Encyclopaedia Britannica, 8: 90, y The Lost Realm, p. 53.
5. The Pyramids of Teotihuacan, p. 16.
6. México: Rough Guide, p. 217.
7. Mysteries of the Mexican Pyramids, p. 252.
8. Encyclopaedia Britannica, 9: 415.
9. I. E. S. Edwards: The Pyramids of Egypt, Penguin, Londres, 1949, p. 87.
10. Ibíd.
11. Ibíd, p. 219.
12. Mysteries of the Mexican Pyramids, p. 55.
13. The Pyramids of Egypt, pp. 87, 219.
14. The Ancient Kingdoms of México, p. 74.
15. México, p. 201; The Atlas of Mysterious Places, p. 156.
16. La presentación más accesible a la obra de Stecchini se halla en el apéndice que escribió para Peter Tompkins: Secrets of the Great Pyramid, pp. 287-382.
17. Véase: The Traveller's Key to Ancient Egypt, p. 95.
18. Stecchini, en un apéndice a: Secrets of the Great Pyramid, p. 378. El perímetro de la Gran Pirámide es exactamente igual a la mitad de minuto de arco. Véase: Mysteries of the Mexican Pyramids, p. 279.
19. The Pyramids of Teotihuacan, p. 20.
20. Mysteries of the Mexican Pyramids, pp. 335-339.
21. Ibíd.
22. The Riddle of the Pyramids, pp. 188-193.
23. The Prehistory of the Américas, p. 281. Véanse también: The Cities of Ancient México, p. 178; y Mysteries of the Mexican Pyramids, pp. 226-236.

PARTE IV

EL MISTERIO DE LOS MITOS (I)

Una especia aquejada de amnesia

ECOS DE NUESTROS SUEÑOS

En algunos de los más poderosos y persistentes mitos que hemos heredado de tiempos pasados, nuestra especie parece conservar un recuerdo confuso pero resonante sobre una terrorífica catástrofe global.

¿De dónde provienen esos mitos?

¿Por qué, a pesar de derivar de culturas que no guardan relación entre sí, contienen unas historias tan semejantes? ¿Por qué están cargados de un simbolismo común? ¿Y por qué suelen compartir los mismos personajes y trama argumental? Si se trata en efecto de unos recuerdos, ¿por qué no existen documentos históricos sobre los desastres planetarios a los que parecen referirse? ¿Es posible que los mismos mitos constituyan unos documentos históricos? ¿Es posible que estas sugerentes e inmortales historias, creadas por genios anónimos, fueran el medio utilizado para registrar tal información y transmitirla en los tiempos anteriores al comienzo de la Historia?

Y el arca flotó sobre las aguas

En la vieja Sumer, había un rey que buscaba la eterna juventud. Se llamaba Gilgamesh. Conocemos sus proezas debido a que los mitos y las tradiciones de Mesopotamia, grabadas en escritura cuneiforme sobre tablillas de arcilla han sobrevivido. Miles de esas tablillas, algunas de las cuales se remontan al comienzo del tercer milenio antes de nuestra era, han sido desenterradas en las arenas del Irak moderno, y transmiten una singular e interesante imagen de una cultura desaparecida, además de recordarnos que incluso en aquellos tiempos tan remotos los seres humanos conservaban recuerdos de unas épocas aún más remotas, unas épocas de las que estaban separados por el episodio de un gigantesco y trágico diluvio:

Proclamaré al mundo las proezas de Gilgamesh. Éste era un hombre que conocía todas las cosas; era un rey que conocía los países del mundo. Era sabio, veía misterios y conocía cosas secretas, y nos trajo un relato sobre los días anteriores al diluvio. Empezó un largo viaje, estaba cansado, rendido de fatiga, y al regresar descansó y grabó toda la historia sobre una piedra¹.

La historia que Gilgamesh trajo consigo le había sido contada por un tal Utnapishtim, un rey que había gobernado miles de años antes y había sobrevivido a un gran diluvio, siendo recompensado con el don de la inmortalidad por haber preservado las semillas de la humanidad y de todos los seres vivos.

Hace mucho, mucho tiempo, explicaba Utnapishtim, los dioses gobernaban la Tierra: Anu, señor del firmamento, Enlil, quien imponía las leyes divinas, Ishtar, diosa de la guerra y del amor carnal y Ea, señor de las aguas, amigo natural y protector del hombre.

En aquellos días el mundo estaba repleto de gente, los seres humanos se multiplicaban, el mundo bramaba como un toro salvaje, y el clamor despertó al gran dios. Al percibir el clamor, Enlil dijo a los dioses que se habían reunido en consejo: «El tumulto creado por la humanidad es intolerable, y debido a esta babel resulta imposible dormir.» Así pues, los dioses decidieron exterminar a la humanidad².

Ea, sin embargo, se apiadó de Utnapishtim. Hablando a través del muro de juncos de la casa del rey, le contó que se avecinaba una catástrofe y le ordenó que construyera una embarcación en la que su familia y él pudieran sobrevivir:

Destruye tu casa y construye una barca, abandona todas tus pertenencias y ve en busca de la vida, deja atrás los bienes materiales y salva tu alma... Destruye tu casa, te digo, y construye una barca con sus dimensiones en la justa proporción, con su anchura y longitud en armonía. Instala a bordo de la barca la semilla de todos los seres vivos³.

En un abrir y cerrar de ojos, Utnapishtim construyó la barca según las indicaciones de Ea. «Instalé en ella todo cuanto poseía —dijo— y coloqué a bordo la semilla de todos los seres vivos»:

Instalé a bordo a todos mis parientes, cabezas de ganado, animales salvajes procedentes de los espacios abiertos, a toda suerte de artesanos... Cuando aparecieron las primeras luces del alba, surgió una nube negra desde la base del cielo; estallaron unos relámpagos sobre los que cabalgaba Adad, el señor de las tormentas... Un clamor de desesperación ascendió hacia los cielos cuando el dios de las tormentas transformó la luz en oscuridad, cuando destrozó la tierra como si ésta fuera una taza...

El primer día la tempestad sopló con fuerza y provocó un diluvio... Nadie era capaz de ver a sus semejantes; las personas no se distinguían del cielo. Incluso los dioses sintieron pavor ante aquel diluvio. Se retiraron, ascendieron al cielo de Anu y permanecieron agazapados en las afueras. Los dioses estaban acobardados como vulgares rufianes mientras Ishtar gritaba: «¿Acaso he parido unos hijos sólo para que sacien sus cuerpos con el mar como si fueran peces?»⁴

Entre tanto, continuó Utnapishtim:

Durante seis días y seis noches sopló el viento, los torrentes y la tempestad y el diluvio anegaron el mundo, la tempestad y el diluvio bramaban como guerreros en lucha. Cuando amaneció al séptimo día la tormenta del sur se aplacó, las aguas del mar se calmaron, el diluvio cesó. Yo contemplé la faz del mundo y todo estaba en silencio. La superficie del mar aparecía lisa como un tejado. Toda la humanidad se había vuelto de arcilla... Abrí un ojo de buey y la luz iluminó mi rostro. Luego agaché la cabeza, me senté y rompí a llorar. Las lágrimas rodaban por mi rostro, pues por doquier se extendía la desolación causada por el agua... A una distancia de catorce leguas apareció una montaña, y la barca embarrancó allí; quedó atrapada en la montaña de Nisir, inmóvil... Cuando amaneció al séptimo día solté una paloma y dejé que se alejara volando. Pero como no halló un lugar donde posarse, regresó. Luego solté una golondrina; ésta se alejó volando, pero al no hallar un lugar donde posarse también regresó. Solté un cuervo, el cual al comprobar que las aguas habían retrocedido comió, revoloteó sobre la barca, emitió unos graznidos y no regresó⁵.

Utnapishtim comprendió que estaban a salvo y que era el momento de desembarcar:

Derramé una libación sobre la cima de la montaña... Apilé troncos y cañas y madera de cedro y mirto... Cuando los dioses percibieron el dulce aroma, se aproximaron como moscas atraídas por la ofrenda...⁶

Estos textos no son los únicos que han llegado a nosotros desde la antigua tierra de Sumer. En otras tablillas —algunas de las cuales tienen una antigüedad de más de cinco mil años y otras menos de tres mil— la «figura de Noé» de Utnapishtim es conocida como Zisudra, Xisuthros o Atrahasis. No obstante, siempre es reconocible como el mismo personaje patriarcal, el cual recibe una advertencia del mismo dios misericordioso, sobrevive al mismo diluvio universal en un arca y sus descendientes repueblan el mundo.

Existen muchas y obvias similitudes entre el mito del diluvio mesopotámico y la célebre historia bíblica de Noé y el diluvio⁷. Los eruditos no se ponen de acuerdo sobre la naturaleza de esas similitudes, pero lo importante es que en cada esfera de influencia se ha preservado para la posteridad la misma tradición solemne, una que describe en un lenguaje gráfico una catástrofe global y la práctica aniquilación de la humanidad.

Centroamérica

Un mensaje idéntico fue preservado en el valle de México, en las antípodas de los montes Ararat y Nisir. Allí, un lugar cultural y geográficamente aislado de las influencias judeo-cristianas y muchos siglos antes de la llegada de los españoles, se relataban leyendas que describían un gigantesco diluvio. Como recordará el lector, en la parte III del libro decíamos que según las leyendas este diluvio había anegado la Tierra entera hacia finales del Cuarto Sol: «La destrucción se produjo en forma de unas torrenciales lluvias e inundaciones. Las montañas desaparecieron y los hombres se transformaron en peces...»⁸

Según la mitología azteca sólo sobrevivieron dos seres humanos: un hombre, Coxcoxtli, y su mujer, Xochiquet-zal, quienes habían sido advertidos del cataclismo por un dios. Huyeron en una gran embarcación que el dios les mandó construir y embarrancaron en la cima de una elevada montaña. Allí desembarcaron y tuvieron muchos hijos, y permanecieron mudos hasta que una paloma que se posó en un árbol les ofreció el don de las lenguas. Estas lenguas eran tan distintas que ni siquiera sus hijos se comprendían entre sí⁹.

Otra tradición centroamericana, la de los michoacaneseccas, guarda una semejanza aún más asombrosa con la historia que hemos visto en el Génesis y en las fuentes mesopotámicas. Según esta tradición, el dios Tezcatilpoca decidió destruir a la humanidad entera con un diluvio, salvo a un tal Tezpi, que embarcó en una espaciosa barca con su esposa, sus hijos y numerosos animales y aves, además de una provisión de grano y semillas, cuya preservación era esencial para la futura subsistencia de la raza humana. La barca embarrancó en la cima de una montaña después de que Tezcatilpoca decretara que las aguas del diluvio se retiraran. Deseoso de averiguar si resultaba prudente desembarcar, Tezpi envió a un buitre que, tras alimentarse de los restos de animales desperdigados por toda la Tierra, no regresó. El hombre envió a otras aves, de las cuales sólo regresó el colibrí, sosteniendo una rama llena de hojas en el pico. Al observar este signo de que la Tierra había comenzado a regenerarse, Tezpi y su familia abandonaron el arca, se multiplicaron y repoblaron el mundo¹⁰.

En el *Popol Vuh* se preservan también recuerdos de un pavoroso diluvio que fue desencadenado por la ira divina. Según este arcaico texto, el Gran Dios decidió crear a la humanidad poco después del inicio del tiempo. Fue un experimento y comenzó con unas «figuras hechas de madera que parecían unos hombres y

hablaban como tales». Estas criaturas cayeron en desgracia porque «no se acordaron de su Creador»:

Y el Corazón del Cielo desencadenó un diluvio; se formó un gran diluvio que se abatió sobre las criaturas de madera... Una pesada resina cayó de los cielos... la faz de la Tierra se ensombreció y una lluvia negra cayó incesantemente durante días y noches... Las criaturas de madera fueron aniquiladas, destruidas, despedazadas y asesinadas¹¹.

Sin embargo, no todos perecieron. Al igual que los aztecas y los michoacaneseas, los mayas de Yucatán y Guatemala creían que unas figuras similares a la de Noé y su esposa, «el Gran Padre y la Gran Madre», habían sobrevivido al diluvio para poblar de nuevo la Tierra y convertirse así en los ancestros de todas las futuras generaciones de la humanidad¹².

Sudamérica

Al trasladarnos a Sudamérica nos encontramos con los chibchas de Colombia central. Según sus mitos, en el origen vivían como salvajes, sin leyes, agricultura ni religión. Un día apareció entre ellos un anciano de una raza distinta a la suya que lucía una larga barba y se llamaba Bochica. Éste les enseñó a construir chozas y a vivir en comunidad.

Su mujer, que era muy hermosa y se llamaba Chia, apareció después que él, pero era perversa y gozaba malogrando las iniciativas altruistas de su marido. Como no consiguió destruir el poder de éste, Chia utilizó unos medios mágicos para provocar un diluvio en el que pereció la mayoría de la población. Bochica se enfureció y exilió a Chia de la Tierra, enviándola al cielo, donde se convirtió en la Luna con la misión de iluminar las noches. Asimismo, Bochica hizo que cesara el diluvio y mandó llamar a los pocos supervivientes que se habían refugiado en las montañas. A partir de entonces les proporcionó leyes, les enseñó a cultivar la tierra e instituyó la adoración del Sol con festivales, sacrificios y peregrinajes periódicos. Luego repartió el poder de gobernar entre dos jefes y pasó el resto de sus días en la Tierra llevando una vida contemplativa, como un asceta. Cuando subió al cielo se convirtió en un dios¹³.

Más al sur, los cañaríes, una tribu india de Ecuador, relatan una vieja leyenda sobre un diluvio del que escaparon dos hermanos que habían buscado refugio en la cima de una elevada montaña. A medida que aumentaba el nivel del agua la montaña se hacía también más alta, de modo que los hermanos lograron sobrevivir

al desastre¹⁴.

Cuando fueron descubiertos, los indios tupinambas de Brasil veneraban una serie de héroes creadores y civilizadores. El primero de estos héroes era Monan (antiguo, viejo), de quien se dice que fue el creador de la humanidad, pero que destruyó el mundo con un diluvio y fuego¹⁵.

Perú, tal como hemos visto en la parte II del libro, es muy rico en leyendas sobre diluvios. Una de ellas se refiere a un indio a quien una llama advirtió que iba a producirse un diluvio. Juntos, el hombre y el animal huyeron a una elevada montaña llamada Vilca-Coto:

Cuando alcanzaron la cima de la montaña comprobaron que todo tipo de aves y animales se habían refugiado allí. El nivel del mar comenzó a ascender y cubrió todas las llanuras y montañas excepto la cima de Vilca-Coto; las olas eran tan grandes que los animales se vieron obligados a refugiarse en una zona reducida... Al cabo de cinco días las aguas descendieron y el mar retornó a su lecho. Pero se ahogaron todos los seres humanos salvo uno, del cual provienen todos los pueblos de la Tierra¹⁶.

Los araucanos del Chile precolombino conservan una tradición según la cual se produjo una inundación de la que se salvaron muy pocos indios. Éstos se refugiaron en lo alto de una montaña llamada Thegtheg («los truenos» o «los relámpagos»), que tenía tres picos y la capacidad de flotar sobre el agua¹⁷.

En el extremo sur del continente, una leyenda yamana de la Tierra del Fuego afirma: «La mujer-Luna causó el diluvio. Ocurrió en una época de grandes trastornos... La Luna estaba llena de odio hacia los seres humanos... En aquel entonces todo el mundo pereció ahogado excepto los pocos que consiguieron escapar a la montaña de cinco picos, que el agua no alcanzó a cubrir.»¹⁸

Otra tribu de Tierra del Fuego, los pehuenches, asocia el diluvio con un prolongado período de tinieblas. «El Sol y la Luna cayeron del cielo y el mundo permaneció sumido en la oscuridad hasta que dos gigantescos cóndores transportaron el Sol y la Luna de nuevo al cielo.»¹⁹

Norteamérica

Mientras, en la otra punta de las Américas, entre los inuit de Alaska, existía una tradición sobre un terrible diluvio que, acompañado de un terremoto, se extendió rápidamente por toda la Tierra, y sólo unas pocas personas lograron escapar en

sus canoas o se refugiaron en la cima de las montañas más elevadas, presas del terror²⁰.

Los Luisenos de Baja California cuentan una leyenda sobre un diluvio que inundó todas las montañas y destruyó a la mayor parte de la humanidad. Sólo unos pocos se salvaron al huir hacia los picos más elevados, mientras que el resto del mundo quedó inundado. Los supervivientes permanecieron allí hasta que el diluvio cesó²¹. Más hacia el norte existen unos mitos similares sobre diluvios entre los Hurones²². Y una leyenda de los Montagnais, que pertenecen a la familia de los Algonquinos, relata cómo Michabo, la Gran Liebre, reestableció el mundo después del diluvio con ayuda de un cuervo, una nutria y una rata almizclera²³.

La History of the Dakotas de Lynd, una rigurosa obra del siglo XIX en la que se recogen numerosas tradiciones indígenas que de otra forma se habrían perdido, relata un mito de los Iroqueses que hace referencia a que «el mar y las aguas habían anegado en una época la Tierra, de forma que toda vida humana quedó destruida». Los Chickasaws afirmaban que el mundo había sido destruido por el agua, «pero una familia se salvó junto con una pareja de cada especie animal». Los Sioux se refieren también a una época en que la Tierra entera estaba inundada y los seres humanos desaparecieron de su faz²⁴.

Agua, agua por doquier

¿Hasta dónde se propagan las ondas del gran diluvio a través de los mitos de la humanidad?

Hasta muy lejos. Se conocen más de quinientas leyendas sobre diluvios en todo el mundo, y a raíz de un sondeo de ochenta y seis de ellas (veinte asiáticas, tres europeas, siete africanas, cuarenta y seis americanas y diez de Australia y el Pacífico), el doctor Richard Andree, un investigador especializado en estos temas, llegó a la conclusión de que sesenta y dos estaban por completo basadas en mesopotámicos y hebreos²⁵.

Por ejemplo, los primitivos y eruditos jesuitas que se contaban entre los primeros europeos que visitaron China tuvieron la oportunidad de estudiar en la Biblioteca Imperial una vasta obra que comprendía cuatro mil trescientos veinte volúmenes que según dicen provenía de la Antigüedad y contenía «todos los conocimientos». Este gran libro incluía numerosas tradiciones referentes a las consecuencias que se derivaban de «cuando los hombres se rebelaron contra los dioses supremos y

el sistema del universo cayó en el caos»: «Los planetas modificaron su curso. El cielo descendió hacia el norte. El Sol, la Luna y las estrellas alteraron sus trayectorias. La Tierra se hizo pedazos y las aguas que yacían en su seno se levantaron con violencia y anegaron el mundo.»²⁶

En el bosque tropical malasio, los chewong creen que cada cierto tiempo su mundo, el que llaman Tierra Siete, se vuelve boca abajo de modo que todo queda inundado y destruido. No obstante, por mediación del dios creador Tohan, en la nueva y lisa superficie de lo que antaño era la parte inferior de la Tierra Siete aparecen montañas, valles y llanuras en los que se plantan nuevos árboles y nacen nuevos seres humanos²⁷.

Un mito sobre un diluvio que procede de Laos, en el norte de Tailandia, afirma que unos seres llamados thens vivían hace siglos en el reino superior, mientras que los amos del mundo inferior eran tres grandes hombres: Pu Leng Seung, Khun K'an, y Khun K'et. Un día los thens anunciaron que antes de cada comida la gente debía darles una parte de los alimentos que iban a ingerir, en señal de respeto. La gente se negó y los thens provocaron un diluvio que asoló toda la Tierra. Los tres grandes hombres construyeron una balsa, sobre la cual instalaron una casita, y se embarcaron con varias mujeres y niños. De esta forma, tanto ellos como sus descendientes consiguieron sobrevivir al diluvio²⁸.

Asimismo, los karins de Birmania poseen unas tradiciones sobre un diluvio universal del cual se salvaron dos hermanos a bordo de una balsa²⁹. Dicho diluvio también forma parte de la mitología de Vietnam, donde se dice que un hermano y una hermana sobrevivieron al ocultarse en un gran arcón de madera que también contenía una pareja de cada especie animal³⁰.

Varios pueblos australianos aborígenes, en especial aquellos cuyos territorios tradicionales se hallan a lo largo de la costa septentrional tropical, atribuyen sus orígenes a un gran diluvio que devastó el paisaje y la sociedad que existían anteriormente. Por otra parte, en los mitos sobre los orígenes de la humanidad que corresponden a otras tribus diversas, la serpiente cósmica Yurlunggur (asociada con el arco iris) es considerada la responsable del diluvio³¹.

Existen unas tradiciones japonesas según las cuales las islas del Pacífico de

Oceanía se formaron después de que las aguas de un gran diluvio retrocedieran³². En la propia Oceanía, un mito de los habitantes nativos de Hawai relata que el mundo fue destruido por un diluvio y después fue recreado por un dios llamado Tangaloa. Los samoanos creen que hubo una vez un diluvio que prácticamente aniquiló a la humanidad; sólo sobrevivieron dos seres humanos, que se embarcaron en un bote que arribó al archipiélago de Samoa³³.

Grecia, India y Egipto

Al otro lado del mundo, también la mitología griega está plagada de recuerdos de un diluvio. Sin embargo, y al igual que en Centroamérica, la inundación no es vista como un hecho aislado, sino como una serie de destrucciones y recreaciones del mundo. Los aztecas y los mayas hablaban de sucesivos Soles, o épocas (de las cuales la nuestra era considerada el Quinto y último Sol). Asimismo, las tradiciones orales de la Antigua Grecia, recogidas y puestas por escrito por Hesíodo en el siglo VIII a. C., relatan que con anterioridad a la presente creación existieron cuatro razas de hombres en la Tierra, cada una más avanzada que la siguiente, y todas ellas, puntualmente, fueron «devoradas» por un cataclismo geológico.

La primera y de más antigua creación fue la raza dorada de la humanidad, que «vivió como los dioses, sin preocupaciones, conflictos ni desgracias... Retozaban en los banquetes con unos cuerpos por siempre juveniles... Cuando morían, era como si se hubieran quedado dormidos». Al cabo de un tiempo, y por orden de Zeus, esta raza dorada acabó «hundándose en las profundidades de la Tierra». A ésta siguió una raza de plata, que fue suplantada por una raza de bronce, la cual fue sustituida por la raza de héroes, y tras ella apareció una raza de hierro —la nuestra—, la quinta y de más reciente creación³⁴.

La suerte que corrió la raza de bronce ofrece para nosotros un interés particular. Descrita en los mitos como poseedora de «la fuerza de gigantes, y unos brazos y piernas poderosos»³⁵, estos imponentes seres fueron exterminados por Zeus, el rey de los dioses, en castigo por los desmanes de Prometeo, el rebelde titán que había regalado a la humanidad el don del fuego³⁶. El mecanismo que utilizó la vengativa divinidad para destruir la Tierra fue un gigantesco diluvio.

Según la versión más popular de la historia, Prometeo preñó a una hembra humana. Esta le dio un hijo llamado Deucalión, quien gobernó la tierra de Phthia, en Tesalia, y casó con Pirra, «la rubia pelirroja», hija de Epimeteo y Pandora. Cuando Zeus tomó la terrible decisión de destruir la raza de bronce, Deucalión, advertido por Prometeo, construyó una caja de madera, introdujo en ella «todo

cuanto era necesario» y se metió en ella con Pirra. El rey de los dioses hizo que cayeran unas lluvias torrenciales del cielo, las cuales inundaron buena parte de la Tierra. Toda la humanidad pereció en este diluvio, salvo unos pocos que huyeron a las montañas más altas. «Pero ocurrió que las montañas de Tesalia se desmoronaron y todo el país, hasta el istmo y el Peloponeso se sumergió bajo el agua.»

Deucalión y Pirra flotaron sobre este mar en su caja de madera durante nueve días y nueve noches, para detenerse al fin sobre el monte Parnaso.

Allí, después de que cesaran las lluvias, desembarcaron y ofrecieron unos sacrificios a los dioses. En respuesta, Zeus envió a Hermes a Deucalión con permiso para solicitar lo que deseara. Éste deseaba que se volviera a poblar la Tierra de seres humanos. Zeus le ordenó entonces que cogiera unas piedras y las arrojara sobre su hombro. Las piedras que arrojó Deucalión se convirtieron en hombres, y las que arrojó Pirra en mujeres³⁷.

Al igual que Noé para los hebreos, los griegos de los tiempos históricos remotos consideraban a Deucalión el ancestro de su nación y fundador de numerosas ciudades y templos³⁸.

Un personaje similar era reverenciado en la India védi-ca hace más de tres mil años. Según cuenta la leyenda, un día:

... cuando un hombre sabio llamado Manu realizaba sus abluciones, halló en la palma de su mano un pececillo que le rogó que le dejara vivir. Manu se compadeció de él y lo metió en un tarro. Al día siguiente, comprobó que el pez se había hecho muy grande y lo llevó a un lago. Al poco tiempo el lago resultó demasiado pequeño para albergar al pez. «Arrójame al mar —dijo el pez [que en realidad era una manifestación del dios Visnú—, pues estaré más cómodo.» Luego advirtió a Manu que iba a desencadenarse un diluvio. Le envió una gran barca, con órdenes de instalar en ella a una pareja de cada especie viva y las semillas de cada planta, y que luego subiera él mismo a bordo³⁹.

Apenas hubo cumplido Manu las órdenes del dios cuando el océano se elevó y lo inundó todo, y lo único que se veía era a Visnú en forma de pez, una gigantesca criatura dotada de un cuerno y cubierta de escamas doradas. Manu amarró su arca al cuerno del pez y Visnú la arrastró a través de las encrespadas aguas hasta alcanzar la cima de «la Montaña del Norte»⁴⁰:

El pez dijo: «Te he salvado; amarra la barca a un árbol para impedir que la arrastren las aguas mientras permaneces en la montaña; a medida que decrezcan las aguas, tú descenderás.» Manu descendió junto con las aguas.

El diluvio había exterminado a todas las criaturas y sólo quedó Manu⁴¹.

Con él, y con los animales y plantas que Manu había salvado de la destrucción, comenzó una nueva era del mundo. Al cabo de un año surgió de las aguas una mujer que dijo ser la hija de Manu. La pareja se casó y tuvieron hijos, convirtiéndose en los padres de la presente raza de la humanidad⁴².

Por último, veamos también cómo las tradiciones del Antiguo Egipto se refieren a un gran diluvio. Un texto funerario hallado en la tumba del faraón Seti I, por ejemplo, habla sobre la destrucción de la pecadora humanidad por medio de un diluvio⁴³. Las razones de esta catástrofe se detallan en el capítulo CLXXV del Libro de los Muertos, el cual atribuye el siguiente parlamento a Tot, dios de la Luna:

Han librado batallas, han organizado revueltas, han perpetrado actos malvados, han creado hostilidades, han asesinado, han causado conflictos y opresión... [Por tanto] voy a destruir todo cuanto he creado. La Tierra se hundirá en el abismo por medio de un diluvio, y su superficie aparecerá lisa como en tiempos pretéritos⁴⁴.

Seguir el rastro de un misterio

Con las palabras de Tot hemos completado el círculo y llegamos a los sumerios y al diluvio bíblico. «Y la tierra se llenó de violencia», dice el *Génesis*:

Miró Dios a la Tierra, y vio que estaba corrompida, porque toda carne había corrompido su camino sobre la Tierra. Dijo entonces Dios a Noé: «He determinado acabar con todos, ya que por causa de ellos la Tierra está llena de violencia, y voy a exterminarlos a ellos con la Tierra.»⁴⁵

Al igual que el diluvio de Deucalión, el de Manu y el que destruyó el Cuarto Sol de los aztecas, el diluvio bíblico marcó el fin de una era del mundo. A ésta siguió una nueva era: la nuestra, poblada por los descendientes de Noé. Desde el principio, sin embargo, se sabía que también esta era tendría un catastrófico fin. Tal como dice la vieja canción: «Dios dio a Noé la señal del arco iris; no más agua, la próxima vez será fuego.»

La fuente bíblica de esta profecía sobre una destrucción mundial se halla en la Segunda Epístola de san Pedro:

Ante todo, sabed que en los últimos días vendrán escarnecedores con sus burlas, que andarán según sus propios deseos y [que dirán:] «¿Dónde está la promesa de su parusía? Desde que murieron los padres, todo sigue como desde el principio de la creación.» Al afirmar esto, se les escapa que en otros tiempo hubo cielos y hubo Tierra, salida del agua, que en medio del agua tomó consistencia por la palabra de Dios. Por ello, el mundo de entonces pereció en el diluvio. Pero los cielos y la Tierra de ahora están guardados por la misma palabra, reservados para el fuego en el día del juicio y de la destrucción de los impíos... Pero el Día del Señor vendrá como un ladrón. En él desaparecerán los cielos con estrépito; los elementos se disolverán abrasados por el fuego, y así quedará al descubierto la Tierra con todas las obras que hay en ella⁴⁶.

La Biblia, por consiguiente, contempla dos eras del mundo, siendo la nuestra la segunda y última. En otras culturas se registran distintos números de creaciones y destrucciones. En China, por ejemplo, las eras se denominan kis, diez de las cuales se dice que han transcurrido desde el inicio del tiempo hasta Confucio. Al término de cada kis, «en una violenta convulsión de la naturaleza, el mar es arrastrado fuera de su lecho, las montañas son arrancadas del suelo, los ríos alteran su curso, los seres humanos y todo queda destruido, y las viejas huellas borradas...»⁴⁷.

Las escrituras budistas hablan de «siete soles», cada uno de los cuales llega a su fin por medio de agua, fuego o viento⁴⁸. Al término del séptimo sol, el actual «ciclo del mundo», se supone que «la Tierra estallará en llamas»⁴⁹. Las tradiciones aborígenes de Sarawak y Sabah relatan que antiguamente el cielo apareció «bajo» y nos dicen que «perecieron seis soles... En la actualidad el mundo está iluminado por el séptimo sol»⁵⁰. Asimismo, los Libros Sibílicos se refieren a «nueve soles que representan nueve eras», y profetizan que aún vendrán otras dos eras, es decir, el octavo y el noveno sol⁵¹.

Al otro lado del océano Atlántico, los indios hopi de Arizona (parientes lejanos de los aztecas)⁵² hablan de tres soles anteriores, cada uno de los cuales culminó en una gran aniquilación a la que siguió una reemergencia paulatina de la humanidad. Según la cosmología azteca, existían cuatro soles anteriores al nuestro. Estas pequeñas diferencias respecto al número preciso de destrucciones y creaciones

contempladas en esta u otra mitología no deben distraernos de la extraordinaria convergencia que existe entre antiguas tradiciones. Estas tradiciones, extendidas en todo el mundo, parecen conmemorar una serie de catástrofes. En muchos casos el carácter de cada cataclismo queda oscurecido por el uso de un lenguaje poético y la abundancia de metáforas y símbolos. Asimismo, con frecuencia se describen como mínimo dos tipos distintos de desastres que parecen haberse producido de forma simultánea (por lo general, diluvios y terremotos, aunque a veces se trata de fuego y una terrorífica oscuridad).

Todo ello contribuye a crear un cuadro confuso. Los mitos de los hopi, sin embargo, destacan por su claridad y sencillez. Esto es lo que nos dicen:

El primer mundo fue destruido, en castigo por los desmanes cometidos por la humanidad, por medio de un fuego devorador que provino del cielo y el infierno. El segundo mundo terminó cuando el globo terráqueo cayó de su eje y todo quedó cubierto de hielo. El tercer mundo finalizó con un diluvio universal. El presente mundo es el cuarto. Su suerte depende de que sus habitantes se comporten de acuerdo con los planes del Creador⁵³.

Estamos siguiendo el rastro de un misterio. Y aunque jamás logremos comprender los planes del Creador, debemos alcanzar un juicio respecto al enigma de nuestros mitos convergentes sobre una destrucción mundial.

A través de estos mitos, las voces de nuestros antepasados se dirigen a nosotros. Pero ¿qué intentan decirnos?

NOTAS

1. The Epic of Gilgameshy Penguin Classics, Londres, 1988, p. 61.
2. Ibíd., p. 108.
3. Ibíd., y Myths from Mesopotamia, p. 110.
4. Myths from Mesopotamia, pp. 112-113; Gilgamesh, pp. 109-111; Edmund Sollberger: The Babylonian Legend of the Flood, British Museum Publications, 1984, p. 26.
5. Gilgameshy p. 111.
6. Ibíd.
7. Extractos del Génesis, capítulos 6, 7 y 8:
Viendo Yahvéh que era grande la maldad del hombre sobre la Tierra, y que todo el designio de su corazón tendía siempre y únicamente al mal. Se arrepintió Yahvéh de haber hecho al hombre en la Tierra, se dolió en su corazón... Y Dios dijo: «He determinado acabar con todos, ya que por causa de ellos la Tierra está llena de violencia... Por mi parte, voy a traer

el diluvio: las aguas sobre la Tierra, para exterminar toda la carne en la que hay hálito de vida debajo de los cielos; cuanto hay en la Tierra perecerá.»

Salvando únicamente a Noé y su familia (a quien ordenó que construyera una gran arca de 135 metros de longitud por 22 metros de ancho y 14 de alto), y tras ordenar al patriarca hebreo que reuniera a una pareja de cada criatura viviente a fin de salvarlas, el Señor envió el diluvio:

En aquel mismo día entró Noé en el arca con Sem Q y Jafet, hijos de Noé, la mujer de Noé y las tres mujeres de sus hijos con ellos, y todas las bestias salvajes según su especie, todos los animales domésticos, según su especie, todo reptil que se arrastra sobre la tierra según su especie, y toda ave según su especie, todo pájaro, todo ser alado. Y entraron con Noé al arca parejas de toda carne en que había hálito de vida. Y los que entraron fueron macho y hembra de toda carne, que entraron como había ordenado Dios a Noé; y tras él cerró Yahvéh la puerta.

Cuarenta días duró el diluvio sobre la Tierra. Subieron las aguas y elevaron el arca, que se alzó sobre la Tierra. Crecieron las aguas y se multiplicaron mucho sobre la Tierra, y flotaba el arca sobre la superficie de las aguas. Fueron aumentando cada vez más las aguas sobre la Tierra, y cubrieron los montes más altos que hay debajo de todos los cielos... Así fueron exterminados todos los seres existentes sobre la faz de la Tierra, desde el hombre a la bestia, y los reptiles y las aves del cielo; todos fueron exterminados de la Tierra, quedando sólo Noé y los que estaban con él en el arca.

Por fin, «en el mes séptimo, el día diecisiete del mes, se posó el arca sobre los montes de Ararat. Y siguieron decreciendo las aguas hasta el mes décimo»:

Al cabo de cuarenta días abrió Noé la ventana del arca que había hecho, y soltó un cuervo, que salió y estuvo yendo y viniendo hasta que se secaron las aguas de sobre la Tierra. Soltó después una paloma para ver si habían decrecido las aguas de sobre la faz de la Tierra; pero no encontrando la paloma dónde posar la planta de su pie, volvió a él, al arca, porque las aguas estaban sobre la faz de toda la Tierra.

Esperó aún otros siete días, y soltó de nuevo la paloma fuera del arca. Por la tarde regresó a él la paloma con una hoja verde de olivo en su pico, por lo que supo Noé que habían disminuido las aguas de sobre la Tierra... Edificó Noé un altar a Yahvéh, y tomando de todos los animales puros y de todas las aves puras, ofreció holocaustos sobre el altar. Y aspiró Yahvéh el olor apaciguador...

8. *Maya History and Religión*, p. 332.
9. *Sir J. G. Frazer: Folklore in the Oíd Testament: Studies in Comparative Religiony Legend and Law (Edición abreviada)*. Macmillan, Londres, 1923, p. 107.
10. *Lenormant, que escribe en Contemporary Review, citado en Atlantis: The Antediluvian World*, p. 99.
11. *PopolVuh*, p. 90.
12. *Ibid.*, p. 93.
13. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p. 440; *Atlantis: The Antediluvian World*, p. 105.
14. *Folklore in the Oíd Testamenta* p. 104.
15. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p. 445.
16. *Folklore in the Oíd Testament*, p. 105.
17. *Ibid.*, p. 101.
18. *John Bierhorst: The Mythology of South America, Wi-lliam Morrow & Co.*, Nueva York, 1988, p. 165.
19. *Ibid.*, pp. 165-166.
20. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p. 426.
21. *Folklore in the Oíd Testamenta* pp. 111-112.
22. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p. 431.
23. *Ibid.*, pp. 428-429; *Folklore in the Oíd Testament*, p. 115. *En esta versión el personaje de Michabo se llama Messou.*
24. *De la obra de Lynd: History of the Dakotasy* citado en *Atlantis: The Antediluvian World*, p. 117.
25. *Frederick A. Filby: The Flood Reconsidered: A Review of the Evidences of Geology, Archaeology, Ancient Literature and the Bihle, Pickering and Inglis Ltd.*, Londres, 1970, p. 58. *Andree era un eminente geógrafo antropólogo alemán. Su monografía sobre tradiciones diluviales es descrita por J. G. Frazer (en Folklore in the Oíd Testament, pp. 46-47) como «un modelo de sólidos conocimientos y sentido común expuestos con la mayor claridad y concisión...».*

26. Citado en Charles Berlitz: *The Lost Ship of Noah*, W. H. Alien, Londres, 1989, p. 126.
27. *World Mythology*, pp. 26-27.
28. *Ibid.*, p. 305.
29. *Folklore in the Old Testaments* p. 81.
30. *Ibid.*
31. *World Mythology*, p. 280.
32. E. Sykes: *Dictionary of Non-Classical Mythology*, Londres, 1961, p. 119.
33. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, pp. 460, 466.
34. C. Kerényi: *The Gods of the Greeks*, Thames & Hudson, Londres, 1974, pp. 226-229.
35. *Ibid.*
36. *World Mythology*, pp. 130-131.
37. *The Gods of the Greeks*, pp. 226-229.
38. *World Mythology*, pp. 130-131.
39. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p. 362.
40. *Ibid.* Sataphatha, Brahmana, (traduc., Max Muller), citado en *Atlantis: The Ante diluvian World*, p. 87.
41. *Ibid.* Véase también: *Folklore in the Old Testament*, pp. 78-79.
42. *Encyclopaedia Britannica*, 1991, 7: 798; *The Rig Veda*, Penguin Classics, Londres, 1981, pp. 100-101.
43. *The Encyclopaedia of Ancient Egypt*, p. 48.
44. *De la revisión crítica tebana de: The Egyptian Book the Dead*, citado en *From Fetish to God in Ancient Egypt*, p. 198.
45. Génesis, 6:11-13.
46. *Segunda Epístola de san Pedro*, 3:3-10.
47. Véase: H. Murray, J. Crawford et al.: *An Historical and Descriptive Account of China*, segunda edición, 1836, volumen I, p. 40. Véase también: G. Schlagel: *Uranographie chinoise*, 1875, p. 740.
48. Warren, *Buddhism in Translation*, p. 332.
49. *Ibid.*
50. Dixon: *Oceanic Mythology*, p. 178.
51. *World in Collision*, p. 35.
52. *Encyclopaedia Britannica*, 6: 53.
53. *World Mythology*, p. 26. Los detalles de la destrucción del mundo según los hopi se hallan en Frank Waters, *The Book of the Hopi*, Penguin, Londres, 1977.

LAS NUMEROSAS MÁSCARAS DEL APOCALIPSIS

Al igual que los indios hopi de Norteamérica, los arios avésticos del Irán preislámico creían en la existencia de tres épocas de creación anteriores a la nuestra. En la primera los hombres eran puros y sin pecado, altos y longevos, pero hacia el término de la misma el Maligno había declarado la guerra a Ahura Mazda, el dios sagrado, y se había producido un cataclismo. Durante la segunda época el Maligno no había tenido éxito. En la tercera, el bien y el mal estaban equilibrados. En la cuarta época (la era presente), el mal había triunfado al comienzo y había mantenido desde entonces su primacía¹. Según las predicciones, el fin de la cuarta época se producirá pronto, pero lo que nos interesa es el cataclismo de la primera época. No se trata de un diluvio, pero coincide en muchos aspectos con tantas otras tradiciones que sostienen la teoría de los diluvios, que ello indica una evidente conexión.

Las escrituras avésticas nos hacen retroceder a una época paradisiaca en la Tierra, cuando los remotos antepasados del antiguo pueblo iraní vivían en la fabulosa Airyana Vaejo, la primera creación buena y feliz de Ahura Mazda que prosperó en la primera era del mundo: el mítico lugar de nacimiento y hogar original de la raza aria. En aquellos días Airyana Vaejo gozaba de un clima templado y productivo, con siete meses de verano y cinco de invierno. Rico en animales salvajes y cosechas, de prados surcados por ríos, este jardín de las delicias se convirtió en un inhóspito erial con diez meses de invierno y sólo dos de estío como resultado del ataque de Angra Mainyu, el Maligno:

La primera de las buenas tierras y países que yo, Ahura Mazda, creé fue Airyana Vaejo... Luego Angra Mainyu, que está lleno de muerte, creó una oposición a la misma, una poderosa serpiente y nieve. Ahora existen allí diez meses de invierno, dos meses de verano, y sus aguas son frías, lo mismo que la tierra y los árboles... Todo está rodeado de una profunda capa de nieve, la más terrible de las plagas...²

El lector convendrá en que esas palabras indican un repentino y drástico cambio de clima en Airyana Vaejo. Las escrituras avésticas no dejan lugar a dudas al respecto.

Con anterioridad describen una reunión de los dioses celestiales convocada por

Ahura Mazda, y nos dicen que «el hermoso Yima, el buen pastor de ilustre fama en Airyana Vaejo», asistió a esa reunión con todos sus excelentes mortales.

Llegados a este punto comienzan a surgir los curiosos paralelismos con las tradiciones del diluvio bíblico, pues Ahura Mazda aprovecha la reunión para advertir a Yima de lo que está a punto de ocurrir como resultado de los poderes del Maligno:

Y Ahura Mazda habló a Yima y le dijo: «Hermoso Yima... sobre el mundo material está a punto de abatirse un invierno funesto, el cual propiciará una helada vehemente y destructora. Sobre el mundo corpóreo se abatirá la plaga del invierno, y la nieve caerá en gran abundancia...

»Y perecerán todo tipo de animales, los que habitan en la selva y los que habitan en las cimas de las montañas, y los que habitan en los profundos valles bajo el cobijo de los establos.

»Por tanto, construyete un var [un hipogeo o un recinto subterráneo] cuyos cuatro costados tengan una longitud equivalente a la de un campo de equitación. Luego trae a los representantes de cada tipo de animal, grande y pequeño, de ganado, de bestias de carga, de hombres, de perros, de aves, y de los fuegos rojos y abrasadores³.

»Harás que allí fluyan ríos. Colocarás a los pájaros en los árboles de la orilla del agua, en unos prados imperecederos. Colocarás especímenes de todas las plantas, las más hermosas y fragantes, y de todas las frutas más suculentas. Todas esas cosas y criaturas no perecerán mientras se hallen en el var. Pero no coloques allí ninguna criatura deforme, ni impotente ni loca ni malvada ni hipócrita ni rencorosa ni envidiosa; ni tampoco un hombre con una dentadura imperfecta, ni a un leproso...»⁴

Aparte de la magnitud de la empresa, existe realmente sólo una diferencia entre el var de inspiración divina de Yima y el arca de inspiración divina de Noé: el arca constituye un medio de sobrevivir a un terrible y devastador diluvio que destruirá a todas las criaturas vivientes y anegará el mundo; el var constituye un medio de sobrevivir a un terrible y devastador «invierno» que destruirá a todas las criaturas vivientes y cubrirá la Tierra con una gélida capa de hielo y nieve.

El Bundabish, otro de los escritos zoroástricos (que según se cree incorpora material antiguo de una parte perdida del Avesta original), nos procura más información sobre el cataclismo de glaciación que se abatió sobre Airyana Vaejo. Cuando Angra Mainyu envió «una helada vehemente y destructora», también «asaltó y perturbó el cielo»⁵. El *Bundahish* nos dice que este asalto permitió al

Maligno dominar «un tercio del cielo y cubrirlo de tinieblas» a medida que la capa de hielo se iba extendiendo sobre la Tierra⁶.

Un frío indescriptible, fuego, terremotos y perturbación de los cielos

Los arios avésticos de Irán, quienes emigraron al oeste de Asia de su remoto país⁷, no son los únicos poseedores de tradiciones arcaicas que evocan los rasgos básicos del gran diluvio, de forma que no es probable que se trate de una coincidencia. De hecho, aunque suelen asociarse con el diluvio, los repetidos temas de la advertencia divina y de la salvación de unos restos de humanidad del desastre universal se hallan también en muchos lugares del mundo en relación con la repentina aparición de unas condiciones glaciales.

En Sudamérica, por ejemplo, los indios toba de la región Gran Chaco, que se extiende a través de las fronteras modernas de Paraguay, Argentina y Chile, todavía alimentan un antiguo mito que habla de la aparición de lo que ellos denominan «el Gran Frío». La advertencia sobre ese hecho proviene de la figura de un héroe semidivino llamado Asin:

Asin dijo a un hombre que recogiera tanta leña como fuera capaz y que cubriera su choza con una gruesa capa de ramas y hojas, porque se avecinaba una época de frío intenso. Tan pronto como hubo preparado su choza, Asin y el hombre se encerraron en su interior y aguardaron. Cuando sobrevino el intenso frío, llegaron unas gentes tiritando y rogando a Asin y al hombre que les proporcionaran una tea. Asin se mostró duro y sólo dio unas brasas a aquellos que habían sido sus amigos. Las gentes estaban ateridas de frío y lloraron durante toda la noche. A medianoche perecieron todos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres... Este período de hielo y escarcha duró largo tiempo y todos los fuegos se extinguieron. La escarcha era tan gruesa como el cuero⁸.

Al igual que en las tradiciones avésticas, el intenso frío fue acompañado por una gran oscuridad. Según palabras de un anciano toba, esas desgracias fueron enviadas «porque cuando la Tierra está repleta de gente, debe cambiar. La población debe disminuir a fin de que se salve el mundo... En el caso del largo período de tinieblas, el Sol desapareció y las gentes perecían de hambre. Cuando empezaron a escasear los alimentos, devoraron a sus hijos. Al cabo de un tiempo murieron todos...»⁹.

El *Popol Vuh* de los mayas asocia el diluvio con «un intenso granizo, lluvia negra y niebla, y un frío indescriptible»¹⁰. Asimismo, afirma que éste fue un período en que «el mundo entero estaba nublado y envuelto en tinieblas...

Los rostros del Sol y la Luna estaban cubiertos»¹¹. Otras fuentes mayas confirman que estos extraños y terribles fenómenos fueron experimentados por la humanidad «en tiempos remotos. La Tierra se ensombreció... El Sol lucía aún con fuerza. De pronto, al mediodía, se oscureció¹². La luz del Sol no retornó hasta el vigésimo sexto día después del diluvio»¹³.

El lector recordará que muchos mitos sobre diluvios y otras catástrofes contienen referencias no sólo a la aparición de una profunda oscuridad, sino a otros cambios en la apariencia del cielo. En Tierra del Fuego, por ejemplo, se dice que el Sol y la Luna «cayeron del cielo»¹⁴, y en China que «los planetas alteraron su curso. El Sol, la Luna y las estrellas cambiaron su trayectoria»¹⁵. Los incas creían que «en tiempos remotos los Andes se partieron cuando el cielo declaró la guerra a la Tierra»¹⁶. Los tarahumaras del norte de México han preservado unas leyendas sobre la destrucción del mundo basadas en un cambio en la trayectoria del Sol¹⁷. Un mito africano procedente de la región inferior del Congo afirma que «hace mucho tiempo el Sol se encontró con la Luna y le arrojó barro, lo cual hizo que disminuyera su resplandor. Por la época en que se produjo ese encuentro estalló un violento diluvio...»¹⁸. Los indios cahtos de California se limitan a decir que «el cielo se desplomó»¹⁹. Y los antiguos mitos grecorromanos afirman que el diluvio de Deucalión fue seguido de inmediato por unos asombrosos acontecimientos celestiales²⁰. Estos acontecimientos aparecen simbolizados de forma gráfica en la historia que explica cómo Faetón, hijo del Sol, condujo el carro de su padre y, sin embargo, fue incapaz de guiarlo a lo largo de la trayectoria que marcaba éste:

Los fogosos caballos notaron enseguida que las riendas estaban en manos inexpertas. Encabritándose y girando a un lado, abandonaron su acostumbrado camino; entonces la Tierra entera se asombró al ver que el espléndido Sol, en lugar de mantener su majestuosa y benéfica trayectoria en el cielo, parecía galopar enloquecido a través de los cielos y caer violentamente como un meteoro²¹.

Éste no es el momento más indicado para especular sobre lo que pudo haber causado esas alarmantes perturbaciones en los esquemas de los cielos que se

hallan relacionadas con las leyendas sobre cataclismos que existen en todo el mundo. Para nuestros fines inmediatos, basta destacar que estas tradiciones parecen referirse a la misma «perturbación del cielo» que acompañó el nefasto invierno y la extensa capa de hielo que se describen en el Avesta iraní²². Además, existen otras similitudes. El fuego, por ejemplo, con frecuencia sigue o precede al diluvio. En el caso de la epopeya de Faetón con el Sol, «la hierba se agostó; las cosechas se abrasaron; los bosques ardieron; debajo de ellos la Tierra despoblada se resquebrajó y desmoronó y las rocas ennegrecidas estallaron bajo el calor»²³.

El vulcanismo y los terremotos se mencionan con frecuencia en relación con el diluvio, sobre todo en las Américas. Los araucanos de Chile afirman textualmente que «el diluvio fue el resultado de unas erupciones volcánicas acompañadas por violentos terremotos»²⁴. Los mayas mam de Santiago Chimaltenango, en las tierras altas occidentales de Guatemala, conservan recuerdos de «un diluvio de brea ardiente», el cual, según dicen, fue uno de los instrumentos de destrucción del mundo²⁵. Y en Gran Chaco, Argentina, los indios maticos se refieren a «una nube negra que provino del sur por la época del diluvio y cubrió todo el cielo. Estalló una tormenta de rayos y truenos. Pero las gotas que caían no eran de lluvia, sino que parecía fuego...»²⁶.

Un monstruo persiguió al Sol

Existe una antigua cultura que probablemente conserva unos recuerdos más vívidos en sus mitos que ninguna otra: la de las tribus teutónicas de Alemania y Escandinavia, una cultura evocada a través de las canciones de los juglares y sabios escandinavos. Las leyendas que narran estas canciones hunden sus raíces en un pasado que a buen seguro es más antiguo de lo que imaginan los expertos, el cual combina imágenes familiares con extraños artilugios simbólicos y usa un lenguaje alegórico para describir un cataclismo de increíbles proporciones:

En los lejanos bosques del este una vieja gigante trajo al mundo una manada de jóvenes lobos cuyo padre se llamaba Fenrir. Uno de esos monstruos persiguió al Sol para apoderarse de él. La persecución resultó durante largo tiempo infructuosa, pero con cada época el lobo adquiría mayor fuerza y por fin alcanzó al Sol. Sus espléndidos rayos se extinguieron uno tras otro. El Sol adquirió un tinte rojo como la sangre, y luego se desvaneció por completo. A partir de entonces el mundo se sumió en un terrible invierno. Las tormentas

de nieve caían de todos los puntos del horizonte. La guerra estalló en toda la Tierra. Los hermanos se mataban unos a otros, los hijos ya no respetaban los lazos de sangre. Fueron unos tiempos en que los hombres eran peores que lobos, pues anhelaban destruirse. El mundo estaba a punto de hundirse en el abismo de la nada.

Entre tanto el lobo Fenrir, a quien los dioses habían encadenado hacía tiempo, rompió sus cadenas y logró escapar. Cuando Fenrir se libró de las cadenas, el mundo tembló. El fresno Yggdrasil [considerado el eje de la Tierra] se estremeció desde sus raíces hasta sus ramas superiores. Las montañas se desmoronaron o partieron en dos, y los enanos que habitaban en moradas subterráneas trataron desesperadamente y en vano de encontrar las entradas a las mismas, pues éstas habían desaparecido.

Abandonados por los dioses, los hombres se vieron obligados a dejar sus hogares y la raza humana desapareció de la superficie de la Tierra. La Tierra misma comenzó a perder su forma primitiva. Las estrellas vagaban errantes y caían del cielo, precipitándose en un profundo abismo. Parecían golondrinas que, cansadas después de un largo viaje, caían y se hundían en las olas.

El gigante Surt prendió fuego a la Tierra; el universo se convirtió en un inmenso horno. Las llamas brotaban de las fisuras en las rocas; por doquier se percibía el sonido del vapor que se desprendía de la tierra. Todas las criaturas vivientes, todas las plantas, fueron exterminadas. Sólo quedó la tierra desnuda, pero al igual que el cielo la Tierra no era sino un cúmulo de grietas y hendiduras.

Y todos los ríos, todos los mares, se desbordaron. Por todos lados las olas chocaban entre sí. Las aguas crecieron y lo cubrieron todo. La tierra quedó sumergida bajo el mar, ..

Sin embargo no todos los hombres perecieron en esta gran catástrofe. Encerrados en el tronco del fresno llamado Yggdrasil —que las llamas devoradoras de la conflagración universal no habían logrado consumir—, los ancestros de una raza futura de hombres escaparon a la muerte. En este refugio comprobaron que su único alimento era el rocío matutino.

Así, de la destrucción del antiguo mundo emergió un mundo nuevo. Poco a poco la tierra surgió de entre las olas. Las montañas aparecieron de nuevo y de ellas comenzaron a manar unas cataratas de aguas cantarinas²⁷.

El nuevo mundo que anuncia este mito teutónico es el nuestro. Huelga decir que, al igual que el Quinto Sol de los aztecas y los mayas, fue creado hace mucho tiempo y ha dejado de ser nuevo. ¿Es una coincidencia el hecho de que uno de los

numerosos mitos centroamericanos sobre diluvios que hace referencia a la cuarta época, 4 Atl («agua»), no instale a la pareja de Noé en un arca, sino en un inmenso árbol como el Yggdrasil?

La cuarta época, o 4 Atl, terminó a causa de unos diluvios. Las montañas desaparecieron... Dos personas sobrevivieron debido a que uno de los dioses les ordenó que practicaran un agujero en el tronco de un inmenso árbol y se guarecieran en él cuando los cielos se desplomaran. La pareja penetró en el árbol y se salvó. Sus hijos repoblaron el mundo²⁸.

¿No es curioso que el mismo lenguaje simbólico aparezca en las antiguas tradiciones de tantas y tantas regiones que se hallan diseminadas por el mundo? ¿Qué explicación tiene? ¿Acaso hablamos sobre una vasta ola subconsciente de telepatía intercultural, o es posible que los elementos de estos insólitos mitos universales fueran concebidos, hace siglos, por unas gentes dotadas de gran sabiduría? ¿Cuál de estas improbables teorías posee más visos de realidad? ¿O acaso existen otras posibles explicaciones sobre el enigma de los mitos?

Regresaremos a estas cuestiones a su debido tiempo. Mientras, ¿qué conclusiones debemos extraer de las visiones apocalípticas de fuego, hielo, inundaciones, vulcanismo y terremotos que contienen los mitos? Éstos poseen un marcado realismo familiar. ¿Podría deberse a que nos hablan de un pasado que sospechamos es el nuestro pero que no logramos recordar con claridad ni tampoco olvidar por completo?

NOTAS

1. The Bundahish, capítulos I, XXXI, XXXIV, citado en William F. Warren, *Paradise Found: The Cradle of the Human Race at the North Pole*, Houghton, Mifflin and Co., Boston, 1885, p. 282.
2. Vendidad, Fargard I, citado en Lokomanya Bal Gan-gadhar Tilak: *The Arctic Home in the Vedas*, Tilak Publishers, Poona, 1956, pp. 340-341.
3. Vendidad, Fargard II, citado en *The Arctic Home in the Vedas*, pp. 300, 353-354.
4. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p. 320.
5. West: *Pahlavi Texts*, Londres, 1880, parte I, p. 17.

6. *Ibíd.* Justi, *Der Bundahish*, Leipzig, 1868, p. 5.
7. *The Arctic Home in the Vedas*, p. 390 y sigs.
8. *The Mythology of South America*, pp. 143-144.
9. *Ibíd.*, p. 144.
10. *Popol Vuh*, p. 178.
11. *Ibíd.*, p. 93.
12. *The Mythology of México and Central America*, p. 41.
13. *Maya History and Religión*, p. 333.
14. Véase capítulo 24.
15. *Íbid*
16. *National Geographic Magazine*, número de 1962, p. 87.
17. *The Mythology of México and Central America*, p. 79.
18. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p. 481
19. *The Mythology of Races*, Cooper Square Publishers Inc., Nueva York, 1964, volumen X, p. 222.
20. Véanse en particular los escritos de Higmo citado en *Paradise Found*, p. 195. Véase también: *The Gods of the Greeks*, p. 195
21. *The Illustrated Guide to Classical Mythology*, pp. 15-17.
22. El *Bundahish* iraní nos dice que los planetas se enfrentaron al cielo y crearon una gran confusión en todo el cosmos.
23. *The Illustrated Guide to Classical Mythology*, p. 17.
24. *Folklore in the Old Testament*, p. 101.
25. *Maya History and Religión*, p. 336.
26. *The Mythology of South America*, pp. 140-142.
27. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, pp. 275-277.
28. *Maya History and Religión*, p. 332.

UNA ESPECIE NACIDA DURANTE EL LARGO INVIERNO DE LA TIERRA

En todo lo que denominamos Historia —el tiempo que recordamos claramente sobre nosotros en cuanto especie—, la humanidad no ha llegado jamás a una aniquilación casi total. En varias regiones en diversos momentos se han producido unos pavorosos desastres naturales, pero durante los últimos cinco mil años no ha habido una sola ocasión en que la totalidad de la humanidad se enfrentara a la extinción.

¿Ha sido esto siempre así? ¿O es posible, si retrocedemos lo suficiente, que descubriéramos una época en que nuestros antepasados hubieran sido casi exterminados por completo? Es en esa época en la que parecen centrarse los grandes mitos que hacen referencia a cataclismos. Por lo general, los expertos atribuyen esos mitos a las fantasías de los antiguos poetas. Pero ¿y si estuvieran equivocados? ¿Y si una serie de terribles catástrofes naturales hubiera reducido a nuestros ancestros prehistóricos a un puñado de individuos diseminados por la faz de la Tierra, separados y sin mantener ninguna relación entre sí?

Buscamos una época que encaje con los mitos de forma tan perfecta como la zapatilla de cristal en el pie de Cenicienta. En esta búsqueda, sin embargo, resulta inútil investigar un período anterior a la emergencia sobre el planeta de unos seres modernos humanos reconocibles. No nos interesan el Homo habilis o el Homo erectus, o siquiera el Homo sapiens neanderthalensis. Sólo nos interesa el Homo Sapiens sapiens, nuestra especie, que no hace mucho que está en la Tierra.

Los estudiosos del hombre primitivo no se ponen de acuerdo sobre cuánto tiempo llevamos en la Tierra. Algunos investigadores, como veremos, afirman que unos restos humanos de más de cien mil años de antigüedad pueden ser «totalmente modernos». Otros proponen una antigüedad reducida de aproximadamente entre treinta y cinco mil y cuarenta mil años, y otros de cincuenta mil años. Pero nadie lo sabe con certeza. «Los orígenes de unos humanos plenamente modernos indicados por la subespecie llamada Homo sapiens sapiens siguen siendo uno de los grandes misterios de la paleoantropología», confiesa una autoridad en la

materia¹.

En el historial fósil constan aproximadamente tres millones y medio de años de evolución relevante. A todos los efectos, este historial comienza con un pequeño homínido bípedo (apodado Lucy) cuyos restos se descubrieron en 1974 en la sección etíope del Great Rift Valley, en el este de África. Con una capacidad craneal de 400 cc (menos de un tercio de la media moderna), Lucy definitivamente no era un ser humano. Pero tampoco era un mono, y poseía ciertos rasgos semejantes a los de los humanos, en concreto su posición erecta, la forma de su pelvis y sus muelas. Por estos y otros motivos, su especie —clasificada como *Australopitecus afarensis*— ha sido aceptada por la mayoría de los paleoantropólogos como uno de nuestros primeros ancestros directos².

Hace unos dos millones de años unos representantes del *Homo habilis*, los miembros fundadores del linaje *Homo*, al que pertenecemos nosotros mismos, comenzaron a dejar sus cráneos y esqueletos fosilizados en diversos puntos del planeta. A medida que transcurría el tiempo, esta especie mostró unos signos evidentes de evolución hacia una forma más grácil y refinada, y hacia un cerebro de mayor tamaño y más polifacético. El *Homo erectus*, el cual coincidió y luego sucedió al *Homo habilis*, apareció hace aproximadamente 1,6 millones de años con una capacidad craneal de unos 900 cc (en comparación con los 700 cc en el caso del *Homo habilis*)³. Durante aproximadamente el millón de años que transcurrieron a partir de entonces, hasta hace unos cuatrocientos mil años, no se registró ningún cambio significativo en la evolución de la especie, o en todo caso ninguno que atestigüen los fósiles supervivientes. El *Homo erectus* atravesó las puertas de la extinción, y penetró en el paraíso de los homínidos y muy lentamente empezó a aparecer lo que los paleoantropólogos denominan «el grado sapiente»:

Es difícil precisar el momento exacto en que se inició la transición hacia una forma más sapiente. Algunos creen que la transición, que implicaba un aumento de la capacidad craneal y una disminución de la robustez de los huesos del cráneo, comenzó hace cuatrocientos mil años. Por desgracia, no existen los suficientes fósiles de este importante período que confirmen lo que estaba ocurriendo⁴.

Lo que definitivamente no ocurrió hace cuatrocientos mil años fue la aparición de algo identificable como nuestra subespecie, el *Homo sapiens sapiens*, narradora de leyendas y creadora de mitos. Todos los estudiosos coinciden en afirmar que

los «seres humanos sapientes debieron de evolucionar a partir del *Homo erectus*⁵, y es cierto que varias poblaciones «sapientes arcaicas» aparecieron hace entre cuatrocientos mil y cien mil años. Por desgracia, la relación de estas especies transicionales hasta nosotros no está clara. Tal como se ha observado, los primeros candidatos a convertirse en miembros del exclusivo club de *Homo sapiens sapiens* han sido datados por algunos investigadores como pertenecientes a la última parte de este período. Sin embargo, todos estos restos son parciales y su identificación no es aceptada de forma universal. El más antiguo, un fragmento de un cráneo, es un espécimen humano moderno putativo perteneciente al 113000 a. C.⁶ Alrededor de esta fecha, asimismo, aparece por primera vez el *Homo sapiens neanderthalensis*, una subespecie de rasgos muy característicos que la mayoría de nosotros conocemos como el hombre de Neanderthal.

Alto, musculoso, de frente abultada y un rostro de rasgos prominentes, el hombre de Neanderthal poseía una capacidad craneal media mayor que la de los humanos modernos (1400 cc en comparación con nuestra capacidad craneal de 1360 cc)⁷. El hecho de poseer un cerebro de este tamaño sin duda constituía una ventaja para estos «seres inteligentes, espiritualmente sensibles y hábiles»⁸, y el historial fósil sugiere que constituyeron la especie dominante en el planeta desde hace aproximadamente cien mil años hasta hace cuarenta mil años. En cierto momento durante este largo y poco conocido período, el *Homo sapiens sapiens* se estableció, dejando unos restos fósiles de hace unos cuarenta mil años que son incuestionablemente los restos de unos humanos modernos, y suplantando por completo a los hombres de Neanderthal hace unos treinta y cinco mil años⁹. En resumen, seres humanos como nosotros, con quienes podríamos toparnos en la calle sin pestañear si se presentaran afeitados y vestidos con ropa moderna, son criaturas de los últimos ciento quince mil años como mucho, y más probablemente de los últimos cincuenta mil años. De ello se deduce que si los mitos de cataclismos que hemos repasado reflejan una época de trastornos geológicos experimentados por la humanidad, estos trastornos ocurrieron dentro de los últimos ciento quince mil años, y probablemente dentro de los últimos cincuenta mil años.

La zapatilla de Cenicienta

No deja de ser una curiosa coincidencia de la geología y la paleoantropología que

el comienzo y progreso del último período glacial, y la emergencia y proliferación del hombre moderno, más o menos coincidan. Y no es menos curioso el hecho de que se sepa tan poco sobre ambas cuestiones.

En Norteamérica el último período glacial se denomina Glaciación Wisconsin (por los depósitos de roca estudiados en el estado de Wisconsin), y su primera fase ha sido situada por los geólogos hace ciento quince mil años¹⁰.

Con posterioridad se produjeron varios avances y retrocesos de la capa de hielo; el ritmo más rápido de acumulación se produjo hace entre sesenta mil y diecisiete mil años, un proceso que culminó con el Avance Tazewell, durante el cual la glaciación alcanzó su extensión máxima hacia el 15000 a. C.¹¹ En el 13000 a. C., sin embargo, se habían derretido millones de kilómetros cuadrados de hielo, por razones que nunca se han explicado debidamente, y en el 8000 a. C. la Glaciación Wisconsin había retrocedido por completo¹².

El período glacial fue un fenómeno global que afectó tanto al hemisferio norte como al hemisferio sur; por tanto, unas condiciones climáticas y geológicas similares prevalecían en muchos otros lugares del mundo (en concreto en el este de Asia, Australia, Nueva Zelanda y Sudamérica). Se produjo una masiva glaciación en Europa, donde el hielo se extendía desde Escandinavia y Escocia y cubría buena parte de Gran Bretaña, Dinamarca, Polonia, Rusia, grandes zonas de Alemania, toda Suiza y grandes áreas de Austria, Italia y Francia¹³. (Conocida técnicamente como Glaciación Wurm, este período glacial europeo se inició hace unos setenta mil años, algo más tarde que su homólogo americano, pero alcanzó su máxima extensión por la misma época, hace diecisiete mil años, experimentando luego el mismo rápido retroceso y compartiendo la misma fecha terminal.)¹⁴

Las etapas cruciales de la cronología del período glacial son las siguientes:

1. Hace aproximadamente sesenta mil años, cuando la Wurm, la Wisconsin y otras glaciaciones se habían iniciado;
2. Hace aproximadamente diecisiete mil años, cuando las capas de hielo habían alcanzado su máxima extensión tanto en el Viejo Mundo como en el Nuevo;
3. Los siete mil años de desglaciación que se produjeron a continuación.

La aparición del *Homo sapiens sapiens* coincidió por tanto con un largo período

de turbulencias geológicas y climáticas, un período que estuvo marcado, sobre todo por fuertes heladas e inundaciones. Los numerosos milenios durante los cuales el hielo siguió expandiéndose de forma implacable debieron de ser terroríficos y angustiosos para nuestros antepasados. Pero esos siete mil años de desglaciación, en particular los episodios de acelerado y extenso derretimiento, debieron de ser aún peores.

No debemos llegar a conclusiones apresuradas sobre el estado de desarrollo social, religioso, científico o intelectual de los seres humanos que vivieron a través del sostenido colapso de esa tumultuosa época. Los conocidos estereotipos posiblemente se equivocan al suponer que todos ellos eran unos seres primitivos que habitaban en cuevas. Lo cierto es que conocemos pocos datos sobre ellos, y lo único que puede afirmarse es que eran hombres y mujeres exactamente como nosotros desde el punto de vista fisiológico y psicológico.

Es posible que alcanzaran prácticamente la extinción total en varias ocasiones durante los trastornos que experimentaron; también es posible que los grandes mitos de cataclismos, a los que los expertos no atribuyen ningún valor histórico, quizá contengan unos datos correctos y relatos precisos de acontecimientos reales. Como veremos en el próximo capítulo, si lo que buscamos es una época que encaje con esos mitos con la misma precisión que la zapatilla de Cenicienta en el pie de ésta, todo indica que pueda tratarse del último período glacial.

NOTAS

1. Roger Lewin: Human Evolution, Blackwell Scientific Publications, Oxford, 1984, p, 74.
2. Donald C. Johnson y Maitland C. Eddy: Lucy: The Beginning of Humankind, Paladín, Londres, 1982, en particular pp. 28,259-310.
3. Roger Lewin: Human Evolution, pp. 47-49, 53-56-Encyclopaedia Britannica, 6: 27-28.
4. Human Evolution, p. 76.
5. Encyclopaedia Britannica, 1991,18: 831.
6. Human Evolution, p. 76.
7. *Ibíd.*, p. 72.
8. *Ibíd.*, p. 73.
9. *Ibíd.*, pp. 73, 77.
10. Encyclopaedia Britannica, 1991,12: 712.

11. Path of the Pole, p. 146.
12. *Ibíd.*, p. 152; Encyclopaedia Britannica, 12: 712.
13. John Imbrie y Katherine Palmer Imbrie: /ce Ages: Sol-ving the Mystery, Enslow Publishers, New Jersey, 1979, p. 11.
14. *Ibíd.*, p. 120; Encyclopaedia Britannica, 12: 783; Human Evolution, p. 73.

LA FAZ DE LA TIERRA SE ENSOMBRECIÓ Y EMPEZÓ A CAER UNA LLUVIA NEGRA

Durante el último período glacial se desataron unas terribles fuerzas sobre todas las criaturas vivientes. Podemos deducir la forma en que éstas afectaron a la humanidad por las pruebas irrefutables de sus consecuencias sobre otras grandes especies. Se trata de unas pruebas que con frecuencia nos dejan perplejos, tal como observó Charles Darwin después de visitar Sudamérica:

Nadie se ha maravillado más que yo ante la extinción de las especies. Cuando hallé en La Plata [Argentina] la muela de un caballo entre los restos de mastodontes, megaterios, to-xodones 7 otros monstruos extintos, todos los cuales coexistían en un período geológico muy reciente, me quedé asombrado. Al comprobar que el caballo, desde su introducción por los españoles en Sudamérica, ha habitado en estado salvaje en todo el país y ha aumentado en número a un ritmo sin precedentes, me pregunté qué pudo haber acabado tan recientemente con el antiguo caballo que, según todos los indicios, vivía en unas condiciones muy favorables¹.

La respuesta es, por supuesto, el período glacial. Eso fue lo que acabó con los antiguos caballos en las Américas, como con otros mamíferos que habían proliferado allí.

Las extinciones no se limitaban al Nuevo Mundo. Por el contrario, en otros lugares de la Tierra (por diversas razones y en épocas distintas) el largo período de glaciación fue testigo de varios episodios de extinción. En todas las áreas, la gran mayoría de las numerosas especies destruidas se perdieron en los últimos siete mil años desde aproximadamente el 15000 a. C al 8000 a. C.²

Llegados a esta fase de nuestra investigación, no es necesario establecer la naturaleza específica de los hechos climáticos, sísmicos y geológicos que se hallan relacionados con los diversos avances y retrocesos de las masas de hielo que aniquilaron a los animales. Existen indicios para suponer que los tifones, terremotos, violentos huracanes y la repentina aparición y remisión de las condiciones glaciales desempeñaron un papel decisivo. Pero lo más importante — aparte de los hechos implicados— es la realidad clara y empírica de que las extinciones de animales fueron consecuencia de los trastornos provocados por el último período glacial.

Estos trastornos, según afirmó Darwin en su Diario, sin duda hicieron temblar «toda la estructura del globo terráqueo»³. En el Nuevo Mundo, por ejemplo, más de setenta géneros de grandes mamíferos se extinguieron entre el 15000 a. C. y el 8000 a. C., incluyendo todos los miembros norteamericanos de siete familias de una especie completa, los proboscidos⁴. Estas impresionantes pérdidas, las cuales significan la violenta obliteración de más de cuarenta millones de animales, no se registraron de forma sistemática a lo largo de un mismo período, sino que la inmensa mayoría se produjo en el plazo de dos mil años, entre el 11000 a. C. y el 9000 a. C.⁵ Para situar este hecho en su debida perspectiva, cabe destacar que durante los trescientos mil años anteriores sólo habían desaparecido unas veinte especies⁶.

El mismo patrón de extinciones recientes y masivas se repitió en toda Europa y Asia. Ni siquiera la lejana Australia se libró de perder aproximadamente diecinueve especies de grandes vertebrados, no todos ellos mamíferos, en un período relativamente breve⁷.

Alaska y Siberia: la súbita glaciación

Las regiones septentrionales de Alaska y Siberia fueron las más afectadas por las terribles perturbaciones que sucedieran entre trece mil y once mil años atrás. En una inmensa franja que se sitúa alrededor del borde del círculo ártico se han hallado los restos de un gran número de grandes animales, incluidos muchos restos con pedazos de carne adheridos a ellos y una asombrosa cantidad de colmillos de mamuts en perfecto estado de conservación. En ambas regiones, los restos de mamuts fueron descongelados para alimentar a los perros que tiran de los trineos, y en la carta de muchos restaurantes de Fairbanks figuraban filetes de mamut⁸. Una autoridad en la materia ha comentado que «decenas de miles de individuos debieron de haberse congelado inmediatamente después de morir y permanecieron en ese estado, pues de lo contrario la carne y el marfil se habrían descompuesto... Una poderosa fuerza general debió de ser la causa de esta catástrofe»⁹. El doctor Dale Guthrie del Instituto de Biología Ártica ha hecho hincapié en la gran variedad de animales que prosperaron en Alaska antes del undécimo milenio antes de nuestra era:

Cuando uno se entera de la existencia de esta exótica mezcolanza de felinos de caninos largos y afilados, camellos, caballos, rinocerontes, asnos, ciervos

de astas gigantescas, leones, hurones y saigas, uno no puede por menos de preguntarse en qué mundo debían de habitar. La gran diversidad de especies, tan distintas de las que vemos hoy, da paso a una pregunta obvia: ¿No es lógico deducir que el resto del medio ambiente fuera también completamente diferente?¹⁰

La tierra de Alaska en la que se hallan los restos incrustados es como una arena fina de color gris oscuro. Congelados dentro de esta masa, según declara el profesor Hibben de la Universidad de Nuevo México:

yacen fragmentos retorcidos de animales y árboles mezclados con cristales de hielo y capas de turba y musgos... Bisontes, caballos, lobos, osos, leones... Manadas enteras de animales murieron al mismo tiempo, atacados por un poder común... Estos montones de restos de animales no pueden haberse producido por un medio natural ordinario...¹¹

A varios niveles se han hallado unos útiles de piedra «congelados in situ en grandes profundidades, y en asociación con la fauna del período glacial, lo cual viene a confirmar que existían hombres contemporáneos de los animales extintos en Alaska»¹².

En las tierras de Alaska, también se han hallado

pruebas de alteraciones atmosféricas de una violencia sin precedentes. Los restos de mamuts y bisontes aparecían retorcidos y destrozados como si sobre ‘ellos se hubiera abatido una mano cósmica presa de una furia divina. En un sitio encontramos la pata delantera y el hombro de un mamut con fragmentos de carne y uñas de los dedos de los pies y pelo todavía adheridos a los huesos ennegrecidos. Cerca de ahí vimos el cuello y el cráneo de un bisonte que tenía las vértebras unidas por tendones y ligamentos, y la cubierta quitinosa de los cuernos intacta. No hay marcas de cuchillo ni de un instrumento cortante [como sucedería si los animales hubieran caído a manos de cazadores]. Simplemente fueron despedazados y sus restos diseminados por todo el paisaje como objetos de paja o cuerda, aunque algunos de ellos pesaban varias toneladas. Mezclados con las pilas de huesos había fragmentos de árboles, también retorcidos, destrozados y amontonados en desordenados grupos; toda el área está cubierta por una tierra fina y arenosa, que se había congelado¹³.

En Siberia aparece un cuadro muy parecido, debido a los catastróficos cambios climáticos y perturbaciones geológicas que se registraron en aquel lugar hacia la misma época.

Aquí los cementerios de mamuts congelados, «excavados» para apoderarse de su marfil desde tiempos romanos, seguían rindiendo aproximadamente veinte mil pares de colmillos cada década a comienzos del siglo XX¹⁴.

De nuevo, un factor misterioso parece haber sido el causante de esas extinciones masivas. Con su espeso pelaje y gruesa piel, los mamuts están bien adaptados al clima frío, por lo que no nos sorprende hallar restos de éstos en Siberia. Más difícil de explicar es el hecho de que unos seres humanos perecieran junto a ellos¹⁵, así como muchos otros animales que en modo alguno es posible describir como especies adaptadas al frío:

Las llanuras septentrionales de Siberia acogían a gran número de rinocerontes, antílopes, caballos, bisontes y otros animales herbívoros, los cuales eran atacados por diversas especies carnívoras, incluyendo felinos de caninos largos y afilados... Al igual que los mamuts, estos otros animales habitaban en el extremo norte de Siberia, en las costas del océano Ártico y más hacia el norte, en las islas Lyakhov y las Nuevas Islas Siberianas, a escasa distancia del polo norte¹⁶.

Los investigadores han confirmado que de las treinta y cuatro especies de animales que habitaban en Siberia con anterioridad a las catástrofes del undécimo milenio antes de nuestra era —incluyendo al mamut de Ossip, ciervos gigantescos, hienas y leones que moraban en cuevas— nada menos que veintiocho estaban adaptadas sólo a climas templados¹⁷. En este contexto, uno de los aspectos más desconcertantes de las extinciones, que desmiente lo que las condiciones geográficas y climáticas de hoy en día nos inducen a pensar, es que a medida que nos desplazamos al norte hallamos un mayor número de restos de mamuts y otros grandes animales¹⁸. Algunas de las Nuevas Islas Siberianas, dentro del círculo ártico, fueron descritas por los exploradores que las descubrieron como formadas casi por entero por huesos y colmillos de mamuts¹⁹. La única conclusión lógica, según apuntó Georges Cuvier, un zoólogo del siglo XIX, es que «esta eterna helada no existió previamente en aquellas zonas en que los animales se congelaron, pues éstos no hubieran logrado sobrevivir a semejantes temperaturas. En el mismo instante en que estos animales perecieron, el país en el que habitaban se heló»²⁰.

Existen numerosas pruebas que indican que en Siberia se produjo una súbita helada durante el undécimo milenio antes de nuestra era. En su estudio sobre las Nuevas Islas Siberianas, el barón Eduard von Toll, un explorador ártico, halló los restos de «un tigre de caninos largos y afilados (smilodon) y de un árbol frutal que antes de ser abatido medía unos treinta metros de altura. El árbol estaba bien conservado en el hielo perpetuo, con sus raíces y semillas. Sus ramas exhiben todavía hojas verdes y frutos maduros... Actualmente el único exponente de la vegetación arbórea en las islas es un sauce que mide dos centímetros y medio de alto»²¹.

No menos indicativos del cataclismo que se registró al comienzo de la gran helada en Siberia son los alimentos que los animales extintos comían cuando perecieron: «Los mamuts murieron súbitamente, debido al frío intenso, y en gran número. La muerte les sobrevino con tal rapidez que las plantas que habían comido aún no las habían digerido... Se han encontrado hierbas, campánulas, juncias tiernas y habichuelas silvestres, todavía identificables y sin deteriorar, en la boca y el estómago de los animales.»²²

Huelga decir que esta flora no crece hoy en día en ninguna parte de Siberia. Su presencia allí en el undécimo milenio antes de nuestra era nos obliga a aceptar el hecho de que esa región gozaba de un clima agradable y productivo, un clima templado o incluso cálido²³. El motivo de que el fin del último período glacial en otras zonas del mundo marcara el inicio de un invierno fatal en este antiguo paraíso es un enigma que pospondremos hasta la parte VIII del libro. Lo que sabemos con certeza, sin embargo, es que entre doce mil y trece mil años atrás se abatió una nefasta helada a una terrorífica velocidad sobre Siberia, la cual persiste todavía. Como en un siniestro eco de las tradiciones avésticas, una tierra que antaño había gozado de siete meses de verano se transformó casi de la noche a la mañana en una tierra de hielo y nieve con diez meses de un invierno duro y helado²⁴.

Un millar de Krakatoas, todos al mismo tiempo

Muchos de los mitos sobre cataclismos se refieren a épocas de un frío espantoso, cielos ensombrecidos, de una lluvia negra y ardiente. Durante siglos debió de ser así a lo largo de la faja de muerte que abrazaba inmensos territorios de Siberia, el Yukon y Alaska. Aquí, «entremezclados con las capas profundas de tierra, y a veces con los montones de huesos y colmillos, se han hallado depósitos de ceniza volcánica. No hay duda de que con las extinciones coincidieron unas erupciones volcánicas de tremendas proporciones»²⁵.

Existen numerosas pruebas que indican un excesivo vulcanismo durante el declive de la Glaciación Wisconsin²⁶. Hacia el extremo sur de las tierras heladas de Alaska, miles de animales y plantas prehistóricos quedaron atrapados, súbitamente, en los célebres pozos de brea en La Brea, en Los Ángeles. Entre los animales que se desenterraron había bisontes, caballos, camellos, perezosos, mamuts, mastodontes y al menos setecientos smilodons²⁷. También se halló un esqueleto humano desarticulado, completamente impregnado de betún, mezclado con los huesos de una especie extinta de buitres. En general, los restos de La Brea («destrozados, triturados, retorcidos y formando una masa heterogénea»)²⁸ hablan con elocuencia de un repentino y pavoroso cataclismo²⁹.

Otros hallazgos de aves y mamíferos típicos del último período glacial han sido desenterrados del asfalto en otros dos emplazamientos de California (Carpintería y McKit-trick). En el valle de San Pedro se descubrieron unos esqueletos de mastodontes que todavía se sostenían en pie, los cuales estaban sumergidos en inmensas pilas de ceniza volcánica y arena. Unos fósiles del lago glacial Floristan, en Colorado, y del John Day Basin, en Oregón, fueron también desenterrados en unas tumbas de ceniza volcánica³⁰.

Aunque las tremendas erupciones que crearon estas gigantescas fosas tal vez alcanzaran su máxima intensidad durante los últimos días de la Glaciación Wisconsin, parecen haberse repetido durante buena parte del período glacial no sólo en Norteamérica, sino también en Centroamérica y Sudamérica, en el Atlántico Norte, en Asia continental y en Japón³¹.

Resulta difícil imaginar lo que este extendido vulcanismo debió de significar para las gentes que vivieron esos extraños y terribles tiempos. Sin embargo quienes recuerdan las nubes en forma de coliflor de polvo, humo y ceniza que fueron proyectadas hacia la atmósfera superior por la erupción del monte Santa Elena en 1980, sin duda comprenderán que numerosas explosiones de esa magnitud (ocurridas de forma consecutiva durante un prolongado período en distintos puntos del globo) no sólo debieron de tener unos efectos locales devastadores, sino que debieron de causar un grave deterioro en el clima de todo el planeta. El monte Santa Elena escupió aproximadamente un kilómetro cúbico de roca y fue

de pequeña magnitud en comparación con el vulcanismo típico del período glacial³². Una impresión más representativa sería la del volcán indonesio Krakatoa, el cual estalló en 1883 con tal violencia que mató a más de treinta y seis mil personas, y la explosión se dejó oír a cinco mil kilómetros de distancia. Desde el epicentro del estrecho de Sunda, un tsunami de treinta metros de altura fue proyectado a través del mar de Java y el océano Índico, arrastrando buques de vapor a lo largo de varios kilómetros tierra adentro y provocando inundaciones en el este de África y las costas occidentales de las Américas. Dieciocho kilómetros cúbicos de roca e inmensas cantidades de ceniza y polvo fueron lanzados hacia la atmósfera superior; en todo el planeta los cielos asumieron un tono más oscuro durante más de dos años y los crepúsculos presentaban un color rojo más intenso. Las temperaturas medias globales descendieron de forma considerable durante este período, pues las partículas de polvo volcánico hacen que los rayos de sol reboten en ellas y se reflejen en el espacio³³.

Durante los episodios de intenso vulcanismo que caracterizaron al período glacial, debemos imaginar no uno sino numerosos Krakatoas. El efecto combinado debió de ser al principio una gran intensificación de las condiciones glaciales, a medida que la luz del sol era interceptada por las ardientes nubes de polvo y que las temperaturas seguían descendiendo de modo inexorable. Los volcanes proyectan también un enorme volumen de anhídrido carbónico en la atmósfera, y el anhídrido carbónico es un «gas de invernadero», por lo que resulta razonable suponer que, cuando el polvo empezó a asentarse durante los períodos de calma relativa, debió de producirse cierto grado de calentamiento global. Varias autoridades en la materia atribuyen los repetidos avances y retrocesos de las inmensas capas de hielo precisamente a esta oscilante interacción entre el vulcanismo y el clima³⁴.

Inundaciones globales

Los geólogos coinciden en que en el 8000 a. C. las grandes capas de hielo Wisconsin y Wurm habían retrocedido. El período glacial había llegado a su fin. No obstante, los siete mil años anteriores a esa fecha habían sido testigos de una turbulencia climática y geológica de una magnitud casi inimaginable. Sacudidas por diversos cataclismos, desastres naturales, desgracias y calamidades, las pocas y desperdigadas tribus de humanos supervivientes debían de vivir sumidas en un constante estado de terror y confusión; sin duda se registraban períodos de calma,

durante los cuales pensaban que lo peor había pasado. Sin embargo, mientras los gigantes glaciares continuaban, esas épocas de calma se vieron interrumpidas una y otra vez por unas violentas inundaciones. Por otra parte, las secciones de la corteza terrestre que se habían visto impelidas hacia la astenosfera por billones de toneladas de hielo debieron de ser liberadas a causa del deshielo y ascendieron de nuevo, en ocasiones aceleradamente, provocando devastadores terremotos y un estrépito ensordecedor.

Algunas épocas eran mucho peores que otras. La gran mayoría de extinciones de animales se produjo entre el 11000 a.C. y el 9000 a.C., momento en el que se registraron violentas e inexplicadas fluctuaciones climáticas³⁵. (Según el geólogo John Imbrie, «hace unos once mil años se registró una revolución climática».)³⁶ Asimismo, el ritmo de sedimentación experimentó un incremento notable³⁷ y se produjo un brusco aumento de temperatura de 6-10° en la superficie de las aguas del océano Atlántico³⁸.

Otro episodio turbulento, de nuevo acompañado por extinciones en masa, ocurrió entre el 15000 a. C. y el 13000 a. C. En el capítulo anterior vimos que el Avance Tazewell llevó las capas de hielo a su máxima extensión hace aproximadamente diecisiete mil años y que a continuación se registró un dramático y prolongado deshielo, una desglaciación completa de millones de kilómetros cuadrados de Norteamérica y Europa en menos de dos mil años.

Hubo ciertas anomalías: toda Alaska occidental, el territorio del Yukon, en Canadá, y buena parte de Siberia, incluidas las Nuevas Islas Siberianas (que actualmente se cuentan entre los lugares más fríos del mundo) permanecieron libres de hielo hasta que el período glacial se aproximaba a su fin. Adquirieron su actual clima hace sólo unos doce mil años, al parecer bruscamente, cuando los mamuts y otros grandes mamíferos se congelaron de forma repentina³⁹.

En otros lugares, el panorama era muy distinto. La mayor parte de Europa estaba sepultada bajo una capa de hielo de más de tres kilómetros de espesor⁴⁰, al igual que casi toda Norteamérica, donde la capa de hielo se había extendido desde centros próximos a la Bahía de Hudson para cubrir todo el este de Canadá, Nueva Inglaterra y buena parte del Medio Oeste hasta el paralelo 37, hacia el sur de

Cincinnati en el valle del Misisipí, y alcanzando más de la mitad del ecuador⁴¹.

Hace diecisiete mil años, cuando llegó a su máxima extensión, se calcula que el volumen total de hielo que cubría el hemisferio norte ascendía aproximadamente a veinticinco millones de kilómetros cúbicos, además de registrarse inmensas glaciaciones en el hemisferio sur, tal como hemos señalado. El excedente de agua del cual se formaron estas numerosas capas de hielo provenía de los mares y océanos del mundo, los cuales poseían unos ciento veinte metros menos de profundidad que en la actualidad⁴².

Fue en este momento cuando el péndulo del clima se inclinó violentamente en sentido contrario: el gran deshielo comenzó de modo tan repentino y sobre unas áreas tan inmensas que ha sido descrito como «una especie de milagro»⁴³. Los geólogos se refieren a él como la fase Bolling de clima cálido en Europa y como el interestadial Brady en Norteamérica. En ambas regiones:

Buena parte de una capa de hielo que tardó cuarenta mil años en formarse desapareció en dos mil años. Es obvio que esto no pudo ser el resultado de unos factores climáticos que obraban de forma paulatina, como los que suelen aducirse para explicar los períodos glaciales... La rapidez de la desglaciación indica que un factor extraordinario afectaba el clima. Las fechas sugieren que este factor debió de dejarse sentir por primera vez hace unos dieciséis mil quinientos años, que dos mil años más tarde había destruido la mayor parte, quizás hasta tres cuartas partes de los glaciares, y que la inmensa mayoría de estos dramáticos acontecimientos se registraron a lo largo de un milenio o menos⁴⁴.

De forma inevitable, la primera consecuencia fue un aumento en los niveles del mar, quizá de ciento cinco metros⁴⁵. Las islas y los puentes terrestres desaparecieron y vastas secciones de costas continentales quedaron sumergidas. De vez en cuando se alzaban gigantescas trombas marinas que engullían también las tierras altas. Las trombas marinas remitían, pero dejaban un rastro inconfundible de su presencia.

En Estados Unidos, numerosos elementos marinos del período glacial se hallan presentes a lo largo de la costa del Golfo, al este del río Misisipí, en algunos lugares en altitudes que superan los sesenta metros⁴⁶. En unas ciénagas que cubren unos depósitos glaciares en Michigan, se han hallado dos esqueletos de

ballenas. En Georgia existen depósitos marinos en altitudes de cincuenta metros, y en el norte de Florida en altitudes de más de setenta metros. En Tejas, hacia el sur de la extensión máxima de la Glaciación Wisconsin, los restos de mamíferos terrestres del período glacial hallados en depósitos marinos que contienen morsas focas y al menos cinco especies de ballenas, cubren el litoral de los estados nororientales y la costa ártica de Canadá. En muchas áreas a lo largo de la costa del Pacífico de Norteamérica los depósitos marinos del período glacial se extienden a lo largo de «más de sesenta metros tierra adentro»⁴⁷. Al norte del lago Ontario se hallaron los huesos de una ballena a unos ciento treinta y cinco metros sobre el nivel del mar, el esqueleto de otra ballena en Vermont, a más de ciento cincuenta metros sobre el nivel del mar, y otro en el área de Montreal-Quebec, a unos ciento ochenta metros sobre el nivel del mar⁴⁸.

Los mitos sobre inundaciones ocurridas en todo el mundo describen de forma característica y repetida escenas en las que seres humanos y animales huyen de las aguas desbordadas y se refugian en las cimas de elevadas montañas. Los informes sobre hallazgos fósiles confirman que esto no ocurrió durante el deshielo de los glaciares y que las montañas no siempre eran lo bastante elevadas para proteger a los refugiados del desastre. Por ejemplo, las fisuras en las rocas en los picos de colinas aisladas en la región central de Francia están rellenas de lo que se denomina osseous breccia, es decir, fragmentos de huesos de mamuts, rinocerontes lanudos y otros animales. El pico del monte Genay en la Borgoña, de cuatrocientos treinta metros de altura, «está coronado con breccia que contiene restos de mamut, renos, caballos y otros animales»⁴⁹. En el Peñón de Gibraltar, situado mucho más al sur, también se hallaron entre los huesos de animales «una muela humana y útiles de sílex empleados por hombres del paleolítico»⁵⁰. En Inglaterra, en las inmediaciones de Plymouth, junto al Canal de la Mancha, se han descubierto restos de hipopótamos, mamuts, rinocerontes, caballos, osos, bisontes, lobos y leones⁵¹. Las colinas que rodean Palermo, en Sicilia, revelaron «una extraordinaria cantidad de huesos de hipopótamos, en completas hecatombes»⁵². Sobre la base de esta evidencia, Joseph Prestwich, antes profesor de Geología en la Universidad de Oxford, llegó a la conclusión de que Europa central, Inglaterra y las islas mediterráneas de Córcega, Cerdeña y Sicilia estuvieron sumergidas en varias ocasiones durante el rápido deshielo de los

glaciares:

Como es natural, los animales retrocedieron, a medida que las aguas avanzaban, hacia las colinas hasta verse cercados... Se agruparon en grandes multitudes, penetrando en las cuevas más accesibles, hasta ser alcanzados y destruidos por las aguas... La impetuosa corriente arrojó fragmentos de roca y peñascos por las laderas de las colinas, aplastando a los animales y partiéndoles los huesos... Ciertas comunidades de hombres primitivos debieron de haber sufrido en esta catástrofe general⁵³.

Es probable que unas inundaciones similares se registraran en China por la misma época. En unas cuevas cercanas a Pekín se han hallado huesos de mamuts y búfalos junto a restos de esqueletos humanos⁵⁴. Diversas autoridades en la materia atribuyen la violenta mezcolanza de restos de mamuts con fragmentos de árboles en Siberia «a una gigantesca tromba marina que arrancó bosques enteros y sepultó los restos de la carnicería en un alud de barro. Este material se congeló en la región polar, preservando las pruebas del cataclismo en hielo perpetuo hasta el presente»⁵⁵.

Asimismo, en toda Sudamérica se han hallado fósiles del período glacial «en los que unos insólitos tipos de animales (carnívoros y herbívoros) se mezclan promiscuamente con huesos humanos. No menos significativa resulta la asociación, a través de áreas muy extensas, de tierra y animales marinos fosilizados que, mezclados sin orden ni concierto, aparecen sepultados en el mismo horizonte geológico»⁵⁶.

Norteamérica se vio también muy afectada por las inundaciones. Al derretirse, las grandes masas de hielo Wisconsin crearon unos inmensos lagos que se llenaron con increíble celeridad y engulleron todo cuanto encontraban a su paso para, unos cientos de años más tarde, vaciarse. El Agassiz, por ejemplo, el lago glaciar más grande del Nuevo Mundo, antiguamente ocupaba un área de doscientos ochenta y cuatro mil kilómetros cuadrados y cubrió grandes áreas de lo que ahora son Manitoba, Ontario y Saskatchewan en Canadá, y Dakota del Norte y Minnesota en Estados Unidos⁵⁷. Curiosamente, después de menos de un milenio experimentó un repentino episodio catastrófico de deshielo e inundaciones al que

siguió un período de calma⁵⁸.

Una prueba de buena fe

Durante mucho tiempo los expertos han sostenido que el hombre no llegó al Nuevo Mundo hasta hace unos once mil años, pero unos hallazgos recientes han desmentido esta teoría. En Oíd Crow Basin, en territorio del Yukon en Alaska, unos investigadores canadienses han identificado instrumentos de piedra que datan del 25000 a. C.⁵⁹ En Sudamérica (Perú y Tierra del Fuego) se han hallado restos humanos y artefactos que se remontan al 12000 a. C., junto a otros restos que datan del 19000 a. C. y el 23000 a. C.⁶⁰ A partir de estas y otras pruebas, «es razonable deducir respecto a la población de las Américas que ésta se inició como mínimo hace treinta y cinco mil años, aunque posiblemente experimentara una oleada de inmigraciones en fechas posteriores»⁶¹.

Estos americanos recién llegados, que pertenecían al período glacial y se desplazaron desde Siberia a través del puente terrestre de Bering, sin duda afrontaron unas circunstancias extremas entre diecisiete mil y diez mil años atrás. Fue por esa época que los glaciares Wisconsin comenzaron a derretirse al mismo tiempo a gran velocidad, forzando un aumento de ciento cinco metros de altura en los niveles marítimos globales entre escenas de turbulencia climática y geológica sin precedentes. Durante siete mil años los terremotos, las erupciones volcánicas e importantes inundaciones, que se alternaron con períodos de calma, dominaban la vida cotidiana de los pueblos del Nuevo Mundo. Tal vez sea ésta la razón de que tantos mitos se refieran con rotunda convicción a fuego, inundaciones, épocas de tinieblas y a la creación y destrucción de Soles.

Por otra parte, tal como hemos visto, los mitos del Nuevo Mundo no difieren en este aspecto de los del Viejo Mundo. En todo el globo terráqueo se revela una insólita uniformidad sobre temas como «el gran diluvio», «el gran frío» y los «tiempos de caos». No sólo se narran de forma reiterada las mismas experiencias, lo cual sería comprensible dado que el período glacial y sus efectos constituyeron unos fenómenos globales, sino que lo más curioso es la forma en que los mismos motivos simbólicos aparecen una y otra vez: el hombre bueno y su familia, la advertencia impartida por un dios, la salvación de las semillas de todas las criaturas vivientes, la barca en la que huyen, el recinto al abrigo del frío, el tronco del árbol en el que los progenitores de la futura humanidad se ocultan, las aves y otros animales liberados después del diluvio para que exploren el terreno,

etcétera.

No menos curioso es el hecho de que muchos mitos contengan descripciones de personajes como Quetzalcóatl y Viracocha, quienes según afirman las leyendas llegaron en tiempos de caos, después del diluvio, para enseñar arquitectura, astronomía, ciencia y leyes a las diseminadas y devastadas tribus de supervivientes.

¿Quiénes eran estos héroes civilizadores? ¿Eran acaso fruto de la imaginación de pueblos primitivos? ¿O eran dioses? ¿O tal vez hombres? Si eran hombres, ¿es posible que manipularan los mitos hasta convertirlos en vehículos de conocimiento a través del tiempo?

Esas nociones parecen meras fantasías. Sin embargo, como veremos en la parte V de este libro, unos datos astronómicos de un carácter asombrosamente preciso y científico se repiten en ciertos mitos, tan viejos y universales en su distribución como los mitos del gran diluvio.

¿De dónde procede su contenido científico?

NOTAS

1. Charles Darwin: El origen de las especies, Penguin, Londres, 1985, p. 322
2. Quaternary Extinctions, pp. 360-361,394.
3. Charles Darwin: Journal of Research into the Natural History and Geology of Countries Visited during the Voyage of HMS Beagle Round the World-, anotación del 9 de enero de 1834
4. Quaternary Extinctions, pp. 360-361,394.
5. Ibid., pp. 360-361; The Path of the Pole, p. 250.
6. Quaternary Extinctions, pp. 360-361.
7. Ibid., p. 358.
8. Donald W. Patten: The Biblical Flood and the Ice Epoch: A Study in Scientific History, Pacific Meridian Publishing Co., Seattle, 1966, p. 194.
9. The Path of the Pole, p. 258.
10. David M. Hopkins et al.: The Palaeoecology of Beringia, Academic Press, Nueva York, 1982, p. 309.
11. Profesor Frank C. Hibben: The Lost Americans, citado en The Path of the Pole, pp. 275 y sigs.
12. F. Rainey: «Archaeological Investigations in Central Alaska», American Antiquity, volumen V, 1940, p. 307.

13. Path of the Pole, pp. 275 y sigs.
14. The Biblical Flood and the Ice Epoch, pp. 107-108.
15. A. P. Okladnikov: «Excavations in the North», en Vestiges of Ancient Cultures, Unión Soviética, 1951.
16. The Path of the Pole, p. 255.
17. A. P. Okladnikov: Yekutia before its Incorporation into the Russian State, McGill-Queens University Press, Montreal, 1970.
18. The Path of the Pole, p. 250.
19. The Biblical Flood and the Ice Epoch, p. 107. Wagnell, el explorador, observó sobre la Isla de los Osos (Medvizhi Ostrova) que el suelo consistía sólo en arena, hielo y tal cantidad de huesos de mamut que parecían ser la materia principal de la isla. Respecto al territorio continental siberiano declaró que la tundra estaba sembrada de colmillos de mamut en lugar de arbustos árticos.
20. Georges Cuvier: Revolution and Catastrophes in the History of the Earth, 1829.
21. Citado en Path of the Pole, p. 256.
22. Ivan T. Sanderson: «Riddle of the Quick-Frozen Giants», Saturday Evening Post, 16 de enero de 1960, p. 82.
23. Path of the Pole, p. 256.
24. Ibid., p. 256. Las temperaturas invernales descienden a 56 grados bajo cero.
25. ibid., p. 277.
26. ibid., p. 132.
27. R.S. Luss: Fossils, 1931, p. 28.
28. G. M. Price: The New Geology, 1923, p. 579.
29. Ibid.
30. Earth in Upheaval, p. 63.
31. Path of the Pole, pp. 133,176.
32. The Evolving Earth, Guild Publishing, Londres, 1989, p. 30.
33. Ice Ages: Solving the Mystery, p. 64.
34. Path of the Pole, pp. 132-135.
35. Ibid., p. 137. Hace unos once mil años se produjo un importante cambio de condiciones glaciares a postglaciares. Este cambio de temperatura fue «brusco y repentino» (Polar Wandering and Continental Drift, Sociedad de Paleontólogos y Mineralogistas Económicos, Special Publication n.º 10, Tulsa, 1953, p. 159). También se informa de un dramático cambio climático ocurrido hace unos doce mil años en la obra de C. C. Langway y B. Lyle

Hansen, *The Frozen Future: A prophetic Report from Antarctica*, Quadrangle, Nueva York, 1973, p. 202. Véase también: *Ice Ages*, pp. 129, 142. Véase también: *Quaternary Extinctions*, p. 357: «La expansión glacial de los últimos cien mil años, según indica la relación oxígeno-isótopos en puntos de gran profundidad en el Atlántico y el Pacífico ecuatorial, cesó de forma repentina hace unos doce mil años. Un deshielo muy acelerado causó un rápido aumento del nivel del mar... Los detallados fósiles terrestres muestran un importante movimiento de las especies de plantas y animales por esa época, sobre todo en terreno anteriormente glaciado. Las grandes extinciones de la fauna americana se registraron durante una época de rápidos cambios climáticos, tal como se ve en los informes sobre polen y pequeños animales fosilizados.»

36. *Ice Ages*, p. 129.
37. *Path of the Pole*, p. 137.
38. «El cambio relativo es mostrado por el cambio en la abundancia relativa de foraminíferos planctónicos de aguas frías y cálidas, y el cambio absoluto viene dado por las conclusiones sobre la relación oxígeno-isótopos respecto a la fauna.» *Polar Wandering*, p. 96.
39. El lector recordará que hasta esta época, en las islas siberianas prevalecían unas condiciones inexplicablemente cálidas, y merece la pena destacar que muchas otras islas del océano Ártico no se vieron afectadas durante largo tiempo por las numerosas glaciaciones que se registraron en otros lugares. Por ejemplo, en la isla Baffin los restos de alisos y abedules preservados en turba indican un clima relativamente cálido extendiéndose al menos entre treinta mil y diecisiete mil años atrás. Asimismo, se sabe que grandes áreas de Groenlandia permanecieron enigmáticamente libres de hielo durante el período glacial. *Path of the Pole*, pp. 93,96.
40. *The Biblical Flood and the Ice Epoch*, p. 114; *Path of the Pole*, pp. 47-48.
41. *Ice Ages*, p. 11; *Biblical Flood and the Ice Epoch*, p. 117; *Path of the Pole*, p. 47.
42. *Ice Ages*, p. 11; *Biblical Flood and the Ice Epoch*, p. 114.
43. *Path of the Pole*, p. 150.
44. *Path of the Pole*, pp. 148-149, 152, 162-163. En Norteamérica, donde el hielo alcanzó su extensión máxima entre diecisiete mil y dieciséis mil quinientos años atrás, los geólogos han hecho los siguientes hallazgos: «Hojas, agujas y frutos»; que prosperaron hace unos quince mil trescientos años en Massachusetts; «Una ciénaga que se desarrolló sobre materia glacial

en New Jersey hace al menos dieciséis mil doscientos ochenta años, inmediatamente después de la interrupción del avance de la masa de hielo»; «En Ohio tenemos una muestra postglacial que data de hace unos catorce mil años. Se trata de madera de abeto, lo cual sugiere un bosque que, según cálculos ortodoxos, debió de tardar varios miles de años en establecerse. ¿Qué significa esto? ¿Acaso no indica claramente que la masa de hielo, que se calcula que en su máxima extensión debía de medir un kilómetro y medio de espesor en Ohio, desapareció de Delaware County en ese estado sólo en unos pocos siglos?».

Asimismo, «en la Unión Soviética, en el área de Irkutsk, la desglaciación fue completa y la vida postglacial se estableció hace catorce mil quinientos años. En Lituania se desarrolló otra ciénaga hace quince mil seiscientos veinte años. Estas dos fechas, tomadas conjuntamente, resultan bastante sugerentes. Una ciénaga puede desarrollarse con mucha mayor rapidez que un bosque. En primer lugar, sin embargo, debe desaparecer el hielo, y no olvidemos que había una gran cantidad de hielo».

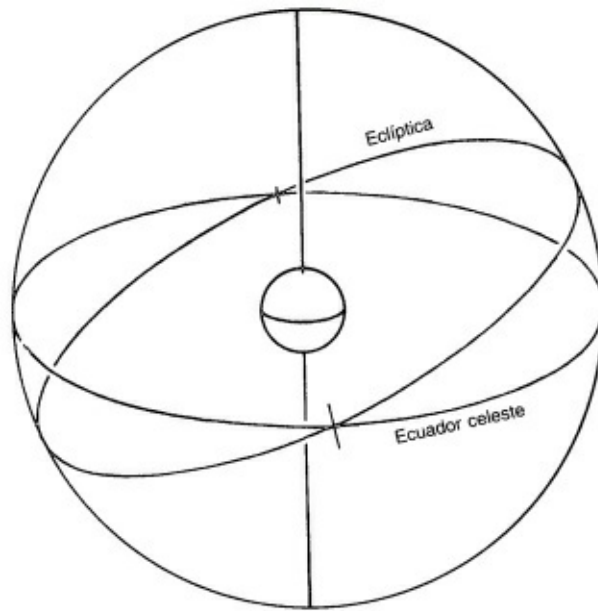
45. Ice Ages, p. 11; Biblical Flood and the Ice Epoch, p. 117; Path of the Pole, p. 47.
46. R. F. Flint: Glacial Geology and the Pleistocene Epoch, 1947, pp. 294-295.
47. Ibid., p. 362.
48. Earth in Upheaval, p. 43; en general, pp. 42-44.
49. Ibid., p. 47. Joseph Prestwich: On Certain Phenomena Belonging to the Close of the Last Geological Period and on the Bearings upon the Tradition of the Flood, Macmillan, Londres, 1895, p. 36.
50. On Certain Phenomena, p. 48.
51. Ibid., pp. 25-26.
52. Ibid., p. 50.
53. Ibid., pp. 51-52.
54. J. S. Lee: The Geology of China, Londres, 1939, p. 370.
55. Polar Wandering, p. 165.
56. J. B. Delair y E. F. Oppe: «The Evidence of Violent Extinction in South America», en Path of the Pole, p. 292.
57. Encyclopaedia Britannica, 1:141.
58. Warren Upham: The Glacial Lake Agassiz, 1895, p. 240.
59. Human Evolution, p. 92.
60. Ibid. Véase también: Quaternary Extinctions, p. 375.
61. Human Evolution, p. 92.

PARTE V

EL MISTERIO DE LOS MITOS (II)

El código precesional

Polo celestre septentrional



Polo celestre meridional

La esfera celeste.

LA MAQUINARIA DEL CIELO

Aunque el lector moderno no espera que un texto sobre mecánica celestial se lea con la misma facilidad que una canción de cuna, insiste en su capacidad de entender «imágenes» míticas al instante, porque sólo respeta como «científicas» fórmulas de aproximación y similares que ocupen una página. No cree en la posibilidad de que unos conocimientos igualmente relevantes hayan sido expresados antiguamente en un lenguaje cotidiano. Ni siquiera sospecha tal posibilidad, aunque los logros visibles de antiguas culturas — para mencionar sólo las pirámides o la metalurgia— son razón más que suficiente para deducir que había unos hombres serios e inteligentes trabajando detrás de las bambalinas, unos hombres que por fuerza debían de utilizar un lenguaje técnico...¹

La cita es del malogrado Giorgio de Santillana, profesor de Historia de la Ciencia en el Instituto de Tecnología de Massachusetts. En los capítulos siguientes, nos enteraremos de sus revolucionarias investigaciones sobre mitología antigua. Su propuesta es la siguiente: hace muchos siglos, unas gentes serias e inteligentes concibieron un sistema para disfrazar la terminología técnica de una avanzada ciencia astronómica tras el lenguaje del mito. ¿Tiene razón Santillana? Y, en caso afirmativo, ¿quiénes eran esas gentes —esos astrónomos, esos científicos antiguos— que trabajaban tras las bambalinas de la prehistoria? Comencemos con algunos datos básicos.

La alocada danza celestial

La Tierra ejecuta un circuito completo alrededor de su eje cada veinticuatro horas y tiene una circunferencia ecuatorial de 40.075,5 kilómetros. De ello se deduce, por tanto, que un hombre de pie e inmóvil sobre el ecuador en realidad se está moviendo, girando con el planeta a una velocidad de algo más de 160 kilómetros por hora². Vista desde el espacio exterior, mirando hacia el polo norte, la dirección de la rotación se desarrolla en sentido contrario a las manecillas del reloj.

Mientras gira diariamente sobre su eje, la Tierra también gira alrededor del Sol (de nuevo en sentido contrario a las manecillas del reloj) en una órbita ligeramente elíptica más que por completo circular. Persigue esta órbita a gran velocidad,

recorriendo en una hora —106.560 kilómetros— la distancia que un conductor medio recorre en seis años.

A fin de simplificar los cálculos, ello significa que nos movemos a través del espacio con mucha mayor rapidez que una bala, a la velocidad de 29,6 kilómetros por segundo. En el tiempo que usted ha tardado en leer este párrafo, hemos avanzado unos 880 kilómetros a lo largo de la órbita de la Tierra alrededor del Sol³.

Teniendo en cuenta que se requiere un año para completar un circuito completo, la única evidencia de que disponemos sobre la tremenda carrera orbital en la que participamos es la lenta marcha de las estaciones. Y en las operaciones de las mismas estaciones se halla la posibilidad de observar el prodigioso e imparcial mecanismo que se encarga de distribuir la primavera, el verano, el otoño y el invierno equitativamente alrededor del globo, a través de los hemisferios boreal y austral, año tras año, con absoluta regularidad.

El eje de rotación de la Tierra está inclinado en relación al plano de su órbita (unos $23,5^\circ$ con respecto a la vertical). Esta inclinación, que produce las estaciones, «apunta» al polo norte y todo el hemisferio boreal en sentido contrario al Sol durante seis meses al año (mientras que el hemisferio austral goza de su verano) y «apunta» al polo sur y el hemisferio austral en sentido contrario al Sol durante los seis meses restantes (mientras el hemisferio boreal goza de su verano). Las estaciones son consecuencia de la variación anual del ángulo al que los rayos solares alcanzan un determinado punto en la superficie de la Tierra y de la variación anual en el número de horas de luz solar que se reciben en ese punto en distintas épocas del año.

La inclinación de la Tierra es definida en lenguaje técnico como su oblicuidad, y el plano de su órbita, que se extiende hacia fuera para formar un gran círculo en la esfera celeste, se denomina eclíptica. Los astrónomos se refieren también al «ecuador celeste», que es la extensión del ecuador terrestre hacia la esfera celeste. En la actualidad el ecuador celeste está inclinado unos $23,5^\circ$ con respecto a la eclíptica, debido a que el eje de la Tierra tiene una inclinación de $23,5^\circ$ con respecto a la vertical.

Este ángulo, conocido como la oblicuidad de la eclíptica, no es siempre fijo e inmutable. Por el contrario, y según hemos visto en el capítulo 11 en relación a la datación de Tiahuanaco, la ciudad andina, está sometido a unas oscilaciones constantes, aunque muy lentas. Éstas se producen dentro de unos límites de algo menos de 30, alcanzando el punto más próximo a la vertical a 22,1° y el punto más alejado de ésta a 24,5°. Un ciclo completo, de 24,5° a 22,1°, y de nuevo a 24,5°, tarda aproximadamente cuarenta y un mil años en completarse⁴.

Así pues, nuestro planeta oscila y gira mientras recorre a gran velocidad su trayectoria orbital. La órbita requiere un año y la rotación alrededor de su eje un día y las oscilaciones tienen un ciclo de 41.000 años.

Parece como si se ejecutara una alocada danza celestial mientras brincamos y corremos a través de la eternidad, sintiendo el tirón de unos impulsos contradictorios: por un lado caer dentro del Sol, y por el otro lanzarnos hacia la oscuridad exterior.

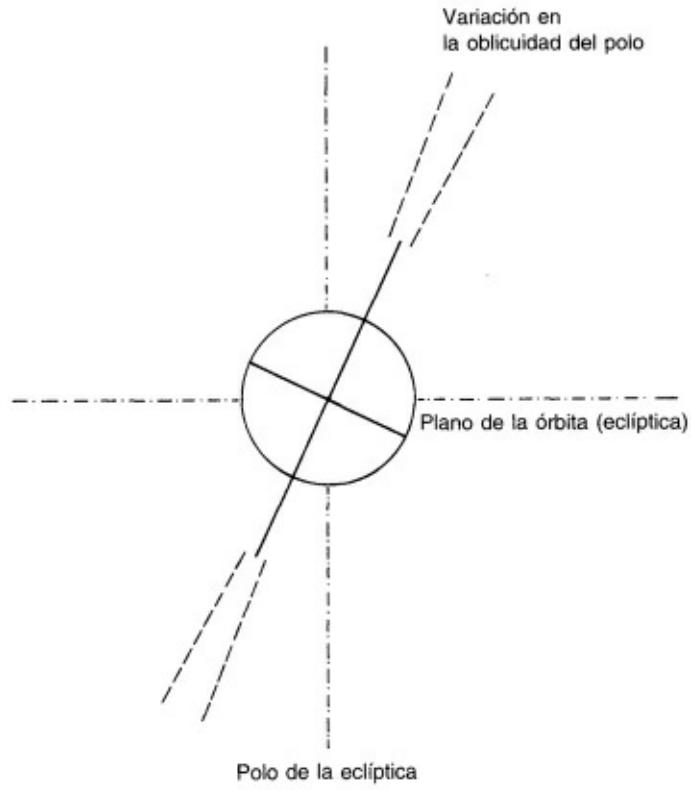
Influencias recónditas

Sabemos que el ámbito gravitatorio del Sol, en los círculos interiores que mantienen atrapada a la Tierra, se extiende a lo largo de más de 24 billones de kilómetros en el espacio, casi la mitad de camino de la estrella más cercana⁵. Por tanto, su fuerza de atracción sobre nuestro planeta es inmensa. También nos afecta la gravedad de otros planetas que compartimos con el sistema solar. Cada uno de ellos ejerce una atracción que tiende a apartar a la Tierra de su órbita regular alrededor del Sol. Los planetas tienen tamaños distintos, y giran alrededor del Sol a diferentes velocidades. La influencia gravitatoria combinada que son capaces de ejercer cambia a lo largo del tiempo de manera compleja pero predecible, y en respuesta a ello la órbita varía constantemente de forma. Puesto que la órbita es una elipse estos cambios inciden en su grado de elongación, lo cual se conoce técnicamente con el nombre de excentricidad. Ésta varía de un valor bajo próximo a cero (cuando la órbita presenta casi la forma de una circunferencia perfecta) a un valor elevado de aproximadamente seis por ciento, cuando presenta una forma más elíptica⁶.

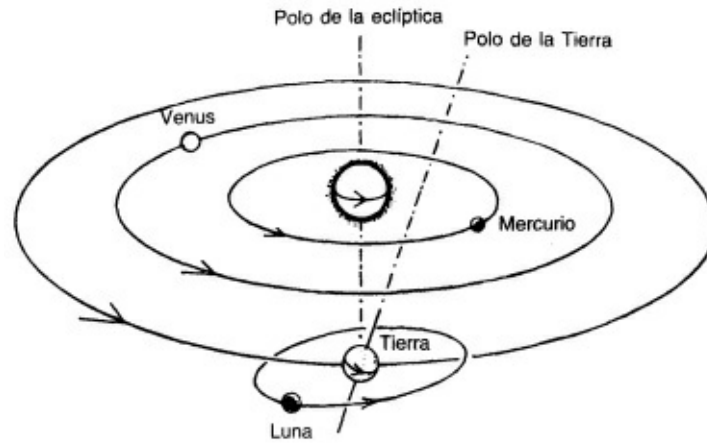
Existen otras formas de influencia planetaria. Así, aunque aún no se ha ofrecido una explicación de ello, se sabe que las frecuencias radiofónicas de ondas cortas se ven perturbadas cuando Júpiter, Saturno y Marte se alinean⁷. En este sentido han aparecido pruebas

de una extraña e insólita correlación entre las posiciones de Júpiter, Saturno y Marte, en sus órbitas alrededor del Sol, y de violentas perturbaciones eléctricas en la atmósfera superior terrestre. Ello parece indicar que los planetas y el Sol comparten un mecanismo de equilibrio cósmico-eléctrico que se extiende 1.600 millones de kilómetros desde el centro de nuestro sistema solar. Las teorías astrofísicas actuales no ofrecen ninguna explicación respecto a este equilibrio eléctrico⁸.

El New York Times, del cual procede el informe que aparece reproducido más arriba, no trata de clarificar la cuestión. Sus autores probablemente no son conscientes de que se expresan como Beroso, el historiador, astrónomo y vidente caldeo del siglo III a. C., quien realizó un profundo estudio de los presagios que según él anunciarían la destrucción final del mundo. «Yo, Beroso, intérprete de Be-llus, declaro que todo cuanto herede la Tierra será arrojado a las llamas cuando los cinco planetas se reúnan en Cáncer, dispuestos en una hilera de forma que a través de sus esferas pueda pasar una línea recta.»⁹



La oblicuidad de la eclíptica varía de $22,1^\circ$ a $24,5^\circ$ a lo largo de un ciclo de 41.000 años.



Planetas interiores del sistema solar.

El 5 de mayo del año 2000 se producirá una conjunción de cinco planetas que tendrá unos profundos efectos gravitatorios cuando Neptuno, Urano, Venus, Mercurio y Marte se alineen con la Tierra al otro lado del Sol, estableciendo una especie de lucha cósmica¹⁰. Obsérvese también que los astrólogos modernos que han descifrado la fecha de los mayas referente al fin del Quinto Sol calculan que en dicha fecha se registrará una conjunción de planetas tan singular «que sólo ocurre una vez cada 45.200 años... De esta extraordinaria conjunción cabe esperar unos efectos no menos extraordinarios»¹¹.

Nadie en su sano juicio se apresuraría a aceptar tal proposición. No obstante, no puede negarse que dentro de nuestro sistema solar parecen existir múltiples influencias, muchas de las cuales no comprendemos por completo. Entre estas influencias, la de nuestro satélite, es decir la Luna, es particularmente poderosa. Los terremotos, por ejemplo, ocurren con mayor frecuencia cuando es Luna llena o cuando la Tierra se encuentra entre el Sol y la Luna; cuando es Luna nueva o cuando ésta se halla entre el Sol y la Tierra; cuando la Luna atraviesa el meridiano de la localidad afectada; y cuando la Luna está más próxima a la Tierra en su órbita¹². De hecho, cuando la Luna alcanza este punto (en lenguaje técnico, perigeo), su atracción gravitatoria aumenta en un seis por ciento aproximadamente. Esto ocurre cada veintisiete días y un tercio. La atracción que ejerce en estas ocasiones afecta no sólo a los grandes movimientos de nuestros océanos sino a los de los depósitos de magma caliente que permanecen atrapados dentro de la delgada corteza terrestre (la cual ha sido descrita como «una bolsa de papel llena de miel o melaza que oscila a una velocidad de más de 1.600 kilómetros por hora en una rotación ecuatorial, y a más de 105.600 kilómetros por

hora en órbita»¹³).

El bamboleo de un planeta deforme

Este movimiento circular genera unas inmensas fuerzas centrífugas y éstas, tal como demostró sir Isaac Newton en el siglo XVII, hacen que la «bolsa de papel» de la Tierra se curve hacia fuera en el ecuador. El resultado es un achatamiento de los polos. Por consiguiente, nuestro planeta se aparta ligeramente de la forma de una esfera perfecta y es descrito de forma más acertada como un «esferoide achatado». Su radio en el ecuador (6378,25 kilómetros) es aproximadamente 21,6 kilómetros más largo que su radio polar (6356,60 kilómetros)¹⁴.

Durante miles de millones de años, los achatados polos y el protuberante ecuador han participado en una secreta interacción matemática con la influencia recóndita de la gravedad. «Debido a que la Tierra tiene una forma achatada —explica una autoridad en la materia—, la gravedad de la Luna tiende a inclinar el eje de la Tierra de forma que ésta se sitúa en posición perpendicular a la órbita de la Luna, y lo mismo puede decirse, aunque en menor grado, respecto al Sol.»¹⁵

Al mismo tiempo la protuberancia ecuatorial —la masa adicional que se halla distribuida alrededor del ecuador— actúa como el borde de un giroscopio que mantiene la Tierra estable sobre su eje¹⁶.

Año tras año, a una escala planetaria, este efecto giroscópico evita que la fuerza de atracción del Sol y la Luna alteren radicalmente el eje de rotación de la Tierra. La atracción que ejercen estos dos cuerpos, sin embargo, es lo suficientemente poderosa para forzar al eje a bambolearse lentamente en el sentido de las manecillas del reloj en dirección opuesta a la rotación de la Tierra, un fenómeno que recibe el nombre de precesión.

Este importante movimiento es la firma característica de nuestro planeta dentro del sistema solar. Cualquiera que haya jugado con una peonza lo comprenderá sin dificultad; una peonza, a fin de cuentas, es otro tipo de giroscopio. Mientras gira velozmente sin interrupción, se mantiene derecha. Sin embargo, el momento en que su eje se desvía de la vertical empieza a mostrar otro movimiento: un bamboleo lento y obstinado en sentido contrario alrededor de un gran círculo. Este bamboleo, que constituye la precesión, cambia la dirección en la que apunta el eje mientras que mantiene constante su nuevo ángulo inclinado.

Una segunda analogía, con un enfoque algo distinto, puede ayudar a clarificar más la cuestión:

1. Imagine la Tierra, flotando en el espacio, inclinada aproximadamente $23,5^\circ$ con respecto a la vertical y dando una vuelta alrededor de su eje cada veinticuatro horas.
2. Imagine este eje como un poderoso pivote que pasa a través del centro de la Tierra, sale por los polos norte y sur y se prolonga hacia fuera en ambas direcciones.
3. Imagine que usted es un gigante que camina a través del sistema solar con órdenes de cumplir una tarea específica.
4. Imagine que se aproxima a la Tierra inclinada (la cual, debido al gigantesco tamaño de usted, ahora parece no mayor que una piedra de molino).
5. Imagine que alarga los brazos y sujeta los dos extremos del eje prolongado.
6. E imagine que empieza a empujar un extremo y a tirar del otro, creando una interrotación.
7. La Tierra ya estaba girando cuando usted llegó.
8. Las órdenes que le han dado, por tanto, no consisten en que intervenga en su rotación axial, sino que le imparta su otro movimiento: ese bamboleo lento en sentido de las manecillas del reloj que recibe el nombre de precesión.
9. Para cumplir esta misión deberá empujar el extremo norte del eje prolongado hacia arriba y alrededor de un gran círculo en el hemisferio celeste septentrional al tiempo que tira del extremo sur alrededor de un círculo igualmente grande en el hemisferio celeste meridional. Esto implica un movimiento lento y giratorio, como si pedaleara con las manos y los hombros.
10. Pero le advierto que la «piedra de molino» de la Tierra es más pesada de lo que parece, de forma que le llevará 25.776 años¹⁷ hacer girar los dos extremos de su eje a través de un ciclo precesional completo (al final del cual ambos extremos estarán orientados hacia los mismos puntos del hemisferio celeste que cuando usted llegó).
11. A propósito, ya que se ha puesto manos a la obra debo advertirle que no va a poder marcharse. En cuanto termina un ciclo precesional deber comenzar otro. Y otro... y otro... y otro... incesantemente, durante toda la eternidad.
12. Puede contemplar este fenómeno como uno de los mecanismos básicos del sistema solar o, si lo prefiere, como uno de los mandamientos fundamentales de la voluntad divina.

Entre tanto, poco a poco, a medida que hace girar lentamente el eje prolongado alrededor de los cielos, sus dos extremos apuntarán a una estrella tras otra en las latitudes polares del hemisferio celeste meridional (y a veces, por supuesto, hacia el espacio vacío), y a una estrella tras otra en las latitudes polares del hemisferio celeste septentrional. Estamos hablando de una especie de «juego de las sillas» que se desarrolla entre las estrellas circumpolares, y lo que mantiene todo en movimiento es la precesión axial de la Tierra, un movimiento impulsado por unas gigantescas fuerzas gravitatorias y giroscópicas, es decir, regulares, previsibles y relativamente fáciles de descifrar con ayuda de instrumentos modernos. Así, por ejemplo, la estrella polar septentrional es actualmente alfa Ursae Minoris (la cual conocemos como Polaris). Pero los cálculos por medio de ordenador nos permiten afirmar sin temor a equivocarnos que en el 3000 a. C. alfa Draconis ocupaba la posición polar; en tiempos de los griegos la estrella polar septentrional era beta Ursae Minoris; y en el 14000 de la era cristiana será Vega¹⁸.

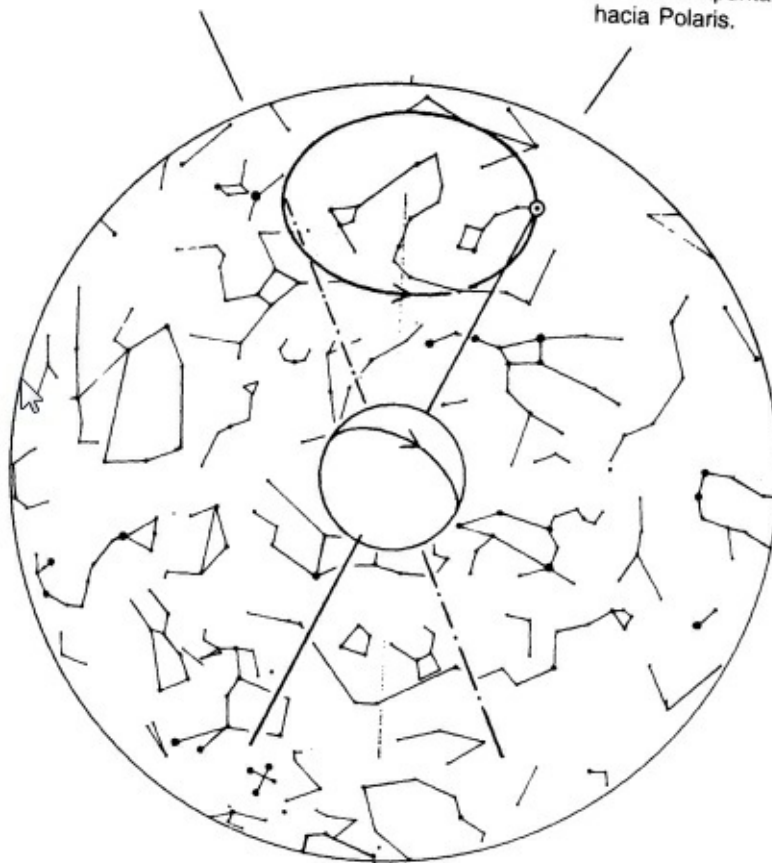
Un gran secreto del pasado

No está de más recordar algunos datos fundamentales acerca de los movimientos de la Tierra y su orientación en el espacio:

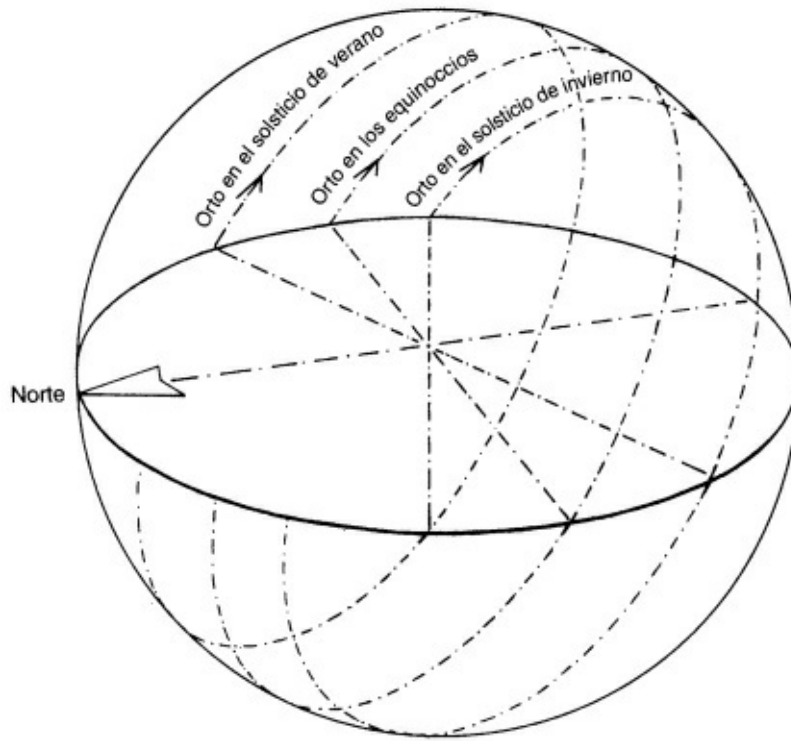
- Se inclina unos $23,5^\circ$ respecto a la vertical, un ángulo desde el que puede variar en $1,5^\circ$ en ambos lados a lo largo de períodos de 41.000 años.
- Completa un ciclo precesional cada 25.776 años¹⁹.
- Cada veinticuatro horas gira una vez sobre el eje.
- Cada 365 días da una vuelta completa alrededor del Sol (en rigor, 365,2422 días).
- La influencia más importante sobre sus estaciones es el ángulo en el que los rayos del Sol inciden en diversos puntos en su trayectoria orbital.

Hace 13.000 años el polo norte apuntaba
hacia Vega, como volverá a hacerlo
dentro de 12.500 años.

En la actualidad
el polo norte apunta
hacia Polaris.



Precesión.



Equinoccios y solsticios.

Es importante señalar que se producen cuatro momentos astronómicos cruciales al año, los cuales marcan el inicio oficial de cada una de las cuatro estaciones. Estos momentos (o puntos cardinales), los cuales revestían una inmensa importancia para los antiguos, son los solsticios de invierno y verano y los equinoccios de primavera y otoño. En el hemisferio boreal el solsticio de invierno, el día más corto, recae en el 21 de diciembre, y el solsticio de verano, el día más largo, en el 21 de junio. En el hemisferio austral, por otro lado, todo está literalmente boca abajo: el invierno comienza el 21 de junio y el verano el 21 de diciembre.

Los equinoccios constituyen dos puntos en el año en los que la noche y el día tienen la misma duración en todo el planeta. De nuevo, sin embargo, al igual que en el caso de los solsticios, la fecha que marca el comienzo de la primavera en el hemisferio boreal (20 de marzo) marca el del otoño en el hemisferio austral, y la fecha del inicio del otoño en el hemisferio boreal (22 de septiembre) marca el comienzo de la primavera en el hemisferio austral.

Al igual que las sutiles variaciones de las estaciones, esto es propiciado por la benevolente oblicuidad del planeta. El solsticio de verano del hemisferio boreal recae en el punto de la órbita en que el polo norte está orientado directamente hacia el Sol; seis meses más tarde el solsticio de invierno marca el punto en que el polo norte está orientado en dirección opuesta al Sol. Y, lógicamente, la razón de que el día y la noche tengan la misma duración en todo el planeta en los equinoccios de primavera y otoño es que éstos marcan los dos puntos en que el eje de rotación terrestre yace de costado al Sol.

Examinemos ahora el extraño y maravilloso fenómeno de la mecánica celestial. Este fenómeno se conoce como precesión de los equinoccios. Posee unas cualidades matemáticas rígidas y repetitivas que pueden ser analizadas y pronosticadas con precisión. No obstante, es extremadamente difícil de observar y más difícil aún es medirlo correctamente si no se dispone de unos instrumentos sofisticados.

En esto puede residir la clave de uno de los grandes misterios del pasado.

NOTAS

1. Hamlet's Mill, pp. 57-58.
2. Cifras de la Encyclopaedia Britannica, 1991, 27: 530.
3. Ibid.
4. J. D. Hays, John Imbrie, N. J. Shackleton: «Variations in the Earth's Orbit, Pacemaker of the Ice Ages», Science, volumen 194, n.º 4270, 10 de diciembre de 1976, p. 1125.
5. The Biblical Flood and the Ice Epoch, pp. 288-289.
6. Ice Ages, pp. 80-81.
7. Earth in Upheaval, p. 226.
8. New York Times, 15 de abril de 1951.
9. Beroso, Fragmentos.
10. Skyglobe3,6.
11. Roberta S. Sklower: «Predicting Planetary Positions», apéndice a la obra de Frank Waters: Mexico Mystique, Sage Books, Chicago, 1975, pp. 285 y sigs.
12. Earth in Upheaval, p. 138.
13. Biblical Flood and the Ice Epoch, p. 49.
14. Cifras de la Encyclopaedia Britannica, 1991,27: 530.
15. Ibid.
16. Path of the Pole, p. 3.
17. Jane B. Sellers: The Death of Gods in Ancient Egypt, Penguin, Londres, 1992, p. 205.
18. Skyglobe 3,6.
19. Cifra precisa de The Death of Gods in Ancient Egypt, p. 205.

LOS PRIMEROS INTENTOS DE DESCIFRAR UN CÓDIGO ANTIGUO

El plano de la órbita terrestre, proyectada hacia fuera para formar un gran círculo en la esfera celeste, se denomina eclíptica. Alrededor de la eclíptica, formando un cinturón estelar que se prolonga aproximadamente 7° al norte y al sur, se hallan las doce constelaciones del zodiaco: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis.

Estas constelaciones tienen un tamaño, una forma y una distribución irregular. No obstante, y se supone que por azar, su disposición alrededor del borde de la eclíptica es suficientemente espaciada para proporcionar una sensación de orden cósmico a las salidas y puestas diurnas del Sol.

Para hacerse una idea y comprender mucho mejor la cuestión, haga lo siguiente: 1) dibuje un punto en el centro de una hoja de papel en blanco; 2) trace un círculo alrededor del punto, a unos dos centímetros y medio de distancia; 3) rodee el círculo con otro círculo más grande.

El punto representa el Sol. El más pequeño de los dos círculos concéntricos representa la órbita terrestre. El círculo mayor representa el borde de la eclíptica. Alrededor del perímetro de este círculo mayor, dibuje doce casillas a intervalos regulares, que representan las constelaciones del zodiaco.

Puesto que hay 360° en un círculo, se puede considerar que cada constelación ocupa un espacio de 30° a lo largo de la eclíptica. El punto constituye el Sol. El círculo concéntrico interior representa la órbita de la Tierra. Sabemos que la Tierra viaja sobre esta órbita en sentido opuesto a las manecillas del reloj, del oeste hacia el este, y que cada veinticuatro horas ejecuta una vuelta completa alrededor de su eje (también del oeste al este).

Estos dos movimientos crean dos efectos ópticos:

1. Cada día, cuando el planeta gira del oeste al este, el Sol (que por supuesto es un punto fijo) parece «moverse» a través del cielo desde el este hacia el oeste.
2. Aproximadamente cada treinta días, a medida que la Tierra viaja por su órbita alrededor del Sol, éste parece «atravesar» cada una de las doce constelaciones zodiacales (que también constituyen unos puntos fijos), y de

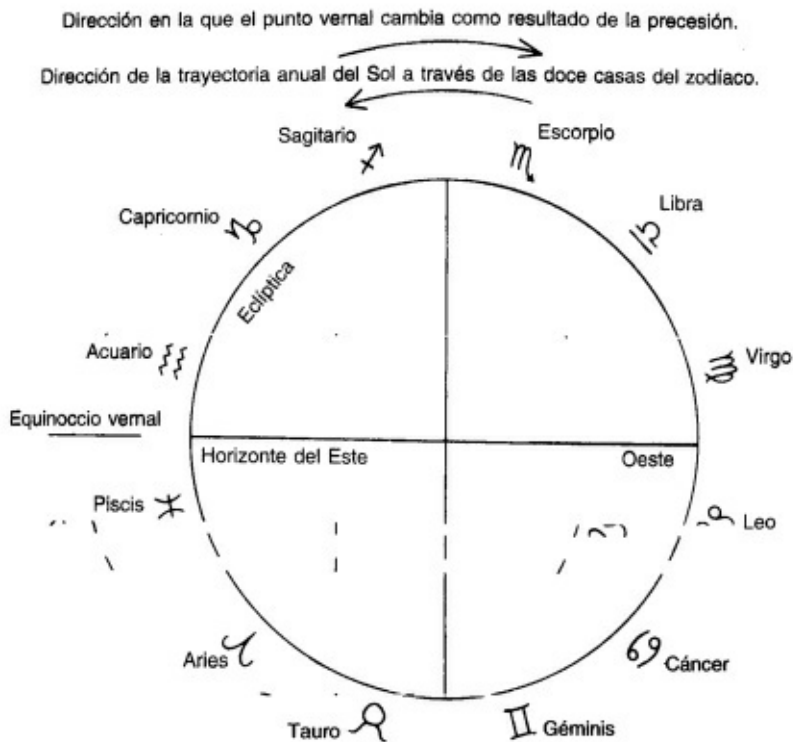
nuevo parece «moverse» en sentido este-oeste.

Dicho de otro modo, un determinado día del año (que corresponde en nuestro diagrama a cualquier punto que elijamos sobre el círculo concéntrico interior que señala la órbita terrestre), es obvio que el Sol se hallará entre un observador que está en la Tierra y una de las doce constelaciones zodiacales.

Ese día, el observador, si se levanta mucho antes del amanecer, verá que el Sol sale por el este en la porción de cielo ocupada por aquella determinada constelación.

Bajo los cielos límpidos y sin polución del mundo antiguo, se comprende que los seres humanos se sintieran tranquilizados por esos movimientos celestes periódicos. También se entiende que los cuatro puntos cardinales del año —los equinoccios de primavera y otoño, los solsticios de invierno y verano— revistieran en todas partes una enorme importancia.

Los antiguos concedían una importancia aún mayor a la conjunción de estos puntos cardinales con las constelaciones zodiacales. Pero lo más importante era la constelación en la que observaban salir el sol la mañana del equinoccio de primavera (o vernal).



En el transcurso de un año, la órbita que describe la Tierra provoca que el fondo estelar sobre el que se levanta el Sol cambie cada mes: Acuario -> Piscis -> Aries -> Tauro -> Géminis -> Cáncer -> Leo, etc., etc. En la actualidad, durante el equinoccio de invierno, el Sol sale por el este entre Piscis y Acuario. Este giro axial provoca que el «punto invernal» se adelante cada año, como consecuencia de ello se va desplazando muy despacio a través de las 12 casas del zodiaco, manteniéndose 2.160 años en cada signo y realizando un circuito completo en 25.920 años. La dirección de este desplazamiento axial, por contraste con el recorrido anual del Sol, es: Leo -> Cáncer -> Géminis -> Tauro -> Aries -> Piscis -> Acuario. Por ejemplo: la Era de Leo, es decir, los 2.160 años durante los cuales el Sol se elevó en el equinoccio de invierno sobre la constelación de Leo, se prolongó desde el año 10970 hasta el 8810 a. C. En el ámbito astrológico, vivimos ahora en una tierra de nadie, al final de la Era de Piscis y en el umbral de la Nueva Era de Acuario. Tradicionalmente estos tiempos de transición eran considerados nefastos.

Debido a la precesión axial de la Tierra, los antiguos descubrieron que esta constelación no permanecía siempre fija ni inmutable, sino que el honor de albergar o contener el Sol el día del equinoccio vernal iba pasando —muy lentamente— de una a otra constelación del zodiaco.

Según Giorgio de Santillana: «La posición del Sol entre las constelaciones en el equinoccio vernal era el indicador que señalaba las “horas” del ciclo precesional, una enorme cantidad de horas, puesto que el sol equinoccial ocupaba cada constelación zodiacal durante casi 2.200 años.»¹

La lenta precesión axial de la Tierra se desarrolla en el sentido de las manecillas del reloj (es decir, de este a oeste), y por tanto en sentido contrario a la trayectoria anual del planeta alrededor del Sol. En relación con las constelaciones del zodiaco, que permanecen fijas en el espacio, esto hace que el punto en el que se produce el equinoccio de primavera «se mueva obstinadamente a lo largo de la eclíptica en dirección contraria al curso anual del Sol, es decir, en dirección contraria a la secuencia “correcta” de los signos zodiacales (Tauro -> Aries -> Piscis -> Acuario, en lugar de Acuario -> Piscis -> Aries -> Tauro)»².

Éste, en resumen, es el significado de la precesión de los equinoccios. Y esto es exactamente lo que significa el concepto del «amanecer de la Era de Acuario». El famoso estribillo del musical Hair se refiere al hecho de que cada año, durante aproximadamente los últimos dos mil años, el Sol ha salido en Piscis en el equinoccio vernal. La Era de Piscis, sin embargo, se aproxima a su fin y el Sol vernal no tardará en abandonar el sector de Piscis para salir en Acuario.

El ciclo de precesión, que dura 25.776 años, constituye el motor que impulsa este majestuoso juggernaut celestial a lo largo de su interminable recorrido por los cielos. Pero los detalles sobre la forma en que la precesión mueve los puntos equinocciales de Piscis a Acuario —y alrededor de todo el zodiaco— merecen también ser descritos.

Recuerde que los equinoccios se producen sólo en dos ocasiones al año, cuando el eje inclinado de la Tierra yace de costado al Sol. Éstos ocurren cuando el Sol sale por el este en todo el mundo y el día y la noche tienen la misma duración. Debido a que el eje terrestre se desplaza en una lenta pero inexorable precesión en sentido contrario al de su órbita, los puntos en los que yace de costado al Sol se producen cada año fraccionalmente más pronto en la órbita.

Estos cambios anuales son tan pequeños que resultan casi imperceptibles (la modificación de un grado en la eclíptica —equivalente a la anchura del meñique sostenido frente al horizonte— ocurre aproximadamente cada setenta y dos años). No obstante, tal como señala Santillana, estos minúsculos cambios equivalen en poco menos de 2.200 años a un pasaje de 30° a través de una casa completa del zodiaco, y en poco menos de 26.000 años a un pasaje de 360° a través de un ciclo de precesión completo.

¿Cuándo descubrieron los antiguos la precesión?

En la respuesta a esta pregunta reside un gran secreto, y misterio, del pasado. Antes de intentar penetrar en este misterio y averiguar el secreto, conviene que conozcamos la versión «oficial». La Encyclopaedia Britannica es una mina de datos históricos convencionales tan eficaz como otra cualquiera, y esto es lo que nos dice sobre un erudito llamado Hiparco, el presunto descubridor de la precesión:

Hiparco (nacido en Nicea, Bithynia; murió después del 127 a. C. en Rodas), astrónomo y matemático griego que descubrió la precesión de los equinoccios... Este notable descubrimiento fue fruto de las minuciosas observaciones realizadas por una mente preclara. Hiparco observó las posiciones de las estrellas, y luego comparó sus resultados con los que había obtenido Timocaris de Alejandría unos ciento cincuenta años antes y con unas observaciones incluso anteriores que habían sido realizadas en Babilonia, Hiparco constató que las longitudes celestes eran diferentes y que esta diferencia era de una magnitud que excedía la atribuible a errores de observación. Por tanto propuso que la diferencia se debía a la precesión y dio un valor de $45''$ o $46''$ (segundos de arco) a los cambios anuales. Esto se aproxima mucho a la cifra de 50,274 segundos de arco que se acepta hoy en día...³

En primer lugar, es preciso hacer una aclaración. Los segundos de arco constituyen las subdivisiones más pequeñas de un grado de arco. Existen 60 de estos segundos de arco en un minuto de arco, 60 minutos en un grado, y 360 grados en el círculo completo de la trayectoria de la Tierra alrededor del Sol.

Un cambio anual de 50,274 segundos de arco representa una distancia algo inferior a una sesentava parte de un grado, de forma que se requieren unos setenta y dos años (la vida de un ser humano) para que el Sol equinoccial emigre un grado a lo largo de la eclíptica. Debido a las dificultades en materia de

observación que supone detectar un cambio que se produce a un ritmo tan lento, el valor calculado por Hiparco en el siglo II a. C. es enjuiciado en la *Encyclopaedia Britannica* como «un notable descubrimiento».

¿Les habría parecido un descubrimiento tan notable de haberse tratado de un redescubrimiento? ¿Brillarían con el mismo fulgor los logros matemáticos y astronómicos de los griegos si consiguiéramos demostrar que el difícil reto de medir la precesión había sido asumido miles de años antes de Hiparco? ¿Y si este ciclo celeste, de casi veintiséis mil años de duración, hubiera sido objeto de unas investigaciones científicas muy precisas llevadas a cabo siglos antes del supuesto amanecer del pensamiento científico?

Al buscar unas respuestas a estas preguntas nos topamos con muchos pormenores que pueden ser relevantes, pero que jamás serían aceptados por un tribunal de justicia como una prueba decisiva. Pues bien, nosotros tampoco los aceptaremos. Hemos visto que Hiparco propone un valor de 45 o 46 segundos de arco con respecto a un año de movimiento precesional. Nosotros no trataremos de apejar al astrónomo griego de su pedestal en cuanto descubridor de la precesión, a menos que hallemos un valor mucho más preciso recogido en una fuente considerablemente más antigua.

Por supuesto, existen muchas posibles fuentes. Llegados a este punto, sin embargo, y en aras de la brevedad, limitaremos nuestras indagaciones a los mitos universales. Hemos examinado de forma detallada un grupo de mitos (las tradiciones sobre diluvios y cataclismos que aparecen expuestas en la parte IV del libro), y hemos visto que presentan variadas e interesantes características:

1. No existe ninguna duda de que son notablemente antiguos. Tomemos la leyenda mesopotámica del diluvio, de la que se han hallado numerosas versiones escritas en las tablillas que proceden de los primeros estratos de la historia de Sumer, hacia el 3000 a. C. Estas tablillas, transmitidas desde los albores de la historia del pasado, demuestran sin ningún género de dudas que la tradición de un diluvio causante de la destrucción del mundo ya era antigua, y por tanto se había originado mucho antes de los albores de la historia. No obstante, no es posible establecer cuándo. Ningún experto ha conseguido jamás determinar la fecha de la creación de un mito, y mucho menos de estas venerables y populares tradiciones. En un sentido muy real, parecen haber existido desde siempre, como si formaran parte del bagaje

cultural de la humanidad.

2. No podemos descartar la posibilidad de que este aura de extrema antigüedad no sea una fantasía. Por el contrario, hemos visto que muchos de los grandes mitos sobre cataclismos parecen contener testimonios fidedignos sobre las condiciones reales que vivió la humanidad durante el último período glacial. En teoría, por tanto, estas leyendas pudieron haber sido creadas prácticamente hacia la misma época en que apareció nuestra subespecie, el *Homo sapiens sapiens*, hace quizá cincuenta mil años. Las pruebas geológicas, sin embargo, indican una procedencia más reciente, y hemos identificado la época del 15000 al 8000 a. C. como la más probable. Sólo entonces, en la totalidad de la experiencia humana, se registraron unos bruscos cambios climáticos de una magnitud terrorífica como los que aparecen descritos con tanta elocuencia en los mitos.
3. El período glacial y su tumultuosa desaparición constituyeron unos fenómenos globales. Por consiguiente, no tiene nada extraño que las tradiciones sobre cataclismos correspondientes a diversas culturas repartidas por todo el globo se caractericen por un elevado grado de uniformidad y convergencia.
4. Lo que sí resulta sorprendente, sin embargo, es que los mitos no sólo describan unas experiencias compartidas, sino que lo hagan en lo que parece ser un lenguaje simbólico compartido. Los mismos motivos literarios, los mismos recursos estilísticos, los mismos personajes reconocibles y las mismas tramas argumentales aparecen de forma reiterada.

Según el profesor Santillana, este tipo de uniformidad sugiere la existencia de una mano guía. En *Hamlet's Milly* una tesis original y de gran influencia en la evolución de nuevas ideas sobre los mitos antiguos escrita en colaboración con Hertha von Dechend, profesora de Historia de la Ciencia de la Universidad de Francfort, Santillana afirma:

La universalidad constituye en sí misma una prueba cuando va acompañada de un propósito firme. Cuando algo que hemos hallado en China, por ejemplo, aparece también en los textos astrológicos babilónicos, cabe suponer que se trata de algo importante si revela un complejo de imágenes insólitas que nadie puede afirmar que hayan aparecido de modo independiente o por generación espontánea. Tomemos los orígenes de la música. Orfeo y su estremecedora muerte pueden ser una creación poética nacida en más de un caso en lugares diversos. Sin embargo, cuando unos

personajes que no tocan la lira sino unas gaitas son desollados vivos por diversas y absurdas razones, y su idéntico fin es representado en varios continentes, debemos pensar que nos hallamos ante un descubrimiento importante, pues estas leyendas no pueden estar unidas por una secuencia interna. Del mismo modo, cuando el flautista aparece en el mito alemán de Hamelín y en México mucho antes que Colón, y en ambos lugares está ligado a ciertos atributos como el color rojo, no es posible decir que se trate de una coincidencia... Por otra parte, cuando uno halla números como 108, o 9 X 13, que reaparecen bajo varios múltiplos en el Vedas, en los templos de Angkor, en Babilonia, en las enigmáticas palabras de Heráclito y en el Valhalla escandinavo, tampoco se trata de un hecho fortuito...⁴

Si relacionamos los grandes mitos universales sobre cataclismos, ¿es posible que esas coincidencias que no pueden ser tales, y unos hechos fortuitos que no es posible que sean fortuitos, demuestren la influencia global de una antigua mano guía, todavía sin identificar? En tal caso, ¿podría ser la misma mano, durante y después del último período glacial, la que trazara esos mapas en extremo precisos y técnicamente avanzados que examinamos en la parte I del libro? ¿Y acaso no es posible que esa mano hubiera dejado sus fantasmagóricas huellas sobre otro cuerpo de mitos universales? Me refiero a los mitos que describen la muerte y resurrección de dioses, y grandes árboles alrededor de los cuales giran la Tierra y los cielos, y remolinos, molinillos, taladros y otros artilugios que giran y trituran. Según Santillana y Von Dechend, esas imágenes se refieren a acontecimientos celestiales⁵, y lo hacen en el lenguaje técnico y refinado de una ciencia astronómica y matemática arcaica, pero «inmensamente sofisticada»⁶: «Este lenguaje pasa por alto las creencias y los cultos locales. Se centra en números, movimientos, medidas, el entramado general, esquemas sobre estructuras de números, geometría.»⁷

¿De dónde proviene ese lenguaje? *Hamlet's Mill* es un laberinto de erudición brillante pero deliberadamente evasiva, y no nos ofrece una respuesta clara a esta pregunta. Aquí y allá, casi con timidez, los autores apuntan algunas claves. Por ejemplo, en cierto momento afirman que el lenguaje científico o «código» que creen haber identificado es de «una antigüedad asombrosa»⁸. En otra ocasión sitúan esta antigüedad con mayor precisión en un período como mínimo «seis mil años anterior a Virgilio»⁹, es decir, hace más de ocho mil años.

¿Qué civilización conocida en la historia fue capaz de desarrollar y utilizar un sofisticado lenguaje técnico hace más de ocho mil años? La respuesta sincera a esta pregunta es ninguna, para reconocer a continuación que estamos haciendo conjeturas sobre un episodio olvidado de una cultura tecnológicamente muy desarrollada perteneciente a tiempos prehistóricos. De nuevo, Santillana y Von Dechend se muestran escurridizos a la hora de aclarar las cosas, refiriéndose tan sólo al legado que todos debemos a «una antigua civilización casi increíble, que se atrevió a entender el mundo tal como fue creado por medio de números, medidas y pesos»¹⁰.

Este legado, evidentemente, tiene que ver con un pensamiento científico y una compleja información de carácter matemático que debido a su gran antigüedad, el paso del tiempo ha disipado:

Cuando aparecieron los griegos, el polvo de los siglos ya se había posado sobre los restos de esta gran construcción arcaica que abarcaba el mundo entero. No obstante, ha sobrevivido una parte de ella en los ritos tradicionales, en unos mitos y leyendas que no comprendemos... Unos enigmáticos fragmentos de un todo que se ha perdido. Estos nos recuerdan esos «paisajes brumosos» en los que los pintores chinos son unos auténticos maestros, los cuales muestran aquí una roca, allí un tejado, más allá un árbol, para dejar el resto a la imaginación. Incluso cuando hayamos descifrado el código, cuando conozcamos las técnicas, será imposible profundizar en el pensamiento de esos remotos ancestros nuestros, envuelto en sus símbolos, puesto que las mentes creadoras que concibieron los símbolos han desaparecido para siempre¹¹.

Lo que tenemos aquí, por tanto, son dos distinguidos profesores de Historia de la Ciencia, pertenecientes a renombradas universidades de ambos lados del Atlántico, los cuales afirman haber descubierto los restos de un lenguaje científico codificado que es muchos centenares de años más antiguo que la civilización humana más antigua identificada por los expertos.

Por otra parte, aunque en general se muestran cautelosos, Santillana y Von Dechend aseguran también «haber descifrado parte de ese código»¹². Ello constituye una extraordinaria afirmación, al provenir de dos académicos de prestigio.

NOTAS

1. Hamlet's Mill, p. 59.
2. Ibid., p. 58.
3. Encyclopaedia Britannica, 1991, 5: 937-938. Véase también: The Death of Gods in Ancient Egypt, p. 205, donde se da la cifra precisa de 50,274.
4. Hamlet's Mill, p. 7.
5. Ibid. Death of Gods in Ancient Egypt.
6. Hamlet's Mill, p. 65.
7. Ibid., p. 345.
8. Ibid., p. 418.
9. Ibid., p. 245.
10. Ibid., p. 132.
11. Ibid., pp. 4-5,348.
12. Ibid., p. 5.

EL ÁRBOL CÓSMICO Y LA MUELA DE LOS DIOSES

En su brillante y profundo estudio titulado *Hamlet's Mill*, los profesores Santillana y Von Dechend presentan una impresionante serie de pruebas míticas e iconográficas para demostrar la existencia de un curioso fenómeno. Por motivos inexplicables, y en una fecha que se desconoce, parece que ciertos mitos arcaicos procedentes de todo el mundo fueron utilizados como vehículos para desarrollar unos complejos datos técnicos referentes a la precesión de los equinoccios. La importancia de esta asombrosa tesis, según ha apuntado una destacada autoridad en medidas antiguas, radica en que ha disparado la primera salva en lo que puede convertirse en «una revolución copernicana en los conceptos actuales del desarrollo de la cultura humana»¹.

Hamlet's Mill fue publicado en 1969, de modo que la revolución ha tardado mucho en producirse. Durante este período, sin embargo, el libro no ha gozado de una amplia difusión entre el público en general, ni ha sido bien comprendido por los expertos en materia del pasado remoto. Esta situación no obedece a problemas inherentes o fallos de la obra. Según afirma Martin Bernal, profesor de Estudios Gubernamentales en la Universidad de Cornell, se debe a que «pocos arqueólogos, egiptólogos e historiadores especializados en la Antigüedad disponen del tiempo, las ganas y la habilidad necesarios para examinar los argumentos, en extremo técnicos, de Santillana»².

Estos argumentos giran principalmente en torno a la transmisión recurrente y persistente de un mensaje precesional en numerosos mitos antiguos. Y, curiosamente, muchas de las imágenes y símbolos clave que aparecen en estos mitos —en concreto los que se refieren a «una perturbación de los cielos»— también se hallan enraizados en las antiguas tradiciones sobre cataclismos mundiales que hemos examinado en los capítulos 24 y 25.

En la mitología escandinava, por ejemplo, hemos visto que el lobo Fenrir, a quien los dioses habían encadenado, logró al fin romper sus cadenas y escapar: «Cuando Fenrir se libró de las cadenas, el mundo tembló. El fresno Yggdrasil [considerado el eje de la Tierra] se estremeció desde sus raíces hasta sus ramas superiores. Las montañas se desmoronaron o partieron en dos... La Tierra empezó a perder su forma primitiva. Las estrellas vagaban errantes en el cielo.»

En opinión de Santillana y Von Dechend, este mito mezcla el tema familiar de las catástrofes con un tema muy distinto, el de la precesión. Por un lado tenemos un desastre terrestre de una magnitud que deja pequeño al diluvio de Noé. Por otro nos enteramos de que se están produciendo unos terribles cambios en los cielos y las estrellas, las cuales vagan errantes por el cielo y «caen al vacío»³.

Estas imágenes celestiales, repetidas una y otra vez con pequeñas variaciones en los mitos de diversos lugares del mundo, se inscriben en una categoría considerada en Hamlet's Mill «no unas simples leyendas como las que se crean de forma natural».⁴ Por otra parte, las tradiciones escandinavas que se refieren al monstruoso lobo Fenrir, y a las violentas sacudidas experimentadas por Yggdrasil, describen el apocalipsis final en el que las fuerzas del Valhalla participan del lado del «orden» en la terrible batalla de los dioses, una batalla que culminará en una destrucción apocalíptica:

Imagino que hay 540 puertas,
dentro de los muros del Valhalla;
800 guerreros traspasan cada una de esas puertas,
pues se enzarzan en una guerra con el Lobo.⁵

Con un toque de ligereza que resulta casi subliminal, este verso nos anima a contabilizar los guerreros del Valhalla, obligándonos por unos instantes a centrar nuestra atención en su número total ($540 \times 800 = 432.000$). Este total, como veremos en el capítulo 31, está matemáticamente ligado al fenómeno de la precesión. No es probable que aparezca en la mitología escandinava por azar, sobre todo en un contexto que previamente ha especificado «una perturbación de los cielos» lo suficientemente grave para hacer que las estrellas vaguen errantes por el cielo.

Para entender lo que ocurre aquí es esencial comprender la imaginería básica del antiguo «mensaje» que Santillana y Von Dechend afirman haber descubierto. Esta imaginería transforma la luminosa bóveda de la esfera celeste en una vasta y compleja maquinaria y, al igual que una rueda de molino, un molinillo, un remolino, una muela, esta maquinaria gira sin cesar (su movimiento es calibrado de forma permanente por el Sol, que sale en una constelación del zodiaco, luego en otra, y así sucesivamente a lo largo del año).

Los cuatro puntos clave del año son los equinoccios de primavera y otoño y los solsticios de invierno y verano. En cada punto observamos que el Sol sale en una

constelación distinta (así, si el Sol sale en Piscis en el equinoccio de primavera, como sucede en la actualidad, debe salir en Virgo en el equinoccio de otoño, en Géminis en el solsticio de invierno y en Sagitario en el solsticio de verano). En estas cuatro ocasiones, esto es exactamente lo que ha hecho el Sol durante los últimos dos mil años aproximadamente. Tal como hemos visto, sin embargo, la precesión de los equinoccios significa que el punto vernal cambiará en un futuro no lejano de Piscis a Acuario. Cuando esto ocurra, las otras tres constelaciones que marcan los tres puntos clave también cambiarán (de Virgo, Géminis y Sagitario a Leo, Tauro y Escorpio), casi como si el gigantesco mecanismo del cielo hubiera modificado su marcha...

Al igual que el eje de una muela, según explican Santillana y Von Dechend, Yggdrasil «representa el eje del mundo» en el arcaico lenguaje científico que ambos han identificado: un eje que se prolonga hacia fuera (para un observador que esté situado en el hemisferio septentrional), hacia el polo norte de la esfera celeste:

Esto sugiere automáticamente un palo recto y enderezado... aunque sería una simplificación. En el contexto mítico es mejor no pensar en el eje en términos analíticos, línea por línea, sino considerarlo, junto con el armazón al que está conectado, un todo... Así como un radio evoca de forma automática un círculo, el eje debería invocar los dos grandes y decisivos círculos sobre la superficie de la esfera, los coluros equinocciales y solsticiales⁶.

Estos coluros constituyen unos aros imaginarios que se cruzan en el polo norte celeste, los cuales unen los dos puntos equinocciales en la trayectoria de la Tierra alrededor del Sol (es decir, donde se halla el 20 de marzo y el 22 de septiembre) y los dos puntos solsticiales (donde se halla el 21 de junio y el 21 de diciembre). «La rotación del eje polar no debe separarse de los grandes círculos que se mueven junto con ella en el cielo. El entramado debe ser considerado un todo junto con el eje.»⁷

Santillana y Von Dechend están convencidos de que aquí nos enfrentamos no a una creencia, sino a una alegoría. Insisten en que el concepto de un entramado esférico compuesto por dos aros que se cruzan suspendidos de un eje no debe en modo alguno entenderse de la forma en que la ciencia antigua entendía el cosmos, sino que debe ser visto como «un instrumento de pensamiento» destinado a concentrar las mentes de unas gentes lo bastante inteligentes para descifrar el

código referente al complicado hecho astronómico de la precesión de los equinoccios.

Se trata de un instrumento de pensamiento que aparece una y otra vez, bajo distintas guisas, en todos los mitos de mundo antiguo.

En la muela con los esclavos

Un ejemplo, procedente de Centroamérica (que también presenta unas analogías curiosamente simbólicas entre los mitos de la precesión y los mitos sobre catástrofes), fue resumido por Diego de Landa en el siglo XVI:

Entre la multitud de dioses que eran venerados por estas gentes [los mayas] había cuatro a quienes llamaban Bacab. Éstos, según dicen, eran cuatro hermanos que fueron colocados por Dios, cuando éste creó el mundo, en cada una de sus cuatro esquinas para que sostuvieran el cielo con el fin de impedir que se desplomara. También dicen que esos Bacabs escaparon cuando el mundo fue destruido por un diluvio⁸.

En opinión de Santillana y Von Dechend, los astrónomos-sacerdotes mayas no suscribían la burda idea de que la Tierra era plana y tenía cuatro esquinas. Ambos académicos afirman que la imagen de los cuatro Bacabs es utilizada como una alegoría técnica destinada a arrojar luz sobre el fenómeno de la precesión de los equinoccios. En suma, los Bacabs vienen a representar el sistema de coordenadas de una era astrológica. Representan los coluros equinocciales y solsticiales, uniendo las cuatro constelaciones en las que el Sol sigue saliendo en los equinoccios de primavera y otoño y en los solsticios de invierno y verano durante unas épocas que duran poco menos de dos mil doscientos años.

Por supuesto, se entiende que cuando el cielo modifica su marcha, la vieja era se desmorona y nace una nueva era. Todo ello, hasta aquí, constituye una imaginería precesional rutinaria. Lo que llama la atención, sin embargo, es el vínculo explícito con un desastre terrestre —en este caso un diluvio— al cual los Bacabs logran sobrevivir. Asimismo, quizá sea un detalle relevante el hecho de que los bajorrelieves de Chichén Itzá representen de forma clara a los Bacabs como unas figuras barbudas y de aspecto europeo⁹.

En cualquier caso, la imagen de los Bacabs (ligada a numerosas referencias, mal interpretadas, a las «cuatro esquinas del cielo», «la Tierra cuadrangular»,

etcétera) es solo una entre muchas que parecen haber servido como instrumentos de pensamiento respecto a la precesión. Un arquetipo entre estas imágenes es, por supuesto, la muela del título de la obra de Santillana, *Hamlet's Mill*.

Resulta que el personaje shakespeariano, «a quien el poeta convirtió en uno de nosotros, el primer intelectual desgraciado», oculta un pasado como figura legendaria, cuyos rasgos están preestablecidos y configurados por un antiguo mito¹⁰. En todas sus numerosas encarnaciones, este Hamlet sigue siendo extrañamente él mismo. El Amlodhi (o en ocasiones Amleth), tal como se llamaba en la leyenda islandesa, «muestra las mismas características de melancolía y brillante intelecto. También él es un hijo decidido a vengar a su padre que pronuncia verdades crípticas pero insoslayables; un enigmático portador de la Providencia que deberá rendirse una vez que haya cumplido su misión...»¹¹.

Según la cruda y vivida imaginería de la leyenda escandinava, Amlodhi era identificado como dueño de una fabulosa muela que, en su día, molía oro, paz y abundancia. Según muchas tradiciones, dos gigantescas doncellas (Fenja y Menja) eran las encargadas de hacer girar este inmenso artefacto, que ningún ser humano era capaz de mover. Pero algo falló y las dos gigantas se vieron obligadas a trabajar día y noche sin descanso:

Fueron conducidas a la muela,
para hacer girar la piedra gris;
él no les daba tregua,
siempre atento al crujido de la muela.

La canción de las doncellas era un alarido
que rompía el silencio;

«¡Baja la tolva y aligera el peso de las piedras!»

Pero él las obligaba a seguir moliendo sin descanso.¹²

Soliviantadas y furiosas, Fenja y Menja esperaron hasta que todo el mundo se hubo acostado y empezaron a girar la muela a toda velocidad hasta que sus soportes aunque eran de hierro, se vinieron abajo¹³. Inmediatamente después, en un confuso episodio, la muela fue robada por un rey marino llamado Mysinger, quien cargó la muela en su barco junto con las gigantas. Mysinger ordenó a éstas que siguieran moliendo, pero esta vez se trataba de sal. A medianoche las doncellas preguntaron a Mysinger si no estaba cansado de tanta sal, pero éste les ordenó que continuaran moliendo. Las gigantas prosiguieron con su faena, pero al

poco rato el barco se hundió:

Los enormes soportes de la tolva salieron despedidos;
los remaches de hierro se rompieron;
el eje se estremeció,
y la tolva se vino abajo.¹⁴

Cuando alcanzó el fondo del mar, la muela continuó girando, triturando piedras y arena y creando un inmenso remolino, el *maelstrom*¹⁵.

Tales imágenes, según declaran Santillana y Von Dechend, representaban la precesión de los equinoccios¹⁶. El eje y los «soportes de hierro» de la muela simbolizan

un sistema de coordenadas en la esfera celeste y el armazón de una era del mundo. En realidad, el armazón define una era del mundo. Debido a que el eje polar y los coluros forman un todo invisible, si una parte de esa estructura se mueve todo el armazón se viene abajo. Cuando ello sucede una nueva estrella polar, con sus propios coluros, debe sustituir el aparato obsoleto¹⁷.

Por otra parte, el torbellino

pertenece al repertorio de fábulas antiguas. Aparece en la Odisea como Charybdis en el estrecho de Mesina, y de nuevo en las culturas de los océanos Índico y Pacífico. Curiosamente, aparece también una frondosa higuera a cuyas ramas se aferra el protagonista cuando el barco naufraga, ya sea Sat-yavrata en la India o Kae en Tonga... La persistencia del detalle descarta la invención libre. Esas leyendas han formado parte de la literatura cosmográfica desde la Antigüedad¹⁸

La aparición del remolino en la Odisea de Homero que es una compilación de mitos griegos de más de tres mil años de antigüedad, no debe sorprendernos, pues la gran muela de la leyenda islandesa aparece también allí, y en circunstancias que nos resultan familiares. En la última noche antes de la confrontación decisiva, Ulises, resuelto a vengarse, ha desembarcado en Itaca y se oculta bajo un hechizo de la diosa Atenea, que impide que sea reconocido. Ulises ruega a Zeus que le envíe una señal que le procure aliento antes de la difícil prueba:

De inmediato Zeus lanzó unos relámpagos que iluminaron el Olimpo... y el bueno de Ulises se alegró. Una mujer que estaba moliendo emitió un presagio desde el interior de una casa cercana, donde se encontraban las muelas del pastor de la gente. Doce mujeres trabajaban en estas muelas, afanándose en moler cebada y maíz para hacer harina con la que alimentar a los hombres. Todas las demás estaban dormidas, pues habían terminado de moler el grano, pero aquella todavía

no se había retirado a descansar, pues era la más débil. Mientras seguía moliendo, dijo: «¡Ojalá que ésta sea la última vez que los enemigos de Ulises gozan de un festín en ésta casa! Me han destrozado las rodillas obligándome cruelmente a moler la cebada para hacer harina. ¡Ojalá que ésta sea su última comida!»¹⁹

Santillana y Von Dechend aducen que no es por azar que la alegoría del «orbe del cielo que gira como una piedra de molino y siempre se produce un fallo»²⁰ aparezca también en la tradición bíblica de Sansón, «ciego en Gaza junto a la muela con los esclavos»²¹. Sus desalmados captores le quitan las ataduras para que los «divierta» en su templo; pero Sansón, haciendo acopio de las últimas fuerzas que le quedan, se apoya en las dos columnas centrales de la inmensa estructura y hace que el edificio se desplome sobre toda la gente que en el había²². Al igual que Fenja y Menja, Sansón consigue vengarse.

El tema reaparece en Japón²³, en Centroamérica²⁴, entre los maorís de Nueva Zelanda²⁵ y en los mitos de Finlandia. Allí la figura de Hamlet/Sansón se denomina Kullervo y la muela tiene un nombre singular: Sampo. Al igual que en el caso de Fenja y Menja, la muela es robada y cargada en un barco, y también acaba hecha añicos²⁶.

Los orígenes de la palabra «Sampo» se hallan en el vocablo sánscrito *skambha*, que significa «pilar o poste»²⁷. Y en el *Atharvaveda*, una de las obras literarias del norte de la India más antiguas, encontramos un himno dedicado al *skambha*:

En el cual reposa la Tierra, la atmósfera, el Sol, en el cual el fuego, la Luna, el Sol y el viento están fijados... El Skambha sostiene el cielo y la Tierra; el Skambha sostiene la vasta atmósfera; el Skambha sostiene las seis anchas direcciones, en el *Skambha* penetró toda existencia.

Whitney, el traductor (*Atharvaveda* 10,7), comenta con cierta perplejidad: «Skambha, luz, soporte, sostén, es utilizado extrañamente en este himno como armazón del universo.»²⁸ Sin embargo, conscientes de la complejidad de ideas que ligán a las muelas cósmicas, los remolinos y el mundo de árboles y demás, este arcaico uso védico no nos parece tan extraño. Lo que se pone de relieve aquí, como en todas las alegorías, es el armazón de una era del mundo, el mismo mecanismo celestial que gira durante más de dos mil años mientras el Sol sale siempre en los mismos cuatro puntos cardinales y desplaza lentamente esas coordenadas celestes hacia cuatro nuevas constelaciones, en las que permanecerán otros dos mil años.

Ésta es la razón por la que la muela siempre acabe por hacerse pedazos, de que los enormes soportes de la tolva salgan despedidos, de que los remaches de hierro se rompan, de que el eje se estremezca. La precesión de los equinoccios merece esa imaginiería, pues, en unos intervalos muy espaciados, altera o rompe las coordenadas estabiliza-doras de toda la esfera celeste.

Los que han abierto el camino

Lo más asombroso de esto es la forma en que la muela (que continúa sirviendo de alegoría de los procesos cósmicos) sigue reapareciendo de forma obstinada en todo el mundo, incluso donde el contexto es confuso o se ha perdido. De hecho, según Santillana y Von Dechend, no importa que el contexto se haya perdido. «El mérito particular de la terminología mítica —aseguran ambos académicos— es que puede ser utilizado como vehículo transmisor de unos conocimientos sólidos con independencia del grado de ingenio de las personas que relatan esas leyendas y fábulas.»²⁹ Lo que importa, dicho de otro modo, es que cierta imaginiería básica perviva y continúe siendo transmitida a través de esas leyendas y fábulas, aunque éstas se aparten de la historia original.

Un ejemplo de esos cambios (unido a la retención de imaginiería y datos esenciales) se halla entre los indios cheroki, quienes denominan la Vía Láctea (nuestra galaxia) «por donde corrió el perro». En la Antigüedad, según la tradición cheroki, «unas gentes del sur tenían un molino de grano» del que robaban la harina una y otra vez. Al cabo de un tiempo los dueños del molino descubrieron al ladrón, un perro, el cual «echó a correr aullando hacia su hogar en el norte, con la harina cayéndole de las fauces mientras corría y dejaba tras de sí un rastro blanco, donde en la actualidad vemos la Vía Láctea, que los cheroki siguen llamando «por donde corrió el perro»³⁰.

En Centroamérica, uno de los muchos mitos que hacen referencia a Quetzalcóatl nos presentan a éste jugando un papel decisivo en la regeneración de la humanidad después del diluvio que destruyó al Cuarto Sol. Junto con su compañero Xolotl, una figura con cabeza de perro, desciende a los infiernos para rescatar los esqueletos de las personas que fueron víctimas del diluvio. Por fin, tras engañar a Michlantechuhli, el dios de la muerte, Quetzalcóatl consigue rescatar los huesos y llevarlos a un lugar llamado Tamoanchan. Allí, al igual que

el maíz, los huesos son triturados en una muela hasta convertirlos en polvo. Sobre este polvo los dioses derraman sangre, y crean la carne de los hombres que pertenecen a la era actual³¹. Santillana y Von Dechend no creen que la presencia de un personaje canino en ambas variantes del mito de la muela cósmica sea fortuita. Señalan que Kullervo, el Hamlet finlandés, también está acompañado por «un perro negro llamado Musti»³². Asimismo, después de su regreso a sus estados en Itaca, Ulises es reconocido de inmediato por su perro leal³³, y como todos los que hayan asistido a la escuela dominical recordarán sin duda, Sansón está asociado con zorros (trescientos, para ser precisos)³⁴, los cuales pertenecen a la familia de los perros. En la versión danesa de la saga Amleth/Hamlet, «Amleth siguió andando y un lobo que surgió de entre los matorrales se cruzó en su camino»³⁵. Por último en una versión alternativa de la historia de Kullervo, procedente de Finlandia, el héroe (curiosamente) es «enviado a Estonia para que ladrara debajo de la verja; ladró durante un año...»³⁶.

Santillana y Von Dechend confían en que toda esta «imagería canina» tenga un propósito: otro código antiguo, todavía sin descifrar, que emite persistentemente su mensaje de un lugar a otro. Ambos señalan este y muchos otros símbolos caninos entre una serie de «marcadores morfológicos» que han identificado y que creen que sugieren la presencia, en los mitos antiguos, de una información científica referente a la precesión de los equinoccios³⁷. Estos marcadores pueden contener unos significados o estar destinados a alertar al segmento de público al que van dirigidos de que la historia que se relata contiene datos fiables. Curiosamente, a veces pueden estar también destinados a «abrir el camino», actuando como unas vías que permiten a los iniciados seguir el rastro de la información científica de un mito a otro.

Así, aunque no aparezca ninguna de las muelas ni remolinos de rigor, debemos destacar que Orion, el gran cazador del mito griego, era dueño de un perro. Cuando Orion trató de violar a la diosa virgen Artemisa, ésta extrajo un escorpión de la tierra que aniquiló a Orion y al perro. Orion fue transportado al cielo, donde se convirtió en la constelación que ostenta su nombre hoy en día; su perro fue transformado en Sirio, estrella que pertenece a la constelación del Can Mayor³⁸.

Precisamente esa misma identificación de Sirio fue hecha por los antiguos egipcios³⁹, quienes vinculaban la constelación de Orion específicamente con su dios Osiris⁴⁰. Por otra parte, fue en el Antiguo Egipto que el personaje del leal can celestial alcanza su elaboración mítica más plena y explícita bajo la forma de Upuaut, una divinidad con cabeza de chacal cuyo nombre significa «el que abre el camino»⁴¹. Si seguimos a Upuaut hasta Egipto, volvemos la mirada hacia la constelación de Orion y penetramos el potente mito de Osiris, nos hallaremos envueltos en una red de símbolos familiares.

El lector recordará que el mito presenta a Osiris como la víctima de un complot. Los conspiradores inicialmente se deshacen de él encerrándolo en una caja y arrojándolo a las aguas del Nilo. ¿Acaso no se parece en este aspecto a Utnapistim, a Noé, a Coxcoxtli y a todos los héroes de los diluvios encerrados en sus arcas (o cajas, o cofres) que navegan sobre las aguas del diluvio?

Otro elemento familiar es la clásica imagen precesional del árbol del mundo y/o un puntal de techo (en este caso ambas cosas). El mito nos dice que Osiris, que seguía encerrado en su cofre, es arrastrado mar adentro y llega a Bi-blos. Las olas lo depositan con suavidad entre las ramas de un tamarisco, el cual crece rápidamente y alcanza un espléndido tamaño, encerrando el cofre dentro de su tronco⁴². El rey del país, que admira mucho el tamarisco, lo tala y con la parte que contiene a Osiris confecciona un pilar de techo para su palacio. Después Isis, esposa de Osiris, retira el cuerpo de su marido del pilar y lo lleva de regreso a Egipto para que renazca de nuevo⁴³.

El mito de Osiris comprende también ciertos números clave. Ya sea por azar o de forma intencionada, esos números dan acceso a una «ciencia» de precesión, como veremos en el próximo capítulo.

NOTAS

1. Livio Catullo Stecchini: «Notes on the Relation of Ancient Measures to the Great Pyramid», en *Secret of the Great Pyramid* pp.381-382.
2. Martin Bernal: *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, Vintage Books, Londres, 1991, p. 276.
3. El lector recordará que en el capítulo 25 Yggdrasil, el árbol del mundo, no

fue destruido y los progenitores de la futura humanidad consiguieron refugiarse dentro de su tronco hasta que brotara una nueva Tierra de las ruinas de la antigua. ¿Puede considerarse mera coincidencia el hecho de que la misma estrategia fuera adoptada por los supervivientes del diluvio universal, tal como es descrito en ciertos mitos centroamericanos? Los vínculos y las analogías en los mitos entre los temas de la precesión y una catástrofe global son muy comunes.

4. *Hamlet's Mill*, p. 7.
5. *Grimnismol* 23, el poética *Edda*, p. 93, citado en: *Death of Gods in Ancient Egypt*, p. 199; *Hamlet's Mill*, p. 162; Elsa Brita Titchenell: *The Masks of Odin*, Theosophical University Press, Pasadena, 1988, p. 168.
6. *Hamlet's Mill*, pp. 232-233.
7. *Ibid.*, p. 231.
8. *Yucatan before and after the Conquest*, p. 82.
9. Véase, por ejemplo: *The God-Kings and the Titans*, p. 64. También es significativo que otras versiones del mito de los Bacabs nos digan que «el menor movimiento de éstos producía un temblor de tierra o incluso un terremoto» (*Maya History and Religion*, p. 346).
10. *Hamlet's Mill*, p. 2.
11. *Ibid.*
12. *Grottasongr*, «La canción de la muela», en *The Masks of Odin*, p. 198.
13. *Ibid.*, p. 201.
14. *Grottasongr*, citado en *Hamlet's Mill*, pp. 89-90.
15. *Ibid.*, p. 2.
16. *Ibid.*
17. *Ibid.*, p. 232.
18. *Ibid.*, p. 204.
19. *Odisea* (traducción de Rouse), 20:103-119.
20. Trimalcho en Petronio, citado en *Hamlet's Mill*, p-137-
21. John Milton: *Samson Agonistes*, 1:41.
22. El Libro de los Jueces 16: 25-30.
23. En el mito japonés el personaje de Sansón se llama Susa-nowo. Véase: Post Wheller: *The Sacred Scriptures of the Japanese*, Nueva York, 1952, pp. 44 y sigs.
24. En forma algo distorsionada en el relato del *Popol Vuh* sobre los gemelos y sus cuatrocientos acompañantes (véase capítulo 19). Zipcana, hijo de Vucub-Caquix ve a los cuatrocientos jóvenes arrastrando un inmenso tronco

que pretenden utilizar como parhilara en su casa. Zipcana transporta el tronco sin esfuerzo hasta el lugar donde han cavado un hoyo para el poste que sostendrá la parhilara. Los jóvenes tratan de matar a Zipcana metiéndolo en el hoyo, pero éste logra escapar y hacer que la casa se derrumbe sobre las cabezas de los jóvenes, matándolos a todos. *Popol Vuh*, pp. 99-101.

25. Según las tradiciones maorís, el personaje de Sansón es conocido como Whakatu. Véase: sir George Grey: *Polynesian Mythology*, Londres, 1956 (primera edición, 1858), pp. 97 y sigs.
26. Citado en *Hamlet's Mill*, pp. 104-108.
27. *Ibid.*, p. 111.
28. *Ibid.*, p. 233.
29. *Ibid.*, p. 312.
30. James Mooney: «*Myths of the Cherokee*», Washington, 1900, citado en *Hamlet's Mill*, pp. 249, 389; Jean Guard Monroe y Ray A. Williamson: *The Dance in the Sky: Native American Star Myths*, Houghton Mifflin Co., Boston, 1987, pp. 117-118.
31. *The Gods and Symbols of Ancient Mexico and the Maya*, p. 70.
32. Citado en *Hamlet's Mill*, p. 33.
33. Homero, *La Odisea*, Libro 17.
34. El Libro de los Jueces 15:4.
35. Saxo Grammaticus, en *Hamlet's Mill*, p. 13.
36. *Ibid.*, p. 31.
37. *Ibid.*, pp. 7,31.
38. *World Mythology*, p. 139. Cabe señalar que, al igual que Sansón, Orion era ciego; se trata del único personaje ciego en la mitología sobre constelaciones. Véase: *Hamlet's Mill*, pp-177- 178.
39. Mercer: *The Religion of Ancient Egypt*, Londres, 1946. pp. 25,112.
40. *Ibid. Death of Gods in Ancient Egypt*, p. 39: «Los antiguos egipcios identificaban Orion con Osiris.»
41. También llamado Wapwewet y Ap-uaut. Véase, por ejemplo: E. A. Wallis Budge: *Gods of the Egyptians*, Methuen and Co., Londres, 1994, vol. II, pp. 366-367.
42. *The Egyptian Book of the Dead*, Introducción, p. L.
43. *Ibid.* Aunque no aparece una muela propiamente dicha, muchos bajorrelieves del Antiguo Egipto representan dos de los personajes principales del mito de Osiris (Horus y Seth) haciendo girar un gigantesco «molinillo»; de nuevo un símbolo clásico de la precesión. *Hamlet's Mill*, p. 162: «Este elemento se

interpretada de modo erróneo como “la unión de los dos países” tanto si Horus y Seth sirven al molinillo como si sirven a los llamados dioses del Nilo, lo cual sucede a menudo.»

LOS NÚMEROS DE OSIRIS

La arqueóloga-astrónoma Jane B. Sellers, que estudió Egiptología en el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, pasa los inviernos en Portland, Maine, y los veranos en Ripley Neck, un enclave del siglo XIX que está situado hacia el este en la rocosa costa de Maine. «Allí —dice Sellers— el cielo por las noches es a veces tan límpido como en el desierto, y a nadie le importa si lees los Textos de las Pirámides en voz alta a las gaviotas...»¹

Sellers, una de las pocas expertas reconocidas que ha puesto a prueba la teoría propuesta por Santillana y Von Dechend en *Hamlet's Mill*, ha sido alabada por haber hecho hincapié en la necesidad de utilizar la astronomía, y en concreto la precesión, para el estudio riguroso del Antiguo Egipto y su religión².

Según Sellers: «La mayoría de arqueólogos no comprenden el fenómeno de la precesión, lo cual incide en sus conclusiones respecto a los mitos antiguos, los dioses antiguos y las alineaciones de los templos antiguos... Para los astrónomos la precesión es un hecho sólidamente establecido; los que trabajaban en el campo del hombre antiguo tienen la responsabilidad de alcanzar un conocimiento profundo de la precesión.»³ Según el argumento de Sellers, que aparece expresado de modo elocuente en su último libro, *The Death of Gods in Ancient Egypt*, el mito de Osiris pudo haber estado deliberadamente codificado en un grupo de números clave que constituyen un «lastre» en lo que concierne a la narración, pero que ofrecen un cálculo eterno mediante el cual es posible obtener unos valores extraordinariamente exactos respecto a lo siguiente:

1. El tiempo requerido para que el bamboleo precesional de la Tierra haga que la posición de la salida del Sol en el equinoccio vernal se desplace un grado a lo largo de la eclíptica (en relación con el fondo estelar);
2. El tiempo requerido para que el Sol pase a través de un segmento zodiacal completo de treinta grados;
3. El tiempo requerido para que el Sol pase a través de dos segmentos zodiacales completos (lo cual totaliza sesenta grados);
4. El tiempo requerido para que se produzca el Gran Retorno⁴, es decir, para que el Sol se desplace trescientos sesenta grados a lo largo de la eclíptica, realizando un ciclo completo precesional o Gran Año.

Computar el Gran Retorno

Los números precesionales que Sellers pone de relieve en el mito de Osiris son: 360, 72, 30 y 12. La mayoría de ellos se encuentra en una sección del mito que nos ofrece detalles biográficos sobre los diversos personajes. Éstos han sido convenientemente resumidos por E. A. Wallis Budge, ex conservador de Antigüedades Egipcias en el Museo Británico.

La diosa Nut, esposa del dios del sol, Ra, era amada por el dios Geb. Cuando Ra descubrió la intriga maldijo a su esposa y declaró que no pariría un hijo en ningún mes del año. Entonces el dios Tot, que también amaba a Nut, disputó una partida de damas con la Luna y ganó a ésta cinco días completos, los cuales añadió a los 360 días en los que consistía el año [subrayado del autor]. El primero de estos cinco días nació Osiris; y en el momento de nacer se oyó una voz que proclamaba el nacimiento del señor de la creación⁵.

En otras partes el mito nos informa que el año de 360 días consiste en «12 meses, cada uno de los cuales está formado por 30 días»⁶. Y en términos generales, según observa Sellers, «se utilizan frases que encierran unos cálculos mentales rápidos y sencillos y revelan una gran atención a los números»⁷.

Hasta aquí hemos obtenido tres de los números precesionales de Sellers: 360, 12 y 30. El cuarto número, que aparece más adelante en el texto, es sin duda el más importante. Como hemos visto en el capítulo 9, la perversa deidad llamada Seth encabezó un grupo de conspiradores en una conjura para asesinar a Osiris. El número de los conspiradores era 72.

Con este número en la mano, según sugiere Sellers, estamos en disposición de poner en marcha un antiguo programa informático:

12 = número de constelaciones del zodiaco;

30 = número de grados asignados a lo largo de la eclíptica a cada constelación zodiacal;

72 = número de años requeridos para que el Sol equinoccial complete un desplazamiento precesional de un grado a lo largo de la eclíptica;

360 = cifra total de grados en la eclíptica;

$72 \times 30 = 2.160$ (número de años requeridos para que el Sol complete un pasaje de 30 grados a lo largo de la eclíptica, es decir, para que atraviese cualquiera de las doce constelaciones zodiacales);

$2.160 \times 12 = 25.920$ (número de años en un ciclo precesional completo o Gran

Año, y por ende el número total de años requeridos para que se produzca el Gran Retorno).

Aparecen también otras cifras y combinaciones de cifras, por ejemplo:

36 = el número de años requeridos para que el Sol equinoccial complete un desplazamiento precesional de medio grado a lo largo de la eclíptica;

4.320 = número de años requeridos para que el Sol equinoccial complete un desplazamiento de 60 grados (es decir, dos constelaciones zodiacales).

Éstos, según afirma Sellers, constituyen los ingredientes básicos de un código precesional que aparece una y otra vez, con asombrosa persistencia, en los mitos antiguos y en la arquitectura sagrada. En común con buena parte de la numerología esotérica, se trata de un código que nos permite desplazar unos puntos decimales a la izquierda o la derecha, según deseemos, y utilizar prácticamente cualquier combinación concebible, permutación, multiplicación, división y fracción de los números esenciales (los cuales se hallan relacionados precisamente con el ritmo de precesión de los equinoccios).

El número más importante del código es el 72. A éste se añade con frecuencia el 36, totalizando 108, y podemos multiplicar 108 por 100 para obtener 10.800 o dividirlo por 2 para obtener 54, que luego puede ser multiplicado por 10 y expresado como 540 (o como 54.000, como 540.000, como 5.400.000, etcétera). No menos significativo es el 2.160 (el número de años requeridos para que el punto equinoccial transite por una constelación zodiacal), que en ocasiones es multiplicado por 10 y por factores de diez (lo cual arroja 216.000, 2.160.000, etcétera) y otras por 2 para obtener 4.320.43.200.432.000, 4.320.000, ad infinitum.

Mejor que Hiparco

Si Sellers está en lo cierto con su hipótesis de que los cálculos necesarios para producir estos números fueron codificados deliberadamente en el mito de Osiris a fin de transmitir una información precesional a los iniciados, nos hallamos sin duda ante una curiosa anomalía. Si conciernen realmente a la precesión, los números se hallan fuera de lugar en el tiempo. La ciencia que contienen es demasiado avanzada para que fueran calculados por una civilización antigua conocida en la Historia.

No olvidemos que se producen en un mito que está presente en los mismos albores de la escritura en Egipto (ciertos elementos de la historia de Osiris se hallan en los Textos de las Pirámides que datan del 2450 a. C., en un contexto que sugiere que ya entonces eran muy antiguos)⁸. Hiparco, el presunto descubridor de la precesión que vivió en el siglo II a. C., propuso un valor de 45

o 46 segundos de arco con respecto a un año de movimiento precesional. Estas cifras arrojan como resultado un desplazamiento de un grado sobre la eclíptica en 80 años (a 45 segundos de arco por año), y en 78,26 años (a 46 segundos de arco por año). La cifra real, según los cálculos de la ciencia del siglo XX, es de 71,6 años⁹. Si la teoría de Sellers es correcta, por tanto, los números de Osiris, que arrojan un valor de 72 años, son considerablemente más precisos que los de Hiparco. Es más, dentro de los evidentes límites que impone la estructura narrativa, es difícil concebir una mejora en la cifra de 72 años, aun cuando la cifra más precisa fuera conocida por los antiguos creadores de mitos. Es imposible insertar 71,6 conspiradores en una historia, pero 72 encajan holgadamente.

Trabajando a partir de esta cifra redonda, el mito de Osiris es capaz de arrojar un valor de 2.160 años con respecto al desplazamiento precesional a través de una casa completa del zodiaco. La cifra correcta, según los cálculos actuales, es de 2.148 años¹⁰. Las cifras de Hiparco nos permiten calcular 25.920 como el número de años requeridos para que se complete un ciclo completo precesional a través de doce casas del zodiaco. Hiparco no nos da ni 28.800 ni 28.173,6 años. La cifra correcta, según los cálculos actuales, es 25.776 años¹¹. Los cálculos de Hiparco con respecto al Gran Retorno, por tanto, presentan un desfase de unos tres mil años. Los cálculos de Osiris se apartan de la cifra real en sólo ciento cuarenta y cuatro años, posiblemente debido a que el contexto narrativo obligó a redondear la cifra base del valor correcto de 71,6 a la cifra más manejable de 72. Todo ello, sin embargo, suponiendo que Sellers esté en lo cierto al deducir que los números 360, 72, 30 y 12 no aparezcan en el mito de Osiris por azar sino que fueron colocados allí por gentes que comprendían —y habían medido correctamente— la precesión.

¿Está Sellers en lo cierto?

Tiempos de decadencia

El mito de Osiris no es el único que incorpora el cálculo de la precesión. Los números relevantes aparecen reiteradamente en variadas formas, múltiplos y combinaciones, en todo el mundo antiguo.

En el capítulo 33 dimos un ejemplo de ello al referirnos al mito escandinavo de los 432.000 guerreros que salieron del Valhalla para luchar contra «el Lobo». Si examinamos de nuevo el mito comprobaremos que contiene varias permutaciones de «números precesionales». Asimismo, tal como vimos en el capítulo 24, las antiguas tradiciones chinas que se refieren a un cataclismo universal fueron escritas en un inmenso texto consistente precisamente en 4.320 volúmenes.

A miles de kilómetros de distancia, ¿es posible considerar una mera coincidencia el hecho de que el historiador babilonio Beroso (siglo III a. C.) atribuyera un remado total de 432.000 años a los reyes míticos que gobernaron la tierra de Sumer antes del diluvio? ¿Es también una coincidencia que Beroso asignara 2.160.000 años al período «entre creación y catástrofe universal»?¹²

Llegados a este punto cabe preguntarse si los mitos de antiguos pueblos amerindios como los mayas también contienen o nos permiten computar números como 72, 2.160, 4.320, etcétera. A buen seguro nunca lo averiguaremos, gracias a los conquistadores y a los celosos frailes que destruyeron el patrimonio tradicional de Centroamérica y nos dejaron un material escaso con el que trabajar. Lo que sí podemos afirmar, no obstante, es que los números relevantes aparecen, con una profusión relativa, en el calendario maya de Cálculo Largo. En el capítulo 21 nos hemos referido a los detalles del calendario. Los números necesarios para calcular la precesión se hallan allí en las siguiente fórmulas: 1 *Katun* = 7.200 días; 1 *Tun* = 360 días; 2 *Tuns* = 720 días; 5 *Baktuns* = 720.000 días; 5 *Katuns* = 36.000 días; 6 *Katuns* = 43.200 días; 6 *Tuns* = 2.160 días; 15 *Katuns* = 2.160.000 días¹³.

Por otra parte, el código de Sellers no se circunscribe a la mitología. En las selvas de Camboya el complejo del templo de Angkor da la impresión de haber sido construido expresamente como una metáfora precesional. Por ejemplo, posee cinco puertas a cada una de las cuales conduce un camino que atraviesa un foso infestado de cocodrilos que rodea todo el yacimiento. Cada uno de estos caminos está bordeado por una hilera de gigantescas figuras de piedra, 108 por avenida, 54 en cada lado (en total 540 estatuas) y cada hilera exhibe una enorme serpiente Naga. Por otra parte, tal como observan Santillana y Von Dechend en *Hamlet's Mili*, las figuras no «sujetan» a la serpiente, sino que parecen «tirar» de ella, lo cual indica que las 540 estatuas están «removiendo el Océano Lácteo». Toda Angkor «constituye un modelo de colosales dimensiones basado en la fantasía e incongruencia típicamente hindúes» para expresar la idea de la precesión¹⁴.

Lo mismo puede decirse del templo de Borobudur, en Java, con sus 72 stupas, y quizá también de los megalitos de Balbek en el Líbano, que según los expertos constituyen los bloques tallados en piedra más grandes del mundo. Muy anteriores a las estructuras romanas y griegas que se hallan en el yacimiento, los tres que componen el llamado trilito tienen una altura equivalente a un edificio de cinco pisos y cada uno pesa más de 600 toneladas. Hay un cuarto megalito que mide casi 24 metros de altura y pesa 1.100 toneladas. Curiosamente, estos gigantescos bloques fueron cortados, tallados perfectamente y transportados a Balbek desde una cantera que estaba situada a muchos kilómetros de distancia. Por último fueron hábilmente incorporados, a una altura de varios metros sobre el suelo, a los muros de contención de un magnífico templo. Este templo estaba rodeado de 54 columnas de tamaño y peso descomunal¹⁵.



Removiendo el Océano Lácteo, uno de los numerosos «instrumentos de pensamiento» para calcular la precesión que incluyen los mitos antiguos. En el subcontinente de la India (donde la constelación de Orion se denomina Kal-Purush, que significa «Tiempo-Hombre»)¹⁶, constatamos que los números de Sellers referentes a Osiris se transmiten a través de diversos medios en una forma que es muy difícil de atribuir al azar. Por ejemplo, el Agnicayana, el altar del fuego hindú, consta de 10.800 ladrillos. En el Rigveda, el texto védico más

antiguo y una auténtica mina de mitología hindú, hay 10.800 estrofas. Cada estrofa está formada por 40 sílabas, de modo que toda la composición consiste en 432.000 sílabas... ni más, ni menos¹⁷. Y en *Rigveda* I: 164 (una estrofa típica), leemos sobre «la rueda de 12 radios en la que están establecidos 720 hijos de Agni»¹⁸.

En la cábala hebrea aparecen 72 ángeles a través de los cuales aquellos que conocen sus nombres y números pueden acceder, o invocar, a los Sephiroth (poderes divinos)¹⁹. La tradición rosacruz se refiere a ciclos de 108 años (72 más 36) según los cuales la secreta hermandad deja sentir su influencia²⁰. Asimismo, el número 72 y sus permutaciones y subdivisiones revisten una gran importancia para las sociedades secretas chinas conocidas como las tríadas. Un antiguo ritual requiere que cada candidato para ser iniciado satisfaga una cuota que comprende «360 en metálico para “confeccionar ropa”, 108 en metálico “para la bolsa”, 72 en metálico para «el curso de instrucción», y 36 en metálico para decapitar al “sujeto traidor”»²¹. El «metálico» (la vieja y universal moneda china de latón con un orificio cuadrado en el centro) ya no está en circulación, pero los números transmitidos por el ritual desde tiempos inmemoriales han sobrevivido. Así, en la moderna Singapur, los candidatos para formar parte de una tríada pagan una cuota de entrada que es calculada según sus circunstancias económicas, pero que consiste siempre en múltiplos de 1,80 dólares, 3,60 dólares, 7,20 dólares, 10,80 dólares (y por tanto 18 dólares, 36 dólares, 72 dólares, 108 dólares, o 360 dólares, 720 dólares, 1.080 dólares, etcétera)²².

De todas las sociedades secretas, la más misteriosa y arcaica es sin lugar a dudas la Liga Hung, que según los expertos constituye «la depositaria de la antigua religión de los chinos»²³. En un rito de iniciación Hung, el neófito es sometido a una sesión de preguntas y respuestas:

P. ¿A quién has visto durante tu paseo?

R. Vi dos macetas que contenían plantas de bambú rojo.

P. ¿Sabes cuántas plantas había?

R. En una maceta había 36 y en la otra 72 plantas, en total 108.

P. ¿Te llevaste algunas plantas a casa?

R. Sí, me llevé 108 plantas a casa...

P. ¿Puedes demostrarlo?

R. Puedo demostrarlo con un verso.

P. ¿Qué dice ese verso ?

R. El bambú rojo de Cantón es muy raro en el mundo.

En las arboledas hay 36 y 72.

¿ Hay alguien en el mundo que conozca el significado de esto?

Si nos aplicamos, descubriremos el secreto.

La atmósfera de intriga que genera ese párrafo se ve acentuada por el reticente comportamiento de los miembros de la Liga Hung, una organización que en muchos aspectos se parece a la orden europea medieval de los templarios (y los grados superiores de la masonería francesa), que por falta de espacio no es posible describir en este libro²⁴. Otro detalle interesante es que el carácter chino Hung, compuesto por agua y muchos, significa inundación, es decir, el diluvio.

Por último, regresemos de nuevo a la India y examinemos el contenido de las sagradas escrituras conocidas como Puranas. Estas se refieren a «cuatro eras de la Tierra», llamadas Yugas, que juntas equivalen a 12.000 años divinos. Las respectivas duraciones de estas épocas, en años divinos, son Krita Yuga = 4.800; Treta Yuga = 3.600; Dav-para Yuga = 2.400; Kali Yuga = 1.200 ²⁵. El Puranas también nos dice que «un año de los mortales equivale a un día de los dioses»²⁶. Por otra parte, y exactamente igual que en el mito de Osiris, comprobamos que el número de días en los años tanto de los dioses como de los mortales ha sido fijado de forma artificial en 360, de modo que un año de los dioses equivale a 360 años de los mortales²⁷.

La Kali Yuga, por tanto, que consiste en 1.200 años de los dioses, posee una duración de 432.000 años mortales²⁸. Una Mahayuga, o Gran Era (compuesta por

12.000 años divinos contenidos en las cuatro Yugas menores) equivale a 4.320.000 años de los mortales. Un millar de Mahayugas (que constituyen un Kalpa, un Día de Brahma) se prolongan a lo largo de 4.320.000.000 años ordinarios²⁹, procurándonos de nuevo los dígitos para realizar unos cálculos precesionales básicos. Por otro lado, existen los Manvantaras (períodos de Manu), a propósito de los cuales las escrituras nos dicen que «durante cada Manvantara transcurren unos 71 sistemas de cuatro Yugas»³⁰. El lector recordará que el desplazamiento de un grado en el movimiento precesional requiere 71,6 años, un número que en la India puede redondearse hasta «aproximadamente 71» del mismo modo que en el Antiguo Egipto se redondeaba en 72.

La Kali Yuga, con una duración de 432.000 años mortales, es precisamente la nuestra. «En la Era Kali —según afirman las escrituras— prosperará la decadencia, hasta que la raza humana se halle próxima a su desaparición.»³¹

Perros, tíos y venganza

Fue un perro el que nos llevó a estos tiempos de decadencia.

Llegamos aquí por medio de Sirio, la estrella que pertenece al Can Mayor y está situada junto al talón de la gigantesca constelación de Orion que se yergue en los cielos sobre Egipto. En esa tierra, como hemos visto, Orion es Osiris, el dios de la muerte y la resurrección, cuyos números —quizá por azar— son 12, 30, 72 y 360. Pero ¿acaso el azar puede explicar el hecho de que estos y otros enteros primos de precesión aparezcan continuamente en diversos lugares del mundo en unas mitologías que, en principio, no se hallan relacionadas entre sí, en unos vehículos imperturbables pero duraderos tales como sistemas de calendario y obras de arquitectura?

Santillana y Von Dechend, Jane Sellers y muchos otros expertos descartan que sea algo fortuito, y aducen que la persistencia del detalle indica una mano guía.

Si están equivocados, debemos hallar otra explicación que justifique el hecho de que unos números tan específicos e interrelacionados (cuya única función evidente es calcular la precesión) hayan conseguido por azar dejar su impronta en la cultura humana.

Pero supongamos que no se equivocan. Supongamos que existía una mano que movía los hilos.

A veces, cuando penetramos en el universo de mitos y misterios de Santillana y Von Dechend, casi sentimos la influencia de esa mano... Tomemos el caso del perro... o chacal, o lobo, o zorro. La forma sutil en que este siniestro canino se desliza de mito en mito no deja de resultar singular, estimulante y desconcertante al mismo tiempo, atrayéndonos poderosamente y obligándonos a seguir avanzando.

De hecho, fue su poder de atracción lo que hizo que lo siguiéramos desde la muela de Amlodhi al mito de Osiris en Egipto. Durante el camino, según los designios de los antiguos sabios (si Sellers, Santillana y Von Dechend están en lo cierto) fuimos animados a construir una imagen mental clara de la esfera celeste. En segundo lugar, se nos procuró un modelo mecánico para que visualizáramos los grandes cambios que la precesión de los equinoccios producen periódicamente en todas las coordenadas de la esfera.

Por fin, tras dejar que el perro Sirio nos abriera el camino, se nos ofrecieron los números necesarios para calcular la precesión con mayor o menor exactitud.

Sirio, en su eterna posición junto al talón de Orion, no es el único personaje canino que acompaña a Osiris. En el capítulo 11 vimos que Isis (esposa y hermana de Osiris)³² buscó el cadáver de su marido después de que éste fuera asesinado por Seth, quien, curiosamente, también era hermano de Isis y Osiris. En su búsqueda, según la antigua tradición, Isis contó con la ayuda de unos perros (en algunas versiones unos chacales)³³. Asimismo, los textos mitológicos y religiosos de todos los períodos de la historia egipcia afirman que el dios-chacal Anubis cuidó del espíritu de Osiris después de su muerte y le sirvió de guía a través del más allá.³⁴ (Algunos grabados que han sobrevivido muestran a Anubis con un aspecto prácticamente idéntico al de Upuaut, «el que abre el camino».)

Por último, se cree que Osiris asumió la forma de un lobo cuando regresó del más allá para ayudar a su hijo Horus en la batalla decisiva que éste libró contra Seth³⁵.

Al investigar este tipo de material, tenemos a veces la extraña sensación de ser manipulados por una inteligencia antigua que ha hallado el medio de llegar a nosotros a través de los tiempos, y que por alguna razón nos presenta un enigma para que lo resolvamos mediante el lenguaje del mito.

Si sólo aparecieran perros de forma reiterada, sería muy fácil descartar estas extrañas intuiciones. Es más probable que el fenómeno de los perros responda a una coincidencia que a otros elementos incorporados al mito. Pero no se trata sólo de perros.

Los caminos entre los dos mitos de Osiris y la muela de Amlodhi, tan distintos entre sí (aunque ambos parecen contener unos datos científicos fidedignos sobre la precesión de los equinoccios), permanecen abiertos en virtud de otro curioso factor común: en concreto, unas relaciones familiares. Amlodhi/Amlleth/Hamlet siempre es un hijo que venga la muerte de su padre atrapando y matando al asesino. El asesino, por lo demás, siempre es el hermano del padre, o sea el tío de Hamlet³⁶.

Esta es precisamente la trama del mito de Osiris. Osiris y Seth son hermanos³⁷. Seth asesina a Osiris, y Horus, el hijo de Osiris, se venga matando a su tío³⁸. Otro aspecto interesante es que con frecuencia el personaje de Hamlet mantiene relaciones incestuosas con su hermana³⁹. En el caso de Kullervo, el Hamlet finlandés, hay una conmovedora escena en la que el héroe, a su regreso tras una larga ausencia, se encuentra en el bosque a una doncella que recoge bayas. Ambos jóvenes yacen juntos. Más tarde descubren que son hermanos. La doncella se suicida ahogándose. Después, con «el perro negro Musti» pegado a sus talones, Kullervo entra en el bosque y se arroja sobre su espada⁴⁰. En el mito egipcio de Osiris no hay suicidios, pero sí un incesto entre Osiris y su hermana Isis. De su unión nace Horus, el vengador.

Así pues, parece razonable preguntar: ¿Qué enigma se encierra aquí? ¿Por qué existen estos aparentes vínculos y conexiones? ¿Qué explicación tienen esas series de mitos que parecen girar en torno a temas diversos pero que cada uno, a su manera, es capaz de arrojar luz sobre el fenómeno de la precesión de los equinoccios? ¿por que incluyen todos ellos unos perros y unos personajes curiosamente propensos al incesto, al fratricidio y a la venganza? ¿ti acto de sugerir que semejante cantidad de recursos literarios idénticos, que aparecen de

forma reiterada en contextos tan distintos, sean fruto de la casualidad, sería llevar el escepticismo demasiado lejos.

Pero si no es casualidad, ¿quién es el responsable de este complejo y hábil esquema en el que se interrelacionan todos estos elementos? ¿Quiénes fueron los autores y creadores de este rompecabezas, y qué motivos los impulsaron a crearlo?

Unos científicos que tenían algo que decir

Quienesquiera que fuesen, debían de ser lo suficientemente inteligentes para observar el avance infinitesimal del movimiento precesional a lo largo de la eclíptica y establecer su ritmo en un valor asombrosamente parecido al que ha obtenido la tecnología moderna.

Por tanto, se deduce que estamos hablando de un pueblo en extremo civilizado, de unas gentes que merecen el calificativo de científicos. Por otra parte, debieron de haber vivido en la Antigüedad remota, porque sabemos con certeza que la creación y difusión del legado común de los mitos precesionales a ambos lados del Atlántico no ocurrió en tiempos históricos. Por el contrario, la evidencia sugiere que todos esos mitos eran ya muy antiguos cuando se inició lo que llamamos Historia, hace unos cinco mil años⁴¹.

La gran fuerza de las leyendas antiguas residía en que, además de poder ser utilizadas y adaptadas sin tener que pagar derechos de autor, poseían, al igual que unos camaleones intelectuales, sutiles y ambiguos, la capacidad de cambiar de color según su entorno. En distintas épocas, en distintos continentes, las leyendas antiguas podían ser relatadas una y otra vez de variadas formas, pero conservando siempre su simbolismo esencial y transmitiendo los datos precesionales codificados para los que estaban programadas desde el principio.

Pero ¿con qué fin?

Como veremos en el próximo capítulo, los largos y lentos ciclos de precesión no se limitan en sus consecuencias a una imagen cambiante del cielo. Este fenómeno celestial, consecuencia del bamboleo del eje terrestre, incide de forma directa sobre la Tierra. De hecho, éste parece ser uno de los principales factores correlativos en la repentina aparición de los períodos glaciales y su no menos repentina y catastrófica decadencia.

NOTAS

1. *The Death of Gods in Ancient Egypt*, biografía de la autora.
2. Por ejemplo, por Robert Bouval en: *The Orion Mystery*, pp.144-145.
3. *The Death of Gods in Ancient Egypt*, p. 174.
4. Esta frase fue acuñada por Jane Sellers, quien asimismo detectó los cálculos precesionales que contiene el mito de Osiris.
5. *The Egyptian Book of the Dead*, Introducción, p. XLIX.
6. Citado en *The Death of Gods in Ancient Egypt*, p. 204.
7. Ibid.
8. Ibid., pp. 125-126 y sigs. Véase también: *The Ancient Egyptian Pyramid Textos*.
9. *Death of Gods in Ancient Egypt*, p. 205.
10. Ibid.
11. Ibid.
12. Ibid., p. 196.
13. *Skywatchers of Ancient Mexico*, p. 143.
14. *Hamlet's Mill*, pp. 162-163. Véase también: *Atlas of Mysterious Places*, pp. 168-170.
15. Véase, por ejemplo: *Feats and Wisdom of the Ancients*, Time-Life Books, 1990, p. 65.
16. Ananda K. Coomaraswamy y su hermana Nivedita: *Myths of the Hindus and Buddhists*, George G. Harrap and Co., Londres, 1913, p. 384.
17. *Hamlet's Mill*, p. 162.
18. *Rig Veda*, I: 164, citado en: *The Arctic Home in the Vedas*, p. 168.
19. Frances A. Yates: *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, University of Chicago Press, 1991, p. 93.
20. Comunicación personal de AMORC, San José, California, noviembre de 1994.
21. Leon Comber: *The Traditional Mysteries of the Chinese Secret Societies in Malaya*, Eastern University Press, Singapur, 1961, p.52.
22. Ibid., p. 53.
23. Gustav Schlegel: *The Hung League*, Tynron Press, Escocia, 1991 (publicado por primera vez en 1866), Introducción, p. XXXVII.
24. Para más detalles, véanse: *The Hung League* y J. S. M. Ward: *The Hung Society*, Baskerville Press, Londres, 1925 (en tres volúmenes).
25. W. J. Wilkins: *Hindu Mythology: Vedic and Puranic*, Heritage Publishers,

Nueva Delhi, 1991, p. 353.

26. Ibid.
27. Ibid.
28. Ibid.
29. Ibid., pp. 353-354.
30. Ibid., p. 354.
31. Ibid., p. 247.
32. Para más detalles de esas complicadas relaciones familiares, véase:
Egyptian Book of the Dead, Introducción, pp. XL VIII y sigs.
33. *The Gods of the Egyptians*, volumen II, p. 366.
34. *The Traveller's Key to Ancient Egypt*, p. 71.
35. *Gods of the Egyptians*, II, p. 367.
36. *Hamlet's Mill*, p. 2
37. *Egyptian Book of the Dead*, introducción, pp. XLIX-
38. Ibid.
39. *Hamlet's Mill*, pp. 32-34.
40. Ibid. p. 33.
41. Ibid., p. 119.

DIRIGIRSE A QUIENES AÚN NO HAN NACIDO

Es comprensible que una enorme cantidad de mitos que se hallan diseminados por el mundo entero describan unas catástrofes geológicas con todo detalle. La humanidad sobrevivió al horror del último período glacial, y la fuente más plausible de nuestras tradiciones de diluvios y heladas, vulcanismo y terremotos devastadores se encuentra en las tumultuosas convulsiones que se desencadenaron durante el gran deshielo ocurrido entre el 15000 y el 8000 a. C. El retroceso de las masas de hielo, y el consiguiente aumento entre noventa y ciento veinte metros en los niveles del mar, se produjo sólo unos miles de años antes del inicio del período histórico. Por tanto, no es de extrañar que nuestras civilizaciones primitivas conservaran recuerdos del gran cataclismo que había aterrorizado a sus ancestros. Más difícil de explicar es la forma singular pero evidente en que los mitos del cataclismo ostentan la inteligente impronta de una mano guía¹. El grado de convergencia entre esas antiguas leyendas a menudo es lo suficientemente asombroso para suscitar la sospecha de que todas fueron escritas por el mismo autor.

¿Es posible que ese autor hubiera tenido algo que ver con la extraordinaria divinidad, o superhombre, al que se refieren muchos de los mitos que hemos examinado? ¿Ese que aparece inmediatamente después de que el mundo haya sido destruido por una horripilante catástrofe geológica para llevar el consuelo y el don de la civilización a unos supervivientes conmocionados y desmoralizados? Blanco y con barba, Osiris es la manifestación egipcia de esta figura universal, y quizá no sea casual que una de las primeras acciones por las que es recordado en el mito sea la abolición del canibalismo entre los habitantes primitivos del valle del Nilo². Según dicen, Viracocha, en Sudamérica, inicio su misión civilizadora inmediatamente después de un gigantesco diluvio; Quetzalcóatl, el descubridor del maíz, llevó los beneficios de las cosechas, las matemáticas, la astronomía y una cultura refinada a México después de que el Cuarto Sol hubiera sido destruido por un terrible diluvio.

¿Es posible que estos extraños mitos contengan información sobre unos encuentros entre diversas tribus del paleolítico que sobrevivieron al último período glacial y una civilización superior que aún no ha sido identificada y que pasó a través de la misma época?

¿Es posible que estos mitos constituyan el intento de comunicar un mensaje?

Un mensaje dentro de la botella del tiempo

«De todos los inventos magníficos», observó Galileo en cierta ocasión, ¿qué mente sublime debió de ser aquella que concibió la forma de comunicar su secreto más recóndito a otras personas, aunque éstas se hallaran muy distantes en el tiempo y el emplazamiento, hablando con los que habitan en las Indias, dirigiéndose a quienes aún no han nacido ni nacerán hasta dentro de mil o diez mil años?³

Si el «mensaje precesional» identificado por expertos como Santillana, Von Dechend y Jane Sellers constituye realmente un intento deliberado de comunicarse con una antigua civilización perdida, ¿por qué no fue escrito para que nosotros lo halláramos? ¿No habría resultado más sencillo eso que codificarlo en los mitos? Tal vez.

No obstante, supongamos que sea cual fuere el mensaje escrito éste hubiera sido destruido o hubiera desaparecido con el paso de los siglos. O supongamos que el lenguaje en el que fue escrito cayera posteriormente en el olvido, como sucedió con la enigmática escritura del valle del Indo, la cual ha sido estudiada a conciencia durante más de medio siglo pero hasta ahora ha resistido todos los intentos de ser descifrada. Es evidente que en tales circunstancias un legado escrito al futuro no tendría ningún valor, puesto que nadie sería capaz de comprenderlo.

Lo que uno utilizaría, por tanto, sería un lenguaje universal, un lenguaje que resultara comprensible para cualquier sociedad tecnológicamente avanzada en cualquier época, incluso al cabo de mil o diez mil años. Este tipo de lenguaje no abunda, pero las matemáticas es uno de ellos, y la ciudad de Teotihuacán puede ser la tarjeta de visita de una civilización perdida, escrita en el lenguaje eterno de las matemáticas.

Los datos geodésicos, referentes a la situación exacta de unos puntos geográficos

fijos y a la forma y tamaño de la Tierra, también serían válidos y reconocibles al cabo de miles de años, y podrían ser convenientemente expresados por medio de la cartografía (o en la construcción de gigantescos monumentos geodésicos como la Gran Pirámide de Egipto, tal como veremos).

Otra constante que observamos en nuestro sistema solar es el lenguaje del tiempo: los grandes pero regulares intervalos calibrados por el avance infinitesimal del movimiento precesional. Ahora, o dentro de diez mil años, un mensaje que emite números como 72 o 2.160 o 4.320 o 25.920 resultaría de inmediato inteligible para cualquier civilización que poseyera un modesto talento para las matemáticas o la capacidad de detectar y medir el movimiento casi imperceptible de marcha atrás que parece realizar el Sol a lo largo de la eclíptica sobre el telón de fondo de unas estrellas fijas (1° al cabo de 71,6 años, 30° al cabo de 2.148 años, etcétera).

La sensación de que existe una correlación se ve reforzada por otro elemento que, si bien no es tan firme ni definitivo como el número de sílabas en el Rigveda, sí parece relevante. Los mitos referentes a cataclismos globales y a la precesión de los equinoccios aparecen con frecuencia interrelacionados a través de poderosos vínculos estilísticos y un simbolismo compartido. Existe una detallada interconexión entre estas dos categorías de tradición, las cuales exhiben por otra parte las huellas reconocibles de un propósito consciente. Lógicamente, por tanto, uno siente deseos de comprobar si existe una conexión importante entre la precesión de los equinoccios y las catástrofes globales.

Molino de dolor

Aunque parecen hallarse implicados distintos mecanismos de carácter astronómico y geológico, y aunque no todos ellos son perfectamente comprendidos, el caso es que el ciclo de precesión presenta una marcada correlación con el inicio y la desaparición de los períodos glaciales.

Es preciso que coincidan varios factores desencadenantes, por lo que de una era astronómica a otra no están implicados todos los cambios. No obstante, es un hecho aceptado que la precesión ejerce un fuerte impacto en la glaciación y la desglaciación, en unos intervalos muy espaciados. Estos conocimientos no fueron establecidos por nuestra ciencia hasta finales de 1970⁴. Sin embargo, la evidencia

que ofrece el mito sugiere la posibilidad de que una civilización no identificada que correspondía al último período glacial poseyera estos mismos conocimientos. En suma, todo parece indicar que los terribles cataclismos de diluvios, fuego y hielo que describen los mitos de algún modo se hallaban relacionados con los ponderosos movimientos de las coordenadas celestes a través del gran ciclo del zodíaco. Según Santillana y Von Dechend: "No era una idea extraña para los antiguos el que los molinos de los dioses giran lentamente y que el resultado suele ser doloroso."⁵ Tres factores principales, que hemos revisado con anterioridad, se hallan implicados en la aparición y retroceso de los períodos glaciales (por supuesto, junto con los diversos cataclismos que provocan las repentinas heladas y deshielos).

Estos factores, que están relacionados con las variaciones en la geometría orbital de la Tierra, son los siguientes:

1. La oblicuidad de la eclíptica (es decir, el ángulo de inclinación del eje de rotación del planeta, que constituye también el ángulo entre el ecuador celeste y la eclíptica). Ésta, como hemos visto, varía a lo largo de inmensos períodos entre $22,1^\circ$ (el punto más próximo que alcanza el eje con respecto a la vertical) y $24,5^\circ$ (el punto más distante de la vertical);
2. La excentricidad de la órbita (es decir, el hecho de que la trayectoria elíptica de la Tierra alrededor del Sol sea más o menos prolongada en una determinada época);
3. La precesión axial, la cual hace que los cuatro puntos cardinales en la órbita terrestre (los dos equinoccios y los solsticios de invierno y verano) retrocedan muy lentamente alrededor de la trayectoria orbital.

Nos estamos adentrando en el terreno de una disciplina científica en extremo técnica y especializada, que queda fuera del alcance de este libro.

Aconsejo a los lectores que deseen una información más detallada que consulten el trabajo multidisciplinario del Proyecto CLIMAP promovido por la Fundación Científica Nacional Estadounidense, así como el interesante ensayo escrito por los profesores J. D. Hays y John Imbrie: «Variations in the Earth's Orbit: Pacemaker of the Ice Ages» (véase nota 4).

En pocas palabras, lo que Hays, Imbrie y otros expertos han demostrado es que puede predecirse el principio de los períodos glaciales cuando se producen las siguientes y nefastas conjunciones de los ciclos celestes: a) **máxima excentricidad**, lo cual aleja a la Tierra a más millones de kilómetros del Sol

cuando está en afelio (el extremo de su órbita) de lo normal; b) **mínima oblicuidad**, lo cual significa que el eje terrestre, y por consiguiente los polos norte y sur, se hallan mucho más cercanos a la vertical de lo normal; y c) precesión de los equinoccios, lo cual, a medida que continúa el gran ciclo, hace que se instaure el invierno en uno u otro hemisferio cuando la Tierra está en perihelio (su punto más próximo al Sol); esto, a su vez, significa que el verano se produce en afelio y es por tanto relativamente frío, de forma que el hielo depositado durante el invierno no se funde durante el verano siguiente y se producen inexorablemente unas condiciones glaciales⁶.

Propiciada por la cambiante geometría de la órbita, la insolación global —las distintas cantidades e intensidad de luz solar recibidas en diversas latitudes en una determinada época— puede por tanto ser un importante factor desencadenante con respecto a períodos glaciales.

¿Es posible que los antiguos creadores de mitos trataran de advertirnos sobre un gran peligro al vincular de forma tan compleja el dolor de unos cataclismos globales con la lentitud con que gira el molino del cielo?

Más tarde volveremos sobre esta pregunta, pero de momento baste observar que al identificar los importantes efectos de la geometría orbital sobre el clima y bienestar del planeta, y al combinar esta información con unas medidas precisas referentes a la velocidad del movimiento precesional, los desconocidos científicos de una civilización sin identificar parecen haber hallado el medio de atraer nuestra atención, salvando el abismo de los siglos, para comunicarse directamente con nosotros. El que atendamos o no sus advertencias depende en exclusiva de nosotros.

NOTAS

1. Véase el capítulo 24 para más detalles sobre mitos de diluvios. El mismo tipo de convergencia entre unos mitos supuestamente no relacionados se da con respecto a la precesión de los equinoccios. Las muelas; los personajes que las manipulan, las poseen o acaban destruyéndolas; los hermanos, sobrinos y tíos; el tema de la venganza; el tema del incesto; los perros que se deslizan sigilosamente de una leyenda a otra, y los números exactos que se requieren para calcular el movimiento precesional aparecen por doquier, de

una cultura a otra y de una época a otra, propagándose sin esfuerzo a través del tiempo.

2. Diodorus Siculus, Libro I, 14: 1-15, traducido por C. H. Oldfather, Loeb Classical Library, Londres, 1989, pp. 47-49.
3. Galileo, citado en: Hamlet's Mill, p. 10.
4. Ice Ages; John Imbrie et al., «Variations in the Earth's Orbit: Pacemaker of the Ice Ages», en Science, volumen 194, n.º4270,10 de diciembre de 1976.
5. Hamlet's Mill, pp. 138-139.
6. «Variations in the Earth's Orbit: Pacemaker of the Ice Ages.»

PARTE VI

LA INVITACIÓN DE GIZEH

Egipto (I)

PUNTOS CARDINALES

Gizeh, Egipto, 16 de marzo de 1993, 3.30 horas

Atravesamos el desierto vestíbulo de nuestro hotel y nos montamos en el Fiat de color blanco que nos esperaba frente a la entrada. El chófer era un egipcio delgado y nervioso que se llamaba Alí, y su tarea consistía en conseguir que pasáramos el control de los guardias que custodian la Gran Pirámide y traernos de regreso antes del amanecer. Alí estaba nervioso porque si algo salía mal Santha y yo seríamos deportados de Egipto y él se pasaría seis meses en la cárcel.

Por supuesto, las cosas no tenían por qué salir mal. Este era el motivo por el que Alí estaba con nosotros. La víspera le habíamos pagado ciento cincuenta dólares, que él había cambiado a libras egipcias para distribuirlo entre los guardias. Éstos, a su vez, habían accedido a fingir que no reparaban en nuestra presencia durante las próximas dos horas.

Nos dirigimos en coche hasta un punto que se hallaba a un kilómetro de la pirámide y recorrimos el resto del camino a pie, alrededor del escarpado terraplén que se yergue sobre la aldea de Nazlet-el-Samaan y conduce a la fachada norte del monumento. Ninguno de nosotros despegó apenas los labios mientras caminábamos a través de la mullida arena, fuera del alcance de los reflectores de seguridad. Nos sentíamos al mismo tiempo excitados y temerosos. Alí no estaba seguro de que sus sobornos fueran eficaces.

Permanecemos un rato de pie entre las sombras mientras contemplábamos la descomunal mole que es la pirámi de, la cual se alzaba ante nosotros oscureciendo las estrellas meridionales. De pronto, a unos cincuenta metros de distancia, aparecieron por la esquina nororiental, donde se detuvieron para fumarse un cigarrillo, tres hombres que iban armados con rifles y envueltos en unas mantas para protegerse del frío nocturno. Tras indicarnos que no nos moviéramos, Alí salió de las sombras y se dirigió a los guardias. Charló con ellos unos minutos, discutiendo acaloradamente. Luego nos hizo una señal para indicarnos que nos acercáramos.

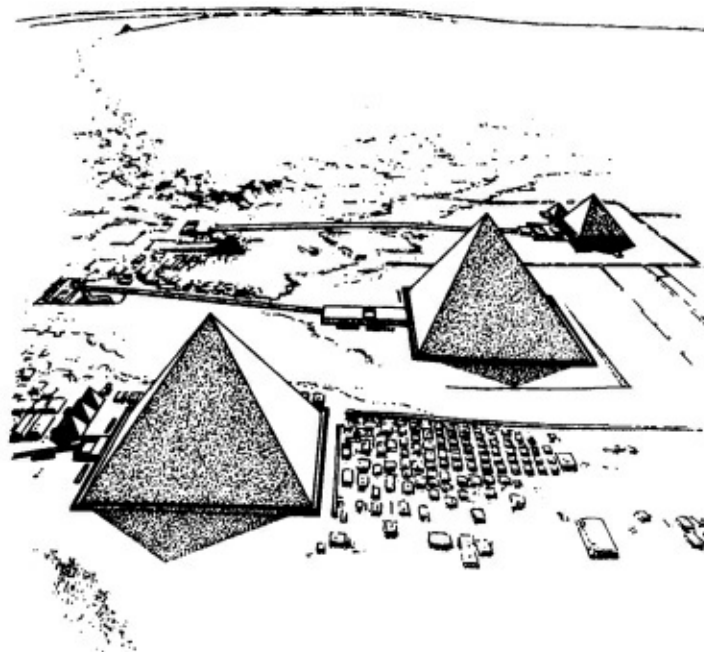
«Hay un problema —nos dijo Alí—. Uno de los guardias, el capitán —señaló a

un hombre de baja estatura, sin afeitar y con cara de pocos amigos—, insiste en que le paguemos otros treinta dólares o de lo contrario nos denunciará. ¿Qué debo hacer?» Yo eché mano de mi cartera, saqué treinta dólares y se los entregué a Alí. Este dobló los billetes y se los dio al capitán. Con un aire de agresiva dignidad, el capitán se guardó el dinero en el bolsillo de su camisa y, finalmente, todos nos estrechamos la mano.

«De acuerdo —dijo entonces Alí—, ya podemos pasar.»

Una precisión inexplicable

Mientras los guardias seguían patrullando en dirección oeste por la fachada septentrional de la Gran Pirámide, nosotros nos dirigimos hacia la esquina nororiental y desde allí recorrimos la fachada occidental.



Vista general desde el norte hacia el sur, con la Gran Pirámide en primer término. Hacía algún tiempo, había adquirido la costumbre de orientarme de acuerdo con los lados del monumento. La fachada septentrional estaba alineada, casi perfectamente, con el norte, la oriental con el este, la meridional con el sur y la occidental con el oeste. El promedio de error era tan sólo de tres minutos de arco (menos de dos minutos en la fachada meridional)¹, una precisión increíble en el caso de un edificio de cualquier época, y una proeza inexplicable, casi sobrenatural, en el Egipto de hace cuatro mil quinientos años, cuando se supone que fue construida la Gran Pirámide. Un error de tres minutos de arco representa una desviación infinitesimal de un 0,015 % o menos. En opinión de unos ingenieros estructurales, con quienes había comentado los pormenores de la Gran Pirámide, la necesidad de tal precisión resultaba imposible de comprender. Desde su punto de vista, como constructores prácticos, los costes, el esfuerzo y el

tiempo invertidos en lograr esa hazaña no quedaban justificados por los resultados aparentes: aunque la base del monumento presentara una desviación de dos o tres grados en sus alineaciones (un error de, por ejemplo, un uno por ciento), el ojo humano habría sido incapaz de apreciar esta minúscula diferencia. Por otro lado, la diferencia en la magnitud de las tareas requeridas a fin de alcanzar una precisión dentro del límite de tres minutos en lugar de tres grados habría sido inmensa.

Resultaba evidente, por tanto, que los antiguos maestros constructores que habían erigido la pirámide en los albores de la civilización humana debieron de tener poderosos motivos para desear que las alineaciones con las direcciones cardinales fueran correctas. Por otra parte, dado que habían alcanzado su objetivo con asombrosa precisión, debieron de ser unas gentes en extremo hábiles, inteligentes y competentes. Esta impresión quedaba confirmada por muchas de las características del monumento. Por ejemplo, sus lados a nivel de la base medían casi la misma longitud, demostrando un margen de error mucho menor de lo que se exige hoy día a los arquitectos modernos en la construcción de, pongamos por caso, un edificio de oficinas de tamaño medio. Pero esto no era un edificio de oficinas. Era la Gran Pirámide de Egipto, una de las mayores estructuras construidas por el hombre y una de las más antiguas. Su lado norte mide 230,25 metros de anchura; su lado oeste mide 230,35 metros; su lado este mide 230,39 metros; su lado sur mide 230,45 metros². Esto significa que existe una diferencia de 20 centímetros entre su lado más corto y su lado más largo, lo que supone aproximadamente un uno por ciento en una longitud media de más de 23.036 centímetros en los lados del monumento.

De nuevo, yo sabía desde un punto de vista de ingeniería que las cifras desnudas no hacían justicia a la enorme precisión y destreza que se requerían para lograrlo. También sabía que los expertos no nos habían ofrecido todavía una explicación convincente sobre la forma en que los constructores de la pirámide habían conseguido mantener este elevado grado de precisión³.

Lo que me interesaba más, sin embargo, era el gran interrogante que planteaba otro tema: ¿Por qué se habían impuesto unos niveles tan altos de perfección? Si se hubieran permitido un margen de error de 0,5 % en lugar de menos de una

décima parte de un uno por ciento, habrían podido simplificar su tarea sin una pérdida aparente de calidad. ¿Por qué no lo hicieron? ¿Por qué habían insistido en complicar las cosas? ¿Por qué, en suma, en un monumento de piedra «primitivo» que había sido construido hace más de cuatro mil quinientos años observábamos esta extraña obsesión por alcanzar unos niveles de precisión propios de la era de las máquinas?

Un agujero negro en la historia

Nuestro plan era ascender a la cima de la Gran Pirámide, lo cual era ilegal desde 1938, cuando las desgraciadas caídas de varios turistas imprudentes habían obligado al gobierno de Egipto a imponer esta prohibición. Yo era consciente de que nosotros también estábamos cometiendo una imprudencia, sobre todo al intentarlo de noche, y me disgustaba infringir una ley lógica y sensata. Pero a estas alturas mi interés por la pirámide, y mis deseos de averiguar cuanto pudiera sobre ella eran más fuertes que mi sentido común.

Después de despedirnos de los guardias que patrullaban la zona en la esquina nororiental del monumento, continuamos avanzando a lo largo de la fachada oriental hacia la esquina suroriental.

Había unas densas sombras entre las losas torcidas y rotas del pavimento que separaba la Gran Pirámide de otras tres pirámides «subsidiarias» mucho más pequeñas que estaban situadas hacia el este. También había unos hoyos profundos y angostos, semejantes a unas gigantescas fosas. Los arqueólogos que los habían excavado no habían encontrado nada en ellos, pero por su forma parecía que estuvieran destinados a alojar los cascos de unos inmensos buques de elevada proa.

A medio camino de la fachada oriental de la pirámide nos topamos con otra patrulla que estaba formada por dos guardias, uno de los cuales debía de tener ochenta años. Su compañero, un adolescente con el rostro cubierto de acné, nos informó que el dinero que Alí les había pagado no era suficiente y que debía pagarles otras cincuenta libras egipcias si queríamos seguir adelante. Yo ya tenía los billetes en la mano y me apresuré a entregárselos. No me importaba lo que me costara aquella aventura; sólo deseaba trepar hasta la cima de la pirámide, bajar y alejarnos de allí antes de que nos arrestaran.

Proseguimos nuestro camino, y alcanzamos la esquina suroriental pasadas las

4.15 horas.

Muy pocos edificios modernos, incluyendo las casas en las que habitamos, poseen unas esquinas formadas por unos perfectos ángulos rectos de noventa grados; lo corriente es un margen de error de uno o más grados. Desde el punto de vista estructural eso carece de importancia y nadie repara en estos errores minúsculos. En el caso de la Gran Pirámide, sin embargo, yo sabía que los maestros constructores habían descubierto el medio de reducir el margen de error hasta límites insignificantes. Así, aunque no llega a alcanzar los noventa grados perfectos, la esquina suroriental mide $89^{\circ} 56' 27''$, lo cual representa una precisión notable. La esquina nororiental mide $90^{\circ} 3' 2''$; la suroccidental $90^{\circ} 0' 33''$, y la noroccidental mide $89^{\circ} 59' 58''$, una desviación de dos segundos de grado⁴.

Se trata, a todas luces, de una proeza extraordinaria, y, como todo lo que se refiere a la Gran Pirámide, resultaba extremadamente difícil de explicar. Estas técnicas de construcción tan precisas —tanto como puedan serlo hoy en día— sólo pudieron alcanzarse después de miles de años de desarrollo y experimentación. Sin embargo, no existen pruebas de que se hubiera producido un proceso de estas características en Egipto. La Gran Pirámide y sus vecinas en Gizeh habían surgido de un agujero negro en la historia de la arquitectura, tan profundo y ancho que ni su fondo ni su extremo opuesto habían sido identificados.

Barcos en el desierto

Guiado por el nervioso y sudoroso Alí, que todavía no nos había explicado por qué debíamos rodear la pirámide antes de trepar por ella, nos dirigimos hacia el oeste por el lado sur del monumento. Allí vimos otros fosos con forma de barco, uno de los cuales, aunque todavía estaba sellado, había sido examinado con cámaras de fibra óptica y se sabía que contenía un barco de elevada proa que medía más de treinta metros de eslora. El otro foso había sido excavado en la década de los cincuenta. Su contenido —un buque de mayor tamaño que medía cuarenta y dos metros de eslora⁵— había sido instalado en el Museo de los Barcos, una fea estructura moderna que reposaba sobre unos soportes a los pies de la fachada sur de la pirámide.

Confeccionado con madera de cedro, el hermoso buque que aparecía expuesto en el museo estaba todavía en perfectas condiciones cuatro mil quinientos años después de su construcción.

Con un desplazamiento de aproximadamente cuarenta toneladas, presentaba un diseño muy interesante, incorporando, según un experto, «todas las características de un buque destinado a navegar en alta mar, con la proa y la popa incluso más elevadas que en un barco vikingo, para surcar el furioso oleaje del océano más que las plácidas aguas del Nilo»⁶.

Otro experto opina que el concienzudo y hábil diseño de este extraño barco lo convertía en «una embarcación mejor preparada para navegar en alta mar que cualquier barco que existiera en tiempos de Colón»⁷.

Por otra parte, las autoridades en la materia sostienen que fue construido según un diseño que pudo haber sido «creado por constructores navales pertenecientes a una cultura con una larga y sólida tradición como navegantes de alta mar»⁸.

Presentes desde el mismo inicio de la historia de tres mil años de Egipto, ¿quiénes habían sido esos constructores navales que aún no hemos logrado identificar? En cualquier caso, seguro que no acumularon esa «larga y sólida tradición como navegantes de alta mar» mientras araban los campos del Valle del Nilo, cercado por tierra. Así pues, ¿dónde habían obtenido su experiencia marítima?

Existe otro enigma. Yo sabía que los antiguos egipcios eran unos maestros a la hora de construir modelos a escala y prototipos de toda clase de objetos con fines simbólicos⁹. Por tanto, me costaba trabajo comprender por qué se habían molestado en fabricar y enterrar un barco tan grande y sofisticado como el que se encontraba expuesto en el museo si su única función, según afirmaban los egiptólogos, era la de representar una embarcación espiritual que transportara el alma del difunto rey al cielo¹⁰. Pudieron haber logrado sus propósitos construyendo un barco mucho más pequeño y, en todo caso, sólo uno, no varios. La lógica, por consiguiente, indicaba que estas gigantescas embarcaciones respondían a otro propósito, o bien poseían un significado simbólico muy distinto e insospechado...

Habíamos alcanzado aproximadamente la mitad de la fachada sur de la Gran Pirámide cuando por fin comprendimos el motivo de este largo rodeo. El

propósito era sacarnos más dinero en cada uno de los cuatro puntos cardinales. Hasta el momento, el total ascendía a treinta dólares en la fachada norte y cincuenta libras egipcias en la fachada este. Ahora tuve que desembolsar otras cincuenta libras egipcias destinadas a otra patrulla a la que se suponía que Alí había sobornado el día anterior.

—Alí—murmuré—, ¿cuándo vamos a trepar por la Pirámide?

—De inmediato, señor Graham —respondió nuestro guía. Tras avanzar unos metros con paso decidido, señaló hacia delante y añadió—: Subiremos por la esquina suroccidental...

NOTAS

1. The Pyramids of Egypt, p. 208.
2. J. H. Cole: Survey of Egypt, ensayo número 39: «The Determination of the Exact Size and Orientation of the Great Pyramid of Giza», El Cairo, 1925.
3. Las explicaciones convencionales, expuestas en: The Pyramids of Egypt, por ejemplo, son insatisfactorias, tal como reconoce el mismo Edwards; véanse pp. 85-87,206-241.
4. Ibid., p. 87.
5. Véanse: Lionel Casson: Ships and Seafaring in Ancient Times, University of Texas Press, 1994, p. 17; The Ra Expedition, p. 15.
6. The Ra Expedition, p. 17.
7. Traveller's Key to Ancient Egypt, pp. 132-133.
8. The Ra Expedition, p. 16.
9. Véase, por ejemplo: Christine Desroches-Noblecourt: Tutankhamen, Penguin Books, Londres, 1989, pp. 89, 108, 113, 283.
10. A. J. Spencer: The Great Pyramid Fact Sheet, P. J. Publications, 1989.

MANSIÓN DE ETERNIDAD

¿Ha trepado usted alguna vez por una pirámide, de noche, temiendo que lo arresten, con los nervios a flor de piel?

Es una cosa sorprendentemente difícil de conseguir, sobre todo si se trata de la Gran Pirámide. Aunque su cima de casi 9,5 metros ya no está intacta, la actual plataforma que la corona todavía se alza a más de 137 metros del suelo¹. Consiste en doscientas tres hiladas de manipostería, cada una con una altura media de unos 68 centímetros².

Los promedios no lo dicen todo, como comprendí en cuanto empezamos a escalar. Las hiladas tenían una profundidad desigual, algunas apenas llegaban al nivel de las rodillas mientras que otras casi me alcanzaban el pecho y representaban unos obstáculos tremendos. Al mismo tiempo los salientes horizontales entre cada peldaño eran muy estrechos, con frecuencia poco más anchos que mi pie, y muchos de los bloques de piedra caliza, que desde el suelo parecían muy sólidos, estaban partidos y se desmoronaban.

Tras haber trepado por unas treinta hiladas de piedras, Santha y yo nos dimos cuenta del lío en el que nos habíamos metido. Nos dolían todos los músculos del cuerpo y teníamos las rodillas y los dedos tumefactos y llenos de rasguños, pero apenas habíamos avanzado una séptima parte del camino hasta la cima y todavía quedaban ciento setenta hiladas. Otra cosa que nos preocupaba era el vertiginoso vacío que se abría a nuestros pies. Al mirar hacia abajo y observar los quebrantados contornos que marcaban la línea del ángulo suroccidental, me impresionó comprobar lo mucho que habíamos avanzado y experimenté la inquietante sensación de lo fácil que sería que nos cayéramos, girando y rebotando en los enormes bloques de piedra, para acabar estrellándonos abajo.

Alí permitió que hiciéramos una pausa de unos minutos para recuperar el resuello, pero enseguida nos indicó que debíamos proseguir la escalada. Utilizando el ángulo a modo de guía, Alí se adentró rápidamente en la oscuridad que se cernía sobre nosotros.

No sin cierta aprensión, Santha y yo lo seguimos.

Tiempo y movimiento

La trigesimoquinta hilada de piedras resultó muy difícil de salvar, pues estaba compuesta por unos gigantescos bloques, mucho más grandes que los anteriores (excepto los que hay en la base), cada uno de los cuales pesaba entre diez y quince toneladas³. Esto contradecía la lógica de la ingeniería y el sentido común, que exigían una disminución progresiva en el tamaño y el peso de las piedras que debían ser transportadas hasta la cima a medida que la pirámide se alzaba hacia el cielo. Las hiladas comprendidas entre la primera y la dieciocho, las cuales disminuían de una altura de unos 140 centímetros a nivel del suelo a poco más de 58 centímetros en la hilada dieciséis, sí obedecían a esta regla. De pronto, al alcanzar la hilada diecinueve, los bloques se agrandaban de nuevo, midiendo casi 92 centímetros. Al mismo tiempo las otras dimensiones de los bloques también habían aumentado y su peso, de dos a seis toneladas durante las primeras dieciocho hiladas, lo cual suponía un volumen relativamente manejable, se había incrementado hasta alcanzar entre las diez y quince toneladas⁴. Se trataba, por tanto, de unos enormes monolitos que habían sido tallados en piedra caliza e izados a más de 30 metros del suelo antes de colocarlos de forma impecable en su lugar.

Pensé que los constructores de la pirámide debían de tener unos nervios de acero, la agilidad de una cabra mon-tesa, la fuerza de un león y la seguridad de unos reparadores de campanarios perfectamente adiestrados. Mientras el frío viento matutino me azotaba las orejas y amenazaba con arrojarme al vacío, traté de imaginar la sensación que debían de experimentar esos hombres, subidos a esta peligrosa altura, alzando, manipulando e instalando una interminable hilera de inmensos monolitos de piedra caliza, el menor de los cuales tenía un peso que equivalía al de dos automóviles familiares modernos.

¿Cuánto habían tardado en completar la pirámide? ¿Cuántos hombres habían participado en su construcción? Según opinión de la mayoría de egiptólogos habían tardado dos décadas en terminarla y en ella habían trabajado cien mil hombres⁵. Asimismo, la mayoría de los expertos coincidía en que el proyecto de construcción no se había llevado a cabo durante todo el año, sino que habían

trabajado en él (dependiendo de la mano de obra disponible) durante la temporada agrícola de tres meses, cuando el desbordamiento de las aguas del Nilo impedía a los hombres el trabajo en los campos⁶.

Mientras continuaba trepando, recordé todo lo que suponía este gigantesco proyecto. No era sólo las decenas de miles de bloques de quince toneladas lo que debía de preocupar a los constructores. Año tras año, las peores dificultades debían de provocarlas los millones de bloques «de tamaño normal», los cuales pesaban unas 2,5 toneladas, que también debían ser transportadas hasta el lugar donde se erige la pirámide. Se calcula que ésta consta de un total de 2,3 millones de bloques de piedra⁷. Suponiendo que los albañiles hubieran trabajado diez horas diarias, cada uno de los días del año, las matemáticas indican que habrían tenido que colocar treinta y un bloques cada hora (aproximadamente un bloque cada dos minutos) para completar la pirámide en veinte años. Teniendo en cuenta que las obras de construcción se habían limitado a tres meses al año, los problemas se multiplicaban: para conseguir esa proeza habrían tenido que colocar cuatro bloques por minuto, unos doscientos cuarenta cada hora.

Una situación capaz de provocar pesadillas a cualquier jefe de obras. Imaginemos, por ejemplo, el impresionante nivel de coordinación que debía de existir entre los albañiles y los trabajadores de las canteras para garantizar un ritmo sostenido en el traslado y colocación de los bloques. Imaginemos también el caos que se habría producido si hubiera caído un solo bloque de 2,5 toneladas desde, por ejemplo, la hilada ciento setenta y cinco. Aparte de estos tremendos obstáculos físicos y administrativos, los constructores se enfrentaban al problema geométrico que presentaba la misma pirámide, cuya cúspide debía de estar colocada exactamente sobre el centro de su base. El error más leve en el ángulo de inclinación de uno de sus lados a nivel de la base habría impedido una alineación correcta de los bordes en la cúspide. Por tanto, era preciso mantener un nivel de precisión increíble en todas las hiladas, a cientos de metros sobre el suelo, mientras manipulaban unos bloques de piedra de varias toneladas de peso.

Una empecinada estupidez

¿Cómo habían realizado esa tarea?

Existen más de treinta hipótesis distintas que tratan de dar respuesta a esta pregunta. La mayoría de los egiptólogos académicos aduce que los constructores debieron de utilizar algún tipo de rampas. Éste era, por ejemplo, el criterio del

profesor I. E. S. Edwards, ex conservador de Antigüedades Egipcias en el Museo Británico, quien declaró de forma categórica: «Sólo existía un método que los egipcios pudieran haber empleado para levantar esos pesados bloques, en concreto por medio de unas rampas compuestas por ladrillos y tierra que se alzaban desde el suelo hasta alcanzar la altura deseada.»⁸

John Baines, profesor de Egiptología en la Universidad de Oxford, se mostró de acuerdo con el análisis de Edwards, añadiendo: «A medida que la pirámide aumentaba de altura, era preciso incrementar la longitud de la rampa y la anchura de su base, a fin de mantener una pendiente constante (aproximadamente 1:10) y evitar que la rampa se viniera abajo. Probablemente utilizaron varias rampas situadas en distintos lados de la pirámide.»⁹

A fin de crear un plano inclinado hasta la cima de la Gran Pirámide formando una pendiente de 1:10, se requería una rampa de 1.463 metros de longitud y tres veces más volumen que la propia Gran Pirámide (con un volumen de 8 millones de metros cúbicos en comparación con los 2,6 millones de metros cúbicos de la Pirámide)¹⁰. Habría sido imposible transportar, a través de medios normales, los pesados bloques de piedra por unas pendientes más inclinadas¹¹. De haberse elegido una pendiente menos inclinada, la rampa habría debido tener un volumen aún más absurdo y desproporcionado.

El problema era que una rampa de más de un kilómetro de longitud que alcanzara una altura de 146 metros no podía estar hecha de «ladrillos y tierra», tal como suponen Edwards y otros egiptólogos. Por el contrario, los constructores y arquitectos modernos han demostrado que ese tipo de rampas se habría desmoronado bajo su propio peso de haber estado confeccionada en un material menos costoso y estable que los bloques de piedra caliza con que está construida la pirámide¹².

Puesto que esto no tenía ningún sentido (además, ¿qué habían hecho con los 8 millones de metros cúbicos de bloques sobrantes que habían retirado después de completar la tarea?), otros egiptólogos propusieron que debieron de utilizar unas rampas en espiral hechas de ladrillos de barro cocido y adosadas a los lados de la pirámide. Aunque habrían tenido que emplear menos material para construirlas, estas rampas no habrían alcanzado la cima del monumento¹³. Por otra parte, habrían presentado unos problemas tremendos a las cuadrillas de hombres que se

encargaban de arrastrar estos gigantescos bloques de piedra por los recodos de las rampas. Y al fin, debido al uso constante de las mismas, se habrían desmoronado. Lo más problemático es que esas rampas habrían tapado toda la pirámide, impidiendo a los arquitectos verificar la precisión de la colocación de las piedras durante las obras de construcción¹⁴.

Sin embargo, es evidente que los constructores habían verificado la precisión del proyecto, y lo habían llevado a cabo perfectamente, pues la cúspide de la pirámide se alza exactamente sobre el centro de la base, sus ángulos y sus esquinas estaban centrados, cada bloque estaba instalado en su correspondiente lugar y cada hilada había sido dispuesta con una simetría casi matemática y una alineación casi perfecta con los puntos cardinales. Entonces, como para demostrar que estas impresionantes técnicas eran unas minucias, los antiguos maestros constructores se habían dedicado a desarrollar unos hábiles juegos matemáticos con las dimensiones del monumento, presentándonos, por ejemplo, tal como hemos visto en el capítulo 23, el uso correcto del número trascendental pi en la relación entre su altura y su perímetro de base¹⁵. Asimismo, por alguna razón, habían decidido situar la Gran Pirámide casi exactamente sobre el paralelo 30 en la latitud $29^{\circ} 58' 51''$. Esto, tal como observó un antiguo astrónomo escocés, constituía «una sensible desviación de los 30o», pero no necesariamente por error:

Pues si el arquitecto hubiera pretendido que los hombres vieran con sus sentidos en lugar de con su imaginación, el polo del cielo desde los pies de la Gran Pirámide, con una altura ante ellos de 30° , habría tenido que contar con la refracción de la atmósfera, lo cual habría obligado a situar el edificio no a 30° , sino a $29^{\circ} 58' 22''$.¹⁶

Comparado con la posición del monumento de $29^{\circ} 58' 51''$, se trata de un error de menos de medio minuto de arco, lo cual sugiere de nuevo que los conocimientos geodésicos y de agrimensura de los constructores de la pirámide debían de ser de primer orden.

Impresionados por el imponente monumento, Santha y yo seguimos escalando, salvando las hiladas cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco de la gigantesca y enigmática estructura. Al llegar a la hilada cuarenta y seis oímos una voz que nos increpaba en árabe desde la plazoleta que se hallaba a los pies de la pirámide. Al

mirar hacia abajo vimos a un diminuto individuo que lucía un turbante y un holgado caftán. Pese a la distancia a la que nos encontrábamos del suelo, el hombre nos apuntaba con un rifle.

El guardia y la visión

Se trataba, como era de prever, del guardián de la fachada occidental de la pirámide, que estaba situado en el cuarto punto cardinal; éste no había recibido los fondos adicionales que habíamos dispensado a sus colegas que se hallaban en las fachadas norte, este y sur.

Por la intensa sudoración de Alí deduje que nos hallábamos en una situación potencialmente arriesgada. El guardia nos ordenó que bajáramos de inmediato a fin de arrestarnos.

—Creo que podemos evitarlo dándole más dinero —observó Alí.

—Ofrécele cien libras egipcias —contesté de mala gana.

—Es demasiado —advirtió Alí—. Si se enteran los otros protestarán. Le ofreceré cincuenta.

Alí y el guardia intercambiaron unas palabras en árabe. Durante algunos minutos, ambos sostuvieron una acalorada discusión en la esquina suroeste de la pirámide a las 4.40 de la madrugada. De pronto oímos un silbato. A continuación aparecieron los guardias que patrullaban la fachada sur y mantuvieron una breve charla con el guardia de la fachada occidental, al cual se habían unido los otros dos miembros de su grupo.

Cuando parecía que Alí había perdido la batalla, sonrió y emitió un suspiro de alivio.

—Puede pagarle las otras cincuenta libras egipcias cuando bajemos —explicó—. Nos dejan seguir adelante, pero dicen que si aparece un oficial y nos ve no podrán ayudarnos.

Durante los siguientes diez minutos trepamos hasta alcanzar la hilada número cien, que se hallaba aproximadamente a mitad de camino de la cima y a más de setenta y cinco metros del suelo. Al mirar por encima del hombro hacia el suroeste contemplamos una visión única, de una increíble belleza y poder. La

Luna, en cuarto creciente y situada hacia el sureste, había aparecido detrás de un banco de nubes y proyectaba su fantasmagórico resplandor directamente sobre las fachadas norte y este de la segunda pirámide, supuestamente construida por Kefrén, el faraón de la cuarta dinastía. Este imponente monumento, sólo superado en tamaño y majestuosidad por la Gran Pirámide (mide unos metros menos de altura y unos quince metros menos de diámetro en su base) parecía estar iluminado por un fuego pálido y espectral que ardiera en su interior. Detrás del monumento, a lo lejos, se erguía entre las sombras del desierto la pirámide de Micerinos, más pequeña, la cual mide ciento siete metros en cada lado y unos sesenta y cinco metros de altura¹⁷.

Durante unos momentos, al contemplar esta imagen recortada sobre el cielo del amanecer, experimenté una curiosa sensación de movimiento, como si me encontrara ante el timón de un enorme buque que surcara los cielos mientras observaba los otros dos barcos que me seguían en orden de combate.

¿Hacia dónde se dirigía este convoy, este escuadrón de pirámides? ¿Eran estas prodigiosas estructuras obra de unos faraones megalómanos, según creían los egiptólogos? ¿O acaso habían sido proyectados por unas manos misteriosas para que viajaran eternamente a través del tiempo y el espacio como un objeto no identificado?

Desde esta altura, aunque el cielo hacia el sur quedaba parcialmente oculto por la pirámide de Kefrén, vi el firmamento hacia el oeste extendiéndose desde el polo norte celeste hasta el lejano borde del planeta que gira. A mi derecha estaba Polaris, la estrella polar, en la constelación de la Osa Menor. Sobre el horizonte, a unos diez grados al norte, Régulo, la estrella «pata» de la constelación imperial de Leo, se disponía a ocultarse.

Bajo los cielos egipcios

Justo encima de la hilera ciento cincuenta, Alí nos indicó en voz baja que agacháramos la cabeza. Había aparecido un coche de la policía por la esquina nororiental de la Gran Pirámide, y avanzaba a lo largo de la cara occidental hacia el monumento, con las luces de color azul encendidas. Los tres permanecimos inmóviles en las sombras hasta que el vehículo hubo pasado de largo. Luego empezamos a trepar de nuevo, con renovada impaciencia, dirigiéndonos con la mayor rapidez posible hacia la cúspide, que ahora creíamos descubrir entre la bruma matutina.

Durante unos cinco minutos seguimos trepando sin detenernos. Cuando alcé la

vista, sin embargo, la cima de la pirámide parecía estar todavía muy lejos. Continuamos nuestra escalada, jadeando y empapados en sudor, pero la cima parecía retroceder ante nosotros como el pico de una legendaria montaña galesa. De golpe, cuando ya nos habíamos resignado a sufrir repetidos desengaños, nos encontramos en la cima, bajo un maravilloso toldo de estrellas, a más de ciento treinta y cinco metros sobre la llanura que nos rodeaba, en una de las plataformas panorámicas más increíbles que existe en el mundo. Hacia el norte y este, extendiéndose sobre el amplio y ondulado valle del Nilo, yacía la ciudad de El Cairo, una mezcla de rascacielos y tejados lisos tradicionales, separados por los oscuros desfiladeros de las calles angostas, que se confundían entre los afilados minaretes de mil y una mezquitas. Un velo de luz reflejada brillaba sobre la escena, cerrando los ojos de la moderna Cairenes ante el prodigio de las estrellas pero creando al mismo tiempo la fantasía de una tierra de cuento de hadas iluminada en verdes y rojos y azules y amarillos sulfurosos.

Me sentí un ser privilegiado al poder contemplar este extraño espejismo electrónico desde un lugar tan increíble como era la plataforma superior de la última maravilla superviviente del mundo antiguo, flotando en el cielo sobre El Cairo como Aladino en su alfombra mágica.

No es que la hilada doscientos tres de la Gran Pirámide de Egipto pueda describirse como una alfombra. La plataforma, que mide poco menos de nueve metros en cada lado (en comparación con la longitud de los lados del monumento de aproximadamente 230 metros desde su base) consiste en varios centenares de bloques de piedra caliza de una altura que llega hasta la cintura, cada uno de los cuales pesa unas cinco toneladas. La hilada presentaba algunas anomalías: faltaban varios bloques y otros estaban partidos, y hacia el extremo sur se alzaban los restos de la mitad de una hilada de piedras. Por otra parte, en el mismo centro de la plataforma alguien había mandado erigir un andamio atravesado por un grueso poste, de poco más de diez metros de longitud, que marcaba la altura original del monumento, o sea 146,72 metros¹⁸. Debajo de él aparecían unas inscripciones esculpidas en la piedra caliza por numerosas generaciones de turistas¹⁹.

La escalada hasta la cima de la pirámide nos había llevado una media hora. Eran

poco más de las cinco de la mañana, la hora de los rezos matutinos. Casi al unísono, las voces de mil y un almuecines se alzaban desde los balcones de los minaretes de El Cairo, llamando a los fieles a la oración y a reafirmar la grandeza, indivisibilidad, misericordia y compasión de Dios. A mi espalda, hacia el suroeste, las veintidós hiladas superiores de la pirámide de Kefrén, revestidas todavía con sus piedras de paramento originales, parecían flotar como un iceberg sobre el océano creado por la luz de la Luna.

Consciente de que no era posible permanecer mucho rato en este fantástico lugar, me senté y contemplé el cielo. Hacia el oeste, a través de las infinitas arenas del desierto, Régulo se había ocultado bajo el horizonte, y el resto del cuerpo del león se disponía a imitarlo. Las constelaciones de Virgo y Libra se disponían también a ocultarse, y a lo lejos, hacia el norte, divisé la Osa Mayor y la Osa Menor deslizándose lentamente en su eterno ciclo alrededor del polo celeste.

Dirigí la vista hacia el sureste, a través del valle del Nilo, y observé la Luna, que extendía aún su espectral resplandor desde el borde de la Vía Láctea. Siguiendo el curso del río celestial, miré hacia el sur: allí, atravesando el meridiano, estaba la rutilante constelación de Escorpio dominada por la estrella de primera magnitud Antares, una supergigante roja tres veces mayor que el diámetro del Sol. Al nordeste, sobre El Cairo, se deslizaba Cygnus, el cisne, con las plumas de la cola marcadas por Deneb, una supergigante azul-blanca visible a través de más de mil ochocientos años luz de espacio interestelar. Por último, en el cielo septentrional, el dragón Draco se enrosca de forma sinuosa entre las estrellas circumpolares. Hace cuatro mil quinientos años, cuando la Gran Pirámide era supuestamente construida para el faraón Keops de la cuarta dinastía, una de las estrellas de Draco se hallaba próxima al polo norte celeste y constituía la estrella polar. Se trataba de Draconis, conocida también como Thuban. Con el transcurso del milenio, sin embargo, se vio desplazada poco a poco de su posición por el inexorable molino celeste de la precesión axial, de forma que hoy en día la estrella polar es Polaris, en la constelación de la Osa Menor²⁰.

Me tumbé, apoyé la cabeza entre las manos y contemplé el cénit del cielo. A través de las piedras suaves y frías sobre las que estaba tendido, creí sentir debajo de mí, como una fuerza viva, la magnífica gravedad y masa de la pirámide.

Pensar como gigantes

Ocupa más de cinco hectáreas en su base, pesa unos seis millones de toneladas,

más que todos los edificios juntos de la Milla Cuadrada en la City de Londres²¹, y consiste, como hemos visto, en aproximadamente 2,3 millones de bloques individuales de piedra caliza y granito. A éstos había sido añadido antiguamente un revestimiento de nueve hectáreas, que consistía aproximadamente en ciento quince mil piedras de paramento pulidas y brillantes como un espejo, cada una de las cuales pesaba diez toneladas, que originariamente habían cubierto las cuatro fachadas del monumento²².

Después de desprenderse debido a un gigantesco terremoto en el 1301 de nuestra era, la mayoría de bloques de paramento habían sido retiradas de la construcción de El Cairo²³. Aquí y allá, alrededor de la base, yo sabía que quedaban suficientes piedras de paramento para permitir al arqueólogo del siglo XIX, W. M. Flinders Petrie, realizar un detallado estudio de las mismas. Petrie se quedó perplejo al hallar unas tolerancias de menos de 0,2 milímetros y unas juntas ensambladas con cemento y alineadas de forma tan precisa y minuciosa que era imposible introducir siquiera el delgado filo de una navaja entre ellas. «El mero hecho de colocar esas piedras en contacto exacto suponía una tarea muy laboriosa —declaró Pe-trie—, pero hacer unir las juntas con cemento parece una hazaña imposible, comparable al trabajo de un excelente óptico en una escala de hectáreas.»²⁴

Por supuesto, la unión de las piedras del paramento no era el único aspecto que parece imposible de la Gran Pirámide. Las alineaciones hacia el norte, el sur, el este y el oeste también eran «casi imposibles», así como las esquinas de casi noventa grados y la increíble simetría de los cuatro inmensos lados, por no hablar de la logística que debe desplegarse para alzar millones de descomunales piedras a decenas de metros de altura...

Quienesquiera que fuesen los arquitectos, ingenieros y albañiles que habían diseñado y construido este espléndido monumento debían de conducirse «como hombres de treinta metros de estatura», según observó en cierta ocasión Frangís Champollion, padre de la egiptología moderna. Champollion vio con claridad algo ante lo que varias generaciones de sucesores suyos han cerrado los ojos: los constructores de las pirámides sólo pudieron haber sido unos hombres de una talla intelectual gigantesca. Comparados con los egipcios antiguos, añadió Champollion, «los europeos parecemos liliputienses»²⁵.

NOTAS

1. The Pyramids of Egypt, p. 8.

2. Peter Lemesurier: *The Great Pyramid: Your Personal Guide*, Element Books, Shaftesbury, 1987, p. 225.
3. Joseph Davidovits y Marie Morris: *The Pyramids: An Enigma Solved*, Dorset Press, Nueva York, 1988, pp. 39-40.
4. *Ibíd.*, p. 37.
5. John Blaines y Jaromir Malek: *Atlas of Ancient Egypt*, Time-Life Books, Virginia, 1990, p. 160; *The Pyramids of Egypt*, pp. 229-230.
6. *The Pyramids of Egypt*, p. 229.
7. *Ibíd.*, p. 85.
8. *Ibíd.*, p. 220.
9. *Atlas of Ancient Egypt*, p. 139.
10. Peter Hodges y Julián Keable: *How the Pyramids Were Built*, Element Books, Shaftesbury, 1989, p. 123.
11. *Ibíd.*, p. 11
12. *Ibíd.*, p. 13.
13. *Ibíd.*, pp. 125-126. No habrían alcanzado la cúspide, porque las rampas en espiral y los andamios unidos entre sí se habrían superpuesto y excedido el espacio disponible mucho antes.
14. *Ibíd.*, p. 126.
15. Véanse capítulo 23; *The Pyramids of Egypt*, p. 219; *Atlas of Ancient Egypt*, p. 139.
16. Piazzzi Smyth: *The Great Pyramid: Its Secrets and Mysteries Revealed*, Bell Publishing Company, Nueva York, 1990, p. 80.
17. *The Pyramids of Egypt*, p. 125.
18. *Ibíd.*, p. 87.
19. «Es irritante la cantidad de nombres de imbéciles que hay escritos en todas partes», comentó Gustave Flaubert en sus *Cartas de Egipto*. «En la cima de la Gran Pirámide aparece un tal Buffard, 79 rué St. Martin, fabricante de papel para revestir paredes, escrito en letras negras.»
20. *Skyglobe*, 3,6.
21. *How the Pyramids were Built*, pp. 4-5.
22. *Secrets of the Great Pyramid*, pp. 232,244.
23. *Ibíd.*, p. 17.
24. Citado en *Traveller's Key to Ancient Egypt*, p. 90.
25. *Ibíd.*, p. 40. Champollion descifró la Piedra de Rosetta.

¿TUMBAS Y SÓLO TUMBAS?

El descenso por la Gran Pirámide fue una experiencia más arriesgada que el ascenso. Ya no luchábamos contra la fuerza de la gravedad, por lo que el esfuerzo físico era menor, pero las posibilidades de una caída fatal parecían magnificadas y nuestra atención se centraba de forma exclusiva en el suelo en lugar de en el cielo. Bajamos extremando las precauciones hacia la base de la enorme montaña de piedra, resbalando entre los precarios bloques de piedra caliza, sintiéndonos pequeños como hormigas. Cuando llegamos abajo, la noche tocaba a su fin y despuntaban los primeros rayos de sol.

Pagamos las cincuenta libras egipcias que le habíamos prometido al guardia de la fachada occidental y luego, con sensación de liberación y euforia, abandonamos el monumento para dirigimos hacia la pirámide de Kefrén, ubicada a unos cientos de metros hacia el suroeste. Jufu, Jafra, Menkaure... Keops, Kefrén, Mikerinos. Tanto si son designados por sus nombres egipcios o griegos, estos tres faraones de la cuarta dinastía (2575-2467 a. C.) son universalmente conocidos como los constructores de las pirámides de Gizeh. Así ha sido desde que los antiguos guías turísticos egipcios relataron al historiador griego Herodoto que la Gran Pirámide había sido construida por Keops. Herodoto incorporó esta información a las descripciones más antiguas que han sobrevivido respecto al monumento, continuando de la siguiente manera:

Keops, según dicen, reinó durante cincuenta años, y a su muerte vino a ocupar el trono su hermano Kefrén. Éste también mandó construir una pirámide..., la cual mide doce metros menos que la de su hermano, pero posee la misma grandeza... Kefrén reinó durante cincuenta y seis años... y le sucedió Mikerinos, hijo de Keops... Este hombre dejó una pirámide mucho más pequeña que la de su padre¹.

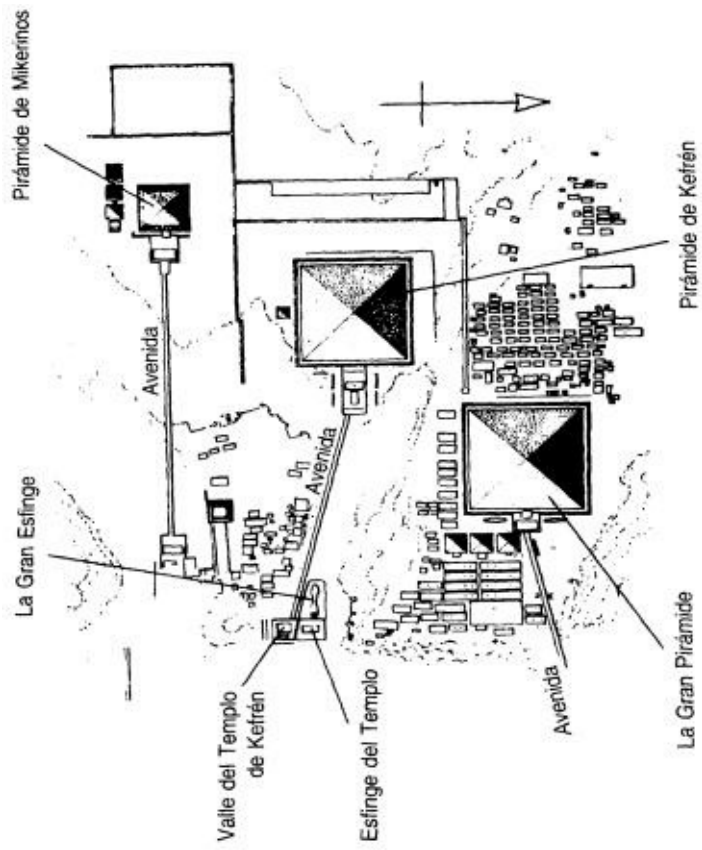
Herodoto pudo contemplar los monumentos en el siglo V a. C., más de dos mil años después de que hubieran sido construidos y, no obstante, el juicio emitido por la Historia descansa fundamentalmente sobre la base de su testimonio. Los otros comentaristas, hasta el presente, se han limitado a seguir las huellas del historiador griego, y a lo largo de los siglos —aunque al principio se trataba de un testimonio de transmisión oral— la atribución de la Gran Pirámide a Keops, la

segunda pirámide a Kefrén y la tercera pirámide a Mikerinos ha ido asumiendo la categoría de un hecho incontestable.

Trivializar el misterio

Tras despedirnos de Alí, Santha y yo continuamos nuestro paseo por el desierto. Al doblar la inmensa esquina suroccidental de la segunda pirámide, dirigimos la vista hacia su cima. Allí observamos de nuevo que el revestimiento original que cubría las veintidós hiladas superiores estaba intacto. Asimismo, observamos que las primeras hiladas a partir de la base, cada una de las cuales ocupaba aproximadamente cinco hectáreas, estaban formadas por unos gigantescos bloques de caliza, casi demasiado altos para trepar por ellos, que medían unos seis metros de longitud y dos metros de grosor. Estos extraordinarios monolitos, según comprobé más tarde, pesaban doscientas toneladas cada uno y mostraban el estilo de mampostería que se halla en diversos emplazamientos dentro de la necrópolis de Gizeh.

La segunda pirámide se asentaba en sus lados norte y oeste sobre una plataforma llana excavada en el lecho rocoso y que estaba rodeada por una zanja que en algunos puntos medía más de cuatro metros y medio de profundidad. Al dirigirnos hacia el sur, en sentido paralelo a la deteriorada fachada meridional del monumento, caminamos por el borde de esta zanja hacia la tercera pirámide, mucho más pequeña, que se hallaba a cuatrocientos metros ante nosotros en el desierto.



Plano del yacimiento de la necrópolis de Gizeh.

Jufu... Jafra... Menkaure... Según todos los egiptólogos ortodoxos las pirámides fueron construidas para que sirvieran de tumbas —y sólo tumbas— a estos tres faraones. Sin embargo, esta afirmación presentaba ciertos problemas evidentes. Por ejemplo, la espaciosa cámara mortuoria de la pirámide de Kefrén estaba vacía cuando fue abierta en 1818 por el explorador europeo Giovanni Belzoni. Más que vacía, la cámara presentaba un aspecto austeramente desnudo. El sarcófago de granito pulido que yacía empotrado en el suelo también se hallaba vacío, con la tapa partida en dos pedazos y yaciendo en el suelo junto al sarcófago². ¿Qué explicación tenía esto?

Según los egiptólogos, la explicación era evidente. En una remota fecha, probablemente no muchos cientos de años después de la muerte de Kefrén, unos saqueadores de tumbas habían penetrado en la cámara y habían sustraído todo lo que contenía, incluido el cadáver momificado del faraón.

Lo mismo había sucedido con la tercera pirámide, hacia la que nos dirigíamos ahora Santha y yo, que se atribuía a Mikerinos. El primer europeo que había penetrado en ella fue un coronel británico, Howard Vyse, en 1837. En la cámara mortuoria halló un sarcófago de basalto vacío, una tapa de sarcófago antropoide de madera y unos huesos. Vyse dedujo de modo natural que se trataba de los restos de Mikerinos. Sin embargo, la ciencia moderna ha demostrado que los huesos y la tapa databan de principios de la era cristiana, es decir, dos mil quinientos años después de la era de las pirámides, y por tanto representaba el «enterramiento intruso» de un individuo muy posterior (una práctica bastante común en la historia del Antiguo Egipto).

En cuanto al sarcófago de basalto, es posible que perteneciera a Mikerinos, Por desgracia, nadie tuvo la oportunidad de examinarlo porque se perdió en el mar cuando el barco en el que Vyse lo envió a Inglaterra naufragó frente a las costas españolas³. Puesto que era un hecho confirmado que Vyse había hallado el sarcófago vacío, de nuevo se dedujo que el cadáver del faraón había sido sustraído por unos saqueadores de tumbas.

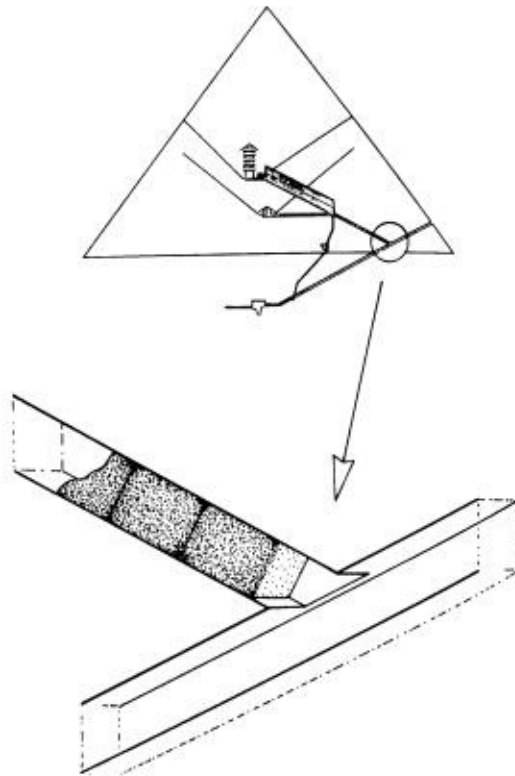
Con respecto al cadáver de Keops, que tampoco fue hallado en su tumba, el proceso de deducción fue similar. En este caso la opinión de la mayoría de expertos, expresada de forma elocuente por George Hart, del Museo Británico, era que «no más tarde que quinientos años después del funeral de Keops, unos ladrones habían penetrado en la Gran Pirámide para robar el tesoro que se

encontraba en la cámara mortuoria»⁴. De ello se deduce que esta incursión debió de producirse en el 2000 a. C. o un poco antes, puesto que se supone que Keops murió en el 2528 a. C.⁵ Por otra parte, el profesor I.E.S. Edwards, una destacada autoridad en la materia, afirma que el tesoro que guardaba la cámara mortuoria había sido sustraído del célebre sanctasanctórum conocido como la Cámara del Rey y que el «sarcófago de granito» vacío que se había encontrado en el extremo occidental de la cámara, «contenía antiguamente el cadáver del rey, probablemente encerrado en un ataúd interior confeccionado de madera»⁶. Estos criterios ortodoxos, convencionales y modernos son aceptados como hechos históricos e impartidos en las universidades de todo el mundo⁷.

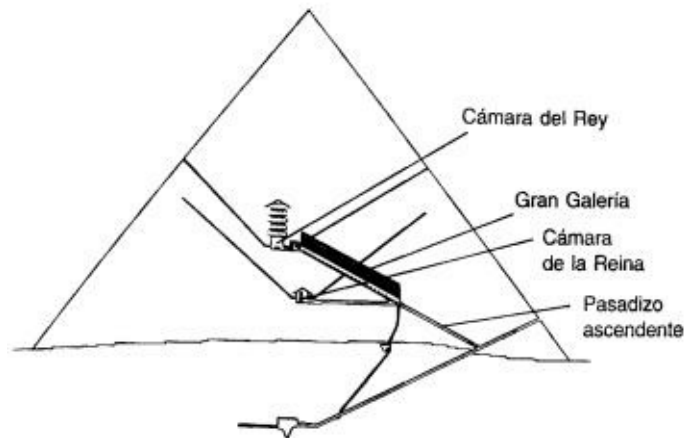
Pero una suposición no representa un hecho.

El armario estaba vacío

El misterio de la momia desaparecida de Keops comienza con el informe del califa Al-Ma'mun, un gobernador musulmán de El Cairo que vivió en el siglo IX a. C. Este había contratado a un grupo de canteros para que abrieran un túnel y penetraran en la fachada norte de la pirámide, prometiéndoles que hallarían un tesoro. Debido a una serie de afortunadas coincidencias, el Agujero de Ma'mun, como lo vienen llamando desde entonces los arqueólogos, se unía con uno de los numerosos pasadizos interiores del monumento, el corredor descendente que conduce desde la puerta original oculta en la fachada norte (cuya ubicación, aunque conocida en los tiempos clásicos, había sido olvidada en la época de Ma'mun). Gracias a otro hecho afortunado, las vibraciones que los árabes causaron con sus mazos y taladros provocaron el desprendimiento de un bloque de piedra caliza del techo del corredor descendente. Al examinar el espacio en el que había estado empotrado el bloque comprobaron que éste ocultaba la entrada a otro corredor, el cual ascendía hacia el corazón de la pirámide.



La Gran Pirámide: entrada y cuñas de granito que bloquean corredor ascendente.



La Gran Pirámide: detalle de corredores, pozos y cámaras.

Sin embargo existía un problema. La entrada estaba bloqueada por una serie de enormes cuñas de granito compacto, sin duda contemporáneas a la construcción del monumento, que estaban encajadas en unos puntos más estrechos del extremo inferior del corredor⁸. Los canteros no consiguieron romper ni pasar a través de las cuñas. Por consiguiente, practicaron un túnel en la piedra caliza, que era más dúctil, y al cabo de varias semanas de arduo trabajo lograron alcanzar el corredor ascendente que se hallaba más arriba, tras haber sorteado un enorme obstáculo que nadie había conseguido salvar anteriormente.

Lo que aquello indicaba resultaba obvio. Puesto que ningún buscador de tesoros

había penetrado con anterioridad en el interior, el interior de la pirámide debía de ser aún territorio virgen. Los canteros debieron de haberse relamido de satisfacción ante la perspectiva de hallar inmensas cantidades de oro y joyas. Asimismo, aunque acaso por razones distintas, Ma'mun debía de estar impaciente por ser el primero en penetrar en las cámaras ocultas que se encontraban en el corazón de la pirámide. Según dicen, el motivo que le había llevado a promover esta investigación no era el deseo de incrementar su vasta fortuna personal, sino el de acceder al tesoro de tecnología y conocimientos antiguos que creía se hallaba enterrado dentro del monumento. En este fabuloso almacén, según afirman las antiguas tradiciones, los constructores de la pirámide habían colocado «instrumentos de hierro y armas que no se oxidaban, una especie de cristal que se doblaba sin romperse y extraños encantamientos...»⁹.

Pero Ma'mun y sus hombres no hallaron nada, ni siquiera un tesoro común y corriente, y mucho menos unos sofisticados y anacrónicos instrumentos de plástico o acero inoxidable, ni tampoco extraños encantamientos.

La mal llamada Cámara de la Reina (situada al fondo de un largo pasadizo horizontal que partía del corredor ascendente) resultó ser una austera habitación geométrica que estaba totalmente vacía¹⁰.

Más frustrante todavía se reveló la Cámara del Rey (que los árabes alcanzaron después de haber trepado por la imponente Gran Galería), pues tampoco ofrecía mucho interés. Su único mobiliario consistía en un ataúd de granito lo bastante grande para contener el cadáver de un hombre. Identificado posteriormente, sobre pruebas poco fiables, como un «sarcófago», esta caja de piedra desprovista de ornamentos fue examinada no sin cierta aprehensión por Ma'mun y sus hombres, quienes constataron que carecía de tapa y estaba tan vacía como todo cuanto habían hallado en el interior de la pirámide¹¹.

¿Por qué, cómo y cuándo había sido la Gran Pirámide vaciada de su contenido? ¿Ocurrió quinientos años después de la muerte de Keops, según afirmaban los egiptólogos? ¿O era más probable, según empezaban a apuntar las pruebas, que las cámaras interiores de la pirámide hubieran estado siempre vacías, desde el principio, es decir, desde el día en que el monumento había sido sellado por primera vez? A fin de cuentas, nadie había logrado alcanzar la parte superior del corredor ascendente con anterioridad a Ma'mun y sus hombres. Por lo demás, también se sabía con certeza que nadie había conseguido atravesar las cuñas de

granito que bloqueaban la entrada a ese corredor.

El sentido común descartaba la hipótesis de una incursión anterior, a menos que existiera otra forma de penetrar en la pirámide.

Atascos en el pozo

Efectivamente, existía otro camino.

En la parte inferior del corredor descendente, a más de sesenta metros del lugar donde habían hallado el extremo bloqueado del corredor ascendente, hay una entrada oculta que da acceso a otro pasadizo secreto que atraviesa la roca subterránea de la meseta de Gizeh. De haber descubierto Ma'mun este pasadizo, se habría ahorrado muchas molestias, puesto que ofrecía una ruta que sorteaba las cuñas que bloqueaban el corredor ascendente. Pero el árabe, a buen seguro obsesionado con atravesar esa barrera, no investigó la zona inferior del corredor descendente, el cual acabó siendo utilizado como vertedero en el que arrojar las toneladas de piedra que los hombres extraían del corazón de la pirámide¹².

La extensión total del corredor descendente era, sin embargo, bien conocida, y éste había sido explorado en los tiempos clásicos. El geógrafo grecorromano Estrabón dejó una descripción muy clara sobre la amplia cámara subterránea en la que desembocaba (a una profundidad de casi ciento ochenta metros debajo de la pirámide)¹³. También se halló dentro de esta cámara subterránea unas inscripciones pertenecientes al período de la ocupación de Egipto por los romanos, lo cual confirma que había sido visitada de forma periódica. Sin embargo, debido a que al principio fue ocultada de forma tan hábil, la puerta secreta que había en el corredor descendente, aproximadamente a la altura de un tercio de la fachada occidental, permaneció sellada y sin descubrir hasta el siglo XIX¹⁴.

La puerta conducía a un estrecho pozo, de unos cincuenta metros de extensión, que se alzaba casi en vertical a través del lecho rocoso y atravesaba más de veinte hiladas formadas por bloques de caliza de la Gran Pirámide, hasta incorporarse a la red de pasadizos internos que se hallaban en la base de la Gran Galería. No existen pruebas que indiquen el propósito de este singular elemento arquitectónico (aunque varios expertos han expuesto sus conjeturas)¹⁵; lo único que está claro es que fue construido al mismo tiempo que la pirámide y que no fue el resultado de una incursión por parte de unos saqueadores de tumbas¹⁶. No

obstante, persiste la duda acerca de que unos saqueadores de tumbas descubrieran la misteriosa entrada al pozo y la utilizaran para transportar los tesoros que hallaron en las cámaras del Rey y la Reina.

No podemos descartar esa posibilidad. No obstante, si revisamos los informes históricos veremos que éstos indican poco a su favor.

Por ejemplo, en 1638 John Greaves, un astrónomo de Oxford, penetró en la parte superior del pozo desde la Gran Galería; consiguió descender a una profundidad de unos veinte metros. En 1765, otro inglés, Nathaniel Davison, penetró hasta una profundidad de unos cuarenta y cinco metros, pero comprobó que el camino estaba bloqueado por una impenetrable masa de arena y piedras. Más tarde, en 1830, el capitán G. B. Caviglia, un explorador italiano, alcanzó la misma profundidad y se encontró con el mismo obstáculo. Más emprendedor que sus predecesores, Caviglia contrató a unos obreros árabes para que descombraran el pozo, con la confianza de hallar algo interesante. Los obreros trabajaron durante varias semanas en unas condiciones claustrofóbicas antes de descubrir la conexión con el corredor descendente¹⁷.

¿Es posible que ese pozo atascado con arena y piedras constituyera un conducto viable para transportar por él los tesoros de Keops, supuestamente el faraón más grande de la magnífica cuarta dinastía?

Aunque el pozo no hubiera estado atascado con cascajo y sellado en su parte inferior, no habría podido ser utilizado más que para transportar por él una mínima parte de los tesoros contenidos en una tumba real. Ello se debe a que el pozo tiene un diámetro de sólo noventa centímetros e incorpora varias cuñas verticales que entorpecen el paso.

Como mínimo, cuando Ma'mun y sus hombres consiguieron penetrar en la Cámara del Rey hacia el año 820 de nuestra era, lo lógico hubiera sido que hallaran algunas de las piezas más grandes e importantes pertenecientes a la tumba real, como las estatuas y altares que contenía la tumba construida en fecha posterior y supuestamente de inferior calidad que pertenecía a Tuntankamón¹⁸. Sin embargo no hallaron nada en el interior de la pirámide de Keops, convirtiendo el expolio de

esta pirámide y el del monumento de Kefrén en los únicos robos de tumbas que han acaecido en la historia de Egipto sin dejar una sola huella —ni un trozo de tejido, un fragmento de cerámica, una figurita desechada, una joya abandonada—, tan sólo los suelos y los muros desnudos y los sarcófagos abiertos.

Distinta de otras tumbas

Eran más de las seis de la mañana y el sol bañaba las cimas de las pirámides de Keops y Kefrén con un leve resplandor rosa pastel. La pirámide de Mikerinos, unos veinte metros más baja que las otras dos, estaba todavía en penumbra y Santha y yo doblamos su esquina noroccidental y proseguimos nuestro paseo entre las dunas de arena del desierto que nos rodeaba.

Yo no dejaba de pensar en la hipótesis del expolio de la tumba. Por lo que yo sabía, la única «evidencia» en su favor era la ausencia de objetos y momias que había sido esgrimida para sustentarla. Los otros datos, sobre todo en lo que concernía a la Gran Pirámide, parecían desmentir de forma elocuente el que se hubiera producido un robo. No se trataba sólo de la inviabilidad del angosto pozo como vía de escape de los voluminosos tesoros reales. Otro aspecto remarcable de la pirámide de Keops era la ausencia de inscripciones y motivos decorativos en la inmensa red de galerías, corredores, pasadizos y cámaras, al igual que en las pirámides de Kefrén y Mikerinos. En ninguno de estos extraordinarios monumentos había sido escrita una sola palabra de alabanza a los faraones cuyos cadáveres se suponía que albergaban.

Era un dato realmente excepcional. En ninguna otra construcción mortuoria de un monarca egipcio se había observado esta ausencia de elementos decorativos. Lo característico a lo largo de la historia egipcia era que las tumbas de los faraones estuvieran profusamente decoradas, maravillosamente pintadas desde el techo hasta el suelo (como en el Valle de los Reyes en Luxor, por ejemplo) y ostentaran multitud de inscripciones de encantamientos e invocaciones rituales a fin de ayudar al difunto en su viaje hacia la vida eterna (como en las pirámides de la quinta dinastía en Saqqara, a treinta kilómetros al sur de Gizeh)¹⁹.

¿Por qué Keops, Kefrén y Mikerinos habían hecho las cosas de forma tan distinta? ¿Acaso se habían guiado por otro propósito más sutil, diferente al uso como tumbas, en la construcción de estos monumentos? ¿O era posible, tal como

sostenían ciertas tradiciones esotéricas árabes, que las pirámides de Gizeh hubieran sido erigidas mucho antes de la cuarta dinastía por unos arquitectos que pertenecieron a una civilización anterior y más avanzada?

Ninguna de esas hipótesis era aceptada por los egiptólogos, por motivos que son fáciles de comprender. Por otra parte, aunque no negaban que la segunda y tercera pirámides estaban totalmente exentas de inscripciones, pues faltaban incluso los nombres de Kefrén y de Mikerinos, los expertos citaban las «marcas de cantera» (unos jeroglíficos que aparecían pintarrajeados en los bloques de piedra antes de que abandonaran la cantera) halladas en el interior de la Gran Pirámide, que parecían ostentar el nombre de Keops.

Cierto tufo...

El descubridor de las marcas de cantera fue el coronel Howard Vyse, durante las destructivas excavaciones que emprendió en Gizeh en 1837.

Tras ampliar un camino muy angosto ya existente, excavó un túnel a través de unas estrechas cavidades, llamadas cámaras de descarga, que estaban situadas directamente sobre la Cámara del Rey. Las marcas de cantera que se hallaron en los muros y techos de las cuatro cavidades superiores decían cosas como las siguientes:

LA CUADRILLA DE ARTESANOS, CUÁN PODEROSA
ES LA CORONA BLANCA DE JNUM-JUFU

JUFU

JNUM-JUFU

AÑO DIECISIETE²⁰

Todo encajaba a la perfección. Al término de una costosa e infructuosa temporada de excavaciones, justo cuando necesitaba que se produjera un importante hallazgo arqueológico que justificara los gastos en los que había incurrido, Vyse había hecho el descubrimiento de la década, las primeras pruebas incontrovertibles de que Keops había sido el constructor de la hasta entonces anónima Gran Pirámide.

Era de esperar que un hallazgo de esta naturaleza zanjara cualquier duda respecto a la identidad del dueño y el propósito del enigmático monumento. Pero las dudas persistían, sobre todo porque, desde el principio, las pruebas que había presentado

Vyse «despedían cierto tufo»:

1. Era extraño que las marcas fueran el único indicio del nombre de Keops hallado dentro de la Gran Pirámide²¹
2. Era extraño que hubieran sido halladas en una esquina tan oscura y recóndita del inmenso edificio.
3. Era extraño que hubieran sido halladas en un monumento que carecía de todo tipo de inscripciones.
4. Y era muy extraño que hubieran sido halladas sólo en cuatro de las cinco cámaras de descarga que había. De forma inevitable, las mentes recelosas empezaron a preguntarse si esas «marcas de cantera» habrían aparecido también en la cámara de descarga inferior de haber sido ésta descubierta también por Vyse (el descubrimiento se debió a Nathaniel Davison, setenta años antes)²².
5. Por último, era extraño que varios de los jeroglíficos que aparecían en las marcas de cantera hubieran sido pintados boca abajo, y que algunos resultaran irreconocibles mientras que otros estaban mal escritos o utilizados incorrectamente desde el punto de vista gramatical²³.

¿Era Vyse un embaucador?

Conozco un dato más que plausible que sugiere que lo era²⁴, y aunque jamás aparecerán unas pruebas contundentes que lo confirmen, me parece imprudente que los egiptólogos académicos hayan aceptado la autenticidad de las marcas de cantera sin dudarlo. Por lo demás, existían otras pruebas basadas en jeroglíficos, posiblemente de procedencia más pura, que indicaban que Keops no pudo haber construido la Gran Pirámide. Curiosamente, los mismos egiptólogos que atribuían una inmensa importancia a las marcas de cantera de Vyse se apresuraron a restar importancia a estos otros jeroglíficos que contradecían la versión de Vyse, los cuales aparecieron sobre una estela de piedra caliza rectangular que ahora se exhibe en el Museo de El Cairo²⁵.

La Estela del Inventario, como fue llamada, había sido hallada en Gizeh en el siglo XIX por el arqueólogo francés Auguste Mariette. El descubrimiento constituyó un bombazo, puesto que el texto indicaba claramente que tanto la Gran Esfinge como la Gran Pirámide (así como otras estructuras que se encuentran en la meseta) existían mucho antes de que Keops ascendiera al trono. Asimismo, la inscripción se refería a Isis como «Señora de la Pirámide», sugiriendo que el monumento

había sido dedicado a la diosa de la magia y no a Keops. Por último, todo parecía indicar que la pirámide de Keops pudo haber formado parte de tres estructuras subsidiarias que estaban ubicadas frente a la fachada oriental de la Gran Pirámide²⁶.

Todo esto parecía constituir una serie de pruebas que desmentían la cronología ortodoxa del Antiguo Egipto. Por otra parte, ponía en tela de juicio el criterio de que las pirámides de Gizeh habían sido construidas como tumbas y sólo tumbas. No obstante, en lugar de investigar las anacrónicas afirmaciones de la Estela del Inventario, los egiptólogos decidieron descalificarlos. Según un influyente experto, James Henry Breasted, «estas referencias revestirían una gran importancia si la estela fuera contemporánea de Keops; pero las pruebas ortográficas que indican una fecha posterior son concluyentes...»²⁷.

Breasted se refería a que la naturaleza del sistema de escritura jeroglífica utilizada en la inscripción no se correspondía con el utilizado en la cuarta dinastía, sino que pertenecía a una época más reciente. Todos los egiptólogos estaban de acuerdo con este análisis, y el criterio definitivo, que todavía es aceptado hoy en día, era que la estela había sido tallada durante la vigesimoprimera dinastía, aproximadamente mil quinientos años después del reinado de Keops, y por tanto era considerada fruto de la fantasía histórica²⁸.

Así, al citar la evidencia ortográfica, una disciplina académica decidió hacer caso omiso de las monumentales implicaciones de la Estela del Inventario y ni siquiera tomaron en consideración la posibilidad de que estuviera basada en una inscripción auténtica de la cuarta dinastía (del mismo modo que la Nueva Biblia Inglesa, por ejemplo, se basa en una obra original mucho más antigua). Esos mismos expertos, no obstante, habían aceptado unas «marcas de cantera» de dudosa procedencia sin pestañear, haciendo caso omiso de su ortografía y demás peculiaridades. ¿A qué se veía la curiosa actitud de los académicos? ¿Quizás a que la información que se hallaba contenida en las «marcas de cantera» concordaba con la opinión ortodoxa de que la Gran Pirámide había sido construida para que sirviera de tumba a Keops, mientras que la información que contenía la Estela del Inventario contradecía esa opinión?

Visión general

A las siete de la mañana Santha y yo nos encontrábamos en pleno desierto, al suroeste de las pirámides de Gizeh, y nos habíamos acomodado en la parte de sotavento de una duna que nos ofrecía un magnífico panorama de todo el yacimiento.

La fecha, 16 de marzo, estaba a pocos días del equinoccio de primavera, una de las dos ocasiones del año en que el sol sale precisamente por el este de cualquier lugar donde uno se halle en el mundo.

Marcando el paso de los días como el indicador de un gigantesco metrónomo, había seccionado el horizonte esta mañana en un punto en el sur, prácticamente rozando el este, y se hallaba lo bastante alto en el cielo para zafarse de la bruma del Nilo, que envolvía como un manto buena parte de la ciudad de El Cairo.

Jufu, Jafre, Menkaure... Keops, Kefrén, Mikerinos. Tanto si uno los designaba por sus nombres egipcios o griegos, no existe la menor duda de que los tres célebres faraones de la cuarta dinastía habían sido conmemorados por los más espléndidos, honorables, hermosos y enormes monumentos que existen en el mundo.

Por otra parte, estaba claro que estos faraones debían de estar estrechamente ligados a estos monumentos, no sólo debido al folklore transmitido por Herodoto (sin duda apoyado en ciertos datos) sino porque las inscripciones y referencias a Jufu, Jafre y Menkaure habían sido halladas en moderadas cantidades, fuera de las tres pirámides principales, en diversos lugares de la necrópolis de Gizeh. Tales hallazgos habían sido sistemáticos dentro y en torno de las seis pirámides subsidiarias, tres de las cuales yacían al este de la Gran Pirámide y las otras tres al sur de la pirámide de Mikerinos. Puesto que buena parte de esta evidencia externa era ambigua y dudosa, me parecía difícil comprender por qué los egiptólogos se conformaban con citarla como confirmación de la teoría de «tumbas y sólo tumbas».

El problema era que esa misma evidencia era capaz de sustentar —con la misma validez— varias interpretaciones que se contradecían entre sí. Para poner un ejemplo, la «estrecha relación» observada entre las tres grandes pirámides y los tres faraones de la cuarta dinastía podía haberse producido debido a que los

faraones habían construido las pirámides con el fin de que éstas les sirvieran de tumbas. Pero también podría haberse producido si los gigantescos monumentos de la meseta de Gizeh hubieran existido mucho antes de los albores de la civilización histórica conocida como el Egipto Dinástico. En tal caso, era sólo necesario suponer que con el tiempo Jufu, Jafre y Mikerinos habrían levantado varias estructuras subsidiarias en torno a las tres pirámides más antiguas, algo que habrían tenido numerosos motivos para hacer; de esta forma se apropiarían del mayor prestigio que representaban los monumentos originales anónimos y, casi sin lugar a dudas, serían vistos por la posteridad como sus constructores.

No obstante, existían otras posibilidades. La cuestión, sin embargo, era que las pruebas que demostraban quién había construido cada gran pirámide, cuándo y con qué propósito, eran básicamente demasiado endebles para justificar el dogmatismo de la teoría ortodoxa de «tumbas y sólo tumbas». Sinceramente, no estaba claro quiénes habían levantado las pirámides ni en qué época habían sido construidas, como tampoco estaba claro cuál había sido su función.

Por todas estas razones, aquellas construcciones estaban rodeadas por un maravilloso e impenetrable halo de misterio, y mientras las contemplaba, allí erguidas en el desierto, tuve la impresión de que avanzaban hacia mí a tra vés de las dunas...

NOTAS

1. Herodoto: The History, traducción de David Greene, University of Chicago Press, 1987, pp. 187-189.
2. The Riddle of the Pyramids, p. 54.
3. Ibíd., p. 55.
4. George Hart: Pharaohs and Pyramids, Guild Publishing, Londres, 1991, p. 91.
5. Atlas of Ancient Egypt, p. 36.
6. The Pyramids of Egypt, pp. 94-95.
7. Profesor I. E. S. Edwards: The Pyramids of Egypt. Se trata del texto más autorizado sobre las pirámides.
8. W. M. Flinders Petrie: The Pyramids and Temples of Gizeh, (nueva edición revisada), Histories and Mysteries of Man Ltd., Londres, 1990, p. 21.
9. John Greaves: Pyramidographia, citado en Serpent in the Sky, p. 230.

10. Secrets of the Great Pyramid, p. 11.
11. The Traveller's Key to Ancient Egypt, p. 120.
12. Secrets of the Great Pyramid, p. 58.
13. The Geography of Strabo, traducción de H. L. Jones, Wm. Heinemann, Londres, 1982, volumen VIII, pp. 91-93.
14. Secrets of the Great Pyramid, p. 58.
15. En general, se supone que fue utilizado como vía de escape por los trabajadores que quedaron encerrados dentro de la pirámide sobre las cuñas que bloqueaban el corredor ascendente.
16. Debido a que, a lo largo de una distancia de varios metros a través de sólidos bloques de piedra, une dos corredores estrechos. Esto no pudo ser fruto de la casualidad.
17. Secrets of the Great Pyramid, pp. 56-58.
18. Véase Nicholas Reeves: The Complete Tutankharnun, Thames & Hudson, Londres, 1990.
19. Véase: Valley of the Kings; para más detalles sobre Saqqara (quinta y sexta dinastías) véase: Travellers's Key to Ancient Egypt, PP-163-167.
20. The Pyramids of Egypt, pp. 211-212; The Great Pyramid: Your Personal Guide, p. 71.
21. Pyramids of Egypt, p. 96.
22. Secrets of the Great Pyramid, pp. 35-36.
23. Zecharia Sitchin: The Stairway to Heaven, Avon Books, Nueva York, 1983, pp. 253-282.
24. *Ibíd.*
25. James Henry Breasted: Ancient Records of Egypt: Historical Documents from the Earliest Times to the Persian Conquest reeditado por Histories and Mysteries of Man Ltd., Londres, 1988, pp. 83-85.
26. *Ibíd.*, p. 85.
27. *Ibíd.*, p. 84.
28. *Ibíd.*, y Traveller's Key to Ancient Egypt, p. 139.

ANOMALÍAS

Desde nuestra ventajosa posición en el desierto al suroeste de la necrópolis de Gizeh, el conjunto del yacimiento de las tres grandes pirámides constituía un espectáculo majestuoso y singular.

La pirámide de Mikerinos era la que estaba más próxima a nosotros, y los monumentos de Kefrén y Keops se encontraban detrás de ella, hacia el nordeste. Estos estaban situados sobre una diagonal casi perfecta; una línea recta que conectara las esquinas del suroeste y el nordeste de la pirámide de Kefrén, de haberse prolongado hacia el nordeste, habría pasado también a través de las esquinas suroeste y nordeste de la Gran Pirámide. Presumiblemente, esto no era una coincidencia. Desde donde estábamos sentados, sin embargo, resultaba fácil comprender que si esa línea imaginaria se prolongara hacia el suroeste no pasaría a través de la tercera pirámide, la cual se hallaba situada al este de la diagonal principal. Los egiptólogos se niegan a reconocer que ello suponga una anomalía. ¿Por qué iban a hacerlo, si por lo que a ellos respecta no existe ningún plano del yacimiento de Gizeh? Las pirámides eran tumbas y sólo tumbas que se habían construido para tres faraones muy distintos a lo largo de un período de unos setenta y cinco años¹. Es lógico suponer, por tanto, que cada gobernante deseara expresar su personalidad e idiosincrasia a través de su monumento, y probablemente ésta era la razón de que la pirámide de Mikerinos se hallara «fuera de lugar». Los egiptólogos se equivocaban. Aunque yo no lo sabía, aquella mañana de marzo de 1993 se había producido un hallazgo que demostraba más allá de toda duda que la necrópolis disponía de un plano de situación, el cual dictaba la ubicación exacta de las tres pirámides no sólo unas respecto a las otras, sino en relación con el Nilo, que se encuentra a unos pocos kilómetros al este de la meseta de Gizeh. Con asombrosa fidelidad, este inmenso y ambicioso proyecto imitaba un fenómeno celeste², lo cual quizás explicaba el motivo de que los egiptólogos (a quienes sólo les interesa contemplar el suelo que hay debajo de sus pies) no hubieran reparado en ello. Proyectado a una escala gigantesca, como veremos en capítulos sucesivos, al mismo tiempo reflejaba la obsesiva preocupación por las orientaciones y dimensiones que presentaban cada uno de los monumentos.

Una opresión singular...

Gizeh, Egipto, 16 de marzo de 1993, 8 horas

La tercera pirámide, la cual medía algo más de sesenta metros (con una anchura en la base de ciento siete metros), era menos de la mitad de alta y mucho menos voluminosa que la Gran Pirámide. No obstante, poseía una imponente majestuosidad. Al dejar atrás la intensa luz del desierto para penetrar en su gigantesca sombra geométrica, recordé lo que el escritor iraquí Abdul Latif había declarado a propósito del monumento cuando lo visitó en el siglo XII: «Parece pequeño en comparación con los otros dos; pero visto de cerca y excluyendo a los otros, suscita en la imaginación una singular opresión y resulta imposible contemplarlo sin que ello te afecte dolorosamente la vista...»³

Las dieciséis hiladas inferiores del monumento se encontraban todavía revestidas, como lo habían estado desde el principio, con unas piedras de paramento de granito rojo («de tal dureza —según comentó Abdul Latif— que lleva mucho tiempo, y no pocos esfuerzos, grabar algo en él») ⁴

Algunos bloques eran muy grandes y estaban perfectamente encajados en un complejo rompecabezas que recuerda la ciclópea manipostería de Cuzco, Machu Picchu y otros emplazamientos del lejano Perú.

La entrada de la tercera pirámide, como de costumbre, estaba situada en su fachada norte, a bastante altura del suelo. Desde allí, en un ángulo de 26° 2', un corredor descendía recto como una flecha hacia la oscuridad⁵. Orientado exactamente de norte a sur, este corredor presentaba un corte rectangular y era tan estrecho que tuvimos que agacharnos casi hasta tocarnos los pies con la nariz para penetrar en él. A lo largo del tramo que atravesaba la manipostería del monumento, su techo y sus muros consistían en unos bloques de granito perfectamente encajados. Lo más sorprendente era que estos bloques se prolongaban a lo largo de cierta distancia por debajo del nivel del suelo.

Aproximadamente a veinte metros de la entrada, el corredor desembocaba en un pasadizo lo suficientemente ancho para permitir que nos enderezáramos. Éste daba acceso a una pequeña antecámara en cuyas paredes había unas ranuras probablemente dispuestas para alojar en ellas unos paneles corredizos. Al llegar al fondo de la cámara, tuvimos que agacharnos de nuevo para penetrar en otro corredor. Encogidos y con la cabeza gacha, recorrimos unos doce metros hacia el sur antes de alcanzar la primera de las tres cámaras mortuorias principales, en el

supuesto de que fueran cámaras mortuorias.

Estos sombríos y silenciosos aposentos estaban excavados en el lecho rocoso. La cámara en la que nos hallábamos era rectangular y estaba orientada del este al oeste. De nueve metros de longitud por cuatro y medio de ancho y cuatro y medio de alto, tenía el techo plano y una compleja estructura interna, con un enorme orificio irregular en su muro occidental que conducía a un oscuro y cavernoso espacio. Había también una abertura cerca del centro del suelo que daba acceso a una rampa, la cual se inclinaba hacia el oeste y conducía a unos niveles inferiores. Descendimos por la rampa. Ésta terminaba en un pequeño pasadizo horizontal, a la derecha del cual había una pequeña cámara vacía a la que se accedía por una estrecha puerta. En los muros se habían tallado seis celdas que recordaban a los dormitorios de los monjes medievales: cuatro al este y dos al norte. Los egiptólogos deducían que habían servido de «almacenes para guardar objetos que el difunto rey deseaba tener junto a sí»⁶. Al salir de esta cámara, doblamos a la derecha y penetramos de nuevo en el pasadizo horizontal. Al fondo del mismo había una cámara vacía⁷, cuyo diseño era único entre el resto de pirámides egipcias. De cuatro metros de longitud por dos y medio de ancho, orientada de norte a sur, sus paredes y suelo, muy deteriorado, estaban tallados en granito de un intenso color chocolate que parecía absorber la luz y las ondas sonoras. Su techo consistía en dieciocho losas enormes del mismo material, nueve en cada lado, que aparecían dispuestas en unos aguilonos encarados. Debido a que se habían vaciado desde abajo para formar una superficie marcadamente cóncava, el efecto de estos grandes monolitos era el de una bóveda de medio punto perfecta, como las que se suelen encontrar en las criptas de las catedrales románicas.

Retrocediendo sobre nuestros pasos, abandonamos las cámaras interiores y subimos de nuevo por la rampa hacia una gran habitación de techo plano que estaba excavada en la roca. Al atravesar la angosta abertura del muro occidental, nos encontramos frente a la parte superior de las dieciocho losas que formaban el techo de la cámara situada más abajo. Desde esta perspectiva se observaba claramente su forma de aguilon. Lo que estaba menos claro era cómo habían transportado estas enormes losas hasta aquí y las habían colocado de forma tan precisa. Cada losa, que debía de pesar varias toneladas, era lo suficientemente pesada para que resultara muy difícil manipularla en cualquier circunstancia; y éstas no eran unas circunstancias normales. Como si hubieran querido complicarse aún más la vida (o quizá porque este tipo de tareas les resultaban sencillas), los constructores de la pirámide no se habían molestado en

acondicionar un área de trabajo entre las losas y el lecho rocoso que había sobre ellos. Al deslizarme dentro de la cavidad, advertí que el espacio medía unos sesenta centímetros en el extremo sur y algo menos en el extremo norte. En un espacio tan reducido resultaba imposible hacer descender esos monolitos y colocarlos en su lugar correspondiente. Por tanto, lo lógico era que los alzarán desde el suelo de la cámara. Pero ¿cómo? La cámara era tan pequeña que sólo unos pocos hombres podían trabajar en ella, y la fuerza de éstos era insuficiente para alzar las pesadas losas. En la época de las pirámides no existían poleas⁸ (y, aunque hubieran existido, la cámara no disponía de suficiente espacio para instalar en ella un aparejo de poleas). ¿Habían utilizado quizás un sistema de poleas desconocido? ¿O era posible que las antiguas leyendas egipcias que se referían a piedras inmensas que los sacerdotes y magos hacían levitar recitando «palabras de poder» tuvieran más fundamento de lo que imaginaban los expertos?⁹

Por enésima vez al enfrentarme a los misterios de las pirámides comprendí que contemplaba una obra de ingeniería increíble, realizada con un extraordinario nivel de precisión. Por otra parte, si los egiptólogos se hallaban en lo cierto, las obras habían sido realizadas en los albores de la civilización humana por unas gentes que no poseían una larga experiencia en materia de grandes proyectos de construcción.

Esto constituía una paradoja cultural desconcertante, para la que ningún académico ortodoxo había ofrecido una explicación convincente.

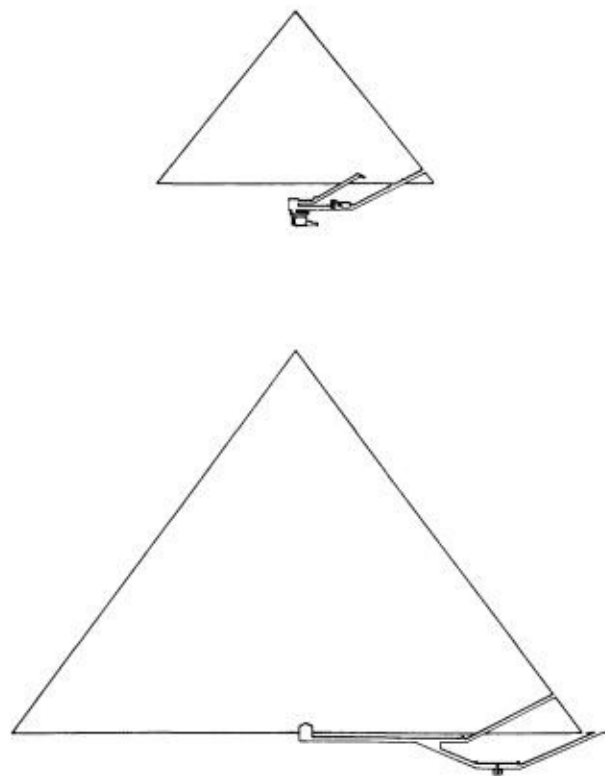
El dedo que se mueve escribe y después de escribir pasa a otra cosa

Tras abandonar las cámaras subterráneas, que parecían vibrar en el centro de la tercera pirámide como el complejo corazón de múltiples válvulas de un Leviatán aletargado, nos dirigimos por el angosto corredor hacia la salida.

Nuestro objetivo ahora era la segunda pirámide. Caminamos por su lado occidental (que mide poco menos de doscientos doce metros de longitud), doblamos hacia la derecha y al cabo de unos minutos llegamos al punto en su lado norte, a unos doce metros del eje norte-sur principal, donde estaban las entradas principales. Una aparecía tallada directamente en el lecho rocoso a nivel del suelo, a unos diez metros frente al monumento; la otra se encontraba tallada en

la fachada norte a una altura de poco menos de quince metros. Desde esta última partía un corredor que descendía en un ángulo de $25^{\circ} 55'$ ¹⁰. De la primera entrada, a través de la cual penetramos en la pirámide, otro corredor descendente conducía hacia una zona subterránea, se extendía a lo largo de un breve tramo en sentido horizontal para dar acceso a una cámara subterránea, ascendía una superficie empinada discurría de nuevo brevemente en sentido horizontal y al fin desembocaba en un pasadizo que se dirigía hacia el sur (donde también desembocaba el corredor superior que descendía desde la entrada situada en la fachada sur).

Lo suficientemente alto para permitirnos andar derechos, y revestido de granito y unas piedras calizas pulidas, el pasadizo horizontal se hallaba casi al nivel del suelo, es decir, discurría directamente debajo de la hilada inferior de la pirámide. Era muy largo, pues se extendía durante otros sesenta metros hasta desembocar en la cámara mortuoria que ocupaba el centro del monumento.



Arriba: Cámara y red de pasadizos de la pirámide de Mikerinos. *Abajo:* Cámara y red de pasadizos de la pirámide de Kefrén.

Como ya hemos señalado, no se había encontrado ninguna momia en esta cámara, ni tampoco inscripción alguna, por lo que la llamada pirámide de Kefrén era por completo anónima. Unos aventureros modernos, sin embargo, habían grabado sus nombres en las paredes, entre ellos Giovanni Battista Belzoni (1778-1882), que había trabajado en el circo como hombre forzudo. Su enorme y vistoso garabato,

plasmado con pintura negra en el lado sur de la cámara, representaba un recordatorio de un deseo humano elemental: la aspiración que todos sentimos a ser reconocidos y recordados. Estaba claro que el propio Kefrén no había sido inmune a esta ambición, puesto que en el complejo funerario que rodeaba el monumento (así como en varias estatuas que lo presentaban bajo un aspecto halagador) aparecían reiteradas referencias al mismo¹¹. Si el faraón había mandado construir la pirámide para que le sirviera de tumba, parecía inconcebible que un hombre como él olvidara estampar su nombre e identidad en el interior del monumento. De nuevo, me pregunté por qué los egiptólogos se mostraban tan reacios a considerar la posibilidad de que el complejo funerario fuera obra de Kefrén y la pirámide obra de otra persona.

Pero ¿quién era esa otra persona?

En muchos aspectos éste —más que la ausencia de marcas de identificación— era el problema. Con anterioridad a los reinados de Keops, Kefrén y Mikerinos no existió un solo faraón en cuyo nombre se pudiera pensar como candidato. Se cree que Snefru, padre de Keops y primer rey de la cuarta dinastía, construyó las llamadas pirámides Truncada y Roja en Dahsur, a unos nueve kilómetros de Gizeh, una atribución que en sí misma resulta misteriosa (suponiendo que las pirámides fueran realmente tumbas), puesto que parece extraño que un faraón necesitara dos pirámides para ser enterrado. Los egiptólogos atribuyen también a Snefru la construcción de la pirámide Truncada de Meidum (aunque diversas autoridades en la materia insisten en que ésta era la tumba de Huni, el último rey de la tercera dinastía)¹². Los otros constructores que quedan en el período arcaico son Zoser, el segundo faraón de la tercera dinastía, a quien se atribuye la construcción de la pirámide Escalonada de Saqqara¹³, y el sucesor de Zoser, Sekhemjet, cuya pirámide se alzaba también en Saqqara. Así pues, pese a la ausencia de inscripciones, se dio por sentado que las tres pirámides de Gizeh debieron de ser obra de Keops, Kefrén y Mikerinos, y que debían de cumplir la función de tumbas.

No es necesario enumerar de nuevo las muchas anomalías que presenta la hipótesis de «tumbas y sólo tumbas». Sin embargo, estas anomalías no se limitaban sólo a las pirámides de Gizeh, sino que alcanzaban a todas las

pirámides de la tercera y cuarta dinastías que se mencionan más arriba. En ninguno de estos monumentos se halló el cadáver del faraón, ni tampoco indicios de un enterramiento real¹⁴. Algunos de ellos ni siquiera sostenían sarcófagos, como por ejemplo la pirámide Truncada de Meidum. En la pirámide de Sekhemjet en Saqqara (en la cual penetró por primera vez una expedición de la Organización de Antigüedades Egipcias en 1954), había un sarcófago, el cual había permanecido sellado desde su instalación en la «tumba»¹⁵. Si bien los saqueadores de tumbas no habían logrado penetrar en ella, al abrirla se comprobó que estaba vacía¹⁶.

¿Cómo se explica que más de veinticinco millones de toneladas de piedra fueran apiladas para formar unas pirámides en Gizeh, Dahsur, Meidum y Saqqara con el único fin de instalar en ellas un sarcófago vacío en unas cámaras vacías? Aun admitiendo los hipotéticos excesos de uno o dos megalómanos, no parece probable que toda una serie de faraones hubiera aprobado este derroche.

La caja de Pandora

Enterrados bajo los cinco millones de toneladas de la segunda pirámide de Gizeh, Santha y yo penetramos en la espaciosa cámara interna del monumento que, si bien pudo constituir una tumba, también pudo servir a otro propósito. Con unas medidas de catorce metros de longitud de este a oeste, y cinco de ancho de norte a sur, este aposento desnudo y aséptico estaba coronado por un techo de losas dispuestas en forma de aguilones, inmensamente resistente, que alcanzaba una altura de siete metros en su cúspide. Las losas, cada una de las cuales constituía un monolito de piedra caliza de veinte toneladas, aparecían colocadas en un ángulo de $53^{\circ} 7' 28''$, que se correspondía perfectamente con el ángulo de inclinación de los lados de la pirámide¹⁷. Aquí no había cámaras de descarga como las que se apreciaban sobre las cámaras del Rey y la Reina en la Gran Pirámide y, en su lugar, durante más de cuatro mil años, o tal vez más, el techo había soportado el inmenso peso del segundo edificio más grande del mundo.

Eché un vistazo a la habitación, que estaba bañada en un resplandor blanco amarillento. Excavados directamente en el lecho rocoso, sus muros no presentaban un acabado liso, como cabía esperar, sino que eran visiblemente ásperos e irregulares. El suelo también tenía un diseño singular: construido a dos niveles, con un escalón de unos treinta centímetros de profundidad que separaba sus mitades oriental y occidental. El supuesto sarcófago de Kefrén yacía junto al muro oriental, empotrado en el suelo. De dos metros de longitud y altura y anchura para contener la momia envuelta y embalsamada de un noble faraón, sus

costados de granito pulido tenían una altura que alcanzaba a las rodillas.

Mientras contemplaba su oscuro interior, me pareció que constituía la puerta a otra dimensión.

NOTAS

1. Atlas of Ancient Egypt, p. 36.
2. The Orient Mystery.
3. Abdul Latif: The Eastern Key> citado en Travellers Key to Ancient Egypt, p. 126.
4. Ibíd.
5. Blue Guide: Egypt, A & C Black, Londres, 1988, p. 433.
6. The Pyramids of Egypt, p. 127.
7. Fue en esta cámara donde V yse halló el enterramiento intruso (consistente en unos huesos y una tapa de ataúd de madera) que se menciona en el capítulo 35. El ataúd de basalto que también halló (y que después se perdió en el mar) se dice que formaba parte del enterramiento intruso y que databa de la vigésimo sexta dinastía.
8. The Pyramids of Egypt, p. 220.
9. Véase, por ejemplo: Osiris and the Egyptian Resurrection, vol. II, p. 180.
10. The Pyramids of Egypt, p. 117.
11. Traveller's Key to Ancient Egypt, p. 123.
12. The Riddle of the Pyramids p. 49.
13. Ibíd., pp. 36-39.
14. Ibíd., p. 74.
15. Ibíd., p. 42.
16. Ibíd.
17. The Travellers Key to Ancient Egypt, p. 123; The Pyramids of Egypt, p. 118.

CREADO POR UN DIOS

La noche anterior había trepado por la Gran Pirámide, pero al aproximarme a ella a plena luz del día no experimenté ninguna sensación de triunfo. Por el contrario, al detenerme junto a su base en el lado norte y contemplarla me sentí tan pequeño como un mosquito, como una insignificante criatura mortal frente al extraordinario esplendor de la eternidad. Tuve la impresión de que el monumento había estado allí siempre, «creado por un dios y depositado físicamente sobre las arenas circundantes», según comentó el historiador griego Diodoro de Sicilia en el siglo I a. C.¹ Pero ¿qué dios lo había creado, si no era el dios-rey Keops cuyo nombre habían asociado multitud de generaciones de egipcios con él?

Por segunda vez en doce horas, empecé a trepar por el monumento. Al contemplarlo de cerca a la luz del sol, indiferente a las cronologías humanas y sometido sólo a las fuerzas erosionadoras del tiempo geológico, parecía elevarse ante mí como un terrible y ceñudo despeñadero. Por suerte, sólo tenía que ascender seis hiladas, asistido en algunos puntos por unos escalones modernos, antes de alcanzar el Agujero de Ma'mun, que en la actualidad constituye la entrada principal de la pirámide.

La entrada originaría, bien oculta en el siglo IX cuando Ma'mun comenzó a excavar el túnel para penetrar en su interior, se encontraba unas diez hiladas más arriba, a diecisiete metros del suelo y 7,30 metros al este del eje principal nortesur. Protegida por unas gigantescas losas de caliza que formaban un techo de aguilonas, contenía la boca del corredor descendente, el cual discurría hacia abajo formando un ángulo de 26° 31' 23". Curiosamente, aunque sólo medía 1,5 metros por 1,20 metros, este corredor se hallaba entre unos bloques de techumbre de 2,60 metros de grosor por 3,65 metros de anchura y una losa de suelo (conocida como hoja de basamento) de 1,58 metros por 10 metros².

Este tipo de elementos estructurales ocultos abundan en la Gran Pirámide, revelando a la vez una increíble complejidad y un sin sentido. Nadie sabe cuántos bloques de este tamaño se instalaron en el monumento, ni cómo fueron alineados

de forma tan meticulosa con otros bloques en unos ángulos tan precisos (como sin duda habrá advertido el lector, la inclinación de 26° del corredor descendente forma parte de un esquema deliberado y sistemático). Tampoco sabe nadie por qué se hicieron esas cosas.

Un poderoso faro

Penetrar en la pirámide por el Agujero de Ma'mun no me parecía adecuado. Era como entrar en una cueva o gruta que estuviera excavada en una montaña; faltaba la sensación de un propósito deliberado y geométrico que habría transmitido el corredor descendente original. Peor aún, el oscuro y siniestro túnel horizontal que conducía hacia el interior parecía una cosa fea y deforme que todavía exhibía las señales de violencia inflingida por los árabes, quienes habían calentado y enfriado alternativamente las piedras con fuego y vinagre frío antes de atacarlas con martillos y cinceles, mazas y perforadoras.

Por una parte, semejante vandalismo parecía algo burdo e irresponsable. Por otra, era preciso tener en cuenta una asombrosa posibilidad: uno tenía la sensación de que la pirámide se habría construido para invitar a seres humanos dotados de inteligencia y curiosidad a descifrar sus misterios. A fin de cuentas, si uno era un faraón que deseaba asegurarse de que su cadáver permaneciera inviolado toda la eternidad, qué habría sido más prudente: a) comunicar a tu generación y generaciones sucesivas el lugar donde estaba ubicada tu tumba, o bien b) elegir un lugar secreto y desconocido, del cual jamás habrías hablado con objeto de que nadie descubriera tus restos.

La respuesta era obvia: uno elegiría un lugar secreto y apartado, como había hecho la gran mayoría de faraones del Antiguo Egipto³.

¿Por qué, en el supuesto de que se tratara de una tumba real, la Gran Pirámide era un monumento tan conspicuo? ¿Por qué ocupaba un área de más de cinco hectáreas? ¿Por qué tenía una altura de casi ciento cincuenta metros? ¿Por qué, en suma, si su propósito era ocultar y proteger el cadáver de Keops, su diseño atraía la atención —en todas las épocas y en todo tipo de circunstancias— de aventureros, buscadores de tesoros e intelectuales llenos de curiosidad e imaginación?

Resulta absurdo pensar que los brillantes arquitectos, albañiles e ingenieros que

crearon la Gran Pirámide ignoraran los principios más elementales de la psicología humana. La vasta ambición y la trascendente belleza, así como el poder y la maestría de su obra, expresaban una refinada técnica y unos profundos conocimientos de los símbolos y esquemas primordiales mediante los cuales es posible manipular la mente de los hombres. La lógica, por tanto, sugería que los constructores de la pirámide debían de ser conscientes de que estaban erigiendo (con increíble precisión) una especie de faro sobre esta meseta barrida por el viento, en la margen occidental del Nilo, en aquellos tiempos remotos.

En resumen, debían de desear que esta extraordinaria estructura ejerciera una fascinación perenne: que fuera violada por intrusos, medida con exactitud, y que rondara por la imaginación colectiva de la humanidad como un persistente espectro que suscitara todo tipo de conjeturas sobre un profundo y antiguo secreto.

Juegos mentales de los constructores de la pirámide

El punto donde el Agujero de Ma'mun se unía al corredor descendente estaba sellado por una puerta de acero moderna. Más allá de ésta, hacia el norte, el corredor ascendía hasta alcanzar los aguilonos de la entrada original del monumento. Hacia el sur, como hemos visto, el corredor descendía otros ciento cinco metros en el lecho rocoso, antes de desembocar en una inmensa cámara subterránea situada a ciento ochenta metros debajo de la cúspide de la pirámide. La precisión de este corredor resultaba asombrosa. Desde la parte superior a la inferior, el promedio del ángulo de desviación ascendía a menos de 0,6 centímetros en los lados y 0,75 centímetros en el techo⁴.

Después de traspasar la puerta de acero, avancé por el túnel de Ma'mun, aspirando su aire enrarecido y tratando de que mis ojos se adaptaran al débil resplandor de las bombillas que lo iluminaban. Luego agaché la cabeza y comencé a trepar por el empinado y estrecho túnel excavado por los árabes en su febril intento de soslayar las cuñas de granito que bloqueaban la parte inferior del corredor ascendente. En lo alto del túnel se veían dos de las cuñas originales, todavía in situ aunque parcialmente expuestas por las excavaciones llevadas a cabo por los hombres de Ma'mun. Los egiptólogos deducen que éstas se deslizaron desde arriba⁵, a lo largo del corredor ascendente de cuarenta metros de

longitud, desde los pies de la Gran Galería⁶. Sin embargo, algunos constructores e ingenieros, que probablemente tienen una forma más práctica de ver las cosas, les hicieron notar que era físicamente imposible que las cuñas se hubieran instalado de esta forma, pues debido al estrecho espacio que las separa de los muros, suelo y techo del corredor la fricción habría impedido que se deslizaran siquiera unos centímetros, y mucho menos treinta metros⁷.

Esta afirmación lleva a la desconcertante hipótesis de que el corredor ascendente debía de estar bloqueado durante la construcción de la pirámide. Pero ¿por qué habría deseado alguien bloquear la entrada principal al monumento durante las obras de construcción, mientras se ampliaban y acondicionaban sus cámaras interiores? Por otra parte, si el propósito era impedir la entrada a los intrusos, ¿no habría sido más fácil y eficiente bloquear el corredor descendente desde su entrada en la cara norte hasta un punto debajo de su unión con el corredor ascendente? Éste habría sido el medio más lógico de sellar la pirámide, haciendo innecesaria la instalación de las cuñas en el corredor ascendente.

Sólo existía una certeza: desde el principio de la Historia, el único propósito de las cuñas de granito no era el de impedir a un intruso el acceso al interior del monumento. Por el contrario, al igual que la puerta cerrada de Barba Azul, la barrera había atraído la atención de Ma'mun, estimulando su curiosidad hasta el punto de obligarlo a excavar un túnel para penetrar en las profundidades de la pirámide, convencido de que más allá de la barrera había un tesoro de incalculable valor.

¿No es posible que la intención de los constructores de la pirámide fuera que el primer intruso que llegara hasta allí decidiera sortear a toda costa la barrera de cuñas? Sería prematuro descartar esta extraña e inquietante posibilidad. En cualquier caso, gracias a Ma'mun (y a las previsibles constantes de la naturaleza humana) en esos momentos conseguí introducirme en la parte que no estaba bloqueada del corredor ascendente. Este consistía en una abertura minuciosamente excavada que medía 1,5 metros de ancho por 1,20 metros de alto (las mismas dimensiones que el corredor descendente), que subía hacia la oscuridad formando un ángulo de $26^{\circ} 2' 30''$ ⁸ (en comparación con los $26^{\circ} 31' 23''$ del corredor descendente)⁹.

¿A qué se debía este meticuloso interés en el ángulo de 26° ? ¿Era una coincidencia que ascendiera a la mitad del ángulo de inclinación de los lados de la pirámide, es decir, 52° ?¹⁰

El lector quizá recuerde la importancia de este ángulo, pues era el punto clave en la sofisticada y avanzada fórmula mediante la cual se había logrado que el diseño de la Gran Pirámide coincidiera precisamente con la dinámica de la geometría esférica. Así, la altura original del monumento (145 metros) y el perímetro de su base (907 metros) guardaban la misma relación entre sí que el radio de una esfera y su circunferencia. Esta relación era 2π ($2 \times 3,14$) y a fin de expresarla los constructores se habían visto obligados a especificar el complicado e idiosincrático ángulo de 52° respecto a los lados de la pirámide (una inclinación mayor o menor habría significado una relación altura-perímetro distinta).

En el capítulo 23 vimos que la llamada pirámide del Sol de Teotihuacán, en México, también indicaba un conocimiento y uso deliberado del trascendental número pi; en su caso la altura (70 metros) guardaba una relación de π con el perímetro de su base (880 metros)¹¹.

La cuestión, por tanto, era que el monumento más extraordinario del Antiguo Egipto y el monumento más extraordinario del Antiguo México incorporaban unas relaciones pi mucho antes del «descubrimiento» oficial de este trascendental número por parte de los griegos¹². Por lo demás, la evidencia invitaba a la conclusión de que el empleo de pi indicaba algo, seguramente lo mismo en ambos casos.

De pronto me sentí de nuevo abrumado por una sensación de contacto con una inteligencia antigua, no necesariamente egipcia ni mexicana, que había hallado el medio de salvar el abismo de los siglos para atraer a la gente hacia el monumento como si se tratara de un faro. Algunos se acercaban a él en busca de un tesoro; otros, cautivados por la aparente sencillez con que los constructores habían utilizado el número pi para demostrar su dominio de los secretos de los números trascendentales, tal vez se aproximaban en busca de otras epifanías matemáticas.

Doblado en dos, con la espalda rozando el techo de piedra caliza pulida y sin dejar de pensar en estas cuestiones, comencé a trepar por el corredor ascendente de 26° , el cual parecía atravesar la gigantesca mole de seis millones de toneladas

como un artilugio trigonométrico. Sin embargo, después de golpearme la cabeza contra el techo un par de veces, empecé a preguntarme por qué esas personas tan ingeniosas que lo habían diseñado no lo construyeron medio metro más alto. Si eran capaces de erigir un monumento semejante (lo cual era evidente) y dotarlo de corredores, les habría costado bien poco hacer que esos corredores fueran lo suficientemente espaciosos para atravesarlos en posición erecta. De nuevo me sentí tentado a pensar que ello era fruto de una decisión deliberada por parte de los constructores de la pirámide: construyeron el corredor ascendente de esta forma porque querían, no porque se hubieran visto obligados a ello.

¿Existía algún motivo en este aparente despropósito o en estos arcaicos juegos mentales?

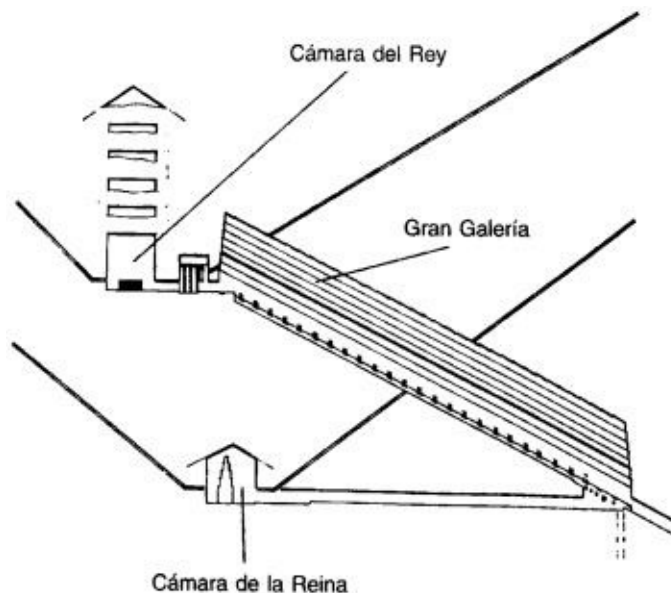
Una distancia tenebrosa y desconocida

Al llegar a la cima del corredor ascendente me encontré con otro elemento inexplicable en una pirámide, «la obra arquitectónica más celebrada que haya sobrevivido del Viejo Reino»¹³, la Gran Galería. Ascendiendo a un majestuoso ángulo continuo de 26° para desaparecer por completo en la oscuridad, su espaciosa bóveda en saledizo causaba una impresión impactante.

Yo aún no tenía la intención de ascender por la Gran Galería. En su base, ramificándose hacia el sur, había un largo pasadizo horizontal, de 1,14 metros de altura y 42 metros de longitud, que conducía a la Cámara de la Reina¹⁴. Ansiaba visitar de nuevo esta habitación, que admiraba por su austera belleza desde mi primera visita a la Gran Pirámide ahora hacía varios años, y me irritó comprobar que el pasadizo estaba sellado a pocos metros de su entrada.

La razón, aunque en aquel momento yo la ignoraba, era que un ingeniero de robótica alemán llamado Rudolf Gantenbrink estaba trabajando dentro, manipulando lenta y minuciosamente un robot de 250.000 dólares en el estrecho pozo instalado en la Cámara de la Reina. Contratado por la Organización de Antigüedades Egipcias para mejorar la ventilación de la Gran Pirámide, utilizaba este «tronera de ventilación sur» de la Cámara del Rey (que los egipcios consideraban que había sido construida desde un principio con fines de ventilación) e instalar un ventilador eléctrico en la boca de la misma. A principios de marzo de 1993, Gantenbrink empezó a ocuparse de la Cámara de la Reina, utilizando a *Upuaut*, un robot en miniatura accionado por control remoto, para explorar el pozo sur. El 22 de marzo, a un nivel de 60 metros del empinado pozo

(que se alzaba a un ángulo de $39,5^\circ$ y medía tan sólo 20 centímetros de alto y 23 centímetros de ancho)¹⁵, el suelo y las paredes mostraron un aspecto insólitamente suave cuando Upuaut penetró en una sección de caliza fina de Tura, utilizada normalmente para revestir zonas sagradas como capillas o tumbas. Este detalle ofrecía de por sí un gran interés, pero al final del corredor, que al parecer conducía a una cámara sellada que se encontraba en las entrañas de la pirámide, había una sólida puerta de caliza dotada de unos elementos de metal...



La Gran Galería y las cámaras del Rey y de la Reina, con unos pozos situados al norte y al sur.

Desde hacía tiempo se sabía que ni este pozo ni su homólogo en el muro norte de la cámara desembocaban en el exterior de la Gran Pirámide. Por otra parte, y también de modo inexplicable, ninguno de los dos pozos había sido excavado por completo. Por alguna razón los constructores habían dejado intactos los últimos 82 centímetros de piedra en el último bloque sobre la boca de cada pozo, haciéndolos invisibles e inaccesibles a cualquier intruso. ¿Por qué? ¿Para asegurarse de que jamás fueran hallados? ¿O para asegurarse de que fueran hallados, algún día, en las debidas circunstancias? Al fin y al cabo, desde el principio existían dos conspicuos pozos en la Cámara del Rey que atravesaban las paredes norte y sur, y a los constructores de la pirámide no les habría resultado difícil prever que más pronto o más tarde algún curioso se sentiría tentado de buscar también unos pozos en la Cámara de la Reina. El caso es que nadie los buscó durante más de mil años después de que el califa Ma'mun abriera el monumento en el año 820 de nuestra era para que el mundo lo admirara. En 1872, un ingeniero inglés llamado Waynman Dixon, un masón que «tenía motivos para

sospechar la existencia de unas troneras de ventilación, debido a la presencia de las mismas en la Cámara del Rey»¹⁶, decidió explorar los muros de la Cámara de la Reina y no tardó en hallarlas. En primer lugar abrió el pozo sur, ordenando a su «carpintero y hombre de confianza, Bill Grundy, que practicara un orificio con un martillo y cincel de acero en aquel lugar. El hombre se afanó en la tarea de practicar un agujero en la piedra [caliza], y al cabo de unos minutos notó que el cincel atravesaba un extraño objeto»¹⁷.

El «extraño objeto» que había atravesado el cincel de Bill Grundy resultó ser «un conducto tubular rectangular y horizontal que medía unos 23 por 20 centímetros de ancho y alto, empotrado unos 7 metros en el muro, el cual subía inclinado hacia una distancia tenebrosa y desconocida...»¹⁸.

Ciento veintiún años más tarde, Rudolf Gantenbrink enviaba su robot por ese conducto, hacia esa «distancia tenebrosa y desconocida». La tecnología de nuestra especie había alcanzado por fin el nivel de nuestro poderoso instinto de explorar lo desconocido. Ese instinto no era más débil en 1872 que en 1993; una de las muchas cosas interesantes que la cámara de control remoto consiguió filmaren los pozos de la Cámara de la Reina fue el extremo de una larga vara de metal partida, diseñada en el siglo XIX, que Wavman Dixon y el fiel Bill Grundy habían introducido en secreto por el extraño conducto¹⁹. Presumiblemente, ambos habían supuesto que si los constructores de la pirámide se habían molestado en construir y ocultar unos pozos, probablemente habían ocultado algo valioso en ellos.

La idea de que desde el principio existiera la intención de fomentar estas investigaciones habría parecido inverosímil si el hallazgo y la exploración de los pozos no hubieran conducido a un sorprendente resultado. Pero, tal como hemos visto, se descubrió una puerta corrediza adornada con unos curiosos elementos metálicos, que presentaba un orificio en su base, debajo de la cual el rayo láser proyectado por el robot de Gantenbrink desapareció por completo...

De nuevo se daba una clara invitación a seguir adelante, la última de una larga serie de invitaciones que habían animado al califa Ma'mun y a sus hombres a penetrar por la fuerza en los pasadizos centrales y cámaras del monumento, que

habían llevado a Wavnman Dixon a poner a prueba su hipótesis de que los muros de la Cámara de la Reina contenían unos pozos ocultos, y que ahora suscitaban de nuevo la curiosidad de Rudolf Gantenbrink, cuyo sofisticado robot revelaba la existencia de la puerta oculta y ponía a nuestro alcance los secretos —o desengaños, u otras invitaciones— que yacían más allá de la misma.

La Cámara de la Reina

Volveremos a ocuparnos de Rudolf Gantenbrink y *Upuaut* en capítulos sucesivos. El 16 de marzo de 1993, sin embargo, desconociendo por completo estos trabajos, me indigné al comprobar que la Cámara de la Reina estaba cerrada y miré furioso a través de la reja de hierro que impedía el acceso al corredor.

Recordé que la altura del corredor, de 1,4 metros, no era constante. Aproximadamente a 33 metros al sur de donde me encontraba, y tan sólo a 4,5 metros de la entrada a la Cámara, un inesperado escalón en el suelo aumentaba el espacio del corredor hasta 1,75 metros²⁰. Nadie había ofrecido hasta ahora una explicación convincente sobre este curioso hecho.

La Cámara de la Reina propiamente dicha —al parecer vacía desde el día que se construyó— medía 5,23 metros de norte a sur y 5,75 metros de este a oeste. Estaba equipada con un elegante techo de aguilón, el cual medía 6,22 metros de altura y se extendía justo sobre el eje este-oeste de la pirámide²¹. El suelo, sin embargo, presentaba un aspecto poco elegante y parecía estar inacabado. A través de los pálidos y ásperos muros de caliza se filtraban constantemente unas emanaciones saladas, dando pábulo a excesivas e inútiles conjeturas.

En los muros norte y sur, en los que todavía aparecía grabada la leyenda que decía ABIERTA EN 1872, se observaban las aberturas rectangulares que descubriera Waynman Dixon, las cuales conducían hacia la tenebrosa profundidad de los misteriosos pozos. El muro occidental aparecía desnudo. El muro oriental, desviado unos 60 centímetros de su línea central, estaba presidido por un hueco en forma de bóveda en saledizo de 4,68 metros de altura y 1,57 metros de ancho en su base. Al fondo de este hueco, en tiempos medievales los buscadores de tesoros árabes que buscaban cámaras ocultas habían excavado otra cavidad, de 1,4 metros, y no habían hallado nada²².

Los egiptólogos tampoco habían sido capaces de ofrecer una explicación

convinciente sobre la función original de este hueco ni la de la Cámara de la Reina en su totalidad.

Todo resultaba confuso. Todo era una paradoja. Todo aquello constituía un misterio.

Instrumento

La Gran Galería también encerraba sus misterios. De hecho, era uno de los elementos interiores más misteriosos de la Gran Pirámide. Con una anchura a nivel del suelo de 2,5 metros, sus muros se alzaban en vertical hasta una altura de 2,28 metros; sobre este nivel otras siete hiladas de manipostería (cada una de las cuales sobresalía unos 8 centímetros sobre la hilada inmediatamente inferior) llevaban la bóveda hasta su altura máxima de 8,53 metros y a su anchura culminante de 1,4 metros²³.

El lector recordará que estructuralmente la galería debía sostener, eternamente, los varios millones de toneladas de peso de las tres cuartas partes superiores del monumento de piedra más grande y pesado que se ha levantado sobre la Tierra. ¿No es asombroso entonces que un grupo de individuos supuestamente primitivos en materia tecnológica lograran edificarlo hace más de cuatro mil quinientos años?

Aunque hubieran construido la galería de sólo 6 metros de longitud, y hubieran tratado de erigirla sobre una superficie plana, la tarea habría sido muy complicada. Pero habían decidido erigir esta asombrosa bóveda en saledizo a un ángulo de 26°, y dotarla de una longitud de nada menos que 46 metros²⁴. Por otra parte, la habían construido con unos megalitos de piedra caliza perfectamente preparados, unos inmensos bloques pulidos y tallados en unos paralelogramos inclinados, aparejados de forma tan perfecta y con una precisión tan rigurosa que las juntas resultaban prácticamente invisibles.

Los constructores de la pirámide también habían incluido unas interesantes simetrías en su obra. Por ejemplo, la anchura culminante de la galería en su vértice era de 1,4 metros, mientras que su anchura a nivel del suelo era de 2,5 metros. En el centro exacto del suelo había una ranura que recorría toda la galería —situada entre unas rampas de manipostería de superficie lisa que medían 50 centímetros de anchura—, la cual medía 60 centímetros de profundidad y 1,4

metros de ancho. ¿Cuál pudo haber sido el propósito de esta ranura? ¿Y por qué era necesario que imitara con tanta precisión la anchura y forma del techo, que parecía también una «ranura» embutida entre las dos hileras superiores de manipostería?

Yo sabía que no era la primera persona que se había detenido a los pies de la Gran Galería sintiéndose abrumada por la extraña sensación de hallarse «dentro de un inmenso instrumento»²⁵. ¿Quién podía afirmar que esas intuiciones eran equivocadas? ¿O acertadas? No existía ningún informe sobre su función, aparte de las referencias místicas y simbólicas que aparecían en ciertos textos litúrgicos egipcios. Éstos parecían indicar que las pirámides eran consideradas unos artilugios destinados a convertir a personas difuntas en seres inmortales: a «abrir las puertas del firmamento y crear un camino», de forma que el difunto faraón «ascendiera junto a los dioses»²⁶.

No tuve ninguna dificultad en aceptar que ese sistema de creencias funcionara en este caso y que guiara toda la empresa. No obstante, me desconcertaba la idea de que había sido necesario construir más de seis millones de aparatos físicos, estrechamente ligados a canales y tubos, corredores y cámaras, para alcanzar un objetivo místico, espiritual y simbólico.

El hecho de estar dentro de la Gran Galería me producía la impresión de hallarme en el interior de un enorme instrumento que, si bien ejercía un innegable impacto estético sobre mí (aunque pesado y agobiante), carecía de elementos decorativos y de cualquier cosa (figuras de deidades, relieves de textos litúrgicos, etcétera) que indicara prácticas de veneración o religión. La primera impresión que transmitía era de estricta funcionalidad y utilidad práctica, como si su construcción respondiera a algún propósito material. Al mismo tiempo, yo era consciente de su profunda solemnidad, que parecía exigir como mínimo una atención seria y completa.

Había trepado a través de la mitad de la galería. Ante mí, y a mis espaldas, las sombras y las luces creaban unos efectos ópticos entre los inmensos muros de piedra. Me detuve, volví la cabeza y miré a través de la penumbra hacia el techo abovedado que sostenía el colosal peso de la Gran Pirámide de Egipto.

De pronto se me ocurrió cuán impresionante e inquietantemente antigua era, y que en estos momentos mi vida dependía de las aptitudes de los antiguos constructores. Los inmensos bloques que cubrían el lejano techo eran unos ejemplos de esas aptitudes, cada uno de ellos dispuesto en un ángulo algo más inclinado que el de la galería. Como el gran arqueólogo y agrimensor Flinders Petrie había observado, todo esto se había llevado a cabo a fin de que el borde inferior de cada piedra se acople como un trinquete en una rueda de trinquete tallado en la parte superior de los muros; así, ninguna piedra puede ejercer presión sobre la inferior y causar una presión acumulativa a lo largo de todo el techo; y cada piedra está sostenida individualmente por los muros laterales sobre los que yace²⁷.

¿Y ésta era la obra de un pueblo cuya civilización hacía poco que había surgido del neolítico, unas gentes dedicadas a la caza y a recoger bayas?

Comencé a ascender de nuevo por la galería, utilizando la ranura central de sesenta centímetros que discurría por el suelo. Una moderna tapa de madera encajada con ayuda de unos listones y barandillas laterales simplificaba el ascenso. En la Antigüedad, sin embargo, el suelo consistía en piedra caliza finamente pulida, con una inclinación de 26°, por lo que debía de ser imposible trepar por él.

¿Cómo lo habían conseguido? Éste era otro de los muchos misterios que encerraba aquella construcción.

Al fondo de la Gran Galería estaba la oscura abertura que daba acceso a la Cámara del Rey, invitando a cada peregrino a que se acercara al lugar llevado por su curiosidad y penetrara en el corazón del enigma.

NOTAS

1. Diodorus Siculus, Harvard University Press, 1989, p. 217.
2. Pyramids of Egypt, p. 88; The Great Pyramid: Your Personal Guide, pp. 30-31.
3. En el aislado Valle de los Reyes en Luxor, en el Alto Egipto, por ejemplo.
4. The Pyramids and Temples of Gizeh, p. 19.
5. Comentado en: Secrets of the Great Pyramid, pp. 236 y sigs.
6. Medidas extraídas de: The Travellers Key to Ancient Egypt, p.H4.
7. Secrets of the Great Pyramid, pp. 236 y sigs.

8. The Pyramids of Egypt, p. 91.
9. *Ibíd.*, p. 88.
10. O 51° 50' 35", para ser exactos, *ibíd.*, p. 87; Travellers Key to Ancient Egypt, p. 112.
11. Véase capítulo 23.
12. *Ibíd.*
13. The Pyramids of Egypt, p. 93.
14. Medidas extraídas de: Traveller's Key to Ancient Egypt, p. 121, y The Pyramids of Egypt, p. 93.
15. Pyramids and Temples of Gizeh, p. 24.
16. The Pyramids of Egypt, p. 92.
17. The Great Pyramid: Its Secrets and Mysteries Revealed, p. 428.
18. *Ibíd.*
19. Presentación en el Museo Británico, el 22 de noviembre de 1993, por Rudolf Gantenbrink, de un documental que se rodó en los pozos de ventilación con la cámara-robot Upuaut.
20. The Pyramids of Egypt, pp. 92-93.
21. *Ibíd.*, p. 92; The Pyramids and Temples of Gizeh, p. 23.
22. The Pyramids of Egypt, p. 92.
23. *Ibíd.*, p. 93; Travellers Key to Ancient Egypt, p. 115.
24. The Pyramids of Egypt, p. 93.
25. Traveller's Key to Ancient Egypt, p. 115.
26. The Ancient Egyptian Pyramid Texts, p. 281, Compl. 667A.
27. The Pyramids and Temples of Gizeh, p. 25.

UN JUEGO INTERACTIVO TRIDIMENSIONAL

Al alcanzar la parte superior de la Gran Galería, salvé un voluminoso escalón de granito de unos noventa centímetros de altura. Recordé que éste yacía, como el techo de la Cámara de la Reina, exactamente sobre el eje este-oeste de la Gran Pirámide, y por tanto señalaba el punto de transición entre las mitades norte y sur del monumento¹. Con un aspecto parecido al de un altar, el escalón constituía también una sólida plataforma horizontal que estaba situada justo frente al túnel bajo y cuadrado que servía como entrada a la Cámara del Rey.

Me detuve un momento y volví la cabeza para contemplar la galería; me fijé en la ausencia de decoración, de iconografía religiosa, y de todo simbolismo que suele asociarse con el arcaico sistema de creencias de los antiguos egipcios. Lo único que quedaba impreso en la retina de esta magnífica cavidad geométrica de cuarenta y seis metros de longitud era su indiferente regularidad y su austera y funcional sencillez.

Al alzar la vista, distinguí la entrada de la oscura abertura, excavada en la parte superior del muro oriental que había sobre mi cabeza. No se sabía quién había practicado este orificio, ni cuándo, ni tampoco cuál era su profundidad original. Conducía a la primera de las cinco cámaras de descarga que se hallaban sobre la Cámara del Rey y había Sld^o ampliado en 1837, cuando Howard Vyse lo utilizó para penetrar en las otras cuatro. Al bajar de nuevo la vista distinguí el punto en la parte inferior del muro occidental de la galería donde el pozo casi vertical iniciaba su vertiginoso descenso de cuarenta y ocho metros a través del centro de la pirámide para unirse al corredor descendente que discurría más abajo, a nivel del suelo.

¿Por qué se había instalado un aparato tan complicado de tubos y pasadizos? En principio, no tenía sentido. Aunque nada referente a la Gran Pirámide tenía demasiado sentido, a menos que uno estuviera dispuesto a dedicarle una gran atención. Al hacerlo, de vez en cuando y de forma imprevisible, se obtenía alguna

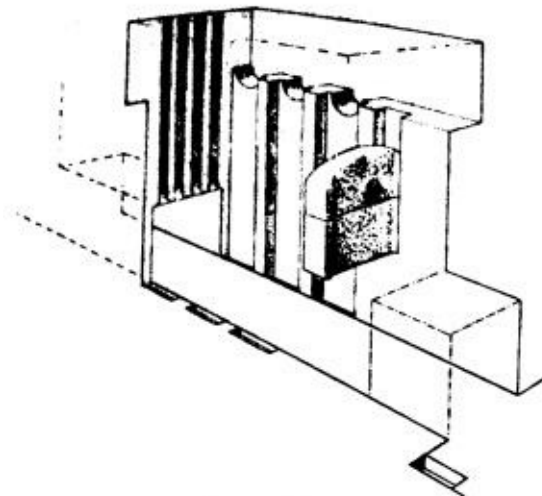
recompensa por ello.

Si uno poseía suficientes conocimientos matemáticos, por ejemplo, tal como hemos visto era posible hallar respuesta a algunas de las preguntas básicas sobre su altura y perímetro de base a partir del valor de pi. Y si uno estaba dispuesto a investigar un poco más, como veremos, te proporcionaba otros datos matemáticos útiles, cada vez más complejos y abstrusos que los anteriores.

Todo tenía un aire programado, como si se hubiera preparado a conciencia. No por primera vez, sentí que estaba dispuesto a tomar en consideración la posibilidad de que la pirámide hubiera sido diseñada como un gigantesco reto o máquina de aprendizaje, o, para ser más exactos, como un rompecabezas interactivo tridimensional creado para que la humanidad lo resolviera.

La antecámara

El pasadizo de entrada a la Cámara del Rey, de poco más de metro y medio de altura, exigía a todo ser humano de una estatura normal que agachara la cabeza. Tras avanzar aproximadamente un metro, llegué a la antecámara, donde el nivel del techo se alzaba de pronto a tres metros y medio el suelo. Los muros oriental y occidental de la antecámara se componían de granito rojo, en los que se habían tallado cuatro pares de ranuras, dos en cada muro, que los egiptólogos creían que habían sostenido unas losas corredizas². Tres de estos pares de ranuras se prolongaban hasta el suelo, y estaban vacías.



La antecámara.

El cuarto par (el situado más al norte) había sido tallado sólo hasta el nivel del techo del pasadizo de entrada (es decir, a un metro y medio sobre el nivel del suelo) y contenía todavía una losa de granito, de unos veintitrés centímetros de grosor y dos metros de altura. Entre esta losa corrediza y el extremo norte de la

entrada del pasadizo que yo acababa de atravesar, había un espacio horizontal de sólo cincuenta y cuatro centímetros. Asimismo, había un espacio de poco más de un metro de profundidad entre la parte superior de la losa corrediza y el techo. Sea cual fuere la función de esa losa corrediza, era difícil convenir con los egiptólogos en que esta singular estructura estuviera destinada a vedar la entrada a los ladrones de tumbas.

Perplejo, agaché la cabeza para pasar debajo de ella y me encontré en la sección sur de la antecámara, la cual medía unos tres metros de longitud y mantenía la misma altura de techo de tres metros y medio. Aunque muy deterioradas, todavía eran visibles otras tres ranuras destinadas a unas losas corredizas en los muros oriental y occidental. No había rastro de las losas, y era difícil comprender cómo fue posible instalar unos bloques de piedra tan voluminosos en un espacio tan reducido.

Recordé que Flinders Petrie, quien había explorado sistemáticamente toda la necrópolis de Gizeh a fines del siglo XIX, había comentado que la segunda pirámide presentaba un enigma similar: «La losa corrediza instalada en un pasadizo inferior demuestra una gran capacidad para mover masas, pues se requieren de cuarenta a sesenta hombres para alzarla; pero el caso es que han logrado moverla, alzarla y colocarla en su lugar, en un estrecho pasadizo donde sólo podían manipularla unos pocos hombres.»³ Podrían hacerse exactamente las mismas observaciones con respecto a las losas corredizas de la Gran Pirámide, suponiendo que se tratara efectivamente de unas losas corredizas, unas puertas capaces de alzarse y descender.

El problema era que la operación física de alzar y hacer descender esas losas exigía que la longitud de éstas fuera menor que la altura de la antecámara, de modo que pudieran alzarse y ocupar el espacio del techo a fin de permitir la entrada y salida de los constructores antes de sellar la tumba. Esto significaba que cuando los bordes inferiores de las losas descendían hasta el suelo para bloquear la antecámara a ese nivel, se abría un espacio igual y opuesto entre los bordes superiores de las losas y el techo, a través del cual cualquier ladrón de tumbas pasaría sin demasiadas dificultades.

La antecámara constituía claramente otra de las numerosas e intrigantes paradojas

de la pirámide, en la cual la complejidad estructural se conjugaba con una falta de sentido funcional.

Un túnel de salida, de la misma altura y anchura que el túnel de entrada y revestido de granito rojo, arrancaba del muro meridional de la antecámara (también de granito, pero que incorporaba un revestimiento de piedra caliza de treinta centímetros en la parte superior). Al cabo de unos tres metros, el túnel desembocaba en la Cámara del Rey, una inmensa y sombría habitación construida totalmente de granito, que irradiaba una atmósfera de prodigiosa energía y poder.

Enigmas de piedra

Me dirigí hacia el centro de la Cámara del Rey, cuyo eje largo estaba perfectamente orientado de este a oeste, mientras que el eje corto se hallaba orientado de norte a sur. La habitación medía exactamente 5,81 metros de altura y formaba un perfecto rectángulo cuyo lado mayor era el doble del lado menor: 10,46 metros de longitud por 5,23 metros de anchura. Con un suelo que consistía en quince enormes losas de pavimento de granito, y unos muros compuestos por cien gigantescos bloques de granito, cada uno de los cuales pesaba unas setenta toneladas y todos ellos dispuestos en cinco hiladas, y con un techo formado por nueve bloques de granito cada uno de los cuales pesaba aproximadamente cincuenta toneladas⁴, el efecto era de una intensa y abrumadora «compresión».

En el extremo occidental de la cámara se hallaba el objeto que, si los egiptólogos no se equivocaban, la Gran Pirámide estaba destinada a albergar. El objeto, tallado en una pieza de granito color chocolate oscuro que contenía unos gránulos particularmente duros de feldespatos, cuarzo y mica, era el ataúd desprovisto de tapa que supuestamente constituía el sarcófago del rey Keops⁵. Sus medidas interiores eran 1,99 metros de longitud, 87 centímetros de profundidad y 67 centímetros de ancho. Sus medidas exteriores eran de 2,27 metros de longitud, 1,4 metros de profundidad y 97 centímetros de ancho⁶, demasiado ancho para transportarlo a través de la entrada inferior (actualmente bloqueada) hasta el corredor ascendente⁷.

Las dimensiones del sarcófago incorporaban unos juegos matemáticos rutinarios. Por ejemplo, tenía un volumen interno de 1.166,4 litros y un volumen externo del

doble de esa cantidad, o sea, 23.332,8 litros⁸. Era imposible que esta coincidencia tan precisa fuera fortuita: los muros del ataúd habían sido cortados según unas tolerancias propias de la era de las máquinas por artesanos de gran habilidad y experiencia. Por otra parte, Flinders Petrie reconoció con cierta perplejidad después de completar su exploración de la Gran Pirámide que esos artesanos tenían acceso a unos instrumentos «como los que nosotros acabamos de reinventar...»⁹.

Petrie examinó el sarcófago detenidamente y declaró que debió de ser tallado en el bloque de granito que lo rodeaba con unas sierras rectas «de más de dos metros y medio de longitud». Puesto que el granito era extremadamente duro, Petrie dedujo que esas sierras debían de tener unas hojas de bronce (el metal más duro que se supone existía en aquella época) que estaban dotadas de unas «puntas cortantes» hechas de unas gemas aún más duras: «El carácter del trabajo parece indicar que se utilizó el diamante como gema cortante; y sólo las consideraciones de su rareza en general, y su ausencia en Egipto, interfieren en esta conclusión...»¹⁰

Un misterio aún mayor rodea el vaciado del sarcófago, evidentemente una empresa más difícil que la de separarlo de un bloque de lecho rocoso. En este caso Petrie llegó a la conclusión de que los egipcios

debieron de haber adaptado este principio de sierra a una forma circular en lugar de rectilínea, haciendo que la hoja se curvara en un tubo, el cual formaba una ranura circular por medio de su rotación; así, al arrancar los centros de las ranuras, podían vaciar grandes orificios con un mínimo de esfuerzo. Estas perforadoras tubulares medían entre 0,6 centímetros de diámetro a 12,7 centímetros, y tenían un grosor de entre 0,8 milímetros y 5 milímetros...¹¹

Por supuesto, tal como reconoció Petrie, los egiptólogos no habían hallado ninguna perforadora o sierra dotada de puntas de diamante¹². Las pruebas visibles de los trabajos de perforación y aserrado, le obligaban a deducir que esos instrumentos debieron de haber existido. El tema interesaba profundamente a Petrie y amplió sus estudios para incluir no sólo el sarcófago de la Cámara del Rey, sino muchos otros artefactos de granito y «muestras de perforación» que recogió en Gizeh. Pero cuanto más profundizaba en sus investigaciones, más asombrosa le parecía la tecnología utilizada en la talla de piedras en el Antiguo Egipto:

La cantidad de presión, demostrada por la rapidez con que las perforadoras y

sierras taladraban las piedras duras, resulta sorprendente; es probable que las máquinas de 10 centímetros que perforaban el granito soportaran un peso de una o dos toneladas. Sobre la muestra de perforación n.º 7 la espiral de la incisión penetra 2,54 centímetros en la circunferencia de 15,25 centímetros, lo cual evidencia un ritmo de perforación asombroso... Estas rápidas ranuras en espiral no pueden atribuirse más que al descenso de la perforadora en el granito bajo una presión enorme...¹³

¿No resulta extraño que en los supuestos albores de la civilización humana, hace más de cuatro mil quinientos años, los antiguos egipcios adquirieran unas perforadoras propias de la era industrial que pesaban una tonelada y eran capaces de atravesar piedras de gran dureza como si fueran de mantequilla?

Petrie no podía ofrecer una explicación a este misterio. Ni tampoco logró explicar el tipo de instrumento que se utilizó para esculpir jeroglíficos en varios cuencos de diorita descubiertos en Gizeh, que mostraban unas inscripciones de la cuarta dinastía: «Los jeroglíficos están esculpidos con una punta muy afilada; no fueron realizados con un instrumento que raspa o una especie de muela, sino que están tallados en la diorita, con unas rebabas junto a cada línea...»¹⁴

Esto preocupaba a Petrie, pues sabía que la diorita es una de las piedras más duras que existe, incluso más que el hierro¹⁵. Sin embargo, todo indicaba que en el Antiguo Egipto se había utilizado un instrumento no identificado, capaz de cortarla con increíble potencia y precisión:

Dado que las líneas tenían una anchura de tan sólo 0,16 milímetros, es evidente que la parte cortante del instrumento debía de ser mucho más dura que el cuarzo y lo suficientemente resistente para no astillarse al emplearse sobre un filo tan delgado, probablemente de una anchura no mayor que 0,12 milímetros. Las líneas paralelas están grabadas a una distancia tan sólo de 0,84 milímetros de centro a centro¹⁶.

Dicho de otro modo, Petrie imaginaba un instrumento con una punta afilada como una aguja y de una dureza excepcional, sin precedentes, capaz de penetrar la diorita con toda facilidad, así como de soportar la enorme presión que exigía la operación.

¿Qué clase de instrumento era? ¿A través de qué medios era aplicada la presión? ¿Cómo era posible lograr semejante precisión al esculpir unas líneas paralelas separadas tan sólo por 0,84 milímetros?

Al menos era posible imaginar las perforadoras circulares con dientes dotados de puntas de diamante que Petrie suponía debieron de utilizarse para vaciar el sarcófago hallado en la Cámara del Rey.

Pero no era tan fácil imaginar qué tipo de instrumento era capaz de esculpir unos jeroglíficos en la diorita dos mil quinientos años antes de nuestra era, al menos no sin dar por supuesta la existencia de un nivel tecnológico mucho más elevado de lo que los egiptólogos estaban dispuestos a admitir.

El tema no se limitaba a unos cuantos jeroglíficos esculpidos en unos cuencos de diorita. Durante mis viajes por Egipto había examinado muchos recipientes de piedra —en algunos casos databan de la época predinástica—, los cuales habían sido misteriosamente vaciados a partir de diversos materiales como la diorita, el basalto, el cristal de cuarzo y el esquisto metamórfico¹⁷.

Por ejemplo, se habían hallado más de treinta mil recipientes en las cámaras situadas debajo de la pirámide escalonada de Zoser, de la tercera dinastía, en Saqqara¹⁸. Eso significaba que eran como mínimo tan antiguos como el propio Zoser (aproximadamente del 2650 a. C.)¹⁹. En teoría incluso podían ser más antiguos, puesto que se habían hallado unos recipientes en unos estratos predinásticos que databan del 4000 a. C. e incluso antes²⁰, y además la costumbre de que los tesoros de familia pasaran de generación en generación estaba muy arraigada en Egipto desde tiempos inmemoriales.

Tanto si se habían fabricado en el 2500 a. C. o en el 4000 a. C., o incluso antes, los recipientes de piedra de la pirámide escalonada mostraban un extraordinario trabajo de artesanía, que también parecía estar realizado con instrumentos no identificados y prácticamente inimaginables.

¿Por qué inimaginables? Porque muchos de esos recipientes consistían en unos vasos altos con un cuello largo, delgado y elegante y unos interiores amplios, que a menudo incorporaban unos rebordes huecos. Aún no se había inventado ningún instrumento capaz de tallar este tipo de vasos, puesto que hubiera tenido que ser un instrumento lo bastante estrecho para pasar a través de los cuellos de los vasos

y lo suficientemente fuerte (y con una forma adecuada) para vaciar los rebordes y los interiores. Así pues, ¿cómo podían generar y aplicar una presión hacia arriba y hacia fuera dentro de los vasos lo bastante potente para conseguir estos efectos? Los altos y elegantes vasos no eran los únicos recipientes que se encontraron en la pirámide de Zoser y en otros muchos yacimientos arcaicos. Había unas urnas monolíticas con unas delicadas asas ornamentales adosadas a la cara externa por los talladores; había cuencos, con unos cuellos esbeltos como los vasos, y con unos interiores muy anchos y panzudos; también se encontraron unas vasijas abiertas, y unos viales casi microscópicos, así como unos extraños objetos en forma de rueda tallados en esquisto metamórfico con los bordes enrollados hacia dentro y tan finamente pulidos que eran casi translúcidos²¹. En todos los casos lo más asombroso era la precisión con que el interior y el exterior de estos receptáculos se correspondían —cada curva era la réplica de otra curva— sobre unas superficies suaves y pulidas en las que no se apreciaba ninguna marca de un instrumento.

Que se sepa, los antiguos egipcios no disponían de una tecnología que les permitiera alcanzar estos resultados. Por otra parte, ningún tallador de piedra actual podría compararse con ellos, aunque dispusiera de los mejores instrumentos de acero al carburo tungsteno. Esto indica que en el Antiguo Egipto se utilizaba una tecnología desconocida o secreta.

La ceremonia del sarcófago

De pie en la Cámara del Rey, de cara al oeste —la dirección de la muerte entre los antiguos egipcios y los antiguos mayas— apoyé las manos con suavidad sobre el rugoso borde de granito del sarcófago que los egiptólogos insistían en que había sido construido para albergar el cadáver de Keops. Contemplé su oscuro interior, donde la tenue iluminación eléctrica de la cámara apenas penetraba, y vi unas motas de polvo que flotaban en una nube dorada.

Se trataba simplemente de un efecto óptico producido por la luz y las sombras, por supuesto, pero la Cámara del Rey estaba repleta de esos efectos ópticos. Recordé que Napoleón Bonaparte se había detenido para pasar una noche aquí durante su conquista de Egipto a finales del siglo XVIII; a la mañana siguiente apareció pálido y tembloroso, tras haber experimentado algo que lo había turbado profundamente, pero de lo que nunca quiso hablar²².

¿Había tratado quizá de acostarse en el sarcófago?

De forma impulsiva, me metí en el ataúd de granito y me tumbé de espaldas, con los pies apuntando hacia el sur y la cabeza hacia el norte.

Napoleón era un hombre de baja estatura, por lo que debió de sentirse cómodo dentro del ataúd. Yo también cabía holgadamente. Pero ¿lo había ocupado también Keops?

Me relajé e intenté no pensar en la posibilidad de que uno de los centinelas de la pirámide entrara y me hallara en esta comprometida y seguramente ilegal posición. Confiando en que nadie me molestara durante unos minutos, crucé los brazos sobre el pecho y emití una nota baja y sostenida, lo cual había hecho en varias ocasiones en otros ountos de la Cámara del Rey. En esas ocasiones, tendido en el centro del suelo, había notado que los muros y el techo parecían absorber el sonido, amplificarlo y proyectarlo de nuevo hacia mí de forma que yo sentía las vibraciones a través de mis pies, mi cuero cabelludo y mi piel.

Mientras yacía en el sarcófago experimenté un efecto similar, aunque magnificado y mucho más intenso. Era como hallarse en la caja de resonancia de un gigantesco instrumento musical que estuviera destinado a emitir para siempre una sola y reverberante nota. El sonido era intenso e inquietante. Imaginé que surgía del ataúd y rebotaba sobre los muros y el techo de granito rojo de la Cámara del Rey, atravesando las troneras de ventilación que se encontraban al norte y al sur y diseminándose a través de la meseta de Gizeh como una nube acústica en forma de champiñón.

Mientras tenía esta ambiciosa visión y percibía el eco de mi nota, la cual hacía vibrar el sarcófago, cerré los ojos. Cuando los abrí al cabo de unos minutos contemplé una imagen que me desconcertó: seis turistas japoneses de diversas edades y sexos se habían congregado alrededor del sarcófago, dos de ellos situados al este, dos al oeste, uno al norte y el otro al sur.

Todos parecían estar... asombrados. Y yo me encontraba no menos asombrado de verlos a ellos. Debido a los recientes ataques perpetrados por los extremistas islámicos apenas había turistas en Gizeh y yo había supuesto que tendría la Cámara del Rey para mí solo.

¿Qué se puede hacer en semejante situación?

Haciendo acopio de la dignidad que me quedaba, me incorporé con una sonrisa y me sacudí el polvo que se había adherido a mi ropa. Los japoneses retrocedieron

unos pasos y yo salí del sarcófago. Asumiendo un aire serio y profesional, como si esas cosas formaran parte de mi trabajo, me dirigí a un punto situado en el muro septentrional de la Cámara del Rey, donde está ubicada la entrada a lo que los egiptólogos denominan «la tronera de ventilación norte», y empecé a examinarla con gran atención.

La abertura, de unos veinte centímetros de ancho por veintitrés de alto, yo sabía que medía más de sesenta metros de longitud y que salía al exterior a la altura de la hilada ciento tres de la pirámide. Presumiblemente de forma más intencionada que casual, apuntaba hacia las regiones circumpolares de los cielos septentrionales a un ángulo de $32^{\circ} 30'$. Esto, en la era de las pirámides, hacia el 2500 a. C., significaba que estaba dirigida hacia la culminación superior de Alfa Draconis, una estrella prominente en la constelación del Dragón²³.

Por suerte, los japoneses completaron rápidamente su visita de la Cámara del Rey y se marcharon, agachándose para evitar golpearse la cabeza, sin dirigirme siquiera una mirada. En cuanto desaparecieron crucé la habitación para examinar el pozo que estaba situado al sur. Desde la última vez que había estado aquí, hacía unos meses, el aspecto del conducto había experimentado un cambio espantoso: su boca contenía un enorme aparato eléctrico de aire acondicionado que había instalado Rudolf Gantenbrink, quien actualmente se ocupaba de los pozos instalados en la Cámara de la Reina.

Puesto que los egiptólogos estaban convencidos de que los pozos en la Cámara del Rey habían sido construidos con fines de ventilación, no ponían ninguna objeción a que se echara mano de la tecnología moderna para potenciar la eficacia de esta tarea. Pero si los pozos se habían construido con fines de ventilación, ¿no habría sido más eficaz, y más fácil, construirlos en sentido horizontal en lugar de inclinados?²⁴ Por consiguiente, no era probable que el hecho de que el pozo sur de la Cámara del Rey apuntara hacia los cielos meridionales a un ángulo de 45° fuera casual. Durante la era de las pirámides éste era el emplazamiento del tránsito del meridiano de Zeta Orion, la estrella inferior de las tres estrellas que constituyen el Cinturón de Orion²⁵, una alineación que, según constaté más tarde, sería de gran importancia en los futuros trabajos de investigación de las pirámides.

El maestro de juegos

Ahora que de nuevo me encontraba solo en la cámara, me dirigí al muro

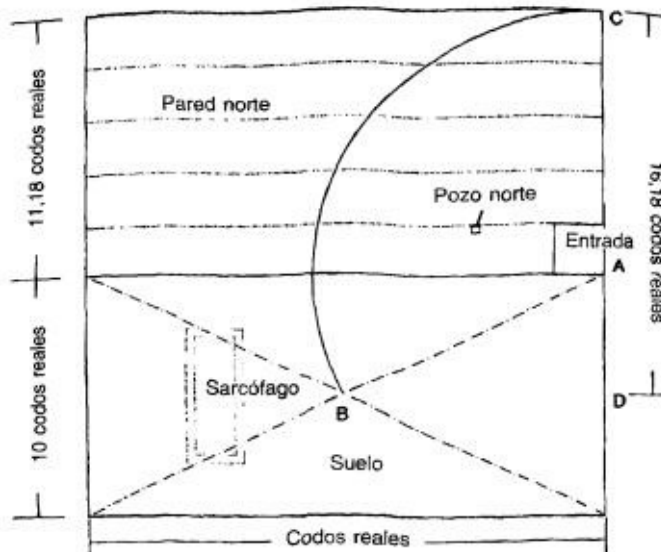
occidental, al otro lado del sarcófago, y me volví hacia el este.

La inmensa habitación poseía una infinita capacidad de generar indicaciones sobre juegos matemáticos. Por ejemplo, su altura (5,81 metros) equivalía exactamente a la mitad de la longitud de la diagonal del suelo (11,62 metros)²⁶. Por otra parte, puesto que la Cámara del Rey formaba un perfecto rectángulo cuyo lado mayor era el doble del lado menor, ¿era concebible que los constructores de la pirámide no advirtieran que habían hecho que expresara y ejemplificara la sección dorada?

Conocida como phi, la sección dorada era otro número irracional semejante a pi que no podía descifrarse aritméticamente. Su valor era la raíz cuadrada de 5 más 1 dividido por 2, equivalente a 1,61803²⁷. Este resultó ser el valor límite de la relación entre números sucesivos en la serie Fibonacci—las series de números comenzando 0,1,1,2,3,5,8, 13— en los que cada término es la suma de los dos términos anteriores²⁸.

Phi podía obtenerse también esquemáticamente dividiendo una línea A-B en un punto C de forma que toda la línea A-B no fuera más larga que la primera parte, A-C-, en la misma proporción que la primera parte, A-C era más larga que el resto, C-B²⁹. Esta proporción, que resultaba particularmente armoniosa y agradable a la vista, había sido supuestamente descubierta por los griegos pitagóricos, quienes la incorporaron al Partenón en Atenas. No existe la menor duda, sin embargo, de que phi fue ilustrado y obtenido como mínimo dos mil años antes en la Cámara del Rey de la Gran Pirámide de Gizeh.

A fin de comprenderlo es preciso imaginar el suelo rectangular de la cámara dividido en dos cuadrados imaginarios de igual tamaño, otorgándole a la longitud de los lados de cada cuadrado el valor 1.



Al comienzo de su historia dinástica, Egipto heredó un sistema de medidas de unos predecesores desconocidos. Expresadas en estas antiguas medidas, las dimensiones del suelo de la Cámara del Rey (10,46 metros \times 5,23 metros) equivalen exactamente a 20×10 «codos reales», mientras que la altura de las paredes laterales hasta el techo es de 11,18 codos. La semidiagonal del suelo (A-B) mide también 11,18 codos reales y puede «desplazarse» hasta C para confirmar la altura de la cámara. *Phi* es definido matemáticamente como la raíz cuadrada de 5 más 1 dividido por 2 igual a 1,618. ¿Es una coincidencia que la distancia C-D (es decir, la altura de la pared de la Cámara del Rey más la mitad de la anchura del suelo) equivalga a 16,18 codos reales, incorporando los dígitos esenciales de *phi*?

Si uno de esos dos cuadrados fuera dividido en dos, formando dos nuevos rectángulos, y SI diagonal del rectángulo más próximo a la línea central e la Cámara del Rey se desplazara hacia la base, el punto donde su extremo tocaría la base sería phi, o 1,618, en relación con la longitud de los lados (es decir, 1) del cuadro o original³⁰. (Otro medio de obtener phi, también incorporado a las dimensiones de la Cámara del Rey, queda ilustrado en la página anterior.)

Los egiptólogos están convencidos de que esto es un hecho puramente fortuito. Sin embargo, los constructores de la pirámide no dejaban nada al azar; la verdad es que me resulta difícil imaginar a unas gentes de mentalidad más sistemática y matemática.

Cansado de tantos juegos matemáticos, decidí marcharme. Sin embargo, al abandonar la Cámara del Rey no dejaba de pensar en que estaba ubicada en el nivel de la hilada cincuenta de mampostería de la Gran Pirámide a una altura de casi cuarenta y cinco metros sobre el suelo³¹. Esto significaba, según había

observado Flinders Petrie con cierta perplejidad, que los constructores habían conseguido situarla «al nivel donde la sección vertical de la pirámide quedaba dividida, donde el área de la sección horizontal medía la mitad de la base, donde la diagonal de esquina a esquina era igual a la longitud de la base, y donde la anchura de la cara era igual a la mitad de la diagonal de la base»³².

Manipulando con seguridad y eficacia más de seis millones de toneladas de piedra, creando galerías, cámaras, pozos y corredores más o menos a capricho, alcanzando una simetría casi perfecta, unos ángulos rectos casi perfectos, y unas alineaciones con los puntos cardinales casi perfectos, los misteriosos constructores de la Gran Pirámide habían tenido tiempo de realizar muchos otros trucos con las dimensiones del vasto monumento.

¿Qué les impulsó a hacerlo? ¿Qué trataban de decir o lograr? ¿Y por qué el monumento, miles de años después de su construcción, seguía ejerciendo una atracción tan poderosa sobre la multitud de personas, de estratos sociales tan diversos, que acudían a visitarlo?

Cerca de allí había una Esfinge, de modo que decidí plantearle esos enigmas...

NOTAS

1. The Pyramids and Temples of Gizeh, p. 25.
2. The Pyramids of Egypt, p. 94.
3. The Pyramids and Temples of Gizeh, p. 36.
4. The Pyramids of Egypt, pp. 94-95; The Great Pyramid: Your Personal Guide, p. 64.
5. The Pyramids of Egypt, pp. 94-95.
6. The Pyramids and Temples of Gizeh, p. 30.
7. *Ibíd.*, p. 95.
8. Livio Catullo Stecchini en: *Secrets of the Great Pyramid*, p. 332. Stecchini ofrece unas medidas algo más exactas que las de Petrie (citadas) respecto a las dimensiones internas y externas de la pirámide.
9. *Secrets of the Great Pyramid*, p. 103.
10. The Pyramid and Temples of Gizeh, p. 74.
11. *Ibíd.*, p. 76.
12. *Ibíd.*, p. 78.
13. *Ibíd.*
14. *Ibíd.*, pp. 74-75.
15. *The Pyramids: An Enigma Solved*, p. 8.

16. The Pyramids and Temples of Gizeh, p. 75.
17. The Pyramids: An Enigma Solved, p. 118.
18. Egypt: Land of the Pharaohs, Time-Life Books, 1992, p. 51.
19. Atlas of Ancient Egypt, p. 36.
20. Véase, por ejemplo: Cyril Aldred: Egypt to the End of the Old Kingdom, Thames & Hudson, Londres, 1988, p. 25.
21. Ibíd, p. 47. Los artefactos pertinentes se encuentran en el Museo de El Cairo.
22. Relatado en la obra de P. W. Roberts: River in the Desert: Modern Travels in Ancient Egypt, Random House, Nueva York y Toronto, 1993, p. 115.
23. Robert Bauval: Discussions in Egyptology, n.º 29,1994.
24. Ibíd.
25. Ibíd. Véase también: The Orion Mystery, p. 172.
26. Traveller's Key to Ancient Egypt, p. 117; The Great Pyramid: Your Personal Guide, p. 64.
27. John Ivimy: The Sphinx and the Megaliths, Abacus, Londres, 1976, p. 118.
28. Ibíd.
29. Secrets of the Great Pyramid, p. 191.
30. Ibíd. Véase también: Traveller's Key to Ancient Egypt, pp. 117-119.
31. The Great Pyramid: Your Personal Guide, p. 64.
32. The Pyramids and Temples of Gizeh, p. 93.

EL LUGAR DEL COMIENZO

Gizeh, Egipto, 16 de marzo de 1993, 15.30 horas

A media tarde abandoné la Gran Pirámide. Siguiendo el itinerario que Santha y yo habíamos seguido la noche anterior, cuando trepamos por el monumento, me dirigí hacia el este por la fachada norte, hacia el sur a lo largo de la fachada oriental, pasé sobre los montones de cascotes y antiguas tumbas que abundaban en esta zona de la necrópolis, y salí al lecho de roca caliza cubierta de arena de la meseta de Gizeh, la cual descendía hacia el sur y el este.

Al final de esta larga y suave pendiente, aproximadamente a medio kilómetro de la esquina suroriental de la Gran Pirámide, apareció la Esfinge instalada en un foso excavado en la roca. De 20,11 metros de altura y más de 73 metros de largo, con una cabeza que mide 4,16 metros de anchura¹, es, con un margen considerable, la escultura más grande del mundo, y la más conocida:

Una figura con el cuerpo de león y la cabeza de un hombre, la mirada inexpresiva e implacable como el sol². Al aproximarme al monumento desde el noroeste, atravesé la antigua avenida que comunicaba la segunda pirámide con el llamado templo del Valle de Kefrén, una singular estructura emplazada a quince metros hacia el sur de la Esfinge en el borde oriental de la necrópolis de Gizeh.

Desde hace tiempo se creía que este templo databa de una época muy anterior a la de Kefrén. Durante buena parte del siglo XIX la mayoría de expertos opinaba que se había construido en la prehistoria remota, y que no tenía nada que ver con la arquitectura del Egipto Dinástico³. Este criterio cambió cuando se descubrieron varias estatuas de Kefrén enterradas en el recinto del templo, las cuales mostraban unas inscripciones. En su mayoría aparecían destrozadas, pero una, que estaba boca abajo en un profundo foso de una antecámara, presentaba un aspecto casi intacto. De tamaño natural y exquisitamente tallada en diorita negra, dura como una gema, mostraba al faraón de la cuarta dinastía sentado en el trono mientras contemplaba el infinito con serena indiferencia.

Este hallazgo obligó a los egiptólogos a modificar su docto criterio, y entonces adoptaron una brillante solución: como las estatuas de Kefrén se habían hallado

en el templo del Valle, éste tenía que haber sido construido por Kefrén. Flinders Petrie, dejando a un lado su proverbial sentido común, declaró lo siguiente: «El hecho de que los únicos restos datables hallados en el templo fueran unas estatuas de Kefrén demuestra que pertenecen a su período; pues la idea de que se apropiara de un edificio anterior es muy poco probable.»⁴

Pero ¿por qué esta idea era tan poco probable?

A lo largo de la historia del Egipto Dinástico muchos faraones se habían apropiado de edificios de sus predecesores, eliminando en ocasiones los cartuchos creados por los constructores originales y sustituyéndolos por los suyos propios⁵. No había motivo para pensar que Kefrén hubiera renunciado a vincular su nombre al del templo del Valle, sobre todo si no lo asociaba mentalmente con ningún gobernante histórico previo sino con los grandes «dioses» que según los egipcios llevaron la civilización al valle del Nilo en el lejano y mítico tiempo que denominaban Primera Epoca⁶. En este lugar que irradiaba un poder arcaico y misterioso, Kefrén debió de llegar a la conclusión de que el hecho de erigir una hermosa estatua de sí mismo, de tamaño natural, aportaría unos beneficios eternos. Y si, entre los dioses, el templo del Valle se había asociado con Osiris (con quien el faraón se proponía unirse en el más allá)⁷? el empleo de las estatuas por parte de Kefrén para forjar un fuerte vínculo simbólico resultaba aún más comprensible.

El templo de los gigantes

Después de atravesar la avenida, el trayecto que había elegido para alcanzar el templo del Valle me condujo a través de los cascotes de un campo de mastabas, donde unos personajes de inferior categoría pertenecientes a la cuarta dinastía habían sido enterrados en unas tumbas subterráneas bajo unas plataformas de piedra en forma de gradas (:mastaba es una palabra árabe moderna que significa «grada», de ahí el nombre dado a esas tumbas). Caminé a lo largo del muro meridional del templo, recordando que este antiguo edificio estaba orientado casi perfectamente de norte a sur, al igual que la Gran Pirámide (con un error de tan sólo doce minutos de arco)⁸.

El templo era de planta cuadrada y cada uno de sus lados medía cuarenta y cinco

metros. Había sido construido en la pendiente de la meseta, más elevada en el oeste que en el este y, por consiguiente, su muro occidental se alzaba sólo poco más de seis metros, mientras que el muro oriental superaba los doce metros de altura⁹.

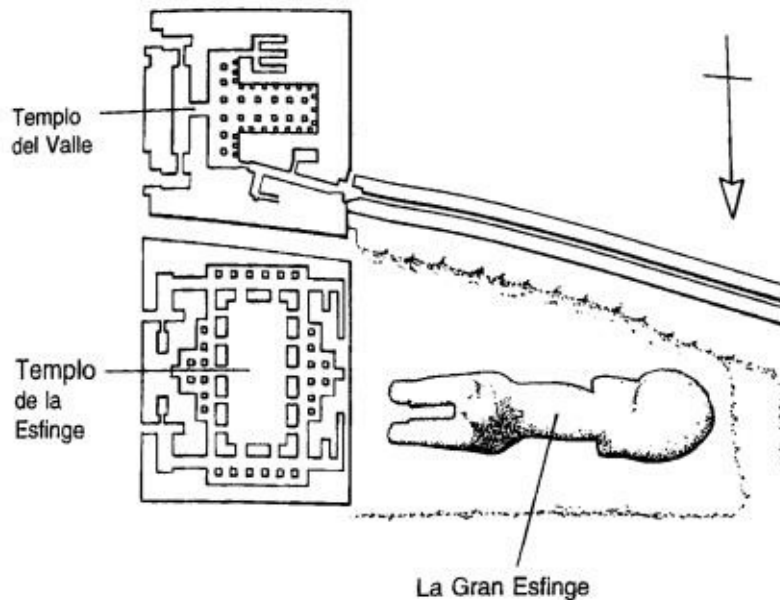
Vista desde el sur, daba la impresión de ser una estructura de forma trapezoidal, poderosa y asentada firmemente en el lecho rocoso. Un examen más detenido revelaba que incorporaba varias características muy extrañas e inexplicables a nuestros ojos, igual que debieron de serlo para los antiguos egipcios. En primer lugar, se observaba una ausencia significativa, tanto dentro como fuera, de inscripciones y marcas de identificación. En este sentido, como el lector comprenderá, el templo del Valle era comparable a algunos monumentos anónimos y no datables de la meseta de Gizeh, incluidas las grandes pirámides (y también a una misteriosa estructura ubicada en Abydos que se conoce como Osireion, la cual examinaremos con más detalle en un capítulo posterior), pero aparte de eso no guardaba ninguna semejanza con los típicos y conocidos productos del arte y la arquitectura del Antiguo Egipto, profusamente decorados, embellecidos y cubiertos de inscripciones¹⁰.

Otro aspecto importante e insólito del templo del Valle era que su estructura básica estaba enteramente formada por gigantescos megalitos de caliza. La mayoría de ellos medía unos 5 metros de longitud por 3 de anchura y 2,5 de altura, pero algunos alcanzaban los 9 metros de longitud por 3,5 de anchura y 3 de altura¹¹. Cada megalito, de más de doscientas toneladas, pesaba más que una moderna locomotora diesel, y allí había centenares de bloques¹².

¿No resulta algo misterioso?

Los egiptólogos no lo creían así; de hecho, pocos se molestaron en comentar, salvo de forma superficial, el impresionante tamaño de esos bloques y la increíble logística que se requería para su instalación. Tal como hemos visto, unos monolitos de setenta toneladas, cada uno tan pesado como cien coches de tamaño familiar, habían sido alzados hasta el nivel de la Cámara del Rey en la Gran Pirámide —sin provocar tampoco demasiados comentarios entre la comunidad de egiptólogos—, por lo que la falta de curiosidad con respecto al templo del Valle

no resultaba chocante. Sin embargo, el tamaño de los bloques era extraordinario y la estructura parecía pertenecer no sólo a otra época, sino también a otra ética, a una ética que reflejaba unas preocupaciones estéticas y estructurales incomprensibles e indicaba una escala de prioridades por completo distinta a la nuestra. ¿Por qué habían insistido en utilizar unos gigantescos monolitos de doscientas toneladas que podrían haber dividido en diez, veinte, cuarenta u ochenta bloques más pequeños y manejables? ¿Por qué complicarse la vida cuando era posible lograr el mismo efecto visual con mucho menos esfuerzo? ¿Y cómo habían alzado los constructores del templo del Valle estos colosales megalitos a unas alturas de más de doce metros?



La Esfinge y el templo de la Esfinge con el templo del Valle de Kefrén.

Actualmente existen en el mundo sólo dos grúas terrestres capaces de alzar pesos de esta magnitud. En las mismas fronteras de la tecnología de la construcción, hablamos de unas gigantescas máquinas cuyos brazos suben a más de sesenta y seis metros en el aire y que requieren unos contrapesos de ciento sesenta toneladas para impedir que vuelquen. El tiempo de preparación para un levantamiento es de aproximadamente seis semanas y exige unos equipos especializados, formados por unos veinte hombres¹³.

Dicho de otro modo, los constructores modernos, con todas las ventajas de alta tecnología a su disposición, a duras penas consiguen levantar pesos de doscientas toneladas. Por tanto, ¿no resulta sorprendente que los constructores de Gizeh

lograran izar esos pesos de forma casi rutinaria?

Al acercarme al muro meridional del templo observé otro detalle respecto a los inmensos bloques de piedra caliza: no sólo eran increíblemente grandes, sino que, para complicar aún más las cosas, aparecían cortados y ensamblados en unos rompecabezas de múltiples ángulos semejantes a los empleados en las ciclópeas estructuras de piedra en Sacsayhuamán y en Machu Picchu, Perú (véase parte II del libro).

Otra cosa que me llamó la atención fue que los muros del templo parecían haberse construido en dos fases. La primera, que en su mayoría estaba intacta aunque muy erosionada, consistía en un fuerte y pesado núcleo formado por bloques de caliza de doscientas toneladas. A ambos lados de los bloques habían adosado una fachada de granito pulido que, como veremos, estaba en buena parte intacto en el interior del edificio pero muy deteriorado en su parte externa. Un examen más detenido de los bloques de revestimiento donde éstos se habían desprendido del núcleo reveló un curioso hecho. Cuando se instalaron esos bloques en la Antigüedad, tuvieron que tallar su parte dorsal a fin de que encajaran en profundas depresiones y festones causados por el desgaste debido al paso del tiempo en el núcleo de caliza. La presencia de estas marcas parecía indicar que los bloques del núcleo de la estructura habían permanecido expuestos a los elementos durante un inmenso período antes de ser revestidos con granito.

Señor de Rostau

Me dirigí hacia la entrada del templo del Valle, que se encontraba cerca del extremo del muro oriental, el cual medía trece metros de altura. Aquí observé que el revestimiento de granito se encontraba todavía en perfectas condiciones; consistía en unas inmensas losas que pesaban entre setenta y ochenta toneladas cada una, las cuales protegían los bloques de caliza como si fueran una armadura. Constituyendo un corredor alto, angosto y desprovisto de techumbre, este oscuro e imponente portal discurría al principio de este a oeste, luego describía un ángulo recto y doblaba hacia el sur, llevándome hasta una espaciosa antecámara. Fue aquí donde se había encontrado la enorme estatua en diorita de Kefrén, boca abajo y al parecer enterrada de forma ritual, en el fondo de un profundo hoyo.

El interior de la antecámara estaba revestido de un majestuoso rompecabezas formado por bloques de granito pulidos (que se prolongaban a lo largo de todo el

edificio). Al igual que los bloques de algunos enigmáticos monumentos preincaicos de Perú, éstos incorporaban múltiples ángulos finamente esculpidos en las juntas y presentaban un complejo diseño. Uno de los detalles que más llamó mi atención era la forma en que algunos bloques encajaban perfectamente en las esquinas, recibidos por los ángulos cóncavos tallados en otros bloques.

Dejé atrás la antecámara y recorrí un elegante pasillo que discurría hacia el oeste y conducía a un espacioso vestíbulo en forma de T. Me encontré en la parte superior de la T mirando hacia el oeste a lo largo de una imponente avenida de columnas monolíticas. De casi cuatro metros y medio de altura y un metro de lado, las columnas sostenían unas vigas de granito, que también medían un metro de lado. Una hilera de otras seis columnas, que también sostenían una viga, se extendía sobre el eje norte-sur de la T. La imponente avenida de columnas, a pesar de las proporciones de éstas, producía un efecto de refinada sencillez.

¿Qué función cumplía este edificio? Según los egiptólogos que lo atribuían a Kefrén, su propósito era evidente: había sido diseñado como lugar para ciertos ritos de purificación y reencarnación que guardaban relación con el funeral del faraón. Los antiguos egipcios, sin embargo, no habían dejado inscripciones que confirmaran esta hipótesis. Por el contrario, la única evidencia escrita que hemos hallado indica que el templo del Valle no pudo haber tenido nada que ver (al menos originariamente) con Kefrén, ya que fue construido antes del reinado de éste. Esta evidencia escrita a la que nos referimos es la Estela del Inventario (véase el capítulo 35), que asimismo indicaba una mayor antigüedad con respecto a la Gran Pirámide y a la Esfinge.

Lo que la Estela del Inventario tenía que decir sobre el templo del Valle era que ya existía durante el reinado de Keops, el predecesor de Kefrén, cuando ya era considerado no un edificio moderno sino muy antiguo. Por otra parte, el contexto dejaba claro que no se creía que fuera obra de un faraón más antiguo, sino que procedía de la Primera Época y que había sido construido por los dioses que se establecieron en el valle del Nilo en esa remota época. Los antiguos egipcios se referían a él de forma explícita como «Casa de Osiris, señor de Rostau»¹⁴ (Rostau es un nombre arcaico que designa la necrópolis de Gizeh.)¹⁵

Como veremos en la parte VII del libro, Osiris era en muchos aspectos el homólogo egipcio de Viracocha y Quetzalcóatl, las divinidades civilizadoras de los Andes y Centroamérica. Con ellas Osiris compartía no sólo una misión

común, sino un vasto legado de simbolismo común. Por tanto, parece lógico que la «casa» (o santuario, o templo) de este sabio maestro y legislador se estableciera en Gizeh, frente a la Gran Pirámide y cerca de la Gran Esfinge.

Vasta, remota, fabulosamente antigua

Siguiendo las direcciones indicadas en la Estela del Inventario —que afirmaba que la Esfinge yacía «al noroeste de la Casa de Osiris»¹⁶—, me dirigí hacia el extremo norte del muro occidental que rodeaba el vestíbulo en forma de T del templo del Valle. Atravesé una puerta monolítica y entré en un corredor largo e inclinado, cuyo suelo era de alabastro (también orientado hacia el noroeste), que se abría a la parte inferior de la avenida que conducía a la segunda pirámide.

Desde el borde de la avenida se gozaba de una excelente vista de la Esfinge, la cual se hallaba justo al norte de donde me encontraba. Extensa como una manzana urbana, alta como un edificio de seis pisos, estaba perfectamente orientada al este y por tanto contemplaba la salida del sol en los dos días equinocciales del año. Con una cabeza humana y el cuerpo de un león, como dispuesta a mover por fin sus patas después de permanecer durante milenios sumida en un sueño pétreo e imperturbable, había sido tallada en un saliente de roca caliza, en un lugar que sin duda se eligió con gran meticulosidad. La característica excepcional de este yacimiento, aparte de dar al valle del Nilo, era que su configuración geológica incorporaba un montículo de roca que sobresalía unos nueve metros sobre el nivel del saliente de roca caliza. La cabeza y el cuello de la Esfinge habían sido esculpidos en este montículo, mientras que el vasto rectángulo de piedra caliza que daba forma al cuerpo se había aislado del lecho rocoso que la circundaba. Los constructores lo habían conseguido excavando a su alrededor una zanja de 5,5 metros de anchura y 7,5 metros de profundidad, y así obtuvieron el colosal monolito.

La primera y última impresión que produce la Esfinge, así como el recinto en el que ésta se halla, es de una gran antigüedad; no me refiero a un puñado de miles de años, como la cuarta dinastía de faraones egipcios, sino a una antigüedad remota, casi impensable. Así era como los antiguos egipcios de todas las épocas consideraban su monumento, que según creían custodiaba el «Espléndido Lugar del Principio del Tiempo», el cual reverenciaban como el foco de «un gran poder mágico que se extendía a través de toda la región.»¹⁷

Esto, tal como hemos visto, es el mensaje global que transmite la Estela del

Inventario, y en concreto, también es el mensaje de la Estela de la Esfinge que erigió aquí hacia el 1400 a. C. Tutmosis IV, un faraón de la decimoctava dinastía. Esta tabla de granito, que todavía se conserva entre las patas de la Esfinge, afirma que con anterioridad al reinado de Tutmosis el monumento estuvo cubierto con arena hasta el cuello. Tutmosis lo liberó, retirando toda la arena, y erigió la estela para conmemorar su obra¹⁸.

No se han registrado cambios significativos en el clima de la meseta de Gizeh durante los últimos cinco mil años¹⁹, de lo que se deduce que durante este período el recinto de la Esfinge debió de ser susceptible de quedar cubierto de arena como antes de que Tutmosis lo limpiara, y este riesgo todavía existe. La historia reciente demuestra que si no recibe la debida atención, el recinto se llena rápidamente de arena. En 1818 el capitán Caviglia hizo que lo limpiaran de arena para excavar el yacimiento, y en 1886, cuando Gastón Maspero llegó para realizar otras excavaciones, se vio obligado a mandar que lo limpiaran de nuevo. Treinta y nueve años más tarde, en 1925, las arenas habían vuelto a cubrir la Esfinge, que aparecía enterrada hasta el cuello cuando el Servicio Egipcio de Antigüedades emprendió de nuevo unos trabajos de limpieza y restauración del monumento²⁰.

¿No sugiere esto que las condiciones climáticas tal vez fueran muy distintas cuando se excavó el recinto de la Esfinge? ¿Qué sentido tenía crear esta colosal estatua si su destino era simplemente verse engullida por las arenas del Sahara oriental? No obstante, si tenemos en cuenta que el Sahara es un desierto joven, y que el área de Gizeh era húmeda y relativamente fértil hace de once mil a quince mil años, ¿no es posible imaginar otro escenario? ¿No es posible que el recinto de la Esfinge fuera excavado durante los lejanos y verdes milenios en que la capa superior del suelo estaba todavía pegada a la superficie de la meseta a través de las raíces de la hierba y los arbustos, y cuando lo que ahora es un desierto de arena barrido por el viento se parecía a las ondulantes sabanas de las actuales Kenia y Tanzania?

Bajo estas condiciones climáticas tan favorables, la idea de creación de un monumento semisubterráneo como la Esfinge no parece estar reñida con el sentido común. Los constructores no tenían por qué imaginar la lenta desecación y desertización de la meseta que se produciría al cabo del tiempo.

Sin embargo, ¿es lógico imaginar que la Esfinge se construyera cuando Gizeh era todavía una meseta verde, hace muchos, muchos años?

Como veremos, esas ideas son inaceptables para los egiptólogos modernos, quienes no obstante se ven obligados a reconocer (para citar al doctor Mark Lehner, director del Proyecto de Cartografía de Gizeh) que «no existe un medio directo de datar la Esfinge, puesto que está excavada en una roca natural»²¹. En ausencia de unas pruebas más objetivas, según señaló Lehner, los arqueólogos «deben datar los objetos según el contexto». Y el contexto de la Esfinge, esto es, la necrópolis de Gizeh —un archiconoci-¿o yacimiento de la cuarta dinastía— indicaba claramente que la Esfinge pertenecía también a la cuarta dinastía²².

Tales razonamientos no eran considerados axiomáticos en el siglo XIX por los distinguidos predecesores de Lehner, quienes durante un tiempo se mostraron convencidos de que la Esfinge era infinitamente más antigua que la cuarta dinastía.

¿A quién pertenece la Esfinge?

En su *Passing of Empires*, publicado en 1900, el distinguido egiptólogo francés Gastón Maspero, quien realizó un estudio especial del contenido de la Estela de la Esfinge erigida por Tutmosis IV, escribió:

La Estela de la Esfinge muestra, en la hilada trece, el cartucho de Kefrén en medio de un hueco... Esto, a mi entender, indica la renovación y limpieza de la Esfinge que se efectuó por mandato de este príncipe, y por tanto constituye una prueba más o menos fehaciente de que la Esfinge ya estaba cubierta de arena durante la época de Keops y sus predecesores...²³

El no menos distinguido Auguste Mariette estaba lógicamente de acuerdo, puesto que era quien había hallado la Estela del Inventario (que, como hemos visto, afirmaba que la Esfinge se alzaba en la meseta de Gizeh mucho antes que el reinado de Keops)²⁴. También manifestaron su conformidad Brugsch (*Egypt under the Pharaohs*, Londres, 1891), Petrie, Sayce y muchos otros expertos de la época²⁵. Algunos cronistas de viajes, como John Ward, afirmaron que «la Gran Esfinge debe de ser incalculablemente más antigua que las pirámides». Y en 1904, Wallis Budge, el reputado conservador de Antigüedades Egipcias del Museo Británico, no dudó en declarar de forma categórica:

La más antigua y hermosa estatua de león con cabeza humana es la famosa

Esfinge de Gizeh. Este maravilloso objeto existía en tiempos de Kefrén, el constructor de la segunda pirámide, y, muy probablemente, era ya antigua en aquel período... Se cree que la Esfinge está ligada de alguna forma con extranjeros o una religión extranjera que databa de tiempos predinásticos²⁶.

Entre el comienzo y el fin del siglo XX, sin embargo, los criterios de los egiptólogos sobre la antigüedad de la Esfinge han variado de forma notable. Hoy en día no existe un solo egiptólogo ortodoxo que esté dispuesto a aceptar la absurda e irresponsable sugerencia, antaño tan extendida, de que la Esfinge tal vez fue construida miles de años antes del reinado de Kefrén. Según el doctor Zahi Hawass, por ejemplo, director de la Organización de Antigüedades Egipcias en Gizeh y en Saqqara, se han propuesto muchas teorías semejantes, pero todas «se las ha llevado el viento» porque «los egiptólogos tenemos pruebas irrefutables de que la Esfinge data de los tiempos de Kefrén»²⁷.

Asimismo, Carol Redmont, una arqueóloga de la Universidad de Berkeley, en California, se mostró incrédula cuando alguien sugirió que la Esfinge quizá fuera miles de años más antigua que Kefrén: «Eso es imposible. Las gentes de esa región no poseían la tecnología, las instituciones gubernamentales ni el deseo de construir semejante estructura miles de años antes del reinado de Kefrén.»²⁸

Cuando empecé a documentarme sobre el tema, supuse, tal como afirmaba Hawass, que se habían hallado unas pruebas incontrovertibles que habían resuelto la identidad del constructor del monumento. Pero no era así.

De hecho, existen sólo tres razones «contextuales» que explican el hecho de que la enigmática y anónima Esfinge, desprovista de inscripciones, haya sido atribuida a Kefrén:

1. *El cartucho de Kefrén que se halló en la hilada trece de la Estela de la Esfinge, erigida por Tutmosis IV*: Maspero ofreció una explicación por completo razonable sobre la presencia de este cartucho: Tutmosis había restaurado la Esfinge y quiso rendir homenaje a una restauración anterior del monumento, la cual había sido emprendida durante la cuarta dinastía por Kefrén. Esta explicación, que indica claramente que la Esfinge ya existía en tiempos de Kefrén, es rechazada por los egiptólogos modernos. Con su característica mentalidad uniforme y telepática, ahora se muestran de acuerdo en que Tutmosis colocó el cartucho sobre la estela para reconocer que

Kefrén fue el constructor original (y no un simple restaurador). Puesto que sólo existía un cartucho, y puesto que cuando la estela fue excavada se comprobó que faltaban los textos a ambos lados, ¿no es un poco prematuro llegar a estas conclusiones? ¿Qué clase de «ciencia» permite que la mera presencia de un cartucho de un faraón de la cuarta dinastía (sobre una estela erigida por un faraón de la decimoctava dinastía) determine la identificación de un monumento anónimo? Por lo demás, ese cartucho se ha deteriorado y no es posible examinarlo como es debido...

2. *El templo del Valle, que está junto al monumento, también se atribuye a Kefrén*: Esta atribución, basada en unas estatuas que posiblemente fueran intrusas, es como mínimo endeble. No obstante, ha sido suscrita sin reservas por parte de los egiptólogos, quienes de paso decidieron atribuir la Esfinge también a Kefrén (dado que la Esfinge y el templo del Valle están obviamente ligados).
3. *Según dicen, la Esfinge se parece a la estatua intacta de Kefrén que se halló en el foso del templo del Valle*: Esto, por supuesto, es discutible. Personalmente, jamás he observado el menor parecido entre los dos rostros, y tampoco lo observaron unos excelentes forenses del Departamento de Policía de Nueva York que recientemente realizaron una comparación pericial entre la Esfinge y la estatua²⁹ (de ello hablaremos en la parte VII del libro).

Mientras contemplaba la Esfinge el atardecer del 16 de marzo de 1993, pensé que el jurado seguía sin ponerse de acuerdo respecto al monumento, que unos atribuían a Kefrén y otros a los arquitectos de una civilización superior aún sin identificar de la Antigüedad histórica³⁰. Al margen de lo que opinen los egiptólogos, el hecho es que ambas posibilidades eran factibles. Lo necesario, por consiguiente, era dar con una prueba contundente que zanjara el asunto de una vez por todas.

NOTAS

1. Medidas extraídas de: *The Pyramids of Egypt*, p. 106.
2. W. B. Yeats: «*The Second Coming*.»
3. *The Pyramids and the Temples of Gizeh*, p. 48.
4. *Ibíd.*, p. 50.
5. Margaret A. Murray: *The Splendour that was Egypt*, Sidgwick & Jacson, Londres, 1987, pp. 160-161.
6. Véase parte VII, para comentarios sobre la Primera Época.
7. Comentado en la parte VII; véase también la parte III para una comparación del

culto del renacimiento de Osiris y las creencias sobre la encarnación del antiguo México.

8. *The Pyramids and Temples of Gizeh*, p. 47.

9. Medidas extraídas de: *The Pyramids and Temples of Egypt*, p. 48; o *The Pyramids of Egypt*, p. 108.

10. Además de las tres pirámides de Gizeh, pueden compararse los templos mortuorios de Kefrén y Mikerinos con el templo del Valle en cuanto a la ausencia de adornos y el uso de megalitos de peso superior a las doscientas toneladas.

11. *Serpent in the Sky*, p. 211; también: *Mystery of the Sphinx*, NBC-TV, 1993.

12. Respecto al peso de los bloques, véanse: *The Pyramids of Egypt*, p. 215; *Serpent in the Sky*, p. 242; *The Traveller's Key to Ancient Egypt*, p. 144; *The Pyramids: An Enigma Solved*, p. 51; *Mystery of the Sphinx*, NBC-TV, 1993.

13. Comunicación personal de John Anthony West. Véase también: *Mystery of the Sphinx*, NBC-TV.

14. *Ancient Records of Egypt*, volumen I, p. 85.

15. Véase, por ejemplo: Miriam Lichtheim: *Ancient Egyptian Literature*, University of California Press, 1976, volumen II, pp. 85-86.

16. *Ancient Records of Egypt*, volumen I, p. 85.

17. *History of Egypt*, 1902, volumen 4, pp. 80 y sigs, «Stela of the Sphinx».

18. *Ibíd.*

19. Karl W. Butzer: *Early Hydraulic Civilization in Egypt: A Study in Cultural Ecology*, University of Chicago Press, 1976.

20. *The Pyramids of Egypt*, pp. 106-107.

21. Mark Lehner, 1992, Reunión Anual de la AAAS, Debate: ¿Cuántos años tiene la Esfinge?

22. *Ibíd.*

23. Gastón Maspero: *The Passing of Empires*, Nueva York, 1900.

24. Véase capítulo 35.

25. Para un resumen general de esas opiniones, véase John Ward: *Pyramids and Progress*, Londres, 1900, pp. 38-42.

26. *The Gods of the Egyptians*, volumen I, pp. 471-472 y volumen II, p. 361.

27. Entrevista en: *Mystery of the Sphinx*, NBC-TV, 1993.

28. Citado en: *Serpent in the Sky*, p. 230.

29. *Ibíd.*, pp. 230-232; *Mystery of the Sphinx*, NBC-TV.

30. Al menos un egiptólogo ortodoxo, Selim Hassan, ha reconocido que el jurado sigue sin ponerse de acuerdo sobre esta cuestión. Al cabo de veinte años de excavaciones en Gizeh, escribió: «A excepción de la línea mutilada sobre la

estela de granito de Tutmosis IV, que no demuestra nada, no existe una sola inscripción antigua que vincule la Esfinge con Kefrén. Así pues, por válida que parezca, debemos considerarla una prueba circunstancial hasta que una feliz casualidad revele al mundo la referencia exacta de la erección de esta estatua.» Citado en: Conde Nast Traveller, febrero de 1993, pp. 168-169.

PARTE VII

SEÑOR DE LA ETERNIDAD

Egipto (II)

¿QUEDAN SECRETOS POR DESCUBRIR EN EGIPTO?

Durante la tarde del 26 de noviembre de 1922 el arqueólogo británico Howard Carter, junto con lord Carnarvon, que financiaba la expedición, penetró en la tumba de un joven faraón de la decimoctava dinastía que había reinado en Egipto entre 1352-1343 a. C. El nombre del faraón, que desde entonces resuena en todo el mundo, era Tutan-kamón. Dos noches más tarde, el 28 de noviembre, abrieron el «tesoro» de la tumba. Esta contenía un enorme altar de oro y daba acceso a otra cámara que, curiosamente, aunque estaba llena de valiosos y bellos objetos, carecía de puerta: su entrada se encontraba custodiada por una extraordinaria efigie de tamaño natural del dios mortuorio Anubis, que presentaba una cabeza de chacal. Con las orejas enhiestas, el dios se hallaba sentado al estilo de un perro, con las patas delanteras extendidas, sobre una arcón de madera dorado de unos ciento veinte centímetros de longitud por noventa de alto y sesenta de ancho.

Museo Egipcio, El Cairo, diciembre de 1993

Sentado todavía en su arcón, aunque en la actualidad se encontrara encerrado en una polvorienta vitrina, Anubis atrajo poderosamente mi atención y me detuve a contemplarlo durante unos minutos. Su efigie había sido tallada en madera estucada, recubierta de resina negra y con incrustaciones de oro, alabastro, calcita, obsidiana y plata, unos materiales que realzaban especialmente sus ojos, los cuales resplandecían y transmitían una inquietante sensación de extraordinaria inteligencia. Al mismo tiempo, sus costillas y la elástica musculatura conferían a la efigie un aura de fuerza, energía y gracia.

Atrapado por la fuerza del campo magnético que generaba esta misteriosa y poderosa presencia, recordé los mitos universales de la precesión que había estudiado durante el año anterior. Entre estos mitos se deslizaban diversas figuras caninas de un modo que en ocasiones parecía casi un recurso literario. Empezaba a preguntarme si el simbolismo de perros, lobos, chacales y demás animales había sido utilizado deliberadamente por los antiguos creadores de mitos a fin de guiar a los iniciados a través de la maraña de pistas hasta las fuentes secretas de unos conocimientos científicos que habían desaparecido mucho tiempo atrás. Sospechaba que entre estas fuentes se hallaba el mito de Osiris. Mucho más que un mito, la historia había sido escrita e interpretada cada año en Egipto bajo la

forma de una obra iniciática, un artefacto literario «urdido» y transmitido de generación en generación en cuanto valiosa tradición desde los tiempos prehistóricos¹. Esta tradición, como hemos visto en la parte V del libro, contenía unos valores referentes a la velocidad del movimiento precesional tan precisos y coherentes que resultaba muy difícil atribuirlos a la casualidad. Tampoco parecía fortuito el hecho de que al dios chacal se le hubiera asignado un papel protagonista en este drama, sirviendo como guía espiritual de Osiris en su viaje a través del más allá². Por otra parte, era tentador preguntarse si existía algún significado en el hecho de que en tiempos antiguos los sacerdotes egipcios se refirieran a Anubis como «el guardián de las escrituras secretas y sagradas»³. Debajo del borde estriado del arcón dorado sobre el que descansaba la efigie se halló la siguiente inscripción: «Iniciado en los secretos.»⁴ Según otras traducciones de este texto jeroglífico, decía: «Aquel que conoce los secretos» y «Guardián de los secretos»⁵.

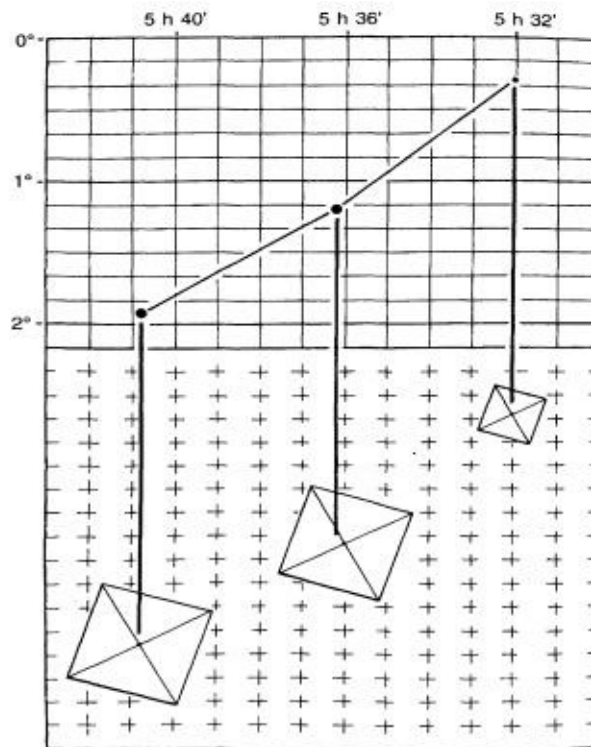
Pero ¿aún quedaban secretos por descubrir en Egipto?

Después de más de un siglo de intensas investigaciones arqueológicas, ¿era posible que las arenas de esta antigua tierra nos proporcionaran más sorpresas?

Las estrellas de Bauval y las piedras de West

En 1993 se produjo un asombroso hallazgo que sugería que todavía quedaba mucho por averiguar sobre el Antiguo Egipto. El descubridor, por otra parte, no era un arqueólogo afectado de astigmatismo que se abriera camino en sus exploraciones a través del polvo de los siglos, sino alguien ajeno al ramo. Se trataba de Robert Bauval, un ingeniero y constructor aficionado a la astronomía. Este había observado una correlación en el cielo que a los expertos, obsesionados con lo que el suelo ofrecía bajo sus pies, se les había pasado por alto.

Esto fue lo que vio Bauval: cuando las tres estrellas del cinturón de Orion atravesaban el meridiano en Gizeh no formaban una línea completamente recta en los cielos meridionales. Las dos estrellas inferiores, Al Nitak y Al Ni-lam, formaban una diagonal perfecta, pero la tercera estrella, Mintaka, aparecía algo desviada hacia la izquierda del observador, es decir, hacia el este.



Las pirámides de Gizeh y la posición que guardan con respecto a las tres estrellas del cinturón de la constelación de Orión.

Curiosamente (como vimos en el capítulo 36), éste era exactamente el plano del yacimiento de las tres enigmáticas pirámides de la meseta de Gizeh. Bauval dedujo que una vista aérea de la necrópolis de Gizeh mostraría la Gran Pirámide de Keops ocupando la posición de Al Nitak, y la segunda pirámide de Kefrén ocupando la posición de Al Nilam, mientras que la tercera pirámide de Mikerinos estaba situada hacia el este de la diagonal formada por las otras dos, completando lo que parecía ser un vasto diagrama de las estrellas.

¿Era realmente esto lo que representaban las pirámides de Gizeh? Yo sabía que los últimos trabajos de Bauval, suscritos sin reservas por matemáticos y astrónomos, habían dado como resultado esta inspirada hipótesis. Sus pruebas (analizadas extensamente en el capítulo 49) mostraban que las tres pirámides constituían un mapa terrestre increíblemente preciso de las tres estrellas del cinturón de Orion, reflejando con exactitud los ángulos entre ellas e indicando (mediante sus respectivos tamaños) sus magnitudes correspondientes⁶. Por otra parte, este mapa se prolongaba hacia el norte y el sur, y comprendía otras estructuras de la meseta de Gizeh, de nuevo con irreprochable precisión⁷. No obstante, la verdadera sorpresa revelada por los cálculos astronómicos de Bauval fue la siguiente: pese al hecho de que algunos aspectos de la Gran Pirámide estaban relacionados astronómicamente con la Era de las Pirámides, todos los monumentos de Gizeh se hallaban dispuestos de forma que procuraban una

imagen del cielo (el cual modifica su aspecto a lo largo de los siglos como consecuencia de la precesión de los equinoccios) no según el aspecto que éste presentaba en la cuarta dinastía, hacia el 2500 a. C., sino tal como aparecía —y sólo así aparecía— hacia el año 10450 a. C.⁸

Yo había ido a Egipto con el fin de explorar el yacimiento de Gizeh junto a Robert Bauval e interrogarle sobre su teoría de la correlación de las estrellas. Además, quería conocer su opinión sobre qué tipo de sociedad humana pudo poseer, hace siglos, los conocimientos tecnológicos para medir con precisión las altitudes de las estrellas y concebir un plano tan matemático y ambicioso como el de la necrópolis de Gizeh. Asimismo, me encontraba allí para conocer a otro investigador que desmentía la cronología ortodoxa del Antiguo Egipto, afirmando tener pruebas firmes de la presencia de una civilización superior en el valle del Nilo en el 10000 a. C. o antes. Al igual que los datos astronómicos de Bauval, dichas pruebas habían existido siempre pero no habían logrado atraer la atención de los egiptólogos ortodoxos. El hombre responsable de presentarlas ante la opinión pública era un experto norteamericano, John Anthony West, quien aducía que si bien los especialistas habían dado con ellas, no habían sabido interpretarlas correctamente⁹.

Las pruebas de West se centraban en ciertas estructuras clave, en concreto la Gran Esfinge y el templo del Valle de Gizeh, y mucho más hacia el sur, la misteriosa Osireion en Abydos. West aducía que estos monumentos ubicados en el desierto mostraban numerosos e inconfundibles signos de deterioro a causa del agua, un elemento corrosivo al que sólo habrían estado expuestos en suficientes cantidades durante el húmedo período «pluvial» que acompañó el fin del último período glacial, hacia el undécimo milenio antes de nuestra era¹⁰. Lo que indicaba este singular y característico patrón de deterioro «inducido por agua» era que Osireion, la Esfinge y otras estructuras asociadas se habían construido antes del 10000 a. C.¹¹

Un periodista de investigación británico lo resumió en estas palabras:

West es la pesadilla de cualquier académico: de pronto aparece alguien que no tiene nada que ver con ellos con una hipótesis bien pensada, bien presentada y descrita de forma coherente, llena de datos que resultan imposible refutar, y los deja perplejos. ¿Y qué es lo que ellos hacen? Nada.

Confían en que si hacen caso omiso, desaparecerá... pero no es así¹².

El motivo de que la nueva hipótesis se resistiera a desaparecer, pese al rechazo de la multitud de «egiptólogos competentes», fue que obtuvo el apoyo de otra

rama científica, la geología. El doctor Robert Schock, profesor de Geología en la Universidad de Boston, desempeñó un importante papel a la hora de otorgar validez a los cálculos de West referentes a la auténtica edad de la Esfinge, y sus criterios fueron suscritos por casi trescientos colegas suyos en el congreso anual de 1992 que celebró la Sociedad Geológica Americana¹³.

A partir de entonces, prácticamente sin que trascendiera a la opinión pública, se inició una agria disputa entre geólogos y egiptólogos¹⁴. Y, aunque muy pocas personas aparte de John Anthony West estaban dispuestas a confesarlo, lo que allí se encontraba en juego representaba una revolución en los criterios aceptados sobre la evolución de la civilización humana.

Según West:

Nos dicen que la evolución de la civilización humana constituye un proceso lineal, que parte de los estúpidos moradores de las cavernas hasta llegar a nosotros, tan inteligentes, con nuestras bombas de hidrógeno y nuestra pasta dentífrica a rayas. Pero la prueba de que la Esfinge es mucho más antigua de lo que piensan los arqueólogos, de que precedió en muchos miles de años al Egipto predinástico, significa que, en algún lejano período de la Historia, debió de existir una sofisticada civilización, tal como afirman las leyendas¹⁵.

Mis periplos por el mundo y mis trabajos de investigación durante los cuatro años anteriores me habían hecho ver la interesante posibilidad de que esas leyendas fueran ciertas, y ésa era la razón por la que había regresado a Egipto para encontrarme con West y Bauval. Me llamó la atención el hecho de que líneas de investigación tan distintas¹⁶ convergieran de forma tan convincente en lo que parecía ser las huellas astronómicas y geológicas de una civilización perdida, una civilización que pudo originarse en el valle del Nilo, pero que en cualquier caso parecía haber estado presente en el undécimo milenio a. C.

El camino del chacal

Anubis, el guardián de los secretos, dios de la cámara mortuoria, con la cabeza de un chacal, el que abre el camino a los muertos, guía y compañero de Osiris...

Hacia las cinco de la tarde, hora de cierre del Museo de El Cairo, Santha dijo sentirse satisfecha de las fotografías que había tomado de la siniestra efigie negra. Más abajo, los guardias silbaban y daban palmas para obligar a los últimos turistas a abandonar las salas del museo, pero en el segundo piso del edificio centenario, donde se halla la milenaria y vigilante efigie de Anubis, todo estaba en

silencio.

Salimos del sombrío museo y caminamos bajo el sol que iluminaba la concurrida plaza Tahrir de El Cairo.

Anubis, según recordé, había compartido sus deberes como espíritu guía y guardián de las escrituras secretas con otro dios cuyo tipo y símbolo era también el chacal y cuyo nombre, Upuaut, significaba literalmente «abridor de caminos»¹⁷. Ambas deidades caninas se vinculaban desde tiempos inmemoriales con la antigua ciudad de Abydos en el Alto Egipto, cuyo dios original, Khenti-Amentiu (que significaba «primero entre los occidentales») también había estado representado por un miembro de la familia de los perros, que generalmente yacía reclinado sobre un pilar negro¹⁸.

¿Existía algún significado en la reiterada recurrencia en Abydos de esta mitología y simbología de índole canina, la cual parecía encerrar profundos secretos que aguardaban ser descubiertos? Me pareció que valía la pena tratar de averiguarlo, puesto que las extensas ruinas comprendían la estructura conocida como Osireion, a la que los trabajos geológicos de West atribuían una antigüedad mayor de lo que suponían los arqueólogos. Además, unos días más tarde tenía una cita con West en la ciudad egipcia de Luxor, a menos de doscientos kilómetros al sur de Abydos. En lugar de volar directamente hasta Luxor desde El Cairo, tal como tenía previsto, decidí ir por carretera hasta Abydos para visitarlo junto con otros varios yacimientos.

Nuestro chófer, Mohamed Walili, nos esperaba en un aparcamiento subterráneo junto a la plaza Tahrir. Era un hombre de mediana edad, fornido y afable, dueño de un viejo Peugeot que solía estar en la parada de taxis frente al hotel Mena House de Gizeh. Durante los últimos años, en nuestros frecuentes viajes a El Cairo habíamos entablado amistad con él y cada vez que íbamos a Egipto trabajaba con nosotros. Discutimos un buen rato sobre la tarifa de ida y vuelta a Abydos y Luxor. Había que tener en cuenta muchos aspectos, entre ellos el hecho de que algunas de las zonas que atravesaríamos habían sido objeto recientemente de ataques terroristas por parte de militantes islámicos. Por fin acordamos el precio y decidimos partir temprano a la mañana siguiente.

NOTAS

1. Véase, por ejemplo: Rosalie David: *A Guide to Religious Ritual at Abydos*, Aris and Phillips, Warminster, 1981, particularmente p. 121.

2. The Gods of the Egyptians, vol. II, pp. 262-266.
3. Lucy Lamy: Egyptian Mysteries, Thames & Hudson, Londres 1986, p. 93.
4. Jean-Pierre Corteggiani: The Egypt of the Pharaohs at the Cairo Museum, Scala Publications, Londres, 1987, p. 118.
5. Ibíd.; véase también: R. A. Schwaller de Lubicz: Sacred Science: The King of Pha.ra.onic Theocracy, Inner Traditions International, Rochester, 1988, pp. 182-183.
6. The Orion Mystery.
7. Ibíd.
8. Ibíd.
9. Serpent in the Sky, pp. 184-242.
10. Ibíd., pp. 186-187.
11. Ibíd.
12. Mystery of the Sphinx, NBC-TV, 1993.
13. Conde Nast Traveller, febrero de 1993, p. 176.
14. Asociación Americana para el Avance de la Ciencia, Chicago, 1992, Debate: ¿Cuántos años tiene la Esfinge?
15. Mystery of the Sphinx.
16. John West y Robert Bauval trabajaban independientemente, sin conocer los hallazgos que cada cual había hecho, hasta que los presenté.
17. The Gods of the Egyptians, volumen II, p. 264.
18. Blue Guide, Egypt, p. 509; véase también: From Fetish to God in Ancient Egypt, pp. 211-215; Osiris and the Egyptian Re-surrection, volumen I, pp. 31 y sigs; The Encyclopaedia of Ancient Egypt, p.197.

CIUDAD DEL SOL, CÁMARA DEL CHACAL

Mohamed nos recogió en el hotel de Heliópolis a las seis de la mañana después de bebemos unas tacitas de café negro y espeso en un puesto de carretera emprendimos camino hacia el oeste, a través de unas calles polvorientas y casi desiertas, en dirección al Nilo. Había pedido a Mohamed que nos llevara a través de la plaza Maydan al-Massa-llah, que estaba presidida por uno de los obeliscos egipcios intactos más antiguos¹. Se trata de un monolito de granito rosa que pesa unas 350 toneladas, de 32 metros de altura, erigido por el faraón Senuseret I (1971-1928 a. C.). Antiguamente formó parte de un par de monolitos situados en la puerta del gran templo del Sol, en Heliópolis. A lo largo de los cuatro mil años siguientes el templo había desaparecido por completo, al igual que el segundo obelisco. De hecho, casi toda la antigua Heliópolis había desaparecido, canibalizada por multitud de generaciones de ciudadanos de El Cairo que se hicieron con sus hermosos sillares y materiales de construcción².

La Biblia se refiere a Heliópolis (Ciudad del Sol) como On, pero originariamente era conocida en el lenguaje egipcio como Innu, o Innu Mehret, que significa «el pilar», o «el pilar septentrional»³. Era una región que irradiaba una inmensa paz espiritual, asociada con un extraño grupo formado por nueve divinidades solares y estelares, y era ya antiquísima cuando Senuseret la eligió como lugar donde erigir su obelisco. Junto con Gizeh (y la lejana ciudad de Abydos), se dice que Innu-Heliópolis formaba parte de la primera tierra que surgió de las primitivas aguas en el momento de la creación, la tierra de la Primera Época, donde los dioses comenzaron a gobernar la Tierra⁴.

La teología heliopolitana descansaba sobre un mito de la creación que se caracterizaba por unos elementos muy singulares. Afirmaba que al principio el universo estaba lleno de una nada oscura y acuosa denominada Nun. De este océano inerte, cósmico (descrito como «informe, negro, con la negrura de la noche más negra»), brotó un monte de tierra firme sobre el que Ra, el dios del sol, se materializó en una forma autocreada como Atum (en ocasiones es representado como un anciano barbudo que se apoya en un cayado)⁵:

El cielo no había sido creado, la Tierra no había sido creada, los hijos de la

tierra y los reptiles no habían sido creados en aquel lugar... Yo, Atum, estaba solo... No existía nadie que trabajara conmigo...⁶

Consciente de hallarse solo, este ser bendito e inmortal consiguió crear dos hijos divinos, Shu, dios del aire y la sequedad, y Tefnut, la diosa de la humedad: «Introduje mi falo en mi mano cerrada. Hice que mi semen penetrara en mi mano. Lo derramé en mi boca. Evacué bajo la forma de Shu, y oriné bajo la forma de Tefnut.»⁷

Pese a unos comienzos tan poco halagüeños, Shu y Tefnut (que siempre son descritos como gemelos, y con frecuencia aparecen representados como leones) alcanzaron la madurez, copularon y tuvieron hijos: Geb, el dios de la tierra y Nut, la diosa del cielo. Éstos copularon a su vez, creando a Osiris y a Isis, Set y Nephthys, y completaron así las nueve divinidades de Heliópolis. De éstos, Ra, Shu, Geb y Osiris gobernaron en Egipto como reyes, seguidos por Horus, y por último —durante 3.226 años— por Tot, el dios de la sabiduría que tenía cabeza de ibis⁸.

¿Quiénes eran esas personas, criaturas, seres o dioses? ¿Eran acaso producto de la imaginación sacerdotal, símbolos o cifras? ¿Las leyendas que se narraban sobre ellos eran unos vividos recuerdos míticos de hechos reales que habían ocurrido hacía miles de años, o tal vez formaban parte de un mensaje cifrado de los antiguos que se había transmitido a través de las épocas, un mensaje que sólo ahora empezábamos a descifrar y comprender?

Tales nociones parecían constituir una mera fantasía. No obstante, yo no podía olvidar que de esta misma tradición heliopolitana había surgido el gran mito de Isis y Osiris, transmitiendo de modo encubierto el cálculo preciso con respecto a la velocidad del movimiento precesional. Por otra parte, los sacerdotes de Innu, responsables de proteger y alimentar estas tradiciones, eran conocidos en todo Egipto por su profunda sabiduría y competencia en materia de profecías, astronomía, matemáticas, arquitectura y magia. También eran célebres por poseer un objeto poderoso y sagrado llamado Benben⁹.

Los egipcios llamaban a Heliópolis Innu, «el pilar», porque según afirmaba la tradición el Benben se había conservado allí en los remotos tiempos predinásticos, cuando descansaba sobre un pilar de piedra tosca. Según dice la leyenda, el Benben había caído del cielo. Por desgracia, ese hecho había ocurrido hacía tanto tiempo que cuando Senuseret ocupó el trono en el 1971 a. C. nadie recordaba qué

aspecto tenía el misterioso objeto. Durante ese período (duodécima dinastía) lo único que la gente recordaba con claridad era que el Benben presentaba una forma piramidal, lo cual proporcionó (junto con el pilar sobre el que descansaba) el prototipo para la forma de todos los futuros obeliscos. El nombre de Benben era asimismo aplicado al piramidión, o piedra de vértice, que solía colocarse sobre las pirámides¹⁰. En un sentido simbólico, también se le asociaba de forma estrecha y directa con Ra-Atum, de quien los textos antiguos decían lo siguiente: «Subiste a lo más alto; te elevaste como la piedra Benben en la Mansión del Fénix...»¹¹

La Mansión del Fénix constituía el templo original de Heliópolis que había albergado el Benben. Ello reflejaba el hecho de que el misterioso objeto también había servido de símbolo imperecedero del mítico Fénix, la divina ave Bennu cuyas apariciones y desapariciones se decían que estaban ligadas a violentos ciclos cósmicos y a la destrucción y resurgimiento de las eras del mundo¹².

Conexiones y similitudes

Mientras circulábamos por los suburbios de Heliópolis a las seis y media de la mañana, cerré los ojos e intenté imaginar el paisaje tal como debía de aparecer durante la mítica Primera Epoca después de que la Isla de la Creación¹³ —el monte primordial de Ra-Atum— surgiera de las caudalosas aguas del Nun. Resultaba tentador intentar establecer una conexión entre estas imágenes y las tradiciones andinas que se refieren al dios civilizador Viracocha surgiendo de las aguas del lago Titicaca después de un diluvio que habría destruido la Tierra. Por otra parte, era preciso tener en cuenta la figura de Osiris —una figura barbuda, al igual que Viracocha y Quetzalcóatl—, recordada por haber abolido el canibalismo entre los egipcios y haberles enseñado los principios de la agricultura y el apareo entre animales, así como las artes de la escritura, la arquitectura y la música¹⁴.

Era difícil no advertir las similitudes entre las tradiciones del Viejo y el Nuevo Mundo, pero aún resultaba más difícil interpretarlas. Era posible que se trataran de simples aunque interesantes coincidencias. Por otro lado, era posible que revelaran las huellas de una antigua civilización global que no se había identificado, unas huellas que esencialmente eran las mismas tanto si aparecían en los mitos de Centroamérica, de los elevados Andes o de Egipto. Los sacerdotes de Heliópolis enseñaban la doctrina de la creación, pero ¿quién se la había

enseñado a ellos? ¿Habían brotado quizá de la nada, o era más probable que esa doctrina, pese a su complejo simbolismo, fuera producto de un largo proceso de refinamiento de las ideas religiosas?

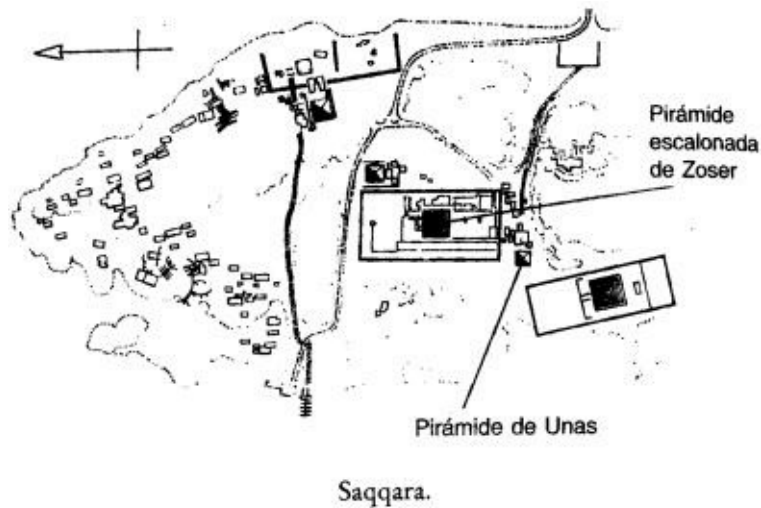
En tal caso, ¿cuándo y dónde se habían desarrollado esas ideas ?

Al alzar la vista comprobé que había dejado atrás Heliópolis y circulábamos por las ruidosas y atestadas calles del centro de El Cairo. Cruzamos hacia la margen izquierda del Nilo a través del Puente del 6 de Octubre y al poco rato llegamos a Gizeh. Quince minutos más tarde, tras pasar frente a la Gran Pirámide, situada a nuestra derecha, doblamos hacia el sur por la carretera que conduce al Alto Egipto» una carretera que sigue el curso meridional del río más largo del mundo a través de un paisaje de palmeras y verdes prados bordeados por las arenas rojas de implacables desiertos.

Las ideas de los sacerdotes heliopolitanos habían influido en todos los aspectos de la vida secular y religiosa del Antiguo Egipto, pero ¿se habían desarrollado esas ideas localmente o habían sido introducidas en el valle del Nilo desde otro lugar? Las tradiciones de los egipcios ofrecían una respuesta nada ambigua a este tipo de preguntas. Toda la sabiduría de Heliópolis era un legado, según decían, y este legado había sido transmitido a la humanidad por los dioses.

¿Un presente de los dioses?

A unos dieciséis kilómetros al sur de la Gran Pirámide abandonamos la carretera principal para visitar la necrópolis de Saqqara. El yacimiento, situado en el borde del desierto, estaba presidido por un zigurat de seis plataformas, la pirámide escalonada de Zoser, el faraón de la tercera dinastía. Este imponente monumento, de casi sesenta metros de altura, se remontaba aproximadamente al 2650 a. C. Se alzaba dentro de su propio recinto, rodeado por una elegante muralla, y según los arqueólogos era la primera construcción en piedra de colosales dimensiones que erigió la humanidad¹⁵. Según afirma la tradición, su arquitecto fue el legendario Imhotep, «Gran Mago», un sumo sacerdote de Heliópolis cuyos otros títulos eran los de: Sabio, Hechicero, Astrónomo y Doctor¹⁶.



En un capítulo posterior seguiremos hablando sobre la pirámide escalonada y su constructor, pero en esta ocasión no me encontraba en Saqqara para visitarla. Mi único propósito era pasar unos momentos en la cámara mortuoria de la cercana pirámide de Unas, un faraón de la quinta dinastía que había reinado entre el 2356 y el 2323 a. C.¹⁷ Los muros de esta cámara, que había visitado en otras ocasiones, estaban cubiertos desde el suelo hasta el techo con inscripciones de los Textos de las Pirámides más antiguos, una mezcla de jeroglíficos que expresaban unas ideas asombrosas, lo cual contrastaba con los mudos y austeros interiores de las pirámides de la cuarta dinastía que se hallan en Gizeh.

Los Textos de las Pirámides, un fenómeno exclusivo de la quinta y sexta dinastía (2465-2152 a. C.), constituían unas escrituras sagradas. Se creía que algunas de sus partes habían sido compuestas por los sacerdotes heliopolitanos a finales del tercer milenio antes de nuestra era, y otras habían sido recibidas y transmitidas por ellos desde los tiempos predinásticos¹⁸.

Fueron estas últimas partes de los Textos, que pertenecían a una remota e impenetrable Antigüedad, las que despertaron mi curiosidad cuando había empezado a investigarlas hacía unos meses. Asimismo, me divirtió e intrigó al mismo tiempo la curiosa forma en que los arqueólogos franceses del siglo XIX habían sido prácticamente dirigidos a la cámara oculta de los Textos de las Pirámides por un ser mitológico encargado de «abrir caminos». Según unos informes bien documentados, un capataz egipcio de las excavaciones en Saqqara se levantó una mañana al amanecer y se encontró junto a una dilapidada pirámide contemplando los relucientes ojos ambarinos de un chacal del desierto:

Era como si el animal desafiara a su observador humano... e invitara al

perplejo capataz a perseguirlo. Poco a poco, el chacal se dirigió hacia la fachada norte de la pirámide, y se detuvo unos instantes antes desaparecer por un agujero. El árabe, desconcertado, decidió seguirlo. Tras deslizarse por el estrecho orificio, avanzó a cuatro patas por las sombrías entrañas de la pirámide. Al poco rato llegó a una cámara y, al levantar su linterna, vio que los muros estaban cubiertos de arriba abajo con inscripciones jeroglíficas, grabadas con exquisita maestría en la sólida piedra caliza y pintadas con turquesa y oro¹⁹.

Hoy en día todavía se accede a la cámara cubierta de jeroglíficos que se halla debajo de la dilapidada pirámide de Unas por la fachada norte del monumento, a través del largo corredor descendente que el grupo de arqueólogos franceses excavó poco después del extraordinario hallazgo del capataz. La cámara consiste en dos habitaciones rectangulares que están separadas por un tabique en el que hay una pequeña puerta. Ambas habitaciones aparecen cubiertas por un techo de aguilón pintado con multitud de estrellas. Tras salir con la cabeza agachada del angosto pasadizo, Santha y yo penetramos en la primera habitación y pasamos a la segunda a través de la puerta que comunica ambas. La segunda habitación constituye la cámara mortuoria propiamente dicha, con el inmenso sarcófago de granito negro de Unas situado en el extremo occidental y las extrañas inscripciones de los Textos de las Pirámides revelándose desde todos los muros.

Con un lenguaje directo, en lugar de enigmas y juegos matemáticos como en el caso de los desnudos muros de la Gran Pirámide, ¿qué era lo que decían esos jeroglíficos? Yo sabía que la respuesta dependía en cierta medida del sistema de traducción que se adoptara, pues debido a que el lenguaje de los Textos de las Pirámides contiene numerosas formas arcaicas y extrañas alusiones mitológicas, los expertos se veían obligados a llenar las lagunas en sus conocimientos con su intuición²⁰. No obstante, todos estábamos de acuerdo en que el malogrado R. O. Faulkner, profesor de Lengua del Antiguo Egipto en el University College de Londres, había escrito la versión más autorizada²¹.

Faulkner, cuya traducción yo había estudiado línea por línea, describía los textos como «el corpus más antiguo de literatura religiosa y funeraria egipcia ya desaparecida», y añadía que «son los menos corrompidos en este tipo de literatura y revisten una importancia fundamental para el estudiante de religión egipcia...»²². El motivo de que los textos fueran tan importantes (como convenían

muchos expertos), era que constituían la última vía abierta que conectaba el período relativamente breve del pasado que la humanidad recuerda con un período mucho más largo que ha caído en el olvido: «Descubren vagamente un mundo desaparecido de pensamiento y lenguaje, la única de las múltiples etapas a través de las cuales ha pasado el hombre prehistórico, hasta penetrar por fin en la época histórica.»²³ Era difícil no estar de acuerdo con estas opiniones: los textos revelaban en efecto un mundo desaparecido. Pero lo que más me intrigaba sobre ese mundo era la posibilidad de que estuviera habitado no sólo por primitivos salvajes (como cabría esperar en la remota prehistoria) sino, paradójicamente, por hombres y mujeres cuyas mentes se habían visto enriquecidas por la comprensión científica del cosmos. El cuadro era inequívoco: existían unos elementos auténticamente primitivos encerrados en los Textos de las Pirámides junto con unas secuencias de ideas más elevadas. No obstante, cada vez que me sumergía en lo que los egiptólogos denominan «estos antiguos sortilegios», me sentía impresionado por los singulares destellos que me proporcionaban sobre una inteligencia superior, asomando detrás de innumerables capas de incompreensión, relatando unas experiencias que se suponía que el «hombre prehistórico» no había vivido y expresando unas nociones que parecía imposible que éste fuera capaz de formular. En suma, el efecto que producían esos textos a través de los jeroglíficos era comparable al efecto que lograba la Gran Pirámide por medio de la arquitectura. En ambos casos la impresión dominante era de anacronismo, de unos avanzados procesos tecnológicos que se utilizaron o descubrieron en un período de la historia humana en que, supuestamente, no existía la tecnología...

NOTAS

1. «Saqqara, Egipto: Un equipo de arqueólogos ha descubierto un obelisco de caliza verde, el obelisco intacto más antiguo del mundo, dedicado a Inty, esposa del faraón Pepi I, el cual gobernó Egipto hace casi cuatro mil trescientos años, considerada una diosa después de su muerte.» Times, Londres, 9 de mayo de 1992; véase también: Daily Telegraph, Londres, 9 de mayo de 1992.
2. Atlas of Ancient Egypt, pp. 173-174; Rosalie y Anthony E. David: A Biographical Dictionary of Ancient Egypt, Seaby, Londres, 1992. pp. 133-134; Bine Guide, Egypt, p. 413.
3. The Encyclopaedia of Ancient Egypt, p. 110.
4. George Hart: Egyptian Myths, British Museum Publications, 1990. p. 11.
5. The Encyclopaedia of Ancient Egypt, p. 110; Traveller's Key to Ancient Egypt, p. 66; From Fetish to God in Ancient Egypt, p. 140.

6. Papiro de Nesiamsu, citado en: Sacred Science: The King of Pharaonic Theocracy, pp. 188-189; véase también: From Fetish to God in Ancient Egypt, pp. 141-143.
- 7 From Fetish to God in Ancient Egypt, p. 142. En otras versiones, Shu y Tefnut fueron escupidos por Ra-Atum.
8. New Larousse Encyclopaedia of Mythology, p. 27. En algunas versiones se da el número 3.126.
9. The Pyramids: An Enigma Solved, p. 13; C. Jacq: Egyptian Magic, Aris and Phillips, Warminster, 1985, p. 8; The Death of Gods in Ancient Egypt, p. 36.
10. Kingship and the Gods, p. 153.
11. The Ancient Egyptian Pyramid Texts, p. 246.
12. Para un comentario más detallado, véase: The Orion Mystery, p. 17. Bauval sugiere que el Benben tal vez fue un meteorito orientado: «Por las descripciones parece que este meteorito tenía una masa de entre seis y quince toneladas... el espectáculo de la caída de esta bola de fuego debió de ser impresionante...», p. 204.
13. The Penguin Dictionary of Religion, Penguin Books, 1988, p. 166.
14. The Egyptian Book of the Dead, Introducción, p. XLIX; Osiris and the Egyptian Resurrection, volumen II, pp. 1-11.
15. Traveller's Key to Ancient Egypt, p. 159.
16. Ibíd., p. 158.
17. Atlas of Ancient Egypt, p. 36.
18. From Fetish to God in Ancient Egypt, p. 147: «A juzgar por los Textos de las Pirámides, los sacerdotes de Heliópolis se inspiraban en gran medida en las creencias religiosas de los egipcios predinásticos...» Véase también: The Ancient Egyptian Book of the Dead p. 11.
19. The Orion Mystery, pp. 57-58.
20. Traveller's Key to Ancient Egypt, p. 166; The Ancient Egyptian Pyramid Texts, p. V: «Los Textos de las Pirámides... incluyen textos muy antiguos... Contienen muchas alusiones mitológicas y de otro género, cuyo propósito resulta oscuro al traductor moderno...»
21. The Ancient Egyptian Texts.
22. Ibíd., p. V.
23. James Henry Breasted: The Dawn of Conscience, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1944. p. 69.

ANACRONISMOS Y ENIGMAS

Eché un vistazo a la cámara de Unas y examiné las largas hileras de jeroglíficos que cubrían sus muros grises, en los que aparecían inscritos los Textos de las Pirámides. Estaban escritos en una lengua muerta y en ellos se repetía una y otra vez que la vida —la vida eterna— se alcanzaría a través del renacimiento del faraón como estrella en la constelación de Orion. Como recordará el lector, en el capítulo 19 (en el que comparábamos las creencias egipcias con las del antiguo México) aparecen diversas declaraciones que expresan de forma clara esta aspiración:

Oh, Rey, eres la Gran Estrella, el Compañero de Orion, el que surca los cielos con Orion... Ascendes por el este del cielo renovado y rejuvenecido...¹

Aunque eran de una belleza innegable, estos sentimientos no tenían nada de extraordinario, y no era imposible atribuirlos a unas gentes que, según afirma el arqueólogo francés Gastón Maspero, «siempre fueron medio salvajes»². Por otra parte, puesto que Maspero fue el primer egiptólogo que penetró en la pirámide de Unas³, y se le consideraba una destacada autoridad en materia de los textos, no debe sorprendernos el hecho de que sus opiniones influyeran en todas las respuestas académicas a esta literatura desde que él empezara a publicar unas traducciones los textos en el año 1880⁴. Maspero (con un poco de ayuda por parte de un chacal) había revelado los Textos de las Pirámides al mundo. A partir de ahí el peso de sus prejuicios particulares sobre el pasado actuó a modo de filtro sobre los conocimientos, inhibiendo varias interpretaciones de las frases más opacas o herméticas de estos textos. Esto me pareció desafortunado, por decirlo de una forma suave. Lo que significaba era que, pese a los enigmas de carácter técnico y científico planteados por monumentos como la Gran Pirámide de Gizeh, los expertos habían hecho caso omiso de las implicaciones de algunas de las frases más interesantes de los textos.

Estas frases parecían que trataran de expresar unas complejas imágenes técnicas y científicas en una lengua por completo inapropiada. Tal vez fuera una coincidencia, pero el resultado era comparable al que obtendríamos hoy en día si intentáramos traducir la teoría de la relatividad de Einstein a un inglés chauceriano o describir un avión supersónico con un vocabulario derivado del alemán medieval.

¿Imágenes rotas de una tecnología desaparecida?

Tomemos, por ejemplo, el material y los accesorios destinados al uso del faraón mientras éste viajaba hacia el lugar de eterno descanso entre las estrellas:

Los dioses que están en el cielo son llevados a ti, los dioses que se hallan en la Tierra se han reunido para ti, colocan sus manos debajo de ti, construyen una escalera para que asciendas por ella hacia el cielo, y las puertas del cielo se abren para ti, las puertas del firmamento estrellado se abren para ti⁵.

El faraón que ascendía a los cielos era identificado con, y denominado con frecuencia, «un Osiris». El mismo Osiris, como hemos visto, a menudo se asociaba con la constelación de Orion. Según la leyenda, Osiris-Orión fue el primero en ascender por la gran escalera que habían construido los dioses. Y algunos párrafos no dejaban lugar a dudas de que esta escalera no se extendía hacia arriba, desde la tierra hasta el cielo, sino hacia abajo, desde el cielo a la tierra. Era descrita como una escala de cuerdas⁶ que colgaba de una «placa de hierro» suspendida en el cielo⁷.

Me pregunté si no se trataría de las extrañas fantasías de unos sacerdotes medio salvajes. O si existía alguna otra explicación para este tipo de alusiones.

En el párrafo 261, «el Rey está en llamas, desplazándose delante del viento hacia el extremo del cielo y el extremo de la tierra... el Rey viaja por el aire y atraviesa la tierra... se le ha ofrecido el medio de ascender al cielo...»⁸.

Adoptando la forma de diálogo, el párrafo 310 decía lo siguiente:

«¡Oh, tú, cuya visión está en su rostro y cuya visión está en el dorso de su cabeza, tráeme esto!»

«¿Qué barca será conducida hasta ti?»

«Tráeme: “vuela y se posa”.»⁹

El párrafo 323, supuestamente pronunciado por el propio rey, dice así: «Yo soy el que ha escapado de la serpiente enroscada, he ascendido en un estallido de fuego

tras haberme dado la vuelta. Los dos cielos vienen a mí.»¹⁰

Y en el párrafo 669, se pregunta: «¿Con qué medios puede volar el Rey hacia arriba?»

Y la respuesta es ésta: «Te traeremos la corteza áeHnw [palabra en cursiva intraducible] y el... [falta texto] del ave hn [palabra en cursiva intraducible].

Volarás hacia arriba con eso... Volarás y te posarás.»¹¹

Algunos otros párrafos también me parecieron dignos de un estudio más profundo que el que le dedicaron las autoridades en la materia.

He aquí algunos ejemplos:

Oh, mi padre, gran rey, la abertura de la ventana del cielo está abierta para ti¹².

La puerta del cielo en el horizonte se abre para ti, los dioses celebran reunirse contigo... Ocuparás este trono de hierro que es tuyo, como el Grande que se halla en Heliópolis¹³.

Oh, rey, ascenderás hacia lo alto... El ciclo se dobliga ante ti, la tierra se inhibe ante ti, las Estrellas Imperecederas te temen... He venido a ti, oh, rey, cuyos asientos se encuentran ocultos, para abrazarte en el cielo...¹⁴

La tierra habla, la puerta de la tierra-dios está abierta, las puertas de Geb se han abierto para ti... Ascenderás al cielo y te sentarás en tu trono de hierro¹⁵.

Oh, padre mío, mi rey, así será tu viaje cuando desaparezcas como dios, tu viaje como ser celestial... te hallas en los Cónclaves del horizonte... y te sentarás en este trono de hierro ante el cual se maravillan los dioses...¹⁶

Las constantes referencias al hierro, aunque era fácil no reparar en ellas, resultaban desconcertantes. El hierro, según mis conocimientos, había sido un metal muy raro en el Antiguo Egipto, especialmente en la Era de las Pirámides, cuando sólo existía en forma meteorítica¹⁷. Pero aquí, en los Textos de las Pirámides, abundaban los objetos de hierro, placas de hierro, tronos de hierro y en otro lugar un cetro de hierro (párrafo 665C), e incluso huesos de hierro para el rey (párrafos 325, 684 y 723)¹⁸.

En la lengua del Antiguo Egipto el hierro se llamaba bja, una palabra que significaba literalmente «metal del cielo», o «metal divino»¹⁹. El conocimiento del hierro era considerado otro don de los dioses...

¿Depositarios de una ciencia perdida?

¿Qué otras huellas dejaron esos dioses en los Textos de las Pirámides?²⁰

A lo largo de mis lecturas —aquí y entre los párrafos más arcaicos— hallé varias metáforas que parecían referirse al transcurso de épocas de tiempo precesional. Estas metáforas destacaban entre otras por aparecer expresadas en lo que había venido a convertirse para mí en una terminología familiar: la del arcaico lenguaje científico identificado por Santillana y Von Dechend en *Hamlet's Mill*²¹.

El lector recordará que uno de los instrumentos que se empicaban con frecuencia en el lenguaje antiguo era un «diagrama» cósmico de los cuatro soportes del cielo. Su propósito era ayudar a la visualización de las cuatro bandas imaginarias que enmarcaban, sostenían y definían las eras precesionales. Éstas eran lo que los astrónomos denominan los «coluros equinocciales y solsticiales», los cuales descenden formando unas anillas del polo norte celestial y marcan las cuatro constelaciones sobre cuyo fondo, durante períodos de 2.160 años, el Sol sale en los equinoccios de primavera y otoño y en los solsticios de invierno y verano²².

Los Textos de las Pirámides parecen contener varias versiones de este diagrama. Por otra parte, como suele ocurrir en el caso de los mitos prehistóricos que transmiten datos astronómicos reales, el simbolismo precesional está salpicado de imágenes violentas de una destrucción terrestre, sugiriendo que «la rotura de la muela del cielo», esto es, la transición cada 2.160 años de un zodíaco a otro, podría, en circunstancias aciagas, tener unos efectos catastróficos sobre hechos terrestres.

Así, se decía que:

Ra-Atum, el dios que se creó a sí mismo, gobernaba sobre reyes, dioses y hombres pero la humanidad se rebeló contra él, pues había comenzado a envejecer, sus huesos se convirtieron en plata, su carne en oro y su cabello en lapislázuli²³.

Al darse cuenta de lo que ocurría, el anciano dios del sol (quien nos recuerda a Tonatiuh, el sanguinario Quinto Sol de los aztecas) decidió castigar esa insurrección y aniquiló a la mayor parte de la raza humana. El instrumento de la catástrofe que desencadenó aparecía en ocasiones simbolizado como una feroz leona cubierta de sangre y en otras como la temible diosa Sekhmet, dotada de una cabeza de león, quien «derramó un fuego que brotaba de ella misma» y destruyó a la humanidad en un éxtasis de sangre²⁴. La terrible destrucción se prolongó durante un largo período. Por fin intervino Ra para salvar la vida del «remanente», los ancestros de la presente humanidad. Esta intervención asumió la forma de un

diluvio que la leona bebió con avidez, para luego caer dormida. Cuando se despertó ya no le interesaba continuar con la destrucción, y la paz se instauró sobre el mundo devastado²⁵.

Entre tanto, Ra decidió distanciarse de lo que quedaba de su creación: «Mi corazón está cansado de la humanidad. Los he matado a [casi] todos, de modo que el [insignificante] remanente no me preocupa...»²⁶

El dios del Sol ascendió al cielo montado sobre Nut, la diosa del cielo, quien (a efectos de la metáfora precesional que sigue) se había transformado en una vaca. Al poco tiempo —en una estrecha analogía con el «árbol-pozo» que se «estremeció» sobre aquella muela de Amlodhi que no cesaba de girar— la vaca «se mareó y empezó a temblar debido a la altura a la que se encontraba»²⁷.

Cuando se quejó a Ra de esta precaria situación, éste ordenó: «Mi hijo Shu se colocará debajo de Nut para velar por mí sobre los soportes celestiales que existen en las sombras. Ponía sobre tu cabeza y procura que no se mueva.»²⁸ Tan pronto como Shu se hubo colocado debajo de la vaca y consiguió estabilizar el cuerpo de ésta, «los cielos y la tierra cobraron vida». Al mismo tiempo, «las cuatro patas de la vaca —según comentó el egiptólogo Wallis Budge en su estudio clásico *The Gods of the Egyptians*— se convirtieron en los cuatro soportes del cielo, en los cuatro puntos cardinales»²⁹.

Al igual que la mayoría de expertos, Budge supuso que los «puntos cardinales» a los que se refería esta tradición del Antiguo Egipto tenían unas connotaciones estrictamente terrestres y que el cielo no representaba otra cosa que el firmamento que hay sobre nuestras cabezas. Dio por sentado que el propósito de la metáfora era el que imagináramos las cuatro patas de la vaca colocadas en los cuatro puntos de la brújula: Norte, Sur, Este y Oeste. Asimismo, opinaba —y hoy en día muy pocos egiptólogos rechazarían esa opinión— que los estúpidos sacerdotes de Heliópolis creían realmente que el cielo poseía cuatro esquinas que se sostenían sobre cuatro patas y que Shu, «el sustentador del cielo por excelencia», permanecía inmóvil como un pilar en el centro del edificio³⁰.

Al interpretarlos de nuevo a la luz de los hallazgos de Antillana y Von Dechend, sin embargo, Shu y las cuatro patas de la vaca celestial aparecen más bien como los componentes de un arcaico símbolo científico que representa el entramado de una era precesional: el eje polar (Shu) y los coluros (las cuatro patas o «soportes» que marcan los puntos cardinales equinocciales y solsticiales en la trayectoria anual del Sol).

Por otra parte, resulta tentador hacer conjeturas respecto a qué era del mundo se refiere el mito...

Teniendo en cuenta la presencia de la vaca podría tratarse de la era de Tauro, aunque los egipcios conocían muy bien la diferencia entre un toro y una vaca. Lo más probable —y, en cualquier caso, a un nivel puramente simbólico— es que se trate de la era de Leo, que abarca aproximadamente del 10970 al 8810 a. C.³¹ La razón es que Sekhmet, el causante de la destrucción de la humanidad al que se refiere el mito, presentaba una forma leonina. Qué mejor forma de simbolizar el turbulento nacimiento de la nueva era de Leo que describir a su heraldo como un león ram-pante, sobre todo si tenemos en cuenta que la era de Leo coincidió con el feroz deshielo del último período glacial, durante el cual innumerables especies de animales se extinguieron de forma súbita y violenta³². Los hombres sobrevivieron a los terribles diluvios y terremotos y a los bruscos cambios climáticos que se registraron, pero es probable que lo hicieran en número muy escaso y en circunstancias muy contadas.

El séquito del Sol y el morador de Sirio

Por supuesto, la facultad de reconocer y definir las eras precesionales en el mito implica que los antiguos egipcios poseían una astronomía observacional más sofisticada y un conocimiento más profundo de la mecánica del sistema solar que cualquier otra civilización antigua³³. Unos conocimientos de este calibre, suponiendo que existieran, serían muy apreciados por los antiguos egipcios, que los habrían transmitido de generación en generación por algún medio secreto. Sin duda, esos conocimientos constituirían unos impenetrables arcanos que los antiguos egipcios habrían confiado a los sacerdotes de Heliópolis y que se habrían recogido, por regla general, en una tradición oral e iniciática³⁴. En caso de que esos conocimientos se guardaran en los Textos de las Pirámides, ¿no sería lógico que se hallaran encubiertos por metáforas y alegorías?

Caminé despacio a través del polvoriento suelo de la cámara mortuoria de Unas, y sentí la densa quietud del aire mientras examinaba las inscripciones en azul y oro que aparecían desteñidas por el paso del tiempo. Expresadas en un lenguaje cifrado varios milenios antes de Copérnico y Galileo, algunos de los párrafos escritos en estos muros parecían ofrecer unas pistas sobre la verdadera naturaleza heliocéntrica del sistema solar.

En uno de ellos, por ejemplo, Ra, el dios del Sol, se describía como sentado sobre un trono de hierro y rodeado por unos dioses menores que no cesaban de moverse a su alrededor, los cuales constituían «su séquito»³⁵. Asimismo, en otro párrafo, se instaba al difunto faraón «a situarse a la cabeza de las dos mitades del cielo y sopesar las palabras de los dioses, los ancianos, que giraban en torno a Ra»³⁶. Si «los ancianos» y los «dioses que rodeaban» a Ra formaban parte de una terminología que se refiere a los planetas de nuestro sistema solar, los autores originales de los Textos de las Pirámides debían de tener acceso a unos datos astronómicos increíblemente avanzados. Debían de saber que la Tierra y los planetas giraban en torno al Sol, y no a la inversa³⁷. El problema es que no hay constancia de que los antiguos egipcios ni tampoco sus sucesores, los griegos, ni los europeos hasta el Renacimiento, poseyeran unos datos cosmológicos de este calibre. ¿Cómo es posible, por tanto, explicar su presencia en unas composiciones que se remontan a los albores de la civilización egipcia?

Otro misterio, que tal vez guarde algún tipo de relación con lo anterior, se refiere a la estrella Sirio, que los egipcios identificaban con Isis, la hermana y consorte de Osiris y madre de Horus. En un párrafo dedicado al propio Osiris, los Textos de las Pirámides dicen lo siguiente:

Tu hermana Isis vino a ti deleitándose en su amor por ti. Tú la colocaste sobre ti, tu semilla la penetró, y quedó preñada con la estrella Sept [Sirio, la Estrella Can]. Horus-Sept nació de ti en forma de Horus, morador de Sirio³⁸. Por supuesto, este párrafo permite multitud de interpretaciones. Lo que me intrigó, sin embargo, fue la clara implicación de que Sirio debía considerarse una entidad dual, en cierto aspecto comparable a una mujer preñada. Por otra parte, después del nacimiento (o creación) de su hijo, el texto nos recuerda que Horus siguió «morando en Sirio», posiblemente sugiriendo que permaneció junto a su madre.

Sirio es una estrella muy singular. Se trata de un punto de luz fulgurante, que destaca en especial durante los meses invernales en el cielo nocturno del hemisferio septentrional, y que consiste en un sistema estelar binario, es decir, que constituye, tal como indican los Textos de las Pirámides, una «entidad dual». El componente principal, Sirio-A, es lo que vemos. Sirio-B, la estrella enana que

gira alrededor de Sirio-A, es invisible al ojo humano. Su existencia no se reveló a la ciencia occidental hasta 1862, cuando el astrónomo norteamericano Alvin Clark la detectó a través de uno de los mayores y más avanzados telescopios de la época³⁹. ¿Cómo es posible que los escribas que redactaron los Textos de las Pirámides supieran que Sirio contenía dos estrellas en una?

Yo sabía que en *The Sirius Mystery*, un importante libro publicado en 1976, Robert Temple, autor americano, ofrecía unas respuestas extraordinarias a esta pregunta⁴⁰. Su estudio se centraba en las creencias tradicionales de la tribu de los dogon de África occidental, unas creencias en las que el carácter binario de Sirio se describía de forma explícita y en las que se proponía con acierto la cifra de cincuenta años con respecto al periodo de la órbita de Sirio-B alrededor de Sirio-A⁴¹. Temple explica que esta valiosa información técnica había sido transmitida a los dogon por parte de los antiguos egipcios a través de un proceso de difusión cultural, y que era a los antiguos egipcios a quienes debíamos acudir en busca de la respuesta al misterio de Sirio. Asimismo, Temple afirmaba que los antiguos egipcios debieron de recibir esa información de unos seres inteligentes que provenían de la región de Sirio⁴².

Al igual que Temple, yo había comenzado a sospechar que los elementos más avanzados y los sofisticados elementos de la ciencia egipcia sólo tenían sentido si se entendían como parte de una herencia. A diferencia de Temple, sin embargo, yo no veía ninguna razón para apresurarnos a atribuir esa herencia a unos extraterrestres. En mi opinión, los curiosos conocimientos de astronomía que poseían los sacerdotes de Heliópolis se explicaban de forma más plausible como el legado de una civilización humana desaparecida que, en contra de la corriente de la Historia, había adquirido un alto nivel tecnológico en la Antigüedad remota. Creo que es posible que la fabricación de un instrumento capaz de identificar a Sirio-B se encontrara al alcance de los exploradores y científicos desconocidos que crearon los asombrosos mapas del mundo prehistórico que aparecen comentados en la parte I de este libro. Del mismo modo, tampoco habría rebasado el grado de inteligencia de los desconocidos astrónomos y medidores del tiempo el hecho de legar a los antiguos mayas un calendario de extraordinaria complejidad, la creación de una base de datos sobre los movimientos de los cuerpos celestes que sólo podía ser producto de miles de años de observaciones correctamente interpretadas, así como una facilidad para manejar grandes números

más propia de las necesidades de una compleja sociedad tecnológica que de un «primitivo» reino centroamericano⁴³.

Millones de años y el movimiento de las estrellas

También aparecen grandes números en los Textos de las Pirámides, por ejemplo en la simbólica «barca de millones de años», en la que se dice que el dios del Sol navegó por el erial tenebroso y falto de aire del espacio interestelar⁴⁴. Tot, dios de la sabiduría («el que cavila en el cielo, el contador de estrellas, el que mide la Tierra»), estaba facultado para conceder una vida de millones de años al difunto faraón⁴⁵. Se dice que Osiris, «rey de la eternidad, señor de lo imperecedero», atravesó millones de años a lo largo de su vida⁴⁶. Y cifras como «decenas de millones de años» (y la desconcertante cifra de «un millón de millones de años»)⁴⁷ aparecen con la suficiente frecuencia para pensar que ciertos elementos de la cultura de los antiguos egipcios habrían evolucionado y llegado de alguna forma a estas gentes de mentalidad científica con algo más que unos conocimientos superficiales sobre la inmensidad del tiempo.

Como es lógico, estas gentes requerían un excelente calendario que les facilitara sus complejos y precisos cálculos. Por consiguiente, no nos sorprende averiguar que los antiguos egipcios, al igual que los mayas, poseían un calendario de estas características y que su comprensión respecto al funcionamiento del mismo declinó, en lugar de perfeccionarse, con el paso del tiempo⁴⁸. Resulta tentador interpretar esto como la erosión paulatina de un cuerpo de conocimientos heredado hacía muchísimo tiempo, una impresión que viene avalada por los mismos egipcios, quienes no ocultaban el convencimiento de que su calendario era un legado que habían recibido «de los dioses».

En capítulos sucesivos examinaremos con mayor detalle la posible identidad de estos dioses. Quienesquiera que fuese, debieron de dedicar mucho tiempo a observar las estrellas, acumulando gran cantidad de conocimientos avanzados y especializados, sobre todo con respecto a la estrella Sirio. Otra prueba que sustenta esta hipótesis es el regalo del calendario de mayor utilidad que al parecer los dioses concedieron a los egipcios: el ciclo sotíaco (o sirio)⁴⁹.

El ciclo sotíaco se basaba en lo que en la jerga técnica se denomina «el retorno

periódico de la salida heliaca de Sirio* que constituye la primera aparición de esta estrella después de una ausencia temporal, saliendo al amanecer poco antes que el Sol en la parte este del cielo⁵⁰. En el caso de Sirio, el intervalo entre esta salida y la siguiente equivale exactamente a 365.25 días, una cifra matemáticamente armoniosa, no complicada por otros puntos decimales, que representa doce minutos más que la duración del año solar⁵¹.

Lo curioso es que entre las dos mil estrellas que se calcula hay en el cielo visibles al ojo humano, Sirio es la única que sale heliacalmente en este preciso y redondeado intervalo de 365 y un cuarto de día, un producto único de su «movimiento propio» (la velocidad de su propio movimiento a través del espacio) combinado con los efectos de la precesión de los equinoccios⁵². Por otra parte, se sabe que el día de la salida heliaca de Sirio —el día de Año Nuevo, según el calendario de los antiguos egipcios— era tradicionalmente calculado en Heliópolis, donde se compilaron los Textos de las Pirámides, y se anunciaba por anticipado a todos los grandes templos que se hallaban a orillas del Nilo⁵³.

Recordé que los Textos de las Pirámides aludían directamente a Sirio por «su nombre de Año Nuevo»⁵⁴. Junto con otros párrafos relevantes (por ejemplo, el 669⁵⁵), esto venía a confirmar que el calendario sotíaco era cuando menos tan antiguo como los propios textos⁵⁶, y que su origen se remontaba a los albores de la Antigüedad. El gran enigma es éste: ¿cómo es posible que en una época tan remota unas gentes poseyeran los conocimientos suficientes para observar y tomar nota de la coincidencia del período de 365.25 días con la salida heliaca de Sirio, una coincidencia que el matemático francés R. A. Schwaller de Lubicz describe como «un fenómeno celeste absolutamente excepcional»?⁵⁷

No podemos por menos que reconocer la grandeza de una ciencia capaz de descubrir una coincidencia semejante. Se eligió la doble estrella de Sirio porque era la única estrella que se desplazaba la distancia necesaria y en la dirección adecuada sobre el fondo de otras estrellas. Este hecho, conocido desde hace miles de años antes de nuestra era y olvidado hasta nuestros días, sin duda exige una extraordinaria y prolongada observación del cielo⁵⁸.

Todo indica que Egipto se benefició de este magnífico legado —producto de muchos siglos de una astronomía observacional precisa y de los cálculos científicos— desde el inicio del período histórico, y que todo ello se halla expresado en los Textos de las Pirámides.

También esto encierra un misterio...

¿Copias o traducciones?

En 1934, año de su fallecimiento, Wallis Budge, ex conservador de Antigüedades Egipcias en el Museo Británico y autor de un brillante diccionario jeroglífico⁵⁹, reconoció con franqueza lo siguiente:

Los Textos de las Pirámides están plagados de todo tipo de dificultades. Desconocemos el significado exacto de un gran número de palabras... La construcción de la frase con frecuencia entorpece cualquier intento de traducirla, y cuando contiene palabras desconocidas se convierte en un enigma indescifrable. Es razonable suponer que estos textos fueron a menudo utilizados con fines funerarios, pero al mismo tiempo está claro que el período en que se utilizaron en Egipto abarcó poco más de cien años. El motivo de que comenzaran a utilizarlos a finales de la quinta dinastía y cesaran de emplearlos hacia el fin de la sexta dinastía resulta inexplicable⁶⁰.

¿Es posible que la respuesta resida en que eran copias de una literatura anterior que Unas, el último faraón de la quinta dinastía, junto con varios sucesores suyos de la sexta dinastía, trató de plasmar para siempre en piedra en las cámaras mortuorias de sus pirámides? Budge así lo creía, y opinaba que la evidencia indica que algunos de los documentos originales debían de ser extraordinariamente antiguos:

Varios párrafos indican que los escribas que realizaron las copias a partir de las cuales trabajaban quienes esculpían las inscripciones en piedra no comprendían lo que escribían... Tenemos la impresión de que los sacerdotes que realizaron las copias hicieron unos extractos de varias composiciones que pertenecían a épocas diversas y cuyo contenido era distinto⁶¹.

Todo esto daba por sentado que los documentos originales, fueran cuales fuesen, debían de haberse escrito en la forma arcaica del lenguaje del Antiguo Egipto. No obstante, existía otra posibilidad que Budge no había considerado. Supongamos que la tarea de los sacerdotes consistiera no sólo en copiar material, sino en traducir a jeroglíficos unos textos compuestos originariamente en otra lengua. Si esa lengua comprendía una terminología técnica y referencias a artefactos y conceptos para los que no existían equivalentes en el lenguaje del Antiguo Egipto, ello explicaría la extraña impresión que producen ciertos párrafos de los textos.

Por otro lado, si la tarea de copiar y traducir los documentos originales se completó a fines de la sexta dinastía, resulta fácil comprender la razón de que no se grabaran más «Textos de las Pirámides»: el proyecto se habría suspendido una vez alcanzado el propósito que se perseguía, esto es, crear un documento jeroglífico permanente de una literatura sagrada que era ya antiquísima cuando Unas subió al trono de Egipto en el 2356 a. C.

¿Los últimos documentos de la Primera Época?

Puesto que deseábamos recorrer tanta distancia hasta Abydos como fuera posible antes del anochecer, Santha y yo decidimos de mala gana que debíamos reanudar nuestro viaje.

Aunque en un principio nos habíamos propuesto pasar sólo unos minutos, la sombría penumbra y las voces antiguas de la cámara mortuoria de Unas nos habían cautivado de tal forma que habían transcurrido casi dos horas desde nuestra llegada. Con las cabezas agachadas, abandonamos la tumba y nos dirigimos a través del empinado pasadizo hacia la salida, donde nos detuvimos para que nuestros oídos se adaptaran a la intensa luz del sol. Al salir aproveché la ocasión para echar un vistazo a la pirámide, la cual presentaba un aspecto tan ruinoso y decadente que su forma primitiva apenas era reconocible. La mampostería, reducida a poco más que un montón de cascotes, era evidentemente de mala calidad, y los sillares de paramento —algunos de los cuales estaban todavía intactos— no exhibían la finura y el delicado trabajo artesanal que mostraban las pirámides más antiguas de Gizeh.

Aquello resultaba difícil de explicar en términos convencionales. Si los procesos evolutivos normales que rigen el desarrollo de las técnicas y conceptos arquitectónicos habían estado presentes en Egipto, lo lógico era que el diseño, ingeniería y mampostería de la pirámide de Unas fueran superiores a los del grupo de Gizeh, el cual, según la cronología ortodoxa, se había construido con dos siglos de anterioridad⁶².

Pero éste no era el caso (es decir, Gizeh era «mejor» que Unas, y no a la inversa), y ello creaba serios problemas a los egiptólogos y planteaba unos interrogantes a los que aún no se habían ofrecido respuestas satisfactorias. El problema central era el siguiente: todo lo referente a las tres imponentes y soberbias pirámides de Keops, Kefrén y Mi-kerinos proclamaba que eran producto de cientos, quizá miles, de años de experiencia en materia de arquitectura e ingeniería. Ese hecho no estaba sustentado por la evidencia arqueológica, la cual demostraba sin lugar a dudas que constituían unas de las pirámides más antiguas que se habían construido en Egipto, es decir, que no eran producto de la fase madura de la

experimentación del país en materia de construcción de pirámides, sino que provenían de su etapa más temprana como civilización.

Existía otro misterio que era preciso resolver. En las tres grandes pirámides de Gizeh, la cuarta dinastía de Egipto había levantado unas mansiones eternas, unas obras Maestras insuperables y sin precedentes de proporciones colosales que incorporaban numerosos elementos en extremo avanzados.

No existen en el mundo unas pirámides de calidad comparable. Pero un poco más tarde, debajo de las superestructuras más reducidas y destartaladas de las pirámides de la quinta y sexta dinastía, se creó una especie de sala de archivos: una exposición permanente de copias o traducciones que era, al mismo tiempo, una obra maestra insuperable y sin precedentes del arte jeroglífico y de los escribas.

En suma, al igual que las pirámides de Gizeh, daba la impresión de que los Textos de las Pirámides habían irrumpido en escena sin ningún antecedente, erigiéndose en protagonistas durante aproximadamente cien años antes de que se «suspendieran las operaciones», para no ser retomadas jamás.

Es de suponer que los antiguos reyes y sabios que habían dispuesto estas cosas sabían lo que hacían. En tal caso, debían de tener un plan en mente, y sin duda pretendían que se observara una clara relación entre las pirámides de Gizeh, desprovistas de inscripciones (pero técnicamente brillantes) y las pirámides cubiertas de brillantes inscripciones (pero técnicamente defectuosas) de la quinta y sexta dinastía.

Asimismo, yo sospechaba que parte de la respuesta a este problema residía en las pirámides de Dahsur, frente a las cuales pasamos quince minutos después de abandonar Saqqara. Era aquí donde se hallaban emplazadas las pirámides Truncada y Roja. Atribuidas a Snefru, padre de Keops, estos dos monumentos (muy bien conservados) habían permanecido cerrados al público durante años. En sus inmediaciones se había construido una base militar y durante largo tiempo fue imposible visitarlas, bajo ninguna circunstancia...

Mientras proseguíamos nuestro viaje hacia el sur, a través de los brillantes colores de aquel día de diciembre, me sentí invadido por la sensación de que el valle del Nilo había sido escenario de trascendentes acontecimientos mucho antes de los inicios de la Historia. Los documentos más recientes y las tradiciones de Egipto se referían a esos acontecimientos asociándolos con la época durante la cual los dioses habían gobernado la Tierra: la fabulosa Primera Época,

denominada Zep Tepi⁶³. En los dos capítulos siguientes nos ocuparemos de estos documentos.

NOTAS

1. The Ancient Egyptian Pyramid Texts, líneas 882, 883; véase también: inter alia, las líneas 2.115 y 2.116.
2. The Gods of the Egyptians, volumen I, p. 117.
3. Hecho ocurrido el 28 de febrero de 1881; véase: The Orion Mystery, p. 59.
4. The Ancient Egyptian Pyramid Texts, p. V.
5. Ibid., p. 227, párrafo 572.
6. Ibid., p. 297, párrafo 688: «Atum ha cumplido lo que prometió hacer por su rey; ha anudado la escala de cuerdas para él.»
7. The Gods of the Egyptians, volumen II, p. 241.
8. The Ancient Pyramid Texts, p. 70. párrafo 261.
9. Ibid., p. 97.
10. Ibid., p. 197.
11. Ibid., p. 284.
12. Ibid., p. 249, párrafo 604.
13. Ibid., pp. 253-254, párrafo 610.
14. Ibid., p. 280, párrafo 667.
15. Ibid., p. 170, párrafo 483.
16. Ibid., p. 287, párrafo 673.
17. B. Scheel: Egyptian Metalworking and Tools, Shire Egyptology, Aylesbury, 1989; G. A. Wainwright, «Iron in Egypt», Journal of Egyptian Archaeology, vol. 18, 1931.
18. The Ancient Egyptian Pyramid Texts, pp. 276, 105, 294, 311.
19. Egyptian Metalworking and Tools, p. 17; «Iron in Egypt», pp. 6 y ss.
20. Entre los muchos y misteriosos aspectos de los Textos de las Pirámides quizá sea inevitable que apareciera un ser encargado de «abrir el camino». «Las puertas del cielo están abiertas para ti, el cielo estrellado está abierto para ti, el chacal del Alto Egipto viene a ti como Anubis y camina a tu lado.» (The Ancient Egyptian Pyramid Texts, pp. 288-289, párrafo 675.) Aquí, como en otros contextos, la función de la figura canina parece servir a modo de guía de una valiosa y esotérica información ligada a las matemáticas y la astronomía.
21. Véase parte VI del libro para más detalles.
22. Ibid.

23. *Myth and Symbol in Ancient Egypt*, p. 181.
24. La alusión a un derramamiento de fuego se recoge en la obra de Jean-Pierre Hallet: *Pygmy Kitabu*, p. 185.
25. *Myth and Symbol in Ancient Egypt*, pp. 181-185.
26. *Ibid.*, p. 184.
27. *Ibid.*, p. 185.
28. *The Gods of the Egyptians*, volumen II, p. 94.
29. *Ibid.*, pp. 92-94.
30. *Ibid.*, p. 93.
31. *Skyglobe*, 3,6.
32. Véase parte IV del libro.
33. Para un comentario más detallado, véase: *Sacred Science: The King of Pharaonic Theocracy*.
34. El tema del secreto sacerdotal y la tradición oral se comenta ampliamente en: *From Fetish to God in Ancient Egypt*, p. 43: «Es imposible pensar que las órdenes sacerdotales superiores no poseyeran unos conocimientos esotéricos que ocultaban celosamente. Cada orden sacerdotal poseía una “gnosis”, unos “conocimientos superiores” que jamás ponían por escrito... Por tanto, es absurdo esperar encontrar en los papiros egipcios unas descripciones de los secretos que configuraban los conocimientos esotéricos de los sacerdotes.» Véase también p. 27, y *Sacred, Science*, pp. 273-274.
35. Textos de las Pirámides citados en: *The Gods of the Egyptians*, volumen I, p. 158.
36. *Osiris and the Egyptian Resurrection*, volumen I, p. 146.
37. *Sacred Science*, pp. 22-25, 29.
38. *Osiris and the Egyptian Resurrection*, volumen I, p. 93.
39. *Encyclopaedia Britannica*, 1991,10: 845.
40. *The Sirius Mystery*.
41. *Ibid.*, p. 3.
42. *Ibid.*, p. 1.
43. Véase parte III del libro.
44. *The Egyptian Book of the Dead*, p. CXI.
45. *Ibid.*, p. CXVIII. Véase también: *The Gods of the Egyptians*, volumen I, p. 400.
46. *The Egyptian Book of the Dead*, p. 8.
47. *Osiris and the Egyptian Resurrection*, volumen II, p. 248.
48. Para un comentario más detallado, véase: *Death of Gods in Ancient Egypt*, en

- particular pp. 328-330.
49. Sacred Science, p. 27.
 50. Death of Gods in Ancient Egypt, p. 27.
 51. Sacred Science, p. 172.
 52. Ibid., pp. 26-27. Para el tema del número de estrellas visibles al ojo humano, véase: Ian Ridpath y Wil Tirion: Collins Guide to Stars and Planets, Londres, 1984, p. 4.
 53. Sacred Science, p. 173.
 54. The Ancient Egyptian Pyramid Texts, p. 165, línea 964. Sacred Science, p. 287.
 55. The Ancient Egyptian Pyramid Texts, pp. 165, 284; Sacred Science, en particular pp. 287 y sigs.
 56. El horizonte arqueológico que se establece para el calendario puede retroceder aún más debido al reciente hallazgo, en una tumba de la quinta dinastía en el Alto Egipto, de la siguiente inscripción: «Sotis, heraldo del Año Nuevo» (citado en: Death of Gods in Ancient Egypt, p. 40).
 57. Sacred Science, p. 290.
 58. Ibid., p. 27.
 59. E. A. Wallis Budge: An Egyptian Hieroglyphic Dictionary, (2 volúmenes), John Murray, Londres, 1920.
 60. From Fetish to God in Ancient Egypt, pp. 321-322.
 61. Ibid., p. 322.
 62. Atlas of Ancient Egypt, p. 36.
 63. Myth and Symbol in Ancient Egypt, p. 263.

EN BUSCA DE LA PRIMERA ÉPOCA

Los antiguos egipcios describían la Primera Época, Zep Tepi, cuando los dioses gobernaban su país, como una época dorada¹ durante la cual las aguas de los abismos retrocedieron, las tinieblas primordiales desaparecieron y la humanidad emergió a la luz y recibió los dones de la civilización². Referían también la presencia de unos seres intermediarios entre los dioses y los hombres, los urshu, una categoría de divinidades menores cuyo título significaba «los vigilantes»³. Y conservaban unos recuerdos muy nítidos de los dioses, unos seres hermosos y potentes llamados neteru que habitaban en la Tierra junto con la humanidad y ejercían su soberanía desde Heliópolis y otros santuarios ubicados a orillas del Nilo. Algunos de esos neteru eran machos y otros hembras, pero todos poseían poderes sobrenaturales, como la facultad de aparecer bajo la guisa de hombres o mujeres, o bien de animales, aves, reptiles, árboles o plantas. Paradójicamente, sus palabras y obras parecían reflejar las pasiones y preocupaciones humanas. Asimismo, aunque eran más fuertes e inteligentes que los humanos, eran susceptibles de caer enfermos —o morir, o ser asesinados— en determinadas circunstancias⁴.

Documentos de la prehistoria

Los arqueólogos insisten en que la época de los dioses que los antiguos egipcios denominaban la Primera Época, no es sino un mito. Los antiguos egipcios, sin embargo, quienes posiblemente estaban mejor informados sobre su pasado que nosotros, no compartían esa opinión. Los documentos históricos que conservaban en sus venerables templos comprendían unas listas exhaustivas de todos los reyes de Egipto en las que figuraban los nombres de los faraones de todas las dinastías reconocidas hoy en día por los expertos⁵. Algunas de esas listas iban aún más lejos, remontándose más allá del horizonte histórico de la primera dinastía para penetrar en las recónditas profundidades de la Antigüedad remota.

Dos son las listas de reyes de esta categoría que han sobrevivido al paso del tiempo y, después de ser exportadas de Egipto, en la actualidad se conservan en museos europeos. Más adelante examinaremos estas listas de forma más detallada. Se conocen respectivamente como la Piedra de Palermo, la cual data de la quinta dinastía, hacia el siglo XXV a. C., y el Papiro de Turín, un documento de unos templos de la decimonovena dinastía escrito en una forma cursiva de

jeroglíficos conocida como hierática y que data del siglo XIII a. C.⁶

Además, disponemos del testimonio de un sacerdote de Heliópolis llamado Manetón. En el siglo III a. C., éste compiló una exhaustiva y respetada historia de Egipto que proporcionaba una amplia lista de reyes de todo el período dinástico. Al igual que el Papiro de Turín y la Piedra de Palermo, la historia de Manetón se remonta al lejano pasado para referirse a la época en que los dioses gobernaban el valle del Nilo.

No disponemos del texto completo de Manetón, aunque al parecer ya circulaban unas copias del mismo en el siglo IX⁷. Por fortuna, se conservan unos fragmentos de ese texto en los escritos del cronista judío Josefo (año 340 de nuestra era) y de escritores cristianos como El Africano (año 300 de nuestra era), Eusebio (año 340 de nuestra era) y George Syncellus (año 800 de nuestra era)⁸. Estos fragmentos, según el profesor Michael Hoffman de la Universidad de Carolina del Sur, procuran un «entramado para el desarrollo de enfoques modernos al estudio del pasado de Egipto»⁹.

Si bien esto es cierto¹⁰, los egiptólogos están dispuestos a utilizar el texto de Manetón sólo como fuente para el pe-nodo histórico (dinástico) y repudian sus extrañas alusiones a la prehistoria cuando se refiere a la remota y dorada era de la Primera Epoca. ¿Por qué debemos ser tan selectivos con respecto al texto de Manetón? ¿Qué lógica tiene aceptar sus treinta dinastías «históricas» y rechazar todo cuanto aporta sobre épocas anteriores?

Por lo demás, puesto que sabemos que su cronología referente al período histórico ha sido reivindicada por la arqueología¹¹, ¿no es un poco prematuro suponer que su cronología predinástica es errónea porque las excavaciones no han ofrecido todavía unas pruebas que lo confirmen?¹²

Dioses, semidioses y espíritus de los muertos

Si permitimos que Manetón se pronuncie, no tenemos más remedio que acudir a los textos que contienen fragmentos de su obra. Uno de los más importantes es la versión armenia de la Crónica de Eusebio. Comienza por informarnos de que se ha extraído «de la Historia de Egipto de Manetón, quien articuló su obra en tres libros. Estos versan sobre los dioses, los semidioses, los espíritus de los muertos y los reyes mortales que gobernaban Egipto...»¹³. Citando a Manetón

directamente, Eusebio empieza por presentar una lista de dioses que consiste, esencialmente, en el grupo de nueve dioses de Heliópolis: Ra, Osiris, Isis, Horus, Set¹⁴, etcétera:

Éstos fueron los primeros que gobernaron Egipto. A partir de ahí, el cetro del poder pasó de uno a otro en una sucesión ininterrumpida... a lo largo de 13.900 años... Después de los dioses reinaron los semidioses durante 1.255 años; y de nuevo se instauró otro linaje de reyes, quienes gobernaron durante 1.817 años; luego vinieron otros treinta reyes, los cuales reinaron durante 1.790 años; y otros diez reyes, que gobernaron durante 350 años. A continuación gobernaron los espíritus de los muertos durante 5.813 años...¹⁵

El total de esos períodos asciende a 24.925 años y nos lleva mucho más allá de la fecha bíblica de la creación del mundo (hacia el quinto milenio antes de nuestra era)¹⁶. Dado que el texto de Manetón sugiere que la cronología bíblica es errónea, ello creó problemas a Eusebio, un convencido cronista cristiano. Sin embargo, tras meditar sobre el asunto, éste halló una inspirada solución al problema: «Deduzco que Manetón se refiere al año lunar, es decir, al que consiste en treinta días: lo que nosotros llamamos un mes los antiguos egipcios lo consideraban un año...»¹⁷ Por supuesto, esto no es así¹⁸. Sin embargo, debido a este desliz, Eusebio y otros consiguieron reducir el período predinástico de casi 25.000 años propuesto por Manetón a la conveniente cifra de algo más de 2.000 años, la cual encaja cómodamente en los 2.242 años que la cronología bíblica ortodoxa afirma que transcurrieron entre Adán y el diluvio¹⁹.

El monje George Syncellus (hacia el año 800 de nuestra era) emplea una técnica distinta para minimizar las inquietantes implicaciones cronológicas de Manetón. Este cronista, que se apoya por entero en las injurias, escribe: «Manetón, supremo sacerdote de los templos malditos de Egipto, nos habla sobre unos dioses que jamás existieron. Éstos, según afirma Manetón, reinaron durante 11.895 años...»²⁰ Hay otros curiosos y contradictorios números que aparecen con frecuencia. Se dice que Manetón insistía en la desorbitada cifra de 36.525 años que según él constituía la duración de la civilización de Egipto desde los tiempos de los dioses hasta el fin de la decimotercera (y última) dinastía de reyes mortales²¹. Esta cifra incorpora los 365,25 días del año sotíaco (el intervalo entre dos salidas helíacas consecutivas de Sirio, según se describe en el último capítulo). Seguramente no por azar, también representa 25 ciclos de 1.460 años sotíacos, y 25 ciclos de 1.461 años de calendario (puesto que el antiguo calendario civil egipcio se articulaba en

torno a un «año impreciso» de 365 días exactamente)²².

¿Qué significa todo esto? No lo sabemos con certeza. Sin embargo, entre este cúmulo de números e interpretaciones destaca con toda claridad un aspecto del mensaje de Manetón. Con independencia de lo que nos hayan dicho sobre el progreso ordenado de la historia, Manetón sugiere que unos seres civilizados (ya fueran dioses u hombres) estuvieron presentes en Egipto durante un período inmensamente largo antes de la aparición de la primera dinastía hacia el 3100 a. C.

Diodoro Sículo y Herodoto

En este aserto, Manetón es avalado por los escritores clásicos.

En el siglo I a. C., por ejemplo, el historiador griego Diodoro Sículo visitó Egipto. C. H. Oldfather, su traductor más reciente, lo describe con acierto como un «compilador objetivo que utilizaba buenas fuentes y las reproducía con fidelidad»²³.

Lo que esto significa, lisa y llanamente, es que Diodoro no intentaba imponer sus prejuicios y conceptos sobre el material que recogía. Por tanto, nos resulta muy valioso porque entre sus informadores se incluían sacerdotes egipcios a quienes interrogaba sobre el misterioso pasado de su país. Esto es lo que ellos le contaron:

Al principio Egipto fue gobernado durante algo menos de dieciocho mil años por dioses y héroes; el último dios que gobernó el país fue Horus, hijo de Isis... Unos mortales fueron reyes de su país, según dicen, durante algo menos de cinco mil años...²⁴

Revisemos estos números de forma «objetiva». Diodoro escribió en el siglo I a. C. Si retrocedemos a partir de ahí los cinco mil años durante los cuales se supone que gobernaron unos «reyes mortales», llegamos aproximadamente al 5100 a. C.; y si retrocedemos aún más hasta el inicio de la era de los «dioses y héroes», llegamos al 23.100 a. C., cuando el mundo se encontraba todavía inmerso en el último período glacial.

Mucho antes de que llegara Diodoro, Egipto había sido visitado por otro historiador griego más ilustre: el gran Herodoto, que vivió en el siglo V a. C. También él, según parece, tenía tratos con los sacerdotes y consiguió que le

relataran tradiciones que hablaban sobre la presencia de una civilización superior en el valle del Nilo, en una fecha no especificada de la Antigüedad remota. Herodoto describe estas tradiciones de un inmenso período prehistórico de civilización egipcia en el Libro II de su Historia. En este mismo documento nos ofrece, sin comentario, una información que recabó de los sacerdotes de Heliópolis:

Durante esta época, según dijeron, el Sol abandonó en cuatro ocasiones su lugar acostumbrado, saliendo en dos ocasiones por donde se pone actualmente, y poniéndose en dos ocasiones por donde sale en la actualidad²⁵.

¿Qué significa esto?

Según el matemático francés Schwaller de Lubicz, lo que Herodoto nos transmite (acaso sin pretenderlo) es una velada y confusa referencia a un período de tiempo, es decir, el tiempo requerido para que la salida del Sol en el equinoccio vernal avance con movimiento precesional sobre el fondo estelar a través de un ciclo y medio completo del zodiaco²⁶. Como hemos visto, el Sol equinoccial pasa aproximadamente 2.160 años en cada una de las doce constelaciones zodiacales. Un ciclo completo de precesión de los equinoccios tarda por tanto casi 26.000 años en completarse (12 por 2.160 años). De ello se deduce que un ciclo y medio tarda casi 39.000 años en completarse (18 por 2.160). En tiempos de Herodoto, el Sol en el equinoccio vernal salía por el este al amanecer sobre el fondo estelar de Aries, fomento en el cual la constelación de Libra se encontraba «en oposición», o sea, situada al oeste, donde el Sol se pondría doce horas más tarde. Si hacemos retroceder el reloj de la precesión medio ciclo —seis casas del zodiaco o aproximadamente 13.000 años— comprobamos que la situación se ha invertido: el Sol vernal sale por el este en Libra, mientras que Aries se halla en oposición. Si retrocedemos otros 13.000 años, la situación vuelve a cambiar: el Sol vernal sale de nuevo en Aries, mientras que Libra se encuentra en oposición.

Esto nos lleva a 26.000 años antes de Herodoto.

Si retrocedemos otros 13.000 años, otro medio ciclo precesional, a 39.000 años antes de Herodoto, el Sol vernal regresa a Libra, y Aries se halla de nuevo en oposición.

La cuestión es la siguiente: con 39.000 años tenemos un período de tiempo durante el cual puede decirse que el Sol «sale en dos ocasiones por donde se pone actualmente», esto es, en Libra en la época de Herodoto (y de nuevo 13.000 años antes y 39.000 años antes), y «se pone en dos ocasiones por donde sale en la

actualidad», o sea, en Aries en la época de Herodoto (y de nuevo 13.000 antes y 39.000 años antes)²⁷. Si la interpretación de Schwaller es correcta —y todo indica que lo es—, ello sugiere que los sacerdotes que informaban al historiador griego debían de tener acceso a unos datos precisos sobre el movimiento precesional del Sol, que se remontaban como mínimo a 39.000 años antes de su propia era.

El Papiro de Turín y la Piedra de Palermo

La cifra de 39.000 años encaja sorprendentemente bien con el testimonio del Papiro de Turín (una de las dos listas supervivientes de los reyes egipcios antiguos que se remonta a los tiempos prehistóricos antes de la primera dinastía).

Originariamente guardado en la colección del rey de Cerdeña, el frágil y deteriorado papiro, de tres mil años de antigüedad, fue enviado en una caja, sin envolver, a su sede actual en el Museo de Turín. Como cualquier escolar habría sido capaz de predecir, llegó roto en múltiples pedazos. Los expertos se vieron obligados a trabajar durante años para recomponerlo e interpretar lo que aparecía escrito en él, e hicieron un excelente trabajo²⁸. No obstante más de la mitad del contenido de este precioso documento resultó imposible de reconstruir²⁹.

¿Qué habríamos averiguado sobre la Primera Época si el Papiro de Turín hubiera estado intacto?

Los fragmentos que han llegado hasta nosotros son muy interesantes. En un apartado, por ejemplo, leemos los nombres de diez neteru con cada nombre escrito en un cartucho (un espacio oblongo), un estilo que fue adoptado en épocas posteriores por los reyes históricos de Egipto. En el papiro aparecía el número de años que se creía que había reinado cada neter, aunque en el deteriorado documento falta la mayoría de estos números³⁰.

En otra columna aparece una lista de reyes mortales que gobernaron en el Alto y Bajo Egipto después de los dioses, pero con anterioridad a la supuesta unificación del reino bajo Menes, el primer faraón de la primera dinastía, en el 3100 a. C. A través de los fragmentos que han sobrevivido deducimos que se hacía mención a nueve «dinastías» de faraones predinásticos, entre los cuales se hallaban «los venerables de Menfis», «los venerables del Norte» y, por último, los Shemsu-Hor (los Compañeros, los Seguidores, de Horus), quienes gobernaron hasta la época de Menes. Las últimas dos hileras de la columna, que al parecer representan un resumen o inventario, son particularmente interesantes. Dicen: «... los venerables

Shemsu-Hor, 13.420 años; reinados antes que los Shemsu-Hor, 23.200 años; total 36.620 años»³¹.

La otra lista de reyes pertenecientes a los tiempos prehistóricos es la Piedra de Palermo, que no nos obliga a remontarnos a épocas tan pretéritas como el Papiro de Turín. Los datos más antiguos que figuran en ella se refieren al reinado de ciento veinte reyes que gobernaron en el Alto y Bajo Egipto durante el último período predinástico: los siglos inmediatamente anteriores a la unificación del país en el 3100 a. C.³² De nuevo, no sabemos qué otros datos, quizá relativos a períodos muy anteriores, se habrían inscrito en esta enigmática losa de basalto negro, puesto que tampoco ha llegado hasta nosotros intacta. Desde 1887 el fragmento más grande se conserva en el Museo de Palermo, en Sicilia; un segundo fragmento se halla expuesto en Egipto en el Museo de El Cairo; y un fragmento mucho más reducido forma parte de la Colección Petrie, en la Universidad de Londres³³. Según los arqueólogos, es probable que estos fragmentos se desprendieran del centro de un monolito que debía de medir unos dos metros de longitud por medio metro de alto (colocado de pie sobre su lado más largo)³⁴. Por otra parte, según ha observado una autoridad en la materia:

Es muy posible —e incluso probable— que existan muchos otros fragmentos de este valioso monumento, pero ignoramos dónde se hallan. El caso es que sabemos que existió un documento en el que figuraba el nombre de todos los reyes del período arcaico, junto con el número de años en que cada uno ocupó el trono y los hechos más destacados de su reinado. Estos hechos se compilaron durante la quinta dinastía, tan sólo unos setecientos años después de la unificación, por lo que el margen de error debía de ser muy pequeño...³⁵

El profesor Walter Emery, a quien corresponden las palabras citadas más arriba, estaba lógicamente preocupado por la ausencia de importantes detalles referentes al período arcaico, del 3200 a. C., al 2900 a. C.³⁶, en el cual centraba su interés como especialista en la materia. Imaginemos lo que una Piedra de Palermo intacta nos contaría sobre épocas aún más antiguas, en concreto sobre la Zep Tepi, la era dorada de los dioses.

A medida que profundizamos en los mitos y recuerdos del extenso pasado de Egipto y nos aproximamos a la legendaria Primera Época, más extraños son los

paisajes que nos rodean... tal como comprobaremos más adelante.

NOTAS

1. Myth and Symbol in Ancient Egypt, pp. 163-164; véase también: Nicolas Grimal: A History of Ancient Egypt, Blackwell Cambridge, 1992, p. 46.
2. New Larousse Encyclopaedia of Mythology, p. 16.
3. The Gods of the Egyptians, volumen I, pp. 84, 161; The Ancient Egyptian Pyramid Texts, pp. 124, 308.
4. Osiris and the Egyptian Resurrection, volumen I, p. 352.
5. Michael Hoffman: Egypt before the Pharaohs, Michael O'Mara Books, 1991, pp. 12-13; Archaic Egypt, pp. 21-23; The Encyclopaedia of Ancient Egypt, pp. 138-139.
6. Egypt before the Pharaohs, pp. 12-13; The Encyclopaedia of Ancient Egypt, pp. 200,268.
7. Egypt before the Pharaohs, p. 12.
8. Archaic Egypt, p. 23; Manetho, (traduc. W. G. Waddell), William Heinemann, Londres, 1940, Introducción pp. XVI-XVII.
9. before the Pharaohs, p. 11.
10. Ibid., p. 11-13; Archaic Egypt pp. 5,23.
11. Véase, por ejemplo: Egypt before the Pharaohs, pp. 11-13.
12. Es una cuestión muy importante a tener en cuenta en una disciplina como la egiptología, donde buena parte de los documentos del pasado se ha perdido debido a expolios, los estragos del tiempo y las actividades de arqueólogos y buscadores de tesoros. Además, un gran número de yacimientos egipcios aún permanecen sin explorar, y muchos se encuentran fuera de nuestro alcance, debajo del sedimento de lodo milenario del delta del Ni-lo (o debajo de los suburbios de El Cairo), e incluso en sitios bien estudiados como la necrópolis de Gizeh existen inmensas áreas —por ejemplo, el lecho rocoso debajo de la Esfinge— que esperan ser investigadas por los excavadores.
13. Manetho, p. 3.
14. Ibid., pp. 3-5.
15. Ibid., p. 5.
16. Encyclopaedia Britannica, 1991,12:214-215.
17. Manetho, p. 5.
18. No existe prueba alguna de que los antiguos egipcios confundieran los años y los meses, ni que consideraran que los primeros eran los segundos o a la inversa; ibid., p. 4, nota 2.

19. Ibid., p. 7.
20. Ibíd., p-15.
21. Ibid., p. 231; véase también: *The Splendour that was*
22. Al igual que los mayas, (véase parte III), los antiguos egipcios utilizaban con fines administrativos un calendario de año civil (o año impreciso) de 365 días exactamente. Véase: *Sky Watchers of Ancient Mexico*, p. 151, para más detalles sobre el año preciso maya. El calendario de año civil egipcio estaba dirigido al año soático, de forma que ambos coincidieran en la misma posición día/mes una vez cada 1.461 días del calendario.
23. Diodorus Siculus, traducido por C. H. Oldfather, Harvard University Press, 1989, texto de solapa.
24. Ibid., volumen I, p. 157.
25. *The History*, pp. 193-194. En el siglo primero de la era cristiana el erudito romano Pomponio Mela describió una tradición similar: «Los egipcios se jactan de ser el pueblo más antiguo del mundo. En sus anales auténticos puede leerse que desde que existen, el curso de las estrellas ha cambiado cuatro veces, y que el Sol se ha puesto en dos ocasiones en la parte del cielo donde actualmente sale.» (Pomponio Mela: *De Situ Orbis*.)
26. *Sacred Science*, p. 87.
27. Tal como indica la siguiente tabla:

	<i>En oposición (en el oeste) a la salida del Sol</i>	
<i>Equinoccio vernal</i>		
Siglo V a. C. (época de Herodoto)	Aries	Libra
Aprox. 13.000 años antes de Herodoto	Libra	Aries
Aprox. 26.000 años antes de Herodoto	Aries	Libra
Aprox. 39.000 años antes de Herodoto	Libra	Aries

28. Véase, por ejemplo: sir A. H. Gardner: *The Royal Canon of Turin*, Griffith Institute, Oxford.
29. *Archaic Egypt*, p. 4.
30. Para más detalles, véase: *Sacred Science*, p. 86.
31. Ibid., p. 86. Véase también: *Egyptian Mysteries*, p. 68.
32. *Archaic Egypt*, p. 5; *Encyclopaedia of Ancient Egypt*, P. 200.
33. *Archaic Egypt*, p. 5; *Encyclopaedia Britannica*, 1991,9:81.
34. *Encyclopaedia of Ancient Egypt*, p. 200.
35. *Archaic Egypt*, p. 5.
36. *Egypt to the End of the Old Kingdom*, p. 12.

DIOSSES DE LA PRIMERA ÉPOCA

Según la teología heliopolitana, los nueve dioses originales que aparecieron en Egipto por primera vez eran Ra, Shu, Tefnut, Geb, Nut, Osiris, Isis, Neftis y Set. Entre los hijos de estas divinidades se contaban figuras tan conocidas como Horus y Anubis. Además, se reconocían a otros grupos de dioses, concretamente en Menfis y Hermópolis, donde existían unos cultos muy importantes y antiguos dedicados a Ptah y Tot¹.

Estas deidades de la Primera Época eran en cierto sentido dioses de la creación que habían dado forma al caos a través de su voluntad divina. Del caos habían formado y poblado la tierra sagrada de Egipto², en la que durante muchos miles de años, gobernaron entre los hombres como faraones divinos³.

Pero ¿qué era el «caos»?

Los sacerdotes heliopolitanos que hablaron con el historiador griego Diodoro Sículo en el siglo I a. C. propusieron la interesante sugerencia de que el «caos» era un diluvio, identificado por Diodoro con el devastador diluvio de Deucalión, la figura griega semejante a Noé⁴:

En general, dicen que si en el diluvio que se desencadenó en la época de Deucalión pereció la mayoría de criaturas vivientes, es probable que los habitantes del sur de Egipto sobrevivieran con más facilidad que otros... O, según sostienen algunos, si la destrucción de las criaturas vivientes fue completa y la Tierra creó luego nuevas formas de vida, basándose incluso en esta suposición, la primera génesis de las criaturas vivientes concuerda con este país...⁵

¿Por qué era Egipto una tierra tan afortunada? A Diodoro le explicaron que ello tenía algo que ver con la situación geográfica, con la gran exposición de las regiones meridionales al calor del sol, y con el importante incremento de las precipitaciones que, según relata el mito, experimentó el mundo con posterioridad al diluvio universal: «Cuando la humedad de las abundantes lluvias que cayeron sobre los pueblos se mezcló con el intenso calor que reinaba en Egipto... el aire se volvió templado para la primera generación de todas las criaturas vivientes...»⁶

Curiosamente, Egipto goza de una situación geográfica especial: como se sabe, las líneas de latitud y longitud que se cruzan junto a la Gran Pirámide (30° norte y

31° este) atraviesan más terreno seco que las otras⁷. No es menos curioso que al final del último período glacial, cuando millones de kilómetros cuadrados de glaciación se derretían en el norte de Europa, cuando los elevados niveles del mar inundaban las áreas costeras en todo el mundo y el enorme volumen de humedad liberada en la atmósfera a través de la evaporación de las masas de hielo caía en forma de lluvia, Egipto se benefició durante varios miles de años de un clima excepcionalmente fértil y húmedo⁸. Así, resulta fácil comprender que este clima fuera recordado como «templado para la primera generación de todas las criaturas vivientes».

Ésta es la pregunta que debemos formular: ¿De quién procede la información que recibimos de Diodoro, y es la descripción, aparentemente correcta, del templado clima de Egipto al final del último período glacial una coincidencia, o se nos está transmitiendo una antiquísima tradición, acaso un recuerdo, de la Primera Época?

El aliento de la serpiente divina

Se dice que Ra fue el primer rey de la Primera Época, y los antiguos mitos afirman que mientras era joven y rebosaba vitalidad tuvo un reinado pacífico. Pero el paso de los años dejaron su huella en él, y a finales de su reinado se le describe como un anciano torpe y ajado, de labios temblorosos y babeante⁹. Shu sucedió a Ra como rey en la Tierra, pero su reinado estuvo plagado de conjuras y conflictos. Aunque venció a sus enemigos, al final estaba tan enfermo que sus seguidores más leales se rebelaron contra él: «Cansado de reinar, Shu abdicó en favor de su hijo Geb y se refugió en los cielos después de una espantosa tempestad que duró nueve días.»¹⁰

Geb, el tercero de los faraones divinos, sucedió a Shu en el trono. Su reino también fue conflictivo y algunos mitos que describen lo que ocurrió reflejan el extraño idioma de los Textos de las Pirámides en el cual un vocabulario no técnico se esfuerza en transmitir unas imágenes técnicas y científicas. Por ejemplo, una de las tradiciones más interesantes se refiere a una «caja dorada» en la que Ra había depositado varios objetos, que se describen respectivamente como su «cayado» (o bastón), un mechón de su cabello, y su uraeus (una cobra con el cuello dilatado, dispuesta a atacar, confeccionada en oro, que formaba parte del tocado real)¹¹. Esta caja, que constituía un potente y peligroso talismán, permaneció oculta, junto con su extraño contenido, en una «fortaleza oriental» de Egipto hasta muchos años después de que Ra ascendiera al cielo. Cuando Geb ocupó el trono, ordenó que le llevaran la caja y la abrieran en su presencia. Tan pronto como la abrieron, brotó de ella un rayo de fuego (descrito como «el aliento

de la serpiente divina») que aniquiló a los compañeros de Geb y causó graves quemaduras al rey¹².

Es tentador preguntarse si esto no podría tratarse de la confusa descripción de un artilugio defectuoso fabricado por el hombre: el confuso recuerdo de un instrumento monstruoso ideado por los científicos de una civilización perdida. Estas conjeturas, si bien extremas, están avaladas por el hecho de que no es la única caja dorada que existía en el mundo antiguo que funcionaba como un peligroso e imprevisible aparato. Guarda numerosas similitudes con la engimática Arca de la Alianza de los hebreos (que también aniquilaba a seres inocentes por medio de fulgurantes rayos de energía, que también estaba «revestida de oro» y que según se dice albergaba no sólo las tablas de los Diez Mandamientos, sino también «la vasija dorada que contenía maná y el cayado de Arón»)¹³.

Por desgracia, aquí no disponemos de espacio suficiente para examinar detenidamente las implicaciones de estas extrañas y maravillosas cajas (y otros artefactos «tecnológicos» a los que se refieren las antiguas tradiciones). Baste observar que una singular atmósfera de peligrosa hechicería, cuasi tecnológica, parece rodear a muchos de los dioses de Heliópolis.

Isis, por ejemplo (esposa y hermana de Osiris y madre de Horus), emitía un fuerte olor a «laboratorio científico». Según el Papiro Chester Beatty, que se alberga en el Museo Británico, era una «mujer muy lista..., más inteligente que muchos dioses... Conocía todo lo referente al cielo y la Tierra»¹⁴. Célebre por sus dotes mágicas y hechiceras, Isis era recordada por los antiguos egipcios por su «dominio de la lengua», es decir, su conocimiento de palabras de potentes efectos mágicos «que pronunciaba correctamente, sin balbuceos, tanto a la hora de emitir la orden como de pronunciar la palabra»¹⁵. En suma, se decía que Isis, por medio tan sólo de su voz, era capaz de manipular la realidad y las leyes de la física. Estos mismos poderes, aunque posiblemente en mayor grado, eran atribuidos a Tot, el dios de la sabiduría, que aunque no formaba parte del grupo de nueve dioses de Heliópolis es reconocido en el Papiro de Turín y otros documentos antiguos como el sexto (a veces el séptimo) faraón divino de Egipto¹⁶. Representado con frecuencia en los muros de templos y tumbas como un ibis, o

un hombre con cabeza de ibis, Tot era venerado como la fuerza reguladora responsable de todos los cálculos y anotaciones celestiales, como el señor y multiplicador del tiempo, el inventor del alfabeto y el patrón de la magia. Se le asociaba con la astronomía, las matemáticas, la agrimensura y la geometría, y era descrito como «aquel que cavila en el cielo, contador de estrellas y medidor de la Tierra»¹⁷. Asimismo, se le consideraba una divinidad que comprendía los misterios de «todo cuanto se oculta bajo la bóveda celeste», y poseía la habilidad de conceder sabiduría a algunos elegidos. Se decía que había anotado sus conocimientos en unos libros secretos que había repartido por la Tierra para que fueran buscados por las futuras generaciones, pero hallados «únicamente por aquellos que lo merecieran», los cuales debían utilizar sus hallazgos en beneficio de la humanidad¹⁸.

Lo que destaca con toda claridad respecto a Tot, aparte de sus credenciales como antiguo científico, es su papel de benefactor y civilizador¹⁹. En este aspecto se parece a su predecesor Osiris, el dios supremo de los Textos de las Pirámides y el cuarto faraón divino de Egipto, «cuyo nombre se convirtió en Sah [Orion], cuyas piernas son largas y su paso ágil, el presidente de la Tierra del Sur...»²⁰.

Osiris y los dioses de la eternidad

Nombrado de vez en cuando en los textos como un *neb tem* (o maestro universal)²¹, Osiris aparece descrito como humano pero a la vez sobrehumano, sufriendo y al mismo tiempo impartiendo órdenes. Por otra parte, expresa su dualismo esencial al gobernar en el cielo (como la constelación de Orion) y en la Tierra como un rey entre hombres. Al igual que Viracocha en los Andes y Quetzalcóatl en Centroamérica, utiliza unos medios sutiles y misteriosos, y al igual que éstos es excepcionalmente alto y siempre se le representa luciendo la barba curvada de la divinidad²². También, del mismo modo que Viracocha y Quetzalcóatl, aunque está dotado de poderes sobrenaturales evita el uso de la fuerza²³.

En el capítulo 16 vimos que Quetzalcóatl, el dios-rey de los mexicanos, partió de Centroamérica por mar, a bordo de una balsa hecha de serpientes. Por tanto, es difícil evitar una sensación de *déjà vu* cuando leemos en el *Libro de los Muertos*

que la morada de Osiris también «descansaba sobre el agua» y que sus muros estaban formados por «serpientes vivas»²⁴. No podemos cuando menos dejar de asombrarnos ante la convergencia del simbolismo que une a estos dos dioses y a dos regiones tan distantes en el espacio.

Existen otros evidentes paralelismos.

Los detalles fundamentales de la historia de Osiris se han explicado en anteriores capítulos, y no es necesario volver sobre ellos. El lector recordará que este dios —semejante a Quetzalcóatl y a Viracocha— era considerado sobre todo por su condición de benefactor de la humanidad, de portador de conocimientos y de gran líder civilizador²⁵. Por ejemplo, se le atribuye la abolición del canibalismo y el hecho de haber enseñado a los egipcios los principios de la agricultura —en especial el cultivo del trigo y la cebada—, así como el arte de fabricar aparejos agrícolas. Dado que era muy aficionado a los buenos vinos (los mitos no especifican dónde adquirió esa afición), decidió «enseñar a la humanidad la cultura del vino, así como la forma de cosechar la uva y almacenar el vino...»²⁶. Además de los dones de una vida placentera que aportó a sus súbditos, Osiris les ayudó a «desechar sus lamentables costumbres salvajes», procurándoles un código legal e inaugurando el culto a los dioses en Egipto²⁷.

Cuando hubo puesto todo en orden, cedió el control del reino a Isis, se ausentó de Egipto durante muchos años y recorrió el mundo con la sola intención, según informaron a Diodoro Sículo,

de visitar a todos los habitantes de la Tierra y enseñar a la raza humana a cultivar vino y plantar cebada y trigo; pues suponía que si convencía a los hombres para que renunciaran a sus costumbres salvajes y adoptaran una vida placentera, recibiría honores inmortales debido a la magnitud de sus obras benéficas...²⁸

Osiris viajó primero a Etiopía, donde enseñó a los seres primitivos que conoció allí, los cuales se alimentaban de la caza y los frutos que cogían, el cultivo de los campos y el apareo de los animales. Asimismo emprendió numerosas obras hidráulicas y de ingeniería a gran escala: «Construyó canales que estaban dotados de compuertas y reguladores... elevó las márgenes de los ríos y tomó medidas para impedir que el Nilo se desbordara...»²⁹ Después se dirigió a Arabia y de allí a la India, donde fundó numerosas ciudades. A continuación se trasladó a Tracia

y mató a un rey bárbaro por negarse a adoptar su sistema de gobierno. Esto fue un acto excepcional, pues en general Osiris era recordado entre los egipcios por no haber obligado a ningún hombre a seguir sus instrucciones, sino que procuraba convencerlos a través del razonamiento para que pusieran en práctica sus enseñanzas. Muchos de sus sabios consejos eran impartidos a sus oyentes mediante himnos y canciones, que Osiris entonaba acompañado por instrumentos musicales³⁰.

De nuevo, los paralelismos con Quetzalcóatl y Viracocha resultan difíciles de evitar. Durante una época de oscuridad y caos —posiblemente ligado a un diluvio— un dios barbudo, o un hombre, aparece en Egipto (o Bolivia, o México). Posee numerosos conocimientos prácticos y científicos, el tipo de conocimientos que se asocian con las civilizaciones maduras y muy desarrolladas, y los utiliza con fines altruistas en beneficio de la humanidad. Es de naturaleza suave y afable pero capaz de gran firmeza en caso necesario. Está motivado por un fuerte sentido del deber y, tras establecer su cuartel general en Heliópolis (o Tiahuanaco, o Teotihuacán), parte con un selecto grupo de compañeros para imponer orden y restaurar el equilibrio del mundo³¹.

Dejando brevemente a un lado la cuestión de si estamos tratando con dioses o con seres humanos, con productos de la imaginación primitiva o con seres de carne y hueso, el hecho es que los mitos siempre se refieren a un grupo de civilizadores: Viracocha tiene unos «compañeros», al igual que Quetzalcóatl y Osiris. A veces estallan feroces conflictos dentro de esos grupos, y posiblemente rivalidades y luchas por el poder: las batallas entre Seth y Horus, y entre Tezca-tilpoca y Quetzalcóatl son buenos ejemplos de ello. Por otra parte, tanto si los acontecimientos míticos se desarrollan en Centroamérica, como en los Andes o en Egipto, el resultado suele ser el mismo: sus partidarios se rebelan contra el civilizador y lo obligan a marcharse, o es asesinado.

Los mitos afirman que Quetzalcóatl y Viracocha no volvieron jamás (aunque, como hemos visto, por los tiempos de la conquista española se esperaba su regreso a las Américas). Osiris, sin embargo, sí regresó. Aunque fue asesinado por Set poco después de concluir la misión que lo había llevado por todo el mundo a fin de convencer a los hombres de que «renunciaran a sus salvajes costumbres», conquistó la vida eterna a través de su resurrección en la constelación de Orion como el dios todoporoso de los muertos. A partir de

entonces, juzgando a las almas y ofreciendo un ejemplo inmortal de gobierno responsable y benevolente, dominó la religión (y la cultura) del Antiguo Egipto a lo largo de toda su historia.

Una estabilidad serena

Quién sabe lo que habrían conseguido las civilizaciones de los Andes y México de haberse beneficiado de una continuidad simbólica tan poderosa. En este aspecto, Egipto constituye un caso único. De hecho, aunque los Textos de las Pirámides y otras fuentes arcaicas reconocen un período turbulento y varios intentos de usurpación por parte de Set (y sus setenta y dos conspiradores «precesio-nales»), también describen la transición de los reinos de Horus, Tot y los posteriores faraones divinos como un proceso relativamente pacífico e inevitable.

Esta transición fue copiada, a lo largo de miles de años, por los reyes mortales de Egipto. De principio a fin, se consideraron los descendientes y representantes vivos de Horus, el hijo de Osiris. A medida que una generación sucedía a otra, se supone que el difunto faraón renacía en el cielo como un Osiris y que cada uno de sus sucesores en el trono se convertía en un Horus³².

Este esquema sencillo, refinado y estable se encontraba por completo desarrollado y había sido puesto en práctica a principios de la primera dinastía, hacia el 3100 a. C.³³ Los expertos aceptan este hecho sin vacilar; la mayoría acepta también que estamos tratando con una religión desarrollada y sofisticada en extremo³⁴. Curiosamente, muy pocos egiptólogos y arqueólogos se preguntan dónde y cuándo cobró forma esta religión.

¿No constituye un desafío a toda lógica el hecho de suponer que unos conceptos sociales y metafísicos tan perfilados como los que se observan en el culto de Osiris estuvieran plenamente formados en el 3100 a. C., o que asumieran una forma tan perfecta a lo largo de los trescientos años que los egiptólogos reconocen a regañadientes que duró el proceso?³⁵ El período de desarrollo debió de ser mucho más prolongado, abarcando varios miles en lugar de unos cientos de años. Por otra parte, como hemos visto, todos los documentos que han sobrevivido, y en los que los antiguos egipcios hablan directamente sobre su pasado, afirman que su civilización era un legado de «los dioses», los cuales fueron «los primeros que gobernaron en Egipto»³⁶.

Los documentos no muestran una coherencia interna: algunos atribuyen una mayor antigüedad a la civilización de Egipto que otros. Sin embargo, todos sin excepción dirigen nuestra mirada con firmeza hacia una época del lejano pasado, de ocho mil a casi cuarenta mil años antes de la fundación de la primera dinastía. Los arqueólogos insisten en que no se han hallado artefactos materiales que indiquen la existencia de una civilización superior en esas tempranas fechas, pero esto no es estrictamente cierto. Tal como hemos visto en la parte VI del libro, existe un puñado de objetos y estructuras que aún no se han datado de forma concluyente con métodos científicos.

La antigua ciudad de Abydos oculta uno de esos extraordinarios enigmas que no han sido datados....

NOTAS

1. *Kingship and the Gods*, pp. 181-182; *The Encyclopaedia of Ancient Egypt*, pp. 209,264; *Egyptian Myths*, pp. 18-22. Véase también: T. G. H James: *An Introduction to Ancient Egypt*, British Museum Publications, Londres, 1979, pp. 145 y sigs.
2. Cyril Aldred, *Akhenaton*, Abacus, Londres, 1968, p. 25: «Se decía que los dioses habían gobernado en Egipto después de convertirlo en una tierra perfecta.»
3. *Kingship and the Gods*, pp. 153-155; *Egyptian Myths*, pp. 18-22; *Egyptian Mysteries*, pp. 8-11; *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, pp. 10-28.
4. Véase parte IV del libro.
5. *Diodorus Siculus*, volumen I, p. 37.
6. *Ibid.*
7. *Mystic Places*, Time-Life Books, 1987, p. 62.
8. *Early Hydraulic Civilization en Egypt*, p. 13; *Egypt before the Pharaohs*, pp. 27,261.
9. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p. 11.
10. *Ibid.*, p. 13.
11. *Ibid.*, pp. 14-15.
12. *Ibid.*
13. *Epístola a los hebreos* 9:14. Para más detalles sobre los maléficos poderes del arca, véase Graham Hancock: *The Sign and the Seal*, Mandarin, Londres, 1993, capítulo 12, pp. 273 y sigs.

14. Citado en *Egyptian Myths*, p. 44.
15. Sir E. A. Wallis Budge: *Egyptian Magic*, Kegan Paul, Trench, Londres, 1901, p. 5; *The Gods of the Egyptians*, volumen p. 214.
16. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p. 27. Si la usurpación de Set se considera un reinado, tenemos hasta siete faraones divinos incluyendo a Tot (Ra, Shu, Geb, Osiris, Set, Ho-rusyTot).
17. *The Gods of the Egyptians*, volumen I, p. 400; Garth Fowden: *The Egyptian Hermes*, Cambridge University Press, 1987, pp. 22-23; véanse también: *From Fetish to God in Ancient Egypt*, pp. 121-122; *Egyptian Magic*, pp. 128-129; *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, pp. 27-28.
18. Manetón, citado por el neoplatónico Jamblico. Véase: peter Lemesurier: *The Great Pyramid Decoded*, Element Books, 1989, p. 15; *The Egyptian Hermes*, p. 33.
19. Véase, por ejemplo: *Diodorus Siculus*, volumen I, p. 53, donde Tot (bajo su nombre griego de Hermes), es descrito como «dotado de un ingenio extraordinario para idear cosas capaces de mejorar la vida social del hombre».
20. *Osiris and the Egyptian Resurrection*, volumen II, p. 307.
21. *Myth and Symbol in Ancient Egypt*, p. 179; *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p. 16.
22. *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, pp. 9-10,16; *Encyclopaedia of Ancient Egypt*, p. 44; *The Gods of the Egyptians*, volumen II, pp. 130-131; *From Fetish to God in Ancient Egypt*, p. 190; *Myth and Symbol in Ancient Egypt*, p. 230.
23. *Osiris and the Egyptian Resurrection*, volumen I, p. 2.
24. Capítulo CXXV, citado en *ibid.*, volumen II, p. 81.
25. Véanse parte II y parte III para más detalles sobre Quetzalcóatl y Viracocha. La *New Larousse Encyclopaedia of Mythology*, p. 16, contiene un buen resumen de los atributos civilizadores de Osiris. Véase también: *Diodorus Siculus*, pp. 47-49; *Osiris and the Egyptian Resurrection*, volumen I, pp. 1-12.
26. *Diodorus Siculus*, p. 53.
27. *Ibid.*; *Osiris and the Egyptian Resurrection*, volumen I, p. 2.
28. *Diodorus Siculus*, p. 55.
29. *Osiris and the Egyptian Resurrection*, volumen I, p. 11.
30. *Ibid.*, p. 2.
31. *Ibid.*, pp. 2-11. Para más detalles sobre Quetzalcóatl y Viracocha, véanse

parte II y parte III del libro. Curiosamente, según la leyenda Osiris estuvo acompañado en su misión civilizadora por dos seres que «abrían el camino»: (*Diodorus Siculus*, p. 57J, «Anubis y Macedo, Anubis cubierto con una piel de animal y Macedo con las patas delanteras de un lobo...»).

32. *Osiris and the Egyptian Resurrection*, volumen II, p. 273. Véase también, en general: *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*.
33. *Archaic Egypt*, p. 122; *Myth and Symbol in Ancient Egypt*, p. 98.
34. Véanse, en general: *Kingship and the Gods*; *Osiris and the Egyptian Resurrection*; *The Gods of the Egyptians*.
35. *Archaic Egypt*, p. 38.
36. *Manetho*, p. 5.

OBRAS DE HOMBRES Y DIOSES

Entre los numerosos templos en ruinas del Antiguo Egipto, hay uno que resulta muy singular no sólo por su maravilloso estado de conservación, que incluye excepcionalmente el techo intacto, sino por la gran calidad de sus muchas hectáreas de espléndidos relieves que decoran los gigantescos muros. Ubicado en Abydos, doce kilómetros al oeste del curso actual del Nilo, se trata del templo de Seti I, un monarca de la ilustre decimonovena dinastía que gobernó entre el 1306 y el 1290 a. C.¹

Seti es conocido principalmente como el padre de un célebre hijo: Ramsés II (1290-1224 a. C.), el faraón del éxodo bíblico². Seti, sin embargo, es un importante personaje histórico por derecho propio: emprendió grandes campañas militares fuera de las fronteras de Egipto, fue el responsable de la construcción de espléndidos edificios y se encargó de reformar y restaurar muchos otros³. Su templo en Abydos, conocido con el evocador nombre de la Casa de Millones de Años, estaba dedicado a Osiris⁴, el Señor de la Eternidad, de quien se decía en los Textos de las Pirámides:

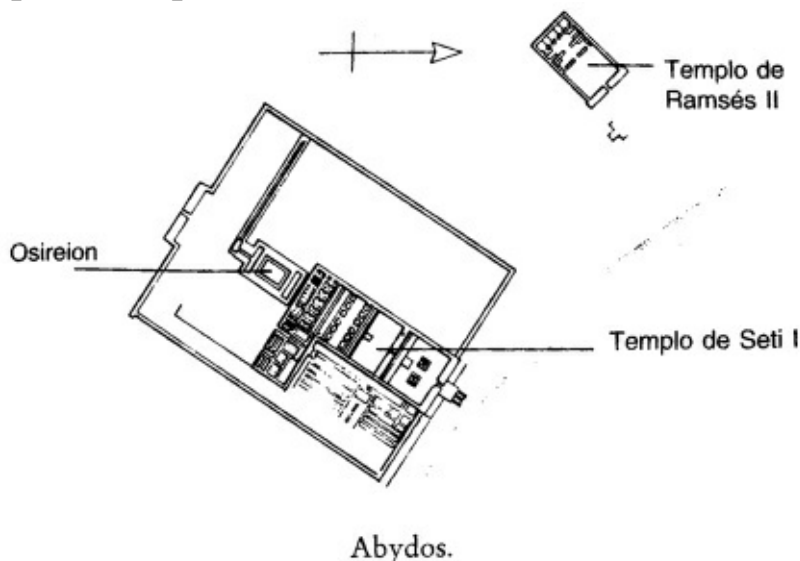
Te has ido, pero volverás, te has dormido, pero despertarás, has muerto, pero vivirás... Ve hacia el río, dirígete río arriba... recorre Abydos bajo la forma de espíritu que los dioses te ordenaron que asumieras⁵.

La corona de Atef

Eran las ocho de la mañana, una hora luminosa y fresca en estas latitudes, cuando penetré en la silenciosa penumbra del templo de Seti I. En algunos puntos, los muros aparecían iluminados desde el suelo por unas bombillas de bajo voltaje; sin embargo, la única iluminación que había sido planeada por los arquitectos del faraón era la que procedía de los rayos de sol que penetraban a través de unas rendijas en la sillería exterior, a modo de rayos divinos. Deslizándose entre unas motas de polvo que bailaban bajo los rayos de sol e infiltrándose en el denso silencio de la atmósfera entre las grandes columnas que sostenían el techo de la sala hipóstila, resultaba fácil imaginar que el espíritu de Osiris se hallaba todavía presente. De hecho, no se trataba sólo de una fantasía, pues Osiris estaba presente en esta asombrosa sinfonía de relieves que adornaban los muros, unos relieves

que representaban al inmediato y futuro rey-civilizador en su papel de dios de los muertos, entronizado y atendido por Isis, su hermosa y misteriosa hermana.

En éstas escenas Osiris lucía variadas y complicadas coronas, las cuales examiné detenidamente mientras pasaba de un relieve a otro. Unas coronas semejantes a éstas en muchos aspectos habían formado parte importante del ajuar de todos los faraones del Antiguo Egipto, al menos a juzgar por los relieves que los representaban. Curiosamente, sin embargo, en todos los años de intensos trabajos de excavación los arqueólogos no habían hallado un solo ejemplo de una corona real, ni siquiera un fragmento de la misma, y mucho menos una muestra del complicado tocado ceremonial que se atribuía a los dioses de la Primera Epoca⁶. La corona de Atef presentaba un interés especial. Incorporando el uraeus, el símbolo real de una serpiente (que en México era una serpiente de cascabel, pero en Egipto se trataba de una cobra con el cuello dilatado y dispuesta a atacar), el núcleo central de este extraño tocado era reconocible como un ejemplo del hedjet, el casco de guerra blanco en forma de bolo que se utilizaba en el Alto Egipto, y que sólo conocemos a través de los relieves. A ambos lados del centro se alzaban dos delgadas hojas de metal, y delante aparecía un artilugio compuesto por dos hojas onduladas, que los expertos suelen describir como dos cuernos de carnero⁷.



En varios relieves del templo de Seti I, la imagen de Osiris luce la corona de Atef, la cual parece medir unos cincuenta centímetros de altura. Según el Libro de los Muertos egipcio, se la había dado Ra: «Pero el primer día que se la puso, Osiris padeció un fuerte dolor de cabeza, y cuando Ra regresó por la noche halló a Osiris con la cabeza enrojecida e hinchada debido al calor que emitía la corona de

Atef. Entonces Ra procedió a extraer la pus y la sangre.»⁸

Todo ello se relata sin darle mayor importancia, pero si nos paramos a pensar en ello, la pregunta que acude a nuestra mente es: ¿qué clase de corona podía irradiar tal calor que hacía que la piel sangrara y aparecieran unas llagas llenas de pus?

Diecisiete siglos de reyes

Seguí caminando en la penumbra y al cabo de un rato di con la galería de los reyes. Ésta se encontraba en el extremo oriental de la sala hipóstila, a unos sesenta metros de la entrada del templo.

Recorrer esta galería era como atravesar el túnel del tiempo. En el muro que había a mi izquierda vi una lista de ciento veinte dioses del Antiguo Egipto, junto con los nombres de sus santuarios principales.

A mi derecha, ocupando un área de unos tres metros por dos metros, había los nombres de setenta y seis faraones que habían precedido a Seti I en el trono; cada nombre estaba grabado en jeroglíficos dentro de un cartucho oval.

Este retablo era conocido como la Lista de Reyes de Abydos. Resplandeciente debido a sus colores dorados, debía leerse de izquierda a derecha y estaba dividida en cinco secciones verticales y tres horizontales.

Abarcaba un inmenso período de casi mil setecientos años, que se iniciaba en el 3000 a. C. con el reinado de Menes, el primer rey de la primera dinastía, y finalizaba con el reinado de Seti, hacia el 1300 a. C. En el extremo izquierdo aparecían dos figuras exquisitamente esculpidas en bajorrelieve: Seti y su joven hijo, el futuro Ramsés II.

El hipogeo

Pertenciente al mismo tipo de documentos históricos que el Papiro de Turín y la Piedra de Palermo, la lista expresaba con elocuencia la continuidad de la tradición. Una parte inherente de esa tradición era la creencia o recuerdo de una Primera Época, hacía muchísimo tiempo, cuando los dioses habían gobernado en Egipto. El más importante entre ellos era Osiris, por lo que resultaba lógico que la galería de los reyes diera acceso a un segundo corredor, el cual conducía al fondo del templo. Allí se encontraba emplazado un maravilloso edificio que se asociaba a Osiris desde el principio en los documentos escritos de Egipto⁹, el cual fue descrito por el geógrafo griego Estrabón (que visitó Abydos en el siglo I a. C.) como «una extraordinaria estructura construida en piedra maciza... que contiene una fuente situada a una gran profundidad, de forma que uno desciende hacia ella a través de unas galerías abovedadas que están construidas con unos monolitos de

tamaño gigantesco perfectamente tallados. Hay un canal que conduce a este lugar desde el gran río...»¹⁰.

Unos cientos de años después de la visita de Estrabón, cuando la religión del Antiguo Egipto fue suplantada por el nuevo culto del cristianismo, el lodo del río y las arenas del desierto comenzaron a penetrar en el Osireion, inundándolo metro a metro, siglo tras siglo, hasta que sus gigantescos monolitos y dinteles quedaron sepultados y olvidados. Así permaneció, invisible y olvidado, hasta principios del siglo XX, cuando los arqueólogos Flinders Petrie y Margaret Murray emprendieron unos trabajos de excavación. Durante las excavaciones que realizaron el año 1903 desenterraron parte de una sala y un corredor, los cuales yacían en el desierto a unos sesenta metros al suroeste del templo de Seti I, contruidos según el estilo arquitectónico de la decimonovena dinastía. No obstante, entre estos restos y la parte posterior del templo, Petrie y Murray hallaron indicios inconfundibles de la presencia de «un gran edificio subterráneo»¹¹. «Según el profesor Petrie —escribió Margaret Murray—, este hipogeo es el lugar que menciona Estrabón, y suele denominarse el Pozo de Estrabón.»¹² Petrie y Murray no se equivocaban. La escasez de fondos, sin embargo, impidió que su teoría del edificio enterrado fuera comprobada hasta la temporada de 1912-1913. Entonces, bajo la dirección del profesor Naville del Fondo de Exploraciones en Egipto, excavaron una larga cámara transversal, en el extremo de la cual, situada al nordeste, hallaron una inmensa puerta de piedra que estaba formada por colosales bloques de granito y arenisca. La siguiente temporada, 1913-1914, Naville y su equipo regresaron con seiscientos ayudantes locales y desenterraron la totalidad del inmenso edificio subterráneo:

Lo que hallamos [escribió Naville] fue una gigantesca estructura de unos treinta metros de longitud y dieciocho metros de ancho, construida con las piedras más enormes que puedan existir en Egipto. Talladas en los cuatro lados de los muros de cerramiento hay unas celdas, concretamente diecisiete, del tamaño de un hombre, que carecen de toda ornamentación. El edificio está dividido en tres naves, siendo la nave central más ancha que las de los lados; la división viene marcada por dos columnatas construidas con unos inmensos monolitos de granito que sostienen unos arquivadas de idéntico tamaño¹³.

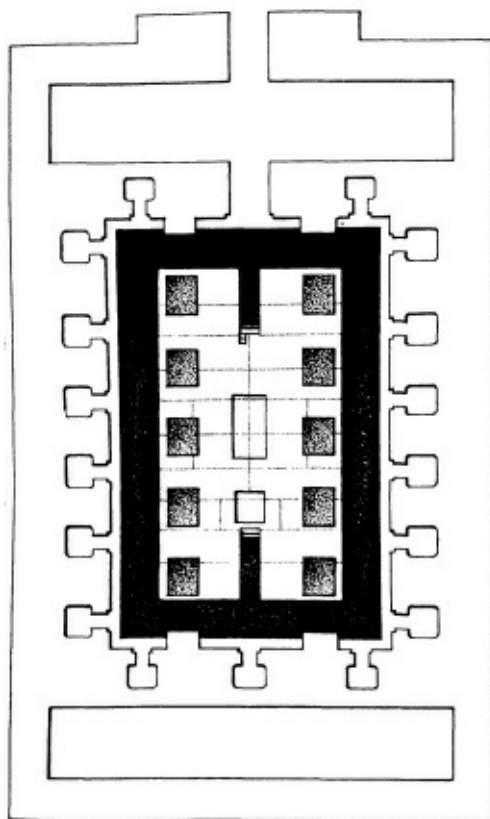
Naville comentó con asombro que uno de los bloques que se hallan en la esquina de la nave norte del edificio medía más de 7,5 metros de longitud¹⁴. No menos sorprendente era el hecho de que las celdas talladas en los muros de cerramiento

carecieran de suelo, y, a medida que proseguían las excavaciones, comprobaron que estaban llenas de arena y tierra húmedas:

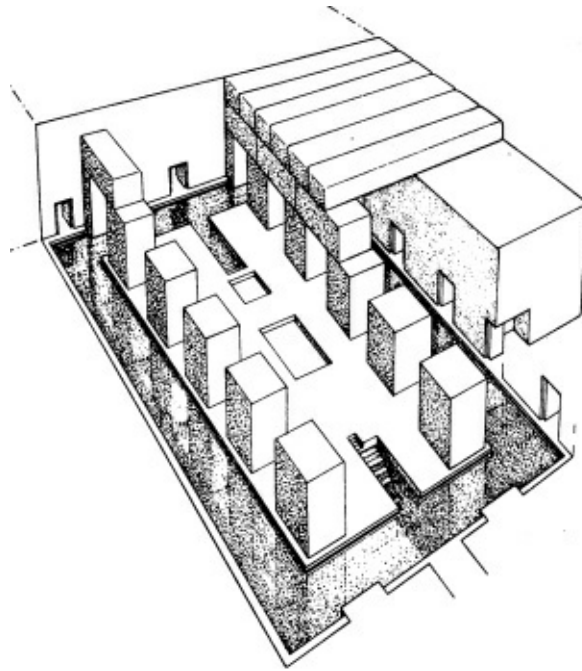
Las celdas se comunican por medio de un estrecho saliente de entre sesenta y noventa centímetros de anchura; también hay un saliente en el lado opuesto de la nave, pero no hay suelo. Continuamos excavando y al alcanzar una profundidad de cuatro metros constatamos que había infiltraciones de agua. El enorme portal también carece de suelo, y suponemos que cuando había agua frente a él se accedía a las celdas en un bote¹⁵.

El edificio de piedra más antiguo de Egipto

Agua, agua por doquier; al parecer éste era el elemento dominante en el Osireion, que se hallaba en el fondo del inmenso cráter que Naville y sus hombres habían excavado en 1914. Situado a unos quince metros bajo el nivel del suelo del templo de Seti I, casi a la altura del nivel freático, se accedía a él por una moderna escalinata que descendía hacia el sureste describiendo una pronunciada curva. Tras descender por esta escalera, pasé debajo de los grandes dinteles de piedra del portal que Naville (y Estrabón) había descrito y atravesé una estrecha pasarela (también moderna) que me llevó hasta un gran plinto de arenisca.



Plano del Osireion



Reconstrucción del Osireion

El plinto, que medía unos veinticuatro metros de altura por doce de ancho, se componía de enormes bloques de pavimento y estaba rodeado de agua. Dos estanques, uno rectangular y el otro cuadrado, habían sido tallados en el plinto, en su eje longitudinal, y a ambos lados había unas escaleras que descendían a una profundidad de unos tres metros y medio por debajo del nivel del agua. Asimismo, el plinto sostenía las dos inmensas columnatas que Naville había mencionado en su informe, cada una de las cuales consistía en cinco gigantescos monolitos de granito rosa que medían unos 0,74 metros cuadrados, 3,6 metros de alto y pesaban aproximadamente cien toneladas cada uno¹⁶. Instaladas sobre la parte superior de estos monolitos había unas losas de granito a modo de dinteles, y la evidencia indicaba que antiguamente todo el edificio había estado cubierto por un techado formado por unas losas monolíticas de dimensiones aún mayores¹⁷.

A fin de comprender la estructura del Osireion, me situé mentalmente sobre el mismo para así contemplarlo desde arriba. En este ejercicio me ayudó la ausencia del techo original; esto me facilitó la visualización de la planta del edificio en su totalidad. También me ayudó el hecho de que el agua se hubiera filtrado, inundando todos los estanques, celdas y canales del edificio hasta un nivel de unos centímetros por debajo del borde del plinto central, tal como parecía que había sido la intención de los arquitectos originales¹⁸.

Al adoptar esta perspectiva, observé que el plinto formaba una isla rectangular, rodeado por los cuatro costados de un foso lleno de agua de unos tres metros de ancho. El foso estaba contenido en un inmenso muro de cerramiento, de no menos de seis metros de grosor¹⁹, formado por unos enormes bloques de arenisca roja que aparecían dispuestos en complicados esquemas poligonales. En este muro de excepcional grosor se encontraban talladas las diecisiete celdas que mencionaba Naville en su informe Seis de ellas estaban situadas al este, seis al oeste, dos al sur y tres al norte. Frente al eje central de las tres celdas norte había una larga cámara transversal, cubierta de y cubierta con un techado de piedra caliza, y justo al sur del gran portal había otra cámara transversal, también de caliza pero con el techo deteriorado. Por último, toda la estructura estaba rodeada por un muro exterior de piedra caliza, completando una secuencia de rectángulos encajados entre sí, esto es, desde fuera hacia dentro: muro, muro, foso, plinto.

Otro aspecto extraordinario del Osireion era que no se encontraba alineado, ni de forma aproximada, con los puntos cardinales, sino que, al igual que el Camino de los Muertos en Teotihuacán, se hallaba orientado al noroeste. Puesto que el Antiguo Egipto había sido una civilización que podía y normalmente conseguía unas alineaciones precisas en sus edificios, me parecía improbable que esta extraña orientación se debiera a la casualidad. Por otra parte, aunque era quince metros más alto, el templo de Seti I estaba orientado exactamente sobre el mismo eje, lo cual tampoco era accidental. La cuestión era la siguiente: ¿Cuál de los dos edificios era más antiguo? ¿Estaba el eje del Osireion predeterminado por el eje del templo, o a la inversa? Este, como comprobé más tarde, era un tema que en su momento había suscitado una viva polémica, ya olvidada. En un debate que presentaba muchas similitudes con el que había rodeado a la Esfinge y al templo del Valle en Gi-zeh, un grupo de eminentes arqueólogos había afirmado en un principio que el Osireion era un edificio de inmensa antigüedad. Esta opinión fue expresada por el profesor Naville en el Times de Londres el 17 de marzo de 1914:

Este monumento plantea varias e importantes cuestiones. En lo referente a la fecha de su construcción, la gran similitud que guarda con el templo de la Esfinge [como se llamaba entonces el templo del Valle] demuestra que pertenece a la misma época en que los edificios se construían con enormes piedras desprovistas de ornamentación, un elemento que caracteriza la antigua arquitectura en Egipto. Opino que podemos considerarlo el edificio

de piedra más antiguo de Egipto²⁰.

Confesando sentirse abrumado por «la grandeza y austera sencillez» de la sala central del monumento, con sus asombrosos monolitos de granito, y por «el poder de esos antiguos capaces de transportar a través de grandes distancias y manipular estos gigantescos bloques», Naville hizo la siguiente sugerencia a propósito de la función original del Osireion: «Sin duda, esta inmensa construcción constituía un depósito donde se almacenaba el agua durante la crecida del Nilo...» No deja de ser curioso que lo que podemos considerar un comienzo en arquitectura no sea un templo ni una tumba, sino un gigantesco estanque, un embalse...²¹

No cabe duda de que se trata de un aspecto curioso, y que merece investigarse más a fondo. Esto era justo lo que Naville pretendía hacer la siguiente temporada. Por desgracia, al poco tiempo estalló la Primera Guerra Mundial y eso impidió que se realizaran trabajos de excavación en Egipto durante varios años.

En consecuencia, no fue hasta 1925 que el Fondo de Exploraciones en Egipto envió otra misión, la cual no estaba dirigida por Naville sino por un joven egiptólogo llamado Henry Frankfort.

Los datos de Frankfort

Frankfort, que más tarde gozaría de gran prestigio e influencia como catedrático de Antigüedad Preclásica en la Universidad de Londres, pasó varias temporadas consecutivas, entre 1925 y 1930, excavando a fondo el Osireion. Durante sus trabajos hizo unos hallazgos que, según él, «zanjaban la cuestión de la fecha de construcción del edificio»:

1. Una cola de milano de granito situada en la parte superior del lado sur de la entrada principal a la sala central que ostentaba un cartucho con el nombre de Seti I.
2. Una cola de milano similar que se encuentra dentro del muro oriental de la sala central.
3. Unas escenas astronómicas e inscripciones realizadas por Seti I que aparecen grabadas en relieve en el techo de la cámara transversal norte.
4. Los restos de unas escenas similares en la cámara transversal sur.
5. Un ostracón (restos de cerámica) hallado en el pasadizo de entrada, que exhibía la siguiente leyenda: «Seti es el siervo de Osiris.»²²

El lector recordará la actitud poco consistente que condujo a un drástico cambio de opinión de los expertos sobre la antigüedad de la Esfinge y el templo del Valle

(debido al hallazgo de unas estatuas y un cartucho que parecían indicar cierta relación con Kefrén). Los hallazgos de Frankfort en Abydos causaron un cambio de opinión similar sobre la antigüedad del Osireion. En 1914 era «el edificio de piedra más antiguo de Egipto». En 1933, se había adelantado en el tiempo hasta el reinado de Seti I—hacia el 1300 a. C.— y se creía que constituía su cenotafio²³. Al cabo de una década, los textos egiptológicos ortodoxos comenzaron a atribuirlo a Seti I, como si se tratara de un hecho verificado por la experiencia o la observación. Pero no se trata de un hecho, sino sólo de la interpretación de Frankfort basada en las pruebas que había hallado.

Los únicos hechos son que ciertas inscripciones y decoraciones legadas por Seti aparecen en una estructura por lo demás completamente anónima. Una explicación plausible es que la estructura debió de ser construida por Seti, tal como propone Frankfort. La otra posibilidad es que las escasas decoraciones, cartuchos e inscripciones que halló Frankfort tal vez se colocaron en el Osireion como parte de una operación de renovación y reparación acometida en tiempos de Seti (indicando que la estructura era ya entonces antigua, tal como Naville y otros habían propuesto).

¿Cuáles son los méritos de estas propuestas mutuamente excluyentes que identifican al Osireion a) como el edificio más antiguo de Egipto, y b) como una estructura relativamente reciente del Nuevo Imperio?

La propuesta b) —que se trata del cenotafio de Seti I— es la única atribución aceptada por los egiptólogos. Bien mirado, no obstante, descansa sobre las pruebas circunstanciales del cartucho y las inscripciones, que no demuestran nada. De hecho, en parte estas pruebas parecen desmentir la versión de Frankfort. El ostracón que ostenta la leyenda de «Seti es el siervo de Osiris» suena, más que como una alabanza a la obra de un constructor original, como una alabanza al restaurador que había renovado, añadiendo quizás algunos elementos, una antigua estructura identificada con Osiris, dios de la Primera Epoca. Asimismo, es preciso tener en cuenta otro pequeño dato. Las cámaras transversales norte y sur, que contienen las detalladas decoraciones e inscripciones de Seti I, se hallan fuera del grueso muro protector que define de forma categórica el colosal núcleo megalítico desprovisto de ornamentación del edificio. Este dato suscitó en Naville la lógica sospecha (aunque Frankfort decidió no darle importancia) de que las dos cámaras no eran «contemporáneas del resto del edificio», sino que se habían añadido mucho más tarde, durante el reinado de Seti I, «probablemente cuando éste levantó su templo»²⁴.

En resumidas cuentas, todo lo referente a la proposición b) se basa en la interpretación de Frankfort, no necesariamente infalible, de unas pruebas bastante endebles y posiblemente intrusas.

La propuesta a) —que el núcleo del Osireion se había construido milenios antes de los tiempos de Seti— descansa sobre la naturaleza de la misma arquitectura. Tal como observó Naville, la similitud del Osireion con el templo del Valle en Gizeh «demuestra que pertenece a la misma época en que los edificios se construían con enormes piedras». Asimismo, hasta el fin de su vida, Margaret Murray estuvo convencida de que el Osireion no era un cenotafio (y mucho menos de Seti). Según palabras de Murray:

Fue construido para la celebración de los misterios de Osiris, y constituye un monumento único entre los antiguos edificios egipcios que sobreviven. Es evidente que se trata de un edificio muy antiguo, pues los grandes bloques que lo forman corresponden al estilo del Viejo Imperio; la sencillez del edificio confirma también su antigüedad. La decoración fue añadida por Seti I, quien de esta forma reivindicó el edificio como suyo. Pero, en vista de la frecuencia con que un faraón reivindicaba la obra de sus predecesores colocando su nombre en ella, este dato no demuestra nada. Es el estilo del edificio, el tipo de sillería, el trabajo de la piedra, y no el nombre de un rey, lo que revela la fecha de construcción de un edificio en Egipto²⁵.

Frankfort debió de prestar más atención a estas palabras, pues tal como comentó irónicamente sobre su «cenotafio»: «Debemos reconocer que no se conoce otro edificio similar perteneciente a la decimonovena dinastía.»²⁶

Pero éste no es el caso únicamente de la decimonovena dinastía. Aparte del templo del Valle y otras colosales estructuras de la meseta de Gizeh, no se conoce ningún otro edificio remotamente parecido al Osireion que pertenezca a ninguna otra época de la larga historia de Egipto. Este conjunto de estructuras que se supone pertenecen al Viejo Imperio, construidas con gigantescos megalitos, se inscriben en una categoría muy singular. Guardan un parecido más acusado entre sí que con ningún estilo arquitectónico conocido, y en todos los casos existen grandes interrogantes sobre su identidad.

¿No es precisamente esto lo que cabe esperar de unos edificios que no fueron erigidos por un faraón histórico, sino que datan de los tiempos prehistóricos? ¿No resulta sugerente la misteriosa forma en que la Esfinge y el templo del Valle, y ahora también el Osireion, parecen vagamente ligados con los nombres de ciertos faraones (Kefrén y Seti I), sin que se haya hallado una sola prueba que confirme

de modo claro e inequívoco que esos faraones construyeron esas estructuras? ¿No existen unos tenues vínculos mucho más indicativos del trabajo de unos restauradores

que pretendían atribuirse la autoría de antiguos y venerables monumentos que de los arquitectos originales de dichos monumentos, quienesquiera que éstos fuesen y fuera cual fuese la época en que vivieron?

Navegar a través de mares de arena y del tiempo

Antes de partir de Abydos, quise examinar otro enigma. Éste yacía enterrado en el desierto, aproximadamente a un kilómetro al noroeste del Osireion, en unas arenas cubiertas de túmulos de antiguos cementerios.

Entre estos cementerios, muchos de los cuales se remontaban a comienzos de la época dinástica y a los tiempos predinásticos, los dioses-chacales Anubis y Upuaut habían reinado soberanos. Ellos eran los encargados de «abrir el camino», los guardianes de los espíritus de los muertos, y yo sabía que habían desempeñado un papel central en los misterios de Osiris que se representaban todos los años en Abydos, al parecer a lo largo de toda la historia del Antiguo Egipto.

En cierto sentido, todavía guardaban esos misterios. ¿Pues qué era Osireion, sino un inmenso misterio sin resolver que merecía un examen más detenido que el que había recibido de los expertos cuya misión era examinar estas cuestiones? ¿Y qué significaba el enterramiento en el desierto de doce buques de elevada proa destinados a surcar los océanos sino otro misterio que exigía a gritos una solución?

Atravesé los cementerios de los dioses-chacales para visitar el lugar de enterramiento de esos buques:

The Guardian, Londres, 21 de diciembre de 1991: Una flota de buques reales de cinco mil años de antigüedad se ha encontrado enterrada a doce kilómetros del Nilo. Un grupo de arqueólogos americanos y egipcios ha descubierto doce grandes barcos de madera en Abydos... Los expertos sostienen que los barcos —que miden entre quince y dieciocho metros de eslora— fueron construidos hace unos cinco mil años, lo cual los convierte en los buques reales egipcios más antiguos que se han encontrado... Asimismo, los expertos afirman que los barcos, descubiertos en septiembre, probablemente fueron enterrados con el fin de que transportaran las almas de los faraones. «Nunca imaginamos hallar una flota semejante, en especial tan lejos del Nilo», dijo David O'Connor, jefe de la expedición y conservador de la Sección Egipcia del Museo de la Universidad de Pennsylvania...²⁷

Los barcos estaban enterrados a la sombra de un gigantesco recinto de ladrillos de barro cocido, el cual se cree que era el templo mortuario de un faraón de la segunda dinastía llamado Jasejem, quien había gobernado en Egipto en el siglo XVII a. C.²⁸ O'Connor, sin embargo, tenía la certeza de que los barcos no estaban asociados directamente con Jasejem, sino con un cercano (y ruinoso) «recinto dedicado al culto funerario, que fue construido para el faraón Djer de la primera dinastía. No creemos que las tumbas de los barcos daten de una fecha más antigua, y es posible que se construyeran para Djer, aunque este dato no se ha podido confirmar»²⁹.

De pronto comenzó a soplar a través del desierto un fuerte viento que levantaba nubes de arena. Me refugié durante unos minutos en el lado de sotavento de los elevados muros del recinto de Jasejem, cerca del lugar donde los arqueólogos de la Universidad de Pennsylvania, por razones de seguridad, habían enterrado de nuevo los doce misteriosos buques que hallaron en 1991. Confiaban en regresar en 1992 para proseguir los trabajos de excavación, pero se habían producido algunos contratiempos y, en 1993, las excavaciones aún no se habían reanudado. Durante mis investigaciones, O'Connor me había enviado el informe oficial de la temporada 1991³⁰, mencionando de paso que era posible que algunos de los barcos midieran hasta veinte metros de eslora³¹.

Asimismo, observó que las tumbas de ladrillo en forma de barco en las que aquéllos yacían, las cuales seguramente se alzaban muy por encima del nivel del desierto circundante a comienzos de la era dinástica, cuando se construyeron, debían de producir un efecto espectacular:

Cada tumba había sido cubierta originariamente con una argamasa de barro y lechada de cal, de modo que debía de producir la impresión de que había doce (o más) gigantescos «barcos» anclados en el desierto, resplandeciendo bajo el sol de Egipto. La idea de que se hallaban anclados fue tomada tan en serio que se encontró una piedra de forma irregular colocada junto a la «proa» o la «popa» de las tumbas de barcos. Es imposible que las piedras llegaran hasta allí de forma natural o accidental; habían sido colocadas adrede. La única interpretación que cabe es que eran unas «anclas» destinadas a amarrar los barcos³².

Al igual que en el caso del barco de más de treinta metros de eslora hallado junto

a la Gran Pirámide en Gizeh (véase capítulo 33), una cosa resultaba evidente con respecto a los barcos de Abydos: mostraban un avanzado diseño, capaz de surcar los mares más embravecidos y soportar violentos temporales. Según Cheryl Haldane, un arqueólogo náutico de la Universidad A-y-M de Tejas, mostraban «un elevado grado de tecnología, combinado con un airoso diseño»³³. Exactamente igual que el barco de la Gran Pirámide (aunque unos quinientos años más antigua), la flota de Abydos parecía indicar que un pueblo con una larga tradición naval había estado presente en Egipto desde los mismos comienzos de sus tres mil años de historia. Por otra parte, yo sabía que las primeras pinturas murales halladas en el valle del Nilo, que databan de unos mil quinientos años antes del enterramiento de la flota de Abydos (hacia el 4500 a. C.) mostraban esos mismos buques de elevada proa y elegante diseño en acción³⁴.

¿Era posible que una raza de expertos navegantes hubiera tenido alguna relación con los habitantes indígenas del valle del Nilo en un período indeterminado, anterior al inicio oficial de la Historia, hacia el 3000 a. C.? ¿No explicaría esto la curiosa y paradójica obsesión de Egipto por los barcos en el desierto (y unas referencias a unos sofisticados buques en los Textos de las Pirámides, incluyendo uno que medía más de seiscientos metros de eslora)?³⁵

El hecho de plantearme estas hipótesis no significaba que dudara de que en el Antiguo Egipto había existido un simbolismo religioso en el que, según insistían los expertos, los barcos eran considerados unos vehículos destinados a transportar las almas de los faraones. Con todo, ese simbolismo no resolvía el problema que planteaba el elevado nivel tecnológico de los barcos enterrados, cuyo avanzado y sofisticado diseño requería un largo período de desarrollo. ¿No merecía la pena examinar la posibilidad —siquiera para descartarla— de que los barcos de Gizeh y Abydos formaran parte del legado cultural propio no de un pueblo agrícola amante de la tierra, que habitaba junto a un río, como los antiguos egipcios indígenas, sino de una avanzada nación de expertos navegantes?

Es factible que esos navegantes fueran capaces de seguir el rumbo marcado por las estrellas y desarrollaran los conocimientos necesarios para trazar con precisión unos mapas y cartas de navegación de los océanos que surcaban.

¿No era posible que existieran también unos arquitectos y talladores de piedra cuyo característico medio fueran unos bloques megalíticos poligonales como los del templo del Valle y el Osireion?

¿Y no era posible que estuvieran de algún modo asociados con los legendarios dioses de la Primera Época, quienes según afirma la leyenda habían llevado a Egipto no sólo la civilización, la astronomía y la arquitectura, junto con los principios de las matemáticas y la escritura, sino otros muchos conocimientos útiles y dones, el más importante de los cuales era la agricultura?

Existen pruebas de una asombrosa época antigua de avances y experimentos agrícolas en el valle del Nilo, hacia fines del último período glacial en el hemisferio septentrional. Las características de este gran «salto hacia adelante» egipcio sugieren que sólo pudo ser el resultado de una oleada de nuevas ideas que procedía de una fuente aún no identificada.

NOTAS

1. *Atlas of Ancient Egypt*, p. 36.
2. Fechas extraídas del *Atlas of Ancient Egypt*. Para más detalles sobre Ramsés II como el faraón del éxodo, véase: Profuses fc. A. Kitchen: *Pharaoh Triumphant: The Life and Times of Ramses II*, Aris and Phillips, Warminster, 1982, pp. 70-71.
3. Véase, por ejemplo: *A Biographical Dictionary of Ancient Egypt*, pp. 135-137.
4. *Traveller's Key to Ancient Egypt*, p. 384.
5. *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, pp. 253,285.
6. *Traveller's Key to Ancient Egypt*, p. 386.
7. *The Encyclopaedia of Ancient Egypt*, p. 59.
8. Capítulo 175 de: *Ancient Egyptian Book of the Dead*, citado en *Myth and Symbol in Ancient Egypt*, p. 137.
9. Véase: Henry Frankfort: *The Cenotaph of Seti I at Abydos*, Trigesimonovena Memoria de la Sociedad de Exploraciones en Egipto, Londres, 1933, p. 25.
10. *The Geography of Strabo*, volumen VIII, pp. 111-113.
11. Margaret A. Murray: *The Osireion at Abydos*, Egyptian Research Account, noveno año (1903), Bernard Quaritch, Londres, 1904, p. 2.
12. Ibid.
13. *The Times*, Londres, 17 de marzo de 1914.
14. Ibid.
15. Ibid.
16. *Traveller's Key to Ancient Egypt*, p. 391.
17. *The Cenotaph of Seti I at Abydos*, p. 18.
18. Ibid., pp. 28-29.

19. E. Naville: «Excavations at Abydos: The Great Pool and the Tomb of Osiris», *Journal of Egyptian Archaeology*, volumen I, 1914, p. 160.
20. *The Times*, Londres, 17 de marzo de 1914.
21. Ibid.
22. *The Cenotaph of Seti I at Abydos*, pp. 4,25,68-80.
23. Ibid., en general.
24. «Excavations at Abydos», pp. 164-165.
25. *The Splendour that was Egypt*, pp. 160-161.
26. *The Cenotaph of Seti I at Abydos*, p. 23.
27. *Guardian*, Londres, 21 de diciembre de 1991.
28. David O'Connor: «Boat Graves and Pyramid Origins» en *Expedition*, volumen 33, n.º 3, 1991, pp. 7 y sigs.
29. Ibid., pp. 9-10.
30. Enviado a mí por fax el 27 de enero de 1993.
31. David O'Connor: «Boat Graves and Pyramid Origins» p. 12.
32. Ibid., pp. 11-12.
33. *Guardian*, 21 de diciembre de 1991.
34. Véase: Museo de El Cairo, galería 53, mural de barcos del período de los badarienses hacia el 4500 a. C.
35. *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, p. 192, párrafo 519: «Oh, Estrella Matutina, Horus de Ultratumba... posees un alma y apareces ante tu barco de 770 codos... Llévame contigo en el camarote de tu barco.»

EL UNDÉCIMO MILENIO ANTES DE NUESTRA ERA

De no ser por la poderosa mitología de Osiris, y si esta divinidad civilizadora, científica y legisladora no fuera recordada en especial por haber introducido el arte del cultivo en el valle del Nilo en una remota y legendaria fecha conocida como la Primera Epoca, probablemente no revestiría gran interés el hecho de que en cierto momento, entre el 13.000 a. C. y el 10.000 a. C., Egipto gozara de un período que se describe como «de precoz desarrollo agrícola»; este período posiblemente constituye la revolución agrícola más antigua que se ha producido en el mundo, y ha sido identificado con certeza por los historiadores¹.

Como hemos visto en recientes capítulos, fuentes como la Piedra de Palermo, Manetón y el Papiro de Turín contienen diversas y en ocasiones contradictorias cronologías. Todas ellas, sin embargo, coinciden en una fecha muy antigua con respecto a la Primera Epoca de Osiris: la época dorada en que se dice que los dioses gobernaron en Egipto. Por otra parte, las fuentes demuestran una asombrosa coincidencia en la importancia que se otorga en particular al undécimo milenio antes de nuestra era², la era precesional de Leo, cuando las grandes masas de hielo en el hemisferio septentrional experimentaron su último y feroz deshielo.

Acaso de modo fortuito, las pruebas halladas a partir de los años setenta por geólogos, arqueólogos y prehistoriadores como Michael Hoffman, Fekri Hassan y el profesor Fred Wendorf, confirman que el undécimo milenio antes de nuestra era fue en efecto un importante período en la prehistoria egipcia, durante la cual unos inmensos y devastadores diluvios asolaron de forma repetida el valle del Nilo³. Fekri Hassan opina que esta prolongada serie de desastres naturales, que alcanzaron su punto álgido hacia o poco después del 10500 a. C. (y se sucedieron periódicamente hasta aproximadamente el 9000 a. C.) pudiera ser la responsable de la supresión de esos tempranos experimentos agrícolas⁴.

En cualquier caso, los experimentos llegaron a su fin (por la razón que fuere), y no volvieron a emprenderse hasta después de otros cinco mil años⁵.

El arranque de un interesante proceso

Hay algo misterioso sobre la llamada «revolución agrícola» del Egipto paleolítico. A continuación enumeramos unos datos, extraídos de textos autorizados (Egypt before the Pharaohs, de Hoffman, y Prehistory of the Nile Valley, de Wendorf), de lo poco que se sabe sobre este gran salto adelante que se produjo de modo inexplicable hacia finales del último periodo glacial:

1. «Poco después del 13.000 a. C., a fines del paleolítico aparecen entre los útiles muelas y hoces cuyas palas están cubiertas por un velo reluciente (debido al sílice de los tallos cortados que se adhiere a éstas)... Es evidente que las muelas se utilizan para preparar plantas comestibles.»⁶
2. En muchos lugares situados junto al río, justo por esa época el pescado dejó de ser una fuente importante de alimento y se convirtió en un elemento muy secundario, tal como demuestra la ausencia de restos de pescado. «El declive en la pesca como fuente de alimentación está relacionado con la aparición de la nueva fuente que representó el grano triturado. El polen asociado a él sugiere que ese grano era de cebada y, curiosamente, esta planta grande que se identifica como cebada aparece súbitamente en el perfil del polen poco antes de que se establezcan los primeros asentamientos en esta zona...»⁷
3. «Tan espectacular como la aparición de una protoagri-cultura a fines del paleolítico en el valle del Nilo fue su desaparición. Nadie sabe exactamente por qué, pero a partir de aproximadamente el 10500 a. C. las primeras hoces y muelas desaparecen y su lugar es ocupado en todo Egipto por gentes del epipaleolítico que cazan, pescan y cogen frutos y utilizan herramientas de piedra.»⁸

Aunque disponemos de escasas pruebas, éstas indican en general que Egipto gozó de una época dorada de abundancia de productos agrícolas, la cual se inició aproximadamente en el 13000 a. C. y cesó bruscamente hacia mediados del undécimo milenio antes de nuestra era. Al parecer, el arranque de este interesante proceso se debió a la introducción en el valle del Nilo de una cebada de uso doméstico, seguida de inmediato por el establecimiento de varios asentamientos agrícolas que cultivaban esta nueva fuente de alimento. Los asentamientos estaban equipados con unos útiles y accesorios sencillos, pero eficaces. A partir del undécimo milenio antes de nuestra era, se produjo un retorno a un estilo de vida más primitivo, que se mantuvo durante mucho tiempo.

La imaginación tiende a examinar detenidamente estos datos en busca de una razón, pero toda explicación se basa por fuerza en la intuición.

Lo que sabemos con certeza es que ninguna prueba sugiere que la «revolución agrícola» que experimentó el Egipto paleolítico fuera una iniciativa de carácter local; antes bien, da la sensación de tratarse de algo importado. Y, como tal, con la misma rapidez que aparece puede también desaparecer si las circunstancias cambian, igual que la agricultura parece haber sido rechazada en el Antiguo Egipto después de los grandes diluvios del Nilo que se produjeron en el undécimo milenio antes de nuestra era.

Cambio climático

¿Cómo era el clima en aquella época?

Tal como hemos observado en capítulos anteriores, el Sahara, un desierto relativamente joven, fue una sabana cubierta de verdor hasta aproximadamente el décimo milenio antes de nuestra era; esta sabana, repleta de lagos y animales salvajes, se extendía a través de buena parte del Alto Egipto.

Más al norte, el área del delta era cenagosa pero estaba tachonada de numerosas islas de gran tamaño que eran muy fértiles. En términos generales el clima era más frío, nuboso y lluvioso que en la actualidad⁹. Durante dos o tres mil años antes y aproximadamente mil años después del 10500 a. C., llovió casi de forma ininterrumpida. Luego, como si ello marcara un punto de inflexión ecológico, se produjeron los diluvios. Cuando éstos cesaron se instauró una gran aridez¹⁰. Esta desecación duró hasta aproximadamente el 7000 a. C., cuando comenzó la época «neolítica subpluvial», con mil años de lluvias torrenciales, seguidos por tres mil años de precipitaciones moderadas que proporcionaron de nuevo un clima ideal para la agricultura: «Durante un tiempo los desiertos florecieron y las sociedades humanas colonizaron áreas que a partir de entonces han sido incapaces de sustentar unas poblaciones tan densas.»¹¹

A comienzos del Egipto dinástico, hacia el 3000 a. C., el clima volvió a cambiar y se inició un nuevo período de desecación que se prolonga hasta el presente.

Este es, en líneas generales, el escenario medioambiental sobre el cual se desarrollaron los misterios de la civilización egipcia: lluvia e inundaciones entre el 13000 a. C. y el 9500 a. C.; un período seco hasta el 7000 a. C.; nuevas

lluvias, aunque menos frecuentes, hasta aproximadamente el 3000 a. C.; a partir de esa fecha un período renovado y persistente de aridez.

Aunque la cifra de años es inmensa, si se busca dentro de ella una Primera Época que concuerde con la era dorada de los dioses, tendemos a pensar en la misteriosa época de la experimentación agrícola primitiva que envolvió los grandes diluvios e inundaciones entre el 13000 a. C. y el 10500 a. C.

¿Unas conexiones invisibles?

Esta época fue crucial no sólo para los antiguos egipcios, sino para muchos pueblos de otras áreas. Tal como hemos visto en la parte IV del libro, fue una época de grandes cambios climáticos, en la que se produjeron rápidos aumentos del nivel del mar, terremotos, diluvios, erupciones volcánicas, lluvias bituminosas y cielos sombríos, que probablemente dieron pábulo a numerosos mitos sobre cataclismos universales.

¿Es posible que también fuera una época en la que los dioses caminaban entre los hombres, según afirma la leyenda?

En el Altiplano boliviano estos dioses se conocían con el nombre de viracochas y estaban ligados a la asombrosa ciudad megalítica de Tiahuanaco, la cual tal vez existiera con anterioridad a los inmensos diluvios que se produjeron en los Andes en el undécimo milenio antes de nuestra era. A partir de entonces, según el profesor Arthur Posnansky, aunque las aguas desbordadas remitieron, «la cultura del Altiplano no volvió a alcanzar un elevado grado de desarrollo, sino que cayó en una total y definitiva decadencia»¹².

Por supuesto, las conclusiones de Posnansky son polémicas y deben considerarse en su justa medida. No obstante, es interesante que tanto el Altiplano boliviano como Egipto fueran asolados por inmensos diluvios en el undécimo milenio antes de nuestra era. Asimismo, en ambos casos hay indicios de que se emprendieron unos experimentos agrícolas extraordinariamente antiguos —según parece, basados en técnicas importadas—, los cuales fueron posteriormente abandonados¹³. Y en ambas zonas se plantean Aportantes interrogantes sobre la datación de monumentos: el Puma Punku y el Kalasasaya en Tiahuanaco, por ejemplo, que Posnansky afirma que bien pudieron construirse en el 15000 a. C.¹⁴, y, en Egipto, unas estructuras megalíticas como el Osireion, la Gran Esfinge y el

templo del Valle de Kefrén en Gizeh, que John West y Robert Schoch, geólogo de la Universidad de Boston, han datado a partir de pruebas geológicas en una fecha anterior al 10000 a. C.

¿Es posible que exista una conexión invisible que una esos maravillosos y enigmáticos monumentos con los experimentos agrícolas que se desarrollaron entre el 13000 y el 10000 a. C. y las leyendas de dioses civilizadores como Osiris y Viracocha?

¿Dónde está el resto de esta civilización?

Cuando partimos de Abydos a Luxor, donde habíamos quedado citados con John West, me di cuenta de que en cierto sentido todas las conexiones acabarían resolviéndose por sí mismas si lográbamos solucionar la cuestión de la antigüedad de los monumentos. Dicho de otro modo, si las pruebas geológicas de West demostraban que la Esfinge tenía más de doce mil años de antigüedad, la historia de la civilización humana debería reescribirse.

Como parte de ese emocionante proceso, todas las extrañas y anacrónicas «huellas de los dioses» que aparecían en numerosos lugares del mundo, así como la sensación de una corriente oculta de antiguas conexiones que unían civilizaciones en apariencia no relacionadas, empezaban a cobrar sentido...

Cuando West presentó sus pruebas en 1992 durante la reunión anual de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia, éstas fueron tomadas lo suficientemente en serio para ser debatidas en público por Mark Lehner, egiptólogo de la Universidad de Chicago y director del Proyecto de Cartografía de Gizeh. Lehner, ante el asombro de prácticamente todos los presentes, fue incapaz de refutarlas de forma convincente. «Cuando usted afirma algo tan complicado como que la Esfinge data del 9000 o el 10000 a. C.», concluyó Lehner:

ello sugiere que en aquel período existía una civilización muy avanzada, capaz de construir la Esfinge. La pregunta que un arqueólogo debe formular, por tanto, es la siguiente: si la Esfinge se construyó por esa época, ¿dónde están los restos de esta civilización, dónde se encuentran los restos de esta cultura?¹⁵

Lehner, sin embargo, no acertó al formular esa pregunta. Si la Esfinge databa del 9000 o 10000 a. C., no correspondía a West mostrar otras pruebas que

confirmaran la existencia de la civilización que la había construido. Eran los egiptólogos y arqueólogos quienes debían explicar por qué habían perseverado durante tanto tiempo en su error.

¿Acaso podía West demostrar la antigüedad de la Esfinge?

NOTAS

1. Egypt before the Pharaohs, pp. 29, 88.
2. Otro ejemplo es lo que Diodoro Sículo (siglo I a. C.) manifestó respecto a lo que le habían dicho los sacerdotes egipcios: «El número de años desde Osiris e Isis, según dicen, hasta el reinado de Alejandro, que fundó la ciudad que ostenta su nombre en Egipto [siglo IV a. C.], supera los mil...», Diodorus Siculus, volumen I, p. 73.
3. Egypt before the Pharaohs, p. 85.
4. *Ibíd.*, p. 90.
5. A History of Ancient Egypt, p. 21.
6. Egypt before the Pharaohs, p. 88.
7. Fred Wendorf y Romuald Schild: Prehistory of the Nile Valley, Academic Press, Nueva York, 1976, p. 291.
8. Egypt before the Pharaohs, pp. 89-90.
9. *Ibíd.*, p. 86.
10. *Ibíd.*, pp. 97-98.
11. *Ibíd.*, p. 161.
12. Véase capítulo 12.
13. *Ibíd.*
14. *Ibíd.*
15. Reunión anual de la AAAS, 1992, Debate: ¿Cuántos años tiene la Esfinge?

LA ESFINGE

«Los egiptólogos —dijo John West— son las últimas personas del mundo en tomar nota de una anomalía.»

Por supuesto, existen muchas anomalías en Egipto. En aquellos momentos West se refería a una que afectaba a las pirámides de la cuarta dinastía, y cuya explicación se encontraba en lo que había ocurrido durante la tercera, quinta y sexta dinastías. La pirámide escalonada de Zoser en Saqqara (tercera dinastía) era un imponente edificio, pero estaba construida con unos bloques relativamente pequeños y manejables que cinco o seis hombres habrían podido transportar sin dificultad, y sus cámaras interiores eran estructuralmente deficientes. Las pirámides de la quinta y sexta dinastías (aunque adornadas en el interior con los hermosos Textos de las Pirámides) estaban tan mal construidas que se habían desmoronado casi por completo, y la mayoría de ellas constituían poco más que un montón de cascotes. Las pirámides de la cuarta dinastía en Gizeh, sin embargo, estaban maravillosamente construidas y habían soportado el paso de miles de años más o menos intactas.

Era esa secuencia de acontecimientos, o mejor dicho sus implicaciones, a lo que, según West, los egiptólogos debieron prestar más atención.

—No se entiende que los egipcios construyeran unas pirámides bastante mediocres —dijo West—, estructuralmente deficientes, y de pronto se pusieran a construir unas pirámides increíbles, sin parangón desde el punto de vista estructural, para luego seguir contruyendo unas pirámides deficientes. No tiene sentido... Es como si la industria del automóvil, tras inventar y fabricar el Ford Modelo T, luego lanzara al mercado el Porsche '93 y, a continuación, olvidándose de esta técnica, volviera a la fabricación del Modelo T... Las civilizaciones no funcionan de ese modo.

—¿Qué insinúas? —pregunté—. ¿Que las pirámides de la cuarta dinastía no se construyeron durante esa dinastía?

—Mi intuición me dice que no. No se parecen a las mastabas que se encuentran frente a ellas. No se parecen a ningún edificio de la cuarta dinastía... Es como si no encajaran...

—¿Y la Esfinge?

—Tampoco. Pero, a diferencia de las pirámides, en lo que respecta a la Esfinge no tenemos que apoyarnos en la intuición. Podemos probar que se construyó

mucho antes de la cuarta dinastía...

John West

Santha y yo éramos admiradores de John West desde nuestra primera visita a Egipto. Su guía, *The Traveller's Key*, era una brillante e indispensable introducción a los misterios de esta antigua tierra, y no nos separábamos de ella; al mismo tiempo sus obras más eruditas, en concreto *Serpent in the Sky*, nos había abierto los ojos a la revolucionaria posibilidad de que la civilización egipcia — con sus numerosas muestras de una ciencia avanzada en apariencia anacrónica— no se hubiera desarrollado totalmente dentro de los límites del valle del Nilo, sino que fuera el legado de una civilización más antigua, más grande y aún sin identificar, «anterior, en varios milenios, al Egipto dinástico y a todas las civilizaciones conocidas»¹.

West, un hombre alto y corpulento, tenía sesenta y pocos años. Lucía una cultivada barba blanca, perfectamente recortada, vestía un traje safari color caqui y un exótico salacot del siglo XIX. Tenía un temperamento juvenil y dinámico, y una mirada pícaro.

Estábamos los tres sentados en la cubierta superior de un barco que realizaba cruceros por el Nilo; éste se hallaba anclado frente a la carretera que discurre por el acantilado en Luxor, a pocos metros del hotel Winter Palace. Al oeste, al otro lado del río, un gran sol teñido de rojo, distorsionado por la refracción atmosférica, se ponía detrás de las colinas del Valle de los Reyes. Al este yacían las decadentes pero nobles ruinas de los templos de Luxor y Kar-nak. Debajo de nosotros sentíamos el agua lamiendo el casco del barco y fluyendo en su curso meridional hacia el lejano delta.

West había presentado su tesis sobre una Esfinge más antigua en *Serpent in the Sky*, una exhaustiva exposición del trabajo del matemático francés R. A. Schwaller de Lubicz. Las excavaciones de Schwaller en el templo de Luxor, entre 1937 y 1952, habían revelado unas pruebas matemáticas que sugerían que la ciencia y cultura egipcias fueron más avanzadas y sofisticadas de lo que imaginaban los expertos modernos. No obstante, según dijo West, estas pruebas se habían presentado «en un lenguaje abstruso, complejo y ambiguo... Pocos lectores se sentían cómodos leyendo a Schwaller. Era como sumergirse directamente en la física hiperenergética sin poseer una preparación adecuada».

Las publicaciones de Schwaller, ambas presentadas en francés, consistían en la voluminosa obra de tres tomos titulada *Temple de l'Homme*, que se centraba en Luxor, y *Roí de la théocratie Pharaonique*, que abarcaba un ámbito más general. En esta última obra, que posteriormente se tradujo al inglés con el título de *Sacred Science*, Schwaller se refería a las tremendas inundaciones y lluvias que asolaron Egipto en el undécimo milenio antes de nuestra era y, de pasada, añadía:

Una gran civilización debió de preceder a los vastos movimientos de agua que arrasaron Egipto, lo cual nos lleva a deducir que la Esfinge ya existía, esculpida en la roca de la colina que está situada al oeste en Gizeh, esa Esfinge cuyo cuerpo leonino, salvo la cabeza, muestra signos inconfundibles de una erosión causada por el agua².

Mientras trabajaba en *Serpent*, West pensó en la posible importancia de este comentario y decidió indagar más a fondo.

—Comprendí que si podía demostrar empíricamente la observación de Schwaller, ello constituiría una evidencia irrefutable de la existencia de una civilización no identificada que perteneció a la remota Antigüedad.

—¿Por qué?

—Una vez demostrado que el agua era la causa de la erosión sufrida por la Esfinge, la respuesta resulta apabullantemente sencilla. Cualquiera que lea el *National Enquirer* o el *News of the World* lo entendería... Se supone que la Esfinge fue construida por Kefrén hacia el 2500 a. C., pero desde los inicios de los tiempos dinásticos —pongamos a partir del 3000 a. C.— no ha llovido lo suficiente en la meseta de Gizeh para provocar los daños que muestra el cuerpo de la Esfinge. Tenemos que remontarnos a antes del 10000 a. C. para hallar un clima lo bastante pluvioso y húmedo en Egipto que justifique una erosión de este tipo y de tal magnitud. Por tanto, todo parece indicar que la Esfinge debió de construirse con anterioridad al 10000 a. C., y puesto que se trata de una obra de arte de dimensiones colosales y muy compleja, deduzco que fue construida por una civilización avanzada.

—Pero John —terció Santha—, ¿cómo puedes estar seguro de que la erosión fue causada por la lluvia? ¿Y si la provocaron los vientos del desierto? A fin de cuentas, los egiptólogos reconocen que la Esfinge ha existido durante casi cinco mil años. ¿No pudo haber sido el viento, en ese enorme intervalo, el causante de la erosión que muestra la estatua?

—Naturalmente, ésa era la primera posibilidad que debía descartar. Sólo si

lograba demostrar que la abrasiva arena que transporta el viento del desierto no había sido la causa del deterioro que presenta la Esfinge, tendría sentido proseguir investigando las implicaciones de una erosión causada por la lluvia.

La geología de Robert Schoch: descifrar el misterio de la Esfinge

Uno de los puntos clave era la profunda zanja que rodeaba el monumento.

—Debido a que la Esfinge se halla en una hondonada —explicó West—, la arena se amontona y le alcanza el cuello al cabo de unas décadas si no se toman medidas para impedirlo... En tiempos históricos, con frecuencia fue víctima de un grave abandono. De hecho, a través de referencias textuales y extrapolaciones históricas es posible demostrar que durante los cuatro mil quinientos años transcurridos desde que fue supuestamente construida por Kefrén ha permanecido sepultada en la arena durante tres mil trescientos años³. Eso significa que a lo largo de este tiempo sólo ha habido un total de poco más de mil años en que el cuerpo era susceptible de sufrir erosiones a causa del viento; el resto del tiempo ha permanecido protegida de los vientos del desierto gracias a una gruesa capa de arena. La cuestión es que si la Esfinge fue construida por Kefrén durante el Antiguo Imperio, y si la erosión producida por el viento fue capaz de causar tales daños en un tiempo tan breve, las otras estructuras del Antiguo Imperio que se hallan en la zona, y que están construidas con la misma piedra caliza, deberían mostrar un grado de erosión semejante al de la Esfinge. Pero, como sabes, ninguna de esas tumbas, inconfundiblemente pertenecientes al Antiguo Imperio, muestran el tipo de erosión de la Esfinge.

Era cierto. El profesor Robert Schoch, un geólogo de la Universidad de Boston y además especialista en la erosión que sufre la roca, quien había desempeñado un papel decisivo al avalar las pruebas presentadas por West, creía conocer el motivo de ello. El deterioro de la Esfinge —y de los muros del recinto excavado en la roca que la rodeaba— no era producto de la acción del viento, sino de los miles de años de lluvias torrenciales muy anteriores al Antiguo Imperio.

Tras haber convencido a sus colegas durante el congreso de la Sociedad Americana de Geología que se celebró en 1992⁴, Schoch explicó sus hallazgos a un público mucho más amplio y ecléctico (entre el que se contaban numerosos egiptólogos) durante la reunión anual de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia (AAAS), también celebrada en 1992. Schoch comenzó por hacer notar a los delegados que «el cuerpo de la Esfinge y los muros de la zanja que la

rodean están muy deteriorados y erosionados... Esta erosión en algunos puntos alcanza los dos metros de profundidad. Se trata de una erosión muy profunda, y en mi opinión muy antigua, y confiere al monumento un perfil ondulante...»⁵.

Los estratigrafistas y paleontólogos afirman que estas ondulaciones se deben a «una erosión inducida por precipitaciones». Tal como indican las fotografías de la Esfinge y del recinto que hizo Santha, esta erosión asume la característica forma de una combinación de profundas fisuras verticales y depresiones ondulantes y horizontales, «un ejemplo de manual —según Schoch— sobre lo que ocurre en una estructura de piedra caliza cuando la lluvia bate sobre ella durante miles de años... Está claro que las precipitaciones provocaron ese tipo de erosión»⁶.

La erosión causada por el viento y la arena presenta, en cambio, un perfil muy distinto, que consiste en unas ranuras de cantos afilados excavadas en las capas blandas de la roca afectada. En ningún caso puede causar unas fisuras verticales como las que se observan en los muros del recinto de la Esfinge. Éstas sólo pudieron ser «causadas por el agua al deslizarse por el muro»⁷, como resultado de unas lluvias torrenciales que cayeron en cascada por la ladera de la meseta de Gizeh y por el recinto de la Esfinge, que se encuentra más abajo. «Afectó a las partes más débiles de la roca —explicó Schoch— y abrió esas grietas; una prueba evidente para mí, como geólogo, de que ese tipo de erosión se debió a la lluvia.»⁸

Aunque en algunos lugares quedan ocultas por los bloques restituidos que fueron instalando un sinfín de restauradores a lo largo de milenios, la misma observación es aplicable a las ranuras ondulantes y en forma de festón que recorren todo el cuerpo de la Esfinge. De nuevo, esas ranuras son típicas de una erosión inducida por precipitaciones, puesto que sólo unos largos períodos de lluvias torrenciales batiendo sobre las partes superiores de la inmensa estructura (y cayendo en cascada por sus lados) son capaces de producir tales efectos. Este dato queda confirmado por el hecho de que la piedra caliza en la que se talló la Esfinge no tiene una composición uniforme, pues consiste en una serie de capas duras y blandas en las cuales las rocas más resistentes presentan unas depresiones más profundas que las rocas menos resistentes⁹. Este perfil no pudo ser producido por una erosión debida a la acción del viento (el cual habría esculpido de modo más selectivo las capas blandas de roca), sino que «es el resultado de una erosión inducida por precipitaciones, debido a que la lluvia bate sobre la roca desde

arriba. Las rocas superiores son más resistentes, pero presentan unas depresiones más profundas que las rocas menos resistentes que se encuentran en la parte inferior, puesto que éstas se hallan más protegidas»¹⁰.

Schoch concluyó su intervención ante los delegados de la AAAS con estas palabras:

Es bien sabido que el recinto de la Esfinge se llena de arena con rapidez, en cuestión de décadas, bajo las condiciones del desierto del Sahara, y que debe limpiarse periódicamente, como se ha venido haciendo desde tiempos remotos. No obstante, el recinto de la Esfinge sigue presentando este perfil erosional ondulante... En resumen, lo que sugiero es que este perfil ondulante, estos rasgos erosionales que observamos en el cuerpo de la Esfinge y en la zanja que la rodea, datan de un período mucho más antiguo, cuando se producían más precipitaciones en la zona y la meseta de Gizeh era más húmeda¹¹.

Tal como reconoció Schoch, él no era el primer geólogo que había advertido «los anómalos rasgos de erosión inducida por precipitaciones en el cuerpo de la Esfinge»¹². Sin embargo, sí era el primero en verse envuelto en unos debates públicos sobre las importantes implicaciones históricas de este tipo de erosión. Schoch manifestó que prefería atenerse a su condición de geólogo:

Se ha repetido hasta la saciedad que los pueblos de Egipto, por lo que sabemos, no poseían la tecnología ni la organización social que les permitiera tallar el cuerpo básico de la Esfinge en tiempos predinásticos... Sin embargo, considero que ése no es problema mío como geólogo. No pretendo rehuir mi responsabilidad, pero creo que corresponde a los egiptólogos y a los arqueólogos descifrar quién talló el monumento. Si mis hallazgos no encajan con su teoría sobre la evolución de la civilización, quizá convenga que revisen su teoría. No digo que la Esfinge fuera construida por habitantes de la Atlántida, ni por marcianos ni extraterrestres. Tan sólo me limito a seguir las indicaciones de la ciencia, y éstas me inducen a pensar que la Esfinge se construyó mucho antes de lo que se supone...¹³

Civilizaciones legendarias

Pero ¿cuándo se construyó?

John West nos dijo que Schoch y él mantenían «un debate amistoso» sobre la edad de la Esfinge.

—Schoch la sitúa entre el 5000 a. C. y el 7000 a. C. como mínimo [la época del neolítico subpluvial], adoptando el criterio más cauto que permiten los datos que disponemos. Como profesor de Geología en una universidad importante, Schoch está casi obligado a asumir un criterio conservador, y no deja de ser cierto que llovió entre el 5000 a. C. y el 7000 a. C. Sin embargo, por una serie de razones intuitivas y científicas, creo que la fecha es mucho más antigua y que la mayor parte de la erosión experimentada por la Esfinge se produjo durante un período lluvioso anterior al 10000 a. C. Francamente, si se tratara de un período relativamente reciente, como entre el 5000 a. C. y el 7000 a. C., creo que habríamos hallado otras pruebas de la civilización que talló el monumento. A fin de cuentas, en Egipto se han encontrado muchas pruebas relacionadas con ese período. Reconozco que algunas contienen ciertas anomalías¹⁴, pero la inmensa mayoría de ellas son muy rudimentarias.

—Si la Esfinge no fue construida por los egipcios predinásticos, ¿quién la construyó entonces? —pregunté a West.

—A mi entender todo el enigma está ligado de un modo u otro a las legendarias civilizaciones a las que aluden todas las mitologías del mundo. Ya sabes, grandes catástrofes, unos pocos supervivientes diseminados por la Tierra, unos conocimientos que se conservan y son transmitidos de generación en generación... Sospecho que la Esfinge está vinculada a todo esto. Si me pidieran que apostara sobre esta cuestión, diría que la Esfinge es anterior a la desaparición del último período glacial y es probable que también al 10000 a. C.; quizá sea del 15000 a. C. Estoy convencido de que es antiquísima.

Yo compartía su convencimiento, al igual, según recordé, que la mayoría de egiptólogos del siglo XIX. No obstante, el aspecto de la Esfinge desmentía esas intuiciones, puesto que no había duda de que su rostro tenía un aire decididamente faraónico.

—Si es tan antigua como crees —dije a John—, ¿cómo explicas que los escultores la representaran luciendo el nemes, el característico tocado y *uraeus* de los tiempos dinásticos?

—Eso no me preocupa —contestó West—. Como sabes, los egiptólogos sostienen que el rostro de la Esfinge guarda cierto parecido con el de Kefrén; de hecho ésta es una de las razones en las que se apoyan para afirmar que fue construida por éste. Schoch y yo hemos examinado el asunto muy a fondo. Creemos, debido a las proporciones de la cabeza en relación con el resto del

cuerpo, que se talló de nuevo durante los tiempos dinásticos, y ése es el motivo de que presente un aspecto tan dinástico. Pero no creemos que quienes la tallaron pretendieran representar con ella a Kefrén. Como parte de nuestras investigaciones en estos te-roas, Schoch y yo hicimos que viniera Frank Domingo, un forense especializado en arte del Departamento de Policía de Nueva York, para que comparara minuciosamente el rostro de la Esfinge con el de la estatua de Kefrén que se encuentra en el Museo de El Cairo. El teniente Domingo llegó a la conclusión de que la Esfinge no pretende en modo alguno representar a Kefrén. No sólo posee un rostro distinto, sino que probablemente es de distinta raza¹⁵. Por consiguiente, se trata de un monumento muy antiguo que más tarde fue retocado. Es posible que en un principio ni siquiera tuviera un rostro humano. Quizá no sólo tenía un cuerpo, sino también un rostro de león.

Magallanes y el primer hueso de dinosaurio

Después de mis exploraciones en Gizeh, me interesaba averiguar si las investigaciones de West habían puesto en duda la datación ortodoxa de los otros monumentos de la meseta, en particular el llamado templo del Valle de Kefrén.

—Creemos que muchas de las estructuras pueden ser más antiguas de lo que se supone —respondió West—. No sólo el templo del Valle, sino el templo Mortuorio que se halla sobre la colina, lo cual probablemente tenga algo que ver con el complejo de Mikerinos; quizás incluso la pirámide de Kefrén...

—¿A qué estructuras del complejo de Mikerinos te refieres en concreto?

—Al templo Mortuorio. En realidad me limito a utilizar la atribución convencional de las pirámides con fines prácticos...

—De acuerdo. ¿Así que crees posible que las pirámides sean tan antiguas como la Esfinge?

—Es difícil precisarlo. Creo, debido a la geometría del lugar, que debía de existir algo donde en la actualidad se levantan esas pirámides. La Esfinge formaba parte de un plan maestro, y la pirámide de Kefrén es probable que sea la más interesante a este respecto debido a que resulta evidente que fue construida en dos fases. Si la observas con atención, advertirás que su base consiste en varias hiladas de unos bloques gigantes de estilo semejante a los bloques de la manipostería central del templo del Valle. Superpuesta sobre la base, el resto de la pirámide se compone de unos bloques de tamaño más reducido que se encuentran encajados con menor precisión. Pero cuando la examinas, sabiendo lo que buscas, notas de inmediato que se construyó en dos fases. No puedo por menos que pensar que los inmensos bloques colocados abajo datan de un período anterior —de la época en que se construyó la Esfinge— y que la segunda parte

fue añadida más tarde, aunque no necesariamente por Kefrén. A medida que profundizas en ello te das cuenta de que el asunto se complica cada vez más. Por ejemplo, pudo haber existido una civilización intermedia, la cual se correspondería con los textos egipcios. Éstos se refieren a dos largos períodos anteriores. En el primero, Egipto fue supuestamente gobernado por los dioses — los neteru—, y en el segundo fue gobernado por los Shemsu Hor, «los compañeros de Ho-rus». Así pues, como digo, la cuestión se vuelve cada vez más complicada. Por fortuna, el asunto fundamental sigue siendo muy simple. La Esfinge no fue construida por Kefrén. La geología demuestra que es mucho más antigua...

—No obstante, los egiptólogos se niegan a aceptarlo. Uno de los argumentos que esgrimen contra ti (en concreto Mark Lehner) es que si la Esfinge se construyó antes del 10000 a. C., ¿por qué no puedes mostrar el resto de lo que construyó esa civilización? Dicho de otro modo, ¿por qué no presentas otras pruebas que demuestren la presencia de tu legendaria civilización perdida, aparte de unas pocas estructuras en la meseta de Gizeh?

—En primer lugar, existen unas estructuras aparte de Gizeh, como el Osireion en Abydos. Creemos que ese asombroso edificio puede estar relacionado con nuestras investigaciones sobre la Esfinge. Pero aunque no existiera el Osireion, la ausencia de evidencia no me preocuparía. Me parece ilógico montar todo ese lío a partir del hecho de que no se han hallado otras pruebas que confirmen nuestra hipótesis, y esgrimir este argumento para negar la posibilidad de que la Esfinge sea más antigua de lo que se supone. Es como si se le preguntara a Magallanes: «¿Dónde están los tipos con los que has navegado alrededor del mundo? Por supuesto que el mundo es plano.» O en 1838, cuando se halló el primer hueso de dinosaurio, habrían dicho: «¿Cómo va a existir un animal gigantesco que perteneciera a una especie extinta! ¿Dónde está el resto de los esqueletos? ¡Si sólo se ha encontrado un hueso! Pero cuando algunas personas empezaron a darse cuenta de que ese hueso sólo podía pertenecer a un animal extinto, al cabo de veinte años todos los museos del mundo estaban llenos de esqueletos completos de dinosaurios. Así es como funcionan estas cosas. A nadie se le ha ocurrido buscar en los lugares apropiados. Estoy convencido de que en cuanto la gente empiece a buscar en los lugares adecuados, por ejemplo en las márgenes del antiguo Nilo, que se hallan a varios kilómetros del Nilo actual, o incluso en el fondo del Mediterráneo, que durante el último período glacial estaba seco, aparecerán más pruebas.

El problema de la transmisión

Pregunté a John West por qué creía que los egiptólogos y los arqueólogos se mostraban tan reacios a considerar la posibilidad de que la Esfinge constituyera una clave de la existencia de un episodio olvidado en la historia de la humanidad. —Creo que la razón se debe a que tienen unas ideas fijas sobre la evolución lineal de la civilización. Les cuesta aceptar que hace más de doce mil años existiera una cultura más sofisticada que la nuestra... La Esfinge, y la geología que confirma su antigüedad, así como el hecho de que la tecnología utilizada para construirla sobrepasa en muchos aspectos nuestras capacidades, contradice la creencia de que la civilización y la tecnología han evolucionado de forma lineal... Incluso utilizando la mejor tecnología moderna, no podríamos llevar a cabo las diversas tareas que implica el proyecto. La Esfinge en sí misma no representa una hazaña impresionante. Si consigues los suficientes escultores para cortar la piedra, éstos podrían tallar una estatua de un kilómetro de longitud, pero yo me refiero a la tecnología que se requiere para transportar las piedras, liberar la Esfinge de su lecho rocoso y luego mover esas piedras y utilizarlas para construir el templo del Valle a sesenta metros de distancia...

Aquello representaba una novedad para mí.

—¿Te refieres a que los bloques de doscientas toneladas utilizados en el templo del Valle se extrajeron del recinto de la Esfinge?

—Sí, no cabe la menor duda. Geológicamente proceden de un bloque idéntico de roca. Fueron extraídos, transportados hasta el emplazamiento del Templo —Dios sabe cómo— y utilizados para erigir unos muros de doce metros de altura. Estoy hablando de los gigantescos bloques de piedra caliza del núcleo de la estructura, no del revestimiento de granito. Creo que el granito se añadió mucho más tarde, es posible que por orden de Kefrén. Pero si examinas los bloques de piedra caliza, observarás que muestran el mismo tipo de marcas de erosión producida por las lluvias que exhibe la Esfinge. De ello se deduce que la Esfinge y la estructura básica del templo del Valle se construyeron en la misma época por las mismas gentes, quienesquiera que fuesen.

—¿Crees que esas gentes y los egipcios dinásticos posteriores se hallaban de algún modo relacionados? En *Serpent in the Sky* sugieres la idea de la transmisión de un legado.

—De momento no es más que una sugerencia. Lo único que sé con seguridad, basándome en nuestro trabajo sobre la Esfinge, es que una civilización muy superior y sofisticada, capaz de acometer unos proyectos de construcción a gran

escala se hallaba presente en Egipto en el pasado remoto. Luego se produjeron unas lluvias torrenciales y, miles de años más tarde, en el mismo lugar, surgió, al parecer de la nada, la civilización faraónica plenamente formada y dotada de unos conocimientos avanzados. De eso podemos estar seguros. Pero si los conocimientos que poseían los antiguos egipcios eran los mismos que aquellos que facilitaron la construcción de la Esfinge, eso no lo sé.

—Veamos la siguiente hipótesis —dije—. Supongamos que la civilización que construyó la Esfinge no habitara aquí, al menos en un principio... Digamos que se hallaba en Egipto y que erigió la Esfinge aquí como una especie de señal o puesto fronterizo...

—Es perfectamente posible. Es posible que la Esfinge representara para esa civilización lo que, pongamos por caso, representó Abu Simbel [en Nubia] para el Egipto dinástico.

—Luego esa civilización desapareció, fue destruida por una inmensa catástrofe, y el legado de conocimientos avanzados se transmitió... Puesto que tenían aquí a la Esfinge conocían Egipto, conocían este país, tenían una relación con él. Muchas personas sobrevivieron al fin de esa civilización. Quizá se establecieron aquí... ¿Qué te parece esta hipótesis?

—Es una posibilidad. Si examinamos las mitologías y leyendas del mundo, muchas de ellas aluden a catástrofes y a las pocas personas (la historia de Noé que prevalece a través de infinitas civilizaciones) que lograron conservar y transmitir unos importantes conocimientos. El gran problema, desde mi punto de vista, radica en el proceso de transmisión: ¿Cómo pasaron esos conocimientos de mano en mano durante los miles de años que transcurrieron entre la construcción de la Esfinge y el auge del Egipto dinástico? Teóricamente estamos anclados, por decirlo así, en este vasto período en el que los conocimientos debieron de transmitirse. No es fácil resolver el problema. Por otra parte, sabemos que esas leyendas a las que nos referimos fueron transmitidas palabra por palabra a través de innumerables generaciones. Y la transmisión oral es un método mucho más eficaz que la escrita, porque, si bien el lenguaje está sujeto a cambios, un narrador siempre se puede ajustar al idioma originario en el que se narró por primera vez la historia, y así ésta aparece unos cinco mil años más tarde en su forma original. De modo que quizás existieran unos medios (en sociedades secretas y cultos religiosos, o a través de la mitología, por ejemplo) para preservar esos conocimientos y transmitirlos antes de que florecieran de nuevo. En el caso de un problema tan complejo como éste, lo importante es no descartar ninguna posibilidad, por disparatada que parezca, sin investigarla antes a fondo...

Una segunda opinión

John West se encontraba en Luxor dirigiendo un grupo de estudio sobre los yacimientos secretos de Egipto. Al día siguiente, temprano, él y sus alumnos se dirigieron al sur, a Asuán y Abu Simbel. Santha y yo regresamos de nuevo al norte, a Gizeh y a los misterios de la Esfinge y las pirámides. Habíamos quedado en reunimos allí con el arqueólogo y astrónomo Robert Bauval. Como veremos, sus correlaciones estelares constituyeron una inesperada corroboración de las pruebas geológicas que demostraban la inmensa antigüedad de Gizeh.

NOTAS

1. Traveller's Key to Ancient Egypt; Serpent in the Sky, p. 20.
2. Sacred Science, p. 96.
3. Las pormenorizadas pruebas de West son presentadas en Serpent in the Sky, pp. 184-200. Con respecto a que la Esfinge quedara enterrada en la arena, West propone la siguiente tabla:

	Esfinge enterrada
Kefrén - Tutmosis IV <i>c.</i> 1.300 años	1.000 años
Tutmosis IV - Ptolomeos <i>c.</i> 1.100 años	800 años
Ptolomeos - Cristianismo <i>c.</i> 600 años	0 años
Cristianismo - Época actual <i>c.</i> 1.700 años	1.500 años
Kefrén - Época actual <i>c.</i> 4.700 años	3.300 años

4. «Enviamos un resumen de nuestro trabajo en equipo a la Sociedad Americana de Geología, y nos invitaron a presentar nuestros hallazgos en una sesión posterior del congreso de la GSA en San Diego, algo así como “el final de liga” en el ámbito de la geología. Geólogos de todo el mundo se apresuraron a acercarse a nosotros, muy intrigados. Docenas de expertos en campos relacionados con nuestra investigación nos ofrecieron ayuda y consejos.

Cuando presentamos las pruebas, algunos geólogos se echaron a reír, asombrados (como lo había estado Schoch al principio) de que en dos siglos de investigaciones ni un solo geólogo ni egiptólogo hubiera reparado en que la erosión experimentada por la Esfinge estuviera causada por el agua.» *Serpent in the Sky*, p. 229; *Mystery of the Sphinx*, NBC-TV, 1993. Doscientos setenta y cinco geólogos suscribieron los hallazgos de Schoch.

5. Reunión anual de la AAAS, 1992, Debate: ¿Cuántos años tiene la Esfinge?
6. *Mystery of the Sphinx*.
7. *Ibíd.*
8. *Ibíd.*
9. *Ibíd.*
10. *Ibíd.*
11. Reunión anual de la AAAS, 1992.
12. *Ibíd.* Entre los destacados geólogos se hallan Farouk El Baz, y Roth y Raffai.
13. Extractos de *Mystery of the Sphinx* y reunión de la AAAS.
14. Bajo la categoría de anomalías, West se refirió específicamente a los cuencos tallados en diorita y otras piedras duras que aparecen descritos en la parte VI del libro.
15. «Después de examinar mis dibujos, esquemas y medidas, mi conclusión definitiva concuerda con mi reacción inicial: ambas obras representan a dos individuos distintos. Las proporciones en la vista frontal y en especial los ángulos y la prominencia facial en las vistas laterales me han convencido de que la Esfinge no es Kefrén. Si los antiguos egipcios eran unos hábiles técnicos capaces de copiar imágenes, no es posible que esas dos obras representen al mismo individuo.» Frank Domingo, citado en *Serpent in the Sky*, p. 232. Véase también: Reunión anual de la AAAS en 1992, para más detalles sobre las opiniones de Schoch respecto al hecho de que la cabeza de la Esfinge se hubiera tallado de nuevo.

MEDIDORES DE LA TIERRA

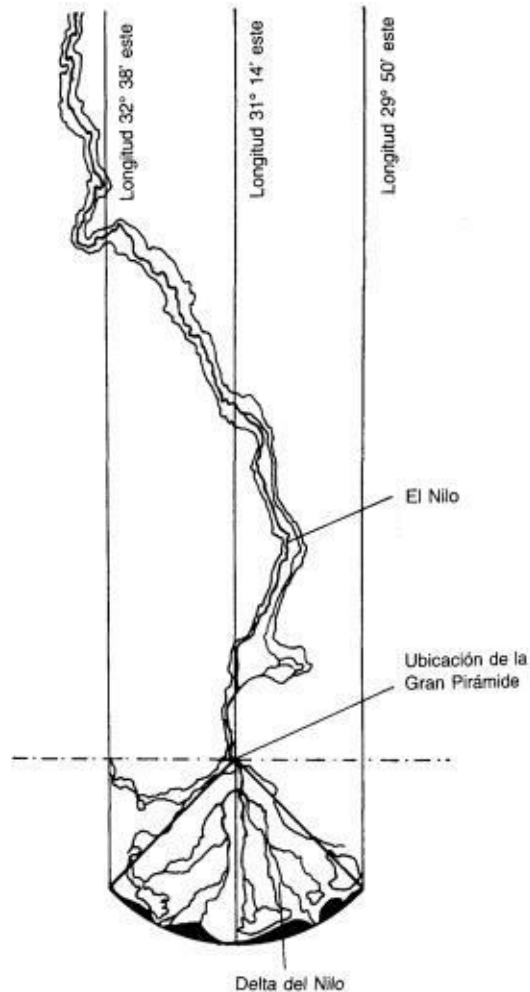
Siga atentamente estas instrucciones:

Trace dos líneas paralelas en sentido vertical en una hoja de papel, de unos dieciocho centímetros de longitud y separadas por algo menos de ocho centímetros. Trace una tercera línea, también vertical, también paralela y de la misma longitud, exactamente a medio camino entre las dos primeras líneas. Escriba la letra «S» —para indicar Sur— en la parte superior del diagrama (el extremo más alejado de usted), y la letra «N», indicando Norte, en la parte inferior. Añada las letras «E» de Este y «O» de Oeste en sus posiciones correctas a cada lado del diagrama, el Este a la izquierda y el Oeste a la derecha.

Lo que usted contempla son los contornos de un mapa geométrico de Egipto que incorpora una perspectiva muy distinta de la nuestra (donde el «Norte» siempre se equipara a «arriba»). Este mapa en el que «arriba» significa «Sur» parece que fue creado hace muchísimo tiempo por unos cartógrafos que poseían unos conocimientos científicos de la forma y el tamaño de nuestro planeta.

Para completar el mapa dibuje un punto sobre el eje central de las tres líneas paralelas, aproximadamente dos centímetros y medio al sur (hacia «arriba») del extremo norte del diagrama. Luego trace otras dos líneas en diagonal desde este punto, respectivamente al noreste y noroeste, hasta que alcancen los extremos norte de las dos líneas paralelas externas. Por último, una esas líneas paralelas con las líneas horizontales que se extienden hacia el este y el oeste en los extremos norte y sur del diagrama.

La forma que se obtiene constituye un rectángulo meridional (orientado norte-sur). Este rectángulo mide dieciocho centímetros de longitud por algo menos de ocho centímetros de anchura y tiene un triángulo delimitado en su extremo norte (inferior). El triángulo representa el delta del Nilo y el punto en el vértice del triángulo representa el vértice del delta, un punto en el suelo que se halla a $30^{\circ} 6'$ norte y $31^{\circ} 14'$ este, muy próximo al emplazamiento de la Gran Pirámide.



El mapa muestra la concepción geométrica de Egipto, con la Gran Pirámide situada en el vértice del delta del Nilo. Los egipcios consideraban tradicionalmente el Sur como «arriba».

Marcador geodésico

Aparte de cualquier otra función, los matemáticos y geógrafos han llegado hace mucho a la conclusión de que la Gran Pirámide representa un marcador geodésico (la geodesia es la rama de la ciencia que se ocupa de determinar la posición exacta de los puntos geográficos y la forma y el tamaño de la Tierra)¹. Este descubrimiento se produjo a finales del siglo XVIII, cuando los ejércitos de la Francia revolucionaria, acaudillados por Napoleón Bonaparte, invadieron Egipto. Bonaparte, que había cultivado un profundo interés por los enigmas de las pirámides, llevó consigo a un gran número de expertos, en concreto ciento setenta y cinco, entre los cuales se contaban varios catedráticos procedentes de diversas universidades que «habían adquirido un profundo conocimiento de las antigüedades egipcias», así como un grupo de matemáticos, cartógrafos y agrimensores². Una de las tareas que se asignó a los sabios, después de haberse completado la conquista, fue trazar unos mapas detallados de Egipto. Mientras

realizaban ese trabajo, comprobaron que la Gran Pirámide estaba perfectamente alineada con el norte, y por supuesto el sur, el este y el oeste, tal como hemos visto en la parte VI del libro. Ello significaba que la misteriosa estructura constituía un excelente punto de referencia y triangulación, lo cual les indujo a utilizar el meridiano que atraviesa su vértice como línea base para otras medidas y orientaciones. A continuación el equipo de sabios creó los primeros mapas precisos de Egipto que se han trazado en la era moderna. Una vez finalizada su tarea, constataron intrigados que el meridiano de la Gran Pirámide dividía la región del delta del Nilo en dos mitades idénticas. Asimismo, se dieron cuenta de que si las diagonales que se extendían desde el vértice de la pirámide hacia sus esquinas noreste y noroeste se prolongaban (formando unas líneas en el mapa que se extendían hacia el noreste y el noroeste hasta alcanzar el Mediterráneo), el triángulo resultante abarcaría toda la zona del delta³.

Regresemos ahora a nuestro mapa, el cual incorpora también un triángulo que representa el delta. Sus otros componentes principales son los tres meridianos paralelos. El meridiano oriental está situado en la longitud $32^{\circ} 38'$ este, la frontera oriental oficial del Antiguo Egipto desde los comienzos de los tiempos dinásticos. El meridiano occidental está situado en la longitud $29^{\circ} 50'$ este, la frontera occidental oficial del Antiguo Egipto. El meridiano central está situado en la longitud $31^{\circ} 14'$ este, exactamente a mitad de camino entre los otros dos (separados por $10^{\circ} 24'$)⁴. Así pues, tenemos la representación de un franja de tierra sobre la superficie de nuestro planeta de exactamente $20^{\circ} 48'$ de anchura. Pero ¿cuál es su longitud? Las fronteras septentrional y meridional «oficiales» (las cuales, al igual que las fronteras occidental y oriental, no guardaban ninguna relación con los esquemas de asentamiento) están marcadas por unas líneas horizontales en la parte superior e inferior del mapa y se hallan ubicadas respectivamente a $31^{\circ} 06'$ norte y $24^{\circ} 06'$ norte⁵. La frontera septentrional, $31^{\circ} 06'$ norte, se une a los extremos externos del estuario del Nilo. La frontera meridional, $24^{\circ} 06'$ norte, señala la latitud precisa de la isla Elefantina en Asuán (Sey-ne), donde estuvo emplazado a lo largo de la historia conocida de Egipto un importante observador astronómico y solar⁶. Según parece, esta arcaica isla, sagrada desde tiempos inmemoriales —creación y morada de los dioses— se concibió en su origen como una construcción geométrica que medía exactamente siete grados terrestres de longitud.

La Gran Pirámide parece haberse ubicado de forma meticulosa dentro de esta construcción a guisa de marcador geodésico del vértice del delta. Éste, que hemos

indicado en nuestro mapa, se halla a 30° 06' norte 31° 14' este, un punto en el centro del Nilo que está situado en el límite septentrional de la ciudad moderna de El Cairo. La pirámide se halla a una latitud de 30° norte (corregida para compensar la refracción atmosférica) y una longitud de 31° 09' este, un error de unos pocos minutos del arco terrestre al sur y al oeste. Este «error», sin embargo, no parece ser el resultado de la torpeza o falta de precisión de los constructores de la pirámide. Antes bien, si examinamos detenidamente la topografía del área comprenderemos que la explicación debe buscarse en la necesidad de hallar el emplazamiento adecuado para llevar a cabo las observaciones astronómicas necesarias a fin de trazar un plano preciso, y que ofreciera una estructura geológica lo bastante estable para acoger sobre ella, durante toda la eternidad, un monumento de seis millones de toneladas, de casi ciento cincuenta metros de altura y que ocupa una superficie de más de cinco hectáreas. La meseta de Gizeh ofrece todos estos requisitos: se halla próxima al vértice del delta, se eleva sobre el valle del Nilo y se asienta sobre un sólido lecho rocoso de piedra caliza.

Medir por grados

Nos dirigíamos hacia el norte desde Luxor a Gizeh sentados en el asiento posterior del Peugeot 504 de Mohamed Walilli; se trataba de un itinerario de poco más de 4 grados de recorrido, esto es, de 25° 42' norte, hasta el paralelo 30. Entre Asiut y El Minya, un corredor donde recientemente habían estallado numerosos conflictos entre los extremistas islámicos y las fuerzas gubernamentales egipcias, nos proporcionaron una escolta de soldados, uno de los cuales iba vestido de paisano y ocupaba el asiento junto a Mohamed sosteniendo una pistola automática. Los otros, una docena de hombres armados con rifles de asalto AK47, estaban distribuidos entre las dos camionetas que nos escoltaban, una delante y otra detrás de nosotros.

—Aquí vive gente muy peligrosa —comentó Mohamed en voz baja cuando nos detuvieron en un control de carreteras en Asiut y nos ordenaron que esperáramos a nuestra escolta. Aunque nervioso por verse obligado a mantener la alta velocidad de los vehículos que nos escoltaban, Mohamed parecía encantado de formar parte del impresionante convoy, con las luces encendidas y las sirenas aullando, que circulaba entre el lento tráfico de la autovía que comunica el Alto y el Bajo Egipto.

Durante un rato me entretuve contemplando a través de la ventanilla el monótono espectáculo del Nilo, sus verdes márgenes y el resplandor rojizo de los desiertos

que yacían a unos kilómetros al este y al oeste. Esto era Egipto, el auténtico Egipto orgánico de hoy en día y de ayer, el cual se superponía (aunque extendiéndose mucho más allá del mismo) al extraño Egipto «oficial» que describía el mapa, una ficción rectangular de exactamente seis grados terrestres de extensión.

En el siglo XIX, el renombrado egiptólogo Ludwig Borchardt expresó lo que hoy sigue siendo el criterio convencional de sus colegas al hacer la siguiente observación: «Debemos excluir por completo la posibilidad de que los antiguos midieran por grados.»⁷ Se trata de una opinión que cada vez resulta más difícil de sostener. Quienesquiera que fuesen, es evidente que los planificadores y arquitectos originales de la necrópolis de Gizeh pertenecían a una civilización que sabía que la Tierra era una esfera, que conocían sus dimensiones casi tan bien como nosotros y que la habían dividido en 360 grados, al igual que hacemos nosotros.

Prueba de ello es la creación de un «país» oficial simbólico que medía exactamente siete grados terrestres de longitud, en el admirable emplazamiento geodésico y en la precisa orientación hacia los puntos cardinales de la Gran Pirámide. Otro hecho no menos importante, que ya hemos abordado en el capítulo 23, es que el perímetro de la base de la pirámide guardaba una relación de 2π con su altura, y que la totalidad del monumento parecía estar destinada a instituir una proyección cartográfica —en una escala de 1:43.200— del hemisferio boreal de nuestro planeta:

La Gran Pirámide era una proyección sobre cuatro superficies triangulares. El vértice representaba el polo y el perímetro representaba el ecuador. Este es el motivo de que el perímetro guarde una relación 2π con la altura⁸.

La relación pirámide-Tierra

Ya hemos demostrado el uso de π en la pirámide⁹ y no es necesario abundar en ello; por lo demás, la existencia de la relación π , aunque interpretada como un hecho fortuito por los expertos ortodoxos, no ha sido refutada por ellos¹⁰. Pero ¿debemos aceptar que el monumento fuera también una representación del hemisferio septentrional de la Tierra proyectado sobre unas superficies planas en una escala de 1:43.200? Repasemos las cifras.

Según los cálculos modernos más fidedignos, basados en las observaciones de los satélites, la circunferencia ecuatorial de la Tierra mide 40.077 kilómetros y su

radio polar 6.356,9 kilómetros¹¹. El perímetro de la base de la Gran Pirámide mide 921,45 metros y su altura es de 146,72 metros¹². Por consiguiente, la reducción a escala no es absolutamente exacta, pero sí bastante precisa. Por otra parte, si tenemos en cuenta el abombamiento del ecuador de la Tierra (nuestro planeta es un esferoide aplastado en los polos, en lugar de una esfera perfecta), los resultados que alcanzaron los constructores de la pirámide parecen incluso más próximos a 1:43.200.

Pero ¿hasta qué punto?

Si tomamos la circunferencia ecuatorial de la Tierra, 40.077 kilómetros, y la reducimos a escala (la dividimos) por 43.200, obtenemos el resultado de 0,9277 kilómetros. Un kilómetros son mil metros. El siguiente paso, por consiguiente, es multiplicar 0,9277 por 1.000, lo cual arroja un resultado de 927,7 metros. La circunferencia ecuatorial de la Tierra reducida a escala 43.200 veces equivale por tanto a 927,7 metros. En comparación, hemos visto que el perímetro de la base de la Gran Pirámide mide 921,45 metros. Esto representa un «error» de sólo unos 6 metros, o tres cuartas partes de un uno por ciento. Dada la extraordinaria precisión de los constructores de la pirámide (quienes por lo general alcanzaban unas tolerancias aún más ajustadas), no es probable que el error se deba a unas equivocaciones en la construcción del colosal monumento, sino al hecho de creer que la circunferencia de nuestro planeta mide 262 kilómetros menos, seguramente debido en parte a no haber tenido en cuenta el abombamiento del ecuador.

Examinemos ahora el radio polar de la Tierra, el cual mide 6.356,9 kilómetros. Si lo dividimos por 43.200, obtenemos el resultado de 0,1471 kilómetros: 147,1 metros. El radio polar de la Tierra reducido a una escala de 43.200 veces mide por tanto 147,1 metros. En comparación, la altura de la Gran Pirámide es 146,72 metros, tan sólo 38 centímetros menos que la cifra ideal, un error de apenas una quinta parte de un uno por ciento.

El perímetro de la base de la Gran Pirámide, por tanto, es prácticamente 1:43.200 de la circunferencia ecuatorial de la Tierra. Y la altura de la Gran Pirámide sobre esa base es prácticamente 1:43.200 del radio polar de la Tierra. Dicho de otro modo, durante todos los siglos de ignorancia experimentados por la civilización occidental, cuando el conocimiento de las dimensiones de nuestro planeta se

habían perdido para nosotros, lo único que debíamos hacer para redescubrir ese conocimiento era medir la altura y el perímetro de la base de la Gran Pirámide y multiplicarlos por 43.200.

¿Qué posibilidades hay de que se trate de una «casualidad» ?

La respuesta sensata es «no muchas», puesto que cualquier persona razonable comprenderá enseguida que el asunto que nos ocupa sólo puede ser el resultado de una planificación deliberada y meticulosamente calculada. La sensatez, sin embargo, nunca ha sido una virtud muy apreciada por los egiptólogos, por lo que es preciso preguntar si existe algo más en esos datos que confirme que la relación de 1:43.200 es una deliberada expresión de inteligencia y sabiduría, en lugar de una cifra fortuita.

Es la propia relación la que ofrece esa confirmación, por la sencilla razón de que 43.200 no es un número aleatorio (como, pongamos por caso, 450.000, 47.000, 50.500 o 38.800). Por el contrario, forma parte de una serie de números, y múltiplos de esos números, que guardan relación con el fenómeno de la precesión de los equinoccios, los cuales se hallan contenidos en los mitos arcaicos de todo el mundo. Como el lector comprobará al echar una ojeada a la parte V del libro, los números básicos de la relación pirámide/Tierra aparecen una y otra vez en esos mitos, a veces directamente como 43.200, otras como 432, 4.320, 432.000 o 4.320.000, etcétera.

Lo que tenemos aquí son dos asombrosas proposiciones, cada una de las cuales parece reforzar la otra. Si ya resulta de por sí extraordinario que la Gran Pirámide sea capaz de funcionar como un preciso modelo a escala del hemisferio septentrional del planeta Tierra, más extraordinario es aún el hecho de que esa escala incorpore unos números relacionados precisamente con uno de los mecanismos planetarios clave de la Tierra. Nos referimos a la precesión fija y en apariencia eterna del eje de rotación alrededor del polo de la eclíptica, un fenómeno que hace que el punto vernal se desplace alrededor de la banda del zodiaco a la velocidad de un grado cada 72 años, y 30 grados (una constelación zodiacal completa) cada 2.160 años. La precesión a través de dos constelaciones zodiacales, o 60 grados sobre la eclíptica, requiere 4.320 años¹³.

La constante repetición de esos números precesionales en los mitos antiguos podría ser una coincidencia. Analizada de forma aislada, la aparición del número precesional 43.200 en la relación pirámide/Tierra también podría parecer una coincidencia (aunque en grado mucho menor). Sin embargo, cuando encontramos

unos números precesionales en dos medios tan distintos —los mitos antiguos y el antiguo monumento— es prácticamente imposible suponer que se trate de una coincidencia. Por otra parte, al igual que el mito teutónico de los muros del Valhala nos lleva al número precesional de 432.000, invitándonos a calcular los guerreros que «se enzarzan en una guerra con el Lobo» (500 más 40 multiplicado por 800, como vimos en el capítulo 33), la Gran Pirámide nos lleva al número precesional de 43.200, demostrando a través de la relación pi que puede ser un modelo a escala de una parte de la Tierra e invitándonos luego a calcular esa escala.

¿Unas huellas idénticas?

En El Minya nos abandonaron los vehículos que nos escoltaban, aunque el soldado de paisano que ocupaba el asiento delantero nos acompañó hasta El Cairo. Tras detenernos en una ruidosa y atestada aldea, para almorzar unos *felafel*, bocadillos de habas trituradas, proseguimos el viaje hacia el norte.

Durante todo el rato no dejé de pensar en la Gran Pirámide. Sin duda, no era casual que una estructura tan gigantesca e importante ocupara un emplazamiento geográfico y geodésico clave en una parte del mundo que, curiosamente, parecía haber sido concebida y «geometrizada» como una construcción rectangular, simbólica, de exactamente siete grados terrestres de longitud. Pero era la otra función de la pirámide en cuanto proyección cartográfica tridimensional del hemisferio norte lo que más me interesaba, pues parecía equipararse con los antiguos pero avanzados mapamundi que aparecen descritos en la parte I del libro. Esos mapas, que utilizaban la trigonometría esférica y sofisticadas proyecciones, ofrecían, según el profesor Charles Hapgood, una prueba tangible y documental de que durante el último período glacial debió de prosperar una avanzada civilización con profundos conocimientos del globo terráqueo. En el caso que nos ocupa, la Gran Pirámide demostraba desempeñar una función cartográfica en relación con el hemisferio septentrional e incorporaba también una sofisticada proyección. Según explicó un experto:

Cada superficie plana de la pirámide estaba destinada a representar una cuarta parte curvada del hemisferio septentrional, o un cuadrante esférico de 90°. Para proyectar correctamente un cuadrante esférico sobre un triángulo plano, el arco, o base, del cuadrante debe tener la misma longitud que la base del triángulo, y ambos deben tener la misma altura. Éste es el caso de sólo una sección transversal o bisección meridiana de la Gran Pirámide, cuyo

ángulo de inclinación indica la relación pi entre la altura y la base...¹⁴

¿Es posible que algunas copias y compilaciones de los antiguos mapas que han sobrevivido —como el Piri Reis, por ejemplo— se remontaran en ciertos casos a los documentos originales creados por la misma cultura que había incorporado hábilmente sus conocimientos del globo en las dimensiones de la Gran Pirámide (y en las dimensiones meticulosamente geometrizadas del Antiguo Egipto)?

Yo no podía olvidar que Charles Hapgood y su equipo habían tardado varios meses en descifrar dónde se centraba la proyección original del mapa Piri Reis. La respuesta que por fin habían obtenido era Egipto, y en concreto Seyne (Asuán) en el Alto Egipto¹⁵, donde, como hemos visto, existía un importante observatorio astronómico que estaba situado en la latitud 24° 06' norte, la frontera meridional oficial.

Como es lógico, para calcular la circunferencia de la Tierra y las posiciones de latitud era necesario realizar unas observaciones astronómicas¹⁶. Pero ¿durante cuánto tiempo con anterioridad al período histórico habían realizado los antiguos egipcios y sus ancestros esas observaciones? ¿Habían aprendido esos conocimientos, tal como afirmaban en sus tradiciones, de los dioses que antiguamente caminaban entre ellos?

Navegantes en un barco de millones de años

Según los antiguos egipcios, el dios que había enseñado a sus ancestros los principios de la astronomía era Tot: «El que cavila en los cielos, el contador de estrellas, el enumerador de la Tierra y lo que ésta contiene, y el medidor de la Tierra.»¹⁷

Descrito por lo general como un hombre que iba cubierto con una máscara de ibis, Tot era uno de los miembros principales del selecto grupo de divinidades de la Primera Epoca que regían la vida religiosa en el Antiguo Egipto desde el comienzo hasta el fin de su civilización. Ellos eran los grandes dioses, los neteru. Aunque en cierto sentido se creía que se habían autocreado, también era un hecho reconocido que poseían cierta vinculación con otra tierra, un país fabuloso y lejano al que los antiguos textos se refieren como Ta-Neteru, «la tierra de los dioses»¹⁸.

Según la leyenda, Ta-Neteru tenía un emplazamiento terrenal en el sur, a gran distancia del Antiguo Egipto —separado por mares y océanos—, incluso más lejos que Punt, el país de las especias (probablemente situado en la costa de Somalia, en el este de África)¹⁹. Para confundir aún más las cosas, Punt también era llamada a veces «la tierra divina», o «la tierra de Dios», y constituía la fuente del aromático incienso y la mirra, tan apreciados por los dioses²⁰.

Había otro paraíso mítico ligado a los neteru —la «mansión de los benditos», donde a veces eran conducidos los seres humanos más virtuosos—, el cual se decía que estaba «situado más allá de una gran extensión de agua». Según observó Wallis Budge en su importante estudio *Osiris and the Egyptian Resurrection*, «los egipcios creían que a esta tierra sólo se accedía por barco, o mediante la ayuda personal de los dioses que transportaban a sus favoritos a ese lugar...»²¹. Los afortunados que conseguían entrar allí se encontraban en un jardín mágico que consistía en «unas islas, comunicadas entre sí por unos canales llenos de agua que hacían que se mantuvieran siempre verdes y fértiles»²². En las islas de este jardín, «el trigo alcanza una altura de cinco codos, las espigas miden dos codos y los tallos tres, y la cebada alcanza una altura de siete codos, las espigas miden tres codos y los tallos cuatro»²³.

¿Fue desde esta tierra, espléndidamente regada y cultivada según métodos científicos, que el portador de la agricultura, Osiris, quien ostentaba el título de «presidente de la Tierra del Sur»²⁴, había viajado hasta Egipto en los albores de la Primera Época? ¿Fue desde esta tierra, accesible sólo por barco, que Tot, con su máscara de ibis, había llegado también a Egipto, surcando los mares y océanos para llevar a los primitivos habitantes del valle del Nilo prehistórico los dones de la astronomía y la habilidad de medir la Tierra?

Sea cual fuere la verdad que se oculta detrás de la tradición, Tot era recordado y venerado por los antiguos egipcios como el inventor de las matemáticas, la astronomía y la ingeniería²⁵. «A través de su voluntad y su poder —afir-; ma Wallis Budge— mantenía las fuerzas del cielo y la Tierra en equilibrio. Sus grandes dotes para las matemáticas celestiales le permitieron aplicar correctamente las leyes sobre las cuales descansaban los fundamentos y el mantenimiento del universo.»²⁶ Asimismo, se dice que Tot enseñó a los primeros

egipcios los principios de la geometría y la agrimensura, la medicina y la botánica. Según afirma la leyenda, fue el inventor «de los números, de las letras del alfabeto y de las artes de leer y escribir»²⁷. Era el gran señor de la magia²⁸, capaz de mover objetos con el poder de su voz, «el autor de todas las obras sobre cada rama de la ciencia, tanto humana como divina»²⁹.

Era a las enseñanzas de Tot —que guardaban celosamente en sus templos y aseguraban que habían sido transmitidas de generación en generación a través de cuarenta y dos libros de instrucciones—³⁰ que los antiguos egipcios atribuían su legendaria sabiduría y sus conocimientos del firmamento. Estos conocimientos despertaron la admiración de los cronistas clásicos que visitaron Egipto a partir del siglo V a. C.

Herodoto, el más antiguo de estos viajeros, observó:

Los egipcios fueron los primeros en descubrir el año solar, y los primeros que dividieron su curso en doce partes... La observación del curso de las estrellas fue lo que les llevó a adoptar esa división...³¹

Platón (siglo IV a. C.) declaró que los egipcios llevaban observando las estrellas «desde hacía diez mil años»³². Y posteriormente, en el siglo I a. C., Diodoro Sículo dejó este detallado comentario:

La posición y disposición de las estrellas, así como sus movimientos, han sido siempre objeto de una minuciosa observación por parte de los egipcios... Desde los tiempos remotos hasta hoy han conservado documentos referentes a estas estrellas a lo largo de un número increíble de años...³³

¿Por qué los antiguos egipcios cultivaron un interés casi obsesivo por la observación a largo plazo de las estrellas, y por qué conservaron documentos de sus movimientos «a lo largo de un número increíble de años»? Esas pormenorizadas observaciones no habrían sido necesarias si el único interés de los egipcios, según sugieren varios expertos, hubiera sido agrícola (la necesidad de predecir las estaciones, que cualquier persona nacida en el campo es capaz de satisfacer). Todo indica que debía de existir otro propósito.

Por otra parte, ¿cómo se iniciaron los antiguos egipcios en la astronomía? No es una afición que gentes que habitan en un valle, rodeadas de tierra, suelen cultivar

por propia iniciativa. Quizá deberíamos tomarnos más en serio la explicación que ellos mismos han ofrecido: fue un dios quien enseñó a sus ancestros a estudiar los astros. Quizá deberíamos prestar también más atención a las numerosas referencias innegablemente marítimas que se encuentran en los Textos de las Pirámides³⁴. Y quizás obtendríamos nuevas e importantes conclusiones de un antiguo arte egipcio en el que los dioses se representan viajando en hermosos buques de elevada proa y línea elegante, contruidos de acuerdo con las mismas técnicas avanzadas que los barcos de las pirámides de Gizeh y la misteriosa flota que está anclada en las arenas del desierto de Abydos.

Las personas que habitan en un lugar rodeado de tierra no suelen convertirse en astrónomos. ¿No es posible que la iconografía marítima de los antiguos egipcios, el diseño de sus barcos y su espléndida obsesión por la observación de las estrellas formara parte de una herencia transmitida a sus ancestros por una raza de navegantes no identificada, en la prehistoria remota? Sólo una raza arcaica semejante, una civilización marítima olvidada, pudo dejar sus huellas en forma de unos mapas que describen con precisión el mundo tal como aparecía antes del último período glacial. Sólo una civilización tal, siguiendo el rumbo marcado por las estrellas «durante diez mil años», podría observar y calcular el fenómeno de la precesión equinoccial con la exactitud a la que se refieren los antiguos mitos. Y, aunque se trate de una hipótesis, sólo una civilización semejante sería capaz de medir la Tierra con la suficiente precisión para obtener las dimensiones reducidas a escala en la Gran Pirámide.

La firma de una fecha lejana

Era casi medianoche cuando llegamos a Gizeh. Nos alojamos en el Siag, un hotel que ofrece una excelente vista de las pirámides, y nos sentamos en el balcón de nuestra habitación mientras las tres estrellas del cinturón de Orion se deslizaban poco a poco a través del cielo meridional.

La disposición de esas tres estrellas, tal como el arqueólogo y astrónomo Robert Bauval demostró recientemente, había servido de plantilla celestial para levantar el plano de las tres pirámides de Gizeh. Este hecho constituía de por sí un descubrimiento asombroso, pues indicaba un nivel de astronomía observacional, así como unos conocimientos de levantamiento de planos, mucho más elevado que los expertos atribuyen a los antiguos egipcios. Aún más asombroso —y el motivo por el cual había quedado en reunirme con él a la mañana siguiente en Gizeh— era el hecho de que Bauval afirmara que el esquema trazado en el suelo (en casi quince millones de toneladas de piedras perfectamente talladas) concordaba exactamente con el esquema del cielo durante la época del 10450 a.

C.

Si Bauval estaba en lo cierto, las pirámides habían sido concebidas, utilizando los cambios que origina la precesión en las posiciones de las estrellas, como la firma arquitectónica permanente del undécimo milenio antes de nuestra era.

NOTAS

1. Collins English Dictionary, p. 608.
2. Secrets of the Great Pyramid, p. 308. Gran parte del material de este capítulo se basa en el trabajo de Peter Tompkins y Livio Catullo Stecchini.
3. *Ibíd.*, p. 46.
4. *Ibíd.*, p. 181.
5. *Ibíd.*, p. 299.
6. *Ibíd.*, pp. 179-181.
7. Citado en *ibíd.*, p. 333.
8. Véanse el capítulo 23, y Stecchini en: Secrets of the Great Pyramid, p. 378.
9. Véase el capítulo 23.
10. Aceptado por Edwards, Petrie, Baines y Malek, entre otros.
11. Encyclopaedia Britannica, 1991, 27: 530.
12. The Pyramids of Egypt, p. 87.
13. Véase parte V del libro.
14. Secrets of the Great Pyramid, p. 189.
15. Maps of the Ancient Sea Kings, pp. 17 y sigs.
16. Véase, por ejemplo: The Shape of the World, p. 23.
17. The Gods of the Egyptians, volumen I, p. 400.
18. *Ibíd.*, volumen I, p. 443; volumen II, pp. 7, 287.
19. *Ibíd.*, volumen II, p. 7, donde la divinidad Amen-Ra es ensalzada en un himno: «Los dioses se deleitan con tu olor cuando vienes de Punt, tú que eres el primogénito del rocío y procedes de la Tierra Divina (Ta-Neteru).» Véase también: volumen II, p. 287. Muchos expertos creen que Punt estaba situada en la costa de Somalia, en el este de África, donde todavía se cultivan los árboles que producen incienso y mirra («el alimento de los dioses»).
20. *Ibíd.*
21. Osiris and the Egyptian Resurrection, volumen I, p. 98; Textos de las Pirámides de Pepi I, Mer-en-Rah y Pepi II, traducido en *Ibíd.*, volumen II, p. 316, donde se muestran las conexiones marítimas de la tierra de los benditos.

22. *Ibíd.*, volumen I, p. 97.
23. *Ibíd.*, pp. 97-98.
24. *Ibíd.*, volumen II, p. 307.
25. Verónica Ions: *Egyptian Mythology*, Newness Books, Londres, 1986, p. 84.
26. *The Gods of the Egyptians*, volumen I, pp. 407-408.
27. *Ibíd.*, volumen I, p. 414.
28. *Egyptian Mythology*, p. 85.
29. *The Gods of the Egyptians*, volumen I, p. 414.
30. *Ibíd.*, pp. 414-415.
31. *The History*, 2: 4.
32. Comentado en la obra de E. M. Antoniadi: *L'Astronomie égyptienne*, París, 1934, pp. 3-4; véase también: Schwaller, p. 279.
33. *Diodorus Siculus*, volumen I, pp. 279-280.
34. *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, por ejemplo PP-78,170,290.

EL PODER DE LA COSA

En una escala de 1:43.200 la Gran Pirámide representa un modelo, y una proyección cartográfica, del hemisferio septentrional de la Tierra. Lo que descarta por completo la posibilidad de que esto sea una coincidencia es el hecho de que dicha escala encaje numéricamente con el ritmo del movimiento precesional de los equinoccios, uno de los mecanismos planetarios más característicos de la Tierra. Por tanto, es evidente que tratamos aquí con la manifestación de una decisión de planificación intencionada, destinada a ser reconocible como tal por cualquier cultura que hubiera adquirido a) un conocimiento preciso de las dimensiones de la Tierra y b) un conocimiento preciso de la velocidad del corrimiento precesional.

Gracias al trabajo de Robert Bauval, ahora podemos estar seguros de que se tomó otra decisión de planificación referente a la Gran Pirámide (la cual, según se hace cada vez más evidente, debe entenderse como un artilugio destinado a cumplir numerosas funciones). En este caso se trata de un plan muy ambicioso que incluye también a la segunda y la tercera pirámides, pero ostenta las huellas de los mismos antiguos arquitectos y constructores que concibieron la Gran Pirámide como un modelo a escala de la Tierra. La marca distintiva parece haber sido la precesión —quizá porque les gustaba su regularidad y previsión matemática—, y la utilizaron para idear un plan susceptible de ser correctamente entendido sólo por una cultura científicamente avanzada.

La nuestra es una cultura científicamente avanzada, y Robert Bauval ha sido el primero en descifrar los parámetros básicos del plan, un hallazgo por el que ha sido aclamado públicamente y, con el tiempo, obtendrá el reconocimiento científico que se merece¹. De nacionalidad belga, nacido y criado en Alejandría, Bauval es un hombre alto, delgado, de cuarenta y tantos años, y un poco calvo. Su rasgo más característico es un obstinado maxilar inferior que define su personalidad tenaz e inquisitiva. Habla con un acento mezcla de francés, egipcio e inglés y tiene un talante decididamente oriental. Posee un cerebro de primer orden y se dedica a acumular y analizar nuevos datos relevantes a sus intereses, a hallar nuevas formas de examinar viejos problemas. De paso, aunque de modo fortuito, ha conseguido transformarse en una especie de mago de conocimientos esotéricos.

El misterio de Orion

Las raíces de los hallazgos de Bauval en Gizeh se remontan a la década de los sesenta, cuando el doctor Alexander Badawy, un egiptólogo y arquitecto, y la astrónoma americana Virginia Trimble demostraron que el pozo sur de la Cámara del Rey en la Gran Pirámide se construyó apuntando como el cañón de una pistola hacia el cinturón de Orion durante la Era de las Pirámides, entre el 2600 y el 2400 a. C.²

Bauval decidió explorar el pozo sur de la Cámara de la Reina, que Badawy y Trimble no habían investigado, y estableció que se había orientado hacia la estrella Sirio durante la Era de las Pirámides. Este dato fue confirmado por el ingeniero alemán Rudolf Gantenbrink como resultado de las medidas que tomó su robot, Upuaut, en marzo de 1993. Este robot realizó el asombroso hallazgo de una puerta corrediza que bloqueaba el pozo a una distancia de unos sesenta metros de la Cámara de la Reina. Equipado con un sofisticado cinómetro, el pequeño aparato suministró la primera lectura precisa del ángulo de inclinación del pozo: $39^{\circ} 30'$.³

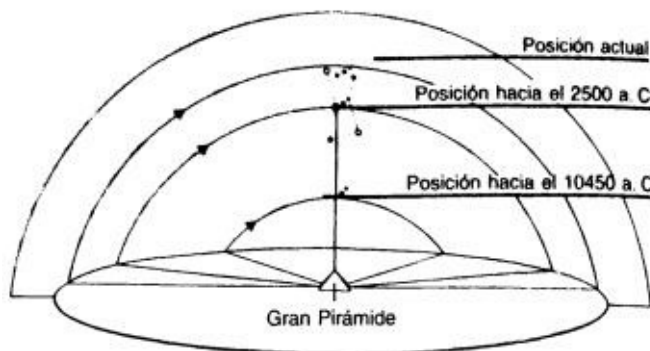
Tal como explicó Bauval:

Hice los cálculos oportunos y éstos demostraban que el pozo se había orientado hacia el tránsito meridiano de Sirio por la fecha del 2400 a. C. No existía ninguna duda al respecto. Asimismo, volví a calcular la alineación del cinturón de Orion descifrada por Badawy y Trimble utilizando los nuevos datos que me había proporcionado Gantenbrink sobre la inclinación del pozo sur de la Cámara del Rey. Gantenbrink había obtenido la cifra exacta de 45° , mientras que Badawy y Trimble habían trabajado con la medida de $44^{\circ} 30'$, algo menos precisa, obtenida por Flinders y Petrie. Los nuevos datos me permitieron afinar la fecha de la alineación propuesta por Badawy y Trimble. Constaté que el pozo se había orientado justo hacia Al Nitak, la estrella inferior de las tres estrellas que forman el cinturón, la cual había atravesado el meridiano a una altitud de 45° hacia el año 2475 a. C.⁴

Hasta ese momento las conclusiones de Bauval se hallaban dentro de los límites cronológicos que imponían los egiptólogos ortodoxos, quienes por lo general databan la construcción de la Gran Pirámide hacia el 2520 a. C.⁵ En cualquier caso, las alineaciones descubiertas por el arqueólogo-astrónomo sugerían que los pozos se construyeron con posterioridad, en lugar de con anterioridad, a lo que afirmaba la comunidad académica de egiptólogos. Como el lector habrá advertido, Bauval realizó otro hallazgo de una naturaleza más inquietante, el cual se refería

también a las estrellas del cinturón de Orion:

Están inclinadas sobre una diagonal en una dirección suroeste relativa al eje de la Vía Láctea y las pirámides se hallan inclinadas sobre una diagonal en una dirección suroeste relativa al eje del Nilo. Si observamos el firmamento en una noche despejada, veremos también que la más pequeña de esas tres estrellas, la que se encuentra en la parte superior y que los árabes llaman Mintaka, aparece levemente desviada al este de la diagonal principal que forman las otras dos. Este esquema se reproduce en el suelo, donde vemos que la pirámide de Mike-rinos está algo desviada justo en la misma proporción al este de la diagonal principal formada por la pirámide de Kcfrén (que representa la estrella del centro, Al Nilam) y la Gran Pirámide, que representa Al Nitak. Es obvio que esos monumentos responden a un plano unificado que se proyectó con extraordinaria precisión sobre esas tres estrellas... Lo que hicieron en Gi-zeh fue construir el cinturón de Orion en el suelo⁶.



La precesión y las estrellas del cinturón de Orión.

Pero aún había más. Por medio de un sofisticado programa informático⁷, capaz de descifrar los cambios inducidos precesionalmente en las declinaciones de todas las estrellas visibles en el firmamento en cualquier parte del mundo y en cualquier época, Bauval descubrió que la correlación pirámides/cinturón de Orion era general y obvia en todas las épocas, pero específica y exacta sólo en una:

En el 10450 a. C. —y sólo en esa fecha— hallamos que el esquema de las pirámides en el suelo refleja de forma perfecta el esquema de las estrellas en el cielo. Me refiero a que es una copia perfecta, impecable, y no se puede tratar de una coincidencia porque refleja dos hechos celestes insólitos que ocurrieron por aquella época. En primer lugar, y por pura casualidad, la Vía Láctea, según era visible desde Gizeh en el 10450 a. C., era una copia exacta del curso meridional del valle del Nilo; segundo, al oeste de la Vía Láctea, las tres estrellas del cinturón de Orion habían alcanzado su altitud más baja

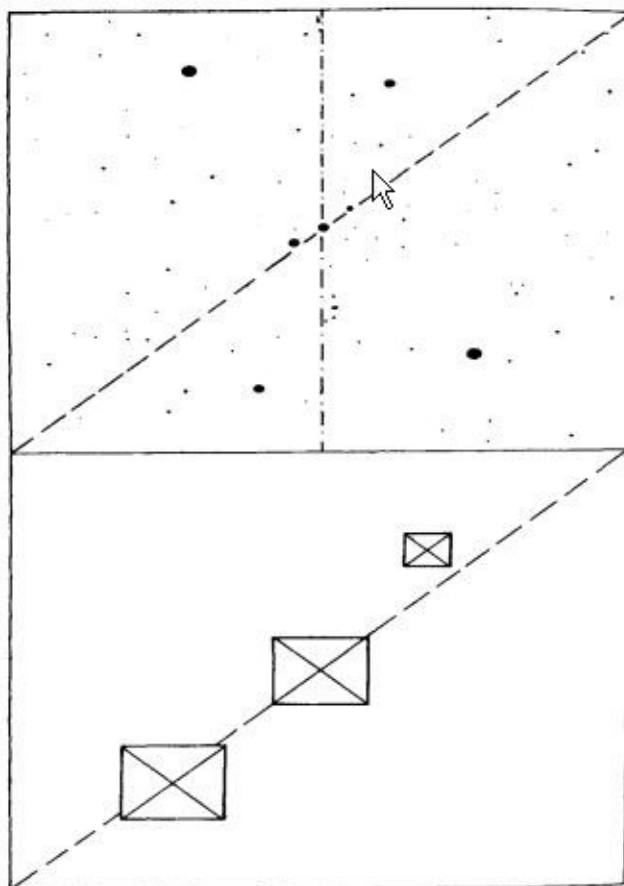
en el ciclo precesional, y Al Nitak, la estrella representada por la Gran Pirámide, atravesaba el meridiano a $11^{\circ} 08'$ ⁸.

El lector ya está familiarizado con la forma en que la precesión axial de la Tierra hace que la salida del Sol sobre el equinoccio vernal se desplace sobre la banda del zodíaco a lo largo de un ciclo de unos veintiséis mil años. El mismo fenómeno afecta también la declinación de todas las estrellas visibles, produciendo, en el caso de la constelación de Orion, unos cambios paulatinos pero importantes en la altitud.

Así, de su punto más elevado en el tránsito meridiano ($58^{\circ} 11'$ sobre el horizonte meridional visto desde Gizeh) Al Nitak tarda unos trece mil años en alcanzar su punto más bajo, registrado por última vez en el 10450 a. C., el cual está inmortalizado en piedra en la meseta de Gizeh, esto es, $11^{\circ} 08'$.

A medida que transcurren otros trece mil años, las estrellas del cinturón vuelven a elevarse muy lentamente hasta que Al Nitak se encuentra de nuevo en $58^{\circ} 11'$; a continuación, durante los próximos trece mil años descienden de nuevo lentamente hasta los $11^{\circ} 08'$. Es un ciclo eterno: trece mil años arriba, trece mil años abajo, y así por siempre⁹.

Lo que contemplamos en la meseta de Gizeh es la configuración exacta de las estrellas del cinturón de Orion en el 10450 a. C., como si un maestro arquitecto que llegara aquí en esa época hubiera decidido trazar un inmenso mapa en el suelo utilizando una mezcla de elementos naturales y artificiales. Empleó el curso meridional del valle del Nilo para representar la Vía Láctea, tal como aparecía entonces; construyó tres pirámides que representaban las tres estrellas, justo como aparecían entonces; y colocó las tres pirámides exactamente en la misma relación con el valle del Nilo que guardaban las tres estrellas con la Vía Láctea. Fue una forma muy ingeniosa, muy ambiciosa, muy exacta de marcar una época, de inmortalizar, por así decirlo, una determinada fecha en una obra arquitectónica...¹⁰



Las pirámides y las estrellas del cinturón de Orión en el 10450 a. C., vista meridiana.

La Primera Época

Las implicaciones de la correlación de Orión me parecieron complicadas y asombrosas.

Por un lado, los pozos sur de la Gran Pirámide «vinculaban precesionalmente» el monumento a Al Nitak y a Sirio entre el 2475 a. C. y el 2400 a. C., unas fechas que coincidían con la época en que los egiptólogos afirmaban que se había construido el monumento.

Por otro lado, la disposición de las tres pirámides en relación con el valle del Nilo indicaba de forma clara la fecha, muy anterior, del 10450 a. C.

Ello coincidía con los polémicos hallazgos geológicos que John West y Robert Schoch habían realizado en Gizeh, lo cual sugería la presencia de una civilización superior en Egipto en el undécimo milenio antes de nuestra era. Por lo demás, la disposición de las pirámides no era fruto de la casualidad, sino que parecía tratarse de algo intencionado porque señalaba un hecho precesional importante: el punto más bajo, en el comienzo, la Primera Época en el ciclo «arriba» de trece mil años de Orión.

Yo sabía que Bauval creía que este acontecimiento astronómico estaba ligado simbólicamente a la mítica Primera Época de Osiris —la época de los dioses,

cuando la civilización había sido llevada supuestamente al valle del Nilo— y que las razones en las que se basaba derivaban de la mitología del Antiguo Egipto, que asociaba directamente a Osiris con la constelación de Orion (y a Isis con Sirio)¹¹.

¿Era posible que los arquetipos históricos de Osiris e Isis hubieran aparecido aquí en la Primera Época, hacía doce mil quinientos años?¹² Mis investigaciones en las mitologías del período glacial me habían convencido de que ciertas ideas y recuerdos podían persistir en la psique humana durante muchos milenios, transmitidos de generación en generación a través de la tradición oral. Por tanto, en principio no veía ninguna razón que impidiera que la mitología de Osiris, con sus extrañas y anómalas características, se originara en una fecha tan remota como el 10450 a. C.

No obstante, fue la civilización del Egipto dinástico la que había elevado a Osiris a la categoría de dios supremo de la resurrección; una civilización con escasos antecedentes conocidos, y ninguno de ellos reconocible en la remota época del undécimo milenio antes de nuestra era. Si el mito de Osiris se había transmitido a lo largo de ocho mil años, ¿qué cultura lo había hecho? ¿Era esta cultura asimismo la autora de las dos alineaciones astronómicas que según se había demostrado manifestaban las pirámides: 10450 a. C. y 2450 a. C.?

Éstas eran algunas de las preguntas que pensaba formularle a Robert Bauval bajo la sombra de las pirámides. Santha y yo habíamos quedado en reunimos con él al amanecer, en el templo Mortuorio de Kefrén, para contemplar la salida del sol sobre la Esfinge.

La plataforma

Ubicado junto a la fachada oriental de la segunda pirámide, el ruinoso templo Mortuorio constituía un lugar gris, frío y un tanto siniestro a esta hora. Tal como había indicado John West durante nuestra conversación en Luxor, no cabía duda de que pertenecía al mismo estilo arquitectónico severo, imponente y sin adornos del célebre templo del Valle.

Aquí, en cualquier caso, se observaban los mismos bloques inmensos, cada uno

de los cuales pesaba más de doscientas toneladas¹³. Y aquí reinaba también la misma atmósfera intangible de gran antigüedad e incipiente inteligencia, como si fuera a producirse una especie de epifanía. Incluso en su actual estado ruinoso, esta estructura anónima, que los egiptólogos calificaban de templo mortuorio, seguía siendo un centro de poder que parecía absorber su energía de una época muy remota.

Contemplé la gigantesca fachada oriental de la segunda pirámide, que se hallaba a nuestras espaldas y estaba iluminada por el resplandor gris perla del amanecer. De nuevo, tal como había apuntado John West, existían muchos elementos que indicaban que se construyó en dos fases. Las hiladas inferiores, hasta una altura de unos nueve metros, consistían mayormente en unos ciclópeos megalitos de piedra caliza como los de los templos. A partir de esta altura, sin embargo, el resto del gigantesco núcleo de la pirámide estaba formado por unos bloques mucho más reducidos, cada uno de los cuales pesaba entre dos y tres toneladas (como la mayoría de los bloques utilizados en la Gran Pirámide).

¿Era posible que en cierta época se hubiera erigido una plataforma megalítica de cinco hectáreas y nueve metros de altura «sobre la colina de Gizeh», al oeste de la Esfinge, rodeada sólo por unas anónimas estructuras cuadradas y rectangulares como el templo del Valle y el templo Mortuorio? Es decir, ¿era posible que las hiladas inferiores de la segunda pirámide se construyeran en primer lugar, antes que las otras pirámides, quizá mucho antes, en una época remotísima?

El culto

La pregunta me seguía rondando por la cabeza cuando llegó Robert Bauval. Después de intercambiar algunas impresiones sobre el tiempo —soplaba un frío viento del desierto sobre la meseta—, le pregunté:

—¿Cómo explicas la laguna de ocho mil años en tus correlaciones ?

—¿Laguna?

—Sí; los pozos que parecen haber sido alineados en el 2450 a. C. y el plano del yacimiento que refleja las posiciones de las estrellas en el 10450 a. C.

—En realidad veo dos explicaciones perfectamente lógicas —respondió Bauval—, y creo que la respuesta correcta debe de residir en una u otra... O las pirámides fueron construidas como una especie de «reloj estelar» destinado a marcar dos épocas concretas, el 2450 y el 10450 a. C., en cuyo caso no podemos afirmar cuándo se construyeron, o bien fueron construidas a lo largo...

—Examinemos el primer punto —le interrumpí—, ¿A qué te refieres con lo de

«reloj estelar»? ¿Por qué no podemos afirmar cuándo se construyeron?

—Bien, supongamos por un momento que los constructores de las pirámides conocían el fenómeno de la precesión. Supongamos que fueran capaces de calcular la declinación de determinados grupos de estrellas hacia atrás y hacia delante en el tiempo, al igual que hacemos hoy en día por medio de ordenadores... Suponiendo que fueran capaces de hacer eso, con independencia de la época en que vivían, también habrían sido capaces de construir un modelo a escala del cielo sobre Gizeh, tal como aparecía en el 10450 a. C. o en el 2450 a. C., como habríamos hecho nosotros. Es decir, si hubieran construido las pirámides en el 10450 a. C. no habrían tenido ninguna dificultad en calcular correctamente los ángulos de inclinación de los pozos sur a fin de orientarlos hacia Al Nitak y Sirio alrededor del 2450 a. C. Asimismo, si vivieron en el 2450 a. C. no habrían tenido ninguna dificultad en calcular correctamente el plano del yacimiento, de forma que éste reflejara la posición del cinturón de Orion en el 10450 a. C. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien. Ésa es una explicación. Pero la segunda explicación, por la que personalmente me inclino (y además creo que las pruebas geológicas la sustentan) es que toda la necrópolis de Gizeh se proyectó y construyó a lo largo de un inmenso período de tiempo. Creo que es más que posible que el yacimiento fuera proyectado y comenzara a construirse hacia el 10450 a. C., de forma que su geometría reflejara el cielo tal como éste aparecía en aquel entonces; sin embargo fue hacia el 2450 a. C. cuando el trabajo se completó y los Pozos de la Gran Pirámide fueron alineados.

—¿De modo que crees que la planta de las pirámides puede datar del 10450 a. C.?

—Sí. Y creo que el centro geométrico de esa planta estaba localizado más o menos donde nos encontramos en estos momentos, frente a la segunda pirámide.

—Incluso parece haberse construido en dos fases, por dos culturas completamente distintas... —dije yo mientras señalaba los grandes bloques de las hiladas inferiores del inmenso edificio.

—Quizá no fueron dos culturas —respondió Bauval al tiempo que se encogía de hombros—, sino sólo una, o un culto, el culto de Osiris. Tal vez fuera un culto muy antiguo dedicado a Osiris que se instaló aquí en el 10450 a. C. y todavía seguía aquí en el 2450 a. C. Quizás algunas de las formas en que ese culto hacía las cosas se modificaron a lo largo del tiempo; a lo mejor utilizaron unos bloques enormes en el 10450 a. C. y unos bloques más pequeños en el 2450 a. C... Creo

que existen muchos elementos aquí que avalan esta hipótesis, unos elementos que indican que se trata de un culto muy antiguo; hay muchas pruebas que nunca han sido investigadas...

—¿Por ejemplo?

—En primer lugar, las alineaciones astronómicas del yacimiento. Yo he sido de los primeros en empezar a investigarlas a fondo. Y la geología: el trabajo que realizaron John West y Robert Schoch respecto a la Esfinge. Aquí hay dos ciencias, ambas rigurosas, empíricas, basadas en pruebas, que nunca se han aplicado a estos problemas. Pero ahora que hemos empezado a aplicarlas, comenzamos a obtener una lectura distinta sobre la antigüedad de la necrópolis. Creo sinceramente que apenas hemos rascado la superficie y que en el futuro aparecerán muchas más pruebas geológicas y astronómicas. Por otra parte, nadie ha realizado todavía un estudio detallado de los Textos de las Pirámides desde un punto de vista diferente al «antropológico», el cual implica la noción preconcebida de que los sacerdotes de Heliópolis eran un hatajo de curanderos o hechiceros medio civilizados que deseaban vivir por la eternidad. Es cierto que deseaban vivir eternamente, pero no eran unos curanderos ni unos hechiceros... Eran unos individuos muy civilizados y, a juzgar por su trabajo, eran también unos científicos. Por consiguiente, creo que los Textos de las Pirámides deben abordarse como unos documentos científicos o cuasi científicos, no como unos galimatías ininteligibles. Estoy convencido de que responden a la astronomía precesional. Quizás existan otras claves: matemáticas, geometría, en particular la geometría... El simbolismo... Es preciso utilizar un enfoque multi-disciplinario para comprender los Textos de las Pirámides... y también para comprender las propias pirámides. En este proyecto deben participar astrónomos, matemáticos, geólogos, ingenieros, arquitectos, incluso filósofos que se ocupen del sistema simbólico; toda persona capaz de aportar nuevas ideas y conocimientos a fin de resolver estos problemas tan importantes.

—¿Por qué crees que estos problemas son tan importantes?

—Porque inciden tremendamente en nuestra comprensión del pasado y de nuestra especie. Los meticulosos y rigurosos planos y obras que se llevaron a cabo en este lugar en el 10450 a. C. sólo pudieron ser obra de una civilización muy evolucionada, probablemente con una tecnología...

—Sin embargo, no se tiene constancia de que en esa época existiera en ninguna parte del mundo semejante civilización...

—Exacto. Estamos hablando de la Edad de Piedra. La sociedad humana había alcanzado un nivel muy primitivo, nuestros antepasados iban cubiertos con pieles,

habitaban en cuevas, se alimentaban de los animales que cazaban y los frutos que recogían, etcétera... Por tanto resulta inquietante descubrir que en el 10450 a. C. existía en Gizeh una civilización avanzada, que comprendía a la perfección la complicada ciencia de la precesión, que poseía la capacidad técnica para entender que asistía al punto más bajo en el ciclo precesional de Orion, y por tanto al viaje de trece mil años hacia arriba de la constelación, y que decidió crear una memoria permanente de ese momento en esta meseta. Al disponer el cinturón de Orión sobre el suelo del modo en que lo hizo sabían que estaban inmortalizando un momento muy específico en el tiempo.

De golpe se me ocurrió un pensamiento perverso.

—¿Cómo podemos estar tan seguros de que el momento que estaban inmortalizando era el 10450 a. C? Al fin y al cabo, el cinturón de Orión asume esa misma configuración en el cielo meridional, aloeste de la Vía Láctea a 110 sobre el horizonte, cada veintiséis mil años. ¿Por qué no es posible que inmortalizaran el 36450 a. C. o incluso el ciclo precesional que se inició veintiséis mil años antes de esa fecha?

Robert estaba preparado para responder a esta pregunta.

—Ciertos documentos antiguos sugieren que las raíces de la civilización egipcia se remontan casi cuarenta mil años —contestó—, como el extraño relato de Herodoto que refiere que el Sol salía donde se ponía anteriormente y ala inversa...

—Lo cual viene a ser también una metáfora precesional...

—Sí. De nuevo aparece la precesión. Es muy curiosa la forma en que el tema se repite una y otra vez... En cualquier caso, tienes razón, pudieron haber marcado el comienzo del ciclo precesional anterior...

—Pero ¿lo crees así?

—No. Creo que la fecha más probable es el 10450 a. C. Está dentro de los límites de lo que sabemos sobre la evolución del Homo Sapiens. Y aunque todavía quedan muchos años sin explicar antes de la repentina aparición del Egipto dinástico hacia el 3000 a. C., no es un período excesivamente largo...

—¿No es un período excesivamente largo para qué?

—Es la respuesta a tu pregunta sobre la laguna de ocho mil años entre la alineación del yacimiento y la alineación de los pozos de las cámaras reales. Ocho mil años es mucho tiempo, pero no excesivo, para que un culto fuertemente

motivado preservara, alimentara y transmitiera fielmente los avanzados conocimientos del pueblo que inventó este lugar en el 10450 a. C.¹⁴

La máquina

¿Cuán avanzados eran los conocimientos de esos inventores prehistóricos?

—Conocían las épocas —dijo Bauval—, y el reloj que utilizaban era el reloj natural de las estrellas. Su lenguaje de trabajo era la astronomía precesional, y estos monumentos expresan ese lenguaje de forma muy clara, científica y sin ambages. También eran unos excelentes agrimensores (me refiero a los individuos que prepararon el emplazamiento y planificaron la orientación de las pirámides), porque aplicaban con rigor los principios de la geometría y sabían alinear perfectamente las plataformas base, o lo que fuera que construyeran, con los puntos cardinales.

—¿Crees que sabían también que estaban trazando el emplazamiento de la Gran Pirámide en la latitud 30° norte?

Bauval soltó una carcajada.

—Estoy convencido de que lo sabían. Creo que conocían a la perfección la forma de la Tierra. Conocían los principios de la astronomía, del sistema solar y de la mecánica celeste. Eran increíblemente rigurosos y precisos en todo cuanto hacían. Por tanto, no creo que nada de lo que ocurriera aquí fuera fortuito, al menos entre el 10450 a. C. y el 2450 a. C. Tengo la impresión de que todo estuvo perfectamente planeado y ejecutado... Es más, tengo la impresión de que se habían propuesto cumplir un objetivo a largo plazo, un determinado propósito, el cual llevaron a cabo en el tercer milenio antes de nuestra era...

—¿En forma de las pirámides totalmente construidas, que en el momento de completarlas las vincularon precesionalmente a Al Nitak y a Sirio?

—Así es. Y también en forma de los Textos de las Pirámides. Creo que también éstos forman parte del rompecabezas.

—¿Te refieres a que representan el software, mientras que las pirámides constituyen el hardware?

—Es posible. ¿Por qué no? En cualquier caso, no cabe duda de que existe una conexión. Creo que si queremos descodificar las pirámides correctamente deberemos acudir a los textos...

—¿Qué opinas? —pregunté a Bauval—. ¿Cuál crees que era realmente el propósito de los constructores de las pirámides?

—No lo hicieron porque desearan construir una tumba eterna —contestó Bauval—. En mi opinión, no tenían ninguna duda de que vivirían eternamente. Quienesquiera que fuesen, lograron transmitir el poder de sus ideas a través de

algo eterno. Consiguieron crear una fuerza funcional en sí misma, siempre y cuando uno la comprenda, y esa fuerza reside en las preguntas que te induce a formular. Creo que conocían la mente humana a la perfección. Conocían el juego del ritual... Lo digo en serio. Sabían lo que hacían. Sabían que eran capaces de iniciar a las gentes del futuro remoto en su forma de pensar, aunque ellos ya no estuvieran presentes. Sabían que podían lograrlo por medio de la creación de una máquina eterna, cuya función consistía en generar preguntas.

Supongo que mi rostro mostraba una expresión de perplejidad.

—¡La máquina son las pirámides! —exclamó entonces Bauval—. En realidad, toda la necrópolis de Gizeh. Fíjate en nosotros. ¿Qué es lo que hacemos? Formular preguntas. Aquí estamos, a una hora intempestiva, tiritando de frío mientras contemplamos el amanecer y lanzamos una pregunta tras otra, tal como estaba programado que hiciéramos. Nos encontramos en manos de unos magos, y los magos saben que por medio de símbolos (unos símbolos adecuados, unas preguntas adecuadas) pueden conseguir que te inicies, siempre y cuando seas una persona curiosa y te guste formular preguntas. En tal caso, en cuanto comiences a lanzar preguntas sobre las pirámides empezarás a obtener una serie de respuestas que te conducirán a nuevas preguntas y a más respuestas, hasta que te inicies...

—Plantar la semilla...

—Sí. Ellos plantaron la semilla. Créeme, eran unos magos, y conocían el poder de sus ideas... Sabían cómo lograr que las ideas germinaran y se desarrollaran en la mente de la gente. Y si empiezas con esas ideas, y sigues el proceso de raciocinio como hice yo, llegas a conclusiones como la de Orión y el 10450 a. C. En resumen, es un proceso que funciona por sí solo. Cuando penetra, cuando se instala en el subconsciente, es una conversión automática. Una vez ahí resulta imposible resistirte a él...

—Por lo que dices, parece como si el culto de Gizeh, fuera cual fuese (que giraba en torno a la precesión, la geometría, las pirámides y los Textos de las Pirámides), todavía existiera.

—En cierto sentido, todavía existe —contestó Robert—. Aunque el conductor ya no esté sentado al volante, la necrópolis de Gizeh no deja de ser una máquina destinada a provocar preguntas. —Bauval se detuvo y señaló la cúspide de la Gran Pirámide, hasta la cual habíamos trepado Santha y yo, en plena noche, hacía nueve meses—. Observa su poder —continuó—. Después de cinco mil años todavía te atrapa, tanto si quieres como si no... Te obliga a pensar... a aprender. En cuanto empiezas a formular preguntas sobre ella, haces preguntas sobre ingeniería, geometría, astronomía, y así te obliga a aprender cosas sobre estas

materias. Entonces, poco a poco, te das cuenta de que es una obra en extremo sofisticada, de que sus constructores debieron de ser unos individuos increíblemente hábiles y sabios, lo cual te obliga a preguntarte sobre la humanidad, sobre la historia humana y sobre ti mismo. Deseas informarte. Ahí radica su poder.

La segunda firma

Mientras Robert, Santha y yo nos encontrábamos sentados en la meseta de Gizeh, aquella fría mañana de diciembre a fines de 1993, contemplamos cómo el sol invernal, muy cercano al solsticio, se alzaba sobre el hombro derecho de la Esfinge, casi rozando la zona más meridional del sudeste como hacía en su periplo anual antes de regresar al norte. La Esfinge era un marcador equinoccial, con su mirada dirigida precisamente hacia el punto de la salida sobre el equinoccio vernal. ¿Formaba ella también parte del «plan maestro»?

Recordé que en cualquier época, en cualquier período de la historia o la prehistoria, la mirada de la Esfinge dirigida hacia el este siempre se habría posado en la salida del sol equinoccial, tanto en el equinoccio vernal como otoñal. En la parte V del libro, comentamos que los antiguos tomaban el equinoccio vernal como el marcador de la era astronómica. Según Santillana y Von Dechend:

La constelación que salía por el este, justo antes del Sol, marcaba el «lugar» donde se posaba el Sol... Era conocido como el «portador» del Sol, y el equinoccio vernal era reconocido como el punto fiducial del «sistema» que determinaba el primer grado del ciclo anual del Sol...¹⁵

¿Por qué crearon un marcador equinoccial en forma de un león gigantesco?

En nuestros tiempos, la época del año 2000 de la era cristiana, una forma más adecuada para ese marcador —suponiendo que alguien deseara construirlo— sería la representación de un pez. Ello se debe a que el Sol sobre el equinoccio vernal sale sobre el fondo estelar de Piscis, como viene haciendo desde hace aproximadamente dos mil años.

La era astronómica de Piscis comenzó hacia la época de Cristo¹⁶. Los lectores juzgarán por sí mismos si es una coincidencia que el símbolo principal que utilizaron los primeros cristianos para representar a Cristo no fuera una cruz sino un pez¹⁷.

Durante la era anterior, que en términos generales comprendía el primero y el segundo milenio antes de nuestra era, fue la constelación de Aries —el carnero—

la que tuvo el honor de portar el Sol sobre el equinoccio vernal. De nuevo, los lectores juzgarán si es una coincidencia <jue la iconografía religiosa de esa época se orientara predominantemente hacia el carnero¹⁸. ¿Es una coincidencia, por ejemplo, que Yahvé, dios del Israel del Antiguo Testamento, procurara un carnero para sustituir a Isaac, el hijo de Abraham, como ofrenda de sacrificio?¹⁹ (Los arqueólogos y expertos en materia de la Biblia deducen que Abraham e Isaac vivieron durante la primera parte del segundo milenio antes de nuestra era.)²⁰ ¿Es también una coincidencia que los carneros, en uno u otro contexto, aparezcan en casi todos los libros del Antiguo Testamento (compuesto por entero durante la era de Aries) pero ni en uno solo del Nuevo Testamento?²¹ ¿Y es una coincidencia que el advenimiento de la era de Aries, poco antes del comienzo del segundo milenio antes de nuestra era, estuviera acompañado en el Antiguo Egipto por un auge en la adoración del dios Amón, cuyo símbolo era un carnero con los cuernos retorcidos?²² Las obras del santuario principal de Amón —el templo de Karnak en Luxor, en el Alto Egipto— se iniciaron hacia el 2000 a. C.²³ y, tal como recordarán las personas que hayan visitado ese templo, sus iconos principales son unos carneros que, dispuestos en largas hileras, custodian las entradas.

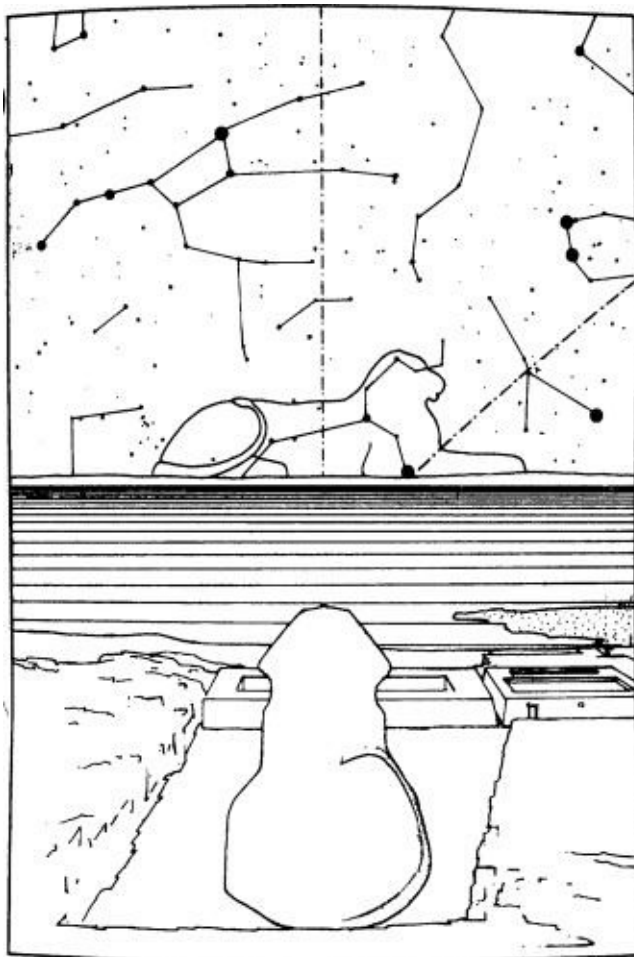
A la era de Aries siguió la era de Tauro —el toro—, que abarcaba el período comprendido entre el 4380 y el 2200 a. C.²⁴ Fue durante esta época precesional, cuando el Sol sobre el equinoccio vernal salía en la constelación de Tauro, que floreció el culto al toro en la Creta minoica²⁵. Y fue también durante esa época que la civilización del Egipto dinástico irrumpió en la escena histórica, plenamente formada y al parecer sin antecedentes. Los lectores juzgarán si fue una coincidencia el hecho de que los egipcios al principio del período dinástico veneraran ya a los toros Apis y Mnevis, considerando al primero una teofanía del dios Osiris y al último el animal sagrado de Heliópolis, una teofanía del dios Ra²⁶.

¿Por qué construyeron un marcador equinoccial en forma de león?

Dirigí la vista hacia abajo, por la pendiente de la meseta de Gizeh, y contemplé el inmenso cuerpo leonino de la Esfinge.

Kefrén, el faraón de la cuarta dinastía que según los egiptólogos mandó tallar el

monumento en el lecho rocoso hacia el 2500 a. C., había sido un monarca de la era de Tauro. Durante casi mil ochocientos años con anterioridad a su reinado, y más de trescientos años con posterioridad al mismo, el Sol sobre el equinoccio vernal salía indefectiblemente en la constelación del toro. De ello se desprende que si un monarca de esa época se hubiera propuesto crear un marcador equinoccial en Gizeh, habría tenido muchas razones para hacerlo en forma de toro, y ninguna para tallarlo en forma de león. De hecho, sólo hubo una época en que el simbolismo celeste de un marcador equinoccial leonino habría sido lógico: por supuesto, esa época fue la era de Leo, entre el 10970 a. C. y el 8810 a. C.²⁷



Contemplando el este al amanecer sobre el equinoccio vernal en el 10450 a. C. La Esfinge y la constelación de Leo.

Así pues, ¿por qué crearon un marcador equinoccial en forma de león? Porque éste se construyó durante la era de Leo, cuando el Sol sobre el equinoccio vernal salía en la constelación de Leo, marcando las coordenadas de una época precesional que no experimentaría su Gran Retorno hasta al cabo de otros veintiséis mil años.

Hacia el 10450 a. C., las tres estrellas del cinturón de Orión alcanzaron el punto más bajo en su ciclo precesional: al oeste de la Vía Láctea, 1° 08' sobre el horizonte meridional en el tránsito meridiano. Al oeste del Nilo, este acontecimiento se immortalizó a través de la arquitectura, en forma de las tres pirámides de Gizeh. Su disposición plasmaba la firma de una inconfundible época del tiempo precesional.

Hacia el 10450 a. C., el Sol sobre el equinoccio vernal salió en la constelación de Leo. En Gizeh, este acontecimiento se immortalizó por medio de la arquitectura en forma de la Esfinge, un gigantesco marcador leonino, equinoccial, el cual, al igual que la segunda firma que figura en un documento oficial, podía considerarse una confirmación de autenticidad.

En resumen, el undécimo milenio antes de nuestra era, poco después de que se rompiera «la Muela del Cielo», cambiando la salida del Sol sobre el equinoccio de primavera de Virgo a la constelación de Leo, fue la única época en que la Esfinge, orientada hacia el este, habría manifestado exactamente la alineación simbólica correcta en el día exacto, contemplando la salida del Sol vernal en el cielo del amanecer contra el fondo de su homólogo celeste...

Una pregunta obligada

—No puede ser una coincidencia que una alineación tan perfecta de lo terrestre y lo celestial se produjera en torno al 10450 a. C. —dijo Robert—. De hecho, el problema de si se trata o no de una coincidencia, para mí no existe. Lo que me intriga es: ¿por qué? ¿Por qué lo hicieron? ¿Por qué se esforzaron tanto en subrayar algo con respecto al undécimo milenio antes de nuestra era?

—Evidentemente, porque fue una época importante para ellos —terció Santha.

—Debió de ser muy, pero que muy importante para ellos. No haces una cosa así, me refiero a crear unos colosales marcadores precesionales como éstos, tallar una Esfinge, levantar tres pirámides que suman un total de casi quince millones de toneladas, a menos que tengas una razón verdaderamente importante. De modo que la pregunta es: ¿Cuál era esa razón? Nos obligan a formular esta pregunta al subrayar de forma tan potente e imperativa la fecha del 10450 a. C. Es una pregunta obligada. Quieren atraer nuestra atención sobre esa fecha y nosotros debemos preguntarnos por qué.

Los tres guardamos silencio durante largo rato mientras el Sol trepaba por el cielo al sudeste de la Gran Esfinge.

NOTAS

1. El libro de Robert Bauval: *The Orion Mystery* (Heine-mann, Londres; Crown, Nueva York; Doubleday, Canadá; List, Alemania; Planeta, España [El misterio de Orión] Pygmalion, Francia, etcétera) se publicó en 1994 y fue un bestseller internacional. Los egiptólogos cerraron filas contra sus implicaciones, las cuales se negaron a comentar, pero muchos distinguidos astrónomos consideran sus hallazgos auténticamente revolucionarios.
2. Virginia Trimble, citada en: *The Orion Mystery*, p. 241.
3. *Ibíd.*, p. 172.
4. Comunicaciones/entrevistas personales, 1993-1994.
5. *Atlas of Ancient Egypt** p. 36.
6. Comunicaciones/entrevistas personales.
7. *Skyglobe* 3,6.
8. Comunicaciones/entrevistas personales.
9. *Skyglobe* 3,6.
10. Comunicaciones/entrevistas personales.
11. Véanse los capítulos 42-44.
12. «Los egipcios se consideraban una nación divina, gobernada por reyes que eran unos dioses reencarnados; sus primeros reyes, según afirmaban, eran unos dioses que no desdeñaron habitar en la Tierra y pasearse entre los hombres.» *The Gods of the Egyptians*, volumen I, p. 3.
13. El Templo Mortuorio fue excavado por Von Sieglin en 1910; se comprobó que contenía unos bloques de diversos tamaños, los cuales pesaban «entre cien y trescientas toneladas». Bine Cuide, p. 431.
14. Al igual que cualquier catedral cristiana importante, por moderna que sea (por ejemplo, la catedral gótica en Nob Hill, San Francisco, erigida en el siglo XX), expresa el pensamiento, el simbolismo y la iconografía del «culto» judeocristiano cuyas raíces se remontan cuatro mil años por lo menos, no es imposible imaginar un culto que durara ocho mil en el Antiguo Egipto y que vinculara la fecha del 10450 a. C. con la del 2450 a. C. La construcción de las pirámides en aquella época, al igual que la construcción de una catedral hoy en día, daría como resultado unas estructuras que expresaban unos conceptos muy antiguos. Existen abundantes pruebas dentro de la tradición del Antiguo Egipto que confirman la existencia y preservación de esos antiguos conceptos. Por ejemplo, «el rey Nefer-hetep [decimotercera dinastía] era fiel adorador de Osiris y al saber que su templo [en Abydos] estaba en ruinas, y que era preciso erigir una nueva estatua del dios, se dirigió al templo de Ra-Atum, en Heliópolis, y consultó los libros que había

en la biblioteca del templo a fin de averiguar cómo construir una estatua de Osiris semejante a la que existía desde el comienzo del mundo...» (Osiris and the Egyptian Resurrection, volumen II, p. 14). Véase también: Sacred Science; en las pp. 103-104, se explica que la construcción de templos en los períodos ptolomeico y posteriores de la historia de Egipto obedecían a unas especificaciones muy antiguas: «Todos los planos se refieren siempre a un libro divino; así, el templo de Edfu fue reconstruido bajo los ptolomeos según el libro de fundamentos compuesto por Imhotep, un libro que había descendido del cielo al norte de Menfis. El templo de Dendera se basaba en un plano contenido en antiguos escritos que databan de los Compañeros de Horu.»

15. Hamlet's Mill, p. 59.
16. *Ibíd.*; Sacred Science, p. 179.
17. Oxford Dictionary of the Christian Church, Oxford University Press, 1988, p. 514.
18. Sacred Science, p. 177.
19. Génesis: 22:13.
20. Jemsalem Bible, tabla cronológica, p. 343.
21. King James Bible, Franklin, primera edición computerizada.
22. The Encyclopaedia of Ancient Egypt, p. 20.
23. *Ibíd.*, p. 133.
24. Sacred Science, p. 177.
25. En el 3000 a. C. Véase: Encyclopaedia Britannica, 1991, 3:731.
26. Encyclopaedia of Ancient Egypt, pp. 27,171.
27. Skyglobe, 3,6.

PARTE VIII

CONCLUSIÓN

¿Dónde está el cadáver?

BUSCAR UNA AGUJA EN UN PAJAR

A los pocos meses de iniciar esta investigación, mi colaborador en materia de documentación me remitió una carta de quince folios en la que me explicaba el motivo por el que había decidido dimitir. En aquellos momentos yo no había comenzado todavía a juntar las piezas del rompecabezas y me apoyaba más bien en mi intuición que en pruebas sólidas. Me cautivaban los misterios, anomalías, anacronismos y galimatías que presentaba el caso, y deseaba investigarlos a fondo. Mi colaborador había estado investigando los largos y lentos procesos que condujeron a la aparición de algunas civilizaciones desconocidas en la historia global.

Según opinaba mi colaborador, para que una civilización se desarrollara debían darse ciertas condiciones económicas, climáticas, topográficas y geográficas:

Si lo que buscas es una civilización de grandes creadores que aún no ha sido descubierta, la cual se desarrolló ajena a las culturas que conocemos, no es que busques una aguja en un pajar, sino una vasta región que debía de ocupar una extensión terrestre de unos tres mil doscientos kilómetros, como la del Golfo de México, o el doble del tamaño de Madagascar. Lógicamente, debía de poseer grandes cordilleras, ríos inmensos y un clima mediterráneo subtropical, protegido por su latitud de los efectos adversos de un enfriamiento climático a corto plazo. Este clima templado habría durado unos diez mil años...

Según tú, esa población formada por varios miles de individuos avanzados desapareció de golpe, junto con su territorio, sin apenas dejar rastro, y sólo sobrevivieron unos pocos individuos lo suficientemente inteligentes para comprender que se avecinaba el fin, y lo bastante ricos, bien situados y con los recursos necesarios para conseguir escapar del cataclismo.

De modo que me quedé sin colaborador. A priori, mi proposición era insostenible. No podía existir esa avanzada civilización perdida, porque un territorio lo bastante extenso para albergar a semejante civilización tenía que constar por fuerza en los anales de la Historia.

Imposibilidades geofísicas

El problema era muy serio y siguió atormentándome durante todos mis trabajos de

investigación y mis viajes. Fue ese problema, más que ningún otro, el que había echado por tierra la Atlántida de Platón en cuanto proposición a ser tomada seriamente en cuenta por los eruditos. Según declaró un crítico de la teoría del continente perdido:

Nunca ha existido un puente terrestre atlántico desde la aparición del hombre en el mundo; no existe una gran área de tierra hundida en el Atlántico: el océano Atlántico ha debido de existir en su forma presente durante al menos un millón de años. De hecho, es una imposibilidad geológica que existiera en el Atlántico una Atlántida de las dimensiones que describe Platón...¹

El tono categórico, según había comprobado hacía tiempo, estaba totalmente justificado. Los oceanógrafos habían explorado a fondo el suelo del océano Atlántico y estaban convencidos de que allí no existía ningún continente perdido. Sin embargo, si las pruebas que yo estaba reuniendo representaban las huellas de una civilización perdida, debía de haberse perdido un continente en alguna parte.

Pero ¿dónde? Durante un tiempo utilicé la tesis de trabajo de que pudiera hallarse sumergido en otro océano. El Pacífico era muy grande, pero el océano Índico parecía aún más prometedor porque se encontraba relativamente cerca del Creciente Fértil de Oriente Medio, donde varias de las civilizaciones históricas primitivas conocidas habían emergido con inusitada rapidez hacia el 3000 a. C. Decidí investigar los rumores sobre antiguas pirámides en las islas Maldivas y a lo largo de la costa de Somalia en el este de África, en busca de alguna pista sobre un paraíso perdido de la Antigüedad. Incluso pensé en viajar a las Seychelles.

El problema residía de nuevo en los oceanógrafos. El suelo del océano Índico también se había explorado y no ocultaba ningún continente, igual que el resto de océanos y mares del mundo. Al parecer, no existía ningún océano o mar donde se ocultara un área de tierra lo suficientemente grande para albergar a una civilización superior.

No obstante, a medida que proseguían mis investigaciones se acumulaban los indicios de la existencia de una civilización semejante. Empecé a sospechar que se trataba de una civilización marítima, un pueblo de navegantes.

Esta hipótesis estaba sustentada por los asombrosos mapamundi antiguos, los

«Barcos de las Pirámides» de Egipto, los indicios de avanzados conocimientos astronómicos en el increíble calendario de los mayas y por las leyendas de los dioses navegantes como Quetzalcóatl y Viracocha.

Una nación de navegantes, y de constructores: los constructores de Tiahuanaco, los de Teotihuacán, los de las pirámides, los de la Esfinge, todos ellos capaces de alinear colosales monumentos con los puntos cardinales con insólita precisión.

Quienesquiera que fuesen, estos constructores habían dejado sus características huellas en todo el mundo en forma de ciclópeos monumentos poligonales, planos de yacimientos que implicaban alineaciones astronómicas, galimatías matemáticas y geodésicos, y mitos sobre dioses con forma humana. Pero una civilización lo bastante avanzada para construir estas obras maestras —lo suficientemente rica, bien organizada y madura para haber explorado el mundo de un polo a otro, y lo bastante inteligente para calcular las dimensiones de la Tierra— no pudo evolucionar sobre un área de tierra insignificante. Ésta, tal como había observado con acierto mi colaborador, debía de poseer grandes cordilleras, ríos inmensos y un clima templado, así como muchas otras condiciones indispensables para el desarrollo de una economía avanzada y próspera: buenas tierras de cultivo, recursos minerales, bosques, etcétera.

¿Dónde pudo ubicarse esta área de tierra, sino debajo de uno de los océanos del mundo?

Ángeles de biblioteca

¿Dónde pudo localizarse y cuándo desapareció? Y si en efecto había desaparecido (y no podía aducirse ninguna otra explicación), ¿cómo, por qué y en qué circunstancias había sucedido?

¿Cómo puede perderse un continente?

El sentido común sugería que la respuesta debía de hallarse en un cataclismo, un desastre planetario capaz de borrar de la faz de la Tierra prácticamente todo rastro físico de una gran civilización. Pero, en tal caso, ¿por qué no existían pruebas de ese cataclismo? O quizá sí existían.

Mientras proseguía con mis investigaciones estudié muchos de los grandes mitos sobre diluvios, fuego, terremotos y hielo que habían pasado de generación en generación en todo el mundo. Como hemos visto en la parte IV del libro es difícil resistirse a la conclusión de que los mitos describen unos acontecimientos

geológicos y climáticos reales, posiblemente unos efectos locales distintos de los mismos acontecimientos en todos los casos.

Durante la breve historia de la presencia de la humanidad en este planeta, comprobé que sólo hubo una catástrofe conocida y documentada que encajara con lo que yo andaba buscando: el dramático y mortal deshielo del último período glacial, entre el 15000 y el 8000 a. C. Por otra parte, igual que en el caso de las reliquias arquitectónicas como Teotihuacán y las pirámides egipcias, muchos de los mitos relevantes parecían haberse creado como vehículos para una crítica información científica, una nueva indicación de lo que yo había venido a considerar como «las huellas de los dioses».

Yo era receptivo, aunque en aquellos momentos no me daba cuenta de sus implicaciones, a la posibilidad de que tal vez existiera una fuerte vinculación entre el caos producido por el período glacial y la desaparición de una civilización arcaica que había inspirado durante milenios las leyendas y los mitos en todo el mundo.

Fue justo en aquel momento cuando intervinieron los ángeles de biblioteca...

La pieza que falta del rompecabezas

El novelista Arthur Koestler, quien tenía un gran interés en la sincronicidad, acuñó el término «ángel de biblioteca» para describir la mano desconocida que hace que los investigadores tengamos un golpe de suerte que nos conduzca a la información exacta en el momento preciso².

En el momento preciso, tuve uno de esos golpes de suerte. El momento fue el verano de 1993. Me sentía física y moralmente decaído tras haber viajado sin cesar durante varios meses, y la imposibilidad geofísica de que se perdiera un área terrestre del tamaño de un continente empezaba a minar mi confianza en la solidez de mis hallazgos. Fue entonces cuando recibí una carta de la ciudad de Nanaimo en British Columbia, Canadá. La carta aludía a mi libro anterior, *The Sign and the Seal*, en el que me refería de pasada a la teoría de la Atlántida y a las tradiciones de los héroes civilizadores que se «habían salvado del agua»:

Estimado señor Hancock:

Después de haber dedicado diecisiete años a investigar la suerte de la Atlántida, mi esposa y yo hemos terminado un manuscrito titulado *When the Sky Fell*. El problema es que pese a los informes positivos sobre el enfoque del libro por parte de los editores que lo han visto, la sola mención de la Atlántida hace que se cierren en banda³.

En *The Sign and the Seal* se refiere usted a «una tradición de conocimientos secretos que iniciaron los supervivientes de un diluvio...». Nuestra obra explora los lugares donde pudieron establecerse algunos supervivientes. La elevada altitud y los lagos de agua dulce los convierten en unos lugares ideales para los supervivientes de la Atlántida. El lago Titicaca y el lago Tana [en Etiopía, donde se desarrolla buena parte de *The Sign and the Seal*] encajan con el criterio climático. La estabilidad de su ecosistema procuró la materia prima para poner de nuevo en marcha la agricultura.

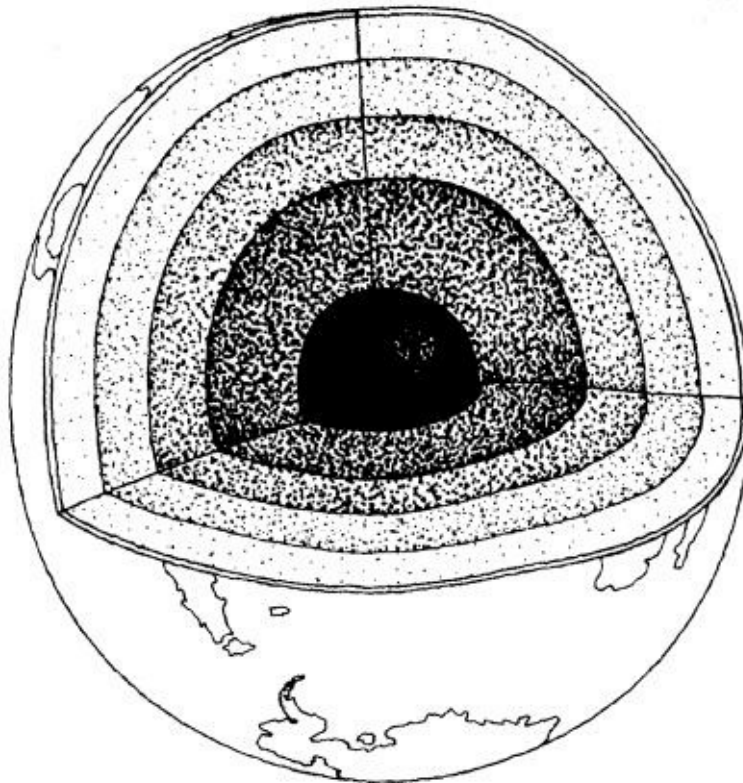
Nos hemos tomado la libertad de adjuntar un breve resumen de *When the Sky Fell*. Si le interesa, estaremos encantados de remitirle un ejemplar del manuscrito.

Le saluda atentamente,

Rand Flem-Ath

Eché una ojeada a la nota adjunta y, en los primeros párrafos, hallé la pieza del rompecabezas que andaba buscando. Esta encajaba a la perfección con los antiguos mapas globales que había estudiado, unos mapas que describían con precisión la topografía subglacial del continente de la Antártida (véase la parte I del libro). Esa pieza hacía que todos los mitos universales sobre cataclismos y desastres planetarios, con sus diversos efectos climáticos, tuvieran sentido. Explicaba el enigma de la enorme cantidad de mamuts que se habían congelado de modo repentino en las regiones septentrionales de Siberia y Alaska, y de los

árboles frutales de treinta metros de altura que habían quedado encerrados en el hielo perpetuo del círculo ártico en una latitud donde nada crece hoy en día. Ofrecía una solución al problema del brusco deshielo que había experimentado el último periodo glacial en el hemisferio norte con posterioridad al 15000 a. C.



La Tierra seccionada. La hipótesis de un desplazamiento de la corteza prevé la posibilidad de unos corrimientos periódicos de toda la corteza terrestre en una pieza. La corteza terrestre, que en algunos puntos presenta un grosor inferior a cincuenta kilómetros, descansa sobre una capa lubricante que recibe el nombre de astenosfera.

También resolvía el misterio de la excepcional actividad volcánica en todo el mundo que había acompañado el deshielo. Respondía a la pregunta: ¿Cómo es posible que se pierda un continente? Y se sustentaba sólidamente en la tesis de Charles Hapgood de un «desplazamiento de la corteza terrestre», una hipótesis geológica radical con la que yo estaba familiarizado:

La Antártida es el continente menos comprendido [escribían los Flem-Ath en la nota adjunta]. La mayoría de nosotros supone que esta inmensa isla ha estado cubierta de hielo durante millones de años. Pero nuevos hallazgos confirman que unas partes de la Antártida permanecieron desprovistas de hielo durante miles de años, una historia reciente según el reloj geológico. La teoría del «desplazamiento de la corteza terrestre» explica la misteriosa aparición y desaparición de la vasta capa de hielo de la Antártida.

Los investigadores canadienses se referían a la tesis de Hapgood de que hasta

fin del último período glacial —hacia el undécimo milenio antes de nuestra era — el territorio de la Antártida había estado emplazado unos tres mil doscientos kilómetros más al norte (en una latitud templada y favorable) y que había alcanzado su presente ubicación dentro del círculo ártico como consecuencia de un inmenso desplazamiento de la corteza terrestre⁴. Este desplazamiento, según afirmaban los Flem-Ath,

dejó también otras pruebas de su mortal visita en un círculo de muerte alrededor del globo. Todos los continentes que experimentaron rápidas y masivas extinciones de especies animales (en especial las Américas y Siberia) sufrieron un tremendo cambio en sus latitudes...

Las consecuencias de semejante corrimiento son monumentales. La corteza terrestre experimenta un corrimiento en su interior y el mundo se ve sacudido por increíbles terremotos y diluvios. El cielo parece desplomarse y los continentes cambian de posición. En el fondo del océano, los terremotos generan un oleaje gigantesco que se precipita sobre las costas, inundándolas. Algunos territorios se desplazan hacia climas más templados, mientras que otros, impelidos hacia zonas polares, sufren los rigores de un invierno durísimo. Al fundirse, las masas de hielo hacen que se eleve considerablemente el nivel del mar. Todas las criaturas vivientes deben adaptarse, emigrar o perecer...

Si el horror de un desplazamiento de la corteza terrestre se registrara hoy en día en un mundo interdependiente, el progreso de miles de años de civilización se vería arrancado de nuestro planeta como si fuera una fina telaraña. Quienes habitan cerca de las montañas quizá lograrán escapar a las aguas globales, pero se verían forzados a dejar atrás, en las tierras bajas, los frutos lentamente obtenidos de la civilización. Sólo es posible que quedara algún rastro de la civilización entre la marina mercante y las armadas del mundo. Los oxidados cascos de los barcos y submarinos acabarían pereciendo, pero los valiosos mapas que se alojan en ellos serían salvados por los supervivientes, acaso durante cientos, miles de años, hasta que la humanidad pudiera utilizarlos de nuevo para surcar los océanos del mundo en busca de tierras perdidas...

Mientras leía estas palabras, recordé la descripción de Charles Hapgood sobre la forma en que la capa terrestre que los geólogos denominan litosfera —la capa exterior delgada pero rígida del planeta— se desplaza a veces, moviéndose en un bloque «sobre la masa blanda interior, al igual que la cáscara de una naranja si se hubiera desprendido, se desplazaría sobre la parte interior de la naranja en una

sola pieza»⁵.

Hasta aquí, sentí que pisaba terreno conocido. Pero a continuación los investigadores canadienses señalaban dos conexiones vitales en las que yo no había reparado.

Influencias gravitatorias

La primera de ellas era la posibilidad de que ciertas influencias gravitatorias (así como unas variaciones en la geometría orbital de la Tierra, que aparecen comentadas en la parte V del libro) desempeñaran, a través del mecanismo de desplazamiento de la corteza terrestre, un papel importante en la aparición y declive en los períodos glaciales:

Cuando Louis Agassiz, naturalista y geólogo, presentó su idea de los períodos glaciales a la comunidad científica en 1837, aquélla fue recibida con escepticismo. No obstante, a medida que las pruebas se acumulaban a favor de Agassiz, los escépticos tuvieron que aceptar el hecho de que la Tierra había sido presa de inviernos mortíferos. Pero el detonante de esos terribles períodos glaciales seguía siendo un enigma. Hasta 1976 no se hallaron pruebas sólidas que confirmaran la aparición de los períodos glaciales. La explicación residía en varios factores astronómicos de la órbita terrestre y del ángulo de inclinación del eje. Es evidente que unos factores astronómicos desempeñaron un papel crucial en la aparición de las épocas glaciales. Pero esto sólo es parte del problema. No menos importante es la geografía de la glaciación. Es aquí donde la teoría del desplazamiento de la corteza terrestre desempeña un papel decisivo a la hora de descifrar el misterio.

Albert Einstein investigó la posibilidad de que el peso de las masas de hielo, que no están distribuidas de forma simétrica a lo largo del polo, fuera la causa de ese desplazamiento. Según escribió Einstein: «La rotación de la Tierra actúa sobre estas asimétricas masas depositadas, produciendo un movimiento centrífugo que se transmite a la corteza rígida de la Tierra. El constante aumento del movimiento centrífugo que se produce de esta forma provoca, al alcanzar cierto punto, un corrimiento de la corteza terrestre sobre el cuerpo de la Tierra, originando que las regiones polares se desplacen hacia el ecuador.»

Cuando Einstein escribió estas palabras [1953] no se conocían bien las causas astronómicas de los períodos glaciales. Cuando la forma de la órbita terrestre se desvía de un círculo perfecto en más de un uno por ciento,

aumenta la influencia gravitatoria del Sol, ejerciendo una mayor atracción sobre el planeta y sus gigantescas masas de hielo. Su ponderoso peso presiona la corteza terrestre y esta inmensa presión, junto con una mayor inclinación de la Tierra [otro factor que contribuye a alterar la geometría orbital] obliga a la corteza terrestre a desplazarse...

¿Cuál es la conexión con la aparición y declive de los períodos glaciales?
Está muy claro.

Cuando se produce un corrimiento terrestre, las partes de la corteza terrestre que se hallan en los polos norte y sur (y que por tanto están completamente glaciadas, como lo está la Antártida hoy en día) se desplazan bruscamente hacia unas latitudes más cálidas y comienzan a fundirse con extraordinaria rapidez. Por el contrario, las áreas terrestres que se hallaban localizadas en unas latitudes cálidas se ven desplazadas hacia las zonas polares, sufriendo un devastador cambio climático, y comienzan a desaparecer bajo la capa de hielo que se extiende a gran velocidad.

En resumen, cuando unas zonas gigantescas de Europa y Norteamérica se hallaban glaciadas durante lo que consideramos el último período glacial, ello no se debía a un misterioso factor climático que había evolucionado lentamente, sino a que esas áreas terrestres se encontraban más cerca del polo norte que en la actualidad. Asimismo, cuando las Glaciaciones Wisconsin y Wurm que aparecen descritas en la parte IV del libro comenzaron a deshelerse hacia el 15000 a. C., el detonante no fue un cambio climático global, sino un desplazamiento de las capas de hielo hacia latitudes más cálidas...

Dicho de otro modo: en estos momentos se está produciendo un período glacial dentro del círculo ártico y en la Antártida.

El continente perdido

La segunda conexión que habían hecho los Flem-Ath era una lógica deducción de la primera: si existía un fenómeno geológico cíclico recurrente como el desplazamiento de la corteza terrestre, y si el último desplazamiento había provocado que la enorme área terrestre que llamamos Antártida se desplazara de unas latitudes templadas hacia el círculo an-tártico, era posible que importantes restos de una civilización perdida de la remota Antigüedad yacieran actualmente bajo más de tres kilómetros de hielo en el polo sur.

De golpe comprendí que era posible que un área de tierra del tamaño de un continente, que había albergado a una gran y próspera sociedad durante miles de años, desapareciera casi sin dejar rastro. Según las conclusiones de los Flem-Ath: «Es en la gélida Antártida donde debemos buscar las respuestas a las raíces de la civilización, unas respuestas que acaso se conservan en las heladas profundidades de la isla-continente olvidada.»

Saqué del archivo la carta de dimisión de mi colaborador y revisé las condiciones previas que según él debían darse para el desarrollo de una civilización avanzada. Mencionaba «grandes cordilleras, ríos inmensos, una vasta región que debía de ocupar una extensión terrestre de unos tres mil doscientos kilómetros». También mencionaba un clima estable y templado, que debía de durar diez mil años, a fin de permitir la evolución de una cultura avanzada.

La Antártida no constituye en modo alguno una aguja en un pajar. Es una inmensa área de tierra, mucho mayor que el Golfo de México, unas siete veces mayor que Madagascar, y aproximadamente del tamaño de la parte continental de Estados Unidos. Por otra parte, tal como han demostrado las investigaciones sísmicas, en la Antártida existen grandes cordilleras. Y tal como varios de los mapas antiguos indican, unos cartógrafos prehistóricos desconocidos dotados de conocimientos científicos sobre la latitud y la longitud habían representado esas cordilleras antes de que desaparecieran debajo de la masa de hielo que las cubre en la actualidad. Esos antiguos mapas muestran también «unos ríos inmensos que fluyen de las montañas, regando los grandes valles y planicies que yacen a los pies de las mismas mientras discurren hacia el océano circundante». Y esos ríos, como yo sabía por los sondeos realizados en el Mar de Ross⁶, habían dejado pruebas físicas de su presencia en la composición de los sedimentos del fondo del océano.

Por último, observé que la hipótesis del desplazamiento de la corteza terrestre no estaba en conflicto con la condición de diez mil años de clima estable.

Con anterioridad al supuesto corrimiento brusco de la corteza terrestre, hacia fines del último período glacial en el hemisferio septentrional, el clima de la Antártida debía de ser estable, quizá durante una época mucho más dilatada que diez mil años. Y si la hipótesis acertaba al indicar que la latitud de la Antártida en aquella época se hallaba unos tres mil doscientos kilómetros (30 grados de un arco) más al norte que en la actualidad, sus zonas más septentrionales debían de estar situadas en la latitud 30° sur y habrían gozado de un clima mediterráneo subtropical.

¿Se había producido un desplazamiento de la corteza terrestre? ¿Era posible que las ruinas de una civilización perdida yacieran bajo la masa del hielo austral? Como veremos a continuación, era más que posible.

NOTAS

1. Galanopoulos y Bacon: Lost Atlantis, p. 75.
2. Véase, por ejemplo: Brian Inglis: Coincidence, Hutchinson, Londres, 1990. pp. 48 y sigs.
3. When the Sky Fell, con una introducción de Colín Wilson y un epílogo de Tohn Anthony West, fue publicado por Stoddart, Canadá, en 1995.
4. Véase parte I del libro.
5. *Ibíd.*
6. *Ibíd.* Véase también el capítulo 51 para más detalles.

EL MARTILLO Y EL PÉNDULO

Aunque esté más allá del alcance de este libro, el lector encontrará una detallada exposición de la teoría del desplazamiento de la corteza terrestre en la obra de Rand y Rose Flem Ath *When the Sky Fell*, (publicada por Stoddardt, Canadá, 1995).

Tal como hemos observado, la teoría geológica fue formulada por el profesor Charles Hapgood y sustentada por Albert Einstein. En suma, sugiere que toda la litosfera de nuestro planeta, la cual mide 50 kilómetros de grosor, experimenta un corrimiento sobre su núcleo central, de 12.800 kilómetros de grosor, forzando a grandes partes del hemisferio septentrional a desplazarse al sur hacia el ecuador y luego hacia el círculo antártico. Este movimiento no sólo se produce a lo largo del meridiano norte-sur sino que sigue una trayectoria giratoria, como un pivote por así decirlo, alrededor de las llanuras centrales de lo que en la actualidad constituye Estados Unidos. Como consecuencia, el segmento nordeste de Norteamérica (donde estaba emplazado antiguamente el polo norte en Hudson's Bay), es arrastrado fuera del círculo ártico hacia las latitudes más templadas del sur, mientras que el segmento noroeste (Alaska y el Yukon) gira hacia el norte en dirección al círculo ártico a lo largo de grandes partes del norte de Siberia.

En el hemisferio austral, el modelo de Hapgood muestra el área de tierra que llamamos ahora Antártida, gran parte de la cual se hallaba emplazada antiguamente en unas latitudes más cálidas, siendo arrastrada hacia el interior del círculo ártico. En términos generales se calcula que el movimiento alcanzó unos 30° (aproximadamente 3.200 kilómetros) y se concentró principalmente en el período comprendido entre el 14500 a. C. y el 12500 a. C., aunque se produjeron gigantescos temblores secundarios a escala planetaria con una periodicidad muy irregular hasta aproximadamente el 9500 a. C.

Supongamos que, antes de producirse el desplazamiento de la corteza terrestre, se hubiera desarrollado una gran civilización en la Antártida, cuando ésta se hallaba situada en unas latitudes más agradables. En tal caso, esa civilización pudo haber sido destruida por los efectos del desplazamiento: maremotos, vientos

huracanados y tormentas con gran aparato eléctrico, erupciones volcánicas al abrirse fallas sísmicas en todo el planeta, el cielo ensombrecido y una masa de hielo que se extendía de forma inexorable. Por otra parte, a medida que transcurrían los milenios, las ruinas que quedaron del cataclismo —las ciudades, los monumentos, las grandes bibliotecas y las obras de ingeniería de la civilización que había sido destruida— habrían quedado sepultadas bajo un grueso manto de hielo.

Si la hipótesis del desplazamiento de la corteza terrestre es correcta, no es de extrañar que lo único que hallemos, diseminado a través del mundo, sean las misteriosas huellas de los dioses. Éstas vendrían a constituir el rastro, los ecos de las obras, las enigmáticas enseñanzas y los edificios geométricos que nos legaron los escasos supervivientes de la antigua civilización de la Antártida que habrían logrado surcar los turbulentos océanos en grandes barcos y se habrían afincado en tierras remotas: en el valle del Nilo, por ejemplo (o quizás en primer lugar junto al lago Tana, en las fuentes del Nilo Azul), en el valle de México, junto al lago Titicaca en los Andes, y sin duda en otros lugares del mundo...

Dicho de otro modo, en todo el mundo es posible apreciar las huellas levemente visibles de una civilización perdida. El «cadáver» permanece sepultado bajo 3,5 kilómetros de hielo antártico y es casi tan inaccesible para los arqueólogos como si se encontrara en la cara oculta de la Luna.



Según la teoría del desplazamiento de la corteza terrestre, grandes partes de la Antártida estuvieron posicionadas fuera del círculo antártico con anterioridad al 15000 a. C., y por tanto pudieron haber estado habitadas, con un clima y unos recursos apropiados para el desarrollo de una civilización. Un corrimiento cataclísmico de la corteza hizo que el continente se moviera hasta la posición que ocupa en la actualidad, en el mismo centro del círculo antártico.

¿Realidad? ¿Ficción?

¿Posibilidad? ¿O imposibilidad?

¿Es una posibilidad o una imposibilidad geofísica el hecho de que la Antártida, el quinto continente más grande del mundo (con una superficie de 13.177.000 kilómetros cuadrados) pudiera a) haber estado emplazada antiguamente en una zona de clima más templado y b) haber sido sacada de esa zona y arrastrada hacia el círculo antártico dentro de los últimos veinte mil años?

¿Es la Antártida movable?

Un desierto polar sin vida

«Deriva continental» y/o «fallas tectónicas» son términos que se emplean para describir una importante teoría geológica que desde la década de los cincuenta es bien comprendida por el público. No es necesario abundar aquí en sus mecanismos básicos. Pero la mayoría de nosotros sabe que los continentes «flotan de un lado a otro», moviéndose y cambiando de posición sobre la superficie de la Tierra. El sentido común lo confirma: si el lector examina el mapa de la costa occidental de África y la costa oriental de Sudamérica, observará que estas dos áreas de tierra antiguamente se encontraban unidas. La escala de tiempo según la

cual se produce la deriva de los continentes es inmensa: los continentes pueden separarse (o unirse) a una velocidad de no más de 3.200 kilómetros cada 200 millones de años aproximadamente: es decir, muy lentamente¹.

Las fallas tectónicas y la teoría de Charles Hapgood del desplazamiento de la corteza terrestre no son excluyentes. Hapgood preveía la posibilidad de que se dieran ambos fenómenos: la corteza terrestre mostraba en efecto una deriva continental tal como afirmaban los geólogos —casi imperceptible, a lo largo de millones de años—, pero en ocasiones experimentaba también un desplazamiento muy rápido, en un bloque, que no incidía en la relación entre las áreas de tierra individuales, sino que arrastraba continentes enteros (o parte de los mismos) hacia y fuera de las dos zonas polares fijas del planeta (las regiones perennemente frías y heladas que rodean los polos norte y sur del eje de rotación).

¿Deriva continental?

¿Desplazamiento de la corteza terrestre?

¿Ambas cosas?

¿Alguna otra causa?

Sinceramente, no lo sé. No obstante, los hechos sobre la Antártida resultan extraños y difíciles de explicar si no se recurre a alguna noción de un brusco, catastrófico y reciente cambio geológico.

Antes de revisar algunos de estos datos, conviene tener en cuenta que nos referimos a un área de tierra orientada por la curvatura de la Tierra, de forma que el Sol no sale sobre ella durante los seis meses de invierno y no se pone durante los seis meses de verano (sino que, visto desde el polo, yace justo sobre el horizonte, como si describiera un trayecto circular alrededor del Sol durante cada veinticuatro horas de luz diurna).

La Antártida es el continente más frío del mundo, donde las temperaturas sobre la meseta polar pueden descender a $-89,2$ °C. Aunque las regiones costeras son ligeramente más cálidas (-60 °C) y albergan a un gran número de aves marinas, no existen mamíferos terrestres autóctonos y sólo una pequeña comunidad de plantas que tolera el frío es capaz de sobrevivir a los largos períodos invernales de una oscuridad casi total. La Encyclopaedia Britannica enumera estas plantas de forma sucinta: «Líquenes, musgos y hepáticas, mohos, levaduras, otros hongos, algas y bacterias...»²

En suma, aunque ofrece un espectáculo magnífico en el prolongado amanecer de

las antípodas, la Antártida es un desierto polar helado, inhóspito y prácticamente desprovisto de vida, tal como ha sido durante los cinco mil años del período «histórico» de la humanidad.

Pero ¿fue siempre así?

Prueba 1

Discover the World of Science Magazine, febrero de 1993, página 17: «Hace unos doscientos sesenta millones de años, durante el período pérmico, en la Antártida crecían unos árboles caducos adaptados a un clima cálido. Ésta es la conclusión a la que han llegado unos paleobotánicos tras examinar un grupo de tocones fosilizados que se hallaron a una altitud de dos mil metros sobre el monte Achnar en las montañas transantárticas. El lugar se encuentra a 84° 22' sur, a unos ochocientos kilómetros al norte del polo sur.

»«Lo más interesante de este hallazgo es que es el único bosque, viviente o fósil, que se ha descubierto en una latitud de 80° a 85° —dice Edith Taylor, una paleobotánica de la Universidad Estatal de Ohio, que ha estudiado los árboles fosilizados—. Lo primero que los paleobotánicos hacemos es buscar algo en los archivos modernos que sea comparable, y hoy en día no crecen bosques en esa latitud. Podemos ir a los trópicos y hallar árboles que crecen en un clima cálido, pero no encontramos árboles que crezcan en un clima cálido con el régimen de luz que tenían esos árboles: veinticuatro horas de luz diurna en verano y veinticuatro horas de oscuridad en invierno.»»³

Prueba 2

Los geólogos no han encontrado pruebas de que existiera ninguna glaciación en el continente antártico con anterioridad al eoceno (hace unos sesenta millones de años)⁴. Y si nos remontamos al cambriano (hace aproximadamente quinientos cincuenta millones de años), hallamos pruebas irrefutables de un mar cálido que se extendía cerca o a través de la Antártida en forma de gruesas piedras calizas que construían numerosos arrecifes *Archaeocyathidae*: «Millones de años más tarde, cuando estas formaciones marinas habían aparecido sobre el mar, los climas cálidos propiciaron una exuberante vegetación en la Antártida. Así, sir Ernest Shackleton halló unos lechos de carbón a trescientos veinte kilómetros del polo sur, y después, durante la expedición Byrd de 1935, unos geólogos encontraron numerosos fósiles en las elevadas laderas del monte Weaver, en la latitud 86° 58' sur, aproximadamente a la misma distancia del polo y a unos tres kilómetros y medio sobre el nivel del mar. Entre estos fósiles había unas impresiones de hojas y tallos y madera fosilizada. En 1952, el doctor Lyman H. Dougherty, de la

Institución Carnegie de Washington, tras completar el estudio de estos fósiles identificó dos especies de helecho llamadas *Glossopteris*, que antiguamente eran muy comunes en otros continentes meridionales (África, Sudamérica, Australia), así como un gigantesco helecho de otra especie...»⁵

Prueba 3

He aquí el comentario del almirante Byrd a propósito de la importancia de los hallazgos en el monte Weaver: «Aquí, sobre la montaña situada en el extremo más meridional del mundo, a unos trescientos veinte kilómetros del polo sur, encontramos pruebas concluyentes de que antiguamente la Antártida gozaba de un clima templado o incluso subtropical.»⁶

Prueba 4

«Unos científicos soviéticos han afirmado haber encontrado flora tropical en la Tierra de Graham, otra parte de la Antártida, la cual data de principios del período terciario (quizá del paleoceno o eoceno)... Unos geólogos británicos han descubierto en la Antártida grandes bosques fósiles, del mismo tipo que crecía en la costa del Pacífico de Estados Unidos hace veinte millones de años. Ello demuestra que después de la primera glaciación conocida que se registró en la Antártida en el eoceno [hace sesenta millones de años] el continente no permaneció en condiciones glaciales, sino que experimentó posteriores episodios de clima cálido.»⁷

Prueba 5

«El 25 de diciembre de 1990, dos geólogos, Barrie McKelvey y David Harwood, estaban trabajando a 1.830 metros sobre el nivel del mar y a cuatrocientos kilómetros del polo sur en la Antártida. Dichos geólogos hallaron unos fósiles de un bosque caduco en una playa meridional que data de entre dos y tres millones de años.»⁸

Prueba 6

En 1986, el hallazgo de madera y plantas fosilizadas confirmó que unas partes de la Antártida pudieron estar desprovistas de hielo hace dos millones y medio de años.

Otros hallazgos demostraron que algunos lugares del continente no estaban cubiertos hace cien mil años⁹.

Prueba 7

Como hemos visto en la parte I del libro, unas muestras sedimentarias recogidas en el fondo del Mar de Ross por la expedición Byrd demostraron de forma concluyente que en esta parte de la Antártida «fluían grandes ríos que

transportaban unos sedimentos de grano fino» en el 4000 a. C. Según el informe del doctor Jack Hough de la Universidad de Illinois: «El análisis de la muestra N-5 indica sedimento marino glacial desde el presente hasta hace seis mil años. Entre seis mil y quince mil años atrás, el sedimento es de grano fino a excepción de un granulo que data de hace unos doce mil años. Ello sugiere una ausencia de hielo en esa área durante ese período, excepto quizá la presencia de un iceberg hace doce mil años.»¹⁰

Prueba 8

El mapamundi Oronteus Finnaeus, que se comenta en la parte I del libro, describe con precisión el Mar de Ross tal como aparecería desprovisto de hielo, y también muestra las cordilleras de elevadas montañas costeras de la Antártida por las que fluyen grandes ríos en unos puntos donde en la actualidad sólo se encuentran unos glaciares de casi dos kilómetros de espesor¹¹.

Charles Hapgood, The Path of the Pole, 1970, página 111: «No es habitual que las investigaciones geológicas obtengan importante confirmación por parte de la arqueología; pero en este caso, parece que la cuestión de la desglaciación del Mar de Ross ha sido confirmada por un antiguo mapa que ha sobrevivido miles de años... Fue descubierto y publicado en 1531 por el geógrafo francés, Oronce Fine [Oronteus Finnaeus], y forma parte de su mapamundi...

»La autenticidad de este mapa ha quedado bien establecida. Tras varios años de investigaciones se logró descifrar la proyección de este antiguo mapa. Se comprobó que se había trazado sobre una sofisticada proyección cartográfica, utilizándose para ello la trigonometría esférica, y era tan científico que se hallaron más de cincuenta emplazamientos del continente antártico representados en él con una precisión jamás alcanzada por la ciencia cartográfica moderna hasta el siglo XIX.

»Por supuesto, cuando este mapa se publicó por primera vez, en 1531, no se conocía nada sobre la Antártida.

El continente no se descubrió en la época moderna hasta aproximadamente el 1818, y no fue explorado a fondo hasta el 1920...»¹²

Prueba 9

El mapa Buache, también comentado en la parte I del libro, muestra con precisión la topografía subglacial de la Antártida¹³. ¿Debemos atribuirlo a la casualidad o al hecho de que el continente estuviera desprovisto de hielo por completo lo bastante recientemente para que los cartógrafos de una civilización perdida trazaran el mapa del mismo?

Prueba 10

El reverso de la moneda. Si la tierra que en la actualidad se halla contenida dentro del círculo antártico gozaba antiguamente de un clima templado o tropical, ¿qué pasaba con las tierras del círculo ártico? ¿Se vieron afectadas por los mismos y espectaculares cambios climáticos, lo cual indicaría la existencia de un denominador común?

- En la isla de Spitzbergen (Svalbard) se han encontrado hojas de palmera fosilizadas de tres y cuatro metros de longitud, junto con unos crustáceos marinos fosilizados de un tipo que sólo habita en aguas tropicales. Ello sugiere que antiguamente las temperaturas del océano ártico eran similares a las temperaturas contemporáneas de la bahía de Bengala o el mar Caribe. Spitzbergen se halla a medio camino entre el extremo septentrional de Noruega y el polo norte, en una latitud de 80° norte. Hoy en día, los barcos pueden acceder a Spitzbergen a través del hielo sólo durante dos o tres meses al año¹⁴
- Existen pruebas fósiles que indican la presencia de bosques de cipreses de los pantanos a ochocientos kilómetros del polo norte en el mioceno [entre veinte millones y seis millones de años atrás], y de que durante el mismo período florecían nenúfares en Spitzbergen: «La flora del mioceno de la Tierra de Grinnell y Groenlandia, y Spitzbergen, requiere unas condiciones de clima templado y humedad abundante. Los nenúfares de Spitzbergen, sin duda requerían agua durante buena parte del año. A propósito de la flora de Spitzbergen conviene tener en cuenta que la isla permanece sumida en la oscuridad polar durante la mitad del año. Se halla en el círculo ártico, tan al norte de Labrador como Labrador se encuentra al norte de las Bermudas.»¹⁵
- Algunas islas del océano Ártico no estuvieron en ningún momento cubiertas de hielo durante el último período glacial. En la isla Baffin, por ejemplo, que se halla a 1.440 kilómetros del polo norte, los restos de aliso y abedul encontrados en turba indican un clima mucho más cálido hace treinta mil años que hoy en día. Estas condiciones se mantuvieron hasta hace diecisiete mil años: «Durante la Glaciación Wisconsin existía en medio del océano ártico un refugio de clima templado para la flora y fauna que no podía existir en Canadá y Estados Unidos.»¹⁶
- Unos científicos rusos han llegado a la conclusión de que durante buena parte del último período glacial el océano ártico gozó de una temperatura cálida.

Un informe de los académicos Saks, Belov y Palina que cubre numerosas fases de sus investigaciones oceanográficas afirma que durante el período comprendido entre treinta y dos mil y dieciocho mil años atrás imperaba un clima particularmente cálido¹⁷.

- Como hemos visto en la parte IV del libro, un gran número de especies de mamíferos de sangre caliente, que estaban adaptados a climas templados, se congelaron al instante al cambiar las condiciones climáticas y sus cadáveres quedaron preservados en el hielo perpetuo, a lo largo de una vasta zona de muerte que se extendía desde el Yukon, a través de Alaska, hasta el norte de Siberia. La mayor parte de esta destrucción se registró durante el undécimo milenio antes de nuestra era, aunque hubo un episodio anterior de extinciones a gran escala hacia el 13.500 a. C.¹⁸
- También vimos (en el capítulo 27) que el último período glacial llegó a su fin entre el 15000 y el 8000 a. C., pero mayormente entre el 14500 y el 12500 a. C., registrándose otro episodio de una actividad particularmente activa en el undécimo milenio antes de nuestra era. Durante este período de tiempo geológicamente breve, una glaciación de hasta tres kilómetros y medio de espesor que cubría millones de kilómetros cuadrados y había tardado más de cuarenta mil años en formarse se deshizo de forma brusca e inexplicable: «Es evidente que esto no pudo ser el resultado de los factores climáticos que operan lentamente y suelen invocarse para explicar los períodos glaciales... La rapidez de la desglaciación sugiere que otro factor extraordinario afectaba al clima...»¹⁹

El gélido verdugo

Un factor extraordinario afectaba al clima...

¿Fue un corrimiento de 30° en la litosfera en una pieza lo que puso súbitamente fin al período glacial en el hemisferio septentrional (empujando las áreas más glaciadas hacia el sur desde el polo septentrional del eje de rotación)? En tal caso, ¿por qué ese corrimiento de 30° en la litosfera no pudo desplazar el continente del hemisferio austral, de 15.360.000 kilómetros cuadrados, en su mayor parte desglaciado, desde unas temperaturas templadas a una posición directamente sobre el polo meridional del eje de rotación?

Sobre el tema de la movilidad de la Antártida, ahora sabemos que es movable, y, en concreto, que se ha movido, puesto que allí han crecido árboles y los árboles no pueden crecer en latitudes que sufren seis meses de oscuridad continental.

Lo que no sabemos (y quizá no sepamos nunca con certeza) es si ese movimiento fue el resultado de un desplazamiento de la corteza terrestre, de la deriva continental o de algún otro factor desconocido.

Examinemos brevemente la Antártida.

Ya hemos visto que es grande. Ocupa una extensión de 15.360.000 kilómetros cuadrados, y en la actualidad se halla cubierta por más de veintinueve millones de kilómetros cúbicos de hielo que pesan unos diecinueve cuatrillones de toneladas (19 seguido por 15 ceros)²⁰. Lo que preocupa a los partidarios de la hipótesis del desplazamiento de la corteza terrestre es que la vasta masa de hielo aumenta inexorablemente de tamaño y peso: «a la velocidad de 1.200 kilómetros cúbicos de hielo cada año, casi como si el lago Ontario se helara cada año y fuera a añadirse a ella.»²¹

El temor reside en que, unida a los efectos de la precesión, la oblicuidad, la excentricidad orbital, el movimiento centrífugo de la Tierra y la atracción gravitatoria del Sol, la Luna y los planetas, la inmensa glaciación de la Antártida, que no cesa de aumentar, se convierta en el factor detonante de un masivo desplazamiento de la corteza terrestre:

La creciente masa de hielo del polo sur [escribió Hugh Auchincloss Brown, de forma un tanto pintoresca, en 1967] se ha convertido en una poderosa, silenciosa e implacable fuerza de la naturaleza, como resultado de la energía creada por su rotación excéntrica. La masa de hielo es el peligro que avanza de modo inexorable, la amenaza mortal y el verdugo de nuestra civilización²².

¿Fue este «verdugo» el que provocó el fin del último período glacial en el hemisferio norte al poner en marcha un corrimiento de la corteza terrestre de siete mil años entre el 15000 a. C. y el 8000 a. C., un corrimiento que posiblemente fue más rápido y tuvo unos efectos más devastadores entre el 14500 a. C. y el 12500 a. C.?²³ ¿O fueron los repentinos y espectaculares cambios climáticos experimentados en el hemisferio septentrional durante este período el resultado de otro factor catastrófico capaz de fundir millones de kilómetros cúbicos de hielo y a la vez desencadenar en todo el mundo un aumento del vulcanismo que acompañó el deshielo?²⁴

Los geólogos modernos se oponen a las catástrofes, o mejor dicho al catastrofismo, y prefieren seguir la doctrina «uniformadora»: «Unos procesos existentes, que se encuentran actualmente en marcha, bastan para explicar todos los cambios geológicos.» El catastrofismo, por otra parte, sostiene que «los

cambios en la corteza terrestre han sido en general propiciados repentinamente por unas fuerzas físicas»²⁵. ¿Es posible, sin embargo, que el mecanismo responsable de los traumáticos cambios terrestres que se registraron al término del último período glacial fuera un acontecimiento geológico a la vez catastrófico y uniforme?

El gran biólogo sir Thomas Huxley comentó en el siglo XIX:

A mi entender, en teoría no existe ningún antagonismo entre el catastrofismo y la doctrina uniformadora; antes bien, es más que concebible que las catástrofes formen parte integrante de la uniformidad. Permítanme ilustrar mi tesis con una analogía. El mecanismo de relojería es un modelo de acción uniforme. Un buen mecanismo de reloj significa uniformidad de acción. Sin embargo, el hecho de dar las horas constituye esencialmente una catástrofe. El martillo puede hacer estallar un barril de pólvora o provocar una inundación y, mediante el oportuno ajuste, en lugar de señalar las horas, un reloj puede sonar a intervalos irregulares, nunca de igual forma en cuanto a fuerza o número de golpes del martillo. No obstante, esas catástrofes irregulares y en apariencia anárquicas son el resultado de una acción por completo uniforme, y podemos tener dos escuelas de teóricos sobre el mecanismo de un reloj: una que se dedique a estudiar el martillo y otra el péndulo²⁶.

¿Es posible que la deriva continental sea el péndulo y que el desplazamiento de la corteza terrestre sea el martillo?

Marte y la Tierra

En otros planetas se han registrado también desplazamientos de la corteza. En el número de diciembre de 1958 de *Scientific American*, Peter H. Schultz se refirió a los cráteres causados por el impacto de meteoritos visibles sobre la superficie de Marte. Los cráteres en las áreas polares ostentan una «firma» característica, porque los meteoritos aterrizan entre los gruesos depósitos de polvo y hielo que se acumulan allí. Fuera de los presentes círculos polares de Marte, Schultz halló otras dos áreas semejantes: «Estas zonas se hallan en las antípodas; están situadas en las caras opuestas del planeta. Los depósitos muestran muchos de los procesos y características de los polos que existen en la actualidad, pero se encuentran cerca del presente ecuador...»

¿Qué pudo causar este efecto? Basándose en la evidencia, Schultz aventuró la hipótesis de que el mecanismo «parecía consistir en el movimiento de toda la litosfera, la sólida porción externa del planeta como una placa... [Este movimiento

parece haberse producido] en rápidas sacudidas, seguidas por largas pausas»²⁷.

Si pueden registrarse desplazamientos de la corteza en Marte, ¿por qué no en la Tierra? Y si no se producen en la Tierra, ¿cómo se explica el extraño hecho de que ni una sola de las masas de hielo que se acumularon en el mundo durante los períodos glaciales anteriores se produjeran en —ni siquiera cerca de— los presentes polos?²⁸ Por el contrario, las áreas de tierra que ostentan las marcas de antiguas glaciaciones se hallan distribuidas a lo largo de numerosas zonas. Si descartamos que se registraran unos desplazamientos en la corteza, es preciso hallar otro medio de explicar por qué las masas de hielo parecen haber alcanzado el nivel del mar dentro de los trópicos en tres continentes: Asia, África y Australia²⁹.

La solución que propone Charles Hapgood a este problema es sencilla, muy elegante y no atenta contra el sentido común:

El único período glacial debidamente explicado es el actual período glacial en la Antártida. A éste se le ha dado una explicación excelente. Existe, evidentemente, porque la Antártida se halla emplazada en el polo, y por ninguna otra razón. Ninguna variación en el calor del Sol, ni polvo galáctico ni vulcanismo, ni corrientes subcostrales, ni elevaciones de terreno ni corrientes marinas explican el hecho. De ello se deduce que la mejor teoría para explicar un período glacial es que el área pertinente se encontraba en el polo. De este modo podemos explicar las masas de hielo formadas en la India y África, aunque las áreas ocupadas anteriormente por éstas se hallen en la actualidad en los trópicos. Explicamos todas las masas de hielo de tamaño continental del mismo modo³⁰.

La lógica resulta casi aplastante: o aceptamos que la masa de hielo de la Antártida es la primera capa de hielo de tamaño continental que se situó en un polo —lo cual parece improbable—, o bien no hay más remedio que suponer que se produjo un desplazamiento de la corteza terrestre, o un proceso similar.

¿Recuerdos del amanecer polar?

Es muy posible que nuestros antepasados conservaran en sus tradiciones más antiguas recuerdos de esos desplazamiento de la corteza. Hemos examinado

algunos de esos recuerdos en la parte IV del libro: unos mitos sobre cataclismos que parecen constituir relatos de primera mano sobre los desastres geológicos que acompañaron el fin del último período glacial en el hemisferio septentrional³¹. Existen otros mitos, los cuales pudieron llegar a nosotros desde el período comprendido entre el 15000 y el 10000 a. C. Algunos de ellos se refieren a tierras de dioses y antiguos paraísos que, sin excepción, están situados en el sur (por ejemplo, el Ta-Neteru de los egipcios), y muchos parecen haber experimentado unas condiciones polares.

La gran epopeya hindú, *Mahabarata*, se refiere al monte Meru, la tierra de los dioses:

En Meru, el Sol y la Luna giran de izquierda a derecha cada día, al igual que todas las estrellas... El resplandor que emite la montaña suprime la oscuridad de la noche, de forma que la noche apenas se distingue del día... El día y la noche conforman un año para los residentes del lugar...³²

Asimismo, como recordará el lector que comentamos en el capítulo 25, Airyana Vaejo, el mítico paraíso y antigua patria de los arios avésticos de Irán, se hizo inhabitable por la súbita aparición de la glaciación. En años posteriores se decía que era un lugar en el que «las estrellas, la Luna y el Sol sólo salían y se ponían una vez al año, y un año parece sólo un día»³³.

En el *Surya Siddhanta*, un antiguo texto hindú, leemos lo siguiente: «Los dioses contemplan el Sol, después de que éste haya salido, durante medio año.»³⁴ El séptimo mandala del *Rigveda* contiene varios himnos referentes al «Amanecer». Uno de ellos (VII, 76) dice que el amanecer ha alzado su estandarte sobre el horizonte con su característico esplendor, y el *verso 3* afirma que transcurrió un período de varios días entre la primera aparición del amanecer y la salida del Sol³⁵. Según se afirma en otro párrafo, «fueron muchos los días que transcurrieron entre los primeros rayos del amanecer y la salida del Sol»³⁶.

¿Se trata de unos relatos de primera mano sobre las condiciones polares?

Aunque no podemos estar seguros, no deja de ser interesante que según la tradición hindú los Vedas son unos textos revelados, transmitidos desde el tiempo de los dioses³⁷. También cabe destacar que al describir los procesos de transmisión todas las tradiciones se refieren a unos pralayas (cataclismos) que de vez en cuando asolan el mundo, y afirman que en cada uno de ellos las escrituras

sufren una destrucción física. Después de cada destrucción, sin embargo, sobreviven unos *Rishis*, u «hombres sabios», quienes difunden de nuevo, al comienzo de la nueva era, los conocimientos heredados por ellos como un legado sagrado de sus ancestros... Cada manvatara o era posee su Veda, el cual difiere sólo en expresión y no en el sentido del Veda originario³⁸.

Una época de turbulencia y oscuridad

Como todo niño que estudie geografía sabe, el norte real (el polo norte) no es lo mismo que el norte magnético (la dirección que señala la aguja de la brújula). El polo norte magnético se halla actualmente situado en el norte de Canadá, a unos 11° del polo norte real³⁹. Recientes estudios en paleomagnetismo han demostrado que la polaridad magnética de la Tierra se ha invertido más de ciento setenta veces durante los últimos ochenta millones de años...⁴⁰ ¿Qué causa estos cambios en el campo magnético? Durante la época en que impartía clases en la Universidad de Cambridge, el geólogo S. K. Runcorn publicó un artículo en *Scientific American* en el que destacaba lo siguiente:

No cabe la menor duda de que el campo magnético de la Tierra se halla de alguna forma vinculado a la rotación del planeta. Y ello conduce al asombroso hallazgo sobre la rotación de la Tierra... Hemos llegado a la inevitable conclusión de que el eje de rotación de la Tierra también ha cambiado. En resumen, el planeta se ha bamboleado de un lado a otro, alterando el emplazamiento de los polos geográficos⁴¹.

Runcorn parece contemplar un desplazamiento de 180° de los polos, perdiendo la Tierra su estabilidad, aunque un corrimiento de la corteza terrestre sobre los polos geográficos daría unas lecturas paleomagnéticas similares. En cualquier caso, las consecuencias para la civilización, y para toda forma de vida, serían catastróficas.

Por supuesto, Runcorn podría estar equivocado; es posible que puedan producirse cambios en el campo magnético en ausencia de otras perturbaciones.

Pero también cabe la posibilidad de que esté en lo cierto.

Según unos informes publicados en *Nature* y *New Scientist*, el último cambio geomagnético se registró hace tan sólo doce mil cuatrocientos años, durante el undécimo milenio antes de nuestra era⁴².

Éste es el milenio en el que al parecer la antigua civilización tiahuanaca de los

Andes fue destruida; el mismo que es señalado por las alineaciones y esquemas de los grandes monumentos astronómicos de la meseta de Gizeh, y por los patrones de erosión que muestra la Esfinge. Y fue durante el undécimo milenio antes de nuestra era que fracasó de modo inexplicable «el experimento agrícola precoz» de Egipto. Asimismo, también durante ese milenio un importante número de mamíferos de grandes dimensiones desapareció del planeta. La lista sería interminable: bruscos aumentos en el nivel del mar, vientos de fuerza huracanada, tormentas eléctricas, perturbaciones volcánicas, etcétera.

Los científicos creen que la próxima inversión en los polos magnéticos de la Tierra se producirá hacia el año 2030⁴³.

¿Es una indicación de un desastre planetario? Después de doce mil quinientos años de péndulo, ¿acaso el martillo se dispone a golpear?

Prueba 11

Yves Rocard, profesor de la Facultad de Ciencias en París: «Nuestros sismógrafos modernos son sensibles al “ruido” de una limitada agitación en cada punto de la Tierra, incluso en ausencia de una onda sísmica. Es posible discernir en este ruido una vibración causada por el hombre (por ejemplo, un tren a cuatro kilómetros de distancia, o una gran ciudad a diez kilómetros de distancia) y también un efecto atmosférico (debido al cambio de presión del viento sobre el suelo); a veces se perciben también los efectos de grandes tormentas en la lejanía. Sin embargo, persiste un rumor crepitante en la Tierra que no obedece a ninguna de esas causas...»⁴⁴

Prueba 12

«El polo norte se desplazó tres metros en dirección a Groenlandia sobre el meridiano de 45° longitud oeste durante el período comprendido entre 1900 y 1960... una velocidad de seis centímetros al año. [Entre 1900 y 1968, sin embargo,] el polo se desplazó unos seis metros. [El polo, por tanto,] se movió tres metros entre 1960 y 1968, a una velocidad de unos diez centímetros al año... Si ambas observaciones eran correctas cuando se realizaron, hay sobrados motivos para creer, en vista de la eminencia de los científicos implicados, que existen pruebas que demuestran que la litosfera puede estar moviéndose en el momento presente [y que experimenta] una aceleración geométrica de la velocidad del movimiento...»⁴⁵

Prueba 13

USA Today, miércoles, 23 de noviembre de 1994, página 9D:

«INTERACTIVOS EN LA ANTÁRTIDA: Una estudiante se comunica con científicos en el polo sur.»

«El 10 de enero se llevará a cabo una retransmisión en vivo desde el polo sur en la que participará Elizabeth Fel-ton, una estudiante de diecisiete años de una escuela pública de Chicago. Felton utilizará datos del Departamento de Exploraciones Geológicas estadounidense para reposicio-nar el marcador de cobre que señala el polo sur geográfico de la Tierra, a fin de compensar el corrimiento anual que experimenta la masa de hielo.»⁴⁶

¿Sólo se mueve la masa de hielo, o lo hace toda la corteza terrestre? ¿Y fue sólo un «insólito proyecto educativo interactivo» el que se llevó a cabo el 10 de enero de 1995, o estaba Elizabeth Felton documentando sin saberlo la continuada aceleración geométrica del ritmo de velocidad de la corteza terrestre?

Los científicos no lo creen. Como veremos en el último capítulo, el próximo siglo está señalado en una asombrosa convergencia de antiguas profecías y creencias tradicionales como una época de turbulencias y oscuridad sin precedentes, en la que la iniquidad obrará en secreto, y el Quinto Sol y el Cuarto Mundo tocarán a su fin...

Prueba 14

Kobe, Japón, martes 17 de enero de 1995: «El terremoto se produjo de forma inesperada y cruel. Estábamos dormidos y de pronto nos encontramos en el suelo; todo el edificio temblaba como si fuera de gelatina. Pero no era un movimiento suave y ondulante, sino brusco, violento, es-tremecedor, de proporciones increíbles... »Te encuentras en la cama, el lugar más seguro del í mundo. Tu cama está sobre el suelo, lo que suele considerarse terreno firme. Y, sin previo aviso, el mundo se convierte en una espantosa montaña rusa, de la que quieres bajarte pero no puedes.

»Lo más terrible es el ruido. No es como si tronara. Es un estrépito ensordecedor, que parece provenir de todas partes y de ningún sitio en concreto, como si fuera a producirse el fin del mundo.»

(Relato del terremoto de Kobe, por Dennis Kessler, r Guardian, Londres, 18 de enero de 1995. El temblor de t tierra duró veinte segundos, con una intensidad de 7,2 en la escala Richter, y acabó con la vida de más de cinco mil personas.

NOTAS

1. Encyclopaedia Britannica> 1991,3: 584.
2. Encyclopaedia Britannica, 1991,1: 440.

3. Discover The World of Science, febrero de 1993, p. 17. Los quince tocones mineralizados, presumiblemente restos de un bosque mucho mayor, medían entre diez y dieciocho centímetros de diámetro. Los árboles pertenecían a una conocida especie de helecho, *Glossopteris* [hallada en buena parte de las zonas carboníferas del hemisferio austral]. A diferencia de otros helechos, esta especie tenía semillas en lugar de esporas, solía presentar la forma de un árbol y en la actualidad se ha extinguido. Alrededor de los tocones del monte Achenar, los colegas de Taylor hallaron unas huellas en forma de lengua de hojas de la especie *Glossopteris*.

Los árboles caducos indican un clima templado, al igual que la ausencia de «anillos de hielo». Cuando Taylor analizó los anillos de crecimiento anual de los tocones no halló células hinchadas por el hielo ni espacios entre las células como los que se producen cuando el crecimiento de un árbol se ve obstaculizado por el hielo. Esto significa que en aquella época no existía hielo en la Antártida.

«En nuestra memoria, la Antártida siempre ha sido una región fría —dice Taylor—. Pero cuando analizamos las floras fósiles, contemplamos la posibilidad de que existieran allí comunidades de plantas. El bosque fósil, que crecía en una latitud de 85°, nos da cierta idea de lo que es posible cuando se produce un cambio climático catastrófico.»

N.B. Los árboles fueron aniquilados por una inundación o torrente de barro, otra posibilidad que se da actualmente en la Antártida.

4. The Path of the Pole, p. 61.
5. *Ibíd.*, pp. 62-63.
6. En la obra de Dolph Earl Hooker: *Those Astounding Ice Ages*, Exposition Press, Nueva York, 1958, p. 44, citando *National Geographic Magazine*, octubre de 1935.
7. *Path of the Pole*, p. 62.
8. Rand Flem-Ath: *Does the Earth's Crust Shift?* (MS.).
9. Daniel Grotta: «Antártica: Whose Continent Is It Any-way?», *Popular Science*, enero de 1992, p. 64.
10. *Path of the Pole* p. 107.
11. Véase parte I.
12. *Path of the Pole*, p. 111.
13. Véase parte I para más detalles.
14. *The Biblical Flood and the Ice Epoch*, pp. 109-110.
15. *Path of the Pole*, p. 66.

16. *Ibíd.*, pp. 93, 96.
17. *Ibíd.*, p. 99.
18. Véase parte IV.
19. *Ibíd.*
20. Encyclopaedia Britannica, 1991; John White: Pole Shift, A.R.E. Press, Virginia Beach, 1994, p. 65.
21. Pole Shift, p. 77: Cada año se añaden a la Antártida veinte mil millones de toneladas de hielo.
22. H. A. Brown: Cataclysms of the Earth, pp. 10-11.
23. Véase parte IV.
24. *Ibíd.*
25. Biblical Flood and the Ice Epoch, p. 228.
26. Thomas Huxley, citado en: Path of the Pole, p. 294.
27. Scientific American, diciembre de 1985.
28. Path of the Pole, pp. 47-49.
29. *Ibíd.*, p. 49.
30. *Ibíd.*, p. 58.
31. Véase parte IV.
32. The Mahabaratha, citado en: The Arctic Home in the Vedas, pp. 64-65.
33. *Ibíd.*, pp. 66-67.
34. Citado en: Paradise Found: The Cradle of the Human Race at the North Pole, p. 199.
35. Arctic Home in the Vedas, p. 81.
36. *Ibíd.*, p. 85.
37. *Ibíd.*, pp. 414, 417.
38. *Ibíd.*, p. 420.
39. Pole Shift, p. 9.
40. *Ibíd.*
41. *Ibíd.*, p. 61.
42. Nature, volumen 234, 27 de diciembre de 1971, pp. 173-174; New Scientist, 6 de enero de 1972, p. 7.
43. Informe de J. M. Harwood y S. C. R. Malin en: Nature, 12 de febrero de 1976.
44. The Path of the Pole, op.cit., Apéndice, pp. 325-326.
45. *Ibíd.*, p. 44.
46. USA Today, 23 de noviembre de 1994, p. 9D.

COMO UN LADRÓN QUE SE DESLIZA EN LA NOCHE...

Existen ciertas estructuras en el mundo, ciertas ideas, ciertos tesoros intelectuales, que son verdaderamente misteriosos. Empiezo a sospechar que la raza humana podría correr un riesgo si no tuviera en cuenta las implicaciones de estos misterios.

Poseemos la capacidad, única en el reino animal, de aprender a partir de las experiencias de nuestros antepasados. Después de Hiroshima y Nagasaki, por ejemplo, dos generaciones han alcanzado la madurez conscientes de la horripilante destrucción que desencadenan las armas nucleares. Nuestros hijos también serán conscientes de esto, sin vivirlo de forma directa, y lo transmitirán a sus hijos. En teoría, por tanto, el conocimiento del daño que han causado las bombas atómicas ha venido a formar parte del legado histórico permanente de la humanidad. El que decidamos beneficiarnos de ese legado o no depende sólo de nosotros. No obstante, el conocimiento del hecho está ahí, por si deseamos utilizarlo, pues se ha conservado y transmitido mediante documentos escritos, archivos cinematográficos, pinturas alegóricas, monumentos de guerra, etcétera.

No a todos los testimonios del pasado se les atribuye la misma importancia que a los documentos de Hiroshima y Nagasaki. Por el contrario, al igual que la Biblia Canónica, el cuerpo de conocimientos que denominamos «Historia» cultura racional y científica considera los mitos y las tradiciones como «no históricos».

Sin duda, muchos no son históricos. Pero al final de la investigación que yace bajo este libro, estoy seguro de que muchos otros lo son...

En beneficio de las futuras generaciones de la humanidad

Imaginemos el siguiente escenario:

Supongamos que hemos calculado, basándonos en pruebas absolutamente fidedignas, que nuestra civilización desaparecerá dentro de poco tiempo debido a un titánico cataclismo geológico, por ejemplo un desplazamiento de la corteza terrestre de 30°, o a una colisión con un asteroide de una aleación de hierro y níquel, de dieciséis kilómetros de anchura, que se precipita hacia nosotros a una velocidad cósmica.

Por supuesto, en primer lugar se produciría pánico y desesperación. Sin embargo, es de suponer —siempre que hubiéramos sido advertidos con suficiente antelación— que habríamos tomado medidas para que quedaran algunos supervivientes y que nuestros conocimientos científicos se preservaran en beneficio de las generaciones futuras.

Curiosamente, el historiador judío Josefo (quien escribió durante el siglo I a. C.) atribuye precisamente esta conducta a los inteligentes y prósperos habitantes de un mundo pretérito que vivían antes del diluvio «felices, sin que les aconteciera desgracia alguna»¹¹.

Eran también los inventores de esa sabiduría especial relativa a los cuerpos celestes, y a su orden. Y para que sus inventos no desaparecieran —teniendo en cuenta la predicción de Adán de que el mundo sería destruido en una ocasión por la fuerza del fuego, y en otra por la violencia y gran cantidad de agua— construyeron dos pilares, uno de ladrillos, el otro de piedra: escribieron sus hallazgos en ellos, para que en caso de que el pilar de ladrillos fuera destruido por el diluvio, el pilar de piedra se salvara y mostrara esos hallazgos a la humanidad; y también para informarles de que existía otro pilar de ladrillos erigido por ellos...¹²

Asimismo, cuando John Greaves, astrónomo de Oxford, visitó Egipto en el siglo XVII reunió numerosas tradiciones locales antiguas que atribuían la construcción de las tres pirámides de Gizeh a un mítico rey antediluviano:

Ello se debe a que un día vio en un sueño que la Tierra se hallaba desquiciada, sus habitantes yacían boca abajo y las estrellas caían y chocaban entre sí con un ruido atronador... El rey se despertó aterrorizado y convocó a los sumos sacerdotes de todas las provincias de Egipto... Les relató el asunto y aquéllos calcularon la altitud de las estrellas e hicieron sus pronósticos, y afirmaron que se produciría un diluvio. «¿Llegará a nuestro país?», preguntó el rey. Los sumos sacerdotes respondieron en sentido afirmativo y el rey ordenó entonces que construyeran las pirámides... Y grabó sobre esas pirámides todas las cosas que habían dicho los sabios, así como todas las ciencias profundas, la ciencia de la astrología, la aritmética, la geometría y la física. Todo esto puede ser interpretado por quien conozca sus caracteres y lenguaje...¹³

Si se toma en sentido literal, el mensaje de estos dos mitos está muy claro: ciertas

estructuras misteriosas que se encuentran repartidas por el mundo fueron construidas para preservar y transmitir los conocimientos de una civilización avanzada de la remota Antigüedad que fue destruida por un terrible desastre.

¿Es eso posible? ¿Cómo debemos interpretar otras extrañas tradiciones que nos han llegado desde la sombría caverna de la prehistoria ?

Cómo debemos interpretar, por ejemplo, el Popol Vuh, que alude en lenguaje velado a un gran secreto del pasado de la humanidad: una remota época dorada, cuando todo era posible; unos tiempos mágicos de conocimientos y progreso científico, cuando los «Primeros Hombres» (quienes «estaban dotados de inteligencia») no sólo «medían la faz redonda de la Tierra», sino que «exploraban las cuatro esquinas de la bóveda celeste»? Como el lector recordará, los dioses tenían envidia del rápido progreso alcanzado por esos humanos, que «habían conseguido ver y conocer todo cuanto existe en el mundo»¹⁴. No tardó en caer sobre ellos el castigo divino: «El Corazón del Cielo les nubló los ojos... De este modo la sabiduría y los conocimientos de los Primeros Hombres [junto con la memoria] de sus orígenes y sus comienzos, fueron destruidos.»¹⁵

El secreto de lo que había ocurrido nunca se olvidó por completo, pues hasta la llegada de los españoles en los textos sagrados del Popol Vuh original se conservaba un testimonio de esas remotas Primeras Épocas. Los excesos de la conquista obligaron a ocultar este importantísimo documento a todos salvo a los sabios más iniciados, y fue sustituido por una versión aligerada escrita «según las leyes del cristianismo»¹⁶: «Ya no podemos contemplar el libro de Popol Vuh que los reyes poseían antiguamente... El libro original, escrito hace mucho tiempo, existía, pero ahora permanece oculto al investigador y al pensador...»¹⁷

En el otro extremo del mundo, entre los mitos y las tradiciones del subcontinente hindú, existen otros sugerentes indicios de secretos ocultos. En la versión puránica sobre el diluvio universal, poco después de que éste se desencadenara, el dios pez Visnú advirtió a su protegido humano que «ocultara las Sagradas Escrituras en lugar seguro» a fin de preservar los conocimientos de las razas antediluvianas de la destrucción¹⁸. Asimismo, en Mesopotamia, el dios Esa ordenó a Utnapistim, una figura semejante a Noé, que «cogiera el comienzo, el centro y el fin de lo que se hubiera escrito y lo sepultara en la Ciudad del Sol en Sipara»¹⁹. Después de que las aguas del diluvio retrocedieran, se ordenó a los

supervivientes que se dirigieran a la Ciudad del Sol «en busca de los escritos», los cuales contenían unos conocimientos que beneficiarían a las futuras generaciones de la humanidad²⁰.

Resulta bastante curioso que fuera la Ciudad del Sol en Egipto, Innu, conocida por los griegos como Heliópolis y a la que se consideró durante el período dinástico la fuente y el centro de la suprema sabiduría transmitida a los hombres mortales desde la legendaria Primera Época de los dioses. Fue en Heliópolis donde se colacionaron los Textos de las Pirámides, y fue donde los sacerdotes, o mejor dicho el culto heliopolitano, tenían la custodia de los monumentos de la necrópolis de Gizeh.

Algo más que «Kilroy estuvo aquí»

Regresemos a nuestro escenario:

1. Sabemos que nuestra civilización postindustrial de fines del siglo XX va a ser destruida por un ineludible cataclismo geológico de dimensiones cósmicas.
2. Sabemos —porque disponemos de excelentes métodos científicos— que la destrucción será prácticamente total.
3. Tras movilizar nuestros inmensos recursos tecnológicos, los sabios de nuestra era tratan de hallar el medio de que al menos unos cuantos miembros de nuestra especie sobrevivan a la catástrofe, y que el núcleo de nuestros conocimientos científicos, médicos, astronómicos, geográficos, arquitectónicos y matemáticos se preserve.
4. Por supuesto, sabemos que tenemos pocas posibilidades de lograr el éxito en ambas empresas; no obstante, estimulados por la perspectiva de ser aniquilados, hacemos un esfuerzo sobrehumano para construir las Arcas de Vars o unos recintos sólidos y resistentes donde los supervivientes elegidos se refugien, y aplicamos nuestro ingenio en hallar la forma de transmitir la esencia de los conocimientos que hemos acumulado a lo largo de cinco mil años de historia.

Empezamos preparándonos para lo peor. Suponemos habrá supervivientes, pero que serán obligados a retroceder a la Edad de Piedra por el cataclismo. Comprendiendo que transcurrirán unos diez o doce mil años antes de que una civilización tan avanzada como la nuestra resurja de nuevo como el ave fénix de las cenizas, una de nuestras prioridades es hallar el medio de comunicarnos con

esa supuesta civilización futura. Como mínimo desearíamos decirles: ¡KILROY ESTUVO AQUÍ!, y asegurarnos de que recibieran el mensaje, con independencia del idioma que hablaran o las tendencias éticas, religiosas, ideológicas, metafísicas o filosóficas que mostrara su sociedad.

Estoy seguro de que desearíamos decirles algo más que «Kilroy estuvo aquí». Por ejemplo, querríamos comunicar a esos lejanos nietos nuestros cuándo habíamos vivido en relación con su época.

¿Cómo hacerlo? ¿Cómo expresar, pongamos por caso, el 2012 de la era cristiana en un lenguaje lo suficientemente universal para que dentro de doce mil años lo descifrara y comprendiera una civilización que no sabría nada sobre el cristianismo ni ninguna de las eras mediante las cuales nosotros expresamos la cronología?

Una solución obvia sería utilizar la maravillosa previsibilidad de la precesión axial de la Tierra, la cual altera de forma lenta y regular la declinación de todo el ámbito de estrellas en relación con un observador en un determinado punto, y que también lenta y regularmente hace girar el punto equinoccial en relación con las doce constelaciones zodiacales. Teniendo en cuenta la previsibilidad de este movimiento se deduce que si halláramos la forma de declarar VIVIMOS CUANDO EL EQUINOCCIO VERNAL ESTABA EN LA CONSTELACIÓN DE PISCIS, les ofreceríamos el medio de concretar nuestra época dentro de los límites de un período de 2.160 años en cada gran ciclo precesional de 25.920 años.

Pero este plan tiene un inconveniente. Supongamos que no resurgiera una civilización equivalente a la nuestra dentro de doce mil o incluso veinte mil años después del cataclismo, sino que tardara mucho más, quizá treinta mil años. En tal caso, un monumento o sistema de calendario que proclamara «vivimos cuando el equinoccio vernal estaba en la constelación de Piscis» carecería de un carácter ambiguo. Si era descubierto por una elevada cultura que floreciera a principios de una futura era de Sagitario, por ejemplo, interpretarían el mensaje como «vivimos 4.320 años antes de vuestra era», esto es, dos «meses» procesionales completos anteriores a la era de Sagitario (los «meses» de 2.160 años de Acuario y Capricornio). Pero también podría significar: «vivimos 30.240 años antes de vuestra época», es decir, esos dos «meses» más todo el ciclo precesional anterior

de 25.920 años. Los arqueólogos de la era de Sagitario no sólo tendrían que utilizar su ingenio para descifrar el significado del mensaje (VIVIMOS CUANDO EL EQUINOCCIO VERNAL ESTABA EN PISCIS), sino que tendrían que calcular por medio de otras pistas en qué era de Piscis habíamos vivido: la más reciente, o la correspondiente al ciclo precesional anterior, o quizás incluso el ciclo anterior a aquél.

La geología, como es lógico, coadyuvaría en unos cálculos de esta magnitud...

Los civilizadores

Si pudiéramos hallar la forma de decir VIVIMOS EN LA ERA DE PISCIS, y lográramos especificar la altitud sobre el horizonte de ciertas estrellas identificables en nuestra época (por ejemplo, las prominentes estrellas de la constelación de Orion), también seríamos capaces de señalar nuestra fecha a las generaciones futuras con mayor precisión. Podríamos seguir el ejemplo de los constructores de las pirámides de Gizeh y disponer nuestros monumentos en forma de un esquema sobre el suelo que reflejara fielmente el esquema de las estrellas en el cielo durante nuestra época.

Tendríamos ante nosotros muchas otras opciones, dependiendo de nuestras circunstancias, el nivel de tecnología que alcanzáramos, la antelación con que fuéramos advertidos del cataclismo, y los hechos cronológicos que deseáramos transmitir.

Supongamos, por ejemplo, que no hubiera tiempo de llevar a cabo los preparativos adecuados con anterioridad a la catástrofe. Supongamos que el desastre, como «el día del Señor» segunda epístola a san Pedro 3, se cerniera sobre nosotros de forma tan sigilosa «como un ladrón»²¹. ¿Qué perspectivas se abrirían entonces ante la humanidad?

Ya fuera consecuencia del choque del planeta con un asteroide o del desplazamiento de la corteza terrestre u otra causa cósmica o geológica, supongamos:

1. Una masiva devastación en todo el mundo.
2. La supervivencia de sólo un número relativamente reducido de personas, la

mayoría de las cuales retrocederían rápidamente al barbarismo.

3. La presencia, entre otros supervivientes, de una minoría de visionarios bien organizados —maestros constructores, científicos, ingenieros, cartógrafos, matemáticos, médicos, etcétera— que se dedicaran a salvar lo que pudieran y hallaran el medio de transmitir los conocimientos al futuro en beneficio de aquellos que consiguieran descifrarlos y comprenderlos.

Llamemos a estos hipotéticos visionarios «los civilizadores». Al agruparse —al principio para sobrevivir, más tarde para enseñar y compartir ideas— es posible que adoptaran el talante y el sistema de creencias de un culto religioso, desarrollando una claro sentido de misión y de identidad compartida. Sin duda utilizarían unos símbolos poderosos y fácilmente reconocibles a fin de reforzar y expresar este propósito común: los hombres quizá lucieran una barba característica, por ejemplo, o se raparan la cabeza, y tal vez utilizaran ciertos símbolos como la cruz y la serpiente y el perro para unir a los miembros del culto mientras se disponían a emprender su misión civilizadora de encender de nuevo las lámparas del conocimiento en todo el mundo.

Sospecho, si la situación fuera lo suficientemente grave después del cataclismo, que muchos de los civilizadores fracasarían, o conseguirían un éxito limitado en su empresa. Pero supongamos que un pequeño grupo poseyera la suficiente capacidad y dedicación para crear una cabeza de playa duradera y estable, quizás en una región que hubiera sufrido relativamente pocos daños a causa del desastre. Supongamos también que se produjera otro desastre inesperado —una serie de temblores de tierra derivados del cataclismo original— y que la cabeza de playa quedara aniquilada casi por completo.

¿Qué ocurriría entonces? ¿Qué se salvaría de esta catástrofe ocurrida a un culto formado por sabios que se habían salvado de un desastre mayor?

Transmitir la esencia

Si las circunstancias fueran favorables parece posible que la esencia del culto lograría sobrevivir, llevada adelante por un núcleo de hombres y mujeres resueltos a darla a conocer. Sospecho asimismo que ese culto, con las debidas técnicas de motivación y adoctrinamiento, más los medios para reclutar a nuevos miembros de entre los habitantes locales semisalvajes, conseguiría perpetuarse casi indefinidamente. Ello sólo podría suceder, sin embargo, si sus miembros (al igual que los judíos aguardando al Mesías) estuvieran dispuestos a esperar durante miles y miles de años, hasta que tuvieran la certeza de que había llegado el momento de declararse.

En caso de que lo hicieran, y si su sagrada misión consistiera efectivamente en transmitir sus conocimientos a una futura civilización desarrollada, cabe imaginar que los miembros del culto podrían ser descritos en términos semejantes a los utilizados para describir la sabiduría egipcia que poseía el dios Tot, quien según afirma la leyenda

había logrado comprender los misterios de los cielos [y haberlos] revelado escribiéndolos en unos libros sagrados que ocultó luego en la Tierra, a fin de que fueran buscados por las futuras generaciones pero sólo lo hallaran quienes fueran merecedores de ello...²²

¿Qué eran esos misteriosos «libros» de Tot? ¿Es necesario suponer que toda la información que contenían se hubiera transmitido en forma de libros? Cabe preguntarse si los profesores Santillana y Von Dechend habrán conquistado su lugar entre esos «merecedores» al descodificar el avanzado lenguaje científico contenido en los grandes mitos universales de la precesión. ¿Es posible que hayan topado con uno de los «libros» metafóricos de Tot y que hayan leído la antigua ciencia escrita en sus páginas?

¿Y los hallazgos de Posnansky referentes a Tiahuanaco, y los mapas de Hapgood? ¿Y los nuevos datos que se van descubriendo sobre la antigüedad geológica de la Esfinge de Gizeh? ¿Y los interrogantes que nos plantean los gigantescos bloques utilizados en la construcción del templo del Valle y el templo Mortuorio? ¿Y los secretos que se han ido extrayendo, uno tras otro, de las alineaciones astronómicas, las dimensiones y las cámaras ocultas de las pirámides?

Si éstas también son unas lecturas de los libros metafóricos de Tot, todo indica que el número de los «merecedores» va en aumento, y que no tardarán en aparecer nuevas y asombrosas revelaciones...

Para regresar brevemente y por última vez a nuestro escenario:

1. A comienzos del siglo XXI de la era cristiana, cerca de la cúspide de la era de Piscis y la era de Acuario, la civilización que conocemos es destruida.
2. Entre los devastados supervivientes, unos centenares o miles de individuos se unen para preservar y transmitir los frutos de los conocimientos científicos de su cultura a un futuro lejano e incierto.

3. Estos civilizadores se desgajan en pequeños grupos y se dispersan a través del globo.
4. En su mayoría fracasan en su empresa y perecen; pero en ciertas áreas, algunos consiguen dejar una impronta duradera de su cultura.
5. Al cabo de miles de años —o tal vez después de varios comienzos falsos— una rama de ese culto de sabiduría influye en el florecimiento de una civilización plenamente civilizada...

Por supuesto, en Egipto hallamos un paralelismo con esta última categoría. Yo propondría seriamente como hipótesis de trabajo que es posible que un culto de sabiduría científica, formado por los supervivientes de una gran civilización marítima perdida, se hubiera asentado en el valle del Nilo en el decimocuarto milenio antes de nuestra era. Dicho culto debió de establecerse en Heliópolis, Gizeh y Abydos, y quizás otros centros, e inició la precoz revolución agrícola de Egipto. Posteriormente, sin embargo, diezmado por los inmensos diluvios y otras perturbaciones de la Tierra que se registraron en el undécimo milenio, ese culto se habría visto obligado a retirarse hasta que las turbulencias del período glacial cesaron, sin saber si su mensaje lograría sobrevivir a las sucesivas épocas de tinieblas.

En tales circunstancias, la hipótesis sugiere que un gigantesco y ambicioso proyecto de construcción habría sido uno de los medios a través de los cuales los miembros del culto lograron preservar y transmitir su información científica al futuro, independientemente de su supervivencia física. Es decir, si los edificios fueran lo suficientemente grandes, capaces de soportar inmensos períodos de tiempo y contuvieran el mensaje del culto en forma codificada, existiría la esperanza de que el mensaje se descodificara en fecha posterior, aunque el culto hubiera dejado de existir.

La hipótesis propone que esto es lo que representan las I enigmáticas estructuras de la meseta de Gizeh:

1. Que la Gran Esfinge constituye, tal como hemos apuntado en capítulos anteriores, un marcador equinoccial | de la era de Leo, indicando una fecha en nuestra propia cronología de entre el 10970 a. C. y el 8810 a. C.
2. Que las tres pirámides principales se hallan dispuestas en relación con el valle del Nilo con el fin de reflejar la exacta disposición de las tres estrellas

del cinturón de Orion con respecto al curso de la Vía Láctea en el 10450 a. C.

Es una forma muy eficaz de «especificar» la época del undécimo milenio antes de nuestra era utilizar el fenómeno de la precesión, que ha sido justamente descrito como «el único reloj auténtico de nuestro planeta»²³. Paradójicamente, sin embargo, también sabemos que la Gran Pirámide incorpora unos pozos orientados hacia las estrellas del cinturón de Orion y Sirio hacia el 2450 a. C.²⁴ La hipótesis resuelve la anomalía de los años que faltan dando por supuesto que los pozos fueron construidos con posterioridad por el mismo y duradero culto que originalmente trazó el plano de Gizeh en el 10450 a. C. Por supuesto, la hipótesis también sugiere que fue ese mismo culto, en las postrimerías de los ocho mil años que faltan, el que constituyó la chispa que propició el repentino surgimiento, «plenamente formada», de la avanzada civilización histórica del Egipto dinástico.

Lo que queda por adivinar son los motivos que guiaron a los constructores de las pirámides, quienes presumiblemente fueron las mismas gentes que los misteriosos cartógrafos que exploraron y trazaron el mapa del globo a fines del período glacial en el hemisferio septentrional. En tal caso, cabe también preguntarse si esos arquitectos y navegantes tan avanzados técnicamente estaban obsesionados por dejar constancia de la paulatina glaciación del enigmático continente austral de la Antártida desde el decimocuarto milenio antes de nuestra era —cuando Hapgood calcula que se trazó el mapa original al que se refiere Phillipe Buache— hasta aproximadamente el fin del quinto milenio antes de nuestra era.

¿Es posible que hubieran trazado un documento cartográfico permanente de la lenta obliteración de su territorio?

¿Y es posible que su inmenso afán de transmitir un mensaje al futuro a través de distintos medios —mitos, mapas, edificios, sistemas de calendario, armonías matemáticas— estuviera ligado a los cataclismos y cambios experimentados en la Tierra que causaron esta pérdida?

Una misión urgente

La posesión de una historia consciente, articulada, es una de las facultades que distingue a los humanos de los animales. A diferencia de las ratas, o de las

ovejas, o de las vacas o los faisanes, poseemos un pasado independiente de nosotros mismos. Por tanto tenemos la oportunidad, como he dicho, de aprender a partir de la experiencia de nuestros antepasados.

¿Se debe quizás a una tendencia perversa, equivocada o simplemente estúpida el hecho de que nos neguemos a reconocer esas experiencias a menos que lleguen a nuestras manos en forma de «documentos históricos» fidedignos? ¿Es arrogancia o ignorancia lo que nos lleva a trazar una línea arbitraria que separa la «historia» de la «prehistoria» unos cinco mil años antes del presente, definiendo los documentos de la «historia» como un testimonio válido y los documentos de la «prehistoria» como primitivas fantasías?

A estas alturas de una investigación continua, mi intuición me dice que corremos cierto riesgo al negarnos a escuchar las inquietantes voces ancestrales que llegan a nosotros en forma de mitos. Reconozco que se trata más bien de una intuición que de algo racional, pero no es una insensatez. Mis trabajos de investigación me han infundido un gran respeto hacia el pensamiento lógico, la elevada ciencia, la profunda percepción psicológica y los vastos conocimientos cosmográficos de los antiguos genios que crearon esos mitos, quienes, estoy convencido de ello, descendían de la misma civilización perdida de la que salieron los cartógrafos, los constructores de pirámides, los navegantes, los astrónomos y los medidores de la Tierra cuyas huellas hemos seguido a través de los continentes y los océanos del globo terráqueo.

Como siento un profundo respeto por esos olvidados y todavía vagamente identificados Newtons, Shakespeares y Einsteins del último período glacial, creo que sería una imprudencia hacer caso omiso de lo que nos dicen.

Y lo que parecen decirnos es lo siguiente: las destrucciones cíclicas, recurrentes y casi totales de la humanidad forman parte integrante de la vida en este planeta, y esas destrucciones se han producido en numerosas ocasiones y ocurrirán de nuevo.

¿Qué significa el extraordinario sistema de calendario maya, sino un medio de transmitir exactamente este mensaje? ¿Qué representan las tradiciones de los

cuatro «Soles» anteriores (o a veces los tres «Mundos» anteriores), transmitidas en las Américas desde tiempos inmemoriales, sino unos vehículos para comunicarnos esta mala noticia? ¿Cuál es la función de los grandes mitos de precesión que nos hablan no sólo de cataclismos anteriores, sino de cataclismos futuros, y que (a través de la metáfora de la muela cósmica) ligan estos desastres terrenales a las «perturbaciones en los cielos»? Por último, ¿qué imperioso motivo llevó a los constructores de las pirámides a erigir, con increíble meticulosidad, los poderosos y misteriosos edificios de la meseta de Gizeh?

Sí, decían: «Kilroy estuvo aquí.»

Y, sí, hallaron un ingenioso medio de decirnos cuándo estuvieron aquí.

No me cabe la menor duda.

Por otra parte, estoy impresionado por los esfuerzos que realizaron para ofrecernos unas pruebas convincentes de que la suya era una civilización seria y científicamente avanzada. Y me siento aún más impresionado por la sensación de urgencia —de misión vital— que parece haber inspirado todas sus obras y actos. De nuevo me baso en mi intuición, no en la evidencia.

Deduzco que el objetivo de esas gentes era el de transmitir una advertencia al futuro, y que esa advertencia podría referirse a un cataclismo global; quizás incluso se trate de una recurrencia del mismo cataclismo que destruyó a la humanidad a fines del último período glacial, cuando «Noé vio que la Tierra estaba inclinada y que se avecinaba una catástrofe, y exclamó con amargura: “Decidme qué sucede para que la Tierra esté tan afligida y estremecida...”»²⁵. Estas palabras proceden del Libro de Enoc, pero todas las tradiciones centroamericanas se refieren a desgracias y temblores de tierra semejantes, y nos hablan de la desaparición de la presente época del mundo —una época, como recordará el lector, en la que «los mayores [afirman] que se producirá un movimiento de la Tierra y todos pereceremos a causa de él»²⁶».

El lector también recordará la fecha en que el antiguo calendario maya calcula que se producirá el fin del mundo:

El día será 4 Ahau 3 Kankin [correspondiente al 23 de diciembre del 2012 de la era cristiana], y estará regido por el dios del Sol, el noveno Señor de la Noche. La Luna tendrá ocho días, y será la tercera lunación de una serie de

seis...²⁷

Según los cálculos de los mayas, vivimos los últimos días de la Tierra. Ciertas fuentes cristianas también anuncian que se aproxima el fin del mundo. Según la Watch Tower Bible and Tract Society de Pennsylvania: «Este mundo perecerá del mismo modo que pereció el mundo anterior al diluvio... Se predijo que ocurrirían muchas cosas durante los últimos días, y todas ellas se están cumpliendo. Esto significa que se avecina el fin del mundo...»²⁸

Asimismo, el clarividente cristiano Edgar Cayce profetizó en 1934 que hacia el año 2000: «Los polos cambiarán de posición. Se registrarán turbulencias en el Ártico y la Antártida que provocarán la erupción de volcanes en las áreas tórridas... La región superior de Europa experimentará un cambio repentino. En la parte occidental de América la Tierra se resquebrajará. La mayor parte de Japón se sumergirá en el agua.»²⁹

Curiosamente, la época del año 2000, que figura en estas profecías cristianas, también coincide con la Última Época (o punto más alto) en el gran ciclo ascendente de las estrellas del cinturón de la constelación de Orion, al igual que la época del undécimo milenio antes de nuestra era también coincidía con la Primera Época (o punto más bajo) de ese ciclo.

Y curiosamente, también, como vimos en el capítulo 28:

La conjunción de cinco planetas causará profundos efectos gravitatorios el 5 de mayo del año 2000, cuando Neptuno, Urano, Venus, Mercurio y Marte se alineen con la Tierra a ambos lados del Sol, estableciéndose una especie de lucha cósmica...³⁰

¿Es posible que las recónditas influencias de la gravedad, unidas al bamboleo precesional de nuestro planeta, los efectos torsionales de su rotación axial, y la creciente masa y peso de la masa de hielo de la Antártida, basten para desencadenar un importante desplazamiento de la corteza terrestre?

Nunca lo sabremos con certeza... a menos que ocurra. Entre tanto, no creo que el escriba egipcio Manetón se expresara con ambigüedad al referirse al implacable y mortífero poder cósmico que actuaba en el universo:

Del mismo modo que el hierro es atraído hacia la piedra imán, pero con frecuencia es repelido en sentido contrario, el saludable y racional movimiento del mundo en ocasiones atrae, concilia y aplaca ese implacable poder; luego, cuando este último se ha recuperado, derriba al otro y lo reduce

a la impotencia...³¹

En suma, a través de metáforas y alegorías, sospecho que los antiguos trataban de hallar el medio de advertirnos exactamente cuándo y por qué el martillo de la destrucción global golpearía de nuevo. Por tanto pienso, después de doce mil quinientos años del péndulo, que haríamos bien en dedicar una mayor parte de nuestros recursos a estudiar los signos y mensajes que nos han llegado desde el sombrío y aterrador período de amnesia que nuestra especie denomina prehistoria.

También sería muy aconsejable que se agilizaran las investigaciones en la meseta de Gizeh, no sólo por parte de los egiptólogos resueltos a resistir toda amenaza al statu quo académico, sino por parte de los eclécticos equipos de investigadores, que podrían utilizar algunas de las nuevas ciencias para descifrar el más enigmático e impenetrable de los yacimientos arqueológicos. La técnica de datación cloro-36, basada en el tiempo de exposición de una roca a la atmósfera, que se cita en el capítulo 6, por ejemplo, parece un medio muy prometedor para resolver el problema sobre la antigüedad de las pirámides y la Esfinge³². Por otra parte, si existe voluntad de lograrlo, podría hallarse la forma de trasponer la pequeña puerta oculta que hay en la Gran Pirámide, a sesenta metros del suelo en el pozo sur de la Cámara de la Reina, a fin de descubrir lo que yace más allá de la misma. Asimismo, creo que deberían realizarse serios esfuerzos para investigar el contenido de la gran cavidad, de bordes cuadrados y presuntamente obra del hombre, que existe en el lecho rocoso debajo de las patas de la Esfinge, la cual fue descubierta al llevarse a cabo un estudio sísmico del lugar en 1993³³.

Por último, lejos de Gizeh, sospecho que nuestros esfuerzos también se verían recompensados si emprendiéramos una investigación a fondo de los paisajes subglaciales de la Antártida, el continente que probablemente oculte más restos completos de una civilización perdida. Si consiguiéramos averiguar con certeza qué fue lo que destruyó a esa civilización, tendríamos más posibilidades de salvarnos de una suerte parecida.

Al hacer estas últimas sugerencias soy consciente de que muchos se burlarán de ellas y expresarán la opinión uniformadora de que «todo sigue como desde el principio de la creación».³⁴ Pero también soy consciente de que «en los últimos

días vendrán escarnecedores con sus burlas»³⁵, quienes por una razón u otra se muestran sordos al testimonio de nuestros olvidados ancestros. Como hemos visto, este testimonio parece advertirnos de que una nefasta calamidad se ha abatido en más de una ocasión sobre la humanidad, que en todas las ocasiones nos ha cogido por sorpresa, sin previo aviso y sin misericordia, como un ladrón que se desliza en la noche, y que sin duda volverá a ocurrir en el futuro, obligándonos —a menos que estemos bien Preparados— a comenzar de nuevo como huérfanos ignorantes de nuestro verdadero patrimonio.

Los últimos días

Reserva de los indios Hopi, mayo de 1994: Un inhóspito viento llevaba soplando durante días y días a través de las elevadas planicies de Arizona. Mientras circulábamos en coche a través de esas planicies hacia la pequeña aldea de Shungopovi, repasé mentalmente todo lo que había visto y hecho durante los últimos cinco años: mis viajes, mis investigaciones, los falsos comienzos y los problemas irresolubles con que me había topado, los golpes de suerte, los momentos en que todo parecía encajar, los momentos en que todo se desmoronaba.

Comprendí que había recorrido un largo camino hasta llegar aquí, mucho más largo que la autopista de quinientos kilómetros de longitud que nos había conducido hasta estos austeros parajes desde Phoenix, la capital del Estado. En realidad no esperaba regresar habiendo hecho importantes hallazgos.

No obstante, había emprendido este viaje convencido de que la ciencia de la profecía está todavía viva, entre los hopi: los indios de Pueblo, parientes remotos de los aztecas de México, cuyo número se ha visto reducido por las desgracias y la miseria a apenas diez mil representantes³⁶. Al igual que los antiguos mayas cuyos descendientes, diseminados por todo el Yucatán, están convencidos de que el fin del mundo se producirá en el año 2000 «y pico»³⁷, los hopi creen que vivimos los últimos días, con una espada de Da-mocles geológica pendiendo sobre nosotros³⁸. Según sus mitos, tal como vimos en el capítulo 24:

El primer mundo fue destruido, en castigo por los desmanes cometidos por la humanidad, por medio de un fuego devorador que provino del cielo y el infierno. El segundo mundo terminó cuando el globo terráqueo cayó de su eje y todo quedó cubierto de hielo. El tercer mundo terminó con un diluvio universal. El presente mundo es el cuarto. Su suerte depende de que sus

habitantes se comporten de acuerdo con los planes del Creador...³⁹

Me encontraba en Arizona para averiguar si los hopi creían que nos estábamos comportando de acuerdo con los planes del Creador...

El fin del mundo

El inhóspito viento que soplabla sobre las planicies sacudía y hacía temblar los costados de la caravana en la que estábamos sentados. Junto a mí se encontraba Santha, quien me había acompañado a todas partes, compartiendo los riesgos y las aventuras, los malos y los buenos momentos. Sentado frente a nosotros estaba nuestro amigo Ed Po-nist, un enfermero quirúrgico de Lansing, Michigan. Unos años antes Ed había trabajado una temporada en la reserva de los hopi, y gracias a sus contactos nos encontrábamos ahora aquí. A mi derecha estaba Pual Sifki, un hopi de noventa y seis años que pertenecía al clan de la Araña y era el portavoz de las tradiciones de su pueblo. Junto a él estaba su nieta Melza Sifki, una hermosa mujer de mediana edad que se había ofrecido para hacer de traductora.

—Tengo entendido —dije— que los hopi creen que se avecina el fin del mundo. ¿Es cierto?

Paul Sifki era un hombre menudo, enjuto, de piel tostada, que vestía unos vaqueros y una camisa de batista. Durante nuestra conversación no me miró ni una sola vez, sino que mantuvo la mirada fija en el infinito, como si buscara un rostro familiar entre un grupo lejano de gente. Melza le formuló mi pregunta y al cabo de unos momentos tradujo la respuesta de su abuelo:

—Dice que por qué desea saberlo.

Le expliqué que tenía muchos motivos, el más importante de los cuales era porque experimentaba una sensación de urgencia.

—Mis investigaciones me han convencido de que existía una civilización avanzada (hace mucho tiempo) que pereció en un terrible cataclismo. Temo que nuestra civilización pueda ser destruida por una catástrofe semejante...

Tras un breve intercambio en la lengua hopi, Melza me tradujo lo que había dicho su abuelo:

—Dice que cuando era niño, en la primera década del siglo, estalló una estrella, una que había permanecido mucho tiempo suspendida en el cielo... —Entonces se dirigió a su abuelo y le pidió que le explicara el significado de ese signo.

—Esta es la forma en que nuestro mundo concluirá... devorado por las llamas — contestó su abuelo—. Si la gente no modifica sus costumbres, el espíritu que se ocupa del mundo se enfurecerá y castigará al mundo con llamas y éste acabará como esa estrella.

Eso fue lo que le dijo su abuelo, que la Tierra estallaría al igual que esa estrella...

—De modo que cree que el mundo acabará devorado por las llamas... Y tras haber contemplado el mundo durante noventa años, ¿cree que el comportamiento de la humanidad ha mejorado o empeorado?

—Dice que no ha mejorado. Que hemos empeorado.

—Así que cree que el mundo se acerca a su fin...

—Dice que ya han aparecido unos signos... Dice que hoy en día sólo sopla el viento y que lo único que hacemos es apuntarnos con armas. Eso demuestra que estamos separados por una gran brecha y lo que sentimos los unos hacia los otros. Ya no existen valores, la gente vive como le viene en gana, sin moral y sin leyes. Estos signos indican que ha llegado el momento...

Melza se detuvo en su traducción, y luego añadió unos comentarios de su propia cosecha:

—Este viento es terrible. Lo seca todo. No aporta humedad. A nuestro entender, este tipo de clima es consecuencia de la forma en que vivimos, no sólo nosotros, sino también las gentes como ustedes.

Noté que a Melza se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Yo tengo un campo de maíz —continuó Melza— que se ha secado. Levanto la vista al cielo y rezo para que llueva, pero no llueve, ni siquiera aparecen unas nubes... En esta situación, ni siquiera sabemos quiénes somos.

Se produjo un largo silencio. El viento seguía soplando con fuerza a través de la meseta, agitando la caravana, mientras el anochecer caía a nuestro alrededor.

Al cabo de unos momentos dije:

—Pregunte a su abuelo si cree que aún es posible hacer algo por los hopi y por el

resto de la humanidad.

—Lo único que sabe —contestó Melza tras escuchar la respuesta de su abuelo— es que mientras los hopi no abandonen sus tradiciones es posible que puedan ayudarse a sí mismos y a los demás. Deben aferrarse a las cosas en las que han creído siempre. Deben conservar sus recuerdos. Esto es lo más importante... Pero mi abuelo desea también decirle, y que comprenda, que esta Tierra es obra de un ser inteligente, de un espíritu creativo e inteligente que ha creado todas las cosas. Mi abuelo dice que nada es fortuito, que nada sucede por azar (ni lo bueno ni lo malo), que existe un motivo para todo cuanto ocurre...

Moliendo en un molino

Cuando seres humanos procedentes de todo el globo, y de numerosas culturas, comparten la poderosa y abrumadora intuición de que se avecina un cataclismo, tenemos derecho a no hacer caso de ello. Y cuando las voces de nuestros lejanos antepasados que llegan a nosotros a través de mitos y monumentos sagrados nos hablan de la física de una gran civilización perteneciente a la remota Antigüedad (y nos dicen que nuestra propia civilización corre peligro), estamos en nuestro derecho, si así lo deseamos, de taparnos los oídos. Así ocurrió, según dice la Biblia, en el mundo antediluviano: «Porque igual que en [aquellos] días anteriores al diluvio seguían comiendo y bebiendo, casándose ellos y dando en matrimonio a ellas hasta el día en que Noé entró en el arca, y no se dieron cuenta hasta que llegó el diluvio que los barrió a todos...»⁴⁰

Del mismo modo, se ha profetizado que la próxima destrucción global se abatirá sobre nosotros de forma inesperada... «Porque, como el relámpago sale de oriente y se deja ver hasta occidente... El Sol se oscurecerá, y la Luna no dará su brillo, las estrellas caerán del cielo y el mundo de los astros se desquiciará... Entonces estarán dos en el campo: uno será tomado y el otro dejado. Estarán dos mujeres moliendo en un molino: una será tomada y la otra dejada...»⁴¹

Lo que ha sucedido puede volver a ocurrir. Lo que se hizo anteriormente puede hacerse de nuevo.

Quizás es cierto que no existe nada nuevo bajo el sol...

NOTAS

1. Platón: *Timaeus and Critias*, Penguin Classics, 1977, p. 36.
2. *The Bhagavata Purana*, Motilal Banardass, Delhi, 1986, parte I, pp. 59, 95.
3. *Ibíd.*, p. 60.
4. Dileep Kumar Kanjilal: *Vimana in Ancient India*, Sans-krit Pustak Bhandar, Calcuta, 1985, p. 16.

5. *Ibíd.* p. 17.
6. *Ibíd.*
7. *Ibíd.*
8. *Ibíd.*
9. *Ibíd.*, p. 19.
10. *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, p. 70, párrafo 261.
11. *The Complete Works of Josephus*, Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan, 1991, p. 27.
12. *Ibíd.*
13. John Greaves: *Pyramidographia*, citado en: *Serpent in the Sky*, p. 230.
14. *Popol Vuh*, p. 168.
15. *Ibíd.*, p. 169.
16. *Ibíd.*, p. 79.
17. *Ibíd.*, pp. 79-80.
18. *The Bhagavata Purana*, citado en: *Atlantis: The Antediluvian World*, p. 88.
19. Fragmentos de Beroso, citados en: *The Sirius Mystery*, p. 249.
20. *Ibíd.*
21. Segunda epístola a san Pedro 3:10.
22. *The Egyptian Hermes*, p. 33.
23. Por Robert Bauval, comunicación personal.
24. Véase: parte VII.
25. 1 Enoc, LXV, en: *The Apocryphal Old Testament* (ed. H-F.D. Sparks), Clarendon Press, Oxford, 1989, p. 247.
26. *Pre-Hispanic Gods of México*, p. 24.
27. *Breaking the Maya Code*, p. 275.
28. *Will the World Survive?*, Watch Tower Bible and Tract Society, 1992.
29. *Earth Changes*, extractos de las lecturas de Edgar Cayce, Fundación Edgar Cayce, Virginia Beach, 1994, p. 36.
30. Véase parte V.
31. Manetho, pp. 191-193
32. La técnica de datación cloro-36 fue desarrollada por el profesor David Bowen de la Facultad de Ciencias Terrestres de la Universidad de Gales. En *The Times* de Londres, 1 de diciembre de 1994, Brown observó: «Una forma de resolver la polémica sobre la antigüedad de la Esfinge y las pirámides es a través de la aplicación de la técnica de datación cloro-36. Por medio de ella es posible calcular el tiempo transcurrido desde que una roca fue expuesta por primera vez a la atmósfera. En el caso de la Esfinge y las pirámides, ello

se refiere a cuando las rocas fueron expuestas por primera vez a la actividad de excavarlas...»

En 1994 Brown llevó a cabo unas pruebas preliminares sobre los famosos monolitos de Stonehenge, en Inglaterra, que hasta la fecha se creía que databan del 2250 a. C. Las pruebas demostraron que estos ciento veintitrés monolitos de cuatro toneladas se podrían haber conformado durante el último período glacial, quizás en el 12000 a. C. Véase: The Times, Londres, 5 de diciembre.

33. Mystery of the Sphinx, NBC-TV, 1993.
34. Segunda epístola a san Pedro 3:4.
35. Segunda epístola a san Pedro 3:3.
36. Community Profile: Hopi Indian Reservation, Departamento de Comercio de Arizona.
37. Breaking the Maya Code, p. 275.
38. Book of the Hopi, p. 26.
39. World Mythology, p. 26.
40. Mateo, 24: 38-39.
41. Mateo, 24:27-41.